BLADE RUNNER

LA NOCHE DE LOS REPLICANTES



K. W. JETER

Vuelve Rick Deckard, el ex blade runner que ha entablado con sus enemigos, los androides rebeldes, una relación de amor-odio.

Vuelve Dave Holden, el viejo camarada de Deckard, portador de un presagio de horror y muerte.

Vuelve Sarah Tyrell, la amante de Deckard y heredera de la Corporación que creó a los replicantes, convertida en un rehén de un complot macabro.

Los replicantes se sublevan, convencidos de que son más humanos que los humanos.

Y Deckard siente que se cierra en torno a él el cerco tendido por fuerzas perversas conjuradas para destruirle. El tiempo se agota.

K. W. Jeter

La noche de los replicantes

Blade Runner: 3

ePub r1.0
Titivillus 20.04.18

Título original: *Blade Runner 3: Replicant Night*
K. W. Jeter, 1996
Traducción: Albert Solé
Diseño de cubierta: Jamie S. Warren Youll y Stephen Youll

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

5.º Aniversario
Edición conmemorativa



Más libros, más libres

PROYECTO SCRIPTORIUM

Para Russ Galen

¿Por quién fui arrojado al sufrimiento de los mundos, por quién fui traído a la maléfica oscuridad? Tan largo tiempo padecí y habité en este mundo, tan largo tiempo viví entre las obras de mis manos…

«*Ginza: Der Schatz oder das Grosse Buch der Mandäer*»,
traducido por M. Lidzbarski, Gottingen, 1925

1

«Espabila…»

Ya había oído aquella palabra y aquella voz con anterioridad. Por un momento Deckard se preguntó si estaba soñando. Pero si estaba soñando… «Entonces podría respirar», pensó. Y en aquel instante, en aquel segmento del tiempo, lo único que podía sentir era los puños apretados sobre su garganta, la tensa presa crispada sobre las solapas de su chaqueta que lo alzaba por encima de la superficie de escombros y el brillo de espejo de las calles mojadas de Los Ángeles. En su visión, mientras colgaba del gancho asfixiante de carne y huesos creados en una factoría, lo único que perduraba era el rostro de León Kowalski y la sonrisa-mueca de deleite y triunfo salvaje que revelaba sus dientes marrones.

Los rígidos nudillos velludos de Kowalski se deslizaron por debajo del mentón de Deckard, obligándole a echar la cabeza hacia atrás lo suficiente para que, aturdido y mareado, pudiera imaginar el fluir del aire repentinamente liberado de los pulmones que se convulsionaban dentro de su pecho. Podía distinguir por muy poco, justo en el límite inferior de su campo visual, cómo sus manos se curvaban sobre las muñecas de Kowalski, dos gruesas masas de tendones rígidos que más parecían las extremidades acorazadas de una máquina letal que nada remotamente humano. Las manos de Deckard, fláccidas e impotentes, eran incapaces de romper la presa del replicante.

«Espabila…» La misma palabra, un acontecimiento del pasado convertido en un ciclo cerrado que se repetía una y otra vez dentro de la cabeza de Deckard. Un eco, quizá, porque Deckard sabía que Kowalski —el replicante, su asesino— sólo la había pronunciado una vez. Pero Deckard ya sabía que todo iba a repetirse de nuevo. Aquella palabra…, y su muerte. Todo tenía que ocurrir, de la forma en que había ocurrido antes y tal como sabía que ocurriría.

Eco, sueño, recuerdo… o visión, daba igual. Lo que realmente importaba era que las manos de Deckard, esas manos que se engarfiaban en un desesperado intento de hacer entrar un poco de aire en su garganta, habían sostenido un arma. Su arma, la pesada pistola negra utilizada como arma reglamentaria por la unidad de blade runners de Los Ángeles, una pistola que podía abrir un agujero en la espalda de un replicante que intentaba huir y un segundo agujero, todavía más grande y de bordes aún más irregulares, en su pecho.

Y eso también había ocurrido. El eco del tiempo, el eco del sonido, el impacto de la rugiente explosión del arma ascendiendo por los brazos extendidos de Deckard después de que amartillara la pistola y disparase, tal como había hecho tantas veces y tantos replicantes antes. Mientras el sonido de la muerte rebotaba en los muros pegados unos a otros de la ciudad y el complicado encaje de neones de los *kanji* y los logotipos de las grandes corporaciones temblaba suavemente, como estremeciéndose en un reflejo de miedo simpático, el pesado proyectil de plomo y el sendero zumbante que dejaba tras de sí se habían deslizado sobre los rostros apáticos y distantes que

llenaban las calles atestadas. Por el mero hecho de vivir en Los Ángeles, todos aquellos rostros estaban tan acostumbrados a la muerte como lo estaba él mismo. Deckard sabía que habrían podido contemplar cómo Kowalski le hacía pedazos con las mismas miradas llenas de indiferencia que habían dirigido hacia el arco terminal de Zhora cuando la replicante surcó el aire impulsada por el impacto de la bala.

Cuando aún tenía el arma, Deckard había avanzado con la pistola negra colgando junto a su costado, sintiendo cómo el peso del arma tiraba de su mano de la misma manera en que había tirado de la pistolera oculta debajo de su gabardina, una roca metálica que intentaba desprenderla de su hombro. Los riachuelos de las lluvias monzónicas de Los Ángeles y de su propio sudor habían rezumado por debajo del puño de su camisa y se habían deslizado sobre el dorso de su mano hasta llegar a la culata calentada por la muerte encerrada en la curva dolorida de su palma. Deckard había caminado sobre los fragmentos de cristal afilados como lanzas que crujían bajo sus pies. Los marcos de los escaparates atravesados por el cuerpo agonizante de Zhora se habían transformado en fauces abiertas ribeteadas por dientes transparentes salpicados de sangre. Deckard había seguido adelante y se había detenido junto a ella, y sus ojos habían encuadrado una visión de manos vacías y rostro vacío, dos pupilas tan vacías como receptores fotónicos desconectados de su fuente de energía. Toda la vida había huido, derramada por el agujero abierto entre los pechos ocultos de Zhora, carne muerta de replicante que tenía exactamente el mismo aspecto que la carne humana. La furiosa energía, la gracia y el miedo animales que la habían impulsado durante su loca carrera por la trampa que las calles iban cerrando a su alrededor había sido consumida y diluida por las gotas de lluvia, calientes como lágrimas, que repiqueteaban sobre el encaje rojo del pavimento. La energía de Deckard, la del cazador, también se había esfumado. La persecución, desde el momento en que Zhora había girado sobre sus talones en su camerino del club de Taffy Lewis, en el Primer Sector de Chinatown, y le había derribado con un salvaje golpe en la frente, y luego el hacer eses por entre las multitudes y la cacería de carreras y saltos sobre los techos metálicos de los vehículos atrapados en el atasco del tráfico…, todo eso no le había agotado en lo más mínimo. Lo que le dejó exhausto fue el final de la persecución, el disparo, su propia voluntad encerrada dentro de la bala. La bala, que había dado en el blanco y había matado, un beso rojo centrado sobre los omóplatos desnudos de la replicante, la bala que, sólo durante un momento, también había parecido matar a Deckard…

El agotamiento había hecho posible que el otro replicante huido pudiera caer sobre Deckard y empujarlo hasta dejarlo metido entre dos transportes de desperdicios segmentados, y luego le había permitido arrancar el arma de sus dedos con tanta facilidad como si ahuyentara una mosca para hacer que se perdiera calle abajo. Deckard estaba tan agotado que no había sentido ni un átomo de sorpresa cuando Kowalski, los ojos enloquecidos por el espectáculo de la muerte de la replicante, había alzado su cuerpo como si fuera una muñeca de trapo y lo había incrustado en el

flanco de un transporte, haciendo que la columna vertebral de Deckard dejara su huella en el delgado caparazón metálico. Y después llegaron las palabras, escupidas entre un gruñido de furia y desprecio, algo con lo que Kowalski podía seguir golpeando al asesino.

La primera pregunta, la que quería fijar su edad, surgió de los labios de Kowalski para ser seguida por la revelación de una fecha de nacimiento que había quedado grabada a fuego en la memoria de Deckard, un inolvidable diez de abril del 2017, y después llegó la segunda pregunta, aquella con la que quería saber cuánto tiempo viviría.

Deckard le había dado la respuesta con el último soplo de aliento que le quedaba. «Cuatro años…» Ése era el tiempo que se les había dado a todos los Nexus-6, los replicantes cuyas muertes ocultas dentro de sus células contaban el tiempo con un lento e inexorable tic-tac que acabaría finalmente con ellos si el arma de algún blade runner no lo hacía antes.

La respuesta no había sido muy del agrado de León Kowalski, aunque ya debía conocerla de antemano. Sus ojos se habían abierto un poco más, y su brillo se había vuelto todavía más enloquecido. «Más que tú…» Más años de los que le quedaban de vida al hombre que colgaba de sus puños…

—¡Espabila!

«Pero es que no ocurrió así», pensó Deckard. El rostro de Kowalski, salpicado por los puntitos negros con que la anoxia salpicaba su campo visual, le sonreía. Las partes del cerebro de Deckard que todavía estaban en condiciones de funcionar podían recordar lo que había ocurrido antes. Kowalski no se había puesto a gritar, sino que había hablado en voz baja y suave, como si estuviera saboreando la palabra entre sus dientes. Oh, sí, la había saboreado, de la misma manera en que había saboreado las palabras que vinieron a continuación. «Y no me levantó tan arriba…»

—¡Espabila! ¡Es hora de morir!

Deckard podía sentir cómo oscilaba en el aire y podía oír la voz del replicante, las palabras… ¿Gritadas o murmuradas? Daba igual, de la misma manera en que antes tampoco había importado. Lo único que importaba era la presión que le aplastaba la garganta y la forma en que el peso de su propio cuerpo, suspendido de los puños de Kowalski, estaba expulsando el húmedo aire de la ciudad de sus pulmones. Las palabras del replicante rugieron dentro de su cabeza, cada sílaba una vibración de sangre que chocaba con la delgada cáscara de hueso de su cráneo. La voz, el grito, parecía estar dentro de sus oídos. «Quizá por eso me parece que está gritando —pensó una parte impasible y distante de Deckard mientras contemplaba su propia muerte—. Porque ahora sé…»

Sabía qué había ocurrido a continuación. Lo que ocurriría, lo que ya había ocurrido, estaba escrito y decidido, atornillado con remaches inamovibles a los rieles de hierro del pasado, tan fijos e inmutables como los del tren de los replicantes que se deslizaba entre las tinieblas por debajo de la mole oscura de la ciudad.

«Es hora de morir…»

Deckard se preguntó por qué todo ocurría tan despacio. «¿Dónde se ha metido? —se preguntó—. Se suponía que a estas alturas ya tendría que estar aquí…»

Los puños de Kowalski elevaron su cuerpo un poco más, y la columna vertebral de Deckard se arqueó hacia atrás. El cielo giró locamente en su campo visual, agujas de estrellas y chorros de llamas que atravesaban las nubes de tormenta suspendidas sobre las torres de Los Ángeles. Los rotadores de la policía dibujaban trazos de luz a cámara lenta en la lejanía mientras el dirigible de las Naciones Unidas iba descendiendo en un lento planeo, pareciendo quedar al alcance de la mano de Deckard si éste hubiera podido apartarla de la presa con que le asfixiaba el replicante. Imágenes de los emigrantes y sus vidas ondulaban sobre la pantalla gigante incrustada en el centro del dirigible erizado de antenas y una voz todavía más potente retumbaba en las alturas, animándole a buscar una nueva vida en las colonias exteriores. «Una idea excelente», se dijo aquella otra parte de él. Su antigua vida ya casi se había esfumado.

Los rostros de la ciudad desfilaron por su campo visual, todos ellos indiferentes u hostiles, los ojos ocultos detrás de negras tiras visoras o amplificados y relucientes detrás de lentes tipo ojo de pez ribeteadas de cromo. Lágrimas saturadas de sustancias químicas se deslizaron a lo largo de pálidas mejillas, y una carcajada se abrió paso a través de las hileras dobles de dientes limados. Una fila de clones Schwinn de Taiwán hizo sonar las campanillas de sus manillares, para abrirse paso a través de los ríos de doble sentido del tráfico pedestre y motorizado primero y para ser engullida por ellos después. Los puntos negros que flotaban en el campo visual de Deckard se habían vuelto más grandes y estaban empezando a unirse entre sí. Más allá de ellos, Deckard podía ver otro rostro formado por una parrilla de fotones. Una mujer vestida al estilo geisha, el rostro recubierto por un maquillaje kabukoide europeizado y la cabellera de un negro perfecto, sonreía con antigua delicadeza a la cápsula farmacéutica suiza que sujetaba entre las yemas de los dedos. Después la engullía, y su sonrisa coqueta y su mirada se volvían todavía más misteriosas. Deckard no sabía cómo se llamaba y ni siquiera sabía qué producto vendía. Durante todos los años que había pasado viviendo, caminando y matando dentro de aquella ciudad con forma de trampa nunca había llegado a saberlo, y la mujer había flotado por encima de él como un ángel desdeñoso y anónimo. En su delirio anóxico, Deckard se sintió capaz de imaginar que la mujer estaba a punto de salir de la pantalla publicitaria para concederle un beso.

El rostro de la asiática desapareció, sustituido por el único que importaba. Kowalski le atrajo hacia él, no para darle un beso sino para romper las vértebras que formaban la bisagra del cuello de Deckard. De esa manera quedaría paralizado antes de morir, pero la parálisis sólo duraría unos segundos, hasta que Kowalski acabara con él.

—¡Espabila! Es hora de morir…

Deckard volvió a oír las palabras, pero sabía que sólo eran un recuerdo. Después

vio la sonrisa de Kowalski, y sólo su sonrisa, mientras el replicante dirigía dos dedos hacia las cuencas oculares de Deckard.

«Bueno, esta vez quizá acabe saliendo bien después de todo —pensó—. Esta vez todo será distinto…»

Pero no lo fue. Mientras bajaba la mirada hacia el rostro de Kowalski, el tiempo volvió a ponerse en marcha y el ciclo cerrado siguió discurriendo exactamente igual que antes, tal como lo había hecho hacía ya tantos años. La expresión del replicante cambió de repente y se convirtió en una mueca de aturdida perplejidad. La luz que había estado ardiendo detrás de los ojos de Kowalski se fue debilitando hasta quedar reducida a una chispita y luego murió, esfumándose al mismo tiempo que la vida que le había dado la Corporación Tyrell brotaba de la flor roja, carne desgarrada y espinos blancos de hueso astillado, que acababa de aparecer en su frente. La bala había atravesado su cráneo y había desaparecido, perdiéndose en algún lugar por detrás del hombro de Deckard.

La cosa que había sido Kowalski se desplomó hacia adelante, cayendo sobre Deckard y dejándolo aprisionado contra el reluciente pavimento mojado. Deckard logró salir de debajo de aquel peso muerto y volvió a incorporarse, recuperando el equilibrio y el aliento. Su visión fue cambiando, de lo borroso a lo nítido, para centrarse en una silueta inmóvil a unos metros: Rachael estaba en la boca del callejón, envuelta en pieles que rodeaban su cuello, el arma que Kowalski había hecho salir despedida a lo lejos alzada entre sus manos —debía de haber caído justo a sus pies— y temblando por la sacudida del disparo, el leve movimiento del gatillo que había colocado la bala de vaina de acero en la nuca de Kowalski para que la golpeara como en el suave papirotazo de un dedo metálico. Parecía confusa, los labios entreabiertos para tragar el aire que ella también echaba en falta, como si nunca hubiera matado a nadie antes, como si todo aquello acabara de ocurrir por primera vez.

La mirada de Deckard descendió lentamente hasta posarse en el replicante muerto —o supuestamente muerto— que yacía junto a sus pies. «Está haciendo un buen trabajo», pensó Deckard. Kowalski parecía tan muerto como un cadáver de verdad.

—Vamos, levanta… —Deckard habló en voz baja para que ninguno de los micrófonos del rodaje pudiera captar sus palabras—. Se acabó. Ya lo han grabado todo. Ahora ya puedes levantarte.

La sangre siguió brotando del agujero abierto en la frente destrozada de Kowalski.

Entonces Deckard comprendió que todo era real.

—Qué demonios…

Deckard se levantó de un salto delante de la entrada del plató, allí donde las calles falsas, el Los Ángeles recreado, desaparecían para ser sustituidas por el acero y el concreto reseco, el suelo adornado por los delicados dibujos de los gruesos cables de alimentación y los conductos de datos que parecían serpientes negras, y se arrancó los

auriculares con un manotazo lleno de furia. La silla plegable cayó hacia atrás mientras Deckard lanzaba los auriculares contra el monitor de control central, el que le había mostrado lo que veían los ojos del otro Deckard, el falso, el que había estado colgando de los puños del replicante que acababa de morir. En las pantallas más pequeñas de los otros monitores, los ángulos de toma de todas las cámaras de vídeo iban desplegando sus imágenes una detrás de otra, exhibiéndolas como la baraja de cartas de un mago.

—¿Y ahora qué? —El primer plano de la falsa Rachael mostró cómo emergía de la piel de su personaje, la expresión de perplejidad de su rostro transmutada en la de una profesional harta de todo mientras permitía que la pesada pistola colgara al final de su brazo y dejaba escapar un suspiro lleno de cansancio—. Cristo, este rodaje no se va a acabar nunca.

Deckard la ignoró y atravesó el laberinto de cámaras sostenidas por sus bastidores de seguimiento automatizados, los esqueléticos aparatos de la luz y el acontecimiento. La llovizna producida por la pasarela de lluvia suspendida sobre su cabeza goteó de las mangas de su chaqueta, y la rejilla instalada debajo de la superficie del plató empezó a absorber el exceso acumulado en los charcos lustrosamente fotogénicos. Apartó de un empujón al falso Deckard, el actor que le interpretaba, y bajó la mirada hacia Kowalski, hacia lo que quedaba del replicante, aquella carne artificial que sangraba.

—Por favor… —Una mano tiró infructuosamente de su codo—. Señor Deckard… No puede…

Deckard, hecho una furia, giró sobre sus talones para encararse con la ayudante de producción, una diminuta figura andrógina que lucía unas gafas estilo retro de gruesa montura negra.

—¡Se suponía que no debía ocurrir de esta manera! —Agitó un dedo delante de la ayudante, quien se apresuró a defenderse alzando una tablilla de anotaciones—. ¡Me dijeron que no iban a matar a nadie! —La circunferencia de su mirada se tiñó de rojo cuando volvió los ojos hacia el equipo técnico inmóvil alrededor del plató—. ¿Dónde está Urbenton?

Urbenton era el director y se hallaba conspicuamente ausente, la silla plegable normalmente ocupada por su cuerpo regordete vacía. «Cobarde hijo de perra…» Deckard sintió el lento rechinar de sus dientes. El director debía de haberse escabullido después de que las cámaras de vídeo hubieran empezado a grabar, desapareciendo mientras Deckard estaba absorto contemplando la recreación de su propio pasado, los ojos clavados en las imágenes que le mostraban los monitores de las cámaras. Urbenton tenía que saber que Deckard no se iba a quedar cruzado de brazos después de haber visto cómo una bala real surgida de un arma real se abría paso a través del cerebro de alguien.

—Venga, hombre… —El actor que interpretaba su papel (y que no era un replicante, como el que había estado interpretando a Kowalski, sino un ser humano)

intentó ejercer las funciones de pacificador—. Ya sabe que no todo pueden ser efectos especiales, ¿verdad? A veces tienes que buscar un poco de realismo.

—No se me acerque.

Una oleada de repugnancia ascendió por la garganta de Deckard, dejándole tan sin aliento como si las manazas del replicante hubieran estado estrujando su cuello en vez del cuello de aquel actor que ni siquiera se le parecía demasiado, o por lo menos todavía no. Como la mayoría de talentos de la industria del vídeo, y además de la cámara de control remoto implantada detrás de un ojo, el actor también contaba con puntitos trazadores apenas visibles cosidos debajo de la piel, lo que una vez iniciada la fase de posproducción permitiría que los especialistas en imágenes generadas por ordenador colocaran otro rostro encima de aquel con el que había nacido.

Ese nuevo rostro habría sido el del verdadero Deckard. «Pero no lo será —se dijo Deckard, hirviendo de rabia—. No si puedo evitarlo…»

—Bueno, ¿dónde se ha metido? —Deckard tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para no estrujar el cuello de la camisa de la ayudante de dirección entre sus dedos y apretar con todas sus fuerzas—. ¿Dónde está Urbenton?

—No… No lo sé… —La ayudante de dirección inició una cautelosa retirada, aferrando la tablilla con sus manos sudorosas—. Le llamaron y…, y tuvo que irse…

—Oh, claro. —Deckard pasó por encima del cadáver y echó a andar hacia las enormes puertas deslizantes del plató y el entrecruzamiento de pasillos y espacios del complejo del estudio que se extendía más allá de ellas—. Le encontraré, y entonces tendrá que explicarme un montón de cosas.

No miró por encima de su hombro mientras se alejaba. Pero aun así pudo percibir cómo el falso Los Ángeles pasaba por su propia muerte particular: la constante lluvia artificial que dejaba de manar, los vehículos bruscamente desconectados que se detenían de repente en el centro de la calle atestada, los actores y extras que se disponían a abandonar el plató… La réplica del dirigible, que sólo tenía una décima parte del tamaño del que había flotado sobre la ciudad en el pasado, inerte y desactivada, colgaba de los bastidores superiores con la pantalla publicitaria muerta y vacía de rostros.

Los muros de la ciudad se fueron separando en cuanto los tramoyistas empezaron a recoger los decorados. Detrás de ellos sólo había polvo y colillas pisoteadas, y unas cuantas gotitas de sangre.

2

Un creciente plateado flotaba en el cielo debajo de él. Dave Holden pensó que parecía alguna clase de emblema islámico al que no le faltaba ni siquiera la estrella resplandeciente colocada entre las puntas de sus cuernos. El campo gravitatorio de la luna artificial tiró del asiento del piloto, haciendo que se deslizara sobre sus giróscopos hasta dejarlo suspendido cabeza abajo dentro de la diminuta nave interplanetaria. La cabina era tan minúscula que apenas había espacio para él y la carga concienzudamente sujetada al asiento vacío contiguo al suyo, que escogió aquel momento para empezar a hablar.

—Estás metido en un buen lío, amigo.

El maletín habló en un tono de voz suave y gélidamente tranquilo, como si los problemas humanos no le preocuparan en lo más mínimo.

Holden volvió la mirada hacia él. El maletín —una imitación del cuero negro de una calidad relativamente buena, cerraduras de metal cromado con dos sujeciones del mismo metal enmarcando el asa— tenía exactamente el mismo aspecto que los que millones de jóvenes ejecutivos cogían cada mañana para ir a sus despachos en la Tierra. No tendría que haber estado hablando, y el que lo hiciese era otra evidencia de la ya bastante larga relación personal que había llegado a surgir entre ambos.

—Sí, estás metido en un lío muy muy gordo —añadió el maletín, prosiguiendo con su lacónica y sencilla serie de ominosas afirmaciones.

—Ya lo sé… —Holden alargó la mano hacia el panel de control y sintonizó el sistema de guía del esquife con el haz de recepción del creciente plateado—. Los líos son mi oxígeno: los aspiro y luego los expulso.

Lo cual era algo más que una metáfora, dado que los pulmones que había dentro de su pecho, y el corazón acunado entre ellos, eran eficientes artilugios de teflón y acero quirúrgico. El sistema cardiopulmonar con el que había nacido salió despedido por un agujero abierto en su espalda cuando un replicante huido llamado León Kowalski le pegó un tiro en la Tierra, en el Los Ángeles del que Holden y el maletín acababan de huir. Aquella bala le había atravesado hacía un par de años, y desde entonces hubo bastantes balas más, algunas de ellas disparadas por Holden y otras disparadas contra él. Los pulmones biomecánicos aspiraban vaharadas de muerte inminente y las dejaban esparcidas sobre su lengua, donde sabían igual que las cenizas de los cigarrillos a los que le habían obligado a renunciar los médicos del departamento de policía de Los Ángeles.

—Probablemente vas a morir.

—Viniendo de ti, eso casi parece un chiste. —Holden sabía que el maletín hablaba con la voz de los muertos. Quien le hablaba desde su interior era un hombre muerto, y el que hubiera sido humano o no cuando vivía carecía de importancia—, mi salud no tiene secretos para ti, ¿verdad?

Si el maletín hubiera tenido hombros, los habría encogido.

—Sólo estaba siendo sincero contigo.

Holden fingió no haberle oído. Una serie de luces habían empezado a parpadear en el panel de control para indicarle que el haz de recepción había quedado centrado en el esquife. Holden sabía que una de las luces se mantendría amarilla durante unos segundos más: era la que indicaba la ventana de oportunidad para abandonar el vector de aproximación, interrumpir la maniobra y hacer virar la pequeña nave, volviendo así a la Tierra o a cualquier otro lugar en el que su muerte no pareciera un acontecimiento tan probable.

Mantuvo las manos entrelazadas sobre el regazo, y esperó y observó hasta que la luz amarilla desapareció para ser sustituida por la luz verde instalada junto a ella. Iban a bajar.

El creciente plateado se fue volviendo más grande y luminoso en la pantalla visora del esquife, y Holden no tardó en poder distinguir los paneles segmentados que formaban su silueta curva de extremos ahusados. «Un *croissant…*», pensó Holden, acordándose de la bollería francesa y de pastelitos servidos con café de verdad. De hecho, *croissant* significaba precisamente «creciente». Holden sabía que su mente estaba funcionando demasiado deprisa, como si intentara rellenar de tonterías los pasillos vacíos que se extendían dentro de su cabeza. Eso le dejaría sin espacio cerebral para preocuparse por el trabajo que le había llevado al Hollywood Exterior.

Tenía que hacer una entrega. «Hubo un tiempo en el que era un blade runner —pensó—, y ahora me he convertido en una especie de chico de los recados». No le importaba. Holden se había quedado con su arma después de abandonar el departamento de policía. Eso era lo principal, porque de repente la necesitaba mucho más de lo que la había necesitado en el pasado.

El creciente plateado se fue volviendo más y más grande, y acabó ocultando la forma blanquecina salpicada por señales de viruela de la luna real. La Tierra, llena de manchitas marrones, se encontraba en algún lugar detrás del esquife. Holden no tenía que preocuparse por los pequeños detalles navegacionales. Todo eso había sido programado junto con los otros aspectos del trabajo. Volvió a lanzar una rápida mirada al maletín, que afortunadamente había decidido guardar silencio. Había unas iniciales grabadas en la plaquita de latón atornillada debajo del asa: RMD. No eran las suyas, sino las de la persona a la que había que entregar el maletín. «Y a partir de entonces tendrá que cargar con él», pensó. Se preguntó si M realmente sería la inicial del segundo nombre de Rick Deckard, o si sencillamente era algo inventado por la gente que había creado el maletín.

El Hollywood Exterior ya ocupaba toda la pantalla. El haz de recepción había dirigido al esquife en un lento rodeo hasta llevarlo a los muelles de descenso situados en el grueso lado convexo de aquella curva. Se había producido un único y potente destello, un fugaz instante de saturación de píxeles en la pantalla, cuando el esquife atravesó el reflejo concentrado y enfocado de la hilera de espejos que actuaban como estrella fija del creciente plateado. Holden había tenido un corto atisbo de los

gigantescos soportes y estructuras de sustentación trianguladas que sostenían la hilera de espejos entre los cuernos de la estación. Las vigas de acero tenían un aspecto más bien oxidado —«¿En el vacío?», se preguntó Holden. «Qué raro…»—, y parecían haber sido lentamente deformadas por el abandono y la falta de atenciones. Los cables sueltos flotaban en el espacio como serpientes decapitadas, y los motores y demás servomecanismos que permitían ajustar las angulaciones de los espejos y captar la radiación no filtrada del sol apenas parecían estar en condiciones de funcionar. La luz rebotaba en algunos de los espejos y salía despedida de ellos entre un parpadeo de semáforos idiotas perdidos en el espacio, en vez de iluminar los platós que se extendían detrás de las ventanillas presurizadas del Hollywood Exterior. Holden supuso que eso no sería ningún problema si sólo rodaban escenas nocturnas…, o escenas de Los Ángeles durante la estación de las lluvias. Cualquier secuencia cuya atmósfera fuese lo bastante alegre para requerir algo que se pareciera a la luz diurna sería sencillamente imposible de rodar.

El maletín volvió a hablar.

—Espero que hayas traído tu pipa.

Holden se retorció entre las tiras del arnés de seguridad para lanzar una mirada perpleja al maletín, y lo primero que pensó fue que le estaba gastando alguna de sus complicadas bromas relacionadas con la adicción al tabaco. Pero un instante después comprendió que sólo se trataba de otra muestra de la jerga urbana que tanto le gustaba utilizar al maletín en ciertas ocasiones, y acarició el arma enfundada debajo de su chaqueta de pelo de camello.

—Por supuesto.

La pistola pesaba tanto que se sentía como si llevara una roca justo encima de su pulmón artificial izquierdo.

—Estoy seguro de que todo iría mejor si fuera yo quien te llevara a ti —murmuró el maletín, y una temblorosa sombra de inquietud flotó en su voz.

Holden no conseguía entender por qué se preocupaba tanto. «El muy bastardo ya está muerto», pensó. Por muy mal que fueran las cosas, su situación ya no podía empeorar. Él, en cambio… Bueno, eso ya era otra cuestión.

—Bienvenido a nuestrasss instalacionessss. —Una presencia femenina enlatada, carente de cuerpo y situada en algún lugar oculto por encima de su cabeza, empezó a hablar en cuanto Holden hubo salido de la cabina del esquife—. Para todassss sussss necesidadessss de videoproducción… —Los altavoces del sistema oculto debían de estar teniendo alguna clase de problemas mecánicos, porque la voz de la mujer sufría una deformación sibilante que la convertía en un siseo insectil—. Platóssss esssstándar y perssssonalizadossss…, totalmente equipadossss con dessssspachossss de montaje…, todo ello a unos preciossss muy competitivossss. ¿Por qué ir a otro sitio?

Holden pensó que la respuesta no podía ser más obvia. Miró a su alrededor con el maletín colgando de la mano izquierda mientras permitía que la derecha se

introdujera debajo de la chaqueta por si llegaba a ser necesario. El estudio orbital se hallaba muy cerca de ser una ruina. Otro siseo, éste de oxígeno que brotaba de los conductos del muelle de descenso, era claramente audible detrás de él. Una ráfaga fría se deslizó sobre su rostro, como el viento soplando por un callejón desierto de la ciudad después de que incluso la última de las jaurías de carroñeros hubiera vuelto a sus madrigueras repletas de basura. Pero sobre su cabeza no había cielo, sólo un amasijo de pasarelas y aros de cableado incrustados en el apenas discernible campo visual del exoesqueleto soldado de los estudios.

Enormes espacios vacíos, con la grabación de bienvenida como único elemento humano detectable en el primer instante. «Aparte de mi persona, claro…», pensó Holden.

—Tendría que haber alguna clase de despachos —sugirió el maletín—. Supongo que estarán más adentro. Allí podrás enterarte de qué plató han reservado para el rodaje.

Holden echó a andar, cada paso un estampido curiosamente hueco sobre el suelo metálico. Los ecos de los ruidos se fueron desplegando por el paisaje de hangares que se extendía ante él. Las probabilidades de que fuera de un lado a otro, o de que entregara su mercancía y se marchara luego sin que nadie llegara a enterarse de su presencia allí, eran sencillamente inexistentes.

Los platós del estudio orbital ya habían empezado a derrumbarse los unos sobre los otros, falsas fachadas y precarios telones de fondo confundiéndose lentamente entre sí bajo los efectos del abandono y la entropía general. Holden, el maletín colgando de la mano, se encontró pasando por delante de una mansión de estilo Taroide anterior a la guerra, con sus columnas corintias empezando a retorcerse en una progresiva pérdida de sus contornos, que de alguna manera inexplicable había logrado infiltrarse entre las torretas y los pináculos de la Praga medieval. Una torrentera de hierba y margaritas artificiales se derramaba por el cauce de la calle adoquinada, salpicada por filas de cruces de plástico tratadas para que parecieran estar hechas de madera pintada de blanco: todas las fechas escritas en ellas habían sido sacadas de algún cementerio de soldados posterior a la primera guerra mundial. Allí no había ni un solo cuerpo enterrado, pero aun así la corriente de aire que acariciaba el rostro de Holden seguía estando impregnada por el olor de la muerte y la putrefacción lenta.

Los carroñeros estaban por todas partes, y allí los había igual que en el verdadero Los Ángeles, que se encontraba tan por encima de él. Holden se encontró con uno en el decorado del campo de batalla del día siguiente, un seudocampo de Flandes situado junto al cementerio vacío. El tipo, todo él barba hirsuta, viejas antiparras de aviador y maltrechas prendas de cuero convertidas en harapos que aleteaban sobre un cuerpo flaco y encogido, tenía un aspecto familiar.

Holden se preguntó si no lo habría visto antes en algún lugar de los callejones de la ciudad real.

Las vainas de latón que habían contenido balas tintineaban dentro de la bolsa colgada del hombro del carroñero. El hombre alzó la mirada hacia Holden, el puente lleno de cicatrices de su nariz frunciéndose levemente para indicar que había captado el olor de un poli, mientras las puntas de unos dedos que dejaban asomar uñas ennegrecidas por los agujeros de sus guantes seguían hurgando en el suelo del falso campo de batalla. Otro olor flotaba en el aire enlatado y reciclado de la estación, impregnándolo con las vaharadas de municiones reales consumidas durante el rodaje de alguna epopeya histórica de bajo presupuesto.

—No tienes ningún derecho a meterte conmigo, tío. —Los ojos del carroñero se entrecerraron detrás de las antiparras—. Tengo una licencia.

—¿Eh? Ah, claro. —Las cosas que Holden había podido hacer cuando formaba parte del departamento de policía habían quedado muy atrás, en la Tierra y en aquella otra vida—. Tienes toda la razón, así que no hace falta que te pongas nervioso.

Consiguió que el carroñero le explicara hacia dónde tenía que ir, y también obtuvo un poco de información: en aquellos momentos sólo había un rodaje en curso dentro de los platós de la estación del Hollywood Exterior, el primero después de un largo período de inactividad.

—Es por culpa de esa maldita Cinecittá Nuova de Yakarta. —El pulgar enguantado con que el carroñero señaló un lugar invisible situado más allá de los muros curvados de la estación parecía haber sido roído por los ratones mientras su propietario dormía—. Esos tipos están respaldados por todo el dinero de la CEE, y están acaparando todas las producciones de vídeo. —Túneles cuyo diámetro superaba el grosor de la estación se abrían paso a través del subsuelo de la República Empresarial de Indonesia, ofreciendo espacios iluminados por una claridad más intensa que cualquiera de las que podían llegar a proporcionar el sol y unos espejos medio corroídos. El carroñero contempló con expresión melancólica el mísero botín de su saco—. Ah, tío, lo que daría por poder meter las narices ahí… Tiene que haber toda clase de cosas de valor tiradas por el suelo.

Las oscuras y terribles complejidades del negocio del vídeo tenían tan poco interés para Holden como las del negocio de la recuperación de chatarra.

—¿Y dónde están rodando esa producción?

El guante lleno de agujeros se alzó para señalar el arco del pasillo central de la estación.

—No tiene pérdida. Cuando hayas dejado atrás el Vaticano y ese castillo escocés con el foso seco, enseguida verás dónde han instalado todo ese Los Ángeles falso que han organizado. Hay tipos de todas clases rondando por ahí: humanos, replicantes… Es esa clase de rodaje, ¿sabes? Sangre y tripas de verdad, sin nada de trucos. —Una ceja se enarcó detrás de las antiparras—. Puede que te guste. Creo que están rodando una historia de polis.

—Dudo que me vaya a gustar. —Holden echó a andar, el maletín colgando de la mano—. Ya las he visto todas.

Enseguida vio los edificios alzándose ante él o por lo menos una parte de ellos, la que correspondía a las secciones inferiores de lo que se suponía eran los desfiladeros de torres de Los Ángeles, todo creado con falsas fachadas mantenidas en su sitio por estructuras de aspecto claramente improvisado que se elevaban detrás de ellas. Un aleteo casi imperceptible recorrió el corazón biomecánico que latía dentro del pecho de Holden, alguna emoción anónima o quizá el pinchazo de una hormona emparentada con la adrenalina que no guardaba ninguna relación con el hecho de que estuviera volviendo a ver la ciudad que había dejado atrás en la Tierra, o con el panorama de aquellas calles a medio desmontar. «Tiene mejor aspecto así —pensó—, y la verdad es que nadie diría que es una mera imitación…» Eso era lo realmente asombroso, como si las personas —todas esas oscuras corporaciones y arquitectos— que habían construido la estación del Hollywood Exterior, y que luego habían construido el decorado de Los Ángeles dentro de ella, hubieran logrado capturar algún aspecto de la ciudad que era todavía más real que la mismísima realidad. Eso era lo que habían hecho con Los Ángeles, o al menos con la ciudad que había existido dentro de la mente de Holden, sin que él fuera apenas consciente de ello hasta ese momento de repentina comprensión. «Siempre había pensado que la otra ciudad era falsa…» Verla de aquella forma —edificios tridimensionales con nada detrás de los conductos de ventilación improvisados y los accesos para el cableado que recubrían sus superficies, con las personas que iban y venían por las calles finalmente desenmascaradas como simples actores y extras anónimos; con las lluvias del monzón repentinamente desconectadas desde lo alto, las cañerías oxidadas dejando escapar únicamente algunas gotas dispersas e incluso el cielo revelado como metal más allá del cual sólo estaba el vacío— era como asistir a una manifestación extrañamente reconfortante de sus ensoñaciones más paranoicas. «Ojalá fuera exactamente eso», pensó Holden.

La visión pasó, junto con su devastador significado espiritual, y se desvaneció tan bruscamente como si Holden acabara de despertar de un sueño. Le pareció que era como darse la vuelta en la cama para abrir los ojos y ver, en vez de la mujer junto a la que te habías quedado dormido, un cadáver marchito que contemplaba el techo con un par de órbitas vacías…, o peor aún, nada en absoluto, sólo el contorno vacío, la huella dejada en el colchón y en la otra almohada, de alguien que había estado allí en un pasado lejano pero que ya nunca volvería a aquella cama.

«Ya hace mucho que desperté», pensó Holden sombríamente. Ésa era la razón por la que había dejado el departamento y la unidad de los blade runners, el motivo por el que fue capaz de ir tan lejos que había acabado en el otro lado…

—Estás perdiendo el tiempo. —El maletín habló de repente, empleando un tono de voz lo suficientemente bajo para que sólo Holden pudiera oírlo—. Puede que tú tengas todo el día libre, pero yo he de hacer muchas cosas. Localiza a Deckard y acabemos de una vez con todo esto, ¿de acuerdo?

Holden había caído tan bajo que tenía que soportar las reprimendas del equipaje

que transportaba. A eso había quedado reducida su vida, o lo poco que conservaba de ella. La visión revelatoria del falso Los Ángeles y las profundas meditaciones que parecía haber provocado en él habían hecho que bajara la guardia. Si alguien hubiese querido impedir que llevara a cabo su trabajo de entrega, lo único que hubiera tenido que hacer habría sido colocarse detrás de Holden, coger uno de los trozos de tubos de alumbrado medio oxidados esparcidos por todo el suelo de la estación y aplastarle la nuca con él.

El decorado de Los Ángeles se encontraba un poco por debajo del nivel de la sección desde la que Holden lo estaba contemplando, y enseguida pensó que esa disposición probablemente tendría algo que ver con el sistema de cañerías succionadoras que eliminaban el exceso de líquido lanzado por las pasarelas de lluvia, evitando así que el agua se acumulara alrededor de las cámaras de vídeo y el resto del equipo instalado en la periferia del plató. Desde aquel punto de observación privilegiado, Holden podía ver que la sesión de rodaje que se había estado desarrollando en aquel plató acababa de llegar a su fin, al menos por el momento. El rodaje había sufrido alguna clase de interrupción que parecía haber dado como resultado partes iguales de caos y aburrimiento. Cuando era un novato que vestía el uniforme del departamento de policía de Los Ángeles, todo él testosterona y cuero del Tercer Reich, Holden había hecho las horas extras suficientes controlando el tráfico y trabajando como guardia de seguridad alquilado en los rodajes de exteriores para ser capaz de reconocer la pauta. De eso hacía todavía más tiempo, cuando la ciudad todavía albergaba ciertos vestigios de una industria del vídeo.

Expulsó de su mente aquel destello de recuerdos juveniles y estiró el cuello, intentando localizar a la persona que le había hecho recorrer tanta distancia. Incluso antes de salir de la Tierra, ya le habían dicho que podría encontrar a Deckard en aquel sitio. Alguna empresa de penúltima categoría llamada Producciones Muerte Veloz —que no era una de las grandes, desde luego, ya que Holden nunca había oído hablar de ella anteriormente— estaba rodando una especie de docudrama basado en la vida de Deckard. O por lo menos en una parte de ella, concretamente en su última etapa como auténtico blade runner, cuando había estado persiguiendo a aquel grupo de replicantes huidos. Holden se echó a reír nada más oírlo, porque la idea le parecía increíblemente ridicula. Su antiguo compañero de la unidad de blade runners no había destacado precisamente por su heroicidad, o por lo menos no en aquella ocasión. Por aquel entonces Deckard ya había perdido las agallas y había abandonado la fuerza, principalmente debido a una repugnancia de cobarde que se adueñaba de él cuando llegaba el momento de matar replicantes indefensos…, o de «retirarlos», para usar el término habitual en la jerga del departamento. El jefe de su unidad, el encantador inspector Bryant en persona, había tenido que ejercer una considerable presión sobre Deckard para que volviera a bordo y ayudara a recoger los restos de los platos rotos. A pesar de todo lo que había ocurrido y de todo lo que había averiguado desde entonces, apenas pensó en aquel pequeño acuerdo Holden no pudo evitar sentir una

leve oleada de irritación que aceleró el funcionamiento de sus órganos artificiales. Bryant no habría dispuesto de ningún pretexto para obligar a Deckard a volver a la unidad de blade runners si a Holden no le hubieran tendido una trampa para que se tragara la bala de uno de los replicantes huidos. Eso le había dejado un agujero del tamaño de un puño debajo del esternón, un hueco que había pasado a estar decorosamente ocupado por los tubos, las pilas y los motorcitos que nunca dormían. Todo había sido un auténtico y completo desastre desde el principio hasta el final, un gigantesco paquete pestilente que contenía montones de paquetitos más pequeños con etiquetas en las que había escrito «asesinato» y «traición»; y después otro paquete todavía más grande había surgido de la nada cuando Holden se encontró bruscamente desconectado de las máquinas de apoyo vital de su hospital y caminando por las húmedas y nada acogedoras calles de Los Ángeles —las calles reales, no las falsas del decorado de vídeo que estaba contemplando en aquellos momentos—, y ese último paquete lucía una «C» color rojo fuego para indicar que contenía una conspiración. Cuando lo abrió, Holden se encontró transportando en la mano algo más que también iba destinado a su amigo Deckard, algo que habría podido ser entregado con sólo ejercer una suave presión sobre el gatillo de la negra pistola reglamentaria de la policía.

Todo aquello pertenecía a una época distinta, a otro mundo —literalmente— y a otra vida, aunque apenas había transcurrido un año desde entonces.

—Estoy esperando…

—Cierra el pico —le dijo al maletín.

Aunque sus pensamientos estaban muy lejos de allí, la mirada de Holden había seguido recorriendo la multitud que llenaba el decorado del falso Los Ángeles, buscando el único rostro que necesitaba encontrar. Una parte de su ser no tuvo más remedio que admirar el grado de autenticidad obtenido por los productores, porque los extras que componían la población de la calle del decorado parecían haber sido extraídos mediante una red del Los Ángeles terrestre y depositados allí. Punks de anticuario con peinados mohawk dignos de ser exhibidos en un museo y pinchos cromados artísticamente esparcidos por ciertas zonas corporales se codeaban con todas las variedades imaginables del fanático religioso lleno de esperanzas, desde los penitentes de Nuevo México hasta los *hare krishna* envueltos en sábanas anaranjadas. Allí donde no había indumentaria o emblema cúltico reinaba la carne desnuda, ceñida por correajes bajo despliegues entrelazados de cuero de imitación, lavada por la lluvia artificial hasta volverse reluciente o iluminada hasta alcanzar la palidez azulada de los tísicos más venerables por el espectro restringido de los tubos de neón que se curvaban sobre sus cabezas.

El efecto general de una auténtica calle de Los Ángeles —Holden sabía qué calle en concreto estaban intentando recrear los productores, ya que resultaba obvio que se trataba del siempre activo mercado de los vendedores de animales— sólo quedaba empañado por el hecho de que los extras, junto con los operadores de las cámaras de

vídeo y demás técnicos, se estaban tomando un descanso. En vez de moverse incesantemente los unos junto a los otros, dos ríos de tráfico peatonal que discurrían entre los edificios, con esa parálisis facial de zombis típica de quienes llevaban mucho tiempo viviendo en Los Ángeles, todos estaban hablando entre sí e incluso se reían mientras iban hacia los retretes o la no muy abundante selección de platos que ofrecían las mesas del servicio de comidas del rodaje.

Un grupito situado más o menos en el centro de la multitud no parecía estar de tan buen humor. Algunos extras y técnicos lanzaban rápidas miradas por encima del hombro a las figuras cuyos gritos y súplicas apenas resultaban audibles para Holden.

«Ahí está…» La multitud se volvió un poco menos densa, y eso permitió que Holden pudiera ver al hombre de los cabellos cortos, la gabardina un tanto raída y la corbata de punta cuadrada tensada debajo del cuello de su camisa. Esa combinación de aristas cortantes y prendas sorprendentemente mal combinadas entre sí era justo la imagen que había conservado del Deckard con el que compartió tantos años en la unidad de blade runners. Un instante después vio su cara y se dio cuenta de que se había equivocado. «Es el actor —pensó—. Es el tipo que interpreta a Deckard…» Dejando aparte la estatura y la constitución general, ni siquiera se parecían. La actriz, la Rachael, se parecía bastante al original…, salvo por la expresión de disgusto que fruncía una comisura de los labios y que indicaba que era perfectamente capaz de alzar la enorme pistola negra que sostenía en una mano y cargarse a alguien más. Ya había un cadáver en el centro del decorado. ¿Kowalski, quizá? El cuerpo que yacía boca abajo resultaba difícil de identificar, pero parecía lo suficientemente corpulento. La sangre que se mezclaba con el charco de lluvia artificial hizo que Holden sospechara que algún pobre desgraciado nacido en una de las factorías de la Tyrell no iba a levantarse para quitarse el polvo de la ropa y partir en busca de donuts rancios junto con los extras y los secundarios.

«Cristo…», pensó con repentina consternación cuando por fin pudo ver a la figura que gritaba. Había necesitado unos cuantos segundos para reconocer a su antiguo compañero, porque su último año de vida parecía haber pasado por encima de Deckard igual que un camión. El ex blade runner tenía un aspecto todavía más duro y peligroso que antes, y la piel empezaba a tensarse hacia abajo sobre los ángulos afilados de sus huesos faciales. Incluso había un puñado de motas color gris acero espolvoreado por entre sus cortos cabellos. Deckard parecía haber pasado el último año en la cárcel en vez de en Marte. Los rumores afirmaban que la vida en las colonias de tránsito del programa de emigración de las Naciones Unidas dejaba bastante que desear, pero Holden nunca se había imaginado que sus efectos fueran tan visiblemente corrosivos.

Tenía que tratarse de algo relacionado con la vida personal del pobre bastardo. ¿Qué otra cosa podía ser? Holden meneó la cabeza. Siempre había estado dispuesto a apostar que el asunto no saldría bien, que la clase de arreglos a los que había llegado Deckard acabarían produciendo resultados penosos. Toda aquella extraña relación

con Sarah Tyrell, el original humano de la replicante de la que Deckard se había enamorado… Holden sabía que acabaría llegando el momento, si es que no había llegado ya, en el que «insoportable» se convertiría en «letal».

—Lo veo.

Manteniendo la voz baja, Holden alzó el maletín y empezó a calcular una ruta a través del laberinto de cámaras de vídeo y demás equipo. No resultaría fácil. Tendría que encontrar alguna forma de superar la vigilancia de los servicios de seguridad que pudiera haber en el plató —¿tendrían policías de alquiler en el Hollywood Exterior?—, y luego tendría que arreglárselas para atraer la atención de Deckard de alguna manera sin revelar lo que estaba ocurriendo a quienes pudiera haber a su alrededor. Su antiguo compañero no sabía que Holden iba a ir a la estación, y mucho menos que tuviera que entregarle un maletín parlante. Deckard sabría reaccionar lo suficientemente deprisa —o por lo menos Holden esperaba que aún sería capaz de hacerlo—, sin echar a perder toda la operación reaccionando a la presencia inesperada de su antiguo amigo. Enseguida comprendería que Holden sólo podía estar allí por una razón, y que se trataba del tipo de razón que era preferible mantener en secreto hasta que hubiera averiguado su naturaleza exacta. «Aun así, tendría que tratar de hablar con él en privado», pensó. Entregarle el maletín delante de toda aquella multitud probablemente sería la mejor manera de conseguir que los mataran a los dos.

Holden empezó a pensar que el trabajo quizá pudiera acabar siendo más sencillo de lo que había esperado en un principio. La ruidosa confrontación que estaba teniendo lugar en el plató —con Deckard gritando mientras los demás permanecían inmóviles a su alrededor y trataban de calmarle— terminó con Deckard yéndose hecho una furia y dejando rápidamente atrás a una figura diminuta que llevaba gafas y sostenía una tablilla de anotaciones. La expresión que había en los ojos de Deckard —porque Holden pudo interceptar un fugaz destello de ella incluso desde esa distancia— era de una rabia tan intensa que podía llevar al asesinato. O si no al asesinato, por lo menos sí a una considerable violencia física, porque la tensión que encorvaba los hombros de Deckard dejaba muy claro que iba a ir en busca de una persona con la que tenía ciertas cuentas pendientes que saldar.

—Vamos. —Holden había adquirido la costumbre de dirigirse de esa manera al maletín a pesar de que sabía que éste no poseía medios independientes de locomoción—. Podremos alcanzarle en esa sección de ahí.

Echó a andar de nuevo, apretando el paso mientras empezaba a contornear el plato de vídeo, manteniéndose entre las sombras que se espesaban allí donde no llegaban las luces.

El sonido de alguien que golpeaba una puerta con los nudillos llegó a los oídos de Deckard. Un instante después oyó una voz que gritaba. Deckard volvió la mirada hacia el otro extremo del largo pasillo, tratando de averiguar de detrás de qué puerta procedían los sonidos.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —Era la voz de Urbenton, pareciendo todavía más estridente de lo habitual a causa del nerviosismo que la impregnaba—. Vamos, esto no tiene ninguna gracia… ¡Dejadme salir de aquí! ¿Queréis que os despidan o qué? ¡Se supone que he de estar en el plató!

Deckard se detuvo cuando vio el fútil temblor que estaba sacudiendo uno de los picaportes. El torrente de adrenalina que había inundado su organismo aún no se había disipado, y la ira que había sentido cuando vio cómo el replicante era asesinado durante la sesión de rodaje seguía ardiendo con la misma intensidad que cuando comprendió lo que acababa de ocurrir. Dio un paso hacia atrás, levantó una pierna y la lanzó hacia adelante en una feroz patada dirigida contra la cerradura desprovista de llave de la puerta.

El impacto derribó a la persona que había estado prisionera dentro de la habitación cuando la puerta, con una bisagra arrancada del marco, acabó deteniéndose por fin después de haber oscilado violentamente de un lado a otro durante unos segundos.

—Cristo… —El director, regordete y no muy alto, logro ponerse en pie. El rostro de Urbenton, que ya estaba empezando a desarrollar una considerable papada pese a su relativa juventud, relucía bajo la capa de sudor que lo cubría—. ¡Podrías haberme matado!

—Te aseguro que todavía puedo hacerlo. —Deckard completó el lento proceso de incorporación del director bajando los brazos y estrujando las solapas de la chaqueta de Urbenton entre sus puños, y luego tiró hacia arriba. El director de vídeo quedó fláccidamente suspendido de su presa, de la misma manera en que el actor había quedado suspendido de los puños del replicante Kowalski que yacía muerto en el plató—. Maldito hijo de perra… Creía que habíamos llegado a un acuerdo.

La última palabra fue un gruñido gutural que apenas consiguió escapar de la garganta de Deckard.

—¿De qué estás hablando? —Los pies de Urbenton se agitaron fútilmente en el aire—. ¿Te has vuelto loco? ¿De qué acuerdo me estás hablando?

—No te hagas el imbécil conmigo. Sabes muy bien de qué te estoy hablando. —Deckard dejó al director en el suelo, pero siguió estrujando las solapas de su chaqueta —. Cuando me trajiste aquí e incluso antes de eso, cuando fuiste a Marte y me convenciste para que tomara parte en toda esta gilipollez, me dijiste que nadie sufriría ningún daño. Nadie, Urbenton…, ni siquiera un replicante…

—Eh, vamos… —Urbenton echó la cabeza hacia atrás, como si intentara escapar al fuego abrasador que ardía en la mirada de Deckard—. Tienes que ser práctico, amigo. Cuando estás en un rodaje de vídeo… Ah… Bueno, siempre ocurren accidentes inevitables. La vida sencillamente es así, ¿comprendes? Vivimos en un universo imperfecto. Trabajamos con un montón de equipo pesado, y lo único que se necesita es que una unidad de iluminación caiga sobre la cabeza de alguien y, bum, ese alguien acaba sufriendo una conmoción cerebral. O las ruedas de una cámara le

aplastan el pie a alguien, y…

—No estamos hablando de accidentes. —Deckard se sintió repentinamente inmenso y espantosamente pesado, y le pareció que su cuerpo se inclinaba sobre el director como el de una iracunda deidad vengadora—. Lo que acaba de ocurrir en el plató no ha sido un accidente. Alguien había planeado que ocurriera exactamente de la manera en que ocurrió.

—¿Y cómo infiernos quieres que sepa de qué me estás hablando? —Un temblor de indignación agudizó la voz de Urbenton—. Ni siquiera estaba en el plató. Llevaba no sé cuánto rato encerrado ahí dentro.

—Claro. Muy conveniente.

—Qué conveniente ni qué… —El director consiguió liberarse de la presa de Deckard y se alisó las solapas de la chaqueta con ofendida dignidad—. Es mi rodaje y yo estoy al mando…, o por lo menos se supone que estoy al mando. —El gordo rostro de Urbenton estaba empezando a cubrirse de manchitas rosadas, como si estuviera repasando una larga lista de horribles injusticias cometidas contra su persona—. Aunque debo confesar que han estado ocurriendo algunas cosas bastante raras, claro. Desde el primer momento, ¿sabes? Los tipos que aportan el dinero, los que se encargan de financiar la producción… Bueno, algunos de sus matones han estado rondando por aquí desde que empezamos a rodar. Y te aseguro que me ponen los pelos de punta, porque…

—Me estás partiendo el corazón. —Deckard no iba a permitir que aquella sucia comadreja cobarde se le escapara de las manos con un par de excusas—. Pero como tú mismo acabas de decir, eres el que manda aquí. Es tu rodaje. Eso quiere decir que si matan a alguien en el plató, incluso en el caso de que ese alguien sea un replicante… Bien, me parece que eso quiere decir que si asesinan a alguien es porque tú diste la orden.

—¿Qué? —Urbenton parpadeó, visiblemente confuso—. No entiendo nada… ¿Qué quieres decir?

—Asesinado. Muerto. Una bala le entró por la nuca y le salió por la frente, y el pavimento acabó lleno de sesos. ¿Qué infiernos crees que quiero decir?

—Has perdido el juicio, Deckard. —La repulsión que sentía empezó a filtrarse por el rostro y la voz del director—. Siempre supe que contratarte para este proyecto era una mala idea. Cada vez que metes a un civil en un rodaje de vídeo, enseguida se le empiezan a ocurrir ideas de lo más extraño sobre lo que está pasando. Los tipos como tú sois sencillamente incapaces de entender la auténtica naturaleza de esta industria.

—Hay una cosa que sí he entendido, y es que tienes un cadáver en tu plató —rechinó Deckard—. Suponiendo que tus chicos no se lo hayan llevado ya, claro…

Urbenton dejó escapar un suspiro lleno de cansancio.

—¿De qué cadáver estás hablando?

—Del replicante que usaste en la última escena de calle, del replicante León

Kowalski que…

Los redondos hombros del director se elevaron en un rápido encogimiento.

—Tenemos a más de uno de esos replicantes por aquí.

—¿Y a cuántos de ellos has planeado matar? ¿Piensas matar a todos los replicantes Kowalski?

Otro encogimiento de hombros.

—Bueno, si quisiéramos podríamos hacerlo, porque… Lo que quiero decir es que sería perfectamente legal. No son más que replicantes… Demonios, pero si ni siquiera están protegidos por la ley que regula cómo has de tratar a los animales en los rodajes de vídeo. Verás, si se nos ocurriera utilizar una serpiente de verdad para…, para esa escena en el camerino de Zhora, ya sabes, en ese club…, y le ocurriera algo a la serpiente, entonces las autoridades caerían encima de nosotros como una tonelada de ladrillos. De hecho, ni siquiera puedes sacar a un animal vivo de la atmósfera terrestre sin obtener un permiso antes, y te aseguro que cuesta muchísimo obtenerlo. —Una tenue sonrisa se formó en los labios de Urbenton—. Pero en el caso de los replicantes, la situación es muy distinta. Mientras adoptes todas las precauciones de seguridad reglamentarias para que no puedan escaparse o meterse en alguna clase de líos, puedes hacer prácticamente todo lo que te dé la gana con ellos. Eso se debe a que técnicamente hablando se los considera productos manufacturados. Los replicantes no son seres vivos. No son como tú y como yo, ¿entiendes?

—Así que has planeado matarlos. —Deckard contempló al director con los ojos entrecerrados—. Y sólo para poder rodar tu asqueroso vídeo…

—Ya te lo he repetido no sé cuántas veces. No hemos matado a nadie, y no vamos a matar a nadie. Oh, Cristo… —Urbenton meneó la cabeza—. Fuiste tú quien insistió en fijar todas esas condiciones, porque de lo contrario te negabas a venir. Yo no quería contar contigo como asesor técnico en este rodaje, ¿entiendes? Fueron los tipos del dinero los que me impusieron tu presencia. Créeme, Deckard: sería mucho más feliz si no estuvieras aquí para quejarte y protestar de todas las cosas que le pueden llegar a ocurrir a lo que debería ser considerado como un simple recurso de producción consumible más. Por el amor de Cristo, Deckard… En un rodaje de vídeo, los replicantes sólo son una especie de muebles supersofisticados. —Puso los ojos en blanco y alzó sus manos de dedos cortos y regordetes en un gesto de derrota—. Pero parece ser que tienes ciertas manías muy peculiares acerca de los replicantes, ¿eh? Bien, de acuerdo: ésa es la razón por la que les aseguré que ningún replicante sufriría el más mínimo daño durante el rodaje. He puesto en peligro la integridad de mi visión artística para no herir tus delicados sentimientos, pero… Eh, ¿quién soy yo después de todo? Sólo soy el director, ¿verdad?

Urbenton emitió un suspiro altamente melodramático.

—Corta el rollo. —Deckard se inclinó sobre el director—. Si tan decidido estás a respetar nuestro pequeño acuerdo, entonces lo único que quiero que me expliques es

por qué demonios tenemos a un replicante con la cabeza agujereada yaciendo a los pies de tu protagonista.

—¿Estás seguro de que…? Eh, vamos, vamos. —Urbenton le lanzó una mirada llena de escepticismo—. Oye, acabo de decirte que no eres exactamente lo que nosotros consideramos como un experto en las producciones de vídeo. Tengo a algunos tipos de efectos especiales condenadamente buenos en mi equipo. Y no te estoy hablando de simples trucos de posproducción digital, sino de tipos capaces de hacer magia en tiempo real y delante de las cámaras. —El director le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. ¿Sabes qué ha ocurrido? Probablemente viste estallar una bolsita de sangre colocada en la frente de ese replicante Kowalski. Eso fue todo: una carga de maquillaje que revienta y… Eh, se supone que debemos obtener el máximo realismo posible.

—Se cayó. Y luego no se levantó.

—Bueno, lo más probable es que esa montaña de carne se haya desmayado. —Urbenton meneó la cabeza—. Puede que los del equipo no le explicaran lo que iba a ocurrir. Demonios, pero si ni siquiera yo sé qué habían planeado hacer… Tenemos a unos cuantos chistosos y bromistas en el equipo. Por eso no me preocupé cuando me hicieron salir corriendo del plató apenas habíamos empezado a rodar…, por lo menos al principio. Se suponía que tenía una llamada de la Tierra, de los tipos del dinero. Pase lo que pase, siempre tienes que responder a esa clase de llamadas. Y entonces alguien, no vi quién, cerró la puerta detrás de mí y me encontré encerrado ahí dentro. Seguí encerrado hasta que apareciste y…

—Olvídalo. —Deckard ya estaba harto de oírle parlotear—. El replicante Kowalski no se ha desmayado. Puede que no tenga ni idea de cómo funcionan las producciones de vídeo, pero sé muy bien qué le ha ocurrido. Soy un auténtico experto en muertes, ¿comprendes? —Deckard bajó la voz hasta adoptar una frecuencia particularmente sombría—. Ése fue mi trabajo…, durante mucho tiempo. Sé qué aspecto tiene un cadáver.

—«Soy un auténtico experto en muertes…» Eh, buena frase. —Urbenton asintió, visiblemente complacido—. Me gusta. Puede que haya subestimado tu potencial, Deckard. Quizá tengas un verdadero talento para esta clase de cosas… Me parece que todavía podrás conseguir un hueco en los títulos de crédito de esta producción, y si lo llevamos bien quizá podrías aparecer en alguna categoría relacionada con el guión. Diálogos adicionales, ese tipo de cosas…

—No estás respondiendo a mi pregunta. Quiero saber cómo y por qué murió ese replicante Kowalski. Si no ha sido cosa tuya, ¿quién planeó el asesinato?

—Estoy empezando a pensar… que no bromeas. —Urbenton le lanzó una mirada llena de inquietud por el rabillo del ojo—. ¿Y acaba de ocurrir ahora mismo? ¿En el plató? —La carne rosada palideció—. ¿Una bala de verdad, y todo lo demás?

Deckard no contestó a ninguna de sus preguntas. No era necesario que lo hiciese.

—Increíble. —Urbenton meneó la cabeza en una lenta sacudida—. Porque eso

serían noticias realmente malas, claro. No sólo para ese pobre bastardo de replicante… —Su voz adquirió una inquietante suavidad mientras su mirada se apartaba de Deckard—. Sino para todos nosotros…

Cuando Holden dejó atrás las puertas por las que había desaparecido Deckard, el sonido de sus pasos ya se había desvanecido. Tampoco se oían voces, ya que la zona estaba protegida por un sello acústico que la aislaba de los platós de rodaje de la sección principal de la estación. Holden pudo detectar el tenue zumbido de los paneles fluorescentes que iluminaban los estrechos pasillos, y nada más.

—Bueno, Deckard tiene que estar en algún lugar de esta zona.

Holden contempló la doble hilera de puertas totalmente lisas. Una fina capa de polvo se había acumulado en las rendijas de los quicios. Echó la cabeza hacia atrás, tratando de captar un vestigio del olor de su objetivo. Holden había abandonado el departamento, pero aún podía enorgullecerse de haber conservado unas habilidades policiales que rozaban lo extrasensorial.

El maletín disponía de su propia versión particular de ellas.

—Alguien se acerca —anunció—. Puedo sentir la presencia de más de una persona. Pero no es…

El maletín se calló de repente.

—¿Qué está haciendo aquí?

Otra voz, no la de Deckard.

Gracias a la advertencia del maletín, Holden había dispuesto del cuarto de segundo que necesitaba para concebir una tapadera. Lanzó una rápida mirada por encima del hombro a la figura inmóvil en el umbral de la puerta que acababa de abrirse detrás de él: un tipo muy corpulento, posiblemente del servicio de seguridad, con una placa de identificación en la que había escrito un nombre que Holden no se molestó en leer.

—Me han dicho que fuera al plató… —Holden mantuvo su voz cuidadosamente modulada en un nivel de tranquila seguridad que no inspiraría sospechas—. Aunque no tengo ni idea de para qué quieren que vaya allí, claro.

El hombretón dio un paso hacia adelante y le examinó en silencio durante un momento.

—De acuerdo —dijo por fin con un lento asentimiento de cabeza—. Deben de estar discutiendo la trampa del despacho. La escena de la entrevista. No figura en la lista de escenas para hoy, pero qué demonios… —Un encogimiento de hombros lleno de disgusto—. Todo este rodaje es un desastre. —Puso una mano sobre el hombro de Holden (aquel tipo era como mínimo una cabeza más alto que él) y empezó a guiarle por el pasillo—. Ni siquiera estoy seguro de que estén intentando hacer una película, ¿sabe? —Sus ojos se posaron durante un momento en el maletín que colgaba de los dedos de Holden—. ¿Se supone que ése es el trasto del que tanto han estado hablando? El como se llame, ya sabe… El Vogue-Kafka, o lo que sea.

—Voigt-Kampff. —Holden no había necesitado ni una fracción de segundo para

responder—. Claro —mintió. «Parece que lo has conseguido, chico…» Resultaba obvio que el tipo de seguridad creía que Holden tenía alguna clase de relación con la producción de vídeo. ¿Uno de los actores? Holden se preguntó si el reparto también incluiría a un Holden además de a un Deckard. «Bueno, da igual». Llevarle la contraria al agente de seguridad sólo serviría para destruir su tapadera—. Es exactamente eso.

—No tiene el aspecto que creía que tendría. —El hombretón frunció el ceño y volvió a contemplar el maletín suspendido de la mano de Holden—. Pero es justo lo que se puede esperar de ellos, ¿no? Supongo que les habrán dicho a los de utillería que cuanto menos dinero se gasten mejor.

«Se lo ha tragado», pensó Holden. Lo único que debía hacer era asegurarse de que seguía creyéndose todas aquellas mentiras y luego encontrar una forma de darle esquinazo y seguir buscando a Deckard. ¿Y ése era el servicio de seguridad con el que tanto temía tropezarse? La voz del maletín habría podido eliminar todos aquellos siniestros presentimientos con sólo un par de palabras.

—Aquí dentro. —El hombretón abrió una de las puertas del pasillo y acompañó a Holden a través del umbral—. Éste es el plató que andaba buscando. Los técnicos de rodaje del grande no le necesitan.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra que reinaba en aquel espacio, Holden se encontró inmóvil en el centro de lo que parecía un pequeño despacho, con un par de sillas de respaldo alto vueltas la una hacia la otra a ambos lados de una mesa. Algo se agitó por encima de su cabeza. Holden alzó la mirada y vio las palas de un ventilador de techo girando perezosamente en la atmósfera estancada del despacho. Más allá del ventilador y del tablón al que estaba sujeto no había absolutamente nada, sólo los espacios vacíos del estudio, atravesados por pasarelas y estructuras de soporte, sus luces apagadas como ojos ciegos.

—Y ahora no se mueva de aquí. —El hombretón se volvió hacia la puerta—. Iré a buscar al resto del equipo.

—Quizá debería acompañarle. —Holden levantó el maletín con las dos manos y lo sostuvo delante de su pecho—. En vez de esperar aquí, quiero decir… —Un pánico tan repentino como irracional acababa de acelerar el funcionamiento del corazón biomecánico implantado dentro de su pecho, y Holden pudo sentir cómo las vibraciones de su pulso rebotaban en el cuero del maletín—. Quizá…

—Olvídelo. —La voz del hombretón se había vuelto súbitamente más áspera—. No quiero que se vaya a dar un paseo mientras estoy intentando reunir a todos los demás. Siéntese y relájese, ¿de acuerdo? Volveré enseguida.

El maletín volvió a hablar en cuanto el hombretón se hubo marchado.

—No cabe duda de que sabes hacer bien las cosas, ¿eh? —La voz estaba teñida por un sarcasmo familiar—. Y la puerta está cerrada, ¿verdad?

Holden hizo girar el picaporte en un movimiento que no sirvió de nada, pero no se molestó en responder. Dejó el maletín encima de la mesa, echó hacia atrás una de

las sillas y se sentó. Por el rabillo del ojo vio unas letras en el respaldo para la cabeza. Su visión ya se había adaptado lo suficiente a la penumbra para que pudiera verlas también en la silla vacía. En cada silla estaba escrito CORPORACIÓN TYRELL.

Un recuerdo se agitó nerviosamente en las simas más oscuras que se ocultaban dentro de su cabeza. Era un recuerdo de hacía mucho tiempo, de cuando Holden aún tenía un corazón y unos pulmones de verdad haciendo tic-tac y suspirando debajo de su esternón. La habitación, incluso con su techo inexistente y las cámaras de vídeo desconectadas que se inclinaban sobre ella, le resultaba familiar de una forma que hizo que la sangre bombeada por las máquinas empezara a fluir más despacio por sus venas. Holden decidió no pensar más en ello, pero sabía que su decisión seguramente no obedecía a que fuese incapaz de recordar. Lo más probable era que no quisiera hacerlo. El recuerdo se atrincheró obstinadamente en las profundidades de su cráneo, negándose a dejarse iluminar ni siquiera por la tenue penumbra del despacho.

Dos sillas en las que había escrito CORPORACIÓN TYRELL…, y un ventilador de techo cuyas aspas giraban lentamente. «Había humo», recordó Holden de repente. Humo de cigarrillo, volutas azuladas que flotaban en el aire como una piel de serpiente semitransparente y que brotaban del cigarrillo que Holden sostenía en la mano dentro de su recuerdo. Por aquel entonces fumaba, pero había dejado de hacerlo poco después de que le hubieran implantado su nueva unidad cardiopulmonar. Los médicos le habían dicho que su organismo estaba a punto de alcanzar los límites de su resistencia: si le ocurría algo a aquella unidad, no podrían colocarle otra dentro. Y en el recuerdo había algo encima de la mesa delante de él, y no era un maletín sino una máquina Voigt-Kampff del modelo reglamentario distribuido por el departamento de policía de Los Ángeles, un equipo salido del mismo sitio del que procedían las enormes pistolas negras que usaban los blade runners. La máquina Voigt-Kampff había sido abierta y activada y los pequeños fuelles con forma de alas de murciélago habían empezado a comprimirse y expandirse, aspirando los vestigios microscópicos del sudor y el miedo; con la lente de seguimiento sostenida por un tallo metálico tan delgado como una antena lista para centrarse en la pupila repentinamente dilatada de quien se hubiera dejado caer en la silla colocada delante de Holden…

«¿Dónde estoy?» El recuerdo, incompleto e involuntario, se había adueñado de él con tanta fuerza durante un momento que Holden había perdido toda noción de su entorno, y de repente ya no sabía si estaba en la Tierra o en los estudios orbitales del Hollywood Exterior. El corazón biomecánico tembló en un repentino ataque de pánico. Qué lugar, qué tiempo… Holden se aferró a los cantos de la mesa con manos envaradas por el miedo.

—Bueno… —La puerta del claustrofóbico decorado se había abierto de nuevo para dejar entrar una voz más potente que las que resonaban dentro del cráneo de Holden. El hombretón que le había traído hasta aquel despacho acababa de volver, con otra silueta todavía más alta detrás de él—. El director me ha pedido que repase sus bloques de diálogo antes de que intentemos rodar con cinta.

Holden alzó la mirada y vio el rostro que le contemplaba desde detrás del hombretón, y lo reconoció. Era otro fragmento del recuerdo en el que había quedado atrapado.

—¿Qué quiere que haga?

Las palabras habían surgido del rostro brutal y casi carente de mentón de un replicante León Kowalski —otro ejemplar de la misma remesa a la que pertenecía el muerto que Holden había visto yaciendo en el decorado de la calle de Los Ángeles—, y unos ojos minúsculos se clavaron en él con una mezcla de inquietud y suspicacia. Todos los replicantes León Kowalski eran lo suficientemente inteligentes para desconfiar de los humanos…, pero no eran lo bastante listos para hacer algo al respecto.

«Ah, ¿sí? —murmuró burlonamente la voz silenciosa que hablaba dentro de Holden—. Y entonces ¿cómo es que dejaste que uno de ellos te pegara un tiro?» Tanto si Holden lo quería como si no, el resto del recuerdo concerniente a la habitación con las sillas de la Corporación Tyrell estaba empezando a volverse cada vez más nítido.

—¿Te sabes tu diálogo?

El hombretón fulminó con la mirada al fornido replicante.

—Sí…, más o menos.

—Siéntate aquí. —El hombretón señaló la silla vacía—. ¿Y usted? —preguntó, volviendo la mirada hacia Holden.

El temor se transmutó en certeza.

—Por supuesto… —Holden necesitó un par de segundos para recuperar la voz y conseguir que se abriera paso a través del nudo que se estaba tensando alrededor de sus pulmones artificiales. «Conozco esta habitación…» Y sabía lo que había ocurrido en ella—. Sí… Sé qué he de decir.

—Pura dinamita, ¿eh? Sois un par de auténticos profesionales. —El hombretón sacó algo pesado y oscuro de debajo de su chaqueta y se lo entregó al replicante Kowalski—. Toma, usa esto. Es la misma que emplearás cuando estemos grabando.

El replicante examinó el arma con los ojillos todavía más entrecerrados que antes, como si la pistola pudiera ocultar alguna clase de trampa personal anti-Kowalski. Después acabó curvando las manos alrededor de la culata y sostuvo el arma debajo de la mesa.

«Oh, no —pensó Holden mientras contemplaba los preparativos—. Ya sé qué es lo que viene ahora…»

—Bien, vamos a intentarlo. —El hombretón retrocedió hasta apoyar la espalda en el quicio de la puerta del decorado y cruzó los brazos delante del pecho. Una tenue sonrisa tiraba de una de las comisuras de sus labios, como si ya estuviera muy complacido con la escena que se estaba desarrollando delante de él—. Sigue a partir del momento en el que te pregunta por tu madre.

—¿Mi ma-madre?

El replicante Kowalski volvió la cabeza para lanzarle una rápida mirada por encima del hombro.

—No te pongas nervioso, chico. Nada de todo esto es real. —La voz del hombretón se volvió repentinamente afable—. Sólo es un vídeo, ¿de acuerdo? Y de momento ni siquiera es eso. Lo hacemos únicamente para practicar un poco, ¿eh? No es más que un pequeño ensayo… —Miró a Holden—. Vamos, amigo: no disponemos de todo el día. Empiece a recitar su diálogo.

Los fluidos que su corazón biomecánico desplazaban de un lado a otro dentro del cuerpo de Holden se habían congelado de repente, e incluso el aire que circulaba por sus pulmones parecía haberse vuelto tan denso y pesado como una piedra. Por debajo de aquel peso aplastante, una parte de su ser estaba intentando deslizar las piernas debajo de la silla, ponerse en pie y salir de aquel despacho recreado que parecía estar encogiéndose alrededor de sus hombros…

Pero no podía hacerlo. «Te delatarías —argumentó la parte de su cerebro que todavía estaba en condiciones de pensar racionalmente—. Sal de aquí, y eso demostrará que no eres uno de los actores que han contratado». El hombretón plantado delante de la puerta se encargaría de que los agentes del servicio de seguridad le asaran el trasero a fuego lento en cuestión de segundos.

«Y además —se dijo—, no hay nada de que preocuparse». Lo único que debía hacer era seguir engañando a aquel bastardo presuntuoso durante un rato más y luego encontrar alguna forma de salir de allí y continuar buscando a Deckard.

La parte racional tenía sus razones para pedirle que siguiera sentado detrás de la mesa, inmóvil enfrente del replicante cuya imagen estaba tan firmemente grabada en su memoria. Pero esas razones se quedaban en nada cuando se las comparaba con las de la parte irracional.

El miedo le mantuvo en el asiento. El miedo era un factor importante y además también estaba la trampa del tiempo, ese tiempo que se estaba repitiendo a sí mismo como un aro flexible que se tensara repentinamente alrededor de Holden, estrechándose con una presión invencible a la que no había manera de resistirse. Holden sabía muy bien qué era lo que tenía que ocurrir a continuación —a esas alturas ya lo había recordado todo—, y sabía que no podía hacer nada para impedir que volviera a ocurrir.

—Diga su diálogo. —La tenue sonrisa había desaparecido de los labios del hombretón inmóvil delante de la puerta—. Adelante.

Holden cerró los ojos durante un instante para asegurarse de que la memoria no le estaba engañando.

—Descríbame… —Abrió los ojos y se enfrentó a la mirada llena de resentimiento del replicante Kowalski—. Descríbame… con palabras sencillas sólo las cosas buenas que le vienen a la mente… acerca de su madre.

—¿Mi madre?

El replicante había sido engullido por el personaje. Su voz sonó exactamente

igual a como había sonado la voz del otro Kowalski, hacía tanto tiempo.

—Exacto. —Holden no pudo evitar asentir con la cabeza e incluso sonreír, adoptando la misma expresión casi imperceptible de superioridad que había aparecido en su rostro cuando vivió aquel ciclo cerrado por primera vez. Lo único que echaba en falta era el cigarrillo y los hilillos de humo azul curvándose sobre su cabeza—. Su madre.

Una oleada de ira tiñó de rojo el rostro del replicante Kowalski, y sus ojillos se agrandaron de repente.

«Lo está haciendo a la perfección», pensó Holden. No había ni la más mínima sombra de resistencia.

—¿Mi madre? Le voy a hablar de mi madre…

Eso fue todo lo que llegó a oír Holden, porque el resto no llegó bajo la forma de las palabras sino que fue gritado en un estallido de llamas que atravesó la mesa para subir por los aires y golpearle en el pecho, justo allí donde su antiguo corazón de carne había estado en el pasado. El nuevo corazón aceptó el impacto de la bala sin sentir ningún dolor, y ni siquiera experimentó un segundo de conmoción. El aliento se volvió sangre dentro de la boca de Holden, y los pulmones artificiales se desinflaron de golpe para quedar convertidos en dos puños apretados.

La silla giró sobre su eje con Holden dentro de ella, su cabeza violentamente incrustada contra las palabras CORPORACIÓN TYRELL. Holden aceptó otro disparo entre los omóplatos y la bala se abrió paso a través del respaldo de la silla. Fragmentos de polietileno y de metal quirúrgicamente inerte se esparcieron por los aires detrás de él entre una neblina rojiza. La inercia de la bala hizo que Holden y la silla atravesaran el frágil panel que formaba la pared…

Exactamente tal como había ocurrido antes. «Bueno, esta escena les ha quedado perfecta», pensó Holden. La silla acabó deteniéndose, frenada por los cascotes y los cables negros que serpenteaban sobre el suelo del plató, pero no así Holden. Un instante después se encontró yaciendo en el centro de un charco de sangre que se iba haciendo un poco más grande a cada segundo que pasaba, las yemas de los dedos calentadas por el flujo rojo que brotaba de la maquinaria destrozada oculta dentro de su pecho. Los ojos idiotas y vacíos de las cámaras parecían contemplarle desde las alturas.

«Tenía razón…» Un subsistema de la unidad cardiopulmonar seguía estando en condiciones de funcionar, por lo menos durante unos segundos y con un nivel de eficacia lo bastante elevado para enviar un último hálito de oxígeno a su cerebro y a su consciencia, que se estaba oscureciendo rápidamente. El maletín había estado en lo cierto cuando le advirtió. «Un lío muy muy serio», pensó Holden. Sus últimos pensamientos se fueron disipando en un rápido tic-tac sincronizado con las últimas y cada vez más débiles emisiones de energía de la pequeña pila, que ya estaba a punto de agotarse. Holden se acordó de lo que le había dicho el maletín. «Probablemente morirás…»

Era la pura y simple verdad, desnuda e indiscutible, y nunca le parecería más indiscutible que en aquel preciso instante.

Pero había un aspecto del diagnóstico del maletín que no podía estar más equivocado. Holden meneó la cabeza, sintiendo cómo su nuca se resistía a separarse del líquido pegajoso en el que estaba hundida. En realidad la situación no tenía nada de seria…, al menos para él. De hecho, aquello era el fin de todos sus problemas porque, tal como le habían dicho los médicos, nadie podría volver a meterle una nueva unidad cardiopulmonar en el pecho. Eso quería decir que ya no tenía que preocuparse por la posibilidad de que volvieran a ponerle en circulación para que tuviera que pasar por todo aquello una vez más.

Incluso podía aceptarlo con una sonrisa y conseguir que la sonrisa fuera sincera y real, aunque no podía estar seguro de que eso significara que en su rostro estaba ocurriendo algo. Durante unos cuantos microsegundos de tiempo dilatado después de la segunda bala, Holden había podido distinguir un minúsculo reflejo de sí mismo en una de las lentes que se curvaban sobre él. Pero su campo visual ya se estaba oscureciendo y se volvía cada vez más borroso, y su carne estaba demasiado entumecida e insensible para que pudiera captar alguna clase de retroalimentación cinética. No es que pudiera moverse, por supuesto —y de hecho ni siquiera deseaba hacerlo—, porque todo lo relacionado con esos temas ya había quedado muy atrás.

Pero no para el maletín. «No eres tan listo como crees…», y el chispazo de ese último pensamiento parpadeó por las cada vez más oscuras estancias del cerebro de Holden.

Ése era el último gran chiste, por supuesto. Lo que había venido a entregar… Tendría que encontrar su propio camino sin la ayuda de Holden.

Oyeron el disparo, seguido por otro. Deckard giró sobre sus talones cuando los dos sonidos cortantemente nítidos, separados por sólo un par de segundos, se abrieron paso a través de la atmósfera enlatada de la estación orbital. Procedían de un lugar bastante cercano, y Deckard enseguida lo supo con sólo ver cómo las pequeñas ondas expansivas hacían caer un poco de polvo de las cañerías y pasarelas situadas encima del techo abierto de la habitación.

—Qué demonios… —La ancha franja carnosa del rostro de Urbenton se estremeció, como si los sonidos hubieran sido causados por un par de bofetadas asestadas sobre ella—. No hay ninguna sesión de rodaje prevista en esta zona. Todavía no…

—No es un rodaje —dijo Deckard con voz sombría—. Está ocurriendo de verdad.

Los últimos ecos ya se habían desvanecido. Deckard dejó a Urbenton inmóvil en el centro de la habitación, abrió la puerta y salió al pasillo que había más allá de ella.

Urbenton le siguió. Deckard pudo oír los pasos del director, que intentaba correr detrás de él, y su respiración jadeante. Urbenton le gritó en un tono lleno de pánico que se detuviera y le explicara qué estaba ocurriendo, pero Deckard no le prestó ninguna atención.

Otras voces llegaron a sus oídos desde detrás de una de las puertas. Deckard reconoció a la que habló en primer lugar.

—¿Ha salido bien? —Era la voz de otro replicante León Kowalski, y parecía bastante preocupado—. ¿Era eso lo que se suponía que tenía que ocurrir?

—Lo has hecho estupendamente. —La delgada puerta apenas debilitó la réplica de otra voz—. No te preocupes por…

La voz se interrumpió bruscamente cuando Deckard abrió la puerta de un manotazo. Dos rostros, el de un hombre más alto y el de un segundo replicante Kowalski, se volvieron hacia él. La mirada de Deckard los recorrió a toda velocidad antes de posarse en las evidencias de lo que había ocurrido dentro de la habitación. El recinto había sido preparado para que pudiera ser utilizado como un pequeño plató de vídeo, con luces y cámaras, todas desconectadas, suspendidas en distintos ángulos sobre él.

Un lado del decorado parecía haber sucumbido a una catástrofe repentina. Más allá de una mesa y una silla, en cuyo respaldo había escrito CORPORACIÓN TYRELL, la pared del fondo de la habitación había quedado hecha pedazos. Una silla idéntica estaba volcada sobre los restos, y un cuerpo con el pecho destrozado había caído de ella. La sangre se iba acumulando debajo del cadáver.

Deckard pasó junto al hombre alto y el replicante, se detuvo delante del cadáver y bajó la mirada hacia la figura de brazos extendidos y ojos entrecerrados ciegamente clavados en los espacios vacíos de las alturas. Lo único que no reconoció fue la expresión extrañamente apacible que había en el rostro de su antiguo compañero. De la enorme herida abierta en el pecho sobresalían trocitos destrozados de maquinaria, fragmentos de los órganos artificiales implantados en las entrañas de Holden algún tiempo después de que su pecho hubiera sido destrozado por el primer replicante León Kowalski, otro ejemplar idéntico de la misma gama de modelos Nexus-6. A juzgar por el aspecto de Holden, aquel replicante había terminado el trabajo iniciado por su hermano…, y de manera irrevocable, porque ya no quedaba lo suficiente para hacer volver a Holden de entre los muertos, y mucho menos de cualquier estado de pulso y funcionamiento cerebral mínimos inmediatamente anterior al final definitivo.

El guión del vídeo contenía una escena en la que se volvería a representar el primer encuentro entre Dave Holden y León Kowalski, que había tenido lugar en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, en el Los Ángeles de la Tierra. Deckard no sabía si esa escena ya había sido grabada o si iba a ser grabada en alguna fase posterior del rodaje…, y le daba igual. Incluso antes de poner los pies en la estación del Hollywood Exterior, lo único que le interesaba era que le pagaran el sueldo prometido a cambio de sus funciones como asesor técnico para poder volver a ocuparse de los asuntos que había dejado pendientes en la colonia de emigrantes marciana de las Naciones Unidas.

Pero Urbenton no le había dicho que Holden también fuese a venir a la estación. Lo cual significaba que el director de vídeos le había estado ocultando aquella

pequeña parte de los planes de producción —y Deckard se preguntó por qué—, o que la presencia de Holden en el Hollywood Exterior nunca había formado parte de ellos. En ese caso, Holden había venido a la estación por su cuenta…, o había sido enviado allí por alguien.

«Lo cual quiere decir que cuando Urbenton se asustó tanto al enterarse de que ese otro replicante Kowalski acababa de ser asesinado en el decorado de la calle, quizá no estuviera haciendo teatro después de todo», pensó Deckard. Por muy rastreramente manipulador que pudiera llegar a ser el director de vídeos, resultaba obvio que algunos de los engranajes que habían empezado a girar lentamente dentro de la estación no habían sido puestos en marcha por el director. Urbenton se había callado de repente, fiel al inimitable estilo de los verdaderos paranoicos, cuando Deckard por fin logró convencerle de que una bala de verdad salida de un arma de verdad había matado a uno de los replicantes Kowalski. Deckard no había tenido tiempo de interrogar adecuadamente al director para sacarle más información —como la identidad de cierta persona, tan temible que la mera posibilidad de que hubiera elegido el estudio orbital como campo de acción de sus misteriosas conspiraciones bastase para helarle la sangre en las venas— porque el sonido de nuevos disparos les había interrumpido.

Deckard giró sobre sus talones y miró a los otros ocupantes de la habitación, los que todavía estaban vivos, humanos y replicante.

Los ojillos del replicante León Kowalski mostraban la misma expresión de perpleja incomprensión que había aparecido en los de su gemelo cuando la bala atravesó su cráneo y emergió de su frente. Aquel replicante empuñaba otra arma, la que acababa de matar a Dave Holden, y su manaza la mantenía dirigida hacia los otros hombres.

—Lo siento muchísimo… —A pesar de su impresionante mole, el replicante tenía la voz de un niño asustado, un niño prematuramente envejecido que ni siquiera estaba muy seguro de la naturaleza del crimen que podía haber cometido—. Sólo he hecho lo que me dijeron que hiciera. Pero… No sé… —Un meneo de su cabeza de animal —. ¿Quiere que vuelva a hacerlo?

—Deja de preocuparte por ello. —El hombre más alto, impasible y elegante junto a la silueta rechoncha y sudorosa del director de vídeos, extendió un brazo hacia la mano del replicante y le quitó el arma de entre los dedos—. Ya te he dicho que lo has hecho estupendamente.

—¿Estupendamente? —graznó Urbenton, contemplando al hombre alto y fornido con los ojos casi saliéndosele de las órbitas—. ¿De qué demonios está hablando? —Extendió un brazo para señalar a Deckard, que seguía inmóvil junto al cadáver—. Ni siquiera sé quién es usted. Y en cuanto aparece resulta que de repente tengo un cadáver en el plató, un cadáver humano, además de un replicante muerto en algún otro sitio… ¿Y todo va estupendamente? —Empezó a girar sobre sus talones para volverse hacia la puerta—. Ya estoy harto. Voy a avisar al servicio de seguridad del

estudio.

—No hay ninguna necesidad de llamar a los de seguridad. La situación está totalmente controlada. —El hombre alto y fornido no miró a Urbenton, pero sus dedos se curvaron alrededor de la culata del arma y la elevaron hasta dejarla a la altura de sus ojos. Después estiró el brazo—. Yo me ocuparé de todo.

Mientras se apartaba del cadáver que yacía sobre el suelo del decorado de vídeo, Deckard enseguida entendió qué iba a hacer o, de hecho, lo que ya estaba haciendo. Alzó una mano hacia el arma, a pesar de que se encontraba a varios metros de él. Mientras pasaba junto a la silla de la Corporación Tyrell que había caído al suelo y dejaba atrás la mesa sobre la que había un maletín cerrado, Deckard ya sabía que nunca llegaría a ella a tiempo.

El replicante Kowalski también sabía que no podía hacer absolutamente nada, y que tratar de esquivar la bala sería inútil. El hombre alto y fornido tensó la mano alrededor de la empuñadura del arma y su dedo se curvó sobre el gatillo. Deckard vio con toda claridad el minúsculo movimiento, y oyó el deslizarse de metal sobre metal dentro del arma. Un pequeño chorro de llamas brotó del círculo situado en el oscuro extremo del cañón. El replicante ya había vuelto la cabeza en un gesto de encogimiento preparatorio, los ojos cerrados como si pudiera evitar tener que ver el veloz relámpago de luz fatal.

Una sola bala se incrustó en la sien del replicante. Durante un momento pareció como si le hubiera bendecido con una repentina comprensión, y una perpleja iluminación ardió en las profundidades de sus ojos, y después su mirada silenciosa se volvió hacia Deckard para abarcar toda su presencia. Luego Kowalski cayó, su enorme cuerpo elevado por el impacto de la bala hasta quedar de puntillas, y el lado de su cabeza dentro del que había desaparecido la bala se bamboleó sobre un hombro salpicado de sangre. El replicante se derrumbó en el ángulo formado por el suelo de la habitación y la pared del fondo, convertido en un montón de trapos que ya no guardaba ningún parecido con un ser humano.

La mano inmóvil al final del brazo de Deckard, la que se había estado estirando hacia el arma, se movió por fin y se convirtió en un puño. Ya estaba lo bastante cerca del hombre alto y fornido para poder leer el nombre —MARLEY— escrito en la placa de identificación que llevaba sujeta al pecho. Deckard plantó firmemente los pies en el suelo, echó el puño hacia atrás y lo lanzó contra el mentón del hombre. El golpe le echó la cabeza hacia atrás e hizo que retrocediera tambaleándose hasta chocar con la puerta, pero no soltó el arma. Cuando consiguió recuperar el equilibrio, usó la mano libre para frotarse el morado que empezaba a extenderse a lo largo de su mandíbula. Una tenue sonrisa se fue filtrando lentamente por detrás de sus dedos.

—Si quiere que le sea sincero, no entiendo a qué viene esta reacción tan violenta. —Su mirada llena de diversión cayó sobre Deckard—. Sólo era un replicante. Y quizá no se haya dado cuenta, pero acababa de matar a un ser humano… Se supone que los replicantes que hacen esa clase de cosas tienen que morir, ¿no? —La sonrisa

se fue volviendo más ancha y más desagradable—. Quizá le ha molestado un poco el que me tomara la libertad de hacer su trabajo, ¿eh? —Una de las cejas del hombre se enarcó—. ¿No es eso lo que se supone que hacen los blade runners? Los blade runners matan replicantes, ¿verdad?

—Que le… —Un nudo de repugnancia oprimió las entrañas de Deckard. Le habría gustado atizarle otro puñetazo, esta vez para dejarle inconsciente en el suelo, pero la mera idea de mantener incluso ese contacto tan breve con alguna parte de su cuerpo le daba náuseas. Se volvió hacia la sudorosa y boquiabierta figura de Urbenton—. Oiga, no sé qué demonios está pasando aquí. —Su dedo se hundió en el rollizo pecho del director de vídeos—. Y, francamente, no tengo ningún interés en averiguarlo. Me largo.

Deckard pasó junto a Urbenton y fue hacia la puerta.

—Eh, Deckard… —La voz del hombre alto y fornido le siguió hasta el pasillo. Deckard volvió la cabeza para mirar por encima del hombro y vio que todavía se estaba frotando el mentón y que no había dejado de sonreír. El hombre le dirigió una lenta inclinación de cabeza—. Volveremos a vernos, y entonces tendremos un montón de cosas de las que hablar.

—No cuente con ello.

Deckard giró sobre sus talones y echó a andar sin mirar hacia atrás.

—Ocurrirá más pronto de lo que se imagina, amigo. —La voz del hombre alto y fornido se fue desvaneciendo a espaldas de Deckard—. Más pronto de lo que se imagina…

Deckard ya había recorrido la mitad del pasillo cuando sintió un tirón en su codo. Se volvió y vio a Urbenton, que trotaba desesperadamente para mantenerse a su altura.

—Espere un momento… —Urbenton jadeó, intentando tragar aire—. Vamos, Deckard, vamos… ¿De qué está hablando? Irse… No puede irse.

—Siga mirando y verá cómo lo hago.

El director le agarró el brazo con más fuerza.

—No puede irse… ¡Todavía no hemos acabado de rodar el vídeo!

—Eso no es problema mío. —Deckard extendió la palma de la mano para empujar las dos hojas de una puerta más grande que separaba los despachos del estudio orbital de los muelles de descenso y se dispuso a salir de allí—. Por mí puede rodar su maldito vídeo como le dé la gana, porque yo me largo.

—Maldita sea, Deckard… ¡No puede hacerme esto! —La voz de Urbenton acababa de alcanzar un nivel todavía más estridente y saturado de emociones que cuando el replicante Kowalski había sido asesinado delante de él—. ¡Si se va, los tipos de la Tierra que aportan el dinero se pondrán hechos una furia! —Se detuvo y clavó los talones en el suelo, y su peso impidió que Deckard siguiera andando—. ¡Tenemos un contrato firmado y registrado ante notario!

—Ya sabe lo que puede hacer con él.

La voz de Urbenton siguió amenazándole, pero Deckard la ignoró. Delante de él y a través del laberinto segmentado de estructuras de sustentación de contenedores y transportes de carga, pudo ver el ovoide negro del esquife que lo había llevado hasta la estación del Hollywood Exterior desde Marte. Las góndolas de propulsión estaban salpicadas por manchas de corrosión, y el fuselaje redondeado mostraba las marcas causadas por varios años de vuelos interplanetarios. Su lamentable situación financiera había impedido que Deckard pudiera disponer de un vehículo más nuevo o en mejores condiciones. Lo había examinado y reparado tan a fondo como pudo, pero aun así se había sentido como si estuviera viajando en un sarcófago cerrado rodeado por el gélido vacío. Desde que puso los pies en la estación, Deckard había estado temiendo el momento en el que tendría que iniciar el trayecto de vuelta…, hasta aquel instante. Dadas las circunstancias, de repente le daba igual que el combustible y el oxígeno del esquife duraran hasta que estuviera en una órbita de aproximación a Marte o que se agotaran antes de que hubiera llegado a su destino. Lo único que quería era salir de allí.

Empezó a retorcerse dentro de la diminuta cabina del esquife para ponerse el arnés de seguridad, permitiendo que el diluvio de gritos de Urbenton pasara por encima de él como el zumbido de algún insecto repugnantemente hiperdesarrollado.

—¡No le vamos a pagar, imbécil! —Urbenton había conseguido alcanzar un nivel de rabia lo bastante intenso para que le palpitaran las venas. Sus ojos ribeteados de rosa parecían estar a punto de salir despedidos de su rostro—. Ése era el trato, ¿no? Se le pagaría una vez hubiera cumplido con su contrato. Se suponía que debía permanecer aquí hasta que hubiéramos acabado de rodar el vídeo: lárguese ahora y no verá ni un centavo, condenado idiota.

—Hagan lo que quieran. —Deckard empezó a pulsar botones en el panel de control, programando el curso del esquife—. Eso no supone ningún problema para mí. —Pero sí que era un problema, y considerable: algunas partes de su mente, las más racionales y las primeras en recuperar el equilibrio después de haber presenciado aquellas muertes tan rápidas, ya habían empezado a preocuparse por el dinero. O, mejor dicho, por la falta de dinero. Después de todo, Deckard había aceptado aquel trabajo como asesor técnico del rodaje únicamente porque necesitaba detener la rápida agonía de su cada vez más reducida cuenta bancaria de la colonia de emigrantes de las Naciones Unidas. Presionó el último botón del panel y obtuvo la confirmación deseada bajo la forma de una luz roja—. Le veré en otra vida.

—No apueste por ello. —El director apartó la hosca masa carnosa de su rostro del esquife—. Siempre he sido un tipo muy rencoroso, Deckard.

Cuando la escotilla de la cabina del esquife empezó a descender, impidiéndole ver cómo Urbenton salía del muelle, Deckard oyó otra voz que le llamaba.

—¡Señor Deckard! ¡Espere un momento!

Deckard detuvo el descenso de la escotilla y volvió la mirada hacia el flanco del esquife. La ayudante de producción de las gafas corría hacia él, sosteniendo algo

delante de sus casi inexistentes pechos.

—Si me he dejado olvidado algo, pueden quedárselo —dijo Deckard, que había llegado a la estación del Hollywood Exterior trayendo muy poco más que algo de ropa limpia—. No lo necesito.

—¿Está seguro? —La gruesa montura negra de las gafas había resbalado por el puente de la nariz de la mujer, y se las echó hacia atrás con una esquina del objeto que sostenía en las manos. Deckard vio que era un maletín negro de cuero de imitación—. Me pareció que podía tratarse de algo importante. Cuando estuvo celebrando su pequeña conferencia con el señor Urbenton el maletín estaba en el despacho, así que…

La mujer tenía razón y de repente Deckard recordó haberlo visto allí, encima de la mesa flanqueada por las dos sillas de la Corporación Tyrell, una de ellas volcada con el cadáver de Dave Holden desangrándose a medio metro de ella.

—No es mío.

Deckard supuso que Holden lo habría traído a la estación. De una manera o de otra, aquel maletín no tenía ninguna importancia para él.

—¿De veras? —Una mueca de perplejidad frunció los rasgos de la diminuta ayudante de producción—. Pues tiene sus iniciales. —Hizo girar el maletín entre sus manos para mostrarle la plaquita metálica atornillada debajo del asa—. ¿Lo ve?

Las iniciales RMD habían sido grabadas sobre el diminuto rectángulo metálico. Deckard no dijo nada, y su rostro se convirtió en una máscara impasible mientras escuchaba el tintineo de un pequeño timbre de alarma que había empezado a sonar dentro de su cabeza. ¿Un objeto sobre el que estaba escrito su nombre y que había llegado hasta él a través de un hombre que acababa de morir? Seguramente no se trataría de buenas noticias.

Otra voz habló, aunque aparte de él y de la ayudante de producción no había nadie más en el muelle —o por lo menos ningún otro ser humano—, y Deckard necesitó unos momentos para comprender de dónde había surgido la voz.

—Eh… Deckard… —susurró el maletín, hablando en un tono de voz lo suficientemente bajo para que sólo Deckard pudiera entender sus palabras—. No la cagues. Cógeme y salgamos de aquí.

—¿Qué ha sido eso? —Pareciendo todavía más perpleja que antes, la ayudante de producción volvió la cabeza de un lado a otro—. ¿Ha oído algo?

—No… —Deckard meneó la cabeza. Después alargó el brazo, cerró los dedos alrededor del asa del maletín y se lo quitó de las manos. Sus dedos se tensaron sobre el asa, porque esas pocas palabras habían bastado para que reconociera la voz—. Gracias. Tiene razón. Casi me había olvidado de él.

—Que tenga un buen viaje. —La ayudante de producción se inclinó mientras la escotilla de la cabina reiniciaba su descenso. Parecía un poco triste, como si le hubiera gustado poder marcharse con él—. Siento que las cosas no hayan salido bien…

Deckard no tuvo ocasión de replicar, porque la escotilla se cerró con un suave siseo. El maletín, que había vuelto a su silencio anterior, ocupaba el otro asiento. Unos minutos después el esquife fue eyectado de la estación e inició el viaje de regreso a Marte.

Cuando las últimas luces se apagaron en el panel de control, Deckard aflojó la tira que pasaba por encima de su hombro.

—Eh… —Estiró el dedo índice y empujó suavemente el maletín con él—. ¿Estás ahí dentro?

Transcurrieron unos cuantos segundos antes de que el maletín volviera a hablar.

—Supongo que ahora no hay nadie más cerca, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues entonces procuremos que las cosas sigan tal como están. Estoy intentando evitar el tener que hablar en público. —El tono de la voz pasó repentinamente a la cordialidad—. Me alegro de volver a verte, Deckard. Metafóricamente hablando, claro, ya que en estos momentos carezco de sistemas de percepción visual…

—Claro. —Deckard asintió—. Lo mismo digo, Roy.

Deckard cerró los ojos y se acordó de cuándo había oído por última vez la voz de Roy Batty. Por aquel entonces Batty ocupaba un cuerpo humano en vez de un rectángulo negro de cuero de imitación, y había estado intentando matarle. Deckard supuso que ya no tenía que preocuparse por eso. A menos que el maletín fuera alguna clase de bomba, naturalmente… Siempre cabía esa posibilidad.

—Tenemos muchas cosas de que hablar —dijo el maletín.

Deckard no le respondió. Se recostó en el asiento de la cabina, los ojos todavía cerrados pero infinitamente alejado del sueño. Fuera lo que fuese lo que tuviera que decirle el maletín —«no, Batty —se corrigió a sí mismo, sabiendo que estaba en lo cierto—. Es Batty quien está ahí dentro»—, pensaba que no tardaría mucho en averiguarlo.

3

El despertador trepó penosamente hasta el tablero de la mesilla de noche, agitando sus diminutas garras ganchudas en busca de cualquier punto de apoyo que pudieran encontrar en las superficies de plástico-y-cartón que imitaban el grano de la madera. Después avanzó cautelosamente por entre el laberinto formado por los tubos farmacéuticos vacíos, los pañuelos de papel estrujados y el arma descargada, y contempló a la figura que yacía en la cama.

—Es hora de despertar, señora Niemand.

Sarah Tyrell tensó un poco más los párpados. La fría y tenue claridad de un amanecer marciano —o posiblemente un mediodía, ya que siempre resultaba difícil distinguirlos— había empezado a entrar por las claraboyas recubiertas de polvo del cubículo.

—No me llamo Niemand. —Pudo percibir con toda claridad el lento rechinar de su voz, como si las partículas de polvo que flotaban en el aire se hubieran infiltrado en las blandas curvas de las articulaciones y junturas de su garganta—. No me llames señora Niemand.

Los hábitos programados del despertador llevaban mucho tiempo poniéndole los nervios de punta.

—Para mí usted siempre será la señora Niemand. —Un campanilleo sintetizado tan cortante como el filo de una navaja brotó del diminuto altavoz del despertador—. Venga, venga… A levantarse con una gran sonrisa para empezar otro día maravilloso.

Ésa era la razón por la que el arma estaba descargada. Si no la hubiera mantenido descargada, a esas alturas el despertador ya estaría muerto y los relucientes trocitos de metal y microcircuitos habrían saltado por los aires para acabar chocando con la pared del dormitorio.

Sarah Tyrell se tapó los párpados con el dorso de la mano en un vano intento de mantener a raya los vestigios de la claridad diurna, deseando crear una noche eterna en la que no hubiera sueños.

—Señora Niemand… Venga, venga… —dijo el calendario desde el otro lado del dormitorio, empleando un tono de cariñosa reprimenda—. Ya sabe qué lista de actividades tiene para hoy, ¿verdad? Suicidarse no figura entre ellas, así que anímese.

El calendario era capaz de percibir sus estados de ánimo. Detrás de la escena boscosa animada y las hileras de días numerados que había debajo de ella se ocultaba una inteligencia considerablemente aguda. Si conseguían llegar a disponer del tiempo suficiente para ello, los sistemas autónomos de las unidades domésticas marcianas siempre acababan volviéndose muy listos. Era una pura cuestión de supervivencia: ellos seguían estando ahí, mientras que sus propietarios humanos se iban sucediendo unos a otros como los corredores en una carrera de relevos.

«Con la muerte como meta final, naturalmente», pensó Sarah.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gritó. No quería que el despertador estuviera

encima de ella todo el día, parloteando e distiendo a su manera insoportablemente maternal. Su pasado familiar y el hecho de que hubiese heredado la Corporación Tyrell, que antes de su destrucción había sido la mayor fabricante de inteligencias humanas simuladas del mundo, hacían que las máquinas parlantes le resultaran francamente inaguantables. Sarah Tyrell odiaba tanto a las de la variedad solícita como a las de la variedad jovial, y le habría costado mucho llegar a decidir cuál la ponía más nerviosa—. Me voy a levantar. —Apartó la sábana de sus piernas desnudas—. No voy a quedarme todo el día tumbada en la cama pensando en la muerte. ¿Satisfecho?

—¡Ésa es mi chica! —El despertador volvió a emitir su campanilleo sintetizado—. ¡Así se habla! ¡No deje que los bastardos la depriman!

Sarah Tyrell dejó escapar un prolongado suspiro lleno de cansancio.

—Pero quiero pedirte una cosa. Sólo una, ¿de acuerdo? Sólo quiero que me hagas un pequeño favor. —Se estaba dirigiendo al calendario, porque sabía que nunca conseguiría hacer entrar en razón al despertador—. Llámame Sarah, o señorita Tyrell. Llámame cualquier cosa salvo señora Niemand, ¿eh?

—No podemos hacer eso. —El calendario parecía lamentarlo sinceramente y, de hecho, su tono se había vuelto repentinamente apagado y lleno de tristeza, como si la limitada inteligencia impresa en sus circuitos fuera consciente de la naturaleza de sus pecados, que no podía evitar cometer—. Vamos incluidos con el cubículo. Formamos parte del acuerdo de alquiler que firmaron usted y el señor Niemand. Por sólo una módica tarifa mensual puede disponer de nosotros y del microondas y la nevera, más un servicio de cable básico.

—Oh, claro. —El servicio de cable consistía en un interminable menú que listaba todos los servicios complementarios adicionales y enormemente caros proporcionados por el monopolio del vídeo de Marte. Los emigrantes de las Naciones Unidas atrapados en Marte que esperaban poder partir hacia las colonias exteriores los pagaban mientras pudieran hacerlo, ya que la alternativa era un lento y convulso descenso hacia la locura idiopática y la muerte por privación de estímulos sensoriales—. Menuda ganga.

—No está tan mal. —Sintiéndose herido, el calendario intentaba justificarse a sí mismo, exactamente tal como había hecho antes—. Nuestras respuestas programadas son generadas por las pantallas de las bases de datos que usted y su esposo cumplimentaron a su llegada, y en ellas figuran como el señor y la señora Niemand. Ustedes pueden decidir llamarse Rick Deckard y Rachael Tyrell, o Sarah si es que lo prefiere de esa manera, pero nosotros no podemos dirigirnos a ustedes empleando esos nombres. Las cosas son así, y no se puede hacer nada al respecto.

Sarah ya sabía todo eso. Su vida había acabado convirtiéndose en una interminable sucesión de sermones y reprimendas administradas por máquinas. «La vida tal como la conocemos», pensó con amargura. Lo peor de todo era que sabía que el calendario autónomo tenía razón: el que insistiera en ser llamada por su verdadero

nombre sólo serviría para sumir en la confusión a sus circuitos. De hecho, ya ni siquiera estaba muy segura de cuál era ese nombre. Señor y señora Niemand eran los alias que Deckard había elegido para que pudieran viajar junto con todos los otros emigrantes que abandonaban la Tierra para establecer sus hogares —o lo que pasaba por tales— en la colonia de tránsito marciana de las Naciones Unidas. Eso permitiría que no fueran capturados por las autoridades, ya que después de lo que había ocurrido en la Tierra, en Los Ángeles —no lo que meramente había ocurrido, sino lo que Sarah había hecho que ocurriera, convirtiéndose en el agente de su propia destrucción y en la causante del apocalipsis de la Corporación Tyrell— la policía y las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas ni siquiera se molestarían en presentar cargos contra ella.

El olvido abarcaría incluso al asesinato, ya que docenas de personas tuvieron que morir en el llameante derrumbamiento de los edificios de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell causado por los explosivos. Quizá hubo centenares de muertos que perecieron de la forma en que la gente tendía a morir en Los Ángeles, anónimamente y siendo olvidados casi al instante sencillamente porque resultaba bastante difícil acordarse de esas cosas. Pero aunque todo aquello había sido obra suya, una innegable materialización de ciertas intenciones y deseos más profundos e irresistibles que cuanto pudiera haber dentro de su consciencia, Sarah Tyrell no había actuado en solitario. Las entidades sin rostro de las Naciones Unidas habían sido las que pulsaron el botón rojo, o cualquiera que fuese la clase de activador utilizado para reducir la Corporación Tyrell a un zigurat de vigas retorcidas y cascotes humeantes con carne muerta atrapada debajo de su peso.

—Y ésa es la razón por la que Sarah Tyrell tenía que morir.

Habló en voz alta, dirigiéndose a los espacios vacíos de la habitación, presionando la almohada con la cabeza mientras contemplaba la oscuridad que se agazapaba detrás de sus párpados. Cuando Deckard no estaba allí con ella, ésa era su principal ocupación y quizá la única: examinar el pasado, permitiendo que los calcinados fragmentos cenicientos se deslizaran por entre sus dedos como si con ello pudiera llegar a encontrar algunos trocitos de sus propios huesos astillados. La historia oficial era que Sarah Tyrell había muerto en el derrumbamiento llameante de la corporación. Si las autoridades sospechaban que las cosas habían ocurrido de otra manera, el que sus manos también estuvieran manchadas de sangre haría que no tuvieran muchos deseos de pregonarlo en voz alta.

—Ésa es la razón por la que ya no soy Sarah Tyrell.

—Cierto. —La habitación no estaba vacía. El calendario ya había oído todas aquellas reflexiones con anterioridad—. Pero tampoco es Rachael. —El sistema autónomo, debido a que su existencia estaba basada en los números, siempre mostraba una cierta tendencia a la precisión—. Eso era una mentira. Siempre fue una mentira.

El calendario tenía razón, como de costumbre, y Sarah Tyrell asintió lentamente

para indicar que estaba totalmente de acuerdo con él. La verdadera Rachael —suponiendo que esa palabra pudiera ser aplicada a una replicante— también estaba muerta. Aquella Rachael estaba muerta y bien muerta, muerta de verdad, como hubiera podido decir un niño. Rachael, el duplicado del que Sarah Tyrell había sido el original, ya estaba empezando a morirse cuando Deckard se enamoró de ella. Qué estúpido había sido aquel blade runner al amar a alguien —a algo— cuya naturaleza intrínseca consistía precisamente en morir, porque los replicantes sólo vivían cuatro años. En ese aspecto eran más parecidos a los insectos, brillantes criaturas efímeras que vivían un día o dos como máximo, que a los humanos, quienes generalmente tardaban bastante más tiempo en morir…, a menos que los mataras.

—Pero yo no estaba mintiendo. —Sarah Tyrell permitió que su voz se volviera tan suave y dolida como la de una niña—. En realidad no mentía… —Las mismas palabras una y otra vez, como si verdaderamente tuvieran algún significado después de todo—. Me refiero a cuando le dije que era Rachael. Porque soy lo mismo que era ella…, ¿verdad? Ellos la crearon a partir de mí para que fuera exactamente igual a ella. —Estaba hablando de su tío, el difunto (y asesinado) Eldon Tyrell, y de todas las fuerzas de la Corporación Tyrell que habían obedecido sus órdenes mientras vivía—. No había absolutamente ninguna diferencia entre ella y yo.

—La única diferencia era que él la amaba —dijo el calendario—. El señor Niemand la amaba. Quiero decir que…, que Deckard la amaba. O quienquiera que sea. Oh, vaya, mire lo que ha conseguido: estoy hecho un lío.

Ésa era la diferencia, desde luego, y que el calendario se la hubiera recordado hizo que un cuchillo invisible le atravesara el corazón. Esa diferencia convertía todo lo demás en una simple mentira, y hacía que todas sus acciones se volvieran horriblemente fútiles. Sarah Tyrell había matado a Rachael, su duplicado —o había sido la causante de su muerte, lo cual venía a ser lo mismo— y había destruido su herencia, dejando humo y cascotes allí donde se había alzado la Corporación Tyrell, y no había conseguido absolutamente nada con ello. «Todo ese amor no ha servido de nada —pensó—. Y las mentiras tampoco han servido de nada…» Eso era lo que resultaba más duro de aceptar, porque las mentiras exigían un esfuerzo mucho más grande. Y lo único que había sacado de ellas era acabar allí, en un cubículo de la colonia marciana de las Naciones Unidas, esa lúgubre estación de tránsito en la que nunca ocurría nada pero donde la gente seguía muriendo.

No sentía ningún deseo de levantarse de la cama por mucho que el despertador y el calendario insistieran en que debía hacerlo, pero sabía que los dos sistemas autónomos volverían a la carga dentro de un par de minutos como mucho. «Y él lo sabía —pensó sombríamente—. Lo supo desde el primer momento…» Con los ojos cerrados, pudo volver a ver el rostro de Deckard en ese momento, cuando le bastó con mirarle para ser consciente por primera vez de que Deckard sabía que ella no era Rachael. Sarah había mentido y había erigido todo un entramado de mentiras y de muerte, y no había sacado nada de ello. Si ella y Rachael —la replicante que tenía su

cara, la replicante que había estado muriendo durante mucho tiempo antes de que acabara llegando a la meta de la muerte— sólo se diferenciaban en el amor de Deckard…, entonces Sarah Tyrell se convertiría en Rachael. «Si hubiera podido conseguirlo…», pensó, y ese pensamiento era más amargo que cualquiera de los demás. Pero no pudo ser. Deckard se había vuelto hacia ella para mirarla mientras estaban sentados en la nave de los emigrantes que iba a llevárselos de la Tierra y luego había hablado, y nada más oírle Sarah supo que de todas las mentiras de un universo lleno de mentiras, la única que le importaba era aquella en la que Deckard ni siquiera podía fingir que creía. «Típico de mi mala suerte», se dijo.

—Señora Niemand… —El calendario volvió a hablar, y esta vez había un poco más de urgencia imperiosa en su voz sintetizada—. No puede seguir así. —Su banco de memoria contenía los registros de otros días francamente malos que habían empezado con el descubrimiento de que la señora del cubículo era incapaz de levantarse de la cama—. Esencialmente esto no es más que un acto de autotortura, y no sirve de nada. Ya sabe que tiene que enfrentarse a la realidad, ¿no?

—Lo sé. —Mediante un acto de voluntad tan sencillo y decisivo como apretar un gatillo, Sarah sacó las piernas de la cama y se sentó en el borde, sintiendo cómo los tablones de plástico reciclado del cubículo incrustaban su imitación del grano de la madera en las plantas desnudas de sus pies—. ¿Ves? Ya me he levantado. ¿Estás contento? —Meneó la cabeza—. Oh, por el amor de Dios…

Las yemas de sus dedos hurgaron por entre el desorden acumulado encima de la mesilla de noche, buscando cualquier posible resto del último paquete de cigarrillos del mercado negro que había estado fumando. Las colillas amontonadas sobre la tapa de lata que usaba como cenicero estaban tan apuradas que no le servirían de nada.

El despertador saltó ágilmente a un lado para esquivar la mano temblorosa de Sarah.

—¡Bien, bien, bien! ¡Vamos a ponernos en marcha de una vez! —Su vocecita de campanilla irradiaba una alegría enloquecida—. ¡Hoy tenemos montones de cosas que hacer!

Sarah había encontrado una colilla de cigarrillo que consiguió encender y de la que aspiró una bocanada de humo rancio.

—¿Como cuáles? —preguntó, lanzando el humo hacia el círculo que formaba la cara del despertador.

—Bueno… —El pequeño sistema autónomo disipó el humo con un cómico revoloteo de sus manecitas negras—. Podría ponerse guapa…, más guapa de lo que ya está, quiero decir…, y prepararse para recibir a su esposo cuando vuelva a casa. Me refiero al señor Niemand, ya sabe.

Sarah frunció el ceño mientras aplastaba la colilla en la tapa.

—¿Va a volver a casa? ¿Se supone que va a hacerlo?

Había perdido toda noción del tiempo y del transcurrir de los días. Eso era una mala señal, y los asistentes sociales y los profesionales de la salud mental que

trabajaban para las Naciones Unidas siempre estaban advirtiendo a los emigrantes de que no debían pasarla por alto. Era una de las primeras indicaciones —junto con los tics faciales, el pellizcarse incesantemente la piel y demás rituales obsesivo-compulsivos— de que el organismo estaba empezando a acusar los efectos tóxicos del bajísimo nivel de estímulos que caracterizaba al medio ambiente marciano. La locura y la muerte solían llegar poco tiempo después. «No es que eso me preocupe demasiado, desde luego», pensó Sarah.

—No exactamente —dijo el calendario desde la pared del dormitorio—. En principio el señor Niemand todavía tardará unos días en volver. Pero… Bueno, nunca se sabe. —El calendario intentó adoptar un tono lleno de esperanza, como si estuviera solícitamente preocupado por el bienestar de sus dueños humanos—. Quizá haya acabado de atender sus negocios y regrese a casa más pronto de lo esperado. Podría ocurrir.

—Tienes razón. —Sarah alzó las dos manos para apartar los enmarañados mechones que le habían caído sobre la frente—. Como de costumbre.

Entró en el cuarto de baño del cubículo y dejó que el hililo de agua color óxido se fuera acumulando en la pileta mientras intentaba evitar verse en la sucia y deslustrada superficie del espejo. No quería tener que enfrentarse al problema de decidir si el rostro que vería en ella era el suyo o el de Rachael.

Una vez lejos del parloteo del despertador y la irritante insistencia del calendario, sus pensamientos empezaron a ordenarse poco a poco, reasumiendo una forma y un peso familiares. Esa forma y ese peso eran los que decidió adoptar el día siguiente a la marcha de Deckard, su partida para poner rumbo hacia aquel estudio de producción de vídeos medio en ruinas que orbitaba la Tierra. Todo se reducía a una tradición santificada por el tiempo, una especie de regresión a viejas formas de conducta basadas en el sexo: el hombre se iba lejos para ganar dinero y volvería con él para invertirlo en la unidad familiar básica, y mientras tanto la mujer se quedaría en casa cuidando el fuego del hogar.

«El despertador y el calendario tienen razón —volvió a decirse a sí misma—. He de estar preparada para recibirle en cuanto vuelva». Sarah se inclinó sobre la pileta y empezó a echarse agua en la cara.

Un golpe sordo resonó en el dormitorio detrás de ella.

—Ooops —dijo el despertador.

Sarah volvió la cabeza para mirar por encima del hombro, un hililo de agua deslizándose por entre sus pechos. El despertador, que seguía describiendo su lento recorrido por la mesilla de noche, había tirado el arma al suelo.

—Lo siento…

—No te preocupes. —Sarah alargó la mano hacia la vieja toalla deshilachada—. Ya sabes que no está cargada.

Pero Sarah sabía algo que el despertador y el calendario ignoraban, y ese algo era que el arma no seguiría estando descargada durante mucho tiempo. En el cajón de la

cómoda, debajo de su ropa interior, había dos balas. Habían sido adquiridas a un precio muy elevado, artículos del mercado negro como los cigarrillos, porque en un lugar como la colonia de los emigrantes, donde la muerte llegaba constantemente y con mucha lentitud, los medios para obtener una muerte rápida se convertían en auténticos tesoros.

«Una para él —pensó mientras deslizaba la toalla sobre su nuca—. Y una para mí…»

Sarah estaría preparada para recibir adecuadamente al señor Niemand en cuanto volviera al hogar.

—Nunca hubiera imaginado que acabarías haciendo esa clase de trabajo. —El maletín había vuelto a hablar de repente, y su voz seguía siendo la de Roy Batty—. Me refiero a lo de rodar vídeos y toda esa mierda… No se parece demasiado a lo que hacías en tu empleo anterior, ¿verdad?

—Supongo que no —dijo Deckard—. Pero sirve para ganar dinero.

«O por lo menos se suponía que iba a servirme para ganar algo de dinero», pensó sombríamente. Fuera del esquife, discernible a través de la pantalla visora colocada encima del panel de instrumentos de la diminuta cabina, estaba el vacío interplanetario, y la fría luz de las lejanas estrellas parecía volverlo todavía más deprimente y amenazador.

—Y me parece que acabas de cagarla al ciento por ciento, ¿no? —En su encarnación humana, o en un facsímil razonablemente fiel de ella, Batty siempre había parecido poseer un aterrador talento para leer los pensamientos de los demás. El que hubiese quedado reducido a una caja no parecía haberle arrebatado esa capacidad—. Ése es el gran problema de las exhibiciones emocionales. Al principio todo es maravillosamente excitante…, y luego viene la resaca.

Fueran cuales fuesen los errores que hubiera podido cometer Batty en el pasado —incluida su lunática teoría de que Deckard era un replicante—, no cabía duda de que entendía muy bien la situación actual. Deckard sabía que la voz sin cuerpo estaba en lo cierto: dentro de su cabeza, su mente estaba asestando una feroz patada a su estúpido trasero.

—Accedí a hacerlo únicamente por esa razón. Me refiero al dinero, ya sabes… —Deckard dejó escapar una seca carcajada llena de irritación—. Y ahora resulta que ni siquiera he conseguido que me paguen. Este viaje ha sido una pérdida de tiempo.

—Pero tú ya lo sabías, ¿verdad?

El maletín habló en voz baja y suave, y en un tono casi bondadoso.

Deckard no estaba muy seguro de si lo había sabido. Clavó la mirada en la pantalla repleta de estrellas y contempló el espacio con expresión meditabunda. Los ataques de mal genio no eran lo único que podía crearte serios problemas. Necesitar dinero y necesitarlo desesperadamente, de la misma manera en que una persona que

se ahoga anhela introducir un poco de oxígeno en sus pulmones… Bueno, eso también traía consigo su propia balsa de dificultades, causando interferencias que tendían a producir perturbaciones realmente considerables en el funcionamiento racional del cerebro.

—Si no te queda más remedio, puedes llegar a creer cualquier cosa —dijo Deckard, reflexionando en voz alta.

—¿Y por eso acabaste trabajando para ese imbécil de Urbenton? —La voz de Batty, cortante y afilada—. No fue una buena idea por tu parte, Deckard. Ese tipo es basura. Me ha bastado con oírle hablar durante unos momentos para saberlo.

—Siempre has sido un magnífico juez del carácter. —Deckard echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo del asiento—. Te aseguro que lamento enormemente haber conocido a ese enano hijo de perra.

—Me imagino que debías de andar realmente necesitado de dinero.

Deckard no dijo nada. El maletín acababa de dar justo en el centro de la diana, desde luego. El dinero era todavía más necesario que el oxígeno, por lo menos en los cubículos de las colonias de emigrantes de las Naciones Unidas. El aire respirable, que olía a pegamento y a filtros de reciclaje que hubieran debido ser sustituidos hacía mucho tiempo, era proporcionado gratuitamente por los cascos azules de los equipos de Mantenimiento Ambiental de las Naciones Unidas, junto con las raciones básicas de hidrocarbonos y proteínas derivadas de las algas. El dinero, en cambio, era un artículo de primera necesidad que los emigrantes debían obtener por su cuenta, ya fuera de los ahorros que se habían traído consigo cuando abandonaron sus vidas anteriores en la Tierra o el que consiguieran ganar en el mercado negro de las colonias y/o en otras zonas de libre empresa no autorizadas oficialmente pero toleradas. Tanto si sacabas el dinero de tus ahorros como si lo obtenías de los trapicheos semiclandestinos, lo único que conseguías con ello era mantener a raya a la bancarrota, la miseria y la muerte durante unos meses más. Cualquier emigrante podía acostarse en la litera de su cubículo, los dedos entrelazados entre su nuca y la delgada almohada, y sentir cómo su vida se iba escapando poco a poco, igual que si fuese aire rancio que se filtrara por una grieta del techo de plástico de la estructura prefabricada con un suave silbido…, y lo peor de todo era que al llegar a ese punto ya le daría igual.

Deckard acababa de llegar a ese punto —o habría llegado a él, si no hubiera encerrado un juramento en lo más profundo de su alma, un juramento sobre el que había grabados con letras de cenizas humeantes los nombres de Sarah Tyrell y de Rachael— cuando Urbenton, aquel director de vídeos bajito, regordete y muy pagado de sí mismo apareció delante de la puerta de sellos neumáticos del cubículo. El viajar de incógnito, o incluso el mero hecho de poder viajar y ser capaz de llegar a Marte y poder marcharse después, constituían una evidencia impresionante del poder de Urbenton, e indicaban la existencia de alguna clase de acuerdo muy envidiable entre su firma, Producciones Muerte Veloz, y el suministrador de servicios de cable que

controlaba prácticamente todos los aspectos de la existencia en las colonias. La compañía de cable era el árbitro de la vida y la muerte, el auténtico gobernante del universo de bolsillo de los emigrantes: en un entorno cuyo nivel de estimulación era tan bajo, o incluso inexistente, como el de Marte, la conexión del cable de los cubículos era el verdadero conducto por el que llegaba el sustento vital, y la gente seguía pagando las cuotas mucho después de que sus reservas de efectivo se hubieran reducido hasta tal punto que te veías obligado a alimentarte únicamente con las nada generosas raciones de las Naciones Unidas.

Y por eso cuando Urbenton apareció, con su sonrisa untuosa de estafador estirada entre sus gordas mejillas, y le dijo a Deckard que tenía una oferta que hacerle, lo único que se podía hacer era escucharla. Fueron a un pequeño bar del mercado de la colonia que servía seudocafé, dentro de una zona atestada de puestos precariamente improvisados con láminas de contenedores de transporte desechados y llena de multitudes que andaban arrastrando los pies y contemplaban lo que les rodeaba con ojos desesperadamente vacíos. Toda aquella escena le recordó a Deckard calles similares por las que había caminado en Los Ángeles, con la única diferencia de que les faltaba el parpadeo de los neones y el aire ligeramente más respirable que las lluvias anuales del monzón conseguían limpiar hasta dejarlo en un nivel de toxicidad levemente inferior.

—Charlemos un rato, señor Niemand… —Cuando Urbenton usó el alias de Deckard, la sonrisa que iluminaba el rostro del director de vídeos se volvió un poquito más grande, como si fuese un reptil que estuviera desencajando sus mandíbulas para engullir a una cabra de un solo bocado—. Me parece que sería preferible que estuviéramos a solas, ¿verdad?

Dejaron a la señora Niemand —que ya ni siquiera fingía llamarse Rachael— durmiendo en la estrecha cama del cubículo, o quizá contemplando la lenta sucesión de oscuros paisajes conmemorativos que iban desfilando por detrás de sus párpados. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que Deckard intentó convencerse a sí mismo de que sabía qué estaba ocurriendo dentro de la cabeza de Sarah. Deckard cerró los sellos atmosféricos del cubículo y siguió a Urbenton…, y al olor de dinero que exudaba.

—Por eso lo hice —dijo de repente, asintiendo lentamente con la cabeza dentro de la cabina del esquife y con el maletín parlante junto a él, como si realmente hiciera falta dar alguna explicación—. Aquel tipo olía a dinero.

—Un olor muy atractivo. —Una sombra de diversión bailoteó en la voz de Roy Batty—. El olor del dinero resulta mucho más atractivo que todas esas feromonas del sexo, el orgullo y el amor, todas esas sustancias corpóreas que saben tirar tan bien de los hilos de las personas… Disculpa que me haya puesto filosófico. Como quizá hayas podido percibir, últimamente tiendo a adoptar un punto de vista más… desinteresado. —La voz del maletín se volvió repentinamente seca y cortante—. ¿Cuánto dinero te ofreció Urbenton?

—Un montón. —Deckard recitó los números—. Y eso era sólo para empezar, únicamente lo que figuraba en el presupuesto de la producción… Los pagos residuales probablemente habrían superado esa cifra en cuanto el vídeo hubiese empezado a ser emitido por las redes del cable.

—No está mal.

No estaba nada mal, desde luego. «O no lo habría estado si hubiera conseguido que me pagaran», pensó Deckard, corrigiéndose a sí mismo. Habría ganado mucho dinero sin tener que hacer nada, o por lo menos el acuerdo parecía hallarse tan cerca de esa situación ideal como lo permitía la clase de universo en el que vivían. Deckard no tendría que hacer prácticamente nada para conseguir ese dinero de los misteriosos respaldos financieros a los que Urbenton se había estado refiriendo casi a cada momento. Básicamente, Deckard sabía —y Urbenton lo había dejado muy claro— que Producciones Muerte Veloz sólo quería poder incluir su nombre como asesor técnico en los títulos de crédito del vídeo: eso haría felices a los tipos del dinero, y aportaría un toque de autenticidad a todo el proyecto. Se suponía que el vídeo era una recreación dramatizada de la vida de Deckard, o por lo menos de aquella pequeña parte de ella en la que había intentado llevar a cabo su última misión como blade runner, el trabajo que el inspector Bryant había dejado caer sobre sus hombros después de que ya hubiera abandonado el departamento porque no podía seguir aguantando todo aquello ni un solo instante más. Según Urbenton, esa cacería —con una media docena de modelos Nexus-6 sueltos por las calles del salvaje Los Ángeles, el altamente peligroso líder del grupo, la versión replicante de Roy Batty, entre ellos y un cazador solitario llamado Rick Deckard que debía encontrarlos y liquidarlos— ya había adquirido alguna clase de estatus legendario, incluso mítico. Al parecer se habían llegado a filtrar los suficientes detalles para que la historia pasara de ser un cuento popular urbano a una gran saga. O Por lo menos eso fue lo que le dijo Urbenton, y a Deckard lo único que le importaba era que hubiese un día de cobro al final del proceso. Si Producciones Muerte Veloz creía que había un público dispuesto a ver cómo unos cuantos replicantes huidos que no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir eran hechos pedazos, probablemente estaba en lo cierto: eso encajaba muy bien con la opinión sobre el encanto innato de la especie humana que Deckard se había ido formando a lo largo de su vida.

—Lo único que tenía que hacer era estar sentado al lado del plató y mantener la boca cerrada —dijo Deckard—. De todos los motivos que pudiera tener Urbenton para contratarme, el poder disfrutar de mi gran aportación creativa no era exactamente el más importante. Luego me pagarían y volvería a casa.

—Bueno, por lo menos estás volviendo a casa…, o al mejor sucedáneo de un hogar que alguien como tú puede aspirar a obtener. —Una invisible sonrisa de compasión tiñó la voz del maletín—. Es una lástima que no fueras capaz de cumplir esa condición de mantener la boca cerrada. Te pasas toda la vida siendo el tipo silencioso que mata sin decir ni una palabra, y cuando llega el único momento en el

que realmente es importante que te mantengas callado…, entonces vas y empiezas a hablar por los codos.

—Y que lo digas. —La adrenalina que quedaba en su organismo, la inyección de energía resultado de haber visto la muerte tan de cerca y de haber permitido que la ira pudiera salir al exterior inmediatamente después, estallando con la violencia de un lanzallamas al que le hubieran quitado el tapón, ya se habían disipado, dejando tras de sí las heces insípidas del autoaborrecimiento—. El silencio tal vez no sea una virtud, pero por lo menos habría sido muy beneficioso.

—Verás, confieso que me llevé una pequeña sorpresa… —La voz de Batty se volvió repentinamente pensativa—. Cuando me dijeron que estabas en la estación del Hollywood Exterior, quiero decir, y que Holden y yo íbamos a seguirte la pista hasta allí para hacer nuestra pequeña entrega… Y ya sabes que esa pequeña entrega soy yo, ¿verdad?

—No recuerdo haber pedido que me entregaran ningún maletín que contuviera la personalidad de un tipo muerto.

—Bueno, el caso es que no lo hiciste. —Lo que se escondía dentro del maletín, fuera lo que fuese, parecía haberse sentido un poco ofendido por las palabras de Deckard—. Se suponía que iba a ser una sorpresa, chico listo. Si hubieras sabido que ibas a recibir un regalito, probablemente te las habrías arreglado para cagarla de alguna manera. Aun así, el pobre Holden acabó consiguiendo que le pegaran un tiro mientras intentaba establecer contacto contigo.

—Que eso te sirva de lección. —Deckard se recostó en el asiento del piloto y cruzó los brazos encima del pecho—. La próxima vez envíate por vía aérea.

—Graciosísimo. Deckard. Puede que hayas dejado de ser un blade runner, pero sigues siendo un bastardo sin sentimientos. —Si el maletín hubiera tenido forma humana, habría inclinado la cabeza—. Eso es lo que me gusta de ti.

—Como quieras. Y de todas maneras, ¿por qué te sorprendió tanto enterarte de que me había ido al Hollywood Exterior? Es donde está el dinero, ¿verdad?

—Se suponía que a estas alturas ya tendrías que llevar mucho tiempo fuera de circulación —replicó la voz de Batty—. Ése era el plan, ¿no? Holden me lo contó todo, y me explicó lo que habías decidido hacer cuando todavía estabas en la Tierra. Ibas a conseguir un par de identidades nuevas para ti y para Sarah Tyrell, y luego os largaríais a las lejanas colonias de las Naciones Unidas. Ibas a desaparecer entre las estrellas. Deckard, no en una repugnante estación de tránsito marciana… Después tú y Sarah —¿o todavía la llamabas Rachael?— estaríais a salvo y podríais formar una hermosa pareja realmente hogareña.

—Oh, vamos… —Nada más hablar, Deckard pudo oír con toda claridad el cansancio impregnado de amargura agazapado en su voz—. Puedo asegurarte que eso último jamás formó parte del plan.

—Y en caso contrario no me lo habría creído. Bien, da igual… Volvamos a las estrellas. Es el sitio al que se supone que ibais a ir, o al que ya habíais ido. ¿Qué

ocurrió?

Deckard cerró los ojos durante unos momentos, intentando conservar sus cada vez más escasas reservas de energía.

—Lo que ocurrió fue… —No sentía ningún deseo de contarle la historia de su vida al maletín—. Lo que ocurrió explica el porqué necesitaba el dinero, el porqué acepté este trabajo ridículo como asesor técnico en el asqueroso vídeo de Urbenton. Las colonias de tránsito marcianas de las Naciones Unidas son un auténtico callejón sin salida. En la Tierra nadie lo sabe porque las Naciones Unidas mantienen un control implacable sobre la información y se aseguran de que nadie pueda llegar a saber que está ocurriendo allí. Ese programa de emigración del que están tan enamorados se derrumbaría de repente en cuestión de segundos si se llegara a saber que cuando sales de la Tierra no vas a las estrellas, sino que acabas atrapado en un diminuto y sucio cubículo marciano, pegado a la conexión del cable o enloqueciendo lentamente a causa de la privación de estímulos sensoriales.

El maletín hizo cuanto pudo para parecer muy poco impresionado.

—Ha habido ciertos rumores.

—Si los ha habido, ninguno de ellos llegó a mis oídos. No es que eso me hubiera hecho cambiar de parecer, desde luego… Estaba totalmente decidido a largarme de la Tierra.

—¿Por qué? —Una sincera perplejidad impregnó la voz de Batty—. La Tierra es un sitio tan bueno como cualquier otro para morir. Créeme, Deckard: sé de qué hablo.

Deckard meneó la cabeza en una lenta negativa.

—Tenía otros planes. No le hablé de ellos a Holden porque no necesitaba conocerlos.

—¿Planes? ¿Qué clase de planes?

Deckard permitió que sus párpados descendieran hasta que sus ojos entrecerrados se convirtieron en dos ranuras.

—Tú tampoco necesitas conocerlos. —La fatiga fue ascendiendo lentamente por su tensa columna vertebral y bajó por sus extremidades, convirtiéndolas en pesas de plomo—. Pero dado que lo preguntas, ésa es la razón por la que fui en busca del dinero. Quería salir de Marte.

—El dinero siempre resulta útil —dijo el maletín—. Aunque quizá no habría podido sacaros de Marte.

—Valía la pena intentarlo. —No sentía ningún deseo de discutir con el maletín—. Durante los últimos dos o tres años Marte no ha visto despegar ni un solo transporte con rumbo a las colonias exteriores de las Naciones Unidas. Parece ser que ahí fuera están teniendo alguna clase de problemas bastante serios. Pero ha habido rumores, porque siempre hay rumores, de que pronto reanudarán los envíos. Tienen que hacerlo, desde luego: apenas queda sitio para alojar a una sola persona más en las colonias marcianas, y las Naciones Unidas siguen trayendo emigrantes de la Tierra. La situación tiene que estallar por algún sitio. Y si alguien sale de Marte, seremos yo

y Sarah Tyrell. El dinero iba a servir para eso.

—Pero ahora no hay dinero, ¿verdad? Me parece que estás metido en un lío francamente grave, Deckard.

—Cierto. —Lo cual no era una situación demasiado nueva para él—. Pero así son las cosas, ¿no?

—Mala suerte, chico. —La voz de Batty surgió del altavoz disimulado del maletín conteniendo una sonrisa igualmente familiar—. Pero eso es un auténtico golpe de buena suerte para mí…, y para los tipos que me han enviado. Ahora tal vez te mostrarás un poco más receptivo ante la oferta que vamos a hacerte.

—No quiero oírla.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? —La voz de Batty se volvió un poco más estridente—. «No quiero oírla…» Escucha, Deckard: no me han transportado hasta tan lejos para que tengas ocasión de hacerte el duro. Hay un momento para ponerse cínico y desesperado, y no es precisamente éste. Estamos hablando de ciertas cosas que deben hacerse, y se trata de cosas muy importantes.

Con los brazos todavía cruzados encima del pecho, Deckard abrió un poco más un ojo para contemplar al maletín.

—¿Y por eso estás aquí? ¿Dave Holden te trajo hasta aquí sólo para que pudieras hablarme de esas «cosas muy importantes»?

—Básicamente sí.

Deckard permitió que el párpado que había elevado volviera a descender, como arrastrado por su propio peso.

—Ya te he dicho que no quiero oír vuestra oferta.

El silencio se adueñó de la cabina del esquife. Durante unos segundos Deckard sólo pudo oír el movimiento de su sangre deslizándose por las venas y los chasquidos de las moléculas de aire que chocaban con sus tímpanos. Después el otro habitante de la cabina volvió a hablar.

—¿Sabes que eres algo así como el prototipo del cliente difícil, Deckard? —Las partes de Batty que habían sido codificadas e introducidas en el maletín, su mente tortuosa como una serpiente y sus agudas percepciones, parecían no poder evitar sentirse impresionadas—. No hay nada que te impresione, ¿eh? Has llegado a alguna clase de extraño punto final en el que ya nada te sorprende, pero sigues yendo de un lado a otro como si todavía estuvieras vivo. Es un auténtico logro, créeme.

Deckard se removió sobre la delgada capa de acolchado del asiento, intentando encontrar una posición que ofreciera un poco de comodidad a sus huesos y sus músculos.

—¿Qué es lo que se supone que ha de sorprenderme?

—Por el amor de Cristo, Deckard… Estoy metido dentro de una jodida caja, con un asa y dos cerraduras cromadas y una imitación de cuero bastante decente recubriendo el exterior. —Una cierta irritación había empezado a infiltrarse en el tono del maletín—. Mierda, hombre… ¿Estás intentando decirme que no te habías dado

cuenta de todo eso?

—Ya me había dado cuenta, desde luego. —Deckard no pudo evitar que una tenue sonrisa elevara una de las comisuras de sus labios—. De hecho, te prefiero así.

—Sí, ¿eh? Pues yo no me siento demasiado cómodo. Tendrían que haberme dejado como mínimo una pierna y un pie para que pudiera atizarte una buena patada en tu estúpido trasero. —El disgusto que había vibrado de manera tan claramente perceptible en la voz de Batty fue desapareciendo poco a poco hasta volver a dejarla sintonizada en su anterior estado de perplejidad—. ¿No te has preguntado cómo he llegado a verme en este estado? La última vez que me viste yo estaba muerto. Incluso me enseñaron fotos del aspecto que tenía, colgado cabeza abajo de aquella calzada medio derrumbada… Ver tu propio cadáver es exactamente el tipo de experiencia que te cambia para siempre.

—Creía que no tenías ojos.

—Aquí dentro hay una toma para un sensor óptico junto con algunas cosas más por el estilo. Y además, ¿por qué te ha de interesar cómo me las arreglé para ver las fotos? Eso carece de importancia, Deckard. Lo que debería preocuparte es el porqué se está haciendo todo esto. Por qué alguien puede haber querido descolgar mi cadáver de esa calzada, por qué han cargado todo el contenido de mi cráneo en este artilugio y todo lo demás… Eh, todo se ha hecho en beneficio tuyo, amigo. O por lo menos la mayor parte… Si no puedes mostrar gratitud, por lo menos podrías mostrar un poco de curiosidad.

—No hay ninguna necesidad de que lo haga —replicó Deckard en un tono bastante seco—. Estoy seguro de que me lo vas a contar todo desde el principio hasta el final tanto si quiero oírlo como si no.

Todo lo que le había dicho a Batty era verdad. Deckard podía permitir que un sueño nada relajante pero sí necesario se fuera adueñando de él mientras se recostaba en el asiento del piloto, y apenas lamentaría hacerlo. El que su vieja némesis, una figura pesadillesca iluminada por los destellos de la lluvia y la sangre esparcida sobre las tensas superficies de sus músculos y tendones, pudiera volver de entre los muertos bajo la forma de un maletín capaz de hablar… Bueno, ¿qué había de sorprendente en eso? Ya habían ocurrido cosas todavía más extrañas. Hubo un tiempo en el que Deckard creía que Roy Batty estaba muerto para siempre, y de repente descubrió que no era así…, o, mejor dicho, descubrió que un Batty había muerto y que otro Batty, que afirmaba ser el original humano a partir del que se había creado al replicante, estaba intentando matarle y que se hallaba a punto de alcanzar su objetivo. De no haber sido por Dave Holden, que introdujo una bala de gran calibre entre los ojos de Batty, el cadáver que hubiese acabado colgando del lado de una de las autopistas medio en ruinas de Los Ángeles habría sido el de Deckard.

Y Holden había muerto, y su antiguo compañero de la unidad de blade runners del departamento de policía de Los Ángeles estaba prácticamente seguro de que por lo menos él no volvería a aparecer. El cadáver que yacía sobre el suelo del estudio del

Hollywood Exterior había tenido un aspecto irremisiblemente definitivo, y el vacío de los ojos de Holden parecía indicar que por fin había conseguido contemplar un panorama de paz capaz de dar reposo al alma. «Puede que eso fuera lo que vio cuando se encontró contemplando el cañón del arma del replicante Kowalski», pensó Deckard. Las llamas y el trueno, y luego el silencio que había más allá…

—Oh, no tardarás en averiguarlo. —La voz de Batty parecía llegar desde kilómetros de distancia, una lejanía delimitada por el diminuto recinto de la cabina—. No tienes que preocuparte por eso.

Ese misterio casi parecía digno de ser investigado. Deckard permitió que la negrura que se agazapaba detrás de sus párpados se volviera más oscura y lo engullera. El maletín con la personalidad de Batty y las iniciales de Deckard debajo del asa que había estado transportando Holden, quien llevaba apenas unas horas muerto, había recorrido toda esa enorme distancia desde la Tierra para serle entregado. Hubo un tiempo en el que Batty y Holden trabajaban juntos e intentaban matar a Deckard, afirmando que era otro replicante huido. Eso indicaba hasta qué punto habían llegado a hundirse en la locura. Después habían mantenido su gran discusión, de la que sólo uno de ellos había salido con vida…, o eso había parecido en aquel entonces…

Algo había vuelto a unirlos. Algo había vuelto a relacionar a Holden con Batty, o con lo que quedara de él dentro del maletín, algo que probablemente anunciaba malas noticias para un futuro muy próximo…

Deckard estaba tan agotado que no podía seguir tratando de encontrar la respuesta a todos aquellos enigmas. Mientras el maletín estuviera rumiando sus agravios personales y hubiera silencio, sería mejor que lo aprovechara para tratar de dormir.

Deckard, medio despierto y medio en sueños, se encontró preguntándose qué clase de acogida le aguardaba en Marte, y cómo le recibiría Sarah cuando volviera al hogar después de aquella larga ausencia que no había servido absolutamente de nada.

4

Alguien llamó a la puerta.

—¡Oh, chico! —El despertador empezó a bailar encima de la mesilla de noche—. ¡Papá está en casa!

—Cristo…

Sarah se tapó los ojos con el dorso de la mano, intentando impedir el paso a lo que quedaba de la claridad del día y a cualquier otro dato sensorial que pudiera introducirse en su sistema nervioso. Por mucho que lo hubiera estado esperando e incluso —de una manera perversa— anhelándolo, el momento había sido capaz de caer sobre ella sin ninguna advertencia previa.

—¡Apuesto a que es él! ¡Oh, sí, seguro que es él!

Sarah volvió a desear haber adquirido una tercera bala.

—Cállate de una vez.

Las toxinas acumuladas durante un sueño inquieto hacían que se sintiera como si tuviese el cerebro lleno de arena, y apenas podía pensar. Sarah se fue incorporando hasta quedar sentada sobre el borde del colchón grisáceo y después contempló cómo su mano, una entidad aparentemente independiente del resto de su cuerpo, hurgaba dentro del único cajón de la mesilla de noche.

—Señora Niemand… Discúlpeme, pero… —El calendario, suspendido en la pared del fondo del dormitorio, acababa de percibir los destellos de los cilindros de metal que giraban en la palma de Sarah—. ¿Qué está haciendo exactamente?

El latón relució en las yemas de los dedos de Sarah, aunque las puntas ahusadas de las balas eran de un apagado color plomizo.

—No es asunto tuyo. —Metió las balas en el arma que había cogido de la mesa y cerró la recámara—. Olvídalo, ¿de acuerdo?

—La humanidad siempre es de mi incumbencia, señora Niemand. Aunque la frase fue pronunciada en otros contextos, también es aplicable a esta situación.

—Puedo prescindir de tus alusiones literarias.

Sarah se pasó el arma a la mano izquierda y utilizó la derecha para alisar los oscuros y revueltos mechones que caían sobre su frente. Unos ocupantes anteriores del cubículo, que o se habían suicidado o habían conseguido salir del planeta cuando los navíos de emigración que zarpaban hacia las estrellas todavía llevaban a cabo sus viajes, habían gastado una considerable suma de dinero para conseguir que los sistemas autónomos fueran conectados al alimentador principal de la biblioteca. Los Niemand, siempre escasos de efectivo, habían cancelado el servicio, pero el calendario ya había logrado absorber los rudimentos de una educación universitaria para guardarlos en sus bancos de reserva. Lo peor de todo era que además le encantaba exhibirlos, lo cual contribuía a aumentar la tonalidad básicamente infernal de la existencia de Sarah. «Quizá cuatro —pensó—. Sí, tendría que haber comprado cuatro balas…»

La llamada volvió a sonar en la puerta, que esta vez fue golpeada con la fuerza suficiente para hacer vibrar las delgadas paredes de plástico del cubículo. Una tenue llovizna de polvo dispuesto a provocar estornudos cayó sobre la cama.

—¡Venga, venga! —exclamó el despertador en un tono todavía más estridentemente lleno de excitación que antes—. ¡Vamos a ver quién es!

Sarah colocó el cañón del arma sobre la cara del reloj, justo en el centro del que irradiaban las dos manecillas negras.

—Vamos a estar muy muy calladitos —dijo, empujando el despertador hacia atrás por encima de la mesilla—. De esa manera, papá y mamá podrán disfrutar de un poquito de tiempo de primera calidad juntos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —graznó el despertador, retrocediendo hasta quedar pegado a la pared.

—¡Señora Niemand! —El calendario agitó sus páginas delante del rostro de Sarah cuando pasó junto a él—. Se lo imploro… No haga nada que pueda lamentar después.

—No habrá ningún después. —El peso del arma colgaba al extremo de su brazo —. Nadie va a tener ningún problema con las lamentaciones, ¿entendido?

—¡Sarah! —gritó el calendario, usando su verdadero nombre—. Por favor… No…

En la parte delantera del cubículo, un espacio no mucho más grande del que podrían haber abarcado los dos brazos de Sarah estirados, la percusión ejercida sobre la puerta sonaba todavía más fuerte. De hecho, era lo suficientemente potente como para empezar a desprender parte de la red de cinta adhesiva plateada y remiendos pegables de las junturas rotas y demás puntos donde había filtraciones. El cubículo se estremecía y siseaba, como si estuviera temiendo su propia defunción. Sarah se preguntó qué le podía estar ocurriendo a Deckard para que golpeara la puerta con tanta fuerza. «¿Tan contento está de volver a casa?» Quizá por fin había enloquecido, quizá había conseguido rebasar la curva de aquel oscuro pasillo que siempre había estado oculto dentro de su cabeza, y alguna patética fantasía retrotelevisiva de felicidad doméstica había logrado abrirse paso hasta el centro de sus pensamientos y se había adueñado de ellos. ¿Qué podía ser? ¿Alguna visión del señor Niemand volviendo al cubículo después de un largo y duro día en el trabajo para ser recibido por la señora Niemand vestida con un delantal de cocina ribeteado de encajes y calzando zapatos de tacón, una jarra de acero inoxidable enfriada y llena de ginebra y vermut en la mano, ofreciéndole así una repetición de la existencia que habían llevado sus tatarabuelos, al menos dentro de sus fantasías de las comedias de situación?

—¡Eh, calma! —Más tiras de cinta selladora se estaban desprendiendo, colgando del techo del cubículo como amasijos de confetti—. Vas a derribar todo este sitio…

Una voz ahogada dijo algo desde el otro lado de la puerta, pero Sarah no logró entender ni una palabra. Apartó otra tira de cinta pegajosa de su cara y alargó la mano hacia el picaporte.

Durante la diminuta astilla de tiempo que necesitó para hacer girar el picaporte y tirar de la puerta bamboleante hasta abrirla, Sarah jugueteó con la idea de unirse a la fantasía anticipatoria de Deckard…, o por lo menos de seguirle la corriente durante unos minutos. De hecho, podía comportarse como si todavía existiera un cierto afecto entre ellos. Incluso podía hacer un nuevo intento de ser Rachael, su amor muerto hacía ya tanto tiempo y tan largamente recordado. Fingirlo no resultaría desagradable. Dentro de su cabeza aún había un espacio que contenía todos sus deseos de que la realidad fuese precisamente así, como un viejo traje de boda blanco jamás usado y cuidadosamente protegido entre dos láminas de papel de seda.

«Es lo que se merece el muy bastardo», pensó Sarah mientras las puntas de sus dedos entraban en contacto con el picaporte. Ser arrastrado de un lado a otro por los tirones de una cadena de hierro forjado unida al corazón. Ser inducido a creer una cosa, aunque sólo fuera durante un segundo, para verse inmediatamente estrellado contra el todavía más inflexible muro de acero de la realidad…

En su otra mano, la que colgaba junto a su costado mientras estiraba el brazo para abrir la puerta, estaba la representación perfecta de lo que la realidad había llegado a significar para ella. El arma estaba cargada y amartillada, porque Sarah acababa de decidir que no quería seguir practicando pequeñas manipulaciones mentales sobre la cabeza de Deckard. No habría ningún beso de bienvenida al estilo Rachael. Si dentro del pobre hijo de perra todavía quedaba alguna esperanza irracional que pudiera sentirse alentada por la visión del original humano del rostro de la replicante de la que se había enamorado, enseguida sería aplastada por lo que vería inmediatamente a continuación…, porque Deckard se encontraría contemplando un círculo de gélido metal, con un espacio negro más oscuro en su centro. La mano de Sarah ya estaba alzando el arma para disparar mientras retrocedía ante la puerta que se abría hacia ella.

Dos rostros la contemplaron. Dos hombres, ninguno de los cuales era Rick Deckard. Los ojos un tanto perplejos que había detrás de sus dos pares de gafas de montura cuadrada se desorbitaron al posarse en el arma que Sarah estaba sosteniendo a no muchos centímetros de sus frentes.

—Eh… ¿Es ésta la residencia de los Niemand? —El hombre de la izquierda tragó saliva nerviosamente. No parecían ser gemelos, pero daba la impresión de que estuvieran intentando llegar a serlo—. Si no lo es… En ese caso sentimos mucho…

—Quizá hemos venido en un mal momento. —La frente del otro hombre se había cubierto de gotitas de sudor, y diminutas imágenes del arma flotaban en los espejos líquidos—. Quizá podríamos volver… en otro instante…

Sarah permitió que el peso del arma la fuera inclinando hacia abajo. Se apoyó en el marco de la puerta, y el cubículo se bamboleó y crujió de manera claramente audible.

—Les pido disculpas, caballeros. —Más allá de la pareja eran visibles los corredores tenuemente iluminados de la colonia de emigrantes de las Naciones

Unidas, sus ángulos redondeados llenos de polvo y pequeñas partículas que temblaban bajo las brisas creadas por la pérdida de aire—. Acabo de levantarme.

Uno de los hombres intentó sonreír.

—¿Esperaba a otra persona?

—La verdad es que estaba esperando a mi esposo.

Los dos hombres intercambiaron una rápida mirada y sus cabezas giraron una fracción de centímetro la una hacia la otra, como si estuvieran unidas por algún mecanismo invisible de asombrosa simplicidad. Unos segundos después, el mismo engranaje invisible hizo que sus miradas de búho volvieran a posarse en Sarah.

—Señora Niemand… —El hombre de la izquierda habló con una entonación repentinamente sombría—. Ya nos hemos dado cuenta de que su vida es una auténtica tragedia.

En el pasillo que llevaba al centro de la colonia de emigrantes, debajo de las hileras de tubos fluorescentes parpadeantes o agrisados por la muerte del neón, se movían figuras humanas involucionadas que correteaban furtivamente de un lado a otro con los últimos tesoros miserables susceptibles de ser vendidos o empeñados aferrados junto al pecho, dirigiéndose hacia los puestos y callejones del distrito del mercado negro. Todavía más abajo de la escala, y pareciendo apenas humanas, estaban las siluetas furtivas de quienes se habían visto expulsados de la implacable economía de la colonia, aquellos que habían agotado su dinero y sus posesiones y habían perdido su conexión con el monopolio del cable. Rostros tan desprovistos de razón como los de cualquier hortaliza se alzaron y giraron hacia la escena que se estaba desarrollando en la puerta delantera del cubículo de los Niemand, y ojos idiotas y otros receptores buscaron desesperadamente cualquier posible aportación sensorial que pudiera desprenderse de ella. Estigmas rojizos salpicaban los ángulos de las cabezas torturadas por la falta de estimulación, con las mismas marcas repitiéndose en los muros llenos de arañazos y abolladuras del pasillo. Todos los músculos cercanos a las bocas suavemente gimoteantes temblaban con el hambre constante de las sinapsis perturbadas.

«Mi vida es una auténtica tragedia…», pensó Sarah mientras sus ojos iban más allá de sus sorprendidos visitantes. La longitud impalpable de su visión atravesó las puertas cerradas o recubiertas con tablones de los otros cubículos para introducirse en las habitaciones de techo asfixiantemente bajo que contenían todavía más sistemas nerviosos al borde del colapso. Sarah no estaba muy segura de qué había querido decir el hombre con aquellas palabras. Tuvo que luchar durante mucho tiempo para materializar el destino que la había llevado hasta aquel lugar, como si buscara un infierno particular o, sencillamente, el primero que estuviese disponible. «Éste es el sitio en el que debo estar», pensó.

Una horrible sospecha hizo que volviera a centrar la mirada en los dos hombres inmóviles delante de su puerta.

—No serán testigos de Jehová, ¿verdad? —Eso habría sido justo lo que

necesitaba en aquellos momentos, que le entregaran un *Atalaya* animado con efectos de sonido estereofónico activados por el calor de su pulgar y su índice incluidos—. O nuevos apocalípticos reformados…

Sarah se refería a otro de los grupos que habían aparecido recientemente y que se dedicaban a evangelizar a los habitantes de las colonias de emigrantes. Su mirada recorrió a los dos hombres en un rápido escrutinio, intentando averiguar si alguno de ellos iba provisto de un diminuto proyector holográfico que fuera capaz de evocar dioramas bíblicos en la tenue atmósfera saturada de olores acres del pasillo.

Los ojos vacíos e inexpresivos de los dos hombres le devolvieron la mirada a través de las lentes cuadradas de sus gafas de montura negra.

—No… —El hombre de la izquierda meneó la cabeza—. No hemos venido aquí para pedirle dinero o cualquier…

La seca carcajada de Sarah le interrumpió.

—Una visita de buena voluntad, ¿eh?

—Se trata de un asunto personal que sólo la concierne a usted, señora Niemand. —El hombre alzó una mano pálida y meticulosamente manicurada y señaló el interior del cubículo—. ¿Podríamos entrar para…, para hablar con usted? Estoy seguro de que lo que tenemos que decirle le parecerá muy interesante.

Sarah, el arma colgando fláccidamente junto a su costado, les examinó con más atención. Aquellos hombres estaban empezando a parecerle extrañamente familiares, dos posiciones en una trayectoria de recuerdos que su cerebro llevaba algún tiempo sin recorrer. Sus ojos ya se habían acostumbrado al espectro de la luz parcial del pasillo, y por fin podía verlos con más claridad: camisas blancas y trajes de solapas estrechas, tan anticuadamente negros como los de un viejo enterrador; corbatas de lazo de un estilo claramente retentivo anal apretadas alrededor de sus cuellos flacos y nudosos, no mucho más grandes que las delgadas muñecas reveladas por los puños de sus camisas. Las miradas de búho de los dos hombres, enmarcadas por los ángulos nítidamente definidos de sus gafas, hicieron que algo vibrara suavemente dentro de las entrañas de Sarah.

Los olisqueadores que vagaban por entre los restos y las basuras del pasillo habían empezado a acercarse, atraídos por los sonidos de voces humanas. Sarah sabía que si cerraba la puerta de un manotazo y dejaba a los dos hombres fuera y éstos seguían golpeando la puerta y llamándola a gritos a través del delgado panel, el cubículo enseguida quedaría rodeado por hordas de criaturas hambrientas de cualquier clase de estímulos, y entonces la presión de los cuerpos que se apelotonarían a su alrededor acabaría siendo lo suficientemente grande para derrumbar las precarias paredes.

—De acuerdo… —Sarah dio un paso hacia atrás—. Entren, pero será mejor que no me entretengan demasiado. Ya les he dicho que espero a mi esposo en cualquier momento. —Dejó escapar otra carcajada llena de amargura—. Y bien sabe Dios que ese hijo de perra es terriblemente celoso…

Una vez dentro, con la claridad enfermiza y la atmósfera reciclada del pasillo mantenidas a raya por la puerta, Sarah se apresuró a coger sus cigarrillos del mercado negro, extrayendo uno de los ya muy pocos que quedaban dentro del paquete envuelto en celofán y encendiéndolo. Después arrojó la cerilla consumida al suelo para que se reuniera con las demás, echó la cabeza hacia atrás e introdujo el humo en los rincones más ocultos de sus pulmones, empezando a sentir cómo se infiltraba por entre el nervioso clamor de sus venas. Después exhaló, y la nube azul se arremolinó a su alrededor durante unos momentos para convertirse rápidamente en una cinta que se dirigió hacia la filtración más cercana de la pared.

—Bien, ¿y de qué quieren hablarme? —Sarah no se volvió, pero pudo oír cómo los dos hombres se removían nerviosamente en el angosto espacio de la habitación detrás de ella. Durante un momento demasiado breve de paz saciada, contempló la brasa de un rojo anaranjado que relucía al extremo del cigarrillo—. No sé qué quieren venderme, pero espero que valga la pena.

—Para empezar, sabemos que no se llama Niemand —dijo el hombre que se había encargado de hablar hasta aquel momento, y su voz adquirió un tono entre mecánico e inexpresivo—, «Niemand» es un alias empleado tanto por usted como por un antiguo blade runner del departamento de policía de Los Ángeles cuyo verdadero nombre es Rick Deckard, y sabemos que están fingiendo ser marido y mujer. En realidad usted se llama Sarah Tyrell.

Sarah permaneció totalmente inmóvil, sin mostrar ninguna reacción y con la guirnalda grisácea de su aliento saturado de humo como único signo de vida visible. Había apoyado el codo en la mano libre, adoptando una postura aristocrática que era tan estudiada como natural en ella. El ángulo de su cabeza, la pincelada de un mechón de cabellos oscuros sobre su sien… Sarah podía cerrar los ojos e imaginarse que estaba en otro mundo, en otra vida muy alejada de aquélla. Se imaginó que había vuelto a la *suite* ejecutiva y los apartamentos privados de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell en la Tierra, en Los Ángeles, y que volvía a estar en el epicentro secreto de toda la riqueza y el poder que había heredado después de la muerte —del asesinato— de Eldon Tyrell, su tío, y que se encontraba inmóvil delante de los gigantescos ventanales desde los que se podía contemplar el hirviente infierno de la ciudad, las calles y callejones repletos de gente que se extendían alrededor de la base del zigurat y las torres inclinadas de la Tyrell.

Pero todo eso ya no existía. Sarah contempló cómo el humo giraba en el aire, retorciéndose lentamente hasta desaparecer. Los Ángeles seguía estando donde siempre, atrapada en su eterna implosión dentro de la furiosa masa de sus abigarrados moradores, ladrones de ojos relucientes, asesinos y cosas todavía peores, absorta en la danza dirigida por la guadaña que compartían con los policías vestidos de cuero negro, los blade runners y seres aún más temibles, todos ellos envueltos por la mirada enmascarada y carente de emociones de los miembros de tribus urbanas que habían ido lo suficientemente lejos en su incesante alteración como para poder ser

considerados observadores de otro mundo, de otro momento situado a centenares de años de distancia en el pasado o en el futuro. Gracia asiática y flotas de bicicletas chinas que se abrían paso a través de las cortinas de lluvia iluminadas por los neones entre el tintineo de sus campanillas, sin prestar ninguna atención a la sangre diluida y los trocitos de cristal amontonados alrededor de los pies del asesino inclinado por el cansancio. Sarah sabía que ése era el discreto encanto de Los Ángeles, una ciudad donde podías resolver tus pequeños problemas en plena calle, incluso si eso significaba matar personas, o criaturas que parecían personas en que nadie volviera la cabeza para mirarte. Incluso cuando los cuarteles generales de la Corporación Tyrell se autodestruyeron, desapareciendo en el apocalipsis concebido y provocado por Sarah, probablemente hubo calles enteras de rostros que sólo alzaron la vista durante un momento hacia las llamas que estaban convirtiendo en vapor la lluvia nocturna, y luego todos se habían vuelto a concentrar en lo que estaban haciendo, y habían seguido caminando, empujando y dando codazos en pos de sus oscuros e incognoscibles deseos.

—Señorita Tyrell… —La voz del hombre venía de detrás de ella y consiguió sacarla de aquella especie de profundo ensueño, arrancándola a la visión de ese otro mundo y ese otro tiempo en la que había caído—. Sabemos quién es usted, así que el negarlo no serviría de nada.

Volver a oír su verdadero nombre pronunciado por alguien que no fuese Deckard —en cuyos labios era algo parecido a una maldición, una sentencia de cárcel tan larga que jamás podría sobrevivir a ella— hizo que sintiera un cierto placer.

Sarah volvió la cabeza para contemplar a sus dos visitantes por encima del hombro, y les obsequió con el filo más gélido y cortante de su media sonrisa.

—¿A qué agencia pertenecen? —Enarcó una ceja—. ¿Trabajan para las autoridades locales? —Había policía en las colonias de emigrantes, pero casi todos sus agentes trabajaban para el monopolio del cable, aterrorizando a los suscriptores que no pagaban sus cuotas y buscando cintas ilegales—. O quizá vienen de la Tierra. ¿Trabajan para las Naciones Unidas? —Era una posibilidad, ya que las colonias estaban llenas de informantes que siempre se estaban delatando los unos a los otros y que enviaban sus datos a la central de inteligencia de Ginebra—. Quizá son del departamento de policía de Los Ángeles… Eso no me sorprendería en lo más mínimo, desde luego. —Su sonrisa se volvió todavía un poco más afilada—. Aunque debería recordarles que no hay ningún tratado de extradición entre la Tierra y Marte, y que las autoridades de emigración de las Naciones Unidas no permiten las extradiciones. Si habían planeado llevarme de vuelta con ustedes para que me enfrentara a cualquier clase de cargos que puedan querer presentar contra mí, me temo que hoy no es su día de suerte.

El más hablador de los dos hombres respondió a sus palabras con una sonrisa que pretendía ser tanto recíproca como agradable, pero que le salió extrañamente forzada, como si el sonreír fuera una extraña peculiaridad humana que había tenido que

estudiar.

—No hemos venido para extraditarla, señorita Tyrell.

Durante un momento Sarah dudó que fueran policías. «Tienen que ser alguna clase de aficionados», pensó. Después de haber encendido el cigarrillo, había vuelto a coger el arma del sitio en el que la había dejado. Incluso disponía del número exacto de balas necesarias para librarse de los dos hombres. A menos que dispusieran de alguna clase de fuerza de apoyo desplegada alrededor del cubículo, sus dos visitantes podían considerarse tan muertos como si ellos mismos se hubieran metido en sus ataúdes.

—De acuerdo —dijo. El arma le ofrecía un puntero ideal con el que señalar, primero a un hombre y luego al otro—. Si no son policías, ¿qué demonios son?

—¿No lo sabe? —El hombre la miró, y la mezcla de decepción y perplejidad que había en su rostro era tan devastadoramente intensa que por un momento pareció como si se fuera a echar a llorar—. ¿No puede verlo con sólo mirarnos?

Sarah frunció el ceño.

—Nunca les había visto anteriormente.

—Quizá sí. Pero lo más probable es que no se acuerde, y puede que ni siquiera se fijara en nosotros. No tenía ninguna necesidad de hacerlo.

La extraña e indefinible inquietud que había experimentado antes, cuando estudió su aspecto desde la puerta del cubículo, volvió a agitarse dentro de Sarah. Sintió la presión de los dos pares de ojos, levemente amplificados y distorsionados por las gafas cuadradas…

«Pues claro… —Sarah asintió lentamente para sí misma—. Las gafas». Enseguida comprendió que no había sido un fallo de la memoria —una incapacidad de recordar—, sino el resultado de su silenciosa y tácita decisión de negar la imagen de aquel otro rostro, más anciano que el de cualquiera de los dos hombres, tan lleno de arrugas que parecía estar hecho de pergamino o de cuero viejo adelgazado por el paso del tiempo; ese otro rostro donde residía una mirada que había sido grotescamente amplificada mediante lentes de exactamente la misma forma que aquellos, cuadrados de nitidez ribeteados de gruesa negrura, de tal manera que los ojos parecían pantallas de vídeo de alta resolución y gama cromática completa que observaban, juzgaban y absorbían cruelmente todo lo que entraba en su radio de acción. Ése era el recuerdo que había sido activado por la aparición de los dos hombres y que una parte del cerebro de Sarah, que actuaba como un mecanismo defensivo, había bloqueado para evitar que volviera a hacerle daño: el recuerdo de la mirada de su tío, de los ojos recubiertos de cristal de Eldon Tyrell.

En la medida en que ello era posible, los dos hombres inmóviles delante de Sarah en el cubículo habían conseguido convertirse en grotescos clones del dueño de la Corporación Tyrell asesinado por un replicante. O quizá sólo habían logrado llegar a ser homenajes a ese líder caído, con sus aspectos totémicos —las gafas de montura cuadrada tan precisas como instrumentos geometrizadores, el atuendo igualmente

meticuloso y excéntrico— incorporado a su propia *gestalt* como los fetiches del muerto. Todo su esfuerzo había sido fútil e infructuoso, porque a las dos figuras les faltaba la potencia marchita del anciano, el aura negativa, intemporal y alimentada por el paso del tiempo, de una gran riqueza y un deseo todavía más grande que se desplazaba a través de espacios de formas oscuras, habitaciones silenciosas, bóvedas bancarias y sábanas de seda sobre las que brillaban los destellos del sudor.

Los dos hombres parecían niños de miembros desgarbados que hubieran crecido demasiado deprisa y hubieran decidido vestirse con las ropas viejas de sus padres. Mientras los contemplaba y percibía el gusano enloquecido agazapado en el centro de las pupilas, inmóviles detrás de los cristales cuadrados, Sarah sintió un estremecimiento de miedo instintivo.

Paralizada durante un instante más por el miedo —a los dos hombres vivos y al muerto—, fue incapaz de hablar.

—No somos de la policía —dijo el hombre que había hablado antes—. Trabajamos para la Corporación Tyrell.

El destello de ira que experimentó Sarah bastó para borrar cualquier otra emoción.

—La Corporación Tyrell ya no existe —dijo, y su voz era como un látigo que terminara en la punta temiblemente cortante de su propia lengua aguzada.

Los dos hombres intercambiaron otra mirada y después volvieron nuevamente hacia ella sus ojos agrandados y llenos de pena.

—Nos temíamos que eso era lo que creería —dijo el otro hombre—. Estábamos casi seguros de que no lo sabía.

Las tiras de cinta selladora ondulaban como lentas banderolas de algas marinas bajo las corrientes sibilantes del cubículo. Sarah apartó el zarcillo más cercano con el cañón del arma.

—¿Qué es lo que no sé?

Los ojos de los dos hombres se iluminaron con un entusiasmo simultáneo detrás de las gafas de montura cuadrada.

—Que la Corporación Tyrell no fue destruida. Sobrevivió. La Corporación Tyrell todavía existe. Como siempre ha existido, y como siempre existirá…

Sarah encontró considerablemente divertido el fervor que había en su voz.

—Y esto es lo que han venido a decirme. —Pudo sentir cómo su sonrisa se iba volviendo más afable y llena de tolerancia—. Han venido a decirme que todavía quedan unos cuantos fieles empleados como ustedes, lo que podríamos llamar auténticos creyentes, y que han conseguido mantener viva la llama. Realmente… —Meneó la cabeza—. Eso es muy conmovedor. ¿Cuántos asisten a las reuniones de personal? ¿Un par de docenas?

El más hablador de los dos hombres le lanzó una mirada entre sombría y malhumorada.

—Estamos hablando de algo más que unos cuantos empleados, señorita Tyrell.

No somos idiotas.

—Exacto —dijo su compañero—. Se trata de algo más grande de lo que se imagina. Oh, sí, es mucho, mucho más grande… Representamos a la otra Corporación Tyrell…, la empresa secreta que ya existía antes de que la que usted conoció fuera destruida.

Sarah no dijo nada. Guardó silencio porque sabía que los dos hombres, los misteriosos visitantes que habían surgido de la nada delante de su puerta, estaban diciendo la verdad. Siempre hubo vagas alusiones, cosas de las que se hablaba en susurros y cosas de las que no se hablaba nunca y a las que sólo se hacía referencia mediante un asentimiento de cabeza y una tenue sonrisa omnisciente en el rostro de su tío, y todas estaban relacionadas con esa otra Corporación Tyrell, la sombra de aquella cuya pirámide azteca tachonada de luces se había alzado sobre la impenetrable aglomeración urbana de Los Ángeles. Las palabras realmente importantes respecto a aquel tema eran «secreto» y «sombras», porque se trataba de una entidad que se movía entre la oscuridad y cuyas acciones siempre eran oscuras, todavía más que lo que Eldon Tyrell y la corporación hacían a la luz del día…, y Sarah sabía que alcanzar ese grado de oscuridad exigiría un esfuerzo realmente considerable. Estaba lo suficientemente familiarizada con todas las conspiraciones y operaciones clandestinas, el tirar de hilos tan delgados como las hebras de una telaraña, una red de seda que cubría toda la Tierra y los mundos que había más allá de ella. Eso era lo que había heredado, lo que la muerte del único otro Tyrell viviente le había dejado en herencia; y eso era también lo que había destruido, lo que había convertido en cenizas tan frías como las que contenía la urna de alabastro en uno de cuyos lados estaba escrito el nombre de Eldon Tyrell. Sarah había aniquilado las obras de las manos de su tío, la visión encerrada en los fríos ojos de pez que acechaban detrás de las gafas de montura cuadrada. A esas alturas el gigantesco agujero que su acto había creado en el corazón de Los Ángeles, justo en su centro, probablemente ya habría sido llenado, y las ruinas calcinadas de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell habrían sido arrojadas al mar o incorporadas a un nuevo *ghetto* de personas sin hogar.

«Y si estos tipos trabajan para la corporación secreta, entonces…», pensó.

No había ninguna necesidad de buscar palabras para expresar el resto de lo que había despertado y se estaba moviendo dentro de su cráneo. Los dos hombres que permanecían inmóviles en el centro del cubículo parecían fenómenos de feria, patéticas imitaciones de su jefe muerto. Eso era lo que los volvía peligrosos, y lo que la había convencido de que eran justo lo que afirmaban ser. Al igual que el difunto Eldon Tyrell, sus dos visitantes no tenían ninguna necesidad de recurrir a las apariencias mejoradas o a los aspectos visibles del poder y la amenaza. Aquellos hombres vivían en los espacios oscuros ocultos entre las manifestaciones diurnas del mundo operaban dentro de ellos y en ellos atendían a sus ocupaciones secretas, y seguían tirando de las delicadas hebras de la telaraña que se habían escapado de la

mano de un muerto.

«Tendría que haber sabido… que nunca conseguiría verme libre de ellos». La repentina comprensión se deslizó a lo largo de la espina vertebral de Sarah como una cinta de hielo. No se trataba sólo de los dos hombres, aquellos representantes de la corporación secreta que había sobrevivido a la destrucción de la otra, la visible, la que ya no existía…, sino también de su tío. «Muy típico de ese bastardo —pensó sombríamente—. Si ha habido alguien que pudiera alcanzar la inmortalidad para seguir destruyendo las vidas de los demás desde más allá de la tumba, seguramente tuvo que ser Eldon Tyrell».

La imagen del rostro de su tío, con la piel arrugada pegada al hueso, los cristales ópticos helados como el invierno y la sonrisa burlona, desapareció de su campo visual para revelar los rostros, sólo un poquito inquietantes, de los dos hombres inmóviles ante ella. Sarah suspiró y sintió cómo los últimos elementos de resistencia se iban disipando dentro de su cuerpo.

—Muy bien… —Asintió lentamente—. ¿Qué quieren? ¿Por qué han venido hasta aquí? ¿Qué es lo que quieren de mí?

—¿Que qué queremos de usted? —Los ojos que la contemplaban desde detrás de las gafas de montura cuadrada parecían repentinamente perplejos. El más hablador de los dos hombres inclinó la cabeza, como si estuviera intentando hacer caer al suelo alguna pieza que acabara de aflojarse en el ulterior de su cráneo—… No queremos nada de usted.

—Bueno… —Su compañero le rozó con el codo—. Salvo… Salvo a usted misma, naturalmente.

—Discúlpenme, pero me parece que no les entiendo. —Sarah dejó escapar una risita llena de incredulidad. Nunca habría podido imaginarse que aquella pareja pudiera estar interesada en algo tan normal y tan humano—. Pero no me molesta, desde luego… De hecho, me siento halagada. —Se apartó los cabellos de los ojos. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que Deckard le puso una mano encima, de una manera o de otra, y en realidad se podía decir que no la había tocado desde que llegaron a la colonia de emigrantes marciana. En algún momento indeterminado, su parecido con Rachael, la replicante muerta, había dejado de ser suficiente—. Pero hoy no, gracias.

—Hm. —El más hablador de los dos hombres deslizó una mano sobre la lisa piel de su mentón—. Me temo que ha habido un pequeño malentendido. No se trata de nada personal…

—En realidad no somos nosotros quienes la queremos —intervino su compañero.

—Es la corporación, la corporación secreta. —La lucecita de locura volvió a encenderse detrás de las lentes cuadradas—. Es la corporación quien la necesita. Por eso hemos invertido tanto tiempo y tantos esfuerzos en encontrarla, y por eso hemos venido desde tan lejos para hablar con usted.

Una chispa que se iba intensificando poco a poco empezó a deslizarse sobre los

contornos de las sospechas que se habían adueñado de Sarah.

—¿La… corporación? ¿Y para qué puede necesitarme?

Sus ojos se entrecerraron mientras contemplaba a los dos hombres. Ya tenía una cierta idea de a qué se referían, pero quería que se lo explicaran en voz alta.

—Señorita Tyrell… ¿Acaso no resulta obvio? —El miembro más hablador de la pareja extendió las manos hacia ella y las separó unos centímetros—. ¿Cómo puede haber una Corporación Tyrell, aunque sólo sea su sombra secreta…, sin que algún miembro de la familia esté al frente de ella? Usted es la heredera de todo lo que creó su tío, y eso incluye tanto la corporación que existía a la luz del día como la que pertenece a la oscuridad. Estamos hablando de un derecho de sucesión. Estamos seguros de que sabe… Eh… Bueno, en realidad usted tiene que saber que la Corporación Tyrell es algo más que un mero conjunto de actividades comerciales.

—Oh, por supuesto que lo sé —dijo Sarah. «¿Cómo no voy a saberlo?»—. Se trata de una cuestión de fe, ¿verdad?

—Exactamente. Ha de tener fe…, de la misma manera en que nosotros tenemos fe en ella. —La luz se había intensificado un poco más en los ojos de los dos hombres —. Esa fe es lo que sostiene a toda la corporación secreta. Debe tener fe en la gran visión de Eldon Tyrell, todo aquello que deseaba y planeaba para la humanidad, y en que renacerá. Debe estar convencida de que la Corporación Tyrell volverá a surgir de entre las cenizas y no como era en el pasado, sino como algo todavía más grande que antes. Ese ha sido siempre su destino, y así será.

—Lo ve, ¿verdad? —murmuró el otro hombre—. Esa es la razón por la que la corporación secreta existe. Por eso fue creada por Eldon Tyrell, y por eso la mantuvo oculta entre las tinieblas. Usted era su heredera, el único miembro de la familia Tyrell vivo aparte de él…, y luego el único…, y ni siquiera lo sabía.

—No… No lo sabía. —Sarah meneó la cabeza en una lenta sacudida—. Realmente no lo sabía.

Ya no estaba muy segura de si lo había sabido o no, o de si sencillamente había elegido no creer en todas aquellas pequeñas indirectas y todos aquellos rumores, en los misterios a los que aludía su tío con su astuta sonrisa de conspirador. «Estúpida — se dijo a sí misma—. ¿Cómo pudiste llegar a creer que podías matar a ese monstruo? …»

—Su tío no podía hablarle de la corporación secreta. Su existencia tenía que seguir siendo un secreto para todo el mundo…, incluso para usted. Sólo quienes hemos jurado guardar y proteger sus misterios conocíamos su existencia, y hemos esperado pacientemente. —Un temblor fervoroso hizo vibrar la voz del hombre—. Hemos esperado ese día que sabíamos acabaría llegando de manera inevitable, el día del triunfo para los enemigos de la Corporación Tyrell…

—Un triunfo efímero —gruñó el compañero del hombre al que le gustaba hablar.

—Sí, desde luego —dijo el otro hombre, y asintió—. Por supuesto. La oscuridad no puede durar, y la Corporación Tyrell no permanecerá vencida para siempre. Si sus

enemigos creen que la han destruido y que han sembrado sal sobre sus cenizas, se equivocan. La Corporación Tyrell y la gloria de la visión de Eldon Tyrell volverán a ascender a los cielos. Los que trabajamos para la corporación secreta, los herederos y defensores de esa visión, ya hemos puesto en movimiento las grandes ruedas y engranajes de la justicia.

—Nos gusta decir que la suela de nuestra sandalia descenderá sobre la garganta de nuestros enemigos —dijo su compañero, en un tono repentinamente tímido y algo avergonzado.

—Oh, claro. —Sarah mantuvo el rostro tan impasible como una máscara y el arma en su mano. Tanto oír hablar de enemigos y de su justo castigo estaba empezando a ponerla un poco nerviosa. Cuando aquellas personas decían que la necesitaban, o que la entidad oscura a que había quedado reducida la Corporación Tyrell la necesitaba, quizá querían decir que deseaban ver su cabeza clavada en una pica. Los impulsos autodestructivos de Sarah no habían incluido ceder una parte tan importante del control a ninguna otra persona—. Bueno, pues si ya han trazado sus planes, entonces tal vez deberían… seguir adelante con ellos. No quiero hacerles perder el tiempo, ¿saben? Escríbanme un par de líneas de vez en cuando para mantenerme informada de qué tal va todo. —Por el momento lo único que quería era ver esfumarse a aquellos dos hombres tan extraños que parecían haberse disfrazado con la ropa vieja de Eldon Tyrell. Se conformaba con que desaparecieran, porque así tendría tiempo para pensar y para tratar de decidir qué haría a continuación. «Matar a estos dos tipos no tendría mucho sentido, ¿verdad? Eso no detendría los engranajes…» Pensar en aquellos dos hombres (¿y cuántos más? ¿Cuáles eran las verdaderas dimensiones de aquella organización de sombras?) trabajando en sus misteriosos escondites para volver a poner en pie todo lo que ella había desmontado tan meticulosamente hizo que sintiera náuseas y, al mismo tiempo, una intensa rabia que intentó ocultar lo mejor posible—. Gracias por la visita.

Los dos hombres intercambiaron una rápida mirada, y luego volvieron a posar su escrutinio conjunto sobre ella.

—Señorita Tyrell, parece que sigue sin entenderlo… —La voz del más hablador de los dos, llena de pena—. La necesitamos. No podemos resucitar la Corporación Tyrell sin usted.

—Somos los más leales, los más firmes y devotos… —añadió el otro hombre—. Todos los que formamos parte de la corporación secreta hemos jurado lealtad a Eldon Tyrell…, y ahora a usted. No sólo heredó la Corporación Tyrell, sino que también nos heredó a nosotros.

—Están bromeando… Todo esto tiene que ser una broma.

La idea le parecía horrenda. Aquellos hombres habían aparecido repentinamente ante ella, como niños con los que hubiera contraído alguna inexplicable obligación materna cuyo horrible peso acabaría aplastándola. Era como si su anciano tío hubiera renacido bajo la forma de gemelos, sus rostros lisos e ingenuamente inocentes bajo

los estigmas de los cristales cuadrados. La resurrección de todo aquello que Sarah había creído definitivamente muerto para siempre acababa de tener lugar ante sus mismos ojos. «¿Y ahora qué?», pensó. Una visión horrible se adueñó de su mente: los dos hombres acampando en el cubículo, turnándose para dormir encima del sofá que tenía el respaldo roto…

—No es ninguna broma, señorita Tyrell. Nunca bromeamos. —La expresión del miembro más hablador de la pareja se había ensombrecido de repente, como si incluso el cráneo escondido debajo de su tensa carne hubiera perdido la capacidad de sonreír—. Es nuestra gran misión, nuestro destino… Debemos sacar a la Corporación Tyrell de las sombras en las que se ve obligada a existir actualmente para devolverla a la luz, que es el sitio en el que ha de estar. La Corporación Tyrell debe estar en el centro de todo, con todas las cosas orbitando a su alrededor…

—Pero eso la convertiría en la luz —dijo el otro hombre, frunciendo el ceño—. Como si fuera el sol. Me parece que estás confundiendo una cosa con…

—Oh, da igual —le interrumpió su compañero con súbita irritación—. Ya sabes lo que quiero decir. Y la señorita Tyrell también lo sabe. —Volvió a mirarla—. Lo sabe, ¿verdad? Sabe por qué hemos venido aquí, ¿no?

—Pues claro que lo sé —dijo Sarah. Seguir negándolo por más tiempo no serviría de nada. No necesitaba el arma…, no contra aquellos hombres ni contra ninguno de quienes compartían su fe, la fe de los verdaderos creyentes—. Quieren que me ponga al frente de la Corporación Tyrell, como lo hice en el pasado después de que mi tío… muriera.

—Exactamente. —El hombre asintió—. Tiene que hacerlo. Es la única forma de que la Corporación Tyrell consiga derrotar a sus enemigos, a quienes se hundieron hasta tal punto en el error que intentaron aniquilar la visión de Eldon Tyrell…

«No lo sabe —pensó Sarah—. No tienen ni idea de lo que ocurrió en realidad…» No sabían que había sido ella quien pulsó el botoncito rojo o, mejor dicho, quien hizo que fuera pulsado por aquellos a los que había engañado y envuelto en su red de mentiras. Las manos de Sarah estaban manchadas con las cenizas de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, aquellas orgullosas torres y aquella pirámide aparentemente eterna que se habían alzado en el centro de Los Ángeles. Sus dos visitantes, y todos los fanáticos leales que se ocultaban detrás de ellos, no sabían que ella misma había destruido a la Corporación Tyrell.

—Sin usted… —La voz del hombre llegó hasta ella como a través de un sueño apenas entrevisto—. Sin usted… moriremos. Las sombras nos reclamarán. La visión que continúa uniéndonos se perderá para siempre y nuestra fe se desvanecerá, y vagaremos a ciegas por entre la oscuridad…, y ése sí que será el verdadero final de la Corporación Tyrell.

«No he de hacer absolutamente nada». La comprensión se agitó lentamente dentro de ella. Bastaría con que permaneciera inmóvil en aquella habitación del cubículo y se negara a ir con ellos, porque sabía que estaba demasiado por encima de

los dos hombres, con su temor reverencial a la sangre de los Tyrell que corría por sus venas, para que pudieran tratar de obligarla a ir a ningún sitio. O podía hacer lo que había pensado en un primer momento y matarlos, y le bastaría con alzar el arma, que seguía en su mano, y apoyarla primero sobre una frente y luego sobre la otra. Probablemente tampoco ofrecerían ninguna resistencia, y se limitarían a aceptar la muerte llegada de sus manos como si fuese justo lo que se merecían por parte de una deidad iracunda. «O podría matarme aquí mismo, delante de ellos… —pensó—. Sí, eso sería todavía mejor». Con eso conseguiría muchas cosas a la vez, y un instante de reflexión le indicó que así podría obtener prácticamente todo lo que deseaba. Estaría muerta —algo que ya llevaba mucho tiempo anhelando—, y el reflejo oscuro de la Corporación Tyrell, aquel valeroso grupito de fieles, moriría poco después. Sería el fin de los Tyrell y de la corporación, y todos y todo se habrían esfumado de una vez y para siempre. Perfecto…

Salvo por una cosa, y Sarah sabía muy bien cuál era. Deckard, *ese* hijo de perra, seguiría en circulación. Deckard seguiría llorando a su Rachael muerta, con un altar consagrado a la memoria de la replicante erigido dentro de su cráneo, restos de recuerdos y el sabor de su beso, la expresión que había visto en el rostro de Rachael («En mi rostro —pensó Sarah con amargura—, porque Rachael sólo era una copia…») cuando la había obligado a aceptar su beso antes de que ella aceptara devolvérselo. Y ella se había entregado a Deckard, y le había querido…

Sarah ya no podía recordar quién había hecho todo aquello si ella o Rachael. Hubo un tiempo, un momento en el que el tiempo se había repetido a sí mismo, el beso, el deseo, incluso las palabras de Deckard. Sarah le había obligado a repetirlas, obligándole a que se las dijera exactamente de la misma manera en que se las había dicho a Rachael hacía ya tanto tiempo.

«Di que me amas…» Y Deckard lo había dicho.

—Señorita Tyrell… ¿Ha dicho algo?

Sarah obligó a sus ojos a abrirse y contempló a los dos hombres inmóviles delante de ella, y durante un momento no fue capaz de reconocerlos. O quizá lo que hizo fue reconocerlos de una manera equivocada, porque entonces experimentó la desagradable e inquietante sensación de que estaba viendo a su tío, devuelto a la vida de entre los muertos y doblado de alguna forma inexplicable, con ninguno de los dos aspectos siendo totalmente humano. La sensación se desvaneció casi al instante y Sarah se encontró contemplando a los dos lealistas, la pareja de embajadores de la corporación secreta. Si aquellos dos hombres no eran reales —o por lo menos todavía no—, no cabía duda de que estaban intentando serlo.

Una sacudida de la cabeza.

—No —dijo. Se preguntó si habría hablado en voz alta, si las palabras del pasado habrían logrado volver a abrirse paso hasta el presente. «Qué embarazoso…», pensó. Aunque eso demostraba que nada llegaba a morir del todo. Mientras hubiera memoria, habría fantasmas. «Como yo…» Quizá eso era lo que veía Deckard cuando

la miraba. Quizá veía al fantasma de Rachael—. No… No he dicho nada.

Sarah contempló cómo los dos hombres mantenían una sigilosa consulta hecha de susurros e inclinaciones de cabeza. Cuando acabaron, los dos se volvieron nuevamente hacia ella.

—No disponemos de mucho tiempo, señorita Tyrell. —El que más hablaba de los dos, obviamente el líder, juntó las manos—. Nuestros enemigos, los enemigos de la Corporación Tyrell… Bien, es muy probable que ya sepan que estamos aquí. Harían cualquier cosa para detenernos, para hacer fracasar nuestra sagrada misión. Tenemos que irnos…, inmediatamente.

—Ya llevamos demasiado tiempo aquí.

El otro hombre miró nerviosamente por encima del hombro, volviendo los ojos hacia la puerta delantera del cubículo como si esperara que un equipo de agentes de las fuerzas especiales vestidos de negro fuese a irrumpir por ella en cualquier momento.

—Tiene que venir con nosotros, señorita Tyrell. —Los dedos entrelazados del hombre que llevaba la voz cantante se tensaron hasta palidecer con la blancura de la falta de sangre—. Hay tantas cosas más que debemos explicarle y que podemos mostrarle… Pero tiene que venir con nosotros. Debe hacerlo.

—Muy bien… —Sarah alzó una mano con la palma vuelta hacia fuera—. No es necesario que sigan insistiendo. Ya he tomado una decisión. —En cuanto la imagen de Deckard acudió a su mente, enseguida le había resultado inmensamente fácil hacerlo—. Iré con ustedes. Iremos adonde quieran.

De todas las posibilidades, las que terminaban con su muerte mientras Deckard seguía viviendo habían sido definitivamente descartadas. Era como si una orden de eliminación inmediata hubiera sido transmitida a las profundidades de la realidad desde los cuarteles generales de la corporación, aquella cámara del techo altísimo y las hileras de columnas que seguía existiendo detrás de su frente.

«Y además me pertenece —pensó Sarah—. La Corporación Tyrell en todas sus formas, tanto las de las sombras como las de la luz, es mía y únicamente mía…» Podía hacer lo que quisiera con ella. Una mirada por el rabillo del ojo le mostró a los dos hombres, vestidos con sus ropas de homenaje a Eldon Tyrell, bajo una nueva luz: ellos también le pertenecían, y venían incluidos en el paquete. Sarah experimentó una sensación muy familiar, una que nació en su ingle y subió hasta dejar atrás la cima de su columna vertebral para llegar todavía más arriba. Los dos hombres la estaban mirando no con mera reverencia, sino de una manera que dejaba muy claro que jamás se hubiesen atrevido a tocarla. Sarah podía utilizarlos para cualquier propósito que pudiera llegar a pasarle por la cabeza y ellos se lo agradecerían, porque les bastaba con hallarse ante su presencia y obedecer sus órdenes para ser felices.

Esa idea la hizo sonreír, una elevación de un milímetro de una de las comisuras de sus labios.

Pensó en Deckard, dondequiera que estuviese en aquel momento. Quizá estaba

volviendo a casa —suponiendo que aquel sitio pudiera considerarse como un hogar— después de haber ido a ganar aquel dinero fácil a la estación del Hollywood Exterior suspendida sobre la Tierra. Sí, quizá estaba volviendo a casa para encontrarse con la sorpresa que pudiera haber imaginado le estaría aguardando, fuera la que fuese…, y probablemente el arma en la puerta tampoco habría sido algo totalmente inesperado. «Pero el que me haya ido… —pensó Sarah—. Sí, puede que eso suponga un buen golpe para él». Durante un tiempo, por lo menos.

Lo cual le daría a su vez algo de tiempo para prepararle otra sorpresa, la última que se llevaría en toda su vida. Sarah aún no estaba muy segura de en qué consistiría. Pero con todos los recursos de la corporación secreta a su disposición… Bueno, de repente algo tan limitado como un arma y una bala estaba empezando a parecerle francamente demasiado simple.

«Tendré que pensar en algo mejor —se dijo—. Es lo que se merece, ¿no?»

—Por favor, señorita Tyrell… —El líder del dúo se aseguró de que le viera consultar el complicado reloj que llevaba en su delgada muñeca—. Tenemos que irnos.

—Supongo que sí. —Sarah giró sobre sus talones y echó a andar hacia el dormitorio del cubículo—. Sólo necesito recoger unas cuantas cosas.

Sacó una de las balas del cargador del arma y usó su peso para que sostuviera encima de la mesilla de noche una nota que había escrito a toda prisa para Deckard. «Ya está… —pensó mientras se levantaba del borde del colchón—. A ver qué le parece este pequeño enigma». El despertador fue hasta la hoja de papel doblada y se inclinó sobre la bala, su cara aparentemente perpleja detrás de las manecillas negras.

Sarah entró en el diminuto cuarto de baño, se echó un poco de agua en la cara y después se irguió y apartó sus negros cabellos de ella con una mano. Durante un instante más, Sarah le devolvió la mirada a la figura del espejo empañado. No se parecía a Rachael, o quizá sólo un poco: la lejanía vagamente melancólica que siempre había distinguido a su doble replicante había desaparecido para ser sustituida por algo mucho más duro y gélido. «Estoy viendo mi cara», pensó. Los pómulos se habían vuelto más pronunciados y tenían un aspecto más nítido y afilado, como si la carne estuviera siendo cortada poco a poco por cuchillos internos. Se secó el hililllo de agua que había empezado a deslizarse por su cuello con la toalla y volvió al dormitorio del cubículo.

El calendario de la pared agitó sus páginas cuando Sarah ya iba hacia la puerta.

—Señora Niemand… Quiero decir Sarah… —La voz del calendario delataba su intensa preocupación—. ¿Qué está haciendo? Esto es una locura. No sabe quiénes son esos hombres.

—Qué falta de educación. —Sarah clavó la mirada en la escena nevada—. Has estado escuchando nuestra conversación, ¿eh?

—Por supuesto. Soy un calendario, y se supone que he de mantenerme al corriente de los acontecimientos. —Las páginas repletas de números volvieron a

agitarse—. Escúcheme, por favor… Esos tipos la meterán en un lío. Podrían ser cualquiera. Podrían ser un par de lunáticos…, o quizá realmente son de la policía y sólo le están mintiendo para que vaya con ellos sin oponer resistencia. —La voz del calendario se volvió un poco más estridente—. Se lo suplico, Sarah: no se vaya con ellos…

—He de hacerlo. —Sarah cambió la posición de la tira de la pequeña bolsa de viaje que había llenado a toda prisa—. Es mi destino, o lo más aproximado a un destino que voy a encontrar.

—Sarah… —gimoteó el calendario cuando la vio salir del dormitorio.

—Ya podemos irnos, caballeros —dijo Sarah, subiéndose la tira de la bolsa mientras señalaba la puerta delantera del cubículo con una inclinación de la cabeza.

Los dos hombres se hicieron a un lado y permitieron que les precediera.

Una vez en el pasillo, Sarah oyó un ruido de pies minúsculos que corrían por entre los montones de basura medio podrida. El rindo casi imperceptible venía de detrás de ella Sarah giró sobre sus talones y vio al despertador corriendo hacia ellos.

—¡Lléveme con usted! —La vocecita estridente del despertador una cuchillada que atravesaba aquella atmósfera casi desprovista de oxígeno—. ¡Yo también quiero ir!

Sarah se detuvo y le dio la vuelta a la bolsa para poder rebuscar entre su contenido. El peso del arma había hecho que se hundiera hasta el fondo y cuando Sarah consiguió sacarla, el despertador ya estaba justo delante de ella, levantando primero una rechoncha piernecita y luego otra en una excitada serie de saltos.

Los ecos del disparo resonaron por el pasillo y las láminas negruzcas de los desperdicios temblaron bajo el filo invisible de la oleada de sonidos. Los desechos humanos hambrientos de estímulos alzaron sus cabezas ciegas, los miembros temblorosos bajo la corriente extática de aquella inesperada aportación sensorial, y las yemas ensangrentadas de sus dedos arañaron convulsivamente las rejillas del suelo. Un ruido más débil siguió al primero, el tintineo de trocitos de metal y microcircuitos destrozados esparciéndose en una pequeña llovizna sobre el lugar donde el despertador había estado bailando hasta el último momento.

—Maldición. —Sarah contempló el arma súbitamente recalentada que sostenía en la palma de la mano—. No tengo más balas.

Uno de los hombres, el líder de la pareja que había aparecido ante su puerta, alargó el brazo y le quitó el arma de la mano.

—No se preocupe, —dijo y después la arrojó a lo lejos, metal repiqueteando sobre metal cuando el arma chocó con la pared del pasillo—. Ya le proporcionaremos otra.

5

En la pista de descenso, en las desnudas llanuras rojizas del perímetro de la colonia de emigrantes, Deckard se llevó otra sorpresa muy poco agradable.

Una vez allí, descubrió que no querían devolverle el depósito que había abonado por el esquife.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el hombre sentado detrás del escritorio, que en realidad sólo era una lámina de aglomerado sostenida por dos bidones de combustible vacíos que estaba empezando a curvarse. El hombre no estaba disfrutando de la estafa, y se limitó a contemplar a Deckard con la mirada fija y helada de alguien que sabe que se está comportando como un cerdo—. Ya somos un negocio ilegal. ¿Va a denunciarnos o algo por el estilo? Intente ser un poco más realista, amigo.

Deckard apartó la mirada del rostro grueso y sombreado por una barba de varios días del hombre y la dirigió hacia las pequeñas naves interplanetarias esparcidas sobre las arenas color óxido. El maletín, con sus iniciales escritas en la diminuta placa metálica que quedaba justo debajo de sus nudillos, colgaba de su mano.

—Hay otras formas de recuperar mi dinero —dijo en voz baja y suave, y después volvió nuevamente la mirada hacia el encargado del garaje de alquileres.

—Desde luego. Para empezar, podría darme una paliza.

El encargado del garaje de alquileres se encogió de hombros, y dos crecientes lunares de camisa oscurecida por el sudor ondularon debajo de sus gordos brazos.

—Lo que más le apetezca, amigo. A mí me da igual, ¿entiende? —Una lenta y temblorosa sacudida de la cabeza—. Pero seguirá sin recuperar su dinero. Ah, y en ese caso le aconsejaría que luego no se moleste en venir a vernos si necesita una nave… Cuando quiera volver a viajar por el espacio, tendrá que batir las alas y saltar.

El maletín se dirigió a Deckard en un susurro casi inaudible.

—No malgastes tu tiempo con este gusano repugnante. Tenemos cosas que hacer.

—¿Ha dicho algo, amigo?

—No… —Deckard meneó la cabeza—. Hablaba conmigo mismo. Voy a decirle qué haremos, ¿de acuerdo? Me conformaré con la mitad de lo que me debe.

Acabó conformándose con nada. Estaba demasiado agotado para poder seguir discutiendo.

—Intente ver el lado bueno de la situación —le dijo el hombre que le había alquilado el esquife desde la entrada del cobertizo—. Ha vuelto aquí y todavía respira, ¿no? La mayoría de nuestros clientes no pueden decir lo mismo. Nuestra mercancía tiene un índice de fallos del cincuenta por ciento.

—Sería una campaña publicitaria realmente magnífica, ¿eh? —La voz de Batty volvió a surgir del maletín, esta vez en un tono más alto, mientras Deckard lo transportaba a través de la pista—. Sí, creo que tiene montones de posibilidades… «Alquile una de nuestras naves y ya nunca tendrá que alquilar otra».

Deckard no dijo nada. «Que la mitad de estos trastos consiga volver a su destino

ya sería un auténtico milagro —pensó lúgubremente mientras se quitaba partículas de polvo color sangre de los ojos con la mano libre—. Debo de haber enloquecido…» Siguió avanzando lentamente con pasos cansinos que se hundían unos milímetros en el suelo y vio cómo los esquifes que se alzaban a su alrededor parecían estar cada vez más sumergidos en la arena, como los huevos negros de alguna especie extinta y agotada. Los caparazones llenos de abolladuras y salpicados por la corrosión de los vehículos transmitían una señal de voltaje mínimo en la frecuencia del abandono y los transportes desaparecidos por el camino. Algunos de ellos, incluido el que había llevado a Deckard a la estación del Hollywood Exterior y de regreso a la colonia, parecían tan frágiles como antiguos adornos navideños, cristal soplado y trabajado a mano que podía ser hecho añicos por un estornudo. Eso indicaba hasta dónde había llegado su desesperación, y Deckard pensó que seguía estando desesperado. «De hecho, ahora estoy más desesperado que nunca…» Que le estafaran el dinero del depósito había abierto otro gran agujero en sus reservas de efectivo.

—No te preocupes. —El maletín, la voz de Batty encerrada dentro de él, irradiaba una confianza con la que Deckard estaba ampliamente familiarizado—. Ni siquiera he empezado a contarte las maravillosas sorpresas que te reserva el futuro.

—Me muero de impaciencia.

Deckard tuvo que recordarse que Dave Holden había muerto para poder entregarle aquella cosa, y supuso que le debía a su ex compañero muerto la cortesía póstuma de escuchar lo que tuviera que decirle. Haciéndose sombra sobre los ojos con una mano, contempló el paisaje desde el interior de las fláccidamente aleteantes paredes del túnel burbuja de baja presión que brotaba del garaje de naves de alquiler. Estaba de suerte, o por lo menos hasta el punto en que ello era posible en su universo personal. Atisbando a través del plástico arañado por la arena, Deckard pudo ver una lanzadera-oruga que avanzaba lentamente a través del desierto. El transporte de superficie segmentado probablemente estaría lleno de mineros que eran llevados al este del planeta después de haber cumplido sus contratos de trabajo en las escarpadas colinas. Deckard y el maletín podrían subir a él, y así serían transportados hasta el centro en continuo estado de implosión de la colonia de emigrantes.

—Éste sería un buen momento para volver a cerrar el pico —le dijo a la voz carente de cuerpo.

Deckard se protegió la boca y la nariz con la palma de la mano libre, desbloqueó el cierre del faldón de salida de la burbuja y empezó a abrirse paso por entre los aguijonazos del viento para hacer señas a la lanzadera.

—Eh, eh… La discreción es una de mis mayores virtudes. —La voz del maletín se deslizó a través de los cristales que intentaban incrustarse en la mejilla de Deckard —. No eres la única persona capaz de estarse callada que hay por aquí.

Una vez dentro de la lanzadera, Deckard permaneció sentado con el maletín encima de las rodillas, atrapado entre los mineros que se amontonaban sobre los bancos de acero y aspirando los olores mezclados de sus sudores con cada bocanada

de aire que engullía. El tembloroso movimiento de las orugas que ondulaban lentamente sobre las dunas rojizas mecía los cuerpos de un lado a otro, haciendo que chocaran con los hombros de Deckard. El atestado interior de la lanzadera estaba libre de conversaciones. Los mineros permanecían inmóviles con sus pañuelos llenos de polvo rodeándoles la garganta, máscaras respiratorias y tubos de rehidratación desconectados colgando alrededor de sus pechos como los órganos vestigiales de alguna especie anfibia. Deckard pensó que todos parecían nativos marcianos de la primera generación, con algunos de los más jóvenes posiblemente pertenecientes a una segunda generación, los hijos y los nietos de emigrantes nacidos en la Tierra que habían conseguido llegar hasta allí y luego habían descubierto que ya no les quedaban fuerzas para seguir adelante hasta alcanzar las estrellas. Los mineros, sus párpados entreabiertos casi tan rígidamente apretados como las rendijas de las ventanillas de la lanzadera, contemplaban el paisaje que habían heredado, ese mundo que les había obligado a evolucionar para que pudieran llegar a atribuirse su miserable posesión. Deckard podía percibir la presencia invisible del recableado sufrido por los sistemas nerviosos inmóviles a su alrededor, el meticuloso barajar de fibras sinápticas y receptores de datos sensoriales que había tenido lugar dentro del útero, toda aquella respuesta instintiva del cuerpo humano al territorio desconocido en el que se había visto exiliado. Las criaturas sentadas a su alrededor, que todavía conservaban la apariencia externa de seres humanos, podían prescindir de las conexiones con el monopolio del cable. No necesitaban los estímulos enlatados para sobrevivir, porque podían ir a las colinas y a las cañadas resecas y absorber toda la amplitud de banda disponible en aquel planeta. Deckard ya se había preguntado en algunas ocasiones qué veían sus ojos de forasteros y qué mensajes podrían leer sus yemas espatuladas de negras uñas en los granos de arena rojiza que se deslizaban por entre ellas. Al final había dejado de pensar en ello, porque ya tenía bastantes problemas con los seres humanos y con las cosas que por lo menos intentaban ser humanas. Había más en común entre su sangre y la de los replicantes a los que había matado en el pasado que entre él y los rostros de ángulos afilados cuyas miradas le atravesaban como si ya no existiera.

La fatiga que irradiaba de los huesos de Deckard, inmóvil con los antebrazos posados tan rígidamente como tubos de plomo sobre el maletín que sostenía en el regazo, empezó a tirar de sus párpados. Con el olor de sudores desconocidos en sus fosas nasales y la presión de una carne calentada por la sangre tan cerca de la suya, casi podía creer que volvía a estar en la Tierra, en Los Ángeles, la ciudad oscura con venas de neón que se extendía en todas direcciones alrededor de uno de los siempre atestados autobuses del transporte público mientras éste se abría paso lentamente a través del tráfico atascado por todas aquellas reliquias de Detroit recuperadas. Cuando vivía allí, y eso le ocurría en todo momento. Deckard también se había sentido abrumado por la pura y simple abundancia de lo ajeno y lo que no conocía. El mero hecho de estar en el planeta, en la ciudad, en las calles donde había pasado toda

su vida, no quería decir que pudiera volver la mirada hacia el rostro que había junto a él, tan cercano que Deckard prácticamente podía saborear la mezcla de exhalaciones de *kimchi* y *phrik kii noo* que brotaba de su aliento, y ver algo mínimamente parecido a un espejo, cualquier cosa que le hiciera pensar que estaba contemplando su propio código genético.

Los Ángeles era un mal sitio en el que estar, especialmente para un policía que llevaba una enorme arma negra debajo de su chaqueta, y lo era todavía más cuando habías estado trabajando en la unidad blade runner y se suponía que debías hacer pedazos a cualquier criatura que no te pareciese lo suficientemente humana por el mero hecho de que ése era tu trabajo. Aquél había sido su trabajo y el de Dave Holden, y también el de un montón de pobres desgraciados más. Deckard había trabajado con algunos de ellos mientras que en el caso de otros, aquellos en los que había percibido esa expresión tan extraña en los ojos acompañada por el tic-tac subliminal de un reloj contando la cuenta atrás que haría estallar una carga de dinamita, había procurado mantenerse prudentemente alejado de sus personas. Algunos de los blade runners a los que conoció acabaron dándose masaje en el fondo de la garganta con el cañón de su arma y fueron enterrados en ataúdes meticulosamente sellados. Otros seguían en las calles, persiguiendo a sus propias muertes y a la revelación acusatoria que sólo podía ser atisbada en los ojos de aquellos a los que te dispones a matar…, o a retirar, para utilizar la jerga moralmente sancionada del departamento.

Y mientras viajaba en una lanzadera de orugas gastadas a través de la superficie de otro mundo muerto, Rick Deckard se dio cuenta de que estaba empezando a sudar y percibió el lento deslizarse de las excreciones autogeneradas sobre su piel. Una vieja y familiar claustrofobia envaró sus músculos, tensándolos con un intenso deseo de encogerse para evitar el contacto con las criaturas que le rodeaban. En realidad Deckard no pretendía evitar su roce, sino que sólo quería evitar que fueran tocadas por él. ¿Por qué debían padecer su contacto? ¿Por qué debían llegar a sufrirlo de la manera en que lo sufría él mismo?

Abrió los ojos y volvió la cabeza para mirar por las rendijas de la ventanilla junto a la que estaba sentado. Una brisa perezosa e inútil desplazaba arena roja de un lado a otro, removiéndola como el polvo del suelo de su corazón después de que éste hubiera sido barrido. Se suponía que había otras criaturas ahí fuera, flacos merodeadores de aspecto lobuno, mandíbulas colgantes y ojos de fuego. Deckard creía haber visto a uno antes, un movimiento casi imperceptible captado por el rabillo del ojo cuando se disponía a salir del garaje de alquiler de esquifes. Si realmente querías encontrar la liberación, no era necesario que llegaras al extremo de comerte una pistola: siempre podías limitarte a dejar atrás los límites de la colonia de emigrantes y seguir andando, y algún día descubrirían tus huesos astillados, la médula chupada de ellos como si fuera mazapán.

Haber detectado la presencia de aquel espectro lobuno, haberlo visto antes de que

sus dientes se cerraran sobre tu cuello… Eso era una mala señal. «Llevo demasiado tiempo aquí», pensó Deckard. Su sistema nervioso estaba empezando a adaptarse y los sensores hacían horas extra, tratando de captar las longitudes de onda de un mundo en el que no había nacido. Eso ocurría a veces —los rumores y los mitos de los emigrantes proliferaban a una velocidad increíble—, y entonces todo el proceso se desarrollaba de golpe en vez de necesitar dos o tres generaciones para llegar a su fin. El pobre desgraciado al que le ocurría sencillamente renunciaba a seguir siendo humano, como en un acto de rendición situado a un nivel inconsciente, puramente celular, y se convertía en…, en otra cosa. «Como han hecho las criaturas que están sentadas a mi alrededor…» Deckard contempló las hoscas siluetas inmóviles alineadas a lo largo del compartimiento de pasaje de la lanzadera. De una manera o de otra, ellas ya se habían despedido de todos aquellos a los que habían dejado atrás.

La lanzadera siguió avanzando, acercándose lentamente al perímetro de la colonia de emigrantes. Una mezcla de roce y crujido se deslizó a través de las figuras sentadas, y los mineros fueron emergiendo poco a poco de su estupor reptiloide. Las minúsculas variaciones de postura de los cuerpos, las cabezas que se erguían y las miradas lanzadas hacia las estrechas ventanillas le recordaron a lagartos sobre rocas cocidas por el sol, el veloz revoloteo de sus amarillentas pupilas verticales volviéndose hacia un insecto que se encontraba demasiado lejos para poder ser capturado y devorado. Deckard supuso que los mineros probablemente estarían pensando en las comidas que pudieran estar aguardándoles, fueran las que fuesen —flacos y con las costillas sobresaliendo como cuchillos, todos tenían el aspecto emaciado habitual en las personas que pasan mucho tiempo sin poder acceder a fuentes de proteínas—, en los oscuros cubículos y nidos de la sección más silenciosa de la colonia.

Especular sobre alienígenas con rostros humanos y sobre cómo podían ser sus vidas incognoscibles tenía una ventaja, porque el hacerlo había expulsado de la mente de Deckard las meditaciones todavía más oscuras en las que había caído, ese abismo recubierto de autoacusación que conocía demasiado bien. La presencia de los mineros le permitiría ponerse su propia máscara, la que era idéntica a su rostro pero lucía el nombre de Niemand, y volver a casa para averiguar qué había colocado encima de la mesa la señora Niemand para que le recibiese a su regreso.

«Y sólo Dios sabe qué puede ser», pensó Deckard lúgubremente mientras la lanzadera iba reduciendo la velocidad hasta quedar prácticamente inmóvil y los blandos faldones labiales de las escotillas del sistema de transporte de superficie de la colonia se iban desplegando sobre las ventanillas. Lo que Sarah pudiera haber hecho durante su ausencia y las decisiones que pudiera haber tomado eran otros tantos misterios, porque Deckard sabía que Sarah se encontraba tan al borde de la locura como él. La vida marital de los Niemand seudonímicos, ese alias que compartían junto con dosis iguales de odio y culpabilidad, era tan mentalmente tóxica como cualquiera de los vacíos sensoriales que pudieran encontrarse en Marte. No había

ningún vacío abierto entre él y Sarah, porque el espacio que se extendía entre ellos estaba lleno, y de hecho lleno hasta rebosar, de recuerdos y de ese lento reflujo de la marea del pasado que dejaba las cosas varadas en una playa común —viejas fotos, partituras esparcidas encima de un piano desafinado, nombres susurrados durante ese momento de tristeza suspendido entre el sueño y el despertar, botellas vacías volcadas por una mano temblorosa que buscaba a tientas—, recubriéndola con todo lo que podía ser recogido, todavía empapado por las lágrimas, y estudiado mientras se iba convirtiendo en las mismas cenizas dentro de su boca y de la de Sarah…

No tenía nada de extraño que Sarah estuviera tan loca como él. ¿Qué otro camino podía haber seguido?

—Es como volver al pasado, ¿eh? —El maletín con la voz de Roy Batty habló de repente mientras Deckard lo transportaba a lo largo del pasillo principal saturado de cuerpos de la colonia, con el tumulto de los puestos, clientes y suministradores del mercado negro agitándose a su alrededor—. Hace que te sientas como en casa, ¿verdad? En tu verdadera casa, quiero decir…

Deckard permitió que su mirada, aquel implacable barrido policial capaz de abarcarlo todo que había quedado grabado en sus nervios ópticos, se deslizara sobre el gentío. Sabía a qué se estaba refiriendo el maletín, lo que había percibido a pesar de que ni siquiera tenía ojos. Estaba hablando de la vibración de la ciudad, el zumbido inaudible de la presión sanguínea agazapada debajo de todas las voces que gritaban y murmuraban mientras Deckard se abría paso a codazos por entre ellas, el maletín suspendido de los tensos dedos de una mano y sus esquinas atascándose como un ancla erizada de dientes de sierra en la presión de los muslos y las caderas de otros cuerpos…, porque Deckard estaba viendo las mismas caras que había visto en su otra vida, la que había pasado en la Tierra. Nada había cambiado, por lo menos en el sentido esencial: ojos idénticos brillaban con una luz demasiado intensa y ávida, tanto si estaban al descubierto como si se hallaban protegidos por lentes oscuras o anteojos del estilo de los que usaban las tripulaciones de los bombarderos. Otros ojos, y eso también lo recordaba, habían sido velados u opiados por cualquiera entre un número casi infinito de combinaciones farmacológicas, y el aire reciclado del mercadillo callejero estaba saturado por el rancio olor de las moléculas receptoriales exudadas a través del sudor que se iba acumulando sobre la pálida piel temblorosa. Aquellos ojos todavía eran capaces de enfocar su mirada y de centrarla, pero permanecían clavados en algún punto muy alejado de allí, absortos en la visión deífica que habían venido a buscar en el puesto callejero más miserable, en las manos de esos vendedores envueltos en abrigos demasiado gruesos llenos de bolsillos furtivos…, a los que Deckard también recordaba haber visto antes.

—Esto demuestra sin lugar a dudas que Los Ángeles no es un lugar. —Deckard habló en voz alta, porque ninguno de los integrantes de la multitud se fijaría en una persona que estuviera hablando consigo misma o que mantuviera una conversación con el pequeño equipaje de mano que llevaba—. No, en realidad Los Angeles es una

idea. Una pésima idea…

La multitud se fue disipando a medida que Deckard se iba alejando del centro del mercado. Eso le permitió ir más deprisa y avanzar a largas zancadas por los barrios residenciales de la colonia, con las tiras de cinta selladora a medio desprender que ondulaban sobre su cabeza marcando su progreso. Deckard pasó por encima de las siluetas reptantes de los casos terminales de privación de estímulos mientras sus miradas vacías se volvían lentamente hacia él, y alargó la mano hacia el picaporte de la puerta delantera de su cubículo.

La puerta no estaba cerrada, y se hallaba entornada. El roce de la mano de Deckard bastó para hacer que girara hacia el interior sumido en la oscuridad. Los viejos instintos de policía le detuvieron, y la mirada de Deckard recorrió el ángulo de espacio inmóvil que acababa de quedar revelado ante él.

—¿Qué pasa?

El maletín había percibido su titubeo.

—Nada. —Deckard tragó aire con una cautelosa inhalación, como si su lengua pudiera analizar cualquier átomo capturado al azar—. Y todo…

Hubo un tiempo en el que había dispuesto de máquinas para que hicieran el trabajo por él, toda la amplia gama de artilugios proporcionados por el departamento, las unidades milagrosas que salían de los laboratorios de investigación de la policía de Los Ángeles, esas estancias ocultas en los sótanos más profundos donde los duendes que nunca veían el sol se dejaban broncear por sus osciloscopios. Por aquel entonces Deckard podía contar con percepciones extrasensoriales controladas por la voz y con el aliento casi imperceptible de las máquinas Voigt-Kampff, pero el nuevo Deckard tenía que hacerlo todo al viejo estilo, y eso le obligaba a activar los viejos instintos de los que los policías llevaban siglos dependiendo.

Algo crujió bajo la suela de su bota cuando desplazó el peso del cuerpo de un pie al otro. Deckard bajó los ojos y percibió el destello de las astillas de metal, un mecanismo electrónico hecho añicos: la cuña del dial de un despertador autónomo le devolvió la mirada, los puntitos que le servían de ojos vacíos e inactivos. Un instante después Deckard vio que había más fragmentos del despertador esparcidos en un radio de varios metros alrededor de la entrada del cubículo. Se inclinó y cogió una esquina arrancada a un tablero de circuitos miniaturizado, y los minúsculos bordes se desmoronaron bajo la presión de las yemas cuando la hizo rodar entre el pulgar y el índice. Deckard arrojó a un lado el fragmento reducido a polvillo verde y después acabó de abrir la puerta.

Entró en el cubículo, siendo muy consciente de que no contenía ninguna otra forma humana. Se quedó inmóvil en el centro de la habitación y después se inclinó lentamente hasta dejar el maletín en el suelo junto a él.

—¿Qué decía esa vieja canción? Algo sobre otra mula en tu establo… —Una sombra de presuntuosa satisfacción impregnó la voz de Batty. Fuera cual fuese la naturaleza de los sensores incorporados al maletín, sus sentidos artificiales seguían

siendo tan agudos y perspicaces como lo habían sido los de Batty, tanto en su encarnación humana como en la de replicante—. Ha habido otros hombres aquí…, y no hace mucho de ello. Lo notas, ¿verdad? —El silencio de una tenue sonrisa casi pudo ser oído—. ¿Y sabes otra cosa? Me parece que no vinieron a leer los contadores.

—¿Por qué no te callas? —murmuró Deckard, sintiéndose cada vez más disgustado—. Como si eso me importara… —Y la verdad era que sí le importaba, aunque no por ninguna razón relacionada con los celos. Cualquier clase de derechos sexuales o románticos que él y Sarah Tyrell pudieran haber tenido el uno sobre el otro se había esfumado hacía ya mucho tiempo, evaporada por la claridad abrasadora de lo que sabían el uno del otro y de lo que se habían hecho el uno al otro. Incluso el parecido físico existente entre Sarah y su Rachael, muerta hacía ya tanto tiempo (y ese parecido era lo bastante grande para que Deckard sintiera que se le encogía el corazón cada vez que contemplaba el rostro vivo) ya no era capaz de evocar ninguna emoción aparte del odio—. Ella puede… Puede hacer lo que le dé la gana, ¿entendido? En realidad no somos el señor y la señora Niemand.

—Por supuesto que no. —La voz del maletín seguía conteniendo su sonrisa omnisciente—. Eso resultaría demasiado fácil, porque entonces serías igual por dentro que por fuera. Hace mucho tiempo que no sabes lo que es eso, Deckard.

—Y que lo digas. —La mirada de Deckard recorrió el espacio vacío y acabó volviéndose hacia el rectángulo oscuro de la puerta del dormitorio.

—Y por supuesto que puede hacer lo que quiera…, salvo recoger sus cosas y abandonarte. Porque no está aquí, ¿verdad?

Deckard no respondió. Dejando el maletín en el suelo —y a la voz burlona y sutilmente penetrante de Roy Batty con él—, entró en el cuarto de baño y accionó el interruptor que había junto a la puerta. Una luz de bajo voltaje, amarilla y parpadeante, se abrió paso a través de la telaraña polvorienta de cinta selladora y parches protectores que cubría el techo. Las pequeñas corrientes de aire que se filtraban por las grietas no bastaban para disipar el olor a colada vieja y bruscos cambios de humor.

—La señora Niemand no está aquí. —Una voz distinta habló detrás de él—. Se ha ido.

Deckard volvió la cabeza y lanzó una rápida mirada por encima del hombro al calendario mural autónomo, el compañero del despertador que no ocupaba su lugar habitual encima de la mesilla de noche.

—¿Adonde ha ido?

La escena repleta de montañas tembló suavemente sobre las hileras de números.

—No tuvo a bien informarme de cuál era su destino. —El calendario parecía entre ofendido y dolorido, y cuando volvió a hablar su tono se volvió perceptiblemente más sombrío—. Probablemente ni siquiera ella lo sabe.

Hubo un tiempo en el que Deckard y Rachael habían compartido una cabaña

desvencijada rodeada por la oscura catedral de árboles de un bosque, al norte de la escena que mostraba la foto del calendario, un intervalo demasiado breve entre su huida de Los Ángeles y el momento en el que Deckard se vio obligado a volver allí. Entonces había pasado las noches, plateadas por la luna, y los días, ennegrecidos por el ataúd junto al que se sentaba, contemplando el rostro dormido de la mujer a la que amaba, la mujer que dormía y moría dentro del ataúd, un módulo de transporte robado a la Corporación Tyrell, el artefacto con tapa de cristal dentro del que los replicantes eran enviados a las colonias exteriores antes de que sus cuatro años de vida pudieran expirar y que había servido para prolongar al máximo las horas robadas que pasaron juntos. Ése había sido un tiempo dedicado a sorber momentos de semivida en vez de contemplarla continuamente, viendo cómo toda la existencia de Rachael se iba derramando sobre el suelo y desaparecía en él, absorbida igual que la lluvia. «Y pensar que entonces creía que no podía haber nada más horrible…», se dijo, recordando su inmovilidad llena de dolor junto a la mujer que se iba muriendo lentamente, las vigilias silenciosas entre los cada vez más reducidos minutos de los períodos que pasaba despierta. Mientras contemplaba la imagen del calendario mural, Deckard supo que si pudiera hacerlo habría dado el resto de su vida para volver a estar en el centro de aquel bosque oscuro, en el círculo amarillento de la linterna de queroseno, sentado junto al ataúd y esperando, esperando eternamente, suspendido en el momento interminable entre un sueño y el siguiente…

—¿Señor Niemand?

La vocecita estridente del calendario, un golpeteo molesto e insistente en la periferia de sus pensamientos.

En aquel momento Deckard lo hubiese dado todo, incluso los planes que había trazado y las decisiones y los juramentos sobre lo que haría con Sarah Tyrell que había encerrado en lo más profundo de su corazón, su destino y el de él. «Sí, incluso eso…»

El calendario volvió a intentarlo, esta vez usando su verdadero nombre.

—¿Señor Deckard? ¿Hola?

Una lenta inclinación de cabeza y la inhalación de un poco de aire mientras volvía a centrar su atención en el calendario y en la ausencia total de significado de la imagen plana que recubría su superficie.

—Sí, sí… —dijo—. Bien, ¿y con quién se fue?

—No lo sé. Tampoco me lo dijo. —El calendario sentía un disgusto instintivo ante cualquier ausencia de lo que consideraba eran los detalles imprescindibles en una situación—. Había dos hombres, eso sí pude averiguarlo… Estaban hablando en la otra habitación, pero no conseguí entender lo que decían. Ya sabe que sólo dispongo de un pequeño micrófono direccional, ¿verdad? Si pudiera contar con la opción intercomunicadora, en cambio… Bueno, si hubiera pagado la tarifa de activación de ese servicio entonces las ventajas serían tan…

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Deckard, interrumpiendo el discurso de ventas.

Una de las cosas que más odiaba de aquellos sistemas domésticos baratos era el que siempre estuvieran pidiendo ser mejorados—. ¿Cuánto hace que ocurrió todo eso? ¿Cuándo se fue Sarah con esos hombres?

—Debería preguntárselo al despertador. Eso tiene más relación con sus funciones que…

—El despertador está muerto. —A Deckard le daba igual que el calendario lo supiera—. Por lo tanto, he de preguntártelo a ti. ¿Cuándo se fueron?

—Eh… —Un temblor lleno de miedo hizo vibrar la voz del calendario—. ¿El despertador? Fue ella, ¿verdad? —El calendario hizo un esfuerzo claramente audible para recobrar la compostura—. Supongo que fue… hace unas seis horas. Creo que fue entonces cuando la señora Niemand…, quiero decir Sarah, se…, se marchó con esos dos hombres… Oh, vaya… —El pequeño sistema autónomo se quedó sin voz durante unos momentos—. Por si le sirve de algo, le dejó una nota. Está encima de la mesilla de noche.

Deckard fue hasta ella y cogió la bala que también había sido dejada allí para él. La hizo rodar entre sus dedos, y después la sopesó en la palma de su mano: un mensaje sin palabras, o uno que no las necesitaba para transmitir su significado. Sarah probablemente la habría comprado, junto con el arma necesaria para usarla, en los puestos del mercado negro, allí donde se podía adquirir prácticamente cualquier cosa. Esa adquisición le permitió librarse para siempre del insufrible despertador, cosa que Deckard supuso habría hecho mientras se disponía a marcharse con quienesquiera que fuesen aquellos hombres. «Y esta otra iba a ser para mí…», pensó mientras bajaba la mirada hacia el reluciente cilindro metálico que terminaba en un delicado extremo ahusado. Era justo la clase de sorpresa para darle la bienvenida al hogar que Deckard ya llevaba algún tiempo esperando. Su cautela ante la puerta del cubículo se había debido básicamente a que no quería acabar con un agujero del tamaño de un puño de un bebé en el centro de la frente.

Se metió la bala en el bolsillo de la chaqueta y desdobló la hoja de papel que había estado debajo de ella.

«Deckard… —La inconfundible caligrafía de Sarah, las enormes letras alimentadas por ese ego colosal que conservaría hasta la muerte—. Te veré más tarde».

El mutismo de la bala transmitía prácticamente el mismo mensaje. Era una advertencia, el beso helado con el que Sarah le daría la bienvenida cuando volvieran a encontrarse. Deckard estrujó la hoja de papel entre los dedos hasta convertirla en una bola y después la lanzó sobre el polvo y los pequeños restos acumulados en la esquina del dormitorio.

—¿Se ha esfumado en la capa de ozono? —Una inflexión burlona impregnó la voz de Batty. El maletín seguía en el centro de la habitación principal del cubículo, allí donde lo había dejado Deckard—. Les encanta hacer ese tipo de cosas. Créeme, chico, lo sé… Se van y punto.

Deckard pasó por encima del maletín y cerró la puerta.

—Eso no es problema tuyo, ¿verdad? —Apartó las tiras de cinta selladora desprendida que colgaban del techo—. Deberías ocuparte de tus asuntos.

—Ah, pero es que deberías comprender que… tus problemas también son mis problemas. —Un encogimiento de hombros invisible—. Tú y yo tenemos tanto en común, Deckard…

—Lo dudo. —Deckard fue hacia la minúscula cocinita del cubículo—. Tú estás metido dentro de una caja. —Se inclinó sobre el fregadero lleno de platos mohosos y empezó a rebuscar en el último estante de la alacena—. Yo todavía tengo una carne de la que preocuparme. —Encontró la botella de cantos cuadrados que había estado buscando, la sacó del estante y desenroscó el tapón—. Eso significa que las respuestas a mis problemas son muy distintas…, como por ejemplo ésta.

—Huele a escocés, o a algo muy parecido.

Deckard lavó un vaso y echó dos dedos de licor en él.

—Lo fabrican aquí. —Engulló el primer sorbo de fuego líquido y apretó los dientes hasta hacerlos rechinar cuando sintió el deslizarse del chorro ácido garganta abajo—. Eso quiere decir que no es nada, sólo alcohol de trigo y colorante alimentario.

—Suena bastante horrible, ¿no? Prefiero seguir sobrio…, aun suponiendo que pudiera beber.

—Sabia decisión.

Deckard vació el vaso, sintiendo cómo sus entrañas se contraían bajo la violenta sacudida líquida. Se sirvió otra ración y se sentó a la mesa de la cocinita con ella, apartando a un lado más platos recubiertos de restos de comida reseca y vasos empañados para hacer sitio a sus codos. Después apoyó la cabeza en los antebrazos y cerró los ojos. Los vapores alcohólicos exhalados por el licor se abrieron paso a través del olor a rancio del cubículo que había invadido sus fosas nasales, aquella mezcla de sudor e ira reprimida que nunca podría llegar a disiparse a través de las junturas precariamente remendadas.

Sabía que si se lo permitía se quedaría dormido. La fatiga caería sobre él, envolviendo su mente como un océano cuyas primeras olas hubieran sido teñidas de marrón por el contenido de la botella. También sabía que el dormir no le serviría de nada y que el sueño sólo duraría unos minutos como mucho, igual que cuando se había quedado dormido en el huevo asfixiante del esquife mientras volvía de la estación del Hollywood Exterior: un momento de oscuridad y luego los sueños, y después el despertar, con una frontera borrosa y apenas perceptible entre esos dos estados, de la misma manera en que solía alzar la cabeza y abrir los ojos allá en su apartamento de Los Ángeles, con un vaso vacío que olía a escocés de verdad en una mano y los dedos de la otra hundidos en un acorde silencioso entre las teclas amarillentas del piano. Después alzaba los ojos hacia los rostros de las viejas fotos en blanco y negro de bordes arrugados que habían flotado a través de la música como

hojas secas, y los contemplaba y, durante unos segundos, se preguntaba quiénes eran. Hasta que volvía a recordarlo…

—Bien, bien… —Respiró hondo, abrió los ojos y se irguió en la silla mientras empujaba el vaso y su turbio contenido con el índice, apartándolos de él. La habitación era lo suficientemente pequeña para que pudiera volverse, estirar el brazo hacia atrás y coger el maletín por el asa, levantándolo del sitio en el que lo había dejado. Deckard hizo girar el maletín en el aire y lo colocó encima del hueco que había despejado en la mesa—. Y ahora soy todo oídos. Si tienes algo que contarme, éste es el momento de hablar.

Sarah ya conocía sus nombres, o los que habían decidido utilizar como tales.

—Me llamo Wycliffe —dijo el más hablador de los dos hombres mientras apoyaba los codos en el panel de control del yate—, y él es Zuinglio.

—Oh, claro. Por supuesto.

Sarah Tyrell contempló en silencio a los dos hombres, sus antiguos secuestradores…, o empleados, ya que las distinciones estaban empezando a resultar cada vez más difíciles de percibir. «Quizá debería empezar a pensar en ellos como discípulos…», se dijo. La luz llena de fervor seguía brillando en lo más profundo de sus ojos. Si no eran sus discípulos, entonces lo eran de Eldon Tyrell: después de todo, no cabía duda de que habían hecho todo lo posible para moldearse a sí mismos hasta convertirse en copias de su difunto tío. Dentro de los límites de lo posible, naturalmente, ya que a pesar de todo seguían pareciendo niños absortos en una sombría celebración de la noche de Halloween…

—¿Cuáles son sus verdaderos nombres?

Durante un momento los dos hombres parecieron sentirse perplejos e intercambiaron una rápida mirada llena de preocupación antes de volver nuevamente los ojos hacia ella.

—Pero es que realmente son nuestros verdaderos nombres… Tienen que serlo. La Corporación Tyrell nos los dio.

Otro asunto sobre el que reflexionar. Inmóvil en el centro de la cabina, con las estrellas y un vacío saturado de luz temblando a su alrededor en las pantallas visoras, Marte ya ni siquiera visible desde allí. Sarah se preguntó si era el único ser humano que había a bordo.

—No serán replicantes, ¿verdad? —Los examinó con más atención—. Quiero decir que… Bueno, si lo son pueden decírmelo. No tengo nada contra los replicantes.

Wycliffe meneó la cabeza.

—No… —Voz átona y llena de énfasis—. Los replicantes nunca pueden llegar a obtener una autorización de seguridad tan alta.

—Pertenecemos a un nivel muy elevado de la corporación secreta —dijo Zuinglio —. Puede confiar en nosotros.

—¿De veras? —Eso la divirtió más que nada de cuanto había oído en mucho tiempo—. Qué… encantador. Pensar que puedo llegar a querer hacerlo…

Les dejó sumidos en su perplejidad y volvió al centro del yate. «Todos son iguales —pensó—. Lo único que quieren es que les amen…» Era como si la Corporación Tyrell nunca hubiera dejado de existir, o como si hubiera sido recreada, en miniatura, dentro de aquel pequeño mundo herméticamente sellado. Todo le resultaba familiar, desde el momento en el que se la había informado de la naturaleza de su herencia hasta el momento en el que había hecho que se derrumbara para quedar convertida en una masa de fuego y metales retorcidos. Su tío había creado una cultura empresarial de lameculos, un entorno en el que esbirros como Wycliffe y Zuinglio esperaban recibir patadas en los dientes, e incluso necesitaban recibirlas, como parte de su dieta habitual. «Tendría que empezar a tratarlos un poco mejor…» Sus últimas palabras tenían que haber afectado de una manera bastante terrible a sus cabecitas.

La disposición y el mobiliario del yate —un modelo interplanetario, pequeño para lo habitual dentro de la flota que había poseído la Corporación Tyrell— también le resultaban muy familiares. Hasta el último centímetro de los camarotes para ejecutivos estaba recubierto con el mismo grado de ostentación propia de los nuevos ricos que habían exhibido los aposentos privados y la *suite*-despacho de Eldon Tyrell. Todo era lo suficientemente caro como para poder imitar el buen gusto pero, al mismo tiempo, excesivamente caro para lograr alcanzarlo, y el yate parecía un compendio de todas las variedades de falsificación que se pueden llegar a comprar con dinero. En ese caso además se trataba de falsificaciones de unas falsificaciones, porque Sarah ya había reconocido algunos objetos y detalles, imitaciones de los objetos «reales» que habían sido consumidos por el infierno que engulló a la corporación. No faltaban ni las columnas de estilo rococó, deformadas y manipuladoras de la perspectiva y, de esa manera, embutidas en el reducido espacio de la sala. Pantallas visoras del tamaño de ventanales estiraban sus paneles hasta el techo, con las distintas capas de píxeles superpuestos moviéndose lentamente a través de un panorama de alta resolución que mostraba un complicado paisaje urbano. El ángulo de observación era muy elevado, como si el paisaje estuviera siendo visto desde los enormes ventanales terminados en arcadas del despacho que había pertenecido a su tío y que luego había pasado a pertenecerle a ella antes de que quedara convertido en cenizas: Los Ángeles, todo humo y oscuridad incluso bajo el martilleo implacable de su sol, desplegándose hasta el falso horizonte del panel. El yate debía de haber sido preparado para el uso personal de Eldon Tyrell, ya que todo en él respondía a las preferencias de su tío. Incluso cuando viajaba entre los planetas, Eldon Tyrell habría querido permanecer aparentemente inmóvil mientras el panorama seguía siendo exactamente el mismo que hubiese podido contemplar desde el centro de su imperio. O quizá —y la idea resultaba un tanto deprimente— eso era lo que el obsequioso dúo de la cabina había creído que preferiría. El pasado, o por lo menos un fragmento de él, congelado y cortado a rebanadas como un espécimen de laboratorio

y colocado allí para que el frío microscopio de los ojos de Sarah pudiera disfrutar de él.

«No saben nada…» El trabajo de aquella clase de personas, los esbirros y los subordinados, no consistía en saber Eso era algo que ni siquiera entraba en su naturaleza, porque Sarah estaba segura de que hubiera podido contarles —haciéndoles partícipes así del gran secreto— que era ella, la receptora de sus serviles adoraciones, quien había destruido lo que consideraban más sagrado en el universo, la Corporación Tyrell…, y no la creerían. O la creerían y al mismo tiempo no la creerían, porque la mera contradicción no suponía ningún impedimento para la verdadera fe. Eso resultaba especialmente cierto en el caso de aquellos creyentes que sustentaban la gran causa de la Tyrell y que se afanaban entre las sombras, porque cuando la corporación existía a la luz del día toda su actividad siempre había girado alrededor de la artificialidad o, realmente, de las mentiras. Sarah había descubierto que cada vez le resultaba más difícil distinguirlas de la verdad y de la realidad, cualesquiera que pudieran ser éstas.

El gran lema publicitario de la Corporación Tyrell había sido «Más humano que lo humano». ¿Qué demonios podía significar eso? Sarah meneó la cabeza mientras se dejaba rodear por el abrazo acolchado de la reproducción de un sillón de orejas del siglo XVIII. Aquella afirmación siempre la había irritado, porque en el fondo equivalía a decir algo así como «Más real que lo real». El cuero se hundió bajo su peso. La gravedad simulada de la nave era delicada y sutil, tan imperceptible como un beso mientras dormías. ¿Existía acaso una escala de realidad, de humanidad, en la que cosas distintas podían ocupar puntos distintos…, y donde esos puntos cambiaban de posición? El concepto le pareció divertido, porque la idea de ir volviéndose progresivamente menos humano resultaba bastante de su agrado. Después de todo, las partes humanas de su naturaleza sólo le habían traído dolor y pena.

Igual que el enamorarse. Sarah cerró los ojos y pensó en Deckard. «Eso fue un error…», reflexionó sombríamente. Era lo que había obtenido meramente por tratar de ser humana. Hubiera sido preferible seguir siendo una Tyrell de pies a cabeza, una Tyrell hasta los ventrículos cristalizados por el hielo de su corazón. Eso también entraba dentro de las tradiciones familiares: una máquina Voigt-Kampff conectada a su tío enseguida hubiese quedado paralizada por el frío y habría acabado muriendo, como un pájaro con las alas rotas atrapado en un vendaval ártico. Adiós a la empatía como forma de determinar quién era humano y quién no lo era.

Una reproducción del antiguo *bureau plat* de los cuarteles generales destruidos de la Corporación Tyrell había sido instalada junto al sillón de orejas. Sarah se inclinó hacia adelante y tiró de la puerta central hasta abrirla. El *bureau plat* auténtico —que también había quedado reducido a cenizas, las cuales habían sido infiltradas en los cascotes y el cemento de Los Ángeles por las lluvias monzónicas— había contenido varias cosas útiles. La reproducción del escritorio solo podía ofrecerle la unidad de control remoto para manejar la pantalla visora de la pared de enfrente. Era suficiente.

Sarah volvió a recostarse en el sillón y fue haciendo desfilar los menús con una presión del pulgar hasta que el falso paisaje urbano hubo sido sustituido por un panorama en tiempo real procedente de los sensores ópticos. Marte ya era un punto rojo, y todo lo que había en él parecía todavía más ínfimo visto desde aquella distancia…, incluido ese bastardo de Deckard. El pulgar de Sarah flotó sobre el botón de desconexión de la unidad de control remoto, preparado para ordenar la eliminación.

Titubeó, y un momento se confundió con el siguiente para prolongar la sensación que estaba experimentando. Lo que sentía no era placer —se encontraba más allá de eso—, sino una cierta satisfacción. Su causa no era el presente, sino lo que ocurriría en el futuro.

—He sido una idiota.

Sarah habló en voz alta, y sus palabras crearon ecos que rebotaron en la dureza de los mamparos metálicos ocultos debajo de los falsos tapices y colgaduras murales. ¿Por qué consideraba que se había comportado como una idiota? No necesariamente por haberse enamorado de Deckard —por querer aquello que Rachael, la replicante que tenía su cara, podía conseguir con tanta facilidad—, sino por creer que podía vengarse de él mientras estaba atrapada en un miserable cubículo en una de las colonias de emigrantes de Marte. El dinero era un arma, y la venganza se vería considerablemente facilitada por todo el poder de la Corporación Tyrell incluso si ésta tenía que operar bajo aquella forma, la oscura y secreta. La aparición ante los peldaños del cubículo de los verdaderos creyentes, Wycliffe y Zuinglio, había sido la respuesta a la plegaria que Sarah ni siquiera había llegado a formular en el interior de su cabeza. Sarah había destruido las vidas de muchas personas tanto con dinero como sin él, y la única diferencia entre una forma de hacerlo y otra estribaba en que el dinero y el poder siempre hacían que la destrucción fuera más profunda y duradera…, e incluso podían hacer que llegara a ser definitiva e irreversible.

—Utiliza cualquier clase de método que pueda serte útil… —murmuró.

Su pulgar descendió y la imagen desapareció, sustituida por un muro desnudo. Sarah se levantó del sillón de orejas y dejó caer la unidad de control remoto sobre la reproducción del *bureau plat*.

Aproximadamente una hora más tarde, cuando volvió a entrar en la sala, los dos hombres la estaban esperando en ella. Los dos parecían un poco nerviosos e inquietos, como si estuvieran empezando a sentirse incapaces de continuar imitando la apariencia del difunto Eldon Tyrell.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —Sarah deslizó la gruesa toalla blanca por entre sus cabellos y después se envolvió el cuello con ella. Cruzó las piernas en el sillón de orejas, permitiendo que el albornoz adornado con el logotipo de la Corporación Tyrell se entreabriese justo lo suficiente para mostrar la pálida carne de encima de su rodilla—. Espero que no se trate de nada importante. Todavía estoy… acostumbrándome a las cosas. De nuevo, por decirlo así…

Mientras los dos hombres organizaban su contestación, Sarah abrió el paquete de cigarrillos ilegales de tabaco que había encontrado en el dormitorio del camarote principal: Paloma del Bosque Dorado, su marca favorita, procedente del más lejano y menos accesible de todos los protectorados de los señores de la guerra camboyanos. Costaba mucho dinero y sólo se podía obtener a través de las valijas diplomáticas de las mismas Naciones Unidas, lo cual indicaba que la corporación secreta debía de tener muy buenos contactos. Sus servicios de investigación también tenían que ser bastante eficientes, ya que en los armarios del dormitorio había encontrado una aproximación razonable de por lo menos una parte del vestuario del que disponía en Los Ángeles, con las tallas un poco reducidas para reflejar el peso que había perdido a causa de la dieta de hambre de la colonia de emigrantes.

—Señorita Tyrell… —Como antes, Wycliffe asumió las funciones de portavoz de la pareja—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar.

Sarah echó la cabeza hacia atrás y contempló cómo el sistema de ventilación de la nave aspiraba el humo azulado que acababa de exhalar.

—Ya han hablado. —Permitió que su mirada, gélida e impasible, descendiera hasta encontrarse con las de los dos hombres—. ¿Qué más tienen que decir?

—Pero… Ni siquiera sabe adonde vamos.

—No sabe adonde la llevamos —intervino Zuinglio.

—¿Acaso importa? —Sarah levantó los hombros en un encogimiento lleno de despreocupación—. Supongo que volvemos a la Tierra, ya que ésa parece ser la dirección general que estamos siguiendo. —Tiró del albornoz hasta taparse la rodilla —. ¿Los Ángeles, quizá? ¿Su pequeña corporación secreta opera desde allí?

—No… —Wycliffe meneó la cabeza, y su compañero le imitó un momento después—. Ahí no hay nada, por lo menos en lo que concierne a la Corporación Tyrell. —Su expresión se ensombreció de repente—. Todo ha desaparecido. El complejo de los cuarteles generales… La pirámide…

—Sí, lo sé. —Sarah suspiró—. Estoy segura de que allí vivieron sus días más felices, ¿eh? Tendrán que superarlo. —Sacudió el cigarrillo para hacer caer la ceniza —. Pues entonces Zurich, o algún sitio cercano… Me parece recordar que era el centro de la mayor parte de nuestras actividades de ultramar.

Los ojos de Wycliffe se entrecerraron hasta convertirse en dos ranuras.

—Nunca hablamos de Zurich. No dentro de la corporación secreta, quiero decir…

—Esos hijos de perra. —El rostro de Zuinglio se había endurecido hasta convertirse en una máscara enfurecida idéntica a la de su compañero—. Traidores.

—Limitémonos a decir que… —La voz de Wycliffe se había vuelto tan amarga como su expresión—. Bien, el caso es que no todos los empleados de la Corporación Tyrell poseían el mismo grado de lealtad. Algunas de las delegaciones más remotas de la empresa se vendieron a las agencias de seguridad de las Naciones Unidas…, o intentaron hacerlo. —Una comisura de su boca se curvó en una sonrisita llena de ira —. Lo habrían hecho si la corporación secreta no se les hubiera adelantado.

—Nos ocupamos de todos los asuntos pendientes —dijo Zuinglio—. De los nuestros y de los suyos…

—Apuesto a que lo hicieron. —Si no hubiera estado convencida de que aquellos dos hombres eran vestigios de la antigua Corporación Tyrell, esas palabras habrían bastado para convencerla. La cultura existente dentro del edificio de los cuarteles generales de Los Ángeles había sido nutrida y desarrollada por su tío hasta convertirla en una forma amplificada de su propia personalidad. Dentro de aquella pirámide la forma ideal de progresar siempre había sido el asesinato o por lo menos el mostrar que se estaba dispuesto a emplear tales herramientas…, todo ello siempre al servicio de la Corporación Tyrell tal como era manifestada por Eldon Tyrell—. Bien, entonces supongo que Zurich ha dejado de formar parte de la gran gira europea.

Los dos hombres se apresuraron a inclinar la cabeza en un asentimiento simultáneo.

Sarah esperó, pero ninguno de los dos dijo nada más. Wycliffe y Zuinglio permanecieron inmóviles y la contemplaron con una aparente falta de apetito sexual que Sarah encontró ofensiva.

—Caballeros…, un viaje de Marte a la Tierra no dura tanto tiempo. No a bordo de uno de estos yates, por lo menos. —Sarah dio una larga calada al cigarrillo, consumiendo la mitad de su longitud, y después extendió la mano para contemplar el ascua resplandeciente—. Y mi paciencia es todavía más corta. —Volvió a alzar la mirada hacia los dos hombres—. Así pues, ¿por qué no me dicen de una vez qué es lo que quieren?

Wycliffe y Zuinglio parecían repentinamente asustados, como si algún momento que habían estado temiendo desde que nacieron acabara de llegar por fin.

—Es que… —Las pálidas manos de grandes nudillos de Wycliffe se entrelazaron, tirando la una de la otra—. Es que no resulta tan fácil…

—Dios bendito. —Sarah volvió a tener la impresión de que las mutaciones de la apariencia del difunto Eldon Tyrell concebidas por la pareja sólo habían conseguido llegar a producir un mero efecto epidérmico. Su tío por lo menos había poseído el coraje de quienes únicamente piensan en sí mismos—. Pues entonces enséñenme de qué se trata.

Wycliffe pareció sentirse aliviado por su sugerencia. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó de él un mapa plegable tan viejo que las dobleces se habían convertido en líneas de suave piel blanca. Después lo desplegó sobre el *bureau plat*, alisando el papel con las manos.

—¿No pueden utilizar la pantalla? —Sarah señaló la pared del fondo de la sala—. En vez de eso, quiero decir…

—Este mapa… perteneció al doctor Tyrell. —Wycliffe, agazapado sobre el mapa como un insecto, alzó la mirada hacia ella. Una mano flotaba a un centímetro escaso de la superficie del mapa—. Era su ejemplar personal.

—¿Y se lo dio antes de morir?

Wycliffe meneó la cabeza.

—No… Lo guardaba aquí junto con el resto de sus cosas.

—Perfecto. Bueno, da igual. —Sarah apagó el cigarrillo en el cenicero que Zuinglio se había apresurado a traerle—. Por lo que a mí se refiere, pueden adquirir sus reliquias sagradas de la manera en que más les apetezca hacerlo. —Se levantó, fue hasta Wycliffe y se inclinó sobre el mapa—. Bien, ¿puede indicarme dónde he de mirar? Espero que no sea mucho pedir, ¿eh?

Wycliffe dejó caer la punta de un dedo sobre un punto de la esquina superior izquierda.

El mapa mostraba la Europa occidental, como podía verse sin ninguna dificultad a pesar de la parrilla rectangular formada por las señales de las dobleces y los pequeños desgarrones. «Esta cosa tiene un millón de años de antigüedad», pensó Sarah. Quizá su tío lo había usado cuando era un muchacho, cuando el mundo era plano y las únicas cosas que parecían humanas lo eran en realidad. Sarah se inclinó sobre el *bureau plat*.

Las Islas Británicas, pero no Inglaterra sino bastante más al norte. El corazón de Sarah se quedó totalmente inmóvil durante un instante entre un latido y el siguiente, un momento congelado entre la vida y su continuación, cuando vio el lugar exacto en el mapa: al norte de Escocia, bastante más allá del cabo de Wrath, más allá de Thurso en la mismísima punta; en el centro del mar del Norte, donde las corrientes eran tan frías como el palpitar de la sangre que se estaba desplazando lentamente a lo largo de sus venas… Sarah sabía qué lugar le estaba señalando Wycliffe, y en realidad siempre lo había sabido. También sabía por qué los dos hombres no habían querido pronunciar en voz alta las palabras, el nombre.

—¿Lo ve? —Wycliffe habló en un tono bajo y suave, y en su voz sólo había afabilidad y simpatía—. Ahí está. Ése es el sitio al que vamos…

Sarah vio y comprendió. Nunca había estado allí, pero sabía qué la estaría esperando en aquel lugar, en aquella pequeña espiral de islas: tiras de tierra, desprovistas de árboles y repletas de rocas, que protegían otra masa de agua marina del océano más grande y oscuro que la rodeaba. La mayoría de personas ni siquiera sabían que ese lugar existiera, y si alguna vez habían conocido su existencia la habían olvidado hacía ya mucho tiempo. «Ojalá yo pudiera decir lo mismo…», pensó Sarah.

La memoria era una desventaja, un medio de control. Su tío lo sabía y había utilizado ese conocimiento en los replicantes que había creado, en los falsos recuerdos que había implantado dentro de sus cráneos. Aquellos pobres desgraciados habrían sido mucho más felices si hubieran podido olvidar, si nunca hubieran sabido ciertas cosas. «Y entonces mi vida no habría sido tan horrible…» Porque algunos de los recuerdos encerrados en el cráneo de Rachael, la muerta, eran suyos. Algunos eran recuerdos de cosas que Sarah hubiese preferido olvidar, y en cuanto a los demás —los fragmentos y trozos ensangrentados que Eldon Tyrell no había creído necesario tomar e implantar en la mente de su doble, los que había querido convertir en un

secreto, oscuro y enorme, interpuesto entre su persona y la de su sobrina— todavía eran más merecedores de ser olvidados. Suponiendo que eso fuera posible, naturalmente… «Ése es el gran problema con el pasado», pensó Sarah, cerrando los ojos durante un instante. El pasado estaba dividido entre las cosas que nunca podías llegar a saber y todas las cosas que deseabas poder llegar a olvidar.

—¿Tenemos que ir? —Sarah oyó su voz y pensó que parecía la vocecita de una niña, quizá la de aquella niña que nunca había muerto y jamás había olvidado. Abrió los ojos y contempló al hombre que permanecía inmóvil junto a ella—. A ese sitio, quiero decir… ¿Por qué tenemos que ir allí?

—No tenemos otra elección —respondió Wycliffe. Zuinglio asintió a un par de metros de él—. Y usted tampoco la tiene. Son cosas que deben hacerse.

—Pero técnicamente hablando… Soy su jefe, ¿no? —Sarah intentó aferrarse a un último argumento surgido del miedo que se estaba adueñando de ella—. Soy la que manda. Soy la Corporación Tyrell…, y usted mismo lo dijo. Sin mí… no hay nada. —Alzó la voz, impulsada por la desesperación—. Se supone que han de hacer lo que yo diga. Podría ordenarles que no fuéramos allí. Les prohíbo que me lleven a ese sitio.

—Las cosas no funcionan de esa manera, señorita Tyrell. No puede ser.

—¿Por qué no?

Todavía quejumbrosa, todavía esperanzada, aunque ya sabía cuál iba a ser la respuesta.

—Todos tenemos que subordinar nuestros deseos…, y nuestros miedos…, a la gran obra. —El tono del verdadero creyente había vuelto a aparecer en la voz de Wycliffe, suave y fervoroso—. Por el bien de aquello que es más grande que todos nosotros juntos, por el bien de la Corporación Tyrell… Para que la Corporación Tyrell pueda volver a ser tal como fue en el pasado, tal como será por siempre en el futuro…

Sarah pensó que siempre podía decirles la verdad. No le serviría de mucho, pero siempre podía explicarles que había sido ella —la culminación de todos sus planes y maniobras, de sus deseos insubordinados— la que había reducido la Corporación Tyrell a un montón de ruinas y cenizas. O la creerían o no la creerían, pero tanto en un caso como en otro la situación seguiría siendo exactamente la misma. Todo ocurriría de la manera en que tenía que ocurrir, de la manera en que había sido previsto que ocurriera por un muerto. «¿Cómo he podido llegar a pensar que podría matarle?», se preguntó. ¿Cómo, en efecto, cuando Eldon Tyrell seguía vivo dentro de su cabeza y en el pasado que nunca terminaba? «Y también allí, en el sitio al que me están llevando…»

—No se preocupe. —La voz de Wycliffe llegó hasta sus oídos. Sarah no podía verle, y tampoco podía ver el mapa o las imitaciones de tapices que cubrían los mamparos de la nave. Sus ojos se habían llenado de lágrimas, las lágrimas de una niña. Una de ellas cayó sobre el océano de papel para unirse a cuantas hubieran

podido caer sobre él hacía ya mucho tiempo—. Por favor, señorita Tyrell… Le ruego que no se preocupe. —Estaba intentando tranquilizarla, proporcionarle un poco de consuelo, todo el que era posible dadas las circunstancias—. Estaremos allí con usted. Puede contar con nosotros.

—Gracias. —Y Sarah era sincera, y en su voz no había sarcasmo ni astucia burlona—. Eso significa mucho para mí.

Después la dejaron a solas, con el mapa todavía desplegado encima de la reproducción del *bureau plat*. Sarah se limpió los ojos y permaneció inclinada sobre él durante un rato, contemplándolo sin verlo. Después volvió al sillón de orejas y se hizo un ovillo entre su protección, dejando las piernas dobladas debajo del cuerpo. Apoyó la cabeza en el ángulo tapizado que se alzaba por encima de ella. En algún momento indeterminado, mientras el yate seguía avanzando hacia su destino, hacia aquel lugar en el que las aguas se deslizaban sobre el pasado profundamente enterrado, se quedó dormida. Y soñó, y recordó…

Dos cosas aparentemente distintas que, en realidad, eran exactamente la misma.

6

—La paciencia nunca ha sido una de tus grandes virtudes. Deckard. —El maletín estaba rodeado de restos mohosos, sucios vasos vacíos que habían contenido café dentro de los que se iban desintegrando las colillas de seudotabaco—. No entiendo cómo conseguiste llegar a ser policía. Te comportabas como si tuvieras toda la paciencia del mundo, y siempre lo hiciste, pero… ¿Sabes una cosa, Deckard? En realidad nunca has sabido esperar.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Deckard alargó la mano hacia el vaso marrón—. Siempre que vayas al grano de una vez.

El maletín se rio.

—Así es como deberías tomártelo, dado que no va a haber ningún otro. Cumplido, quiero decir… Tienes un aspecto horrible, Deckard. Ni siquiera tengo ojos, y aun así lo sé. Puedo oírlo con toda claridad en tu voz… Los terribles efectos destructivos de una conciencia culpable, ¿eh?

Deckard se encogió de hombros.

—Te maté porque me vi obligado a hacerlo. —Otro sorbo—. Estabas intentando matarme, ¿recuerdas?

—Oh, eso… Olvídalo —dijo la voz de Batty—. Son cosas que ocurren. Además, fue el pobre Holden quien disparó la bala: técnicamente, eso quiere decir que puede anotarse el tanto. Incluso es posible que el departamento le entregara una bonificación por haberme liquidado, aunque si lo hicieron nunca me lo dijo. Holden era uno de esos tipos a los que nunca llegas a conocer de verdad…, ni siquiera cuando te está transportando de un lado a otro colgado de tu asa. Sí, Holden era hielo puro…

—Y ahora todavía está más frío.

—Sí… —El maletín dejó escapar un suspiro—. Pobre bastardo. Y pensar que iba por el mundo con el último modelo de implante cardiopulmonar dentro del pecho, con toda esa maquinaria rechinante que los cirujanos del departamento de policía de Los Ángeles le habían metido en las entrañas… —La voz de Batty guardó silencio durante un momento y después volvió a surgir del maletín, más suave y con un nuevo tono pensativo—. Verás, el caso es que antes de que se cargaran a Holden en el Hollywood Exterior yo ya había empezado a sentir una cierta simpatía hacia él. Era como una especie de parentesco, y no sé si entiendes a qué me refiero… Aquí estoy, atrapado dentro de esta caja: implantado, ¿no? Estoy metido dentro de un artefacto, y Holden llevaba una caja repleta de pequeños artilugios metida dentro del pecho. Esa cajita le mantenía con vida de la misma manera en que esta otra me mantiene con vida…, más o menos. Así pues, ¿cuál era la diferencia esencial?

Deckard ni siquiera se molestó en encogerse de hombros.

—Ninguna —dijo—. O por lo menos yo no veo que haya ninguna diferencia, especialmente teniendo en cuenta que los dos estáis trabajando para el departamento

de policía de Los Ángeles… Aunque en el caso de Holden supongo que debería decir que estaba trabajando para ellos, ¿no?

—Perdona, pero me parece que no te he entendido demasiado bien. —La voz de Batty había adquirido un nuevo volumen—. ¿Qué infiernos has dicho?

—Oh, vamos… —La ira, más que el alcohol, le estaba desatando la lengua a Deckard—. Dejémonos de chorradas de una vez, ¿de acuerdo? No te he traído hasta aquí desde el Hollywood Exterior para que pudieras soltarme una sarta de mentiras. Todo esto es una operación policial, ¿no? ¿Qué otra cosa podría ser si no? Ya he visto esta clase de cajas antes: es el sistema que utiliza el departamento para preservar a cualquier tipo que haya sido liquidado antes de que hubieran acabado de extraerle toda la información. El procedimiento operativo habitual: los cirujanos técnicos del departamento cogen el cuerpo, de la misma manera en que debieron de sacarte de esa vieja autopista medio derrumbada en la que te dejé, llevan a cabo una recuperación nuclear profunda de cualquier clase de actividad celular que pueda seguir habiendo en el cerebro y luego la copian en una unidad de almacenamiento…, como este maletín dentro del que estás sentadito ahora.

—En ese caso ahora yo no estaría trabajando para el departamento, ¿verdad? —La voz de Batty se había vuelto un poco más seca—. Dado que estas cajitas, para emplear el mismo término que has usado tú, son algo dentro de lo que meten a los tipos a los que la policía les ha dado el pasaporte…

—Algunos policías también acaban dentro de ellas —dijo Deckard, sintiéndose cada vez más cansado—. Muerto en el cumplimiento de su deber…, especialmente si le ocurre a investigadores o detectives que no tuvieron ocasión de presentar un informe antes de que se tragaran la bala. Incluso les ha ocurrido a unos cuantos blade runners. Forma parte de los riesgos profesionales del oficio.

—Será mejor que intentes poner un poquito de orden dentro de tu cabeza, Deckard. —La personalidad y la mente implantadas en el maletín se enfurecieron audiblemente—. En primer lugar, ya puedes ir echando al cubo de la basura esa idea de que formo parte de alguna operación del departamento de policía de Los Ángeles. No formo parte de ninguna operación policial, y Dave Holden tampoco estaba trabajando para la policía.

—Oh… —Deckard golpeó suavemente el borde del vaso con las puntas de los dedos—. ¿Y qué ocurrió? ¿Abandonó el departamento?

—Exactamente. Se largó.

Deckard soltó un bufido.

—Resulta difícil de creer.

—¿Por qué? Tú hiciste lo mismo. En una ocasión.

—Eso fue distinto.

—Te consideras excesivamente único, Deckard. —La voz de Batty se estaba burlando de él—. ¿Acaso crees que eres el único ex policía que acabó decidiendo seguir ese camino porque tenía problemas con su conciencia?

Deckard asintió, aunque sabía que el maletín no podía verlo.

—El único que he conocido jamás.

—Eso se debe a que siempre fuiste un tipo increíblemente solitario. Si los blade runners hubierais estado un poco más unidos, en vez de pasaros la vida urdiendo planes el uno contra el otro para trepar por el árbol político del departamento, tal vez habríais tenido una oportunidad.

Deckard no dijo nada. La voz que brotaba del maletín acababa de rozar un nervio, un pequeño surco de su memoria relacionado con todo lo que había ocurrido en Los Ángeles. Deckard se había dicho a sí mismo que no iba a pensar nunca más en aquellas cosas, y que el hacerlo no servía de nada. Todo el delirio de la conspiración anti-blade runners de la que le habían hablado Holden y Batty cuando éste todavía iba de un lado a otro bajo la forma de un ser humano tenía que ser olvidado. Y todo aquello podía haber sido verdad, por supuesto, con conspiraciones envueltas por otras conspiraciones todavía más grandes, legiones de noche interminable…

Le daba igual. Ya no le importaba, porque Deckard había tenido más que suficiente de esa clase de tramas incluso antes de haberse visto atrapado en la conspiración privada de Sarah Tyrell, su incesante mover la reina y los peones para destruir la Corporación Tyrell y todo lo que había creado su odiado tío. Las obras de Eldon Tyrell se habían convertido en cenizas y su recuerdo estaba encerrado dentro de ese espacio oscuro escondido en el interior del cráneo de Sarah, donde ella seguía siendo una niña y su tío era el rey del único mundo que conocía esa niña. Deckard había podido echar un fugaz vistazo a aquel espacio, y no quería volver a verlo. Ya era suficiente con que los planes de venganza de Sarah también le hubieran robado algo a él, porque le habían arrebatado esas últimas horas meticulosamente medidas que habría podido pasar con Rachael, con la Rachael real, o con esa Rachael que era todo lo real que puede llegar a ser cualquier replicante porque, en lo que concernía a Deckard, eso equivalía a un grado de realidad más elevado del que jamás podría alcanzar el original humano. Incluso cuando Sarah había intentado hacerse pasar por Rachael, Deckard había descubierto la verdad antes de que ella cometiera aquel pequeño descuido verbal, mucho antes de que la nave de los emigrantes despegara de la Tierra. Esa Rachael ya estaba muerta y Sarah nunca podría ser Rachael, y eso a pesar de que era idéntica a ella en todos los aspectos salvo en uno…, porque esa minúscula diferencia no formaba parte del ser de Sarah, sino que estaba escondida dentro del mismo Deckard, oculta a tales profundidades que Sarah jamás podría llegar hasta ella.

—Hay unas cuantas cosas a las que tendrías que ir enfrentándote, Deckard.

Las palabras de Batty habían interrumpido el curso de sus pensamientos, y Deckard necesitó un momento para volver a ser consciente de lo que le rodeaba.

—¿A qué cosas te refieres?

—Si todavía hay una conspiración activa contra los blade runners, entonces tu trasero continúa estando en la línea de fuego. No puedes esconderte. Tu tapadera ha

saltado por los aires. Todo el mundo sabe dónde estás. ¿Cómo crees que nos las arreglamos Holden y yo para poder seguirte la pista con tanta facilidad?

—Menuda hazaña. —Deckard se encogió de hombros—. Disponíais de contactos. Probablemente con los tipos de los vídeos…, con ese imbécil de Urbenton. En cuanto tuvieran listo el vídeo, planeaban lanzar toda una campaña publicitaria explicando que me habían contratado como asesor técnico durante el rodaje. Ésa era la razón por la que iban a pagarme todo ese dinero, porque querían poder utilizar mi nombre… De todas maneras no iba a seguir siendo un secreto durante mucho tiempo. Holden debió de tropezarse con alguna filtración de la productora, así de sencillo.

—Hace un par de minutos pensabas que Holden aún tenía que estar trabajando para el departamento de policía de Los Ángeles —dijo secamente el maletín—. ¿Realmente crees que el departamento obtiene su información de los cámaras que no saben mantener la boca cerrada? Oh, vamos… Ya sabes que los policías no trabajan de esa manera. Admítelo, Deckard: todo este asunto huele a horror de primera categoría.

—Quizá.

—Nada de quizá, Deckard. —La voz de Batty se endureció hasta adquirir el filo cortante de un alambre—. Ya lo sabes, ¿no? Holden no estaba trabajando para el departamento de policía de Los Ángeles, por lo menos no cuando se presentó en el Hollywood Exterior. Tu antiguo compañero se encontraba tan lejos del departamento como tú, y por eso me cogiste cuando te largaste de la estación para volver a esta ratonera. Si realmente hubieras creído que yo formaba parte de una operación policial de cualquier clase, habrías lanzado este maletín de excelente calidad y fino acabado al espacio por el eliminador de desperdicios del esquife en cualquier momento del viaje. Ahora estaría hablando conmigo mismo en el frío, frío vacío…, por lo menos hasta que se me acabaran las pilas.

«Tiene razón», pensó Deckard. Aquella mente seguía allí dentro, intacta y con toda su agudeza de mercenario y asesino a sueldo lista para entrar en acción. Batty, metido dentro de una caja o fuera de ella, era capaz de leer en las profundidades del alma de Deckard y ver lo que estaba escrito allí.

—Sentía curiosidad. —Deckard pudo percibir con toda claridad el tono suavemente defensivo que impregnaba sus palabras—. Sólo quería averiguar a qué clase de juego habíais estado jugando, y por eso te llevé conmigo.

—Claro, claro. Y por eso corriste el riesgo de que yo resultara ser un sistema de localización que habría permitido que las autoridades te siguieran la pista allá donde fueses en cuanto hubieras salido de la estación, ¿no? Si tuviera pelo, te invitaría a que me lo fueras tomando a puñados.

—De acuerdo… De acuerdo.

Deckard guardó silencio durante un instante que se hizo muy largo y después alargó la mano hacia el vaso. Lo sostuvo delante de su boca, pero no bebió y se limitó a inhalar los acres vapores que brotaban de él. Después echó la silla hacia atrás, se

levantó, fue con el vaso hasta el fregadero y lo vació en él. El líquido marrón se deslizó por entre los platos llenos de costras y acabó desapareciendo por el desagüe, que lo aceptó de mala gana.

No podía permitirse el lujo de dejarse engullir por la marea del alcohol, o por lo menos no en aquellos instantes. Al volver Deckard había traído algo más consigo, aparte del maletín, y ese algo era el miedo: la inquietud que roía sus sinapsis, el temblor de los rígidos músculos del cuello y el cosquilleo del vello erizándose sobre la piel, la consciencia muda de que una cosa que aún no había revelado sus dientes estaba a punto de caer sobre él… Esa sensación había empezado a subir por su columna vertebral mientras bajaba la mirada hacia el cuerpo de Dave Holden, inmóvil a sus pies.

—Adelante —dijo mientras se recostaba en el asiento. Había traído el maletín hasta allí porque esperaba obtener algunas respuestas—. Aceptaré que no formas parte de una operación policial, así que ahora empieza a hablar. ¿Quién te ha enviado?

—¿Sólo quieres saber quién me ha enviado a mí? —La sonrisa formada por una sola comisura volvió a la voz de Batty—. ¿No quieres saber quién envió a Holden?

—¿Quién os ha enviado? —Deckard se echó hacia atrás en el asiento y estiró las piernas por debajo de la mesa—. Juntitos, ¿eh? Vuestro pequeño equipo de colegas… Porque si no ha sido el departamento de policía de Los Ángeles, no consigo imaginarme a las Naciones Unidas haciendo algo semejante. Sus agencias de seguridad no se habrían molestado en seguirme la pista hasta la estación del Hollywood Exterior, sino que me habrían atrapado aquí. Salvo el monopolio del cable todo cuanto hay en Marte está controlado por las Naciones Unidas, y se llevan muy bien los unos con los otros.

—Piensa, Deckard. ¿Quién más puede estar interesado en los replicantes y en las personas que se dedican a cazarlos y a acabar con ellos?

—Los mismos replicantes. —Deckard se encogió de hombros—. No se me ocurre nadie más.

—El único problema de esa teoría es que los replicantes, y especialmente los replicantes huidos, no disponen de ninguna clase de recursos —dijo el maletín—. Se limitan a esconderse e intentan pasar desapercibidos el mayor tiempo posible, tratando de seguir con vida. ¿Qué clase de operación crees que podrían llegar a organizar? ¿Realmente crees que habrían podido descolgarme del muro de esa autopista, conseguir que transfiriesen el contenido de mi cerebro a esta cosa y enviar a Holden para que me pusiera en tus manos?

—Probablemente no.

—Has dado justo en el blanco. Pero hay otros, ¿verdad? Otros que están… Bueno, digamos que esos otros están muy interesados en los replicantes y en lo que les ocurre, y que su interés no se limita a un mero deseo de querer acabar con ellos. Por el amor de Cristo, Deckard… Tú mismo te tropezaste con ellos en Los Ángeles.

Tiene que haberte ocurrido, ¿verdad?

—De acuerdo. Ya sé de qué tipos me estás hablando. —Deckard movió la mano en un gesto despectivo—. Los simpatizantes, ¿no? Los simpreps… —Meneó la cabeza—. Tienes que estar bromeando, Batty. ¿Esa pandilla de perdedores? Evangelistas de esquina, predicadores de quinta categoría…

—Son algo más que eso —dijo Batty.

—Oh, claro: algunos de ellos son unos terroristas a los que les encanta apretar el gatillo. Disfrutan viendo cómo la policía los llena de agujeros…, ¿y para qué? ¿Por haber podido darse el gusto de derribar uno de esos dirigibles publicitarios de las Naciones Unidas que no te dejan dormir por las noches? —Deckard había podido ver aquella clase de espectáculo con sus propios ojos mientras huía por el laberinto de calles de Los Ángeles. Ésa había sido su primera exposición al fenómeno de los simpreps, y había oído algunas cosas más sobre ellos desde entonces—. El que esos chalados hayan conseguido echar mano a unos cuantos obuses de mortero de los excedentes militares y se hayan cargado una pantalla flotante no me impresiona demasiado.

—Deja de ser un policía estúpido. —La voz se había vuelto todavía más áspera—. Intenta sintonizar el programa de una maldita vez, Deckard: los simpreps que viste en la calle, los que gritaban, los terroristas, los fanáticos religiosos que vagan por el mundo inclinado… Esos tipos sólo son los elementos marginales. El mero hecho de que vieras a esas personas ya debería decirte algo. Tendría que haberte indicado que hay otros a los que no ves, otros cuyos cerebros todavía son capaces de funcionar…, y que tienen sus propios objetivos y que utilizan formas totalmente distintas de alcanzarlos. También te tropezaste con uno de ellos. ¿Te acuerdas de Isidore, ese tipo del hospital veterinario Van Nuys?

—Sí, me acuerdo de él. Pero Isidore era un solitario, el típico caso de operación unipersonal…

—Eso es lo que tú crees. Usa la cabeza, Deckard, por el amor de Dios… —Una sombra de disgusto se infiltró en la voz de Batty—. Isidore estaba operando justo en el centro de Los Ángeles y disfrazaba a replicantes huidos para que pudieran pasar por humanos…, y los disfrazaba tan bien que tu fastuosa unidad de blade runners no tenía ni una sola posibilidad de descubrirlos, y además había conseguido que nadie sospechara de él. Si tu querida novia Sarah Tyrell no hubiera enviado a su asesino favorito para que se ocupara de él, Isidore todavía seguiría actuando.

El inconfundible sarcasmo con el que estaba envuelta la palabra «novia» enfureció a Deckard, pero consiguió controlarse lo suficiente para no morder el anzuelo.

—Eso no demuestra que Isidore no estuviera trabajando en solitario, y tampoco demuestra que contara con alguna clase de conexiones de alto nivel que le protegían el trasero. —Se encogió de hombros—. Quizá sencillamente tuvo mucha suerte…, o por lo menos la tuvo hasta el final.

El maletín guardó silencio durante unos momentos y después emitió un suave y burlón fragmento de carcajada.

—Vamos, Deckard… La suerte no existe. Si algo ocurre, es por alguna razón. Si Isidore estaba consiguiendo disfrazar a sus replicantes huidos para que pudieran pasar por humanos, y si lo estaba haciendo justo delante de las narices del departamento de policía de Los Ángeles, puedes apostar a que lo hacía gracias a que contaba con algunas amistades muy poderosas. Te estoy hablando de personas tan preocupadas por lo que les pueda ocurrir a los replicantes huidos como lo estaba Isidore. —La hebra de la sonrisa de Batty volvió a infiltrarse en su voz—. Quizá te estoy hablando… de personas que… forman parte del mismísimo departamento de policía…

—Tendrían que formar parte de él, desde luego. —Deckard deseó no haber echado el licor por el fregadero, porque estaba empezando a pensar que no le habría sentado nada mal. Lo habría empleado de la misma manera en que lo hacía Bryant, su antiguo jefe, cuando usaba los vasos llenos de *whisky*, tanto para él como para quien hubiera hecho acudir a su mísero despacho que olía a polvo. El licor volvía un poquito borrosos los bordes de la realidad, justo lo suficiente para permitir que nuevas y aterradoras posibilidades se fuesen infiltrando en las cortezas cerebrales de Bryant y sus invitados—. Los simpreps, ¿eh?

—Por fin lo has entendido. —La voz emergió del maletín con una nota de triunfo en ella—. Los simpatizantes son algo más que unos cuantos chiflados aislados que se dedican a quemar las pocas células cerebrales que les quedan. Se han infiltrado en todos los niveles del gobierno…, y en la mismísima fuerza policial. Puede que la suya no sea la única conspiración en marcha, pero los simpreps están ahí y están arrimando el hombro.

—Hay algo que no encaja. —Deckard puso una mano sobre la mesa—. Estoy pensando en los replicantes que consiguen huir y llegar a la Tierra, y en Isidore y toda su operación del hospital veterinario Van Nuys. Si Isidore realmente era tan eficiente a la hora de disfrazar replicantes para que pudieran pasar por humanos que ni siquiera las máquinas Voigt-Kampff podían detectarlos, entonces… ¿Por qué los simpreps tienen que ser los únicos que están actuando para proteger los intereses de los replicantes? ¿Qué razón puede haber para que los mismos replicantes no estén presentes en todas esas conspiraciones de alto nivel? Si pueden pasar por humanos, deberían ser capaces de infiltrarse en el departamento de policía tan bien como cualquier otro conspirador.

—Los replicantes están metidos en las conspiraciones —dijo Batty, hablando en un tono tan firme y lleno de calma como si estuviera enunciando una verdad indiscutible—. Los simpreps, o por lo menos los más importantes, y los replicantes se comunican constantemente entre sí…, pero no en la Tierra. En las colonias exteriores, allí entre las estrellas, están ocurriendo cosas de las que prácticamente nadie está al corriente en la Tierra…, porque las Naciones Unidas y la policía no quieren que se

sepan.

—¿Como cuáles?

La mano de Deckard, los dedos extendidos, permanecía inmóvil sobre la mesa.

—Rebelión. Esclavos contra amos. ¿Qué si no? La historia siempre se repite a sí misma… Tenía que ocurrir, dada la forma en que los humanos han estado tratando a los replicantes ahí fuera.

—¿Hasta qué punto es grave? Me refiero a la rebelión…, si es que realmente hay una rebelión en marcha.

—Eso depende de si eres un replicante o de si eres un colonizador humano. —La sonrisa que impregnaba la voz de Batty se volvió todavía más desagradable—. Limitémonos a decir que los humanos tal vez cuenten con las armas, pero que los replicantes… Bueno, ellos tienen a la superioridad numérica de su parte.

Esa última observación no dejó nada impresionado a Deckard.

—La superioridad numérica no significa nada salvo en el sentido de que afecta al número de balas que has de emplear.

—Vamos, vamos… —le riñó suavemente el maletín—. ¿Qué razones puedes tener para mostrarte tan escéptico? ¿Estás ciego o qué? Mira a tu alrededor: ya sabes cuál es la situación actual aquí, ¿no? Tú y el resto de los que aspiraban a convertirse en emigrantes habéis acabado más atrapados que hormigas dentro de un tarro de mermelada. ¿Por qué crees que a nadie se le ha permitido seguir el viaje y marcharse realmente lejos durante la última media docena de años? Las Naciones Unidas siguen amontonando gente en estos cubículos, permitiendo que sucumban a la locura causada por la falta de estímulos y que se devoren los unos a los otros por puro y jodido aburrimiento. El obstáculo existe. Deckard: el cuello de botella se encuentra precisamente aquí porque las Naciones Unidas no pueden permitir que los emigrantes vayan a las colonias exteriores. Los replicantes controlan el territorio. De no ser así, las Naciones Unidas seguirían adelante con sus planes y se limitarían a enviarte a ti y al resto de los que quieren emigrar a esas colonias, y luego permitirían que cargarais con las consecuencias…, que se reducirían a la muerte. ¿Y qué puede importarle a las Naciones Unidas que muráis? —La voz del maletín indicó otro invisible encogimiento de hombros—. Todo el objetivo del plan de emigración se reduce a sacar personas de la Tierra: si durante el proceso acaban convirtiéndose en cadáveres, pues entonces mala suerte.

Y por lo que podía ver Deckard, también habría otra ventaja. «No hablaríamos —pensó—. Si estábamos muertos, nunca más podríamos volver a hablar…» De esa manera los replicantes, la rebelión, seguirían haciéndole el trabajo sucio a las Naciones Unidas. Los emigrantes muertos no revelarían a la Tierra, a sus familias o a desconocidos, todo lo que había salido mal en los grandes planes para crear el futuro de la humanidad entre las estrellas. Que el suelo alienígena quedara sembrado de cadáveres siempre era preferible a que los emigrantes resentidos volvieran para informar a todo el mundo de que los esclavos que les prometieron habían obtenido

una revancha mortífera.

—Intenta entenderlo. —La voz del maletín reanudó su conferencia, con Deckard como público—. Si las Naciones Unidas consiguieran recuperar el control de las colonias exteriores, entonces podrían seguir enviando emigrantes al destino que más les apeteciera en vez de permitir que se amontonaran aquí. Pero para poder hacer eso, para recuperar ese control, las Naciones Unidas necesitarían resolver los problemas militares que están teniendo en las colonias…, y no pueden hacerlo. La han cagado: las Naciones Unidas han llegado a depender excesivamente de los soldados replicantes para que reforzaran sus efectivos, y estoy pensando en los modelos para los que me usaron como moldeante…, los modelos Nexus-6 Roy Batty, como el que te ordenaron localizar en Los Ángeles. Sólo que al final fue el replicante quien estuvo a punto de dejarte sin trasero, ¿verdad, Deckard? —El maletín dejó escapar otra seca risa-ladrido totalmente desprovista de humor—. Eso es lo malo de que la Corporación Tyrell lanzara al mercado un producto tan maravilloso. Aunque los replicantes Batty no sean tan duros y listos como el original humano —como yo, por lo menos cuando todavía iba de un lado a otro dentro de un cuerpo—, siguen siendo unos enemigos bastante difíciles de vencer. Si las Naciones Unidas creían que podrían organizar una fuerza militar espacial con semejantes efectivos y que no tendrían que acabar pagando un precio muy alto por ello, es que debían de estar soñando.

Deckard asintió lentamente. Podía entender esa clase de razonamiento. «Estaban soñando…», se dijo. La vida se había convertido básicamente en soñar, tanto para él como —al parecer— para todos los demás. Acababas perdiéndote en tus sueños, con el resultado de que la diferencia entre aquel mundo y cualquier otro iba resultando cada vez más difícil de percibir. «Y a Sarah le ha ocurrido exactamente lo mismo», pensó. En el caso de Sarah, eso quizá fuera todavía más cierto que para cualquier otra persona. Deckard ya lo había presentido hacía mucho tiempo, en aquella pequeña cabaña a punto de derrumbarse perdida en el centro del bosque, el escondite al que habían huido él y Rachael, cuando había visto cómo Sarah bajaba la mirada hacia su doble replicante y contemplaba a Rachael durmiendo dentro del ataúd negro del módulo de transporte que prolongaba su rápidamente decreciente lapso de vida. Entonces había detectado la envidia que irradiaba de Sarah mientras ponía la mano sobre el frío cristal, a pocos centímetros de la imagen especular de su propio rostro. Envidia del dormir, de los sueños, de la agonía, envidia de los muertos y los que habían sido amados… La envidia era tan inmensa que Sarah había acabado hundiéndose en su propio soñar, perdiéndose dentro de un mundo en el que por fin podía convertirse en Rachael. Lo real, el original, había intentado transformarse en lo irreal, el doble, la sombra…, en lo que era más real que lo real.

Y si alguien tan inteligente y tan obsesionado por la supervivencia como Sarah Tyrell podía llegar a caer en la trampa de los sueños, entonces ¿por qué no el resto del mundo? Eso incluía a los astutos burócratas sin rostro de las Naciones Unidas, ya que Deckard no veía ninguna razón por la cual debieran ser inmunes. «Qué idea tan

estúpida…», pensó, meneando la cabeza. Crearon otra raza, más inteligente y más fuerte y posiblemente incluso más feroz que la de los seres humanos, y creyeron que luego los replicantes se limitarían a ser los esclavos ideales, y que se conformarían con tirarse de los tirabuzones y cantar a coro «Mi buen amigo» en cualquier sucedáneo de los campos de algodón que pudiera cocerse bajo soles alienígenas. Por muchos blade runners armados de los que pudiesen llegar a disponer, sus pistolas jamás tendrían balas suficientes para evitar que la Tierra tuviera que acabar pagando el precio habitual cuando cometías aquella clase de errores.

—¿Sabes una cosa? —El asentimiento de Deckard se fue volviendo todavía más lento y pronunciado—. Casi podría llegar a creerme todo esto…

—¿Qué razón podría tener un maletín para mentirte? —El encogimiento de hombros inaudible volvió a aparecer en la voz de Batty—. Mi nuevo estado me ha permitido trascender todos los deseos mortales.

—Pues entonces cuéntame unas cuantas cosas más. —Deckard apoyó los nudos de su columna vertebral en el respaldo de la silla. Todos los músculos de su cuerpo se habían tensado. Podía sentir cómo la trampa se iba cerrando sobre él, y las afiladas puntas de sus dientes por fin estaban empezando a hacerse visibles—. Suéltame el resto del discurso. Los simpreps, y me estoy refiriendo a los auténticos simpreps, no a los casos psicopáticos, descolgaron tu cuerpo de las ruinas de la autopista, cascaron tu cráneo como si fuera un huevo y copiaron el contenido de tu cerebro dentro de esta cosa. Eso es más o menos lo que ocurrió, ¿verdad? Es la historia que me has estado contando, ¿no?

—Sabes que es la verdad. Es la primera vez que alguien ha conseguido tenerme tan…, tan cogido por el asa.

—Se trata de una gran pregunta. —Deckard estudió al maletín como si poseyera un rostro cuyos secretos pudiera llegar a descifrar—. ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Si los simpreps quieren verte metido dentro de una caja, eso es asunto suyo. Pero ¿por qué hacer que Dave Holden te trajera hasta mí? ¿Para qué te necesito?

—No me necesitas —replicó fríamente la voz de Batty—. Ya has demostrado lo… eficiente que puedes llegar a ser a la hora de destrozarte la vida. Es exactamente al revés, Deckard: los simpreps te necesitan.

—¿Para hacer qué? —La voz de Deckard también se volvió tensa y áspera—. ¿En qué consiste el trabajo?

—Es muy sencillo —dijo Batty—. Te necesitan para que entregues algo a los replicantes. A los insurgentes, ¿entiendes?

—Ah, ¿sí? ¿Y qué he de entregar?

Dos palabras.

—A mí.

Deckard ya se había estado temiendo que se trataría de algo por el estilo.

—¿Y qué razón puede tener nadie para querer que les seas entregado? —preguntó

en un tono lleno de cansancio—. A menos que sean propietarios de una tienda de objetos de regalo y se les estén acabando las existencias de maletines, claro.

—Eres un hijo de perra de lo más sarcástico, Deckard. Lo eres, créeme… —La voz que surgía del maletín se volvió oscuramente vehemente—. Si pudiera ir andando hasta el sitio al que he de llegar, lo haría. De hecho, haría cualquier cosa antes que tener que aguantar tu encantadora personalidad.

—Nada dice que tengas que hacerlo. —Deckard se encogió de hombros—. Puede que los emigrantes no estén yendo a las colonias exteriores, pero los envíos de carga siguen saliendo de aquí. Te diré lo que vamos a hacer: yo corro con los gastos de envío, ¿de acuerdo? Te cubriré de sellos y enseguida habrás salido de aquí antes de que te des cuenta de lo que ocurre.

—Por desgracia… —y el maletín emitió un resoplido de disgusto—, tendrás que venir conmigo. Eres… Bueno, digamos que eres necesario para el éxito de la operación.

—¿Por qué? ¿Qué hay dentro de ti?

—No se trata de lo que haya dentro de mí, Deckard, sino de lo que soy. Los simpreps de la Tierra programaron algo más que el contenido de mi cráneo dentro de esta caja. Disponían de otras informaciones que querían introducir aquí, ¿comprendes? Para ser precisos, te estoy hablando de la lista de Isidore.

Deckard inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—¿Qué lista es ésa?

—Oh, vamos… —El maletín parecía estar empezando a impacientarse—. No mantuviste un contacto ni muy largo ni muy íntimo con Isidore en el hospital veterinario Van Nuys antes de que Sarah Tyrell hiciera que lo matasen, ¿verdad? Bien, pues Isidore tendía a ser más bien meticuloso y le gustaba anotar las cosas…, y llevaba registros.

—¿Registros de qué? ¿De a cuántos gatos mecánicos les había cambiado las pilas?

—Intenta vivir en el mundo real una temporada aunque sólo sea para variar, Deckard. Fuiste policía, así que deberías ser capaz de adivinar de qué clase de listas te estoy hablando. Los replicantes huidos, todos los que consiguieron llegar a la Tierra y que luego pasaron por el proceso de disfraz en el hospital veterinario Van Nuys, figuran en esos registros. Isidore tenía una lista en la que incluyó a todos los replicantes sobre los que había trabajado…, esos replicantes a los que podía hacer pasar por seres humanos. Y también incluyó en ella sus nuevas identidades, los alias que inventó para ellos: la lista contiene absolutamente toda la información necesaria. Quiénes eran, en quiénes se convirtieron, dónde están… Isidore lo anotaba todo.

—Esa lista resultaría muy útil. —Deckard percibió claramente la amargura que había en su voz—. Si fueras la policía te encantaría tenerla, ¿no? Como una lista de la compra… Podrías salir a la calle e írtelos cargando uno por uno, y así podrías evitarte todo el tedioso esfuerzo de irles siguiendo la pista hasta localizarlos. Qué

conveniente…

—Desde luego, desde luego… Pero ¿qué razón puede tener la policía para estar interesada en esa lista? —La voz de Batty volvió a adoptar su modalidad fríamente lógica—. Deberías tratar de recordar lo que ya te he explicado. Los disfraces que Isidore proporcionó a los replicantes huidos eran completos…, incluso para los mismos replicantes. ¿Has entendido eso, Deckard? Los replicantes huidos que se encuentran en la Tierra ni siquiera saben que son unos replicantes. Piensan que son humanos…, y a todos los efectos prácticos bien podrían serlo, dado que ninguna de las pruebas de empatía y máquinas Voigt-Kampff de la policía pueden demostrar que no lo sean. Los disfraces de los replicantes huidos son completos, perfectos y absolutos…, exactamente tal como lo había planeado Isidore. Pienses lo que pienses de él, no cabe duda de que era un tipo muy listo. Tal como lo organizó todo Isidore, los replicantes que se esconden en la Tierra ni siquiera tienen la posibilidad de delatarse a quien pueda estar tratando de acabar con ellos. Y tú sabes, de la misma manera en que todos los policías lo saben, que ése es el motivo número uno por el que pillan a la gente: las personas se delatan a sí mismas, Deckard. Saben quién son…, qué son…, y no son capaces de guardárselo dentro. Quieren que los atrapen. Hacen todas las pequeñas cosas necesarias, los errores, el salir de sus escondites…, todo lo que hace inevitable que alguien como tú acabe dando con ellos y que ponga fin a la persecución de la única manera en que ésta puede acabar, que es con la muerte. —La voz se suavizó—. Incluso esa última remesa a la que perseguiste, Deckard, allá en Los Ángeles, la formada por el replicante basado en mí, el replicante Kowalski, Zhora y Pris… Esos replicantes sabían quiénes y qué eran, y eso no les ayudó en nada. La verdad no te libera, Deckard, sino que te condena. Esa remesa la cagó, y la cagó porque no fueron al hospital veterinario Van Nuys para que Isidore los disfrazara. Tenían alguna otra clase de objetivos aparte del de sobrevivir, y ésa es la única razón por la que pudiste dar con ellos. No los encontraste porque fueras capaz de ver que eran replicantes…, sino porque ellos todavía sabían que eran replicantes.

«Corren hacia la muerte…» La horrible verdad era ésa y la muerte, bajo la forma de Rick Deckard o Dave Holden o cualquier otro asesino oficial armado con una pistola negra corría hacia ellos con la misma rapidez, o quizá se limitaba a esperar a que aparecieran para dejarse matar. Y de todas formas, ¿qué podía importarle eso a unas criaturas que sólo iban a vivir cuatro años? Mañana o al día siguiente, o al día o al año siguiente a esa fecha, acabarían siendo eliminados de manera igualmente inevitable por los defectos que Eldon Tyrell había incluido en ellos cuando los diseñó.

«Quizá… —y no era la primera vez que ese pensamiento se infiltraba en la mente de Deckard—. Quizá fue un alivio». Para ellos, ya que no para él.

—De acuerdo —dijo, arrancándose a sus lúgubres meditaciones—. Pero no has respondido a tu propia pregunta. Si Isidore conservaba una lista de todos los replicantes huidos a los que disfrazaba, y si esa lista siguió existiendo después de que

lo liquidaran… ¿Qué razón podría tener la policía para no querer hacerse con ella?

—¿Y de qué le serviría? Vamos. Deckard, utiliza el cerebro. —La voz del maletín estaba haciendo un obvio esfuerzo para no perder la paciencia—. La policía consigue hacerse con una lista de nombres…, ¿y qué? Los hombres y mujeres que figuran en esa lista son seres humanos, o a todos los efectos prácticos bien podrían serlo. Las máquinas Voigt-Kampff y las pruebas de empatía no pueden demostrar que no sean humanos, y ni siquiera ellos mismos saben que son replicantes huidos. Así pues, ¿qué peligro hay en permitir que sigan con vida? De todas maneras no tardarán en caer muertos gracias a ese lapso de cuatro años de vida máxima que la Tyrell incorporó en su diseño. No suponen una amenaza para nadie, ¿verdad? ¿Por qué no dejar que esos pobres bastardos sigan viviendo o, por lo menos, que sigan viviendo todo el tiempo que van a poder vivir? Iniciar una cacería de los replicantes disfrazados sólo serviría para que la policía y las Naciones Unidas se metieran en un buen lío. Cargarse a unos tipos a los que todo el mundo considera como perfecta e impecablemente humanos no es una buena operación de relaciones públicas, Deckard… Si empiezas a hacer ese tipo de cosas, no tardarás en conseguir que los humanos reales —cualquiera que sea el significado de la palabra «reales» dentro de este contexto— empiecen a preocuparse pensando que quizá vayan a ser los próximos en morir, y entonces sería la policía la que empezaría a tener problemas realmente serios.

—Y entonces ¿quién quiere hacerse con esa lista? —Deckard se echó hacia atrás y contempló al maletín—. Puedo asegurarte que yo no la quería para nada… ¿Por qué iban a enviármela?

—Los que quieren hacerse con esa lista son los replicantes, naturalmente. No me refiero a los de la Tierra, los disfrazados…, sino a los replicantes de ahí fuera. Los de las estrellas, la insurrección… El trabajo que Isidore llevó a cabo en el hospital veterinario Van Nuys ha resultado muy beneficioso para ellos. Gracias a Isidore, ahora la insurrección cuenta con una «quinta columna» en la Tierra formada por replicantes como ellos, perfectamente disfrazados, que se han infiltrado en todos los niveles de la sociedad. El único problema es que los replicantes disfrazados ignoran su verdadera naturaleza. Y ahí es donde entra en juego la lista, la lista que Isidore había redactado, la lista que está dentro de mí… —Una leve sombra de satisfacción tiñó la voz de Batty, como si le complaciera poder exhibir su capacidad para la lógica —. La insurrección de los replicantes ya cuenta con una división destacada detrás de las líneas enemigas. Está aquí mismo, en la Tierra, y lo único que han de hacer es dar con ella. Bastará con encontrarles y decirles qué son en realidad. Entonces les explicarán que no son humanos como creían, sino replicantes…, y que están del lado de la insurrección.

—Quizá. —Deckard se encogió de hombros—. O quizá no… Puede que a algunos de esos replicantes disfrazados les guste creer que son humanos. Tal vez no reaccionen demasiado bien en cuanto les digan que no lo son. Eso suponiendo que se crean esa pequeña revelación, por supuesto…

—Las diferencias existentes entre unos y otros harán que reaccionen de distintas maneras. —La voz de Batty siguió hablando en un tono imperturbable—. Puede que algunos lleguen al extremo de suicidarse para no tener que enfrentarse con la verdad. Porque sabrán que es la verdad, Deckard… Los registros que llevaba Isidore incluyen no sólo las nuevas identidades de los replicantes huidos sino también las antiguas, ya que Isidore anotó quién y qué eran en las colonias antes de que escaparan y consiguieran llegar a la Tierra. Y hay algo todavía mejor que eso, o por lo menos más poderoso: los datos sobre cada replicante disfrazado incluyen el gatillo anamnético para ese individuo, una frase en código que Isidore introdujo en sus nuevas memorias artificiales y que les hará ser plenamente conscientes de su naturaleza. En cuanto ese gatillo sea activado, cuando un replicante disfrazado oiga la gran palabra… Bueno, entonces ya no hay forma de negar la verdad, y el pobre desgraciado o desgraciada sabrá qué es en realidad. Todos lo sabrán, y sabrán de qué lado deberían estar…, si del de los humanos o del de los replicantes. —El maletín dejó escapar una corta y áspera carcajada—. Será algo así como lo que solían decir los últimos fanáticos del maoísmo antes de que se extinguieran, una de las citas de su librito rojo… ¿Te acuerdas de su librito rojo, Deckard? «Renuncia a la ilusión y prepárate para la lucha», decían. Los pobres desgraciados de la lista de Isidore ni siquiera tendrán ilusiones a las que renunciar.

Deckard se acordaba de aquella consigna. La había oído hacía ya mucho tiempo, cuando pasaba horas y más horas en las madrigueras de estudiantes ocultas debajo de Los Ángeles. «O algo por el estilo…», pensó. La versión alternativa, su preferida, decía que debías renunciar a la lucha y prepararte para la ilusión. Era un residuo de la misma época histórica a la que pertenecían los maoístas, de la otra guerra, la que se había desarrollado dentro de los cerebros y los sistemas nerviosos de las personas y que había dado como resultado la opiocracia privada, la dictadura química a la que había jurado lealtad la mitad de la población. Deckard había pasado por los tres meses de desintoxicación obligatorios cuando salió, enflaquecido y muerto de hambre, de las profundidades del subsuelo y se enroló en el departamento de policía de Los Ángeles, permitiendo que el peso de las reglas del departamento cayera sobre él y asumiendo la nueva verdad de que los únicos intoxicantes aceptados venían en botellas y sabían a fuego insensibilizador que bajaba por tu garganta.

Pero las palabras seguían encerrando una cierta verdad. Los viejos chistes acababan produciendo malas realidades. La lucha era el típico juego del esfuerzo y la nobleza, una empresa no lucrativa para tipos que todavía creían en… ¿En qué? «Da igual», pensó Deckard. El resultado seguía siendo el mismo. Esos tipos podrían considerarse muy afortunados si todavía les quedaba alguna ilusión en la que buscar refugio…, porque a él ya no le quedaba ninguna.

—Con que ése es el trato, ¿eh? —Deckard golpeó la mesa con la punta de un dedo, un sonido suave y muerto—. Los replicantes de las colonias, la insurrección, quieren esa lista que había redactado Isidore y todos esos datos sobre los replicantes

disfrazados que hay en la Tierra. Así podrán establecer contacto con ellos, activar sus gatillos mediante las palabras mágicas, decirles que en realidad no son humanos sino replicantes y conseguir que empiecen a luchar contra las Naciones Unidas. *Viva la revolución*. Es eso, ¿no? Y supongo que la insurrección ya dispondrá de alguna forma de establecer contacto con esos replicantes disfrazados en cuanto sepan quiénes son, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Batty—. Los simpreps, los que me metieron dentro de esta caja y me cargaron con los datos de Isidore, se mantienen en contacto con la insurrección. En cuanto los replicantes de las colonias dispongan de la información, cosa que ocurrirá cuando me hayas entregado a ellos, podrán transmitirla a los simpreps. Entonces éstos podrán ir en busca de los replicantes disfrazados, revelarles sus verdaderas identidades y auténticas naturalezas y hacer que empiecen a colaborar con los planes de la insurrección. Muchos de esos replicantes disfrazados son modelos Nexus-6, como el replicante Roy Batty que crearon a partir de mí. Pueden causar muchos problemas… Demonios, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—Sigue sin tener sentido. —Luchando con la fatiga que había traído consigo a aquel mundo, Deckard meneó la cabeza—. Esa lista de Isidore, esa información sobre los replicantes disfrazados… Bueno, sólo es de utilidad en la Tierra. Si está dentro de ti, ¿por qué molestarse en buscarme para que te lleve a las colonias perdidas entre las estrellas? Eso aun suponiendo que pudiera encontrar una manera de salir de aquí… Porque en estos momentos los viajes de larga distancia desde Marte se han interrumpido por completo, ¿recuerdas? Las únicas naves que despegan de Marte son pequeños esquifes como el que usé para ir a la estación del Hollywood Exterior. Así pues, y si tú eres la información que tanto necesitan, ¿por qué no puedo limitarme a dejarte en manos de los simpreps?

—En primer lugar —replicó el maletín con amargura—, porque en la Tierra eres hombre muerto. Si apareces por allí, conmigo colgando de tus dedos o sin mí, te encontrarán y te matarán antes de que puedas entregarme a nadie, y ya no hablemos de entregarme a los simpreps. Y en segundo lugar…

—Espera un momento. —Deckard levantó la mano—. Los simpreps ya disponían de los datos que han introducido dentro de ti, y luego hicieron que Holden te llevara hasta la estación del Hollywood Exterior para que yo pudiera seguir encargándome del trabajo de transporte hasta que acabaras en manos de la insurrección en las colonias. ¿Y todo eso para que luego los datos pudieran ser transmitidos de alguna manera a los simpreps de la Tierra, que ya disponían de ellos en primer lugar? —Meneó la cabeza—. Esos tipos deben de estar todavía más confusos que yo.

—Intenta entenderlo de una maldita vez, Deckard. —La voz del maletín se volvió todavía más áspera y seca—. Los datos, la información que Isidore guardaba sobre los replicantes disfrazados, está codificada. Datos cifrados, Deckard…, y estoy hablando de datos cifrados a prueba de todo. Están envueltos en tales algoritmos que los departamentos de criptología de las Naciones Unidas ni siquiera han llegado a

soñar con ellos. No hay suficiente poder de computación en todo el universo para poder acceder a los datos que han cargado dentro de mí. Eso también fue obra de Isidore, quien no cabe duda era un bastardo muy listo desde la cabeza hasta las puntas de los pies… Como consecuencia de todo ello, la lista, la información, no puede ser utilizada por los simpreps mientras siga en su forma actual: antes de que pueda ser leída y empleada, alguien tendrá que ocuparse de esa cerradura.

—¿Y quién tiene la llave?

—Permíteme una pequeña corrección, Deckard. No se trata de quién tiene la llave…, sino de quién es la llave.

—Así que estamos hablando de una persona, ¿eh? —Deckard ya adivinaba cuál iba a ser la respuesta, pero aun así tuvo que hablar—. Y esa persona es…

—Tú —dijo el maletín—. ¿Quién si no? Siempre has sido tú.

Deckard guardó silencio durante unos momentos y después echó la silla hacia atrás, se levantó y salió de la minúscula cocina. Atravesó el cubículo y fue hacia la puerta. La abrió y echó un vistazo al angosto pasillo lleno de restos y desperdicios que se extendía más allá de ella. La zona pública había quedado temporalmente despoblada, como si un viento abrasador hubiera soplado a través de las dunas de papeles amarillentos y basura teñida de negro. Los que habían sucumbido a la privación de estímulos y los que todavía podían funcionar racionalmente, los estupidizados por el hambre y los frágiles contenedores de una cordura cada vez más reducida, también habían desaparecido, dejándole rodeado por una ilusión de aislamiento físico comparable a la que sentía debajo de su esternón. Fuera de las paredes llenas de filtraciones y en vías de descomposición de la colonia de tránsito, el mismo viento separaba los granos de arena rojiza de sus compañeros, impulsándolos como átomos resecos al interior de los pozos de mina del hierro viejo y los ojos, rasgados por las navajas y vacíos de lágrimas, de las criaturas que en un lejano pasado quizá habrían sido niños humanos.

Ya no habría tiempo para volver a pensar en esa clase de cosas y, de hecho, ni siquiera lo habría para verlas. La trampa había mostrado sus dientes y se había cerrado sobre su pierna, y Deckard casi pudo imaginarse el hililllo de sangre deslizándose por su tobillo.

—¿Por qué yo? —Había vuelto a la mesa e hizo girar el maletín hasta que el asa quedó dirigida hacia él—. ¿Por qué he de ser la llave?

—Porque yo soy la cerradura. Es así de sencillo. —La voz de Batty se había suavizado si no hasta la compasión, por lo menos sí hasta la aceptación de su destino común—. Piensa en ello, Deckard. Recuerda… Cuando morí, tú fuiste lo último que vi. Mis manos estaban alrededor de tu garganta y mis ojos estaban clavados en tu rostro, con tus ojos a punto de salirse de las órbitas y tus dientes rechinando, y eras tú quien iba a morir…, y entonces me dieron el pasaporte definitivo. Gracioso, ¿eh? —La corta risa carente de humor volvió a brotar del maletín—. Justo cuando menos te lo esperas… Ése es el momento en el que todo termina de repente.

—El momento en el que despiertas —dijo Deckard.

Asintió con una lenta inclinación de la cabeza, recordando lo que le habían dicho hacía ya mucho tiempo en un callejón de Los Ángeles empapado por la lluvia y repleto de basura, las palabras que habían surgido de los labios del replicante Kowalski al que había estado persiguiendo, el que había conseguido cazarle a él en vez de dejarse cazar: «¡Espabila! Es hora de morir».

—Ya sabes a qué me refiero. —El maletín habló en voz baja y suave—. No hay nada como aproximarse un poquito al estado de la propia cadavericidad para verlo todo bajo una nueva perspectiva, ¿eh? Bueno, así están las cosas… Como los viejos mitos de que lo último que haya visto un agonizante antes de morir quedará grabado en sus ojos. Tu rostro se grabó a un nivel mucho más profundo que ése, Deckard…, porque quedó grabado en la parte más recóndita de mi cerebro. Cuando los simpreps descolgaron mi cadáver de esa autopista en ruinas y cargaron el contenido de mi cerebro en este trasto, ahí estabas tú, exactamente en el nivel máximo. Estamos hablando de una conexión francamente poderosa, ¿no? ¿Dónde podrías encontrar una llave mejor que ésa? Especialmente si tenemos en cuenta que eres una llave que sirve para algo más que para abrir esta cerradura y descifrar la lista de Isidore, naturalmente… Caminas y hablas y tienes una hermosa cabecita que siempre está urdiendo planes, ¿verdad? Aunque sólo Dios sabe para qué, por supuesto… Pero aun así todavía conservas una gran parte de tus antiguas habilidades de policía, porque todavía no estás tan jodido como para haberlas perdido del todo. Si hay alguien que pueda llevarme hasta las estrellas, hasta la insurrección… ése eres tú, Deckard. Eres el único camino de que disponemos.

—Me resultaría mucho más fácil descifrar los datos de Isidore ahora mismo y encontrar alguna forma de transmitírselos a los simpreps de la Tierra. O a la insurrección, si eso es lo que quieren los replicantes… Así nos ahorraríamos el tener que transportarte por medio universo.

—*Nyet* a eso, amigo. Yo puedo ser la cerradura y tú puedes ser la llave, pero no soy exactamente un participante pasivo en este juego. Todavía conservo cierta capacidad de elección. Puedo elegir el momento en el que la llave podrá girar dentro de la cerradura para descifrar los datos de Isidore. Y te aseguro que ya lo he elegido, Deckard: eso no va a ocurrir hasta que me hayas llevado lo suficientemente lejos para que pueda estar a salvo de las Naciones Unidas, el departamento de policía de Los Ángeles y cualquier otra agencia de seguridad que pueda sentir la tentación de arrojarme al incinerador. Eso resolvería una gran parte de sus problemas…, y de los tuyos. Pero el que tú desees morir no significa que yo deba compartir ese deseo. Puede que ahora esté atrapado dentro de esta caja, pero si eso es lo único que tengo, entonces le sacaré el máximo provecho posible. Y… Bueno, ¿quién sabe? Si salimos de Marte, establecemos contacto con la insurrección y entregamos la información que quieren a los replicantes…, luego tal vez se muestren un poco agradecidos. Estoy pensando en un tipo de gratitud que vaya más allá de dejarme encima de un estante,

¿comprendes? Quizá puedan copiarme en algún cuerpo de replicante que no estén utilizando. Eso sí que sería increíble, ¿verdad? Entonces sí que sudarías sangre intentando decidir si el viejo Batty era humano o no…, o qué partes de mí podían ser humanas.

Deckard intentó extraer algún sentido comprensible de las palabras del maletín.

—Sigues ocultándome algo —dijo por fin—. Tú tal vez cuentes con alguna clase de motivación para este trabajo, para salir de aquí llevando contigo esa lista de Isidore… Pero ¿y yo? Se diría que no va a ser nada fácil, ¿verdad? ¿Qué razón puedo tener para querer hacerlo?

—Tú sabrás, Deckard. —El maletín parecía volver a sentirse sarcásticamente divertido—. Quizá hayas desarrollado una conciencia, o algo que se le parece. Es bastante propio de los seres humanos y se conocen algunos casos…, incluso entre los blade runners. Fíjate en el pobre Dave Holden. Es justo lo que le ocurrió.

—Exacto. Y ahora está muerto.

—No puede estarlo más —admitió el maletín—. Y el camino de regreso que me permitió volver nunca llegará a abrirse para él, porque no hay nadie que pueda cargar el contenido de su cerebro en un pequeño contenedor tan elegante como fácil de manejar. Soy un bastardo muy afortunado, ¿eh? Eso demuestra que no hay justicia en este universo. O quizá sí la hay, quizá Holden logró expiar sus pecados y por eso no ha tenido que volver… La redención, ya sabes. Tendré que pensar en ello.

Deckard meneó la cabeza.

—No estoy buscando esa clase de redención.

—Obviamente no. Tienes tus propios objetivos secretos, ¿verdad? Pues ésa es la razón por la que deberías aceptar el trabajo y por la que deberías llevarme hasta la insurrección. —El maletín guardó silencio durante unos segundos y después volvió a hablar, empleando un tono de voz más bajo y suave—. Precisamente porque ésa es la dirección que querías seguir. ¿Verdad que sí, Deckard? Quieres salir de aquí, quieres ir a las estrellas. O para decirlo de otra manera… quieres alejarte todo lo posible de la Tierra. Y pensabas llevarte a Sarah Tyrell contigo. Ése es el plan. He acertado, ¿no?

No había ninguna necesidad de responder, y ni siquiera hacía falta que Deckard intentara negarlo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Vamos, Deckard… No soy el único que ha estado siguiendo tu trayectoria. ¿Realmente pensabas que habías conseguido huir, que podías llegar aunque sólo fuera hasta aquí sin que otras personas supieran qué andabas tramando? Tu pequeño disfraz, toda esta memez del señor y la señora Niemand… ¿A cuántas personas crees que has engañado con él? Tu tapadera voló por los aires incluso antes de que despegarais de los muelles de San Pedro. Si has conseguido llegar hasta Marte, se debe única y exclusivamente a que las Naciones Unidas y el departamento de policía de Los Ángeles querían que llegaras hasta aquí. Probablemente para ver con quién te relacionabas, para quién estás trabajando… Ya sabes que les gusta seguirle el rastro a

la gente, ¿no? Disponen de unas correas muy largas y saben cómo ponértelas al cuello…, y tú te has estado moviendo al extremo de una de esas correas. No me refiero únicamente a la policía, sino también a los simpreps. Cuentan con las conexiones suficientes en los lugares necesarios, y pueden seguirte la pista.

—No son ellos los que me preocupan.

—Por supuesto que no. Ellos son los que quieren que sigas con vida, por lo menos el tiempo suficiente para que les hagas este trabajito. Pero la policía… Bueno, quizá estén pensando en tirar del sedal para meterte dentro de la cesta. Ahora ya saben que estoy en tus manos, y también saben hasta qué punto es peligrosa la información que llevo dentro.

Deckard estiró el brazo y golpeó suavemente el maletín con la yema de un dedo.

—En ese caso quizá debería librarme de ti. Dado que no eres lo que se dice un presagio de buena suerte…

—Ya sabes que las cosas no funcionan de esa manera. Deckard. Los policías nunca dejan escapar a nadie. Sólo hay una salida, y es la que te proporciona una bala. El mero hecho de que hayas entrado en contacto conmigo… Bien, para ellos eso ya es razón más que suficiente para que piensen que es preferible verte muerto a que sigas correteando de un lado para otro y les vayas creando más problemas dondequiera que vayas.

Otro punto en el que el maletín tenía razón.

—Aun así… —murmuró Deckard—. Si van a perseguir mi trasero con tanto entusiasmo, sigo pensando que debería tirarte al primer cubo de la basura que encuentre antes que cargar contigo y tener que huir más despacio.

—Ésa sería una manera de enfrentarse a la situación —replicó el maletín sin inmutarse—. Pero sería la manera más estúpida. Si intentas huir solo no tendrás ni una posibilidad. Deckard. Me necesitas…, y también necesitas al resto de cosas que hay dentro de mí, y te aclaro que ahora no estoy hablando de los datos de Isidore. Si es que quieres seguirle el rastro a Sarah Tyrell, averiguar adonde demonios se ha ido, y te aseguro que tengo ciertas ideas al respecto, y llevártela contigo a las colonias, naturalmente… Aunque confieso que no entiendo por qué puedes querer semejante cosa, desde luego. Aun así… Eh, eso es asunto tuyo. Haz lo que quieras con tus obsesiones, chico. Pero, francamente, todo eso no es más que otra señal de hasta dónde ha llegado tu ya considerable recalentamiento cerebral. Mi cerebro, en cambio, por lo menos en esta forma condensada, siempre está haciendo horas extras. Tú tienes las piernas y la capacidad de movimiento, Deckard, y eso te permite ir de un lado a otro…, pero yo tengo la astucia y la inteligencia. Sé muchas cosas, y puedo averiguar el resto.

«Ahí me ha pillado», pensó Deckard. Las habilidades de policía que había poseído durante tanto tiempo, las capacidades para captar rastros y analizarlos que habían hecho posible que sobreviviera en Los Ángeles seguían existiendo, pero ya no estaba muy seguro de ellas. Deckard tenía la desagradable sensación de que vivía y

respiraba de prestado, y que sólo continuaría haciéndolo mientras a las fuerzas invisibles que lo vigilaban les siguiera divirtiendo el permitírselo. La correa invisible a la que estaba unido terminaba en un collar que podía ser tensado hasta el punto de la estrangulación en cualquier momento.

Y si eso ocurría, si su muerte se desplazaba de la posibilidad a la probabilidad primero y a la realidad después, entonces todos los planes y todas las argucias que le habían permitido llegar hasta allí no habrían servido de nada. Deckard no estaba pensando en sus planes para él mismo —nada de cuanto hacía referencia a ese tema había tenido importancia en ningún momento—, sino en los que había trazado para Sarah. Lo realmente importante era lo que había que hacer con ella esa promesa que Deckard se había hecho a sí mismo en las profundidades de aquel espacio vacío donde, en un pasado ya muy lejano, había residido la imagen de Rachael…

Ya había decidido qué iba a hacer, o quizá había conseguido que lo decidieran por él. En el fondo daba igual.

Deckard se sentó en la silla y la acercó a la mesa. Apoyó la cara en las manos durante un momento muy largo, y se presionó las comisuras de los ojos con las puntas de los dedos. Después se inclinó hacia atrás y volvió a alzar la mirada hacia el maletín.

—¿Qué era lo que habías dicho antes? —Algunas de las palabras de Batty le habían dejado perplejo—. Algo sobre… las otras cosas que hay dentro de ti…

—Las metieron dentro de esta caja —dijo el maletín—. Los simpreps, ¿comprendes? Cuando cargaron los datos codificados de Isidore… En realidad sólo hay otra cosa, algo que pensaron que tal vez podrías utilizar.

—Como por ejemplo…

—Averígualo tú mismo. —Las cerraduras cromadas del maletín se abrieron con dos secos chasquidos metálicos—. Adelante. Tienes que levantar mi tapa. Eso es algo que no puedo hacer yo solo.

Deckard estiró el brazo y levantó la tapa del maletín. Después lo atrajo hacia él para poder ver su contenido.

El maletín estaba vacío. Dentro no había nada…, o eso pensó Deckard en un principio, hasta que la tenue iluminación del cubículo le permitió distinguir el pequeño rectángulo que ocupaba el centro del forro de imitación de seda del maletín.

Cogió el objeto, sus uñas rotas deslizándose debajo del borde. Apenas pesaba, y podría haber estado vacío. Cuando hizo crujir las resbaladizas superficies de papel debajo de su pulgar, Deckard detectó la presencia de alguna clase de sustancia parecida al polvo que se desplazaba para llenar un extremo del paquete.

Un instante después comprendió a qué le recordaba aquel objeto, y vio que parecía una caja de semillas. La imagen procedía de algún recuerdo infantil, profundamente enterrado y apenas conservado, de su madre o de una tía, y de un jardín minúsculo, con agujeros excavados en la tierra negra bajo un sol amarillo, un hilillo de agua que brotaba de una manguera verde que parecía una serpiente…

Pero no era una caja de semillas. O no exactamente, porque el contenido sería distinto aunque la forma y las dimensiones, diez por cinco centímetros, fueran las correctas. Deckard ya había visto objetos como aquél en Marte, ocultos en los confines más oscuros y secretos de los mercados ilícitos de la colonia de emigrantes allí donde los más desesperados, los que tenían menos que perder y más que encontrar, acudían en busca de un comercio trascendente para encontrar a Dios o a algo que se pareciese a Dios.

El paquete que tenía en la mano carecía de toda clase de identificación, por lo menos en el lado que podía ver. Deckard le dio la vuelta y se encontró con una palabra. Era un nombre, escrito con toscas letras negras…

SEBASTIAN

7

—Todo aquello que está enterrado tiene que ser vigilado —dijo Wycliffe.

—«O con sus garras él volverá a desenterrarlo…».

Aunque había metido las manos en los bolsillos de su abrigo de cuello de piel, Sarah aún podía sentir cómo el frío de la catedral rezumaba de las antiguas paredes para infiltrarse en sus huesos.

—¿Qué? —Los dos fanáticos tyrellianos pusieron cara de perplejidad—. ¿«Él»? ¿Quién…?

—Oh, olvídenlo. —Sarah meneó la cabeza—. No hablaba de nadie en concreto… Sólo es una cita, una alusión literaria un poco retorcida. —Sabía que estaba tratando con dos ejemplares perfectos de la fauna corporativa, y que Wycliffe y Zuinglio probablemente jamás habían leído ni un solo libro aparte del manual para los empleados de la Tyrell—. Adelante, háblenme de ello.

Desde lejos, junto al altar abandonado que ocupaba el extremo de la nave de piedra de la catedral, llegó el sonido de un generador traqueteante. El artefacto había sido activado, mediante un gran ajetreo y considerables manipulaciones de los controles cubiertos de telarañas, por Wycliffe y Zuinglio inmediatamente después de que el yate se hubiera posado sobre los campos desnudos que rodeaban al pueblo. «O a lo que fue un pueblo», pensó Sarah, corrigiéndose a sí misma. La palabra «pueblo» implicaba la presencia de personas, y allí ya no había nadie aparte de ellos tres, forasteros en una tierra que había dejado de ser sustentada y protegida por el dinero. La incandescencia de las bombillas desnudas, esparcidas a lo largo de un cable negro que colgaba del techo erizado de ángulos de la catedral, parpadeaba y bailoteaba bajo los embates del viento, gélido como el cristal, que entraba por las puertas. Olitas negras se estrellaban contra la pizarra del pequeño puerto.

—Todo esto es equipo de observación. —Wycliffe ya había apartado las lonas medio podridas que habían estado tapando los indicadores y diales. Arañas y criaturas más grandes se apresuraron a desaparecer, huyendo en un veloz correteo a través de los círculos de cristal roto o lleno de polvo. Wycliffe golpeó suavemente un aparato con la punta de un dedo y una delgada aguja negra osciló y se estremeció, y una hilera de diodos azules parpadeó y mostró una hilera de números, una fecha correspondiente a veinte años atrás—. No están conectados al generador. Obtienen su energía de la polaridad del campo, allá en el Flow.

Sarah pensó que resultaba un poco chocante que un lugar tan lleno de inmovilidad pudiera ser designado con esa palabra[1]. El nombre correcto era Scapa Flow, la parte del mar del Norte delimitada por las islas Orkney. Limitaba al norte con las Shetland y al sur con las tierras de Escocia, y toda ella estaba tan despoblada como aquel lugar. Se encontraba a una gran distancia de cualquiera de los centros urbanos en expansión atrapados por un violento proceso de implosión que habían absorbido a todo lo que se

desplazaba sobre dos piernas…, o sobre ruedas, porque las calles adoquinadas de Kirkwall, el pueblecito que se alzaba junto a la orilla del Flow, estaban repletas de sillas de ruedas motorizadas, volcadas y abandonadas allí para que se oxidaran, palanquitas de control e interruptores de conexión inmovilizados bajo la lluvia grisácea que iba creando charcos en el suelo. Las sillas de ruedas parecían reliquias patéticas, como si el más débil e impotente de los carruajes del Tiempo hubiera dejado de funcionar, sus ruedas de radios metálicos bruscamente detenidas por el mismo no-Tiempo que esperaba y cavilaba debajo de la superficie del agua.

Al final de su viaje desde Marte, la nave de los fanáticos había llegado hasta allí volando a baja altura desde el oeste. La pantalla que ocupaba todo un muro de la sala había permitido que Sarah contemplara los riscos y acantilados que se extendían alrededor de la isla, con sus columnas de roca elevándose como centinelas mudos. «Abandonad todo movimiento…» Eso era lo que Sarah habría esculpido en sus flancos. «Aquí todas las cosas se detienen». De ahí, probablemente, las sillas de ruedas abandonadas. Sus propietarios sencillamente habían dejado de necesitarlas.

—¿Sabe cómo funciona esto? —La voz de Wycliffe interrumpió el curso de sus sombrías meditaciones—. ¿Tiene alguna idea de lo que está ocurriendo aquí?

Sarah no dijo nada. Prefería dejarle hablar para retrasar el momento que sabía se estaba aproximando. Las cosas malas seguían avanzando incluso en aquellos lugares donde el tiempo se había detenido, y al final acababan llegando de manera inevitable. «Muy típico de mi mala suerte», pensó lúgubremente. La Navidad ha sido cancelada, pero tu hora con el dentista no.

—Este lugar, y no me estoy refiriendo a la catedral sino a las Orkney en general y a Scapa Flow en particular, ha acabado convirtiéndose en una anomalía temporal. —Wycliffe acababa de adoptar el tono seco y eficiente de un profesor—. Existen ciertas indicaciones de que al principio la zona ya reunía esas características incluso antes de que empezara a ser utilizada como basurero donde arrojar los impulsores estelares agotados.

—Esa es la razón por la que estas islas poseen una concentración tan elevada de monumentos neolíticos —intervino Zuinglio—. Círculos de piedras, megalitos, monolitos, túmulos funerarios… Esa clase de cosas, ya sabe. —Los ojos que la contemplaban desde detrás de las gafas de montura cuadrada se volvieron un poco más brillantes, como si aquel tema despertara un entusiasmo especial en él, como si los artefactos de los muertos fueran más interesantes que cualquier cosa relacionada con los vivos—. Nos encontramos ante la concentración de esas características más elevada de Europa y, por lo tanto, del mundo… Las tribus primitivas debieron de percibir las cualidades…, mmm…, únicas de la zona.

—Eh… Sí, quizá. —El pequeño discurso de su compañero parecía haber irritado a Wycliffe, quien dirigió una mirada de búho idéntica a Sarah—. Supongo que todo es posible. Aunque personalmente creo que la adecuabilidad del Flow a su uso actual fue provocada por el desguace de la armada imperial alemana al final de la primera

guerra mundial.

—Me parece que el término correcto es «barrenamiento». —Zuinglio de nuevo—. La flota imperial alemana fue barrenada y hundida en Scapa Flow.

Un tenue palpitar de irritación aleteó fugazmente en la sien de Wycliffe.

—Los buques de guerra fueron hundidos deliberadamente y acabaron en el fondo del mar. Ahí fuera… —Una mano, envuelta en un grueso guante para protegerla del frío, se alzó y describió un gran arco. Los cuervos que habían estado atisbando por el hueco de las gigantescas puertas de madera de San Magnus, negros y de ojillos relucientes, remontaron el vuelo y sus alas taparon secciones enteras del cielo agitado por el hervor de las nubes—. Esos buques forman la capa inferior, al menos en lo que concierne a la historia moderna. No hay forma de saber qué pudo haberse hundido y haber quedado enterrado allí, por las razones que fueran, antes de ese momento. Barcos vikingos, quizá… —Su mirada se volvió repentinamente absorta y distante, como si estuviera contemplando una escena que no era visible en el presente—. Troncos ahuecados, botes de cuero y mimbres… ¿Quién sabe? Pero aun suponiendo que Scapa Flow no hubiera sido una anomalía temporal antes de ese momento, la inserción de un material tan cargado de potencialidades muy bien podría haber creado una, o haber exacerbado una situación ya existente haciendo que rebasara cierto umbral crítico, de tal manera que los primeros signos de la presencia del campo fueron detectados poco después del cambio de milenio. Entonces, cuando surgió el problema de encontrar un lugar al que poder arrojar los primeros impulsores estelares agotados sin que supusieran un peligro para la humanidad, se optó por esta solución. —Wycliffe la observó con más atención—. ¿Entiende algo de lo que le estoy diciendo?

Sarah asintió.

—Todo.

Sabía de qué estaban hablando los dos hombres porque había sido informada sobre la historia de Scapa Flow y los detalles de su uso actual cuando asumió el control de la Corporación Tyrell. Mientras se hallaba bajo la dirección de su difunto tío, la compañía había adquirido un porcentaje de acciones mayoritario del consorcio que controlaba la operación…, o el vertedero, un término mucho más adecuado. Y como venía siendo habitual en las actividades comerciales de Eldon Tyrell, los otros accionistas fueron siendo expulsados uno por uno, o habían sido lo suficientemente sabios para renunciar a sus intereses en lo que fuese que estaba ocurriendo debajo de la superficie grisácea del Flow. ¿Por qué preocuparse por los muertos —especialmente cuando sólo se trataba de máquinas muertas— que yacían en su cementerio acuático? Era preferible permitir que la Corporación Tyrell se convirtiese en la guardiana de los secretos que todavía pudieran estar tratando de salir a la luz.

—Después de todo, no fue algo planeado o intencional. —Wycliffe parecía estar pidiendo disculpas. Su mano se deslizó sobre los diales, quitando una parte del polvo acumulado encima de ellos—. Dadas las circunstancias, era lo único que se podía

hacer. Siempre es mejor olvidar, destruir el pasado…

—Oh, sí. Tiene razón. —Sarah contempló al hombre como si un haz de luz se hubiera abierto paso a través de las nubes y del techo de la catedral y acabara de revelarle algún aspecto de él que había permanecido invisible hasta aquel momento. Quizá Wycliffe fuese más inteligente de lo que había creído en un principio—. Tiene toda la razón…

Un momento de titubeo, y después Wycliffe meneó lentamente la cabeza.

—Me refería meramente al aspecto… tecnológico. Si hubiese existido alguna forma más eficiente de desmantelar los viejos transportes interestelares de la primera generación, y de librarse de sus unidades impulsoras agotadas… Pero no la había. Antes de que tomara la decisión de librarse de los transportes hundiéndolos en el Flow y dejándolos abandonados aquí, el consorcio incluso llegó a considerar la posibilidad de lanzarlos al Sol. Pero tampoco había forma de garantizar los resultados que se obtendrían con dicho método, ya que las cantidades y la naturaleza de la energía acumulada en los impulsores podrían haber provocado alguna clase de reacción solar cataclísmica: era sencillamente imposible de predecir.

—Es mejor prevenir que lamentar. —Zuinglio asintió juiciosamente—. La destrucción del globo solar habría sido muy perjudicial para la imagen de la Corporación Tyrell.

Wycliffe ignoró el comentario.

—No cabe duda de que la decisión de hundir los viejos transportes interestelares en Scapa Flow fue adoptada como medida provisional hasta que se encontrara una forma de librarse de las unidades impulsoras agotadas que no comportara ningún riesgo. La anomalía temporal descubierta en este lugar mantendría confinados los efectos indeseables de los impulsores, al menos por el momento. Pero como todos sabemos, lo que empieza siendo temporal tiene cierta tendencia a volverse permanente. Especialmente después de que se inventaran los nuevos impulsores, los que se utilizan en la actualidad, que pueden operar sin producir una acumulación progresiva de efectos aberracionales tóxicos… La vieja tecnología impulsora fue abandonada. No se construyeron más transportes interestelares de la primera generación, por lo que no había necesidad de encontrar otra forma de librarse de ellos. El vertedero de Scapa Flow todavía no había sido llenado hasta el límite de su capacidad. ¿Por qué invertir más fondos de investigación en una situación que distaba mucho de haberse vuelto crítica?

—Fue mi tío quien tomó esa decisión. —Sarah había leído los informes en las áreas no públicas de los archivos de la Corporación Tyrell, y sabía que la decisión era otra muestra típica de la manera de pensar de Eldon Tyrell. «Bastardo tacaño…», pensó. La corporación estaba obteniendo unos beneficios estimados en billones de dólares, pero aun así Eldon Tyrell jamás se habría gastado un centavo en algo que no sirviera para introducir diez centavos en sus bolsillos—. Le daba absolutamente igual que la situación fuera crítica o no —siguió diciendo en voz alta—. Ese proyecto

formaba parte de las investigaciones que canceló. —Los informes y notas ejecutivas lucían sus iniciales al final de cada página, y Sarah había rozado las letras garabateadas a toda prisa con la punta del dedo—. Los equipos que trabajaban aquí todavía estaban intentando averiguar si dejar esos transportes debajo del agua podía acabar siendo peligroso, o si los efectos tóxicos de los impulsores continuaban acumulándose y podían llegar a alcanzar un nivel explosivo.

Wycliffe parecía sentirse bastante incómodo.

—Bueno… Estoy seguro de que el doctor Tyrell todavía seguía pensando en este asunto antes de que nos abandonara. Había muchos problemas pendientes que habría resuelto…, de haber tenido tiempo para ello.

Sarah le fulminó con la mirada sin decir nada. El tiempo se había acabado de repente para Eldon Tyrell —el replicante que le mató le había arrebatado todo el tiempo que le quedaba al romperle la cabeza como si fuera un huevo, permitiendo que las chispas cortantes como navajas de su mente se derramaran por las órbitas enrojecidas de sus ojos—, y Sarah se alegraba de ello. Los problemas pendientes de su tío probablemente también la habían incluido a ella.

—A juzgar por el aspecto de este lugar, aquí hay montones de tiempo —dijo, señalando los diales.

El hombre inmóvil junto a ella asintió.

—A eso me refería cuando dije que todo lo que estaba enterrado tenía que ser vigilado. Las máquinas, los monitores… Eran los que se encargaban de la vigilancia incluso si todos los humanos se habían olvidado de este lugar.

Sarah golpeó uno de los diales circulares con un nudillo hasta que el cristal se agrietó y acabó rompiéndose. Extrajo las astillas triangulares y después usó una uña para raspar el indicador negro que había debajo. El indicador había sido pintado, y permanecería fijado para toda la eternidad en uno de los números esparcidos alrededor del borde del dial.

—Son falsos… —Miró a Wycliffe y se quitó las motitas de pintura negra de debajo de la uña. Señaló los otros diales e indicadores, las hileras de equipo de observación, las luces y números que relucían en la penumbra de la catedral—. Todos son falsos, ¿verdad?

—Bueno… Posiblemente… —Dos hombros huesudos se encorvaron debajo de la chaqueta de Wycliffe mientras extendía las manos de gruesos nudillos hacia Sarah y las movía de un lado a otro—. Cuando se creó esta instalación para observar a los transportes hundidos, también se llevó a cabo un cierto…, un cierto trabajo escénico. Querían que los otros miembros del consorcio quedaran impresionados, ¿comprende? Por decirlo de alguna manera, el doctor Tyrell no quería que abandonaran el barco.

—Así que en realidad nunca ha habido ninguna vigilancia. Ése era el trato, ¿eh? —Sarah permitió que sus ojos se entrecerraran mientras seguía mirando fijamente a Wycliffe—. Me estoy refiriendo a los transportes interestelares que fueron hundidos aquí, naturalmente. Podría haber ocurrido cualquier cosa, ¿no? Y le aclaro que estoy

pensando en las unidades impulsoras agotadas y en sus efectos tóxicos, Wycliffe. De hecho, podrían haber alcanzado alguna clase de masa crítica y las aberraciones temporales producidas dentro del campo muy bien podrían no ser tóxicas…, sino letales. —Dejó que una de las comisuras de su boca se elevara en una parodia de sonrisa—. Y si quiere que baje ahí abajo, eso podría significar mi muerte. En realidad, quizá sería mejor que me pegara un tiro ahora mismo y que acabáramos de una vez. Tiene que admitirlo, Wycliffe. Esto no encaja demasiado bien con todas esas afirmaciones suyas de que sólo piensan en proteger mis intereses…, y quizá ni siquiera sea beneficioso para los intereses de la Corporación Tyrell.

Wycliffe no dijo nada y volvió la cabeza hacia un lado, como si se sintiese tan avergonzado que no se atreviera a mirarla. «Tengo razón», pensó Sarah. Eso no suponía ningún consuelo para ella, evidentemente. La verdad nunca resultaba reconfortante.

—Señorita Tyrell… Por favor… —La voz de Zuinglio, un poco más suave, a un par de pasos de ella—. No se enfade con nosotros. Le aseguro que no podemos hacer otra cosa. Tiene que ser de esta manera.

—Ya he oído eso antes. —«Dentro de mi cabeza», pensó lúgubremente. También se lo había oído decir a ellos mismos cuando habían intentado presionarla en el cubículo de Marte. Sarah supuso que aquellos dos hombres estaban tan atrapados por sus destinos como ella—. Muy bien —dijo por fin—. De acuerdo, da igual… Es algo que viene incluido con el territorio, ¿verdad? Cuando llevas sangre de los Tyrell en las venas, tienes que aceptar ciertas cosas.

Tanto Wycliffe como Zuinglio guardaron silencio. Fuera, el viento saturado de partículas de hielo azotaba los huesos envigados de la catedral. A pesar del suave zumbido eléctrico del falso equipo de observación, Sarah podía oír el golpeteo de las olas grises que lamían la orilla del pueblo. Durante una tormenta lo suficientemente violenta, las aguas del mar tal vez acabarían llegando hasta las puertas abandonadas para derramarse por el interior de las casas vacías…

Sin que llegara a darse cuenta de lo que hacía, había salido de la catedral de San Magnus y había llegado a la orilla del Flow. Cuando sus sombríos pensamientos y recuerdos se desvanecieron, Sarah se encontró inmóvil delante de las aguas con los ojos clavados en aquella superficie levemente más oscura que las nubes de textura acerada suspendidas sobre su cabeza. Un instante después percibió otra presencia detrás de ella: Wycliffe.

—¿Y cómo se supone que he de bajar hasta ahí? —No volvió la cabeza para mirarle por encima del hombro, y dirigió una seca inclinación de cabeza al océano—. ¿Cómo he de llegar al *Salander 3*? ¿Me tiro al agua, contengo el aliento y nado?

Un movimiento casi imperceptible en aquel aire gélido y Sarah enseguida supo que había sido creado por el envaramiento repentino de Wycliffe, cuya columna vertebral acababa de ponerse rígida ante la mención del antiguo transporte interestelar. Wycliffe y el otro hombre aún tenían que pronunciar en voz alta aquel

nombre, que estaba todavía más impregnado de significados terribles que las palabras «Scapa Flow». Sarah le observó por el rabillo del ojo, y vio cómo la mano enguantada de Wycliffe se extendía lentamente para señalar hacia adelante.

—No hay ninguna necesidad de ello, señorita Tyrell. —El índice de Wycliffe estaba señalando una pequeña estructura triangular que flotaba en la lejanía, tan pequeña que Sarah no la había visto antes—. Disponemos de un tubo presurizado que llega hasta…, hasta su destino. La corporación secreta… Bueno, en realidad Zuinglio y yo hicimos que lo instalaran antes de ir a establecer contacto con usted para traerla aquí.

—Comprendo. —Sarah le miró fijamente—. Muy considerado por su parte.

—Por supuesto. —Una tenue sonrisa aleteó sobre los delgados labios de Wycliffe —. Le aseguro que sólo pensamos en su comodidad.

—Oh, desde luego… —Sarah meneó la cabeza y percibió la gélida dureza que se había extendido por su rostro, como si el hielo que flotaba en el viento se hubiera abierto paso a través de su carne y hubiese empezado a infiltrarse en las venas ocultas debajo de ella—. Si eso fuera verdad, ni siquiera se les habría pasado por la cabeza hacerme bajar ahí… para que entrara en el *Salander 3* —añadió, experimentando un sádico placer al volver a pronunciar el nombre del transporte.

Zuinglio había salido de la vieja catedral y se había reunido con ellos junto a la orilla del Flow. Sarah pudo percibir su presencia y el intercambio silencioso que tuvo lugar entre los dos hombres, la rápida mirada que fue del uno al otro.

—Señorita Tyrell… Ya hemos hablado de todo esto antes, ¿no? Es la única manera. —Uno de ellos había hablado, y Sarah no estaba segura de cuál. La voz tembló y onduló, y desapareció en el viento. Probablemente había sido Wycliffe, el portavoz habitual de la pareja—. Si la Corporación Tyrell ha de ser restaurada, si ha de salir de las sombras y volver a ser como era antes, o llegar a ser todavía más grande de lo que había sido anteriormente…, entonces hay que hacerlo. Y tiene que ser hecho por usted, porque nadie más puede hacerlo. Después de todo, estamos hablando de su pasado. Tiene que enfrentarse a él y sacarlo a la luz.

Su pasado… «Todo mi pasado», se dijo Sarah. Eso incluía volver al principio, porque Sarah había nacido a bordo del *Salander 3*, muy lejos de allí, muy lejos de la Tierra. Ese pasado, su pasado, era todo un mundo por derecho propio, y todo lo que contenía estaba durmiendo debajo de las aguas de Scapa Flow.

—Ya lo sé…

Se sentía como si el viento le hubiera arrancado la piel en una delicada e invisible operación de pelado, dejando al descubierto la carne y los huesos llenos de señales y raspaduras que había debajo. Sarah tuvo que sacar la mano del bolsillo del abrigo y sostenerla delante de ella, como algún frágil artefacto blanco, para poder disipar la ilusión. Suponiendo que se tratara de una ilusión, claro…

Había fantasmas esperándola dentro de los viejos transportes interestelares. Ése era el efecto tóxico esencial de la primera generación de impulsores estelares. La

tecnología, la relativamente tosca forma de ir desde un punto a otro, desde la Tierra hasta las estrellas, funcionaba generando perturbaciones en el campo temporal que envolvía a los transportes, lo cual les permitía alcanzar velocidades superiores a la de la luz, como si estuvieran siendo aspirados de una zona de potencial temporal artificialmente elevado a una de potencial temporal más bajo. Cayendo a través del tiempo y, en consecuencia, convirtiendo distancias infinitas, las máquinas temblorosas y palpitantes se aferraban a cada uno de los momentos del presente, estirándolos como en algún vacilante pacto fáustico.

El inconveniente, como sabía Sarah gracias a los viejos memorándums que había leído en los archivos de la Corporación Tyrell, consistía en que las unidades impulsoras interestelares de la primera generación acababan consumiéndose, porque iban perdiendo su función propulsora a medida que la acumulación de capas de energía temporal no disipada iba aumentando en ellas. Manipular el mismísimo Tiempo tenía su precio: el pasado y el presente se confundían dentro de los diminutos mundos cerrados de los transportes, y no había forma de distinguir el uno del otro. En cuanto eso ocurriera ya no habría olvido posible, y esa gracia mental redentora, lo único que hacía posible la cordura, desaparecería para siempre. Toxicidad, locura, muerte… Así pues, y antes de que todo eso llegara, siempre sería preferible hundir las máquinas contaminadas en un oscuro agujero acuático, el único sitio cuyas propias anomalías temporales tenían una posibilidad de estar a la altura de las que acababan de crearse.

—Pero yo escapé. —Sus pensamientos enunciados en voz alta, mientras volvía la cabeza para mirar a los dos fanáticos por encima del hombro—. Antes de que…, de que el pasado pudiera contaminarme. Antes de que pudiera matarme… Cuando el *Salander 3* volvió a la Tierra, yo sólo tenía tres años.

Aquella niña, esa encarnación de sí misma esfumada hacía ya tanto tiempo, era el único ser vivo que había a bordo del transporte cuando los sistemas de pilotaje automáticos lo llevaron de vuelta a la Tierra. Cuando las compuertas del *Salander 3* fueron desbloqueadas y los empleados de la Corporación Tyrell entraron en la nave, sólo encontraron a una niñita llamada Sarah…, y a los cadáveres de sus padres.

Historia familiar, tan profunda y oscura como las corrientes del océano que rodeaba a Scapa Flow. Pequeñas cosas que no figuraban en los viejos memorándums ni en los archivos oficiales de la compañía, pero que Sarah había acabado descubriendo de todas maneras, a medida que iba creciendo, de la manera en que los niños siempre descubren las cosas, escuchando susurros que no estaban destinados a ella…, y de una forma todavía más reveladora, oyendo los silencios en que se sumían los adultos cuando sabían que ella estaba presente en la habitación.

Así era como se había enterado de lo que les ocurrió. Los rostros le resultaban familiares, fácilmente identificables gracias a los recortes de prensa digitalizados que contenían los archivos de la compañía. Anson y Ruth Tyrell… Sarah había visto una foto de los dos junto con —un detalle extrañamente humano y sentimentalizador—

un gato de pelo largo entre rojizo y anaranjado inmóvil en los brazos de la mujer, una mascota que iba a acompañarlos durante su viaje de exploración al sistema de Próxima. Las dos personas de la foto estaban sonriendo, llenas de una entusiástica confianza. Sarah había calculado que su madre se quedó embarazada o poco después de que les hubieran tomado la foto o justo después, cuando el transporte interestelar abandonó la órbita terrestre. Sus padres no podían imaginarse su destino, el destino del *Salander 3*. El transporte invirtió el curso cuando llevaba recorrida una sexta parte del trayecto hasta Próxima, con los relés inteligentes y los circuitos incorporados haciendo todo lo que podían para llevar de vuelta a los muertos y a los vivos, dos cadáveres adultos y una niña cuidada por máquinas, criada por leche de pecho sintetizada. El segundo nacimiento de Sarah llegó tres años después, cuando los empleados de la Corporación Tyrell desbloquearon los sellos de la compuerta principal del transporte y uno de ellos la cogió de la mano para sacarla de él. Sarah no podía recordar eso, evidentemente, y aquel momento sólo era un componente más de cuanto se le había dicho, lo que había escuchado sin ser vista y lo que había extraído de los archivos de la compañía.

«¿Y qué fue del gato?», se preguntó, no por primera vez. Pobre animal… Sarah contempló el agua distante y callada, y sintió cómo el frío que se infiltraba por su cuerpo se iba aproximando al núcleo de su ser. Supuso que aquel era otro misterio cuya respuesta se encontraba oculta ahí abajo junto con todas las demás, escondida dentro del casco del *Salander 3*.

—Y por eso quieren que vaya ahí abajo, ¿no? —Consiguió dirigir un fragmento de sonrisa a los dos hombres—. Para que averigüe qué le ocurrió a ese estúpido gato…

Wycliffe y Zuinglio no dieron la más pequeña señal de perplejidad ante sus palabras.

—Tiene que bajar ahí para salvar a…, para restaurar la Corporación Tyrell —dijo Wycliffe.

—Algo fue mal… —Zuinglio volvió la mirada hacia el Flow—. Hace mucho tiempo…

—Al principio. —Wycliffe asintió con una lenta inclinación de la cabeza—. Tuvo que ser entonces, cuando el doctor Tyrell y su hermano crearon la corporación. De alguna manera inexplicable, todo lo que ha ocurrido desde entonces, y eso incluye a la destrucción de la Corporación Tyrell… Bien, el caso es que las semillas de todo cuanto ha ocurrido a continuación fueron plantadas en el primer instante.

De repente Sarah se sorprendió envidiando a los muertos, algo que tampoco era la primera vez que le ocurría. «Ya no tienen que preocuparse por nada», pensó. Los dos hermanos Tyrell y la esposa de uno de ellos ya habían dejado atrás todo lo malo que les tenía reservado el destino, y habían seguido adelante para acabar en un lugar desconocido donde el tiempo no existía, donde no había pasado ni temible futuro. Sarah sabía que ella no iba a tener tanta suerte…, o por lo menos todavía no. El

pasado la estaba aguardando, a sólo unos minutos por delante de ella, para envolverla en cuanto hubiera bajado a los restos del *Salander 3*, su primer hogar. En ciertos aspectos. Sarah nunca había salido de él.

—No podemos volver al principio, porque queda demasiado lejos. —La voz de Wycliffe seguía hablando en la periferia de los pensamientos de Sarah—. Ya no queda nada. Se ha perdido. Pero esto… Esto sí que podemos hacerlo. Podemos llegar hasta ese instante, a lo que fuera que ocurriese… entonces, ahí dentro. —Inclinó la cabeza, señalando el agua gris y los navíos escondidos debajo de la superficie—. Pero usted es la única que puede bajar ahí y descubrir qué ocurrió. Los secretos, los misterios… Usted es la única que puede revelarnos todo lo que necesitamos saber.

«Así que al final esto es lo que he conseguido…» Sarah supuso que se lo tenía bien merecido. Había envidiado a los muertos y había intentado convertirse en uno de ellos. Deckard había amado —y seguía amando— a la replicante con el rostro de Sarah. Rachael ya se había unido a las filas de los muertos, añadiéndose a ellas después de que el agotamiento de sus cuatro años de vida sólo hubiera sufrido un leve retraso. En última instancia, y tanto para ella como para Rachael, eso no tenía ninguna importancia. Los muertos eran los únicos que habían escapado. Para los vivos sólo quedaba el pasado y el futuro, lo mismo en cualquiera de las dos direcciones, e igualmente doloroso. «El mero hecho de intentarlo ya fue una estupidez».

Inmóvil detrás de ella, Wycliffe seguía absorto en sus explicaciones, intentando exponer la razón oculta detrás de su viaje a aquel lugar tan sombrío como desolado.

—Ni siquiera sabemos por qué —dijo, empleando el tono ligeramente perplejo propio de un niño que no entiende nada—. La Corporación Tyrell invirtió una enorme porción de su capital operativo en la expedición del *Salander 3*, y ni siquiera sabemos qué era lo que esperaban encontrar en el sistema de Próxima. No sabemos qué esperaban lograr, qué era lo que Anson Tyrell creía que iba a encontrar allí…

—No figura en los archivos, ¿verdad? —Sarah lo sabía, porque los había consultado—. Esa información fue eliminada, borrada, extinguida… Y ya saben quién tuvo que hacerlo, ¿no?

Los dos hombres asintieron.

—El doctor Tyrell —admitió Wycliffe de mala gana—, Eldon Tyrell. Su tío.

—Eldon Tyrell hizo muchas cosas que ustedes ignoran. —Sarah pudo oír con toda claridad el repentino oscurecimiento de su tono—. Y algunas de ellas… Bien, les aseguro que es mejor que nunca lleguen a enterarse.

Sarah volvió la cabeza para contemplarles por encima del hombro y vio que los dos devotos parecían sentirse bastante incómodos, y que estaban intercambiando miradas furtivas desde detrás de sus cristales de montura cuadrada.

—Esas cosas a las que se refiere… —empezó a decir Zuinglio—. Podría tratarse de información personal. Secretos de familia, asuntos que no necesitamos conocer para que la Corporación Tyrell pueda volver a existir.

—Ahí es donde se equivocan —dijo Sarah—. Cuando estás tratando con la Corporación Tyrell, lo personal deja de existir. Nunca ha existido. O para decirlo de otra manera… todo es personal. Cuando mi tío vivía, la compañía no era más que el contenido de su cerebro amplificado a una escala gigantesca.

—Y después la compañía pasó a ser suya. —Un suave recordatorio surgido de los labios de Wycliffe—. Estamos hablando de su compañía, señorita Tyrell…, y de sus asuntos personales.

Sarah volvió la cabeza y le contempló en silencio, buscando alguna pista que le permitiera averiguar qué era lo que sabían exactamente y qué parte de lo que realmente ocurrió ignoraban. «Quizá les he juzgado equivocadamente», pensó. Quizá no eran tan estúpidos como parecían. Tendría que ser más cuidadosa en el futuro…, y esta vez el recordatorio surgió de su propia mente.

—Pero todo eso ocurrió después —dijo Wycliffe, permitiendo que su mirada impasible se encontrase con la de Sarah—. Tenemos que averiguar qué ocurrió hace mucho tiempo…, a bordo del *Salander 3*.

—Ése fue el auténtico momento crucial —añadió Zuinglio—. Si estudia la historia de la Corporación Tyrell, lo que puede deducirse de los archivos y el resto de los registros, enseguida resulta obvio. Después del fracaso de la misión del *Salander 3* y las muertes de Anson y Ruth Tyrell… de sus padres, señorita Tyrell…, ya nada volvió a ser igual. Los cuarteles generales de Los Ángeles se convirtieron en una auténtica fortaleza, y su tío se retiró a ella…, y a medida que iba aumentando el poder de la Corporación Tyrell, también aumentaba su halo de secreto.

—Me está diciendo cosas que ya sé. —Sarah dio la espalda a la orilla del Flow para encararse con los dos hombres—. Yo también he repasado los archivos.

—Ah, pero no se trata meramente de lo que hay en los archivos…, o de lo que el doctor Tyrell permitió que quedara registrado en ellos. —Wycliffe parecía repentinamente contento, como si estuviera muy satisfecho del impecable funcionamiento de su cerebro—. Algunas de las conexiones que debe establecer… tuvieron lugar fuera de la compañía, en el resto del mundo. La expedición del *Salander 3* durante la que nació usted supuso el último viaje exploratorio llevado a cabo fuera del sistema solar. Después de que el *Salander 3* volviera, sin ni siquiera haber llegado a su destino, las Naciones Unidas iniciaron su actual programa de colonización de los planetas exteriores. Un par de años después las Naciones Unidas ya estaban enviando los primeros grupos de colonizadores humanos a las estrellas, y la Corporación Tyrell ya había adquirido el derecho exclusivo de suministrar replicantes al programa de colonización. Fue entonces cuando la compañía empezó a ganar dinero en cantidades realmente colosales. —Los ojos de Wycliffe relucían detrás de los cristales cuadrados—. Eso fue lo que permitió que el doctor Tyrell llegara a establecer su monopolio sobre todos los aspectos de la tecnología de los replicantes. Las enormes sumas de dinero que estaba obteniendo de las Naciones Unidas le permitieron adquirir cualquier patente que todavía no poseyera o expulsar a

las otras empresas del mercado. A todos los efectos prácticos, a partir de entonces la Corporación Tyrell y la fabricación de replicantes pasaron a ser sinónimos. La compañía carecía de competencia, y las Naciones Unidas aceptaron cualquier precio que el doctor Tyrell quisiera fijar. La Corporación Tyrell pasó a ser la única suministradora del único elemento que resultaba realmente esencial para el éxito del programa de colonización.

—Las Naciones Unidas no estuvieron excesivamente acertadas. —Sarah se encogió de hombros—. Lo cual demuestra que esos tipos no saben cómo funcionan los negocios, por supuesto… Nunca debes permitir que alguien te tenga cogido por el cuello de esa manera.

—Quizá. —La satisfacción no desapareció del rostro de Wycliffe—. A menos que a las Naciones Unidas no les importara pagar ese precio, y que no les importara conceder un monopolio tan caro a la Corporación Tyrell… Todo eso podría haber formado parte del acuerdo establecido entre las Naciones Unidas y el doctor Tyrell. La compañía obtiene la exclusiva del suministro de replicantes a los colonos…, y las Naciones Unidas consiguen el programa de colonización. Lo que el doctor Tyrell entregó a las Naciones Unidas como su parte del trato hizo que el programa fuera posible, y eso permitió que las Naciones Unidas siguieran adelante con él. —La satisfacción se intensificó hasta convertirse en una sonrisa casi presuntuosa—. Y ahí es donde entra el *Salander 3*.

—¿De veras? —Sarah enarcó una ceja—. ¿Ésa es su teoría? Mi padre y mi madre o, mejor dicho, la expedición del *Salander 3*, encontró algo ahí fuera que la Corporación Tyrell vendió a las Naciones Unidas… Quizá se tratara de alguna clase de información sobre lo que encontrarías cuando fueras a las estrellas. Y las Naciones Unidas consideraron que la información era lo suficientemente valiosa como para justificar el que le concedieran el monopolio de los replicantes, ¿eh? Una conjetura muy interesante.

—Tal vez no se tratara de información, señorita Tyrell. Quizá fuera algo que tuviese un valor todavía más elevado para las Naciones Unidas y su programa de colonización. Quizá se trataba de una supresión de información…

Silencio, interrumpido únicamente por el deslizarse del viento sobre las aguas de Scapa Flow, mientras Sarah pensaba en lo que acababa de oír. «Pero eso significaría…»

—Exactamente —dijo Wycliffe, como si hubiera discernido las corrientes de su pensamiento—. Eso significaría que el doctor Tyrell hizo todo lo necesario para suprimir la información que el *Salander 3* había descubierto, y que la expedición fue abortada y devuelta a la Tierra por orden suya. Y que todos aquellos que poseían la información, y estoy hablando de sus padres, fueron… ¿Qué términos podríamos emplear? Bueno, digamos que ellos también fueron suprimidos.

—Asesinados. —Una chispa homicida se inflamó de repente en el corazón de Sarah, alimentada por las palabras danzarinas y llenas de evasivas que surgían de los

labios de Wycliffe—. Eso es lo que quiere decir.

—Por supuesto. —Los dos hombres volvieron sus miradas de búho hacia ella—. Tendrá que disculpar nuestros esfuerzos por ser diplomáticos. Pero se trata de… —Wycliffe extendió las manos delante de él—. Es un tema muy delicado. Nos estamos refiriendo a una posibilidad no muy agradable.

—Debería habérsele ocurrido por sí sola —murmuró Zuinglio—. El hecho de que no lo hiciera… Eso indica muchas cosas.

—Exactamente. —Flacos brazos envueltos en tela negra se entrecruzaron sobre el pecho de Wycliffe—. Esto sugiere una cierta reluctancia por su parte, un intento de evitar enfrentarse a la verdad… Lo cual parece extraño, dada la más bien obvia antipatía que sentía hacia su tío.

—¿Saben una cosa? Puede que tengan razón…

Sarah asintió con una lenta inclinación de la cabeza. «Esto demuestra que hay ciertas personas a las que nunca llegarás a odiar lo suficiente», pensó. Por mucho que las odiaras, siempre te quedarías corto.

Apartó la mirada de los dos fanáticos y volvió a contemplar las oscuras aguas que reflejaban el cielo repleto de nubes color acero. Las respuestas estaban allí, debajo de las olitas que lamían las piedras e intentaban llegar hasta sus pies.

Su tío no había sido capaz de eliminarlo todo. El pasado aún existía, capturado, encerrado y enterrado allí donde la luz no podía llegar hasta él…, y la estaba esperando.

—Muy bien —dijo Sarah en voz alta—. Bajaré y veré qué puedo averiguar.

—Gracias, señorita Tyrell. —La voz procedía de detrás de ella, y Sarah no supo distinguir a cuál de los dos hombres pertenecía—. Eso es lo único que le pedimos.

Como si no fuera más que suficiente… Sarah tiró del cuello de piel de su abrigo en un fútil intento de protegerse de los vientos helados.

8

—Yo le he visto por aquí anteriormente —dijo el hombre del cubículo. El precario puesto callejero, medio escondido en uno de los rincones más oscuros del laberíntico mercado de la colonia de emigrantes, le rodeaba como el caparazón protector de alguna extraña especie de furtiva criatura marina—. Yendo y viniendo de un lado a otro, muy ocupado con sus pequeñas labores cotidianas carentes de importancia… Antes creía que eso estaba por encima de todo, pero ahora ha visto la luz.

Hubo un tiempo en el que Deckard, cuando era policía en Los Ángeles, habría extendido los brazos a través del espacio que lo separaba de aquel tipo para agarrarlo por la garganta y apretar hasta que las venas hubieran sobresalido de su piel como serpientes azuladas. Pero esa clase de reacción pertenecía al pasado.

—Tengo un poco de prisa —dijo. Podía sentir la presión incesante de los senderos atestados y los callejones improvisados que se extendían detrás de él, la asfixiante presencia de otros cuerpos humanos que siempre provocaba un destello de recuerdos de aquella ciudad tan lejana—. Me estaba preguntando si podría limitarse a venderme lo que necesito, lo que he venido a buscar…, y así podríamos saltarnos la conversación.

—¿Cree que es así de sencillo? Eso demuestra que no tiene ni idea. —El hombre inmóvil detrás del mostrador tenía dos ojos llenos de feroz apasionamiento ribeteados por profundos círculos negros, como si su contemplación de lo divino estuviera cegándolo poco a poco a la realidad de cualquier otro mundo—. Se ha dado cuenta de que lleva años haciendo el imbécil y ahora por fin decide venir en busca de lo que debería haber buscado desde el principio, y eso no puede ser un proceso de la variedad «tengo un poco de prisa». Estrecha es la puerta, y largo y difícil el camino que se extiende más allá de ella. La gracia no se compra, amigo, sino que se gana.

La tentación de recaer en las viejas costumbres policiales volvió a cosquillear en las manos de Deckard. Lanzó una rápida mirada por encima del hombro y vio que había demasiada gente, demasiados ojos vigilantes, para que pudiera utilizar la fuerza con aquel hombre y salirse con la suya. No podía correr el riesgo de que las autoridades de la colonia se enteraran de lo que estaba intentando hacer, y toda aquella zona estaba llena de confidentes y delatores. Había dejado el maletín en la mesa de la cocina del cubículo, ya que no había ningún sitio donde esconderlo en el que no fuese descubierto con sólo tomarse la molestia de dedicar cinco minutos a hacer pedazos aquella frágil estructura. La voz que brotaba del maletín, sarcástica e insistente, le había dicho que debía volver con los artículos necesarios lo más pronto posible, porque incluso el nuevo Batty carente de cuerpo percibía cómo la presión del tiempo iba aumentando a su alrededor.

«¿Por qué siempre he de tener tan mala suerte?», pensó Deckard. Aquel puesto del mercado parecía ser el único que estaba ofreciendo deidades deshidratadas en ese

momento. Cada vez que se había abierto paso a codazos por entre la multitud, Deckard había tenido la impresión de que estaba rodeado por docenas de vendedores especializados en aquellas mercancías, técnicamente ilegales pero oficialmente toleradas. Otra mirada a su alrededor, hasta el límite de lo que podía ser visto bajo las hileras de fluorescentes gastados o parpadeantes, le mostró numerosos huecos en las hileras de puestos, lugares donde los minúsculos comercios habían sido cerrados o eliminados sin que todavía hubieran sido sustituidos por la siguiente oleada de la estafa o el evangelismo. La fuerza policial de la colonia de emigrantes, o las más numerosas y eficientes patrullas de los policías de alquiler del monopolio del cable, debían de haber llevado a cabo un barrido general durante los dos últimos días, ya fuese para restaurar la decencia pública o, más probablemente, para que su público cautivo continuara enganchado al vídeo en vez de permitirse las fugas de los viajes visionarios religiosos.

Y aquel empresario de penúltima categoría quizá había aumentado la cuantía de su *mordida*, el soborno que pagaba regularmente, antes de que el martillo descendiera sobre él. También cabía la posibilidad de que hubiera calentado el contenido de uno de los paquetes de sus existencias y hubiera estado fuera de combate debajo del mostrador del puesto, caminando y hablando con algún profeta del Antiguo Testamento o practicando el arte de sentarse debajo del árbol al lado de un Buda de rostro orondo y sonrosado, y que eso le hubiera permitido perderse toda la acción.

—Oiga… —El tablero de fibra aglomerada barata se curvó debajo de las manos de Deckard cuando se inclinó sobre el rostro del vendedor—. No dispongo de mucho tiempo, ni en este mundo ni en el otro. —Procuró no levantar la voz, usando una rápida inclinación de la cabeza para señalar los paquetes que recubrían el interior del puesto. Todos tenían la misma forma rectangular plana y las mismas dimensiones del que había encontrado dentro del maletín parlante, pero sus colores variaban desde el monocromo hasta las ofensivas iridiscentes que te dejaban los ojos doloridos a lo largo de todo el espectro—. Pero si tiene mercancías que vender, estoy dispuesto a comprarlas. ¿Lo ha entendido?

Antes de que el comerciante pudiera replicar —había retrocedido un paso ante Deckard, percibiendo como mínimo la posibilidad de una repentina violencia procedente del otro lado del mostrador—, apareció otro cliente. Una figura espectral, los ojos desorbitados por la falta de alimentos y la carne estremecida recubierta de costras medio arrancadas, pareció surgir de la nada junto al codo de Deckard.

—¿Tiene…? —Una boca en la que había incrustados unos cuantos dientes mellados y amarillentos y sobre la que había dos fosas nasales cuya abundante producción de mocos no estaba mereciendo ninguna atención por parte de su propietario, se abrió con un temblor casi convulsivo—. ¿Tiene algo más de los…, los Fundamentalistas de la Nueva Ortodoxia de la Costa Oeste? —La silueta emaciada estaba haciendo un visible esfuerzo para convertir en palabras el caos disperso de sus pensamientos—. Concretamente… el Rito Reformado de Huffington, la rama de…,

de Santa Bárbara…

—Largo de aquí, mendigo. —El vendedor fulminó con la mirada a la criatura—. Sólo aceptamos efectivo. No me gustan las ventas a crédito…, y menos en tu caso.

—¡Tengo dinero! ¡Mire! —Un puño mugriento se abrió para revelar papeles estrujados en los que había estampadas las efigies de celebridades muertas—. Ni siquiera son vales… ¡Es dinero de verdad! —La voz suplicante se volvió un poco más estridente, y una vibración simpática hizo vibrar el cuerpo del hombre envuelto en harapos—. ¡Puedo pagar!

Dejando escapar un gruñido de nivel subaudible, el vendedor giró sobre sus talones, rebuscó entre los paquetitos grapados a las paredes que se alineaban detrás de él, arrancó uno y lo puso sobre el mostrador. Una mueca de repugnancia curvó las comisuras de sus labios mientras clasificaba los billetes impregnados de grasa y las monedas octagonales.

—Te falta un dólar —acabó anunciando, como si aquello le complaciese más de lo que jamás podría haberlo hecho una simple venta, y cogió el paquete en el mismo instante en que los dedos temblorosos del hombre envuelto en harapos ya se alargaban hacia él.

—Oh, por el amor de Cristo… —Deckard metió la mano en el bolsillo, separó un billete de sus cada vez más reducidas reservas de efectivo y lo arrojó sobre el flaco pecho del vendedor—. Dele lo que quiere y que se largue de aquí.

Valía la pena, con tal de no perder más tiempo.

Un segundo después el espectro había vuelto a desaparecer entre los remolinos de la multitud, con el paquete férreamente sostenido sobre los huesos visibles debajo de su garganta.

—Muy bien —dijo el vendedor, volviendo sus ojos rodeados de anillos oscuros hacia Deckard. Cualquier posible fachada de sentimientos religiosos había sido eliminada de repente, dejando al descubierto la entidad puramente mercantil que acechaba debajo de ella—. ¿Qué quiere? Cómprelo ahora y saque todo lo que pueda de ello antes de que acabe como ese desgraciado.

—No se trata de lo que quiero, sino de lo que necesito.

Deckard sacó el resto del dinero de su bolsillo, una cantidad lo suficientemente grande para arrancarle una rápida mirada de interés al vendedor.

—Deje que lo adivine. —En otra vida, otro mundo, el vendedor podría haber sido un sastre, porque la cinta métrica parecía ocupar el centro de sus pupilas vacías—. ¿Pentecostalistas? Dispongo de una amplia selección. —Señaló los paquetes que lo rodeaban—. Pero si quiere profundizar en todo ese rollo de la Degeneración Sureña tendrá que buscarse sus propias serpientes, o por lo menos tenerlas introducidas en el cerebro. —Una lenta sacudida de la cabeza del ocupante del puesto callejero—. No… A juzgar por su cara, seguro que incluso eso le parecería demasiado divertido. Y tampoco nada de la gama judía, porque en ese caso sabría cómo enfrentarse a la culpabilidad. No, no… Yo diría que lo suyo es el Calvinismo Reforzado. Usted tiene

aspecto de creer en la predestinación, y de tomársela muy en serio. —El hombre obsequió a Deckard con una desagradable sonrisa llena de sarcástica sabiduría—. Como dijo Weber, está «obligado a seguir su camino en solitario para alcanzar un destino que había sido decretado para él por la eternidad».

Deckard conocía el resto de la cita.

—«Nadie podía ayudarle». —Asintió—. De *El espíritu protestante y la ética del capitalismo*.

—Bravo. Veo que ha recibido una buena educación y tendría que obsequiarle con un descuento, pero… Bien, aquí todos hemos vendido nuestras almas al espíritu del capitalismo. —El hombre acarició dos de los paquetes grapados a un extremo del puesto—. ¿Qué le parecería una dosis de Reforma Holandesa? Ese Dios debería ser lo suficientemente severo incluso para usted. Se lo dejaré barato: estoy intentando librarme de estos artículos antes de que pasen de moda.

—No, gracias. —Deckard meneó la cabeza—. No necesito su mercancía.

«Ya he tenido más que suficiente de ella, y lo último que me hace falta es adquirir un poco más».

—Nada de paquetes. Sólo necesito los suministros: un par de litros de fluido de suspensión coloidal, un vaso de laboratorio calibrado y una varilla de cristal inerte… Eso es todo lo que necesito.

El vendedor entrecerró los ojos y le lanzó una mirada llena de suspicacia.

—¿Ya ha adquirido la deidad que va a utilizar? —No esperó a que Deckard le respondiera—. Si está dispuesto a conformarse con un montoncito de polvos de preparación casera, puede acabar teniendo problemas muy serios.

—Eso es lo que cree, ¿eh? —Deckard permitió que sus labios mostraran un fragmento de sonrisa mientras sus ojos recorrían las mercancías del puesto—. Pues lo que vende aquí no tiene aspecto de haber sido aprobado por las autoridades sanitarias.

—Eh, eh… Todo negocio tiene sus normas, y éste no es una excepción. —El vendedor se irguió, visiblemente ofendido—. Yo estoy aquí y mi competencia no, y eso se debe a que vendo calidad. Tengo clientes que están en lo más alto, amigo, en lo más alto… Entro por la puerta principal de las delegaciones del cable con la mercancía sobresaliendo de los bolsillos de mi chaqueta y los guardias ni siquiera pestañean.

—Apuesto a que no —dijo Deckard. Eso explicaba muchas cosas—. ¿Y lo pasó bien expulsando a la competencia del mercado?

—Fue una auténtica delicia, amigo. El mejor día de mi vida, créame… —Los ojos hundidos en las órbitas chispearon—. Y sólo para demostrarle que soy un tipo encantador, acabo de elevar mis precios un diez por ciento. Pero para usted, y sólo por ser tan gilipollas, el aumento pasa a ser del veinte por ciento. —El vendedor deslizó la mano debajo del tablón del puesto y sacó un recipiente de plástico de cinco litros cuyo contenido onduló en una lenta oleada gelatinosa cuando lo dejó encima del mostrador. Un instante después, el vaso de laboratorio y la varilla de cristal fueron

depositados junto al recipiente—. Ahí tiene, campeón. Fúndase los fusibles, ¿de acuerdo? Si quiere ver a Dios a precios de oferta, es el funeral de su cabeza, no de la mía.

Un minuto después, con su rollo de billetes bastante aligerado. Deckard —que nunca había comprado aquella clase de mercancías antes, por lo que no tenía ni idea de hasta qué punto acababa de ser víctima de una estafa— giró sobre sus talones para alejarse del puesto callejero, sus adquisiciones pegadas al pecho. El vendedor le llamó antes de que pudiera empezar a abrirse paso por entre la multitud.

—Eh… —Su mano sostenía una bolsa de papel bastante arrugada que había conocido un montón de usos—. No sea idiota, y no vaya por ahí enseñándole eso a todo el mundo. El próximo milenio todavía no ha llegado, amigo.

El maletín empezó a hablar apenas Deckard hubo cruzado el umbral de la puerta del cubículo.

—¿Lo has conseguido? —La voz de Batty era un taladro lleno de insistencia que le perforaba los oídos—. ¿Has traído todo lo que te dije que trajeras?

Deckard dejó la bolsa de papel encima de la mesa al lado del maletín.

—Todavía me quedan neuronas suficientes para poder enfrentarme a una lista de la compra de tres líneas. —Sacó el recipiente de plástico y los otros objetos—. Esto es lo que pediste, y esto es lo que he traído.

—¿Alguien te ha visto?

Deckard se rio.

—Centenares de personas. Millares. No vivimos en una zona despoblada, ¿sabes?

—Venga, venga… —El maletín parecía un poco irritado—. Ya sabes a qué me refiero, ¿no? Polis, la policía, las autoridades…, gente que no debería haberte visto. No si quieres poder hacer lo que tienes que hacer sin interrupciones.

—Todo va bien… de momento. —Deckard no sabía si eso era verdad o no, y en realidad le daba igual. En ciertos aspectos, que la puerta del cubículo fuera derribada de repente por las botas de un pelotón de agentes especiales surgidos de los sótanos más profundos del monopolio del cable o de los cuarteles generales diplomáticos de Naciones Unidas casi sería un alivio, porque entonces no tendría que seguir adelante con lo que ya le había dicho al maletín que haría—. No te pongas nervioso. Después de todo, tú ya no tienes que preocuparte por el futuro.

—Únicamente porque en mi caso lo peor ya ha ocurrido. —La voz de Batty se había vuelto todavía más seca—. Venga, empecemos de una vez.

Deckard ya había recibido sus instrucciones del vendedor, y sabía qué detalles del medir, el verter y el mezclar formaban el proceso. La suspensión coloidal parecía melaza transparente, espesa y reluciente. Deckard le echó medio vaso de agua del grifo de la cocina para disolverla un poco, y removió la mezcla con la varilla de cristal. Una nubecilla rojiza, óxido de las cañerías medio podridas de la colonia de emigrantes, se mezcló con la débil descarga iónica de la activación coloidal.

Los mismos preparativos estaban siendo llevados a cabo por todos los callejones

y en los cubículos circundantes, así como en las ciudades atestadas de la Tierra, a medida que la abigarrada comunidad de los que aspiraban a la comunicación divina preparaban sus sacramentos y montaban las entradas a través de las que pasarían para encontrarse con el Dios que hubieran elegido. Cuando vivía en Los Ángeles, Deckard nunca se había sentido atraído por la red clandestina de las deidades deshidratadas, pero tampoco había sentido ninguna repulsión especial hacia ella, quizá porque ya había desarrollado el grado de entumecimiento policial suficiente para ver con buenos ojos cualquier cosa que mantuviera a los ciudadanos alejados de las calles, a buen recaudo dentro de sus pequeñas habitaciones o sus cunas-dormitorio, con los cuerpos inertes mientras sus sistemas nerviosos centrales vagabundeaban por la capa de ozono, caminando al lado del Rey. De esa manera se generaban menos problemas…, normalmente, porque algunos de ellos volvían del paseo con la luz del fanatismo ardiendo en sus ojos, listos para iniciar una *jihad* privada contra cualquier cosa que se cruzara en sus caminos. Aquellos tipos nunca llegaban muy lejos: los obsesos religiosos —por lo menos los de la variedad asesina— siempre lo hacían todo en público, y el martirio bajo las balas de un francotirador les parecía infinitamente preferible a la posibilidad de recargar sus propias armas. Eso era lo que hacía que el trabajo de un policía de Los Ángeles fuera bastante sencillo y, en algunas ocasiones, incluso agradable.

Deckard golpeó suavemente el borde del vaso de laboratorio con la varilla de cristal. El fluido menos viscoso ya se iba aposentando y los copos de óxido empezaban a precipitarse, descendiendo lentamente hacia el fondo del recipiente como algún oscuro metal precioso.

La voz de Batty se entrometió en el proceso desde algún lugar situado en el perímetro de la consciencia de Deckard.

—Si te quedas sentado mirándola no ocurre nada —dijo secamente el maletín—. El resto está en el paquetito.

—Claro. —Deckard cogió la delgada forma rectangular, la misma clase de objeto que había visto en el puesto del mercado y, pese a ello, algo nuevo y claramente diferenciado de esas mercancías por el nombre, SEBASTIAN, escrito en grandes letras mayúsculas. «No es que eso te dé muchas pistas…», volvió a pensar. En realidad, ni siquiera había instrucciones—. ¿Qué hago? ¿Lo echo todo dentro?

—Cristo, no. —El maletín dejó escapar un suspiro lleno de exasperación—. No a menos que pienses dar una fiesta o algo por el estilo…, y entonces necesitarías un vaso mucho más grande que ése, quizá incluso una bañera. No, no: si echas todo el paquete dentro de lo que tienes ahí, obtendrás un nivel tóxico. La mezcla se comería las catecolaminas de tu cerebro con una rapidez increíble, y de paso iría quemando todos los nódulos de recepción neural que encontrara por el camino, y entonces acabarías convertido en un vegetal. Por lo menos en este mundo, claro… No hay forma de saber qué te ocurriría al otro lado.

—Oyéndote cualquiera diría que crees en estas cosas. Hablas de todo eso como si

fuera verdad.

—No es que crea en ellas, chico —replicó Batty—. Sé que son verdad…, por lo menos lo suficiente para tratarlas con mucho respeto. Los simpreps de la Tierra, los mismos que me descolgaron de esa autopista en la que me habías dejado tirado y me metieron dentro de esta caja… Bueno, esos tipos saben lo que se hacen. Tal vez sean unos visionarios, pero siguen siendo muy conscientes de lo que ocurre a su alrededor. Si no hubiese alguna clase de *forcé majeure* realmente seria incluida, nunca habrían metido este paquetito dentro de mí para que llegara hasta tus manos.

Como era habitual con la mayor parte de cosas que decía aquella versión de Batty, ésa también tenía sentido. Alguien había hecho grandes esfuerzos, con cadáveres incluidos, para que el maletín y su contenido llegaran a las manos de Deckard. Aun suponiendo que su antiguo compañero, Dave Holden, no hubiera pasado por alguna gran crisis de conciencia, con el repentino cambio de convicciones asociado que le habría impulsado a colaborar con los simpreps, el que alguien como Holden hubiera aceptado hacer algo tan ridículo como aquella supuesta misión del estilo «reencuentro con el viejo camarada» resultaba sencillamente imposible. Fuera cual fuese el bando del que formara parte, Holden nunca habría hecho algo semejante.

—¿Sabes una cosa? —Deckard alargó la mano hacia el paquete que había dejado encima de la mesa y lo sostuvo entre el pulgar y el índice—. Estoy aceptando muchas cosas meramente porque tú me las dices.

—¿Y qué otra elección te queda? Es como ese viejo proverbio chino: la seguridad está en la orilla, pero la perla está en el océano. —Un encogimiento de hombros silencioso—. Si quieres respuestas, tienes que ir a buscarlas a algún sitio. Eres un hombre afortunado, Deckard: ahora mismo tienes ese «algún sitio» en la mano.

Deckard no se sentía especialmente afortunado. No estaba muy seguro de poder reconocer la sensación, y eso suponiendo que ya la hubiera experimentado con anterioridad. «¿Quieres respuestas?» Eso era lo que le había prometido el maletín, y ésa había sido la razón oculta detrás de su pequeña expedición de compras en el mercado ilícito de la colonia de emigrantes. Deckard había ido allí para poder volver al cubículo que llamaba hogar —o por lo menos en el sentido en que había llamado hogar a cualquier sitio, incluso cuando vivía en Los Ángeles— y preparar una pequeña dosis de la deidad deshidratada del paquete sobre el que alguien había escrito el nombre de Sebastian.

Volvió a formular la pregunta que ya le había hecho a Batty.

—¿Qué motivo puede haber para que Sebastian, si es que realmente está ahí dentro, conozca las respuestas?

Deckard recordaba al diminuto y marchito ingeniero genético como una criatura decrépita de aspecto curiosamente infantil que tenía tan poco control sobre su destino como sobre el rápido proceso de envejecimiento de su cuerpo. Cuando Deckard vio a Sebastian por última vez, partes considerables de él ya habían desaparecido, extremidades amputadas en un intento de mantener las funciones del núcleo.

«Lástima que Sebastian no pudiera empuñar el cuchillo y arrancarse su estúpido corazón del pecho», pensó. El pobre bastardo truncado estaba enamorado de Pris, o de lo que quedaba de ella, y ni siquiera había sido consciente de que Pris no era una replicante, sino tan humana como él…, sólo que todavía más chiflada. Sebastian había intentado crear un hogar en el mundo inclinado de la periferia de Los Ángeles junto con el cadáver animado al que adoraba, y luego había tenido que ver cómo incluso esa pequeña felicidad le era bruscamente arrebatada. Esa clase de perdedor —un perdedor destinado a serlo, alguien que llevaba la derrota escrita en su mismísimo código genético— no parecía un candidato muy prometedor a la condición de deidad.

—Oh, qué demonios… —dijo en voz alta—. ¿Realmente crees que un tipo como Sebastian puede proporcionarme las respuestas que necesito?

—No lo sé. —La réplica de Batty no podía ser más firme y clara—. Nunca he estado en…, en el sitio al que vas a ir. Esos universos de bolsillo, todo ese asunto de las deidades deshidratadas… Bueno, nunca se me ocurrió probarlo, y ahora no puedo hacerlo porque en mi estado actual es sencillamente imposible. Las suspensiones coloidales activadas sólo interactúan con los sistemas nerviosos humanos orgánicos. Eso me excluye, ¿no? —El maletín se rio—. Eh, te aseguro que me encantaría poder ir ahí en vez de tener que confiar en ti. Pero tal como están las cosas… Bueno, sólo hay un billete y está a tu nombre.

—De acuerdo —murmuró Deckard—. Lo que tú digas. —Pensar en el destino de Sebastian hizo que se resignara a aceptar el suyo. Después de haber ido tan lejos, y aun suponiendo que aquélla fuera la última fase, Deckard no veía ninguna razón para no seguir adelante—. Vamos allá.

El paquete de Sebastian seguía en su mano. Deckard golpeó suavemente la mesa un par de veces con el canto del paquete para asegurarse de que todo el contenido se había acumulado en el fondo, y después rasgó la esquina superior.

Batty debió de oír el crujido del papel.

—Bastará con una cucharadita.

Deckard tenía cucharillas. Lavó una en el fregadero de la cocina y volvió a la mesa con ella. Midió la cantidad de polvo indicada por el maletín y después dobló la esquina superior del paquete.

El polvo que había echado en la cucharilla olía igual que la harina, aunque Deckard sabía que no era harina. Cuando chocaron con el fluido aguado del vaso de laboratorio, los diminutos gránulos desprendieron más iones luminosos. La tenue claridad azulada tiñó la mano de Deckard cuando cogió la varilla de cristal y removió la solución.

—A tu salud —dijo el maletín.

La descarga iónica azulada ya se había disipado, y el líquido había recuperado su transparencia anterior. Deckard supuso que eso indicaba que la activación coloidal se había completado. Alguna clase de deidad —aunque resultaba difícil imaginarse a aquel patético doble amputado convertido en una deidad— acababa de cobrar

existencia dentro del vaso de laboratorio, o eso era lo que debía creer. Deckard alzó el recipiente y tomó un sorbo.

Un sabor desagradablemente amargo se deslizó sobre su lengua, pero Deckard consiguió tragar el líquido. Su garganta no sintió absolutamente nada, como si la solución ya se hubiera infiltrado en sus tejidos y estuviera dirigiéndose hacia las primeras conexiones con su columna vertebral y su cerebro.

Acabó de vaciar el vaso de laboratorio de un solo trago y lo dejó encima de la mesa. Después se recostó en la silla y esperó.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

9

Sarah abrió la puerta, una puerta metálica que no se diferenciaba en nada de otras muchas puertas que había dejado atrás a lo largo de su vida…

… y entró en el pasado.

«Ya he estado aquí antes», pensó. El olor de las aguas oceánicas, la sal de lágrimas invisibles, impregnaba la atmósfera enlatada. Una serpiente de agua, una pequeña filtración que se había enroscado por debajo de uno de los sellos ribeteados de goma, se deslizaba por el pasillo delante de ella. La puerta metálica se cerró detrás de Sarah con un suspiro, y sus mecanismos de seguridad la dejaron abandonada en el mundo de la nave interestelar. Sarah podía reconocer aquel mundo, pero no gracias a la memoria sino a los sueños, esos sueños interminables, lentos y vacíos de los que siempre había despertado temblando para alzar la mirada hacia los techos invadidos por la noche, la luz azulada de la luna y las estrellas reluciendo con destellos tan fríos como el hielo sobre la piel de una niña asustada.

Allí no había estrellas. El único cielo era el metal plateado salpicado de manchas de óxido que se extendía sobre su cabeza, y que casi podría ser rozado por las yemas de sus dedos si Sarah estiraba el brazo al máximo. Si había algún recuerdo de eso, tendría la forma de los recuerdos de una niña. «Debía de parecerme un cielo de verdad…» Por aquel entonces quedaría tan lejos de ella como cualquiera de los cielos de la Tierra en la que habían nacido sus padres, vacío de nubes y todavía no afectado por el paso del tiempo y la lenta podredumbre del océano que lo envolvía. Incluso cuando su padre la había llevado en brazos, transportando a su hijita de una sección del *Salander 3* a otra —porque seguramente había hecho eso, porque tenía que haberla llevado en brazos aunque Sarah no lo recordara, pero lo creía o intentaba creerlo—, incluso entonces, ¿qué podía haber sabido esa niña perteneciente al pasado de otro mundo u otro cielo que no fueran aquellos?

El verdadero cielo, aquel reino gris de tormentas y vientos aguzados por el hielo, se encontraba muy por encima de ella y de las olas que se deslizaban sobre el casco del *Salander 3*. Su fiel y exigente séquito, Wycliffe y Zuinglio, probablemente ya estaba en la orilla de Scapa Flow, con el pueblo desierto y la gigantesca catedral alzándose detrás de ellos mientras compartían un termo de café y aguardaban su reaparición. O si anochecía —un oscurecimiento de naturaleza claramente relativista en una zona situada tan al norte como las Orkney— sin que Sarah hubiera vuelto de debajo de las aguas, los dos hombres probablemente se retirarían al calor y la seguridad del yate interplanetario en el que la habían traído hasta aquel lugar.

«¿Y si no vuelvo?» El pensamiento ya había pasado por su cabeza mientras los dos hombres la transportaban a través del Flow a bordo de un minúsculo bote de madera, una embarcación de nivel tecnológico tan bajo que era impulsada mediante remos, y que probablemente habían encontrado abandonada en la orilla. Wycliffe y Zuinglio la habían llevado hasta la abertura triangular del pozo por el que descendería

hasta el *Salander 3* y el pasado, y Sarah había contemplado cómo manejaban inexpertamente los remos en lo que era más un crear salpicaduras que un auténtico remar pero, aun así, iban consiguiendo avanzar poco a poco contra el viento que cubría de espuma las crestas de las olitas. La última imagen que tuvo de ellos —quizá lo último que vería en su vida— había sido la de dos siluetas que oscilaban lentamente dentro del botecito, con la mirada bajada hacia ella mientras el iris del pozo se cerraba, dejándola envuelta en la oscuridad hasta que los sensores percibieron una presencia humana y activaron una tenue hilera de puntitos luminosos que descendía hacia las profundidades del Flow y los navíos barrenados esparcidos sobre las rocas. Sarah supuso que si no volvía, trayendo consigo todos los secretos del pasado en sus brazos festoneados de algas marinas, si el pasado se la tragaba sin dejar rastro de ella, tal como siempre había amenazado con hacerlo, entonces los dos fanáticos lealistas probablemente decidirían poner en marcha el Plan B para resucitar a la Corporación Tyrell. Sarah podía imaginárselos abandonando el planeta, enfrascados en un absurdo numerito cómico de quinta categoría dentro de la cabina del yate: «Bueno, señor Wycliffe, ir al pasado no parece habernos servido de mucho. No, señor Zuinglio, está clarísimo que no…»

Y mientras tanto ella estaría muerta, o peor que muerta, hundida en el fondo del Flow junto con la armada imperial alemana de finales de la primera guerra mundial. La pequeña jaula metálica del pozo había seguido descendiendo, a través de las brazas y las décadas, hasta que tocó el fondo con un golpecito ahogado, y un instante después las puertas metálicas se abrieron delante de Sarah para mostrarle el interior del *Salander 3*.

Sarah se adentró en la nave, yendo hacia la bifurcación del pasillo. Un sonido de motores que se activaban en algún lugar de las entrañas de la nave resonó de repente en el límite de su campo auditivo, y el aire se agitó y empezó a deslizarse sobre su cara cuando los sistemas de ventilación programados cobraron vida. Los mecanismos del lugar en el que había nacido, el útero mecánico que había envuelto al útero, más blando y suave, de su madre se fueron activando uno por uno a medida que Sarah pasaba por delante de los sensores de inicialización y cada uno de ellos medía y registraba el calor de la presencia que irradiaba de su sangre.

—¿Te conocemos?

Una voz suave y tranquila acababa de hablar por encima de ella.

Sarah alzó la mirada hacia un altavoz redondo incrustado entre dos paneles luminiscentes. Sonrió y se preguntó dónde estarían escondidos los sistemas ópticos que seguirían el leve movimiento de sus músculos faciales.

—No lo creo.

—Esto es realmente muy extraño —siguió diciendo el ordenador autónomo de la nave—. Me siento como si debiera cogerte en brazos, suponiendo que tuviera brazos, y mecerte hasta que te durmieras.

—Estoy segura de que eso sería muy agradable.

Sarah no estaba siendo sarcástica, sino que se estaba sintiendo invadida por un repentino deseo de apoyar la cabeza en la reluciente pared del pasillo, cerrar los ojos y dejarse envolver por el sueño.

—Tengo un archivo genotípico tuyo en mis bancos de datos. —El ordenador seguía tratando de entender todo aquello—. Eh… Lo que quiero decir es que dispongo de un archivo que encaja con tus datos. —El flujo de ventilación del pasillo se invirtió durante un segundo, como si la maquinaria oculta detrás de las paredes hubiera vuelto a olisquear el aroma de Sarah—. Pero en realidad no encajas con él. Eres demasiado grande.

Aquella voz nerviosa y un poco preocupada le recordó a otra, y Sarah necesitó un momento para extraer el recuerdo de su memoria. «El calendario…», pensó. La voz de la nave era bastante parecida a la del calendario colgado de la pared de aquel cubículo marciano en el que había vivido con Deckard o, por lo menos, donde había existido junto a él. El calendario tenía aquella misma solicitud programada en sus páginas numeradas. El ordenador de la nave disponía de la ventaja de ser invisible, y eso evitaba que Sarah tuviera que contemplar cursis postales de las zonas rurales de Oregón.

—He crecido —dijo Sarah, recorriendo el pasillo vacío con la mirada—. Desde la última vez que me viste, quiero decir… Por eso soy distinta y, a la vez, la misma.

—Oh, no, niña… Eso no puede ser. —La voz la riñó suavemente—. Para que seas distinta…, distinta de lo que eras…, o eres… —El ordenador parecía tener la misma dificultad para manejar los conceptos difíciles que Sarah recordaba haber detectado en el calendario—. Eso significaría que el tiempo había transcurrido, que ha transcurrido… Y eso no puede ser, cariño. No ha transcurrido ni un solo segundo. Todos mis relojes y cronómetros me están diciendo lo mismo que me han dicho siempre. Desde que volvimos, quiero decir… El tiempo no…, no ha transcurrido. Aquí no hacemos esas cosas.

Sarah se sorprendió a sí misma compadeciéndose del ordenador y, por extensión, de toda la nave. Después de todo, lo estaba haciendo lo mejor que podía. Aunque sus instintos maternales sólo fuesen electrones que se deslizaban a lo largo de cables y atravesaban el silicio, aun así todavía superaban a lo que se podía encontrar en la inmensa mayoría de seres humanos.

—No he estado aquí. —Sarah intentó explicarle lo ocurrido. Eso serviría para retrasar el momento en el que tendría que seguir avanzando por aquel pasillo tenuemente iluminado para encontrarse con…, con no sabía qué—. Salí de ti. Me sacaron, ¿entiendes? ¿No lo recuerdas? —Sarah había visto las fotos, tanto las de los archivos de la compañía como las que su tío guardaba en el último cajón de la mesa repleta de complejas tallas que había junto a su cama con dosel, y eso le permitía describir lo que ocurrió entonces—. Llegaron unos hombres, y una enfermera, y se me llevaron. Cuando volviste… Cuando volvimos a la Tierra, yo sólo era una niña. Así es como me recuerdas, y ése es el fichero que tienes archivado en tus bancos de

datos.

—Oh, cariño… No creas ni por un momento que puedo haber olvidado eso. Eras una niñita tan preciosa… —El ordenador de la nave se sumergió en su propio ciclo cerrado de recuerdos más preciosos—. Erais tan…

Las últimas palabras dejaron perpleja a Sarah.

—¿«Erais»? ¿Qué quieres decir?

No hubo ninguna respuesta. El silencio se deslizó a lo largo del pasillo, una ola sobre un océano invisible.

Y sin embargo el silencio no era perfecto. En la lejanía, en algún lugar del interior del *Salander 3,* hubo un repentino sonido de pasos: pequeños impactos sobre el metal y luego ecos, todavía más tenues. Alguien estaba andando por la nave, y Sarah percibió el movimiento con tanta claridad como si aquella presencia invisible estuviera caminando sobre las pequeñas colinas de las vértebras de su espina dorsal, avanzando lentamente bajo su carne repentinamente helada.

—Muy gracioso —dijo—. Una buena broma, ¿eh? Pero no hace falta que intentes hacerme reír. —El altavoz situado encima de su cabeza permaneció mudo—. Ahora ya soy mayor.

Los ruiditos se habían desvanecido. El aire recirculado suspiraba en las ranuras de ventilación.

—Quizá… —La voz del ordenador de la nave se había convertido en un susurro, como si el círculo del altavoz se hubiera desprendido de la pared para colocarse junto la oreja de Sarah en un frío beso metálico—. Quizá deberías volver a casa, pequeña. Aquí ya no hay sitio para ti. Éste no es tu hogar…

—Sí que lo es —dijo Sarah, oyendo cómo la voz se le quebraba dentro de la garganta. Sintiendo algo parecido al asombro, se rozó la cara con las puntas de los dedos y descubrió una lágrima que estaba deslizándose a lo largo de su mejilla, como si la sal del océano que la rodeaba hubiera logrado abrirse paso a través de alguna protección invisible oculta dentro de ella—. El *Salander 3* es mi hogar… —La voz de una niña, asustada y decidida a aferrarse a lo primero que encontrara—. No tengo ningún otro sitio al que ir.

Los pasos volvieron a resonar en el silencio de la nave, y los ecos suaves flotaron junto a su oreja. Estaban más cerca, quizá entre la oscuridad acumulada al final del pasillo.

—Vete a cualquier sitio, niña. A cualquier sitio salvo aquí…

La comprensión fue abriéndose paso poco a poco dentro de Sarah, llegada de espacios igual de oscuros, profundos y ocultos. El océano seguía yendo y viniendo sobre su cabeza, manteniéndola encerrada en aquella pequeña burbuja perdida en el centro del universo. «Esta nave es mi hogar —pensó Sarah—. Tiene que serlo…» Porque si no lo era, entonces estaba perdida, más perdida de lo que jamás había soñado o temido poder llegar a estar…

Y, finalmente, comprendió por qué había ido allí, por qué había permitido que los

dos hombres que tenían los ojos de su tío la convencieran. Si Wycliffe y Zuinglio hubieran podido ver en su interior, habrían sabido que no tenían que gastar ni una sola gota de saliva. Los argumentos o los intentos de convencerla no eran realmente necesarios, porque lo único que debía hacer Sarah era ser consciente de algo que una parte de su ser siempre había sabido, comprender que se aproximaba el día en que volvería a aquel lugar, a aquel pequeño mundo. Esa parte de ella lo sabía porque nunca se había ido de allí.

—No me iré —dijo. Alzó la mirada hacia el techo, como si pudiera encontrar el rostro del ordenador. Pero el ordenador no tenía rostro, y lo único que vio fue la curva de metal desnudo que formaba el pasillo de la nave—. No puedes obligarme…

—Nadie puede. —La voz que surgía de la rejilla parecía haber quedado atrapada en una repentina consciencia de la pena y el dolor—. Es demasiado tarde. Siempre es demasiado tarde, incluso en un lugar donde el tiempo no existe… —La voz cambió de repente, como si estuviera volviendo a convertirse en otra parte más de una máquina—. Muy bien. Como quieras. No intentaré detenerte.

Silencio, como si el ordenador del *Salander 3* se hubiera autodesconectado, como si los circuitos hubieran muerto de repente y los cables hubieran quedado súbitamente vacíos de cualquier consciencia libre del tiempo que hubiese podido estar viviendo en ellos. Silencio envuelto en silencio, porque los vientos de tormenta que se habían estado aproximando a Scapa Flow para acariciar sus olas se habían calmado de pronto. Eso fue lo que creyó percibir Sarah, enterrada debajo de las aguas. Los sutiles movimientos de las corrientes habían dejado de mecer el casco de la nave, permitiendo que quedara apoyado sin el más mínimo temblor sobre los cascos roídos por el mar acumulados debajo de ella.

Y Sarah sabía que en ese silencio de tumba hubiera tenido que poder oír los latidos de su corazón, palpitando debajo del hueso y de la carne…, pero no podía oírlos. Se puso la mano en el pecho y deslizó los dedos por debajo de las solapas de su abrigo: nada, ni siquiera cuando las puntas de sus dedos tocaron la piel desnuda en la base de su cuello, nada salvo el nuevo nivel de frío al que se había visto reducida su temperatura corporal, como si estuviera intentando alcanzar un equilibrio con la del océano.

Sarah extendió la mano con la palma vuelta hacia arriba, estirando el brazo lo suficiente para dejar al descubierto su pálida muñeca. La delgada serpiente azul de su pulso también se había inmovilizado, detenida en el instante entre un latido y el siguiente.

Tiempo en grandes cantidades, y ni una sola partícula de él. Eso era lo que Wycliffe y Zuinglio le habían dicho que encontraría allí, y lo que Sarah había sabido que encontraría. La toxicidad de los impulsores estelares agotados, los efectos acumulativos del viaje a las estrellas llevado a cabo por la nave, depositándose en el casco y en todo lo que había contenido incluso antes de la expedición abortada al sistema de Próxima… El tiempo se había acumulado dentro del *Salander 3*, y no

podía ser disipado.

«¿Y qué puede haber de tan terriblemente tóxico en eso?», se preguntó Sarah. Permaneció inmóvil en el pasillo central del *Salander 3*, con la entrada a la superficie de aquel otro mundo, el mundo en el que las cosas se movían y ocurrían dentro del tiempo, cerrada detrás de ella. La forma en que todos hablaban de aquel efecto, no sólo Wycliffe y Zuinglio, sino todos los demás, todos los memorándums de los archivos de la Corporación Tyrell, lo dejaba muy claro: tóxico y letal, veneno mortífero. Y de repente Sarah se encontró pensando que tal vez estaban equivocados, que siempre lo habían estado y que lo que realmente existía allí era la vida eterna, una resurrección que ni siquiera necesitaba ser desenterrada de su tumba. Lo único que tenías que hacer para encontrarla era… morir.

Otro silencio, otro recuerdo, se fue desplegando dentro de ella. Muy lejos de allí: una cabaña, apenas cuatro paredes de troncos a punto de desmoronarse, en un bosque plateado por la luz de la luna, con un ataúd negro de tapa de cristal dentro de ella y, dentro de ese objeto, una mujer que ni dormía ni agonizaba o que quizá estuviera durmiendo y agonizando a la vez, una mujer con el rostro de Sarah. «Por eso la envidiaba…», pensó. Rachael ya había muerto —los últimos fragmentos penosamente prolongados de su corta vida apenas tenían importancia—, y había entrado en aquel mundo donde no existía el tiempo, sino únicamente los recuerdos. Los recuerdos de Deckard, mientras permanecía sentado junto al ataúd negro y contemplaba aquello que amaba, aquello que había sido destinado a amar, sujetado con clavos invisibles a ese riel de hierro de sus deseos. Mientras Deckard se acordara de Rachael —y ya no podía hacer nada más aparte de recordarla—, ella nunca moriría.

Otro mundo, otro tiempo… Sarah intentó expulsarlos de sus pensamientos. Durante un momento había estado allí, la sombra de un búho deslizándose sobre su rostro, ocultando las estrellas que habían brillado con un implacable y helado resplandor en el frío aire nocturno. Y otra parte de aquel mismo segmento temporal, de aquel recuerdo, cuando le había dicho a Deckard que le dijera lo mismo que le había dicho a Rachael, hacía ya tanto tiempo.

«Dime que me amas…»

Más que borrarse el recuerdo se disipó, desapareciendo como un trocito de papel consumido por las llamas que acaba convirtiéndose en un pequeño montón de cenizas negras para dejarla de nuevo dentro del *Salander 3*, con las frías paredes metálicas curvándose a su alrededor. La oscuridad seguía esperándola al final del pasillo.

Sarah echó a andar y dejó atrás el lugar en el que el último de los paneles luminiscentes se había apagado después de emitir sus últimos parpadeos. No estaba muy segura de cómo podía haber ocurrido algo semejante, porque una lógica estricta habría considerado ese hecho como una indicación del transcurso del tiempo, con los distintos componentes de la nave gastándose y consumiéndose poco a poco. Una delgada astilla de plástico crujió bajo su pie. Sarah se inclinó y la cogió. La luz del

pasillo que se filtraba hasta el sitio en el que se había adentrado le mostró que lo que tenía en la mano era un fragmento de la misma cobertura translúcida visible en los paneles del techo. Sarah se puso de puntillas y extendió el brazo, y las puntas de sus dedos estirados tocaron un trozo más grande y afilado, uno de los varios que irradiaban del centro del plástico. El panel, y todos los que había más adelante, había sido hecho pedazos y había quedado inutilizado mediante la violencia: cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra del entorno. Sarah pudo distinguir los daños repetidos.

«Alguien ha tenido que hacer esto deliberadamente…», se dijo a sí misma. Los daños tenían que haber sido causados antes de que la nave hubiera aterrizado. La luz que había detrás de ella era una improvisación, alguna clase de sistema de emergencia instalado cuando tendieron el pozo que llevaba a la superficie. A juzgar por lo que le habían dicho Wycliffe y Zuinglio, eso era lo más cerca que alguien había llegado a estar del *Salander 3* después de aquel lejano día en el que los cadáveres de sus padres fueron sacados de la nave. A Sarah le resultaba un poco difícil de creer que por aquel entonces algún empleado de la Corporación Tyrell hubiera dispuesto del tiempo y las inclinaciones necesarias para cometer aquella clase de actos vandálicos. «Eso quiere decir que los paneles fueron destrozados lejos de aquí —pensó—. Muy muy lejos…» ¿Y cuándo fueron hechos añicos? ¿Durante el viaje a Próxima, o en el trayecto de vuelta después de que la misión del *Salander 3* fuera abortada? Había ocurrido algo para lo que sólo la oscuridad era adecuada. Alguien había querido que así fuese, luces extinguidas y una pequeña oscuridad dentro de esa oscuridad más grande que se extendía entre las estrellas. Cuando el *Salander 3* despegó de la Tierra, sólo había dos personas a bordo, Ruth y Anson Tyrell, y sólo una presencia humana, Sarah, una niña, cuando volvió a la Tierra. Eso tendía a reducir el número de posibles sospechosos.

«A menos que fuera el gato», pensó sarcásticamente. Sí, aquella criatura peluda que su madre sostenía en los brazos en la vieja foto del periódico también había estado allí. La idea hizo que los labios de Sarah se curvaran en un fragmento de sonrisa totalmente desprovisto de humor. «Cuando los animales domésticos deciden volverse malos, nunca puedes saber qué acabarán haciendo…»

La protección de la ironía se desvaneció casi al instante. Sarah no podía mantener esa clase de defensa durante mucho tiempo. Una punzada de miedo impulsada por las náuseas le tensó el estómago, y se sintió repentinamente mareada y tuvo que apoyar el hombro en la pared del pasillo para no caer.

Algo húmedo se estaba abriendo paso a través de la manga de su abrigo, rozando el brazo que había dentro de ella. Sarah apenas lo sintió. Era algo tan suave como el roce de la yema del dedo de otra persona e incluso tenía la misma temperatura, porque su calor era idéntico al de la sustancia que había dentro de sus venas. Sarah se apartó de la pared, y durante un momento su mano quedó pegada al espeso fluido que se estaba acumulando detrás de ella.

Se miró la mano y vio sangre.

La sangre parecía negra como la tinta bajo la luz parcial del pasillo, pero saber lo que era bastaba para añadir la rojez. Su pulgar la esparció sobre las yemas de los dedos, y separarlos reveló el manchón más grande de contornos irregulares que llenaba su palma. Durante un momento Sarah se preguntó si la sangre podía ser suya, si se habría cortado accidentalmente con el trozo de plástico que había recogido del suelo, aquel fragmento de bordes afilados procedente de los paneles destrozados del techo. Podía haberse herido y ni siquiera haberse dado cuenta de ello, y Sarah pensó que habría preferido esa respuesta a cualquier otra posibilidad.

No queriendo hacerlo, se fue volviendo lentamente hacia la pared. Temiendo lo que podía encontrar, Sarah se obligó a contemplar la pared del pasillo, a tratar de ver lo que había en ella.

Palabras, un mensaje. Enormes letras rojas, o negras: la oscuridad le impedía distinguir un color de otro. Pero la tenue luz que rezumaba del pasillo, que se deslizaba por debajo de sus encogidos párpados para introducirse en los espacios más recónditos ocultos dentro de su cráneo, le permitió distinguir las formas zigzagueantes de las letras, los garabatos trazados más arriba de lo que hubiera podido alcanzar su mano, hasta llegar al ángulo del metal que se curvaba por encima de su cabeza.

«Esto es una locura…» Sus propias palabras, no pronunciadas en voz alta, dirigidas a ella misma. Sarah ya lo sabía, y en realidad todo el mundo lo sabía. Si encontrabas palabras gigantescas escritas con sangre en una pared, eso quería decir que había locos sueltos por los alrededores y que esos locos pertenecían a la peor de las variedades posible, la que le hacía daño —o cosas incluso peores— a otras personas. A veces la sangre pertenecía a los locos. Otro veloz recorrido por la memoria desfiló dentro de la cabeza de Sarah durante un milisegundo, un recuerdo enterrado que volvía a emerger una y otra vez cuando ella menos lo deseaba, un recuerdo que terminaba con Sarah contemplándose a sí misma, inmóvil junto a su cuerpo y fuera de él en el más puro estilo esquizofrénico, y viendo cómo la otra Sarah escribía su nombre, también en rojo y exactamente de esa manera, sobre el espejo colocado encima de una bañera de mármol surcado por vetas verdes y grifería dorada, con las muñecas goteando sobre el agua rosada que se iba oscureciendo poco a poco. Ese recuerdo terminaba en una brusca negrura cuando esa otra Sarah a la que había estado observando caía, la mano borrando las letras al deslizarse sobre el espejo manchado mientras los médicos y los guardias de seguridad de su tío intentaban echar abajo la puerta. «Estaba loca…» Pero aun así y a pesar de aquella experiencia propia, Sarah sabía que en la mayoría de ocasiones la sangre había sido obtenida del interior de otras personas, de esas personas a las que les habían hecho muchísimo daño, las que habían sido cortadas en vez de cortar a otros, las que ya no estaban vivas. «Cosas de locos…»

Sarah fue retrocediendo lentamente ante la pared, apartándose de ella todo lo

posible hasta quedar inmóvil en el pasillo carente de luz. Cuando se detuvo ya estaba lo suficientemente lejos de ella para poder leer lo que estaba escrito sobre el metal, el filo de la distante claridad haciendo resaltar las letras líquidas, la palabra, el nombre, mientras un hilillo que brotaba de la curva inferior de la S se iba deslizando pared abajo hasta llegar al suelo.

SARAH

Su nombre. Tan enorme, tan incomprensiblemente fuera de lugar como podía llegar a estarlo, y esta vez —en aquel tiempo— no escrito sobre el espejo de un cuarto de baño, sino llenando toda una pared y con cada letra más alta que ella. Había sido escrito hacía mucho tiempo, por lo menos según los patrones de medida del mundo exterior, allí arriba, donde las olas grises ondulaban bajo las nubes de tormenta que se iban acumulando en el cielo. Pero, de hecho, acababa de ser escrito en aquel mismo instante, en el presente que nunca terminaba, que nunca podría terminar, que sólo existía dentro del *Salander 3*.

La voz del ordenador de la nave seguía susurrando dentro de su cabeza, repitiéndose como en una interminable grabación circular de lo que le había dicho —su advertencia, el aviso que quería prevenirla y protegerla de algo— mientras Sarah se alejaba de la luz. «Quizá deberías volver a casa, pequeña. Aquí ya no hay sitio para ti…»

Tendría que haber seguido el consejo del ordenador. Sólo había estado tratando de protegerla, tal como había hecho siempre. «Tendría que haberle escuchado…» Pero Sarah sabía que ya era demasiado tarde para eso. Había llegado hasta allí, y no podría irse hasta que hubiera acabado de recorrer el resto del camino y hubiera llegado al final.

Sintiendo un estremecimiento que le arqueó la espalda, giró sobre sus talones para no tener que seguir contemplando el nombre garabateado con trazos rojizos sobre la pared. Mientras volvía nuevamente la mirada hacia el final del pasillo, vio aparecer una luz, una diminuta chispita parpadeante. No se encontraba a la altura de su mirada, sino más abajo, y Sarah tuvo que protegerse los ojos durante un momento de lo que podía haber sido el haz de una linterna dirigido directamente hacia ella.

El haz se desvió de repente, quedando dirigido hacia el suelo. Sarah bajó la mano. Un destello lleno de iridiscencias brilló sobre un líquido. Sarah se encontró pensando que el agua estaba inundando lentamente la nave, que los mecanismos de bloqueo habían dejado de funcionar de repente, inutilizados por algo tan insignificante como el sonido de sus pasos, o que la escotilla del pozo que se extendía detrás de ella no había quedado correctamente cerrada, permitiendo así que las aguas del Flow empezaran a entrar por las rendijas. Una masa oscura se desplegaba delante de ella, cubriendo el suelo mientras el aliento de los sistemas de ventilación de la nave creaba una ondulación iridiscente que se fue deslizando sobre la superficie.

Pero no era agua de mar. Sarah también lo había sabido, y no podía negarlo ante sí misma, cuando el hilillo rojizo que brotaba de la palabra escrita en la pared llegó al

extremo inferior de la pared. La línea roja surgida de la S descomunal que iniciaba su nombre se confundía con el gran charco y era del mismo color que éste, la misma sustancia, negra en la oscuridad, roja en el horrible conocimiento que Sarah tenía de ella.

El resplandor de la linterna, o del farol o lo que fuese aquella fuente de luz, se reflejaba en el pequeño lago de sangre, iluminando tenuemente la figura que había al otro lado de él. Sarah ya podía verla.

—Hola —dijo la niña, hablando con la voz libre de todo miedo y llena de curiosidad de una niña—. ¿Acabas de llegar aquí?

Sarah no dijo nada, y después meneó la cabeza en una lenta negativa.

—No —consiguió decir por fin—. Quizá. No lo sé.

—Yo tampoco lo sé.

La luz onduló sobre la superficie de la sangre, haciendo que la sombra de la niña aleteara detrás de ella. Los ojos de Sarah llevaron a cabo su adaptación final a la oscuridad y le revelaron un poco más de la imagen que había delante de ella: una niña, quizá de diez años de edad, no más, ojos oscuros y muy serios, cabellos oscuros que caían sobre sus delgados hombros, una niña muy hermosa que se volvería todavía más hermosa en cuanto creciera. «No… —se recordó Sarah a sí misma—. Si hubiera crecido». Eso era lo que le habría ocurrido de vivir en algún lugar donde el tiempo se moviera.

—Pero… —La niña alzó tímidamente la mirada hacia ella, contemplándola a través de sus largas pestañas negras—. Si quieres puedes quedarte. No me importa, ¿sabes?

Sarah sintió que su corazón se tensaba repentinamente debajo de sus pechos, convulsionado por un latido tan potente que muy bien habría podido hacerlo añicos. «No es real —pensó. Cerró los ojos, borrando a la niña de su visión durante un momento—. Es un fantasma…» Ése era el efecto tóxico de aquel lugar. El pasado no moría y desaparecía, como hubiese debido hacer. «Ves cosas…» Veías cosas que no existían, salvo en el recuerdo y en el pasado.

—Me quedaré —dijo—. Durante un tiempo, por lo menos.

La niña no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo te llamas?

—Sarah… Sarah, nada más.

Una repentina perplejidad ensombreció los ojos de la niña.

—¿Sólo Sarah?

Sarah volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada por encima del hombro a la pared ensangrentada, y después sus ojos se volvieron nuevamente hacia la niña.

—Así es —dijo, y asintió—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

La misma sonrisa tímida de antes volvió a aparecer en los labios de la niña.

—Rachael —dijo la imagen de la niña—. Me llamo Rachael…

10

El Millón de Dólares estaba exhibiendo un programa doble en castellano. El cine llevaba toda una eternidad proyectando las mismas películas, o eso parecía, porque la gerencia nunca cambiaba las letras de plástico de la marquesina. Se limitaban a permitir que las letras de plástico rojo se fueran desprendiendo una a una para chocar con la acera empapada por la lluvia y quedar abandonadas allí donde hubieran caído, como mensajes crípticos esparcidos bajo el siseo de los neones que no tardarían en dejar de funcionar. Los cálidos tonos azules se deslizaban sobre la calle mojada en un serpenteo enloquecido, repitiéndose en cada charco y alcantarilla, invertidos o quizá reflejados en un espejo —¿quién podía saberlo?—, tan ilegibles como las nubes de tormenta teñidas por los colores del fuego que corrían a través del cielo nocturno de Los Ángeles.

«Cristo… —pensó Rick Deckard—. Nada de todo esto es real». Se trataba de una imitación realmente buena, desde luego, mejor que los decorados, platós y demás escenarios falsos de los estudios del Hollywood Exterior. El aspecto general de realidad —con una lluvia perfectamente canalizada que goteaba sobre calles por las que podías caminar y que se hallaban teñidas por el mismo y complejo laberinto de las luces y la electricidad—, nunca podría ser mejorado por ningún ejército de técnicos, pero a pesar de todo ello bastaba con apartar la mirada de las lentes de la cámara para que el espectáculo terminara de repente, una ilusión súbitamente hecha pedazos. Aquel falso Los Ángeles tenía mucha más calidad —Deckard ya se había dado cuenta de que las deidades deshidratadas sabían estar a la altura de lo que prometían sus campañas publicitarias, y pensó que no era de extrañar que tuvieran tanto éxito—, pero aun así seguía siendo una falsificación tan irreal como cualquier otra. De hecho, quizá fuera tan falso como el Los Ángeles de la Tierra…

Deckard alzó la mirada hacia los colores chillones de la marquesina mientras avanzaba por el centro de la calle desierta. Los efectos de haber vaciado aquel vaso de laboratorio lleno de suspensión coloidal, activada por una cucharadita del contenido del paquete de Sebastian, todavía se estaban extendiendo por su organismo. Durante unos minutos —aunque resultaba bastante difícil evaluar el paso del tiempo en un lugar donde éste no existía—, Deckard había podido ver simultáneamente el interior del cubículo, con el grifo que todavía goteaba sobre el fregadero de la cocina y el maletín del que brotaba la voz de Batty que había dejado sobre la mesa, y las estructuras de aquel universo de bolsillo, como dos transparencias fotográficas colocadas una encima de otra. Incluso había podido verse a sí mismo, las piernas estiradas, la mano apoyada sobre la mesa junto al vaso de laboratorio vacío cuyo contenido acababa de engullir, mientras otra percepción de su cuerpo, que estaba de pie en vez de estar sentada y que llevaba la larga seudogabardina que había usado durante todos sus años de Los Ángeles, se iba desvaneciendo de una manera altamente desorientadora en su conciencia. El cuerpo del Deckard sentado en el

cubículo marciano se había ido esfumando poco a poco, y había sido el primer objeto de aquel otro universo en desaparecer. El Deckard del universo de bolsillo había echado la cabeza hacia atrás, recibiendo en la cara la lluvia teñida de tonos grises y viendo, más allá de las nubes que corrían velozmente por el cielo, sectores de estrellas que brillaban con el afilado resplandor de puntas de alfiler entre los chorros de llamas que se alzaban por debajo de ellas. Deckard supuso que las estrellas permanecerían tan inmutablemente atrapadas en sus coordenadas como las espesas y oscuras nubes, dos señalizadores de aquella noche eterna de Los Ángeles.

Esa clase de pequeñas manipulaciones del tiempo eran el indicador principal de la naturaleza básicamente falsa del universo de bolsillo, desde una noche que no se acababa nunca —aunque las noches del Los Ángeles real le habían parecido igualmente interminables en muchas ocasiones— hasta los pequeños anacronismos. La marquesina del Millón de Dólares que se extendía sobre su cabeza era un buen ejemplo de ellos, ya que se trataba de un mero fragmento del pasado, algo que había desaparecido del mundo real. Los diez bloques de aquel sector de la cada vez más ruinosa zona sur de la ciudad habían sido demolidos por terroristas del movimiento de renovación urbana decididos a expulsar a las últimas tribus de gentes sin hogar poco después de que Deckard y Sarah hubieran abandonado el planeta, y la dramatización documental animada por payasos del monopolio del cable marciano había mostrado imágenes de la devastación sembrada por las minibombas nucleares. La pantalla de vídeo del cubículo era realmente minúscula, pero aun así Deckard había podido reconocer las barrocas curvas de los adornos del antiguo palacio cinematográfico, muertas y oscurecidas entre los escombros.

Las imágenes del noticiario no habían mostrado el viejo Edificio Bradbury, que se encontraba justo enfrente del cine trasplantado, o lo que había quedado de él. Deckard había supuesto que incluso en el caso de que no hubieran colocado cargas explosivas en él, la onda expansiva de las detonaciones circundantes ya habría bastado para derrumbar la estructura, porque cuando estuvo dentro de él todo el Bradbury ya parecía estar a punto de desplomarse entre una nube de yeso y vigas de sustentación astilladas. Todas las viejas y complicadas balaustradas de hierro forjado y su jaula, la gran textura de la empresa comercial de comienzos del siglo XX que había conocido malos tiempos, se hallaban en muy mal estado. Cuando Deckard persiguió dentro de él a sus últimas presas, el replicante Batty y Pris, la psicópata que aspiraba a convertirse en una replicante, el edificio parecía alguna especie de mausoleo vertical. Deckard también había recibido un buen par de palizas allí, la primera administrada por Pris y la segunda a cargo del Batty no humano. Pero como había dicho alguien hacía todavía más tiempo, la carrera no siempre era ganada por el más veloz: Pris y el replicante Batty habían muerto y en cambio Deckard seguía vivo, tanto en aquel mundo como en el otro, el mundo real.

Aunque en aquellos momentos no se sentía en condiciones de echar a correr, desde luego. Una oleada de náuseas subió por su garganta, y durante unos segundos

la escena ciudadana de la calle alucinatoria se volvió borrosa y se hundió en la insustancialidad. La suspensión coloidal, la deidad convocada mediante el paso de un polvillo reseco a un líquido potenciado y agitado, todavía estaba tratando de imponer su autoridad sobre el sistema nervioso central de Deckard. Sus percepciones, lo que su carne y sus ojos mortales estaban contemplando dentro del cubículo, se estaban batiendo en retirada ante lo que veía Sebastian. «Después de todo, éste es su mundo…», pensó Deckard. Y lo era en efecto, fuera cual fuese el lugar que Sebastian había pasado a habitar.

Deckard dio la espalda al cine y echó a andar hacia el edificio que se alzaba al otro lado de la calle. Tenía el mismo aspecto que cuando lo vio por última vez, en el mundo real, en el Los Ángeles real. Todo estaba allí, hasta las ventrudas columnas salomónicas que habían sido añadidas a la estructura original en un insensato intento de evocar alguna clase de multiculturalismo seudoarábico, y que sólo consiguieron crear la misma clase de *kitsch* bastardo por la que siempre había sido conocida la ciudad. El otro adorno añadido era la basura acumulada en la entrada, el mismo montón de restos inidentificables empapados por la lluvia que los vientos saturados de humedad iban acumulando delante de la entrada de todas las moradas de Los Ángeles. Deckard se abrió paso a través del pequeño basurero, sintiendo cómo los envoltorios de comida manchados de grasa se enredaban alrededor de sus tobillos para desprenderse de ellos unos instantes después y acabar cayendo sobre la reluciente calle desierta.

Ésa era la otra gran mentira que delataba a la falsificación de una manera todavía más obvia que en los platós de la estación del Hollywood Exterior. Allí al menos la acción estaba repleta de extras que simulaban el incesante ir y venir de la población urbana. Pero aquí, en el universo de bolsillo de Sebastian, las calles carecían de cualquier actividad humana o que se aproximara a lo humano. Por muy despoblada que estuviera aquella zona en el Los Ángeles real, siempre seguiría acogiendo alguna clase de agitación vital, aunque ésta se redujera a unos cuantos enanos carroñeros encaramados al rotador policial de Deckard que estuvieran intentando desatornillar los filtros de aire del techo. Si aquel lugar era el espectáculo de Sebastian, estaba claro que había optado por dar una función privada. «Sólo para creyentes —pensó Deckard—, o al menos sólo para comunicantes…» Resultaba obvio que el hombrecillo nunca había sabido qué hacer con la gente, y que tenía más que suficiente con los amigos de juguete autónomos que fabricó para sí mismo…, y con Pris, claro, pero eso había sido verdadero amor.

Deckard empujó la puerta principal del edificio con la palma de la mano y la puerta giró hacia la oscuridad. La luz coloreada de la marquesina del cine se deslizó junto a él, revelando pequeños detalles en aquel espacio cavernoso: barandillas de latón todavía reconocibles bajo capas de suciedad y empañamiento, la lluvia que se acumulaba en charcos y que iba saltando de un piso abierto a otro… Deckard entró en el Bradbury y permitió que la puerta volviera a cerrarse detrás de él, ocultando el

sector callejero del mundo alucinatorio.

Se detuvo en el centro del vestíbulo y miró hacia arriba. Lo que vio produjo una sonrisa parcial en la que había tanta ironía como una admiración concedida de mala gana. «Demasiado perfecto…», pensó. A través del techo agujereado del edificio, más allá de los niveles de pasarelas ribeteadas de hierro forjado, haces de luz siempre cambiante atravesaban la oscuridad como en un resplandor de estrellas amplificadas que cayera de las esferas inmutables en las que estaba atrapado aquel pequeño mundo. Las luces procedían del dirigible, el viejo navío publicitario de las Naciones Unidas, aquella especie de criatura marina que se había hinchado a sí misma hasta volverse lo suficientemente ingrávida para poder elevarse por los aires.

Si entrecerraba los ojos para protegerlos de los haces de luz, Deckard podía entrever la silueta del dirigible desfilando con absurda majestuosidad por encima del edificio y las calles que lo rodeaban, la cara de geisha eurohíbrida sonriéndole desde su pantalla con la sabiduría incomunicable de un ángel guardián mudo. Sebastian también había recuperado aquello, otro de los rasgos definitorios de su universo de bolsillo. En el mundo real, en el Los Ángeles real, el dirigible había desaparecido, aniquilado por un obús de mortero disparado por un grupo de terroristas marginales del movimiento de los simpreps. Deckard había visto con sus propios ojos cómo se precipitaba al suelo envuelto en llamas, un *Hindenburg* moderno, algo que había reclamado la atención incluso de los ciudadanos más hastiados o drogados de Los Ángeles. Para Sebastian, sin embargo, la muerte del dirigible había sido un no-acontecimiento: por aquel entonces el hombrecillo ya estaba viviendo en el erial del mundo inclinado con su Pris remendada, y se había perdido todo el espectáculo. Aquel preparado urbano era el Los Ángeles que Sebastian había conocido antes de su partida.

La lluvia que se filtraba por los agujeros del techo del edificio se deslizaba sobre la barandilla de latón a la que se había agarrado Deckard. Cuando alzó la mirada hacia el final del tramo de peldaños, sus fibras tan podridas que parecían esponjas rechinantes, su otra mano se movió debajo de la gabardina. Era la fuerza de la costumbre, los viejos métodos policiales profundamente grabados en su cerebro, pero también era por el recuerdo del momento en el que había estado allí, en una realidad de hacía ya mucho tiempo. Los dedos de Deckard estaban buscando su arma, aquel gran peso de metal negro, un martillo tan grande y efectivo como un cañón: los dedos no encontraron nada más que polvo, hilillos y un desgarrón en la camisa a través del que podían tocar su carne humedecida por el sudor. Deckard sacó la mano, vacía. Se habría sentido un poco mejor pudiendo empuñar aunque sólo fuese un arma alucinatoria, pero el que esa clase de objetos hubieran sido eliminados del universo de Sebastian en la fase de montaje no le sorprendía en lo más mínimo.

Los últimos vestigios del otro mundo, el cubículo dentro del que estaba sentado su cuerpo real sumido en el estupor de la falta de consciencia, ciegamente contemplado por el maletín parlante, ya se habían desvanecido. El nuevo mundo

había instaurado firmemente su dominio, y Deckard podía sentir con toda claridad cómo los peldaños mojados cedían debajo de sus pies y el frío metálico de la barandilla en su palma. El olor a óxido y yeso descascarillado y el hedor de la mierda de paloma defecada hacía décadas se infiltraban en su aliento. Un haz de luz manchada de neblina surgido del dirigible que flotaba sobre el edificio cruzó su cara, y después trazó una diagonal a través del vestíbulo vacío que Deckard había dejado atrás.

—¡Sebastian! —La voz de Deckard resonó con una repentina violencia en el silencio del edificio mientras iniciaba el ascenso hacia el piso en el que el ingeniero genético había tenido su *suite* de apartamentos. La mirada de Deckard recorrió la pasarela y acabó clavándose en la gran puerta de doble hoja, una de las cuales estaba entreabierta. Ninguna voz respondió a su llamada. Una luz, temblorosa y vacilante como las llamitas de un candelabro, brillaba en algún lugar más allá de la puerta—. ¿Hay alguien aquí?

Deckard sabía que tenía que haber alguien. Por muy vacío que pareciese estar el edificio, con sus espacios desiertos y sus sombras claveteadas, seguía habiendo otra presencia humana dentro de él…, o algo ligeramente diferente de lo humano, algo incrustado en las paredes y las baldosas llenas de grietas y pequeños desconchones que cubrían el suelo. «De hecho, es como si estuvieras dando un paseo por el interior de la cabeza de Sebastian… —se dijo Deckard—. No lo olvides».

Delante de la puerta y hacia la mitad del pasillo, el silencio era interrumpido por un gotear de lluvia que caía sobre el charco que se había formado ante la entrada. El agua onduló como un espejo delicadamente quebrado cuando Deckard puso un pie en su centro y acabó de abrir el panel de madera entornado. La luz parpadeante de las velas rozó su rostro mientras contemplaba los lejanos techos de la sala que había al otro lado del umbral.

Juguetes… Deckard recordaba haberlos visto cuando siguió a Pris y al replicante Batty hasta aquel lugar. Incluso entonces Sebastian ya disponía de una especie de universo de bolsillo, un pequeño mundo que había creado para él, y aquel lugar era su centro neurálgico, su refugio, un refugio infantil donde estar a salvo del violento y peligroso mundo de los adultos, donde todos eran mucho más grandes que él, donde nadie se estaba muriendo de progeria galopante, la decrepitud acelerada que había convertido a Sebastian en un no adulto lleno de arrugas que se iba disolviendo un poquito más a cada día que pasaba. Los Ángeles no era una ciudad muy adecuada para los niños, y no tenía nada de extraño que Sebastian se hubiera estado muriendo en ella. Si no se hubiese construido aquel escondite, su diminuto cuerpo habría acabado siendo pisoteado en las calles.

Más allá de las velas que chisporroteaban en las bifurcaciones plateadas de los candelabros, Deckard vio cortinas de gasa medio desgarradas aleteando bajo una brisa imperceptible cuyos extremos harapientos se deslizaban sobre los maniquíes y animales de peluche más próximos. Todos los contenidos de la cabeza de Sebastian

que no habían sido empleados para revisualizar la calle de Los Ángeles y el edificio medio en ruinas estaban expuestos allí, tan al descubierto como un blando ejército infantil. Ojos de cristal contemplaban la nada o se reflejaban en espejos de barrocos marcos dorados, sus fotorreceptores inertes desconectados o desprovistos de pilas. Cuando Pris, huyendo de la cacería junto con el grupo de replicantes huidos del que había creído formar parte, se había disfrazado a sí misma como una de las creaciones mecánicas de Sebastian, una muñeca-novia con leotardos y un velo colocado sobre aquellos cabellos que parecían hechos de paja, por fin había logrado alcanzar la apoteosis no humana que su cerebro averiado llevaba persiguiendo desde hacía tanto tiempo. En aquel momento Pris había logrado ser una cosa, un mero objeto, y el que se tratara de un objeto asesino o de un objeto amado carecía de importancia.

Uno de los maniquíes, un gordo payaso de sexo ambiguo, se removió levemente y dejó escapar una estridente carcajada de mujer mientras el cuello gomoso y lleno de verrugas temblaba, inclinando hacia atrás el rostro pintado de blanco. Dedos regordetes ondularon en el aire, agitándose como pálidas anémonas sacadas de las profundidades oceánicas.

Deckard se detuvo en el centro de la habitación y obligó a su respiración a tranquilizarse, luchando con una creciente sensación de claustrofobia. Aquel lugar ya le había parecido incómodamente asfixiante, repleto de una cantidad francamente excesiva de trastos viejos y cachivaches —válvulas de radio y antigüedades de las tiendas de empeño, piezas de ajedrez, todos los objetos coleccionables que se podía esperar constituirían las aficiones de un niño demasiado inteligente atrapado en una agonía perpetua— incluso si las zonas vacías no estuvieran ocupadas por recuerdos muy desagradables. Deckard había estado a punto de morir allí, dos veces en rápida sucesión, primero cuando la loca Pris le atacó por sorpresa, y luego cuando tuvo que enfrentarse al todavía más chiflado replicante Batty. Comparado con él, el original humano al que había conocido más tarde, el Batty que había acabado llenando el maletín parlante con los contenidos de su cerebro, apenas le había dado problemas.

Los dedos le dolían, no sólo por el anhelo de sentir el peso reconfortante de un arma —aunque el arma real no le había servido de mucho allí, en el allí real—, sino por el recuerdo de viejas heridas. El replicante Batty le había roto los dedos con tanta facilidad como si estuviera partiendo ramitas. Las fracturas no se habían curado correctamente, y los cambios de tiempo o la presión del recuerdo siempre le provocaban nuevos dolores.

Los secos ladridos del payaso que reía ascendieron súbitamente una octava más por la escala tonal, y las manos de goma temblaron todavía más espasmódicamente por encima de la cabeza empelucada. Deckard se apartó del artefacto mientras veía cómo un estremecimiento de engranajes mal conectados recorría todo su cuerpo. El payaso se quedó repentinamente inmóvil, el rostro pintarrajeado paralizado en un rictus de hilaridad enloquecida. El silencio de la habitación volvió a congelarse una vez más, y un hilillo de humo negruzco, goma quemada, brotó de la boca

entreabierta.

Otro rostro apareció ante Deckard, emergiendo desde detrás del payaso fulminado.

—Oh… Hola. —La tela negra que tapaba los mecanismos del artefacto había sido colocada sobre los hombros de Sebastian. Su mirada de ojos humedecidos, todavía incrustada en la carne arrugada de su enfermedad envejecedora, fijó sus parpadeos en Deckard—. No le había oído entrar. Estaba ocupado con este viejo cacharro, ¿sabe? Intento conseguir que vuelva a funcionar. —Sebastian puso una mano marchita sobre el hombro del payaso en un gesto de protección—. Es una auténtica pieza de colección, y hace mucho tiempo lo exhibían en un parque de atracciones.

—No —Deckard meneó la cabeza—. Ni siquiera es real. Nada de cuanto hay aquí es real.

—Bueno…, sí y no. —Sebastian tenía las manos llenas de grasa y se las restregó en los pantalones—. Si hablamos de realidad en el sentido…, eh…, en el sentido platónico, entonces sí que son reales. —Rozó uno de los ojos del payaso con un índice extendido, empujándolo delicadamente hasta dejarlo alineado con el otro—. Me estoy refiriendo a la idea de la manifestación física, a lo que tuvo su origen en el parque de atracciones. Las ideas también son reales. —Su voz adoptó un tono repentinamente defensivo—. Al igual que todo lo que hay… ahí fuera. —Dirigió una inclinación de cabeza al enorme ventanal arqueado de la habitación, pero estaba claro que se refería a lugares mucho más alejados de allí que la calle visible—. En… En el sitio del que ha venido, ¿sabe?

—Por eso lo llaman el mundo real —dijo Deckard—. Y esto no es real. —Su mano se alzó para señalar a Sebastian—. En el mundo real ya no tenías piernas.

—Cierto. —Sebastian asintió lentamente—. Tuve que librarme de ellas. —Su expresión se volvió un poco más alegre—. Pero aquí, y porque éste es mi mundo… Bueno, pensé que debía volver a tenerlas. ¡Y no me he arrepentido! La verdad es que resultan muy útiles.

—Tendrías que haberte equipado con un segundo par de brazos. Te serían todavía más útiles.

—Oh, me dijeron que si quería podía hacerlo…

—¿Quiénes? —preguntó Deckard, mirando fijamente a la imagen bajita.

Sebastian respondió sin inmutarse.

—Los simpreps, por supuesto. Me lo dijeron cuando hicieron esto para mí. Ya sabe a qué me refiero, ¿no? Eso que llaman «deshidratado»… Sólo que no tiene nada que ver con el deshidratamiento, porque sólo es un término de argot. Y ocurre exactamente lo mismo con lo de ser una deidad. No me siento como si fuera una deidad. —Sonrió tímidamente—. Sólo me siento yo mismo. El hecho de que pudieran tomar lo que quedaba de mí y convertirlo en un encapsulado polimerizado de anulación sensorial, que es la denominación técnica con la que se conoce al proceso, no cambia nada. Real o no, tanto da…

Los ojos de Deckard recorrieron la habitación abarrotada y volvieron a posarse en su anfitrión.

—Pero aquí hay una gran diferencia —dijo en voz baja y suave—. Aquí no tienes por qué morir, ¿verdad? De la forma en que tenías que hacerlo en el exterior, quiero decir…

—Bueno, si quisiera podría morir. Todo es posible. —Sebastian puso una mano sobre el peto de su mono—. Podría hacer que todo este cuerpo desapareciese. Quiero decir que… Bueno, podría hacer que se desmoronara y que saliera flotando por la ventana como si sólo fuera una masa de polvo. Pero… —Volvió la mirada hacia los muñecos y juguetes silenciosos—. Todavía hay lo suficiente de mí en este sitio y en estas cosas, y en realidad se podría decir que todo esto ha salido de mí, por lo que supongo que seguiría aquí. En… En espíritu, ¿verdad? —Sebastian frunció el ceño, como si estuviera intentando entender la auténtica naturaleza de la situación—. Como esa vieja historia en la que partías una manzana por la mitad y encontrabas a Dios en el corazón de la manzana… ¿No la oyó contar nunca cuando era pequeño? Así que quizá realmente sea una especie de deidad, como todos esos nombres registrados y autentificados que ves en esos paquetitos. Eh… La verdad es que no lo sé.

Deckard contempló al hombrecillo con una repentina compasión, de la misma manera en que lo había hecho hacía ya mucho tiempo, en el mundo real.

—Sí, quizá seas una deidad después de todo.

—Pero tendría que haberme visto cuando llegué aquí por primera vez y empecé a…, a jugar y a divertirme. —Una chispa de excitación ardió en aquellos ojos eternamente humedecidos—. ¡Me convertí en un gigante de tres metros de altura! Siempre había querido ser enorme. —Un índice señaló hacia arriba—. Pero no paraba de golpearme la cabeza con el techo, así que no resultaba nada práctico. Aunque supongo que también podría haber agrandado la habitación…, pero entonces no habría sido la misma de antes, claro. Y yo quería que todo fuera igual que antes, exactamente igual… Y mis pequeños amigos también, por supuesto. ¡Eh, Coronel! —gritó de repente, mirando más allá de Deckard—. Y tú, Chirriante… Venid aquí. Tenemos visita.

Una mirada por encima del hombro, y Deckard vio a dos figuras todavía más pequeñas, un oso de peluche aparatosamente uniformado y un soldado de juguete de larga nariz, emergiendo con andares contoneantes de otra de las habitaciones. Los ojos de botón del oso se clavaron en Deckard con una evidente suspicacia y la columna vertebral del soldado se puso rígida, como si el autómata estuviera examinando rápidamente todos los cursos de acción entre los que podía elegir.

—Venid aquí, amigos. Venga, sed buenos… —Sebastian agitó delante de ellos un dedo manchado de grasa negra—. El señor Decker no nos va a hacer ningún daño. Y de todas maneras, no podría hacernos daño ni aunque quisiera…, o por lo menos eso creo. —Los ojos acuosos se volvieron nuevamente hacia Deckard—. ¿Podría?

Deckard meneó la cabeza.

—No. Ya no.

Los compañeros de juguete no parecían muy convencidos, y el oso emitió un suave gruñido.

—Que se vaya —dijo el soldado—. Es un hombre malo.

—Estoy seguro de que intenta ser lo más bueno posible, Chirriante. El señor Decker ha tenido una vida mucho más difícil que nosotros…, o que yo, por lo menos. —Sebastian inclinó la cabeza hacia un lado y observó a su invitado con expresión pensativa—. No tiene auténticos buenos amigos como yo. Está muy solo. ¿No es así, señor Decker?

—No lo suficiente. —El tiempo tal vez no estuviera transcurriendo dentro de aquella habitación (como todo lo demás, el tiempo quizá estuviera obligado a quedarse ahí fuera, en el mundo real), pero Deckard sabía que había por lo menos otra persona esperándole en algún lugar. Tenía asuntos pendientes, y el destino mutuo que compartía con Sarah Tyrell todavía era un pequeño enigma que necesitaba recibir una conclusión—. Pero puedo aguantarlo.

Sebastian se encogió de hombros.

—Como quiera. Ése es su propio universo de bolsillo, ¿verdad? Me refiero al que está dentro de su cabeza…

—¿Y qué me dices de ti? —La exhibición de santidad barata de Sebastian había conseguido irritar a Deckard, y estaba haciendo salir a la luz una veta de maldad que no se molestó en tratar de ocultar—. ¿Realmente pretendes convencerme de que tus amiguitos son compañía suficiente para ti?

—Claro… —Sebastian parecía repentinamente nervioso, como si acabara de percibir el filo de hostilidad que flotaba en el aire lleno de motas de polvo—. Siempre lo fueron. Tenían que serlo.

—¿Y Pris? —Deckard sintió cómo la sombra de su sonrisa aparecía en sus labios —. ¿Dónde está Pris?

La inocencia infantil se esfumó del rostro de Sebastian, desapareciendo tan súbitamente como si acabara de ser desconectada por un interruptor en uno de sus juguetes mecánicos, y fue sustituida por algo que era a la vez más apasionado y más oscuro, algo que podía ser visto en el centro de sus ojos bajo la forma de dos pequeñas masas de negro metal esmaltado.

—Eso no es asunto suyo, señor Decker. —Su mirada, dura y aniquiladora, hubiese podido abrir agujeros a través de la piel y la carne del mundo real—. No tiene ningún derecho a preguntarme por ella.

—Sólo era una pregunta. —Esta vez le tocó el turno a Deckard de encogerse de hombros—. No tienes por qué responder a ella. Es tu mundo, ¿recuerdas?

Y de repente ese mundo empezó a temblar en una conexión simpática con su creador. Nubecillas de polvo de yeso se desprendieron de una red de grietas que se extendieron por el techo manchado de humedad, recorriéndolo en un deslizamiento tan vertiginoso como el de un relámpago visto en negativo. Las lágrimas de cristal de

los candelabros y las arañas apagadas tintinearon, como si las líneas de las fallas sísmicas ocultas debajo del Los Ángeles real hubieran sido duplicadas allí.

—¡Basta! —Un chillido estridente, otra voz aullando desde el extremo opuesto de la habitación—. ¡Basta ya! —El soldado de juguete estaba agitando sus diminutos puños en el aire, elevándolos hasta el afilado extremo del pincho de su casco—. ¡Déjele en paz! —El oso de peluche uniformado estaba pateando el suelo junto al soldado, golpeándolo con una ira lo bastante grande como para haber causado los temblores de aquella superficie—. ¡Malo, malo, malo!

—No, amigos… No… —Con el rostro humedecido por las lágrimas, Sebastian extendió la palma de una mano hacia adelante mientras se dejaba caer en una silla de respaldo tallado—. No pasa nada…

El oso de peluche fue el primero en atacar y los flecos dorados de sus entorchados temblaron mientras curvaba sus rechonchos brazos alrededor de la pierna de Deckard, su rostro redondo y suave imprimiendo un gruñido ahogado sobre la tela de la gabardina. Deckard arrancó a la criatura animada de su cuerpo y la sostuvo en alto el tiempo suficiente para poder lanzarla contra el soldado de juguete que venía hacia él. Los dos autómatas de Sebastian acabaron derrumbados en un rincón y el soldado se echó a llorar, gimoteando de pura frustración.

—No les haga daño… —Sebastian se inclinó hacia adelante y agarró de la manga a Deckard—. No es culpa suya. Sólo están haciendo aquello para lo que les programé. Sólo están tratando de protegerme…

Deckard bajó la mirada hacia el hombrecillo que lloraba ante él.

—¿De qué? —Un viejo circuito policial profundamente enterrado cobró vida de repente dentro del cerebro de Deckard, produciendo la satisfacción casi vergonzosamente cruel que acompañaba al trabajo bien hecho. Aquel lugar quizá fuera el mundo de Sebastian, su pequeño universo de bolsillo privado, pero Sebastian ya no lo controlaba. «Ahora soy yo quien lo controlo», pensó Deckard. Romper las cosas era la única manera de conseguir que lo que ocultaban pudiera ser visto y quedara expuesto a la luz, y por fin podría averiguar lo que necesitaba saber—. ¿De qué te están protegiendo?

Sebastian hizo una profunda y temblorosa inspiración de aire y se fue irguiendo ante Deckard.

—Oh… Supongo que de todo. En realidad no lo sé. —Hizo un visible esfuerzo para calmarse, las frágiles partes de su cuerpo unidas por un hilo invisible—. De nada, realmente… —Sus dedos temblorosos secaron las últimas lágrimas de sus ojos —. Sí, de veras… —añadió, alzando la mirada hacia Deckard—. De nada… Ella no está aquí.

—¿Pris no está aquí? ¿Y por qué no?

—No lo sé… —Sebastian meneó la cabeza, visiblemente apenado—. Intenté hacer que estuviera aquí… Ya sabe cómo, ¿no? De la misma manera en que hice que el Coronel Peludo y el Húsar Chirriante fueran tal como habían sido antes… —

Señaló al oso de peluche y al soldado de juguete, que se habían retirado de mala gana a una esquina de la habitación—. Tendría que haber sido capaz de conseguirlo. Éste es mi mundo, ¿verdad? Los simpreps me trajeron aquí, me convirtieron en una deidad deshidratada, me dieron todo esto… Debería ser capaz de tener lo que quiera, ¿no?

—Supongo que sí. —Deckard asintió—. Lo que quieras, sí…

—Pero no pude hacer que fuera así. Lo intenté no sé cuántas veces, pero sencillamente no quería ocurrir. Por eso no he cambiado nada, y por eso lo he dejado todo tal como estaba antes. Eh, mire… —Sebastian se levantó de la silla, fue corriendo hasta uno de los ventanales y apartó de un manotazo su cortina de gasa—. Me ha quedado muy bien, ¿verdad? —Un dedo se estiró para señalar el oscuro paisaje urbano empapado por la lluvia que se extendía debajo de ellos—. La calle es perfecta, ¿verdad? Está exactamente tal como era…

Otra lenta inclinación de cabeza de Deckard.

—Y todo esto, el edificio y todo lo demás… —El hombrecillo fue girando sobre sus talones en el centro de la habitación, con las manos levantadas para señalar cuanto contenía y los espacios que había más allá de ella—. Sé que todo ha quedado perfecto. Viví aquí durante tanto tiempo, o quizá debería decir ahí fuera, en el mundo real que…, que éste era mi mundo. Tenía que volver a crearlo todo, y lo hice.

Deckard le contempló y le escuchó sin decir nada, compadeciéndose más que nunca de aquel pobre desgraciado. «Lo está descubriendo…» Sebastian estaba empezando a descubrir las mismas cosas que Deckard había averiguado por su cuenta, todo lo que había aprendido y había escrito en el pergamino chamuscado de su corazón. Ciertas cosas no podían ser recuperadas. Lo único que podías hacer era llorar su pérdida, y ahí acababa todo.

—Pero Pris… —Sebastian parecía perplejo, como si estuviera a punto de echarse a llorar de nuevo—. Cuando acabé, seguía sin estar aquí. Se suponía que debía estar porque yo quería que así fuera, pero no estaba aquí.

Deckard sabía cuál era la razón por la que Sebastian, la deidad de aquel universo de bolsillo, había fracasado en su intento. Se preguntó si debería contárselo.

—Lo intenté una y otra vez…

—Oye, no va a ocurrir —dijo Deckard—. ¿Por qué no te rindes? Tienes tus recuerdos, y tendrán que bastarte.

El tremendo suspiro que surgió de Sebastian hizo que pareciese todavía más pequeño y frágil.

—Lo sé. Sé que tiene razón. —Sus hombros se inclinaron bajo el peso de la desolación. El hombrecillo parecía haber sido repentinamente vaciado, volviéndose tan insustancial como si los contenidos de su piel se hubieran convertido en átomos sueltos y hubieran sido exhalados, como si otra ráfaga de brisa nocturna que entrara por la ventana pudiera bastar para disiparlo por completo—. Hay una razón, ¿verdad? Me refiero al porqué Pris no está aquí…

—No es necesario que hables de ello si no quieres. No he venido aquí por eso.

—Por supuesto que no. Ya sé que tiene asuntos muy importantes de los que ocuparse. Aun así… —Sebastian se volvió hacia el silencioso e inmóvil maniquí-payaso. Levantó la tela negra que cubría sus entrañas mecánicas, sacó un destornillador de mango amarillento de uno de los bolsillos de su mono y empezó a hurgar en la masa de engranajes—. Ya le he dicho que sé por qué no está aquí. O, para expresarlo de otra manera, el porqué está relacionado con lo que no sé sobre Pris. —Extrajo una pequeña pieza de los engranajes, la sostuvo entre el pulgar y el índice y la examinó—. Quiero decir que… Bueno, sé todo lo que hay que saber sobre este tipo de cosas y sobre todo lo demás que tengo aquí. —Sin soltar la pieza metálica, Sebastian movió la mano en un gesto que abarcó todo el contenido de la habitación—. Y el edificio, y la calle de afuera, e incluso toda la ciudad… Sé lo que son todas esas cosas. Por eso puedo verlas de la manera correcta dentro de mi cabeza, y por eso he podido hacer que volvieran a existir aquí, tal como eran antes, ahí fuera… En el mundo real, ya sabe. Pero con Pris… —Se inclinó sobre los engranajes del payaso y volvió a colocar la pequeña pieza en su sitio—. Creía saber qué era. Pero quizá estaba equivocado.

Deckard no dijo nada. Durante unos momentos la habitación y todos los espacios vacíos que la rodeaban quedaron sumidos en el silencio salvo por el repiqueteo de la lluvia sobre el cristal de la ventana y los charcos de agua oscura acumulados en el pasillo.

—¿Puede ser eso, señor Decker? —La mirada de Sebastian, súbitamente más aguda y penetrante bajo la constante humedad, como un cuchillo medio escondido que se agitara debajo de unas aguas turbias, se clavó en el rostro de Deckard—. ¿Y si…? ¿Y si siempre hubiera estado equivocado después de todo?

11

—Me alegro de que estés aquí —dijo la niña. Estiró el brazo, tomó la mano de Sarah y la obsequió con una sonrisa tan hermosa como llena de timidez—. Estaba empezando a sentirme un poco sola. Lo cierto es que no tenía a nadie con quien hablar…

«Pobrecita —pensó Sarah—. Ni siquiera es real…» La idea de los fantasmas y las sombras, y todas las otras cosas irreales, que padecían bajo el peso de la soledad, de la misma manera en que siempre había sufrido ella, descendió repentinamente sobre su mente para oprimirla con una tristeza a la que no había forma de escapar. Si aquella niña —o la niña que estaba viendo, una encarnación temporal de la memoria y del pasado que habían quedado tan radicalmente confundidos y alterados dentro del *Salander 3*— podía sentirse sola, entonces la soledad era una especie de constante universal, como la gravedad o la velocidad de la luz. Todo lo que había en el mundo, tanto en aquél como en cualquier otro, estaba hecho, por lo menos en parte, de soledad.

Los cabellos oscuros de la niña, tan oscuros como los de Sarah, estaban recogidos en una larga trenza sujeta al final por una cinta roja. La niña —la imagen, el fantasma, la alucinación— no intentó retroceder cuando Sarah percibió el roce de la delgada textura de la cinta entre las puntas de sus dedos. La cinta parecía lo bastante real, e incluso daba la impresión de haber sido afectada por el paso del tiempo: parecía vieja, gastada y deshilachada, con las suaves y delgadas hebras empezando a desprenderse de los bordes.

—¿Te la has hecho tú? —Sarah le habló con dulzura, como si cualquier palabra áspera pudiera haber dispersado la apariencia de la niña incluso dentro de aquella existencia ilusoria, igual que una mano disipa una voluta de humo al atravesarla—. ¿O tienes a alguien para que te peine?

—Puedo hacerlo yo sola. —La niña habló en un tono lleno de dignidad ofendida —. Si quiero, claro… Pero normalmente dejo que lo haga la niñera.

—¿La niñera? ¿Qué niñera?

—Oh, ya sabes… —La niña, que seguía sosteniendo la mano de Sarah entre sus dedos, utilizó la cabeza para señalar las paredes del pasillo y la maquinaria oculta de la nave—. Las cosas que cuidan de ti. Es su trabajo, ¿no? Aunque ahora ya no tienen que estar tan pendientes de mí porque ya no soy un bebé. Pero si pueden hacer cosas se sienten felices, así que de vez en cuando dejo que me cuiden.

Sarah ya sabía de qué estaba hablando. El ordenador del *Salander 3* seguía callado, como si hubieran dejado su voz detrás de ellas a medida que se iban adentrando en las entrañas de la nave. Pero Sarah podía percibir la presencia de la seudovida infiltrada en la estructura de la nave, el flujo de electrones, la activación de solenoides, el giro y la intersección de los engranajes, todas las minúsculas funciones programadas en el metal y el silicio inertes. Sabía que la nave también la había

mantenido con vida en su momento, que había cuidado de ella durante todo el viaje de vuelta a la Tierra, hacía ya tantos años. Cuando el *Salander 3* renunció a seguir avanzando hacia el sistema de Próxima y regresó con dos cadáveres humanos y una niña viva como únicos pasajeros, el ordenador y sus manipuladores más delicados no habían atado ninguna cinta roja, pero hicieron todo lo necesario para preservar la vida real que les había sido encomendada.

Sus pasos y los de la niña las habían llevado hacia las profundidades del *Salander 3*, porque Sarah había querido alejarse del charco de sangre junto al que había encontrado a su compañera ilusoria. La niña pareció acabar compartiendo la inquietud de Sarah, porque la había guiado, su mano en la de Sarah, hasta más allá de las entradas de otras ramificaciones del pasillo a lo largo de las cuales eran visibles nuevos mensajes garabateados en las paredes con el mismo rojo húmedo que parecía negro bajo el espectro parcial de los fluorescentes del techo. Sarah la siguió, y sólo cuando llegaron a una sección de la nave que había escapado a la violencia desconocida que se había abierto paso a través de los otros recintos —y que parecía ser alguna clase de área de almacenamiento, con cajas y contenedores identificados mediante pulcros trazos de rotulador alineados junto a las paredes— se sintió capaz de recuperar el aliento y volver a hablar.

Entonces se detuvo e hizo girar a la niña hasta dejarla de cara a ella.

—Dime una cosa…, y quiero que me digas la verdad y que no me engañes. —Se arrodilló para que su mirada quedara a la altura de la de la niña—. ¿Realmente te llamas Rachael?

—Pues claro. —La niña le devolvió la mirada sin pestañear, observándola con expresión sombría—. ¿Cómo me iba a llamar si no?

Sarah no dijo nada. La imagen de la niña dejó de ser una mera percepción óptica para convertirse en algo más que avanzaba por otros pasillos oscuros, los que se ocultaban dentro de los recuerdos de Sarah. Sabía a qué rostro le recordaba el de aquella niña, porque lo había visto en una de las fotos guardadas en el escritorio de su tío, el *bureau plat* repleto de complejas molduras y dorados de su vasta *suite*-despacho de Los Ángeles, aquella gigantesca estancia de techos abovedados que Sarah había heredado junto con todos los objetos que pertenecían a la Corporación Tyrell. La foto era de ella misma y había sido tomada aproximadamente cuando tenía la misma edad, unos diez años, que la niña inmóvil delante de ella. Sarah no podía recordar dónde se la habían tomado, aunque suponía que fue en Zurich, en aquel carísimo internado muy parecido a un convento en el que su tío matriculó a su sobrina huérfana apenas ésta fue lo bastante mayor para ser aceptada en él. La niña de la foto llevaba el uniforme de cuello rígido cuya áspera tela había producido aquellos picores tan terribles a través de sus delgados calcetines blancos.

Y en aquella vieja foto había algo más. Los cabellos de Sarah estaban recogidos por detrás de la misma manera en que los llevaba recogidos aquella niña, pero sin una cinta de ningún color, o sencillamente ésta no había sido captada por la cámara. «Y

tenía tirabuzones…», pensó Sarah. Cuando tenía diez años, lucía tirabuzones meticulosamente rizados y ordenados para que quedaran suspendidos a un centímetro escaso por encima de sus cejas. Aquella niña, en cambio, llevaba la raya a un lado con el flequillo resultante peinado en diagonal sobre su frente. El peinado era distinto, pero la cara… Sí, la cara era la misma. Sarah podía verlo con sólo invocar la foto en su memoria para compararla con la niña que tenía delante: los mismos ojos oscuros, la misma belleza incipiente, la frágil palidez… Y algo más, algo más profundo y más escondido que aun así saltaba a la vista. ¿Qué era? Aquella tristeza, por supuesto, presente incluso cuando la niña sonreía, presente incluso cuando aquella Sarah esfumada de la vieja foto había sonreído, tímida y titubeante. La tristeza era exactamente la misma.

«Eso lo demuestra», pensó Sarah. Saber que la niña delante de la que estaba arrodillada y en cuyas oscuras pupilas veía reflejado su propio rostro de mujer adulta era un fantasma, una alucinación, una anomalía temporal, algo que los efectos tóxicos de los impulsores interestelares agotados del *Salander 3* habían conjurado a partir del pasado deforme y retorcido atrapado dentro de las curvas de su casco metálico, no suponía ningún consuelo para ella. «O quizá ha salido de mi cabeza…» Sí, parecía la única explicación mínimamente lógica. «Rachael…» ¿De qué otro lugar podía haber surgido aquel nombre? Tenía que haber salido directamente de los recuerdos y los deseos de Sarah, que había llegado a usar ese nombre, que había intentado desesperadamente ser Rachael durante todos aquellos meses en los que creyó que podría sustituirla, el original suplantando a la copia, para así ocupar el lugar de la replicante a la que Deckard había amado.

Sarah se incorporó.

—Tú no te llamas Rachael —dijo con voz súbitamente helada.

La niña frunció el ceño.

—Pues claro que me llamo Rachael. Sé muy bien cómo me llamo.

—Te llamas… —Sarah respiró hondo, intentando resistir los embates de la oleada de fatiga que se había alzado repentinamente dentro de ella—. No tienes nombre. Tú… No hay ningún nombre, nada…

—Qué tontería. Todo el mundo tiene un nombre, ¿verdad? ¿Cómo puedes no tener un nombre?

—Oh, es muy fácil. Si no existes…

—Puede que eso te pase a ti, pero a mí no —dijo la niña, hablando con toda la dignidad de una persona adulta—. Yo sé qué existo. ¿Y tú? ¿Qué problema tienes?

—No es el momento más adecuado para hablar de ello, créeme. —Sarah se frotó la sien—. Te llamas Sarah… Sarah, igual que yo.

La niña dejó escapar una carcajada llena de desdén.

—Eso es una tontería. ¿Cómo podemos tener el mismo nombre?

—Nos llamamos igual porque tú y yo somos la misma persona. —Sarah se preguntó por qué estaba intentando explicarle todo aquello a una ilusión—. Es decir,

en cierta manera… Tú formas parte de mí. Eres algo que ha surgido de mi cabeza, nada más… No eres real, salvo en el grado en que eres algo que mi subconsciente ha creado a partir de mis recuerdos.

—Tú eres la que no es real. —El estado anímico de la niña había cambiado rápidamente, y su expresión se volvió entre hosca y sombría—. Nunca te había visto antes. Llevo mucho tiempo aquí, sola y sin ver a nadie, y entonces apareces de repente y empiezas a decir cosas horribles… —Fulminó con la mirada a Sarah—. Y además, ¿de dónde has salido tú?

—Vengo de muy muy lejos. —Una de las manos de Sarah se agitó en el aire, como si intentara señalar las paredes de la nave y cuanto había más allá de ellas—. Vengo de un sitio en el que hay luz y tiempo y…, y toda clase de cosas útiles.

—No… —La niña estudió a Sarah en silencio durante unos momentos y después estiró el brazo y le cogió la mano, pero esta vez con más brusquedad de lo que lo había hecho antes. Clavó la mirada en la palma de Sarah, escrutando las venas y los tendones de su muñeca. Después meneó la cabeza, y la trenza le rozó los hombros—. Vienes de aquí. —La niña parecía perpleja—. Lo veo. Puedo verlo… Estás hecha de lo mismo que yo. Eres como yo. —La mirada aguda y penetrante subió hasta el rostro de Sarah—. Pero antes no estabas aquí… No lo entiendo.

«Tiene razón —pensó Sarah—. Mi origen, mi comienzo… Todo está aquí». Había nacido a bordo de aquella nave, aunque por aquel entonces el *Salander 3* flotaba entre las estrellas en vez de estar hundido en las profundidades de Scapa Flow. «No es que eso suponga ninguna diferencia, claro…» Sarah miró a su alrededor, contemplando las cajas amontonadas y los muros plateados que se alzaban detrás de ellas. La brisa del sistema de ventilación transportaba moléculas que eran introducidas en sus pulmones, el mismo aire enlatado que había respirado nada más nacer. «Es como volver a casa», pensó.

—Quizá es lo que debería hacer. —Sarah habló en voz alta, casi olvidando la otra presencia percibida que se hallaba inmóvil junto a ella—. Quizá debería olvidarme de todo lo demás…

—¿Qué es lo que deberías olvidar?

La niña había percibido el repentino alejamiento de su atención, y le estaba tirando de la mano.

—Todo lo demás. Todo lo que hay ahí arriba… —Una sacudida de la cabeza, un intento de indicarle dónde se hallaba aquel mundo exterior—. Todo lo que hay en ese otro mundo, el mundo del que tú no sabes nada. —Sarah se recordó a sí misma que la niña ni siquiera existía, por lo que resultaba obvio que no podía ni imaginarse la realidad—. Olvidar ese mundo… Sí, quizá sería una buena idea.

—Oyéndote hablar se diría que es un sitio muy bonito. —La niña, nuevamente perpleja, la estaba mirando—. Luz y otras cosas… Aquí dentro hay mucha oscuridad.

—Ahí arriba también hay mucha oscuridad. —Sarah no pudo evitar que una sombra de amargura se infiltrara en su voz—. Lo sé, créeme… —Un pasillo muy

largo flanqueado por puertas se deslizaba a lo largo de sus recuerdos, extendiéndose hasta aquel punto de fuga más allá del cual ya era inútil seguir avanzando. Sarah mantenía todas las puertas cuidadosamente cerradas, aunque sabía con toda exactitud qué había detrás de cada una de ellas. Y a veces las cerraduras no funcionaban, y las puertas se abrían tanto si lo querías como si no—. Y aquí… Bueno, aquí tienes luz suficiente. Para ver por donde vas, quiero decir… —Se preguntó si las baterías del *Salander 3* se agotarían algún día, o si la nave estaba lo suficientemente hundida en la ciénaga del tiempo para que las luces siguieran encendidas eternamente, y si el sistema de ventilación seguiría deslizando sus suspiros por los corredores. Quizá no. Probablemente había alguna ley de la física que lo prohibía. En realidad a Sarah le daba igual, y pensó que ni siquiera le importaría tener que vivir ahí abajo, entre la oscuridad, respirando el aire rancio que pudiera encontrar, repitiéndolo todo una vez y otra y otra más. Quizá eso era exactamente lo que había estado buscando, y por eso había permitido que Wycliffe y Zuinglio la convencieran de que debía bajar allí. Un regreso al útero… o a la tumba. En el fondo, eso también le daba igual—. Tienes muchas cosas —murmuró con los ojos cerrados—. Tienes más que suficiente de todo lo que puedes llegar a necesitar…

—Bueno, pues aun así no quiero seguir aquí. —La voz de la niña, con un anuncio tan repentino como lleno de amargura—. Este sitio es horrible.

—¿Por qué dices eso? —Sarah abrió los ojos—. ¿No te gustaría quedarte aquí para siempre? O por lo menos tanto tiempo como yo pudiera pasar aquí contigo, quiero decir… —Miró a la niña e intentó sonreírle con afabilidad—. Podríamos tomar el té, y no tendríamos que compartirlo con nadie. Y si quisieras, podríamos dormir en la misma cama. Estaríamos tan calentitas… —Sarah supuso que el océano podía acunar sus sueños, eso en el caso de que hubiera alguna necesidad de soñar en un sitio como aquél—. ¿No crees que sería maravilloso?

—No. —La niña frunció el ceño y su rostro se oscureció, como si las sombras hubieran empezado a surgir de detrás de las cajas amontonadas a cada lado de ella—. Aquí abajo todo está oscuro, todo es feo y da miedo… Siempre estoy asustada. No recuerdo ni un solo momento en el que no lo haya estado.

—¿Por qué? ¿A qué le tienes miedo?

—Hay otros aquí abajo. —La voz de la Rachael niña se convirtió en un suspiro —. Otros que no son…, no son buenos…

—Pensaba que tú eras la única…, hasta que yo vine aquí. —Las palabras y el tono de la niña hicieron que Sarah sintiese cómo un escalofrío helado le recorría los brazos—. Creía que por eso te sentías tan sola…

—Ya veo que no tienes ni idea, ¿eh? —La expresión sombría y meditabunda seguía oscureciendo el rostro de la niña— ¿Es que no lo sabes? ¿No sabes que puedes estar sola incluso cuando hay otras…, otras cosas a tu alrededor?

El énfasis casi imperceptible que la pequeña había puesto en la palabra «cosas» hizo que Sarah se preguntase por qué había hablado de cosas y no de personas.

—Oye, si hay algo que no necesito en estos momentos es que un fragmento de mi subconsciente me sermonee. Y menos sobre la verdadera naturaleza de la soledad…

—¡Shh! ¡No hagas ruido! —La Rachael niña agarró del brazo a Sarah con las dos manos y lo estrujó entre sus dedos—. ¡Están ahí! ¿Es que no los oyes?

—¿A quién? ¿Qué…? —El evidente terror de la niña hizo que Sarah sintiera que la columna vertebral se le ponía rígida. Miró por encima del hombro, volviendo la cabeza hacia la dirección por la que habían venido—. No oigo…

Y entonces lo oyó: un sonido de pasos que no se parecían en nada a los de la niña, tal como los había oído cuando entró en la nave, sino que eran mucho más pesados y ruidosos. Estaban envueltos en los ecos de la distancia y avanzaban por los pasillos metálicos del *Salander 3*, y eran el tipo de pasos que Sarah habría pensado pertenecían a un hombre de no ser por su ominosa lentitud, como si se estuvieran moviendo bajo un peso enorme y antinatural.

La niña se había pegado a Sarah, rodeándole los brazos con la cintura y apretándosela con todas sus fuerzas. Sarah puso las manos sobre los delgados hombros y la atrajo todavía más apasionadamente hacia su pecho, tanto para reconfortar a la niña como para tratar de tranquilizarse a sí misma con su contacto.

—¿Quién está ahí? —Consiguió apartar la mirada de las oscuras profundidades del pasillo y bajarla hacia la niña—. ¿Quién se acerca?

—Será mejor que nos vayamos. Ven…

La Rachael niña se había apartado de la cintura de Sarah y estaba tirando de su mano.

—Espera… —Las pisadas se habían vuelto todavía más ruidosas. Suponiendo que se tratara de pisadas, naturalmente, porque los sonidos se estaban convirtiendo en impactos que resonaban sobre la cubierta metálica de la nave con una violencia lo bastante grande para hacer temblar las paredes, y Sarah ya podía ver cómo los contenedores y cajas amontonadas se desplazaban ligeramente a cada nuevo golpe. Incluso las luces parpadeaban, como si los cables escondidos estuvieran empezando a desprenderse de sus conexiones. La sombra de Sarah y la de la niña temblaron nerviosamente, y nubecillas de polvo muy viejo se desprendieron de las junturas que separaban los paneles del techo—. He de ver…

—¡No! ¡Es mejor que no lo veas, créeme! —Los tirones de la mano de la ilusión se volvieron más insistentes, e hicieron que Sarah retrocediera un par de pasos—. Vamos, vamos…

«No es nada —se dijo Sarah—. No puede ser nada…» Su propia voz, resonando estridentemente dentro de su cabeza, insistía en ello. Fuera lo que fuese, un fantasma o una alucinación, un fragmento del pasado muerto repentinamente recompuesto, lo que avanzaba por entre la oscuridad al otro extremo del pasillo era tan insustancial como la imagen de la niña que tiraba de su mano. ¿Qué podía haber allí digno de que se le tuviera miedo? «He bajado hasta aquí para enfrentarme a eso, sea lo que sea…», se dijo a sí misma, su voz convertida en un grito que intentaba elevarse por encima de

las pisadas atronadoras y del temblor de la sangre en sus venas. Todas las agradables fantasías de tés infantiles, de hacerse un ovillo para dormir sin sueños debajo de las olas del océano, se habían desvanecido de repente, disipadas por el torrente de adrenalina que había invadido su cuerpo.

—¡Vayámonos de una vez! —gritó la niña.

Sarah liberó su mano de la presa de la imagen con un violento tirón lleno de irritación.

—¡Pues entonces vete! —El grito tensó los músculos de su garganta—. Vete de aquí, desaparece… Me da igual lo que hagas. Si quieres irte, vete… ¡Ni siquiera eres real!

El llanto inundó los ojos oscuros de la niña y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—No me iré sin ti… —La voz, la alucinación audible, apenas podía ser oída por entre las colosales vibraciones de los golpes que resonaban a lo largo de los corredores del *Salander 3*. Parecía como si una fuerza invisible estuviera intentando incrustar un mazo de minero en las paredes, como si el metal se retorciera con una frenética iridiscencia y se deformara en un intento de huir de la violencia lejana que se iba aproximando rápidamente—. ¡Te encontré! —aulló la Rachael niña—. ¡Estabas perdida y yo te encontré! No voy a permitir que te vayas…

La niña, el rostro enrojecido por el llanto, intentó volver a cogerla de la mano. Sarah se apresuró a apartarla, levantando la mano casi hasta la altura del hombro como si se dispusiera a abofetear a la imagen para obligarla a huir de ella.

—¡Vete! ¡No te necesito! ¿Es que no lo entiendes? No existes…

La niña se había encogido ante el golpe todavía no administrado, alzando el brazo delante de la cara para protegerse. Un instante después perdió el equilibrio cuando otro impacto, más ruidoso y violento que cualquiera de los anteriores, se abrió paso a través del espacio en una oleada de vibraciones e hizo ondular el suelo debajo de ellas. La imagen de la niña cayó y aterrizó sobre un costado, resbalando un par de metros antes de que su cuello y un hombro se retorcieran al chocar contra el montón de cajas más cercano. La nuca de la Rachael niña chocó con uno de los contenedores con una violencia lo bastante grande para dejarla aturdida, y sus párpados aletearon al borde de la inconsciencia.

Sarah también estuvo a punto de caer, y sólo consiguió mantener el equilibrio porque se apoyó en la pared. La vibración de otro impacto recorrió su carne y llegó hasta el centro de sus huesos. Durante un momento pensó que el *Salander 3* podía acabar desintegrándose, que las junturas se separarían unas de otras para permitir que las gélidas aguas del Flow inundaran el casco. Aun suponiendo que pudiera volver al lugar por el que había entrado en la nave, eso tal vez no le sirviera de nada: una veloz imagen del pozo arrancado del casco hundido, el extremo superior alejándose a la deriva por la superficie del agua, muy lejos de su alcance, desfiló por su mente. Wycliffe y Zuinglio, las cabezas subiendo y bajando en su botecito, se contemplarían

el uno al otro a través de sus gafas de montura cuadrada y sabrían que algo había salido mal…

El silencio, roto únicamente por sus jadeos y por la respiración más suave de la Rachael niña, se adueñó del pasillo. El pulso detenido de Sarah ya no podía ser usado como un cronómetro de la percepción del paso del tiempo. Segundos o minutos, medidos por los patrones del mundo exterior, podían haber transcurrido mientras esperaba la llegada de aquel lo-que-fuese que se estaba acercando a ella a través de la oscuridad.

Algo la tocó, aunque no tocó su piel, y Sarah más bien percibió la presencia que la sintió. Miró hacia abajo y vio que el suelo sobre el que se encontraba había cambiado, pasando a estar reluciente y mojado. Sarah vio su cara en un espejo rojo, una delgada película de sangre que había rezumado de la oscuridad, una delicada e inexorable marea que se iba acumulando alrededor de sus zapatos. Las náuseas se alzaron dentro de ella mientras retrocedía, apartándose del charco y dejando dos pisadas rojas que fueron engullidas, una tras otra, por la masa principal de rojez.

Cuando se oyó otro paso, tan débil esta vez que apenas consiguió turbar el silencio jadeante del corredor, Sarah alzó la mirada. Una mano, tensada hasta formar un puño de nudillos blanqueados, dejó su sombra sobre el suelo reluciente: era el puño de un hombre, lleno de cortes y cicatrices, como si el romper cristales hubiera dejado en carne viva la piel por encima de los huesos. Las pequeñas heridas emitían hilillos rojos y dejaban caer una gota tras otra, o la misma gota una y otra vez, que se desprendían y chocaban con la sangre acumulada para ondularla con una oleada de iridiscencias. El reflejo de Sarah quedó hecho añicos y volvió a formarse, como si tampoco hubiera escapatoria para él.

El puño golpeó la pared por encima de Sarah, estrellándose contra el metal con la fuerza suficiente para abollarlo y hacer vibrar las soldaduras de los cuatro lados del panel. Pero Sarah no oyó nada. El impacto tuvo lugar en el silencio, con el aire aparentemente incapaz de transportar ni una sola onda de choque más hasta sus oídos. «O quizá sea que mis alucinaciones tienen un límite —se dijo, un pensamiento extraviado que cruzó su cráneo dando tumbos de un lado a otro—. Saben hasta dónde puedo aguantar…»

Ese límite, si es que había un límite, fue aniquilado cuando la imagen del hombre emergió de la oscuridad para entrar en la luz. Su rostro siguió oculto entre las sombras mientras un par de botas, empapadas por una sangre que se había extendido a lo largo de la tela hasta que logró manchar las rodillas, se adentraban en el charco que llegaba hasta el punto al cual se había retirado Sarah ante su avance.

Sarah alzó la mirada hacia el rostro del hombre. Lo vio y lo reconoció gracias a las capas superpuestas de sus propios recuerdos, los que se habían acumulado en sus profundidades más recónditas, y gracias a imágenes que no eran recuerdos sino cosas impresas sobre el papel, trozos de un pasado enterrado hacía ya mucho tiempo. Sarah contempló los ojos de la imagen y vio su reflejo en ellos, dos puntitos brillantes

rodeados de una oscuridad que nunca podría ser alcanzada por el resplandor parpadeante de los paneles del techo de la nave: los reflejos estaban inmóviles, firmemente solidificados, y no se dispersaron en fragmentos de la manera en que lo había hecho su cara en el charco de sangre.

Dando otro lento paso hacia atrás, Sarah vio cómo el hombre se adelantaba, avanzando tan inexorablemente como si sus movimientos estuvieran unidos a los de ella, como si fueran inseparables de los suyos. Su mirada también estaba siendo mantenida tanto por el rostro del hombre, que Sarah ya podía ver con más claridad después de que hubiera entrado de lleno en la zona de irradiación del panel, como por su propia imagen doblada. El hombre apartó el puño de la pared, dejando su huella debajo de un manchón rojizo. Algo igualmente reluciente y húmedo brillaba en su cara, y en aquel momento Sarah pudo ver las franjas de sangre y carne desgarrada, tres hileras verticales paralelas en cada lado, justo debajo de los ojos del hombre: las heridas podían haber sido causadas por las uñas de otra persona, por alguien que hubiese opuesto una fútil resistencia al avance del hombre y a la llegada del momento en el que sus manos se cerrarían alrededor de su garganta y del aliento que vibraba dentro de ella.

Durante un instante la frente del hombre se llenó de arrugas y un destello de perplejidad veló su mirada. Su puño levantado se abrió, y los dedos se apartaron de la sangre acumulada en el centro de su palma.

—¿Quién eres? —Su voz era un sonido áspero y rechinante, una parte de su ser que había perdido la costumbre de hablar—. No puedes ser… Ya estás muerta. Ya me ocupé de ti…

«Eres tú quien está muerto…» Sarah quería gritar las palabras, pero su voz era incapaz de cobrar existencia. Fue retrocediendo ante la figura, el hombre que parecía alzarse sobre ella como una inmensa torre, con sus negros cabellos rozando los paneles luminosos de tal manera que tuvo que inclinar la cabeza hasta el nivel de los hombros para poder seguir aproximándose a ella.

Un tacón se enganchó en algo detrás de Sarah, y estuvo a punto de caer. Su mano chocó con una de las cajas amontonadas mientras miraba por encima del hombro. La Rachael niña yacía sobre el suelo del corredor, la espalda medio apoyada en uno de los contenedores de la última hilera. Los ojos de la niña se abrieron de repente, elevándose para mirar a Sarah primero y desorbitándose después, llenos de terror, cuando vio a la figura que se alzaba al otro extremo del angosto recinto.

Y entonces Sarah descubrió que ya no podía seguir allí ni un segundo más. La figura se había aproximado lo suficiente para que su mano roja empezara a alargarse hacia ella, las gruesas puntas de los dedos a escasos centímetros del mechón de cabellos que había caído sobre su cuello. El rostro que le devolvía la mirada desde los oscuros espejos de los ojos del hombre acababa de palidecer con el mismo miedo que había envuelto a la niña encogida detrás de ella. Aunque la imagen no fuese real, seguía siendo lo suficientemente real. «Lo bastante para matar…», susurró la voz que

hablaba dentro de Sarah.

Giró sobre sus talones para echar a correr, para escapar de los límites asfixiantes de aquel recinto, para ir a cualquier sitio en el que la sangre, alucinada o real, no se estuviera deslizando hacia sus pies como una marea. Otra mano encontró la suya. La niña había alzado el brazo y se había agarrado a ella, aferrándose a la cintura de Sarah.

La niña tampoco era real y Sarah lo sabía, pero aun así no intentó librarse de aquella presa ilusoria. Se arrodilló rápidamente y cogió a la niña por debajo de los brazos, tirando de ella hasta incorporarla. Con un brazo sujetando al cuerpecito contra su costado, Sarah fue corriendo hacia el umbral del final del pasillo, alejándose lo más deprisa posible del hombre inmóvil en el centro de aquel charco de sangre que se iba haciendo cada vez más grande.

Una rápida mirada por encima del hombro y Sarah entrevió cómo la mano roja se cerraba sobre la nada, sobre el espacio vacío en el que acababa de estar ella. Había reconocido el rostro a pesar de que antes sólo lo había visto cuando era una niña, porque se lo había traído consigo desde aquel pasado que se encontraba casi más allá de la memoria, y porque lo había contemplado en las viejas fotos de los archivos de la Corporación Tyrell…

El rostro era el de su padre, con los rasgos oscurecidos por la rabia y tan rojos y temblorosos como el puño alzado de la imagen.

Empujando a la niña ante ella, Sarah echó a correr hacia la oscuridad, huyendo hacia cualquier oscuridad que no fuese aquella en la que había visto reflejado su propio rostro.

12

—Todo es posible. —Deckard se encogió de hombros, sintiéndose un poco incómodo. El hombrecillo (o aquello en lo que se había convertido Sebastian, fuera lo que fuese) había dado con la respuesta, o por lo menos con una parte de ella, pero no había ninguna necesidad de confirmar sus sospechas. El que Pris, la amada de Sebastian, hubiera sido una replicante o un ser humano carecía de importancia—. Yo también me he dejado engañar por las cosas…, y por las personas. Creía que eran de una manera, y luego resultó que eran de otra. Es algo que suele ocurrir.

—Supongo que sí. —Sebastian hizo unos cuantos ajustes más en los engranajes del payaso—. Probablemente tenga razón —añadió, asintiendo lentamente—. Usted tiene más experiencia en esa clase de asuntos que yo. Siendo un policía, un blade runner y todo lo demás, quiero decir… Porque ése es su trabajo, ¿no? Su trabajo consiste en ir de un lado a otro persiguiendo cosas que fingen ser de una manera, cosas que se hacen pasar por humanas y que en realidad sólo son replicantes. Y cuando las encuentra, usted… ¿Qué palabra usaba? Ah, sí. Entonces las elimina, o algo por el estilo…

—Las retiro. —Deckard lanzó una rápida mirada por encima del hombro al oso de peluche y el soldado de juguete, que seguían lanzándole miradas aviesas desde una esquina de la habitación—. Pero ya no lo hago.

—Aun así… Ese trabajo tuvo que afectarle de alguna manera, ¿no? Tuvo que cambiarle y el cambio ha tenido que ser permanente, y por eso ahora ve las cosas de esa manera. Nada es lo que parece ser. Todo miente. —Una repentina amargura invadió la voz de Sebastian—. Todos mienten…

—Tal vez. Pero en todo caso eso es mi problema. No tiene por qué ser el tuyo.

—Oh, claro. —La amargura desapareció para ser sustituida por la autoflagelación —. Podría conformarme con seguir siendo un bobo, ¿verdad? Un idiota… De todas maneras, todo el mundo piensa que soy idiota. Incluso los simpreps, que me metieron en este sitio… Pensaron que podría hacerles un trabajito, de la misma manera que cuando trabajaba para el doctor Tyrell. Haz lo que te digan y quizá te dejarán en paz durante un tiempo, y así podrás seguir divirtiéndote con tus juguetitos de mierda hasta que vuelvan a necesitarte…

—Eh, calma —dijo Deckard. Ya había visto procesos parecidos anteriormente. El hombrecillo, o la imagen o encarnación perceptual o lo que quiera en que se hubiese convertido, estaba a punto de desmoronarse por completo. Los planes de Deckard no contemplaban esa posibilidad—. Las cosas no están tan mal…

—Claro, claro… A usted le resulta muy fácil decirlo, ¿no? No le importa. —Sebastian le lanzó una mirada llena de veneno—. Le han entrenado para que no le importe, ¿verdad? Como a todos los policías… Vive en esa clase de mundo, y punto. Aunque en realidad todos los mundos son iguales…

Sebastian extrajo el destornillador de la masa de engranajes y lo volvió a guardar

en uno de los bolsillos de su mono. Sus ojos habían cambiado de repente y Deckard vio que estaban ribeteados de rojo, como si la sangre se estuviera empezando a infiltrar en las lágrimas perpetuas. Sebastian permitió que la tela negra volviera a quedar extendida sobre los engranajes del payaso y accionó algún interruptor oculto. El artefacto volvió repentinamente a su seudovida anterior, y la cabeza se inclinó hacia atrás mientras los bracitos regordetes se elevaban hacia el techo.

La estridente carcajada mecánica del payaso se deslizó sobre los nervios de Deckard como un arañazo.

—Desconecta ese trasto.

—¿Por qué? ¿Le está molestando, señor Decker? —Un resplandor vengativo iluminó la mirada de Sebastian—. Pero usted tiene muchas formas de ocuparse de las cosas que no le gustan, ¿verdad? ¿Por qué no la hace pedazos, tal como solía hacer antes? Oh, lo siento. Lo había olvidado… No está armado, ¿eh? Cuando apareció aquí no le proporcioné un arma, y ahora ya es demasiado tarde para eso. —La voz de Sebastian se estaba volviendo más y más estridente, como si quisiera competir con los ruidos producidos por el muñeco que se bamboleaba violentamente hacia atrás y hacia adelante, sacudido por su propia risa—. Quizá podría tirarlo por la ventana… Sí, supongo que eso debería bastar. O también podría hacerlo pedazos con las manos desnudas… Le encantaría hacerlo, ¿verdad?

Por el rabillo del ojo, Deckard percibió otro movimiento dentro de la habitación. La risa del payaso, que se estaba volviendo más estrepitosa y abrasiva, parecía haber puesto en marcha al resto de la colección de juguetes de Sebastian. Las criaturas iban cobrando una vida titubeante y una bailarina con las órbitas vacías se elevaba a sí misma *en pointe* mientras que un Punchinello aserrado de la *commedia dell'arte* sonreía maliciosamente y agitaba un puño ribeteado de cascabeles ante enemigos invisibles. La garita envuelta en colgaduras colocada sobre la espalda de un elefante en miniatura chocó con la esquina del tablero de ajedrez, derribando las piezas blancas y negras y dejándolas esparcidas sobre el suelo. Dentro de una recargada pajarera victoriana, un ruiseñor mecánico emitía su canción mientras sus plumas de alambre-y-seda se iban desintegrando sobre capas de antimacasares amarilleados por el paso del tiempo y tableros de circuitos resquebrajados.

El inicio de claustrofobia con el que Deckard había estado luchando antes se reforzó de repente, volviéndose más intenso y opresivo. Deckard pudo sentir cómo el frío sudor del pánico iba recubriendo su piel. Había demasiadas cosas, tanto muertas como animadas, apelotonándose a su alrededor. Deckard extendió el antebrazo para apartar a un tambaleante espantapájaros de fláccidos miembros surgido del reino de Oz que acababa de pegar su sonrisa idiota a su cara. La criatura envuelta en harapos se desplomó sobre la espalda, agitando los brazos de un lado a otro entre una pequeña nube de briznas de paja que escapaban de su interior. Deckard se apartó de ella y de los otros juguetes, sintiendo cómo sus instintos policiales le dirigían hacia cualquier sitio en el que pudiera ver qué venía hacia él.

—De acuerdo, de acuerdo… —Deckard alzó las manos con las palmas vueltas hacia afuera, como si estuviera intentando mantener a raya al caos que se iba acumulando dentro de la habitación—. Cálmate de una vez, ¿quieres? —Sus palabras iban dirigidas a Sebastian. «Esto es cosa suya… Ese pequeño bastardo está haciendo que se muevan». Después de todo, eran los juguetes de Sebastian, sus creaciones—. Apágalos de una vez, ¿eh?

—¿Por qué? ¿No quiere jugar y pasarlo bien? —Un deleite malévolo se había extendido por el rostro de Sebastian. Su habitual aspecto infantil de niño decrépito se había esfumado de repente, y su piel marchita era la de un anciano, una criatura carente de sexo y de edad—. Es usted mi invitado, señor Decker. Debería disfrutar de su estancia aquí.

Durante una fugaz fracción de segundo Deckard pudo entrever otro rostro arrugado perteneciente a otra entidad cruel y resecada por el tiempo, un rostro que le había contemplado desde detrás de unas gafas de montura cuadrada, una mirada de búho que había sopesado y juzgado con más agudeza que cualquier máquina Voigt-Kampff en otra habitación de techos abovedados, una sala donde la presencia humana se hallaba todavía más ausente que en ésta…

La imagen del rostro de Eldon Tyrell se desvaneció, expulsada de la mente de Deckard por un violento esfuerzo de voluntad.

—Ya está bien. —El elefante en miniatura chocó con su espinilla, y Deckard lo apartó con una patada llena de furia—. Pon fin a toda esta gilipollez, ¿de acuerdo? Ya he tenido más que suficiente.

—Oh, no lo creo… Todavía no. Apenas acabamos de empezar.

—¡Acabamos! ¡De! ¡Empezar! —El soldado de juguete se había incorporado detrás de Deckard y estaba saliendo de la esquina, seguido por el oso de peluche uniformado. La inacabable nariz del soldado temblaba con una febril excitación—. ¡A! ¡Divertirse!

Una ráfaga de viento surgida de la nada hizo estallar la hilera de ventanales más próxima, dispersando fragmentos de cristal por toda la habitación. Deckard levantó el brazo, protegiéndose los ojos de aquellas astillas afiladas como navajas de afeitar, pequeños cuchillos teñidos de azul por la noche luminosa que se estaba abriendo paso a través de las cortinas llenas de desgarrones. Los candelabros y demás luces temblorosas se extinguieron de repente, precipitando todas las sombras de la habitación en la negrura de las tinieblas.

El suelo vibró y saltó, desarrollando grietas y brechas entre los tablones de vieja madera arañada, y las alfombras se deslizaron de un lado a otro para formar masas de arrugas debajo de las alacenas y las sillas de respaldos tallados. Cuadros enmarcados por viejas molduras doradas que habían perdido el brillo cayeron de las paredes, y sus lienzos quedaron violentamente desgarrados al empalarse en las manos de rígidos dedos de los maniquíes que estaban sufriendo ataques espásticos. Un tablero para herramientas, tan largo como toda una sección de pared y repleto de soldadores,

tenacillas y pinzas, se desprendió de los pernos que lo habían estado sosteniendo para desplomarse sobre una mesa de banquetes, como un murciélago bidimensional decidido a darse un banquete con los cuencos de plata llenos de polvorientas frutas de cera.

Deckard retrocedió tambaleándose hasta chocar con la mesita rinconera y sintió cómo el tablero de ajedrez se deslizaba debajo de su mano, hundiéndole un alfil en la palma. Un instante después la habitación se inclinó cuando otra convulsión sísmica hizo temblar el edificio. Durante un momento, y mientras era lanzado hacia la pared, Deckard entrevió a través de un ventanal ribeteado por los cuchillos de los cristales rotos la calle y el abismo que acababa de abrirse a lo largo de su centro. La marquesina estalló entre una erupción de chispazos, y los rizos de neón se desprendieron de la estructura para arañar la acera con sus zarcillos azules.

—¿Verdad que es divertido? —La furia había enrojecido el rostro de Sebastian. El hombrecillo había separado las piernas y estaba firmemente plantado en el centro de la habitación, cabalgando sobre los sucesivos impactos del terremoto—. Vamos, vamos… ¡Tiene que admitir que es divertido!

Deckard, el oso de peluche aferrado a su pierna, logró apartarse de la pared empujándose con los brazos. Después se lanzó sobre Sebastian en el mismo instante en que la boca carente de dientes del oso lograba abrir un agujero seco en la tela de sus pantalones. El impacto derribó a Sebastian, y el hombrecillo y Deckard resbalaron por el suelo a través de la confusión de piezas de ajedrez y herramientas. Cera todavía caliente manchó la mejilla de Deckard mientras le inmovilizaba los brazos a Sebastian, sujetándoselos encima de su pecho. El hombrecillo bufó y escupió, debatiéndose fútilmente.

Fuera, el dirigible de las Naciones Unidas había descendido sobre la calle y los haces luminosos que brotaban de entre sus antenas se abrían paso a través de los ventanales hechos añicos, perforándolos como cuchilladas a través de la pared para inundar partes de la habitación con una brillante claridad y devolverlas a las sombras implacablemente definidas un segundo después. Deckard puso una rodilla sobre el pecho de Sebastian, aplastándolo contra el suelo.

Otra luz empezó a infiltrarse por las paredes de la habitación. Las vibraciones habían arrancado el yeso suficiente para dejar al descubierto la subestructura esquelética del edificio y la imagen de un área más pequeña, de las dimensiones de un cubículo marciano, empezó a insinuarse en la percepción de Deckard desde más allá de las molduras destrozadas y las vigas de sustentación. Durante unos segundos de confusión, pudo verse a sí mismo —su otro yo, el real— sentado delante de la vieja mesa desvencijada de la cocina del cubículo, cabeceando con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo o sumido en el estupor de las drogas, el maletín enmudecido, esperando a que Deckard volviera de aquel lugar misterioso al que había ido…

Pero era algo más que una visión, porque el terremoto que se estaba abriendo

paso a través de la mismísima textura del universo privado de Sebastian también parecía estar haciendo temblar los borrosos contornos del cubículo de Marte. El vaso de laboratorio vacío cayó de la mesa y se hizo añicos contra el suelo, y un par de fragmentos de cristal resbalaron sobre la mano de Deckard. La sangre empezó a acumularse entre sus dedos y sobre el hombro de la figura que se debatía debajo de él.

La distracción había bastado para que Sebastian consiguiera liberar un brazo, y la palma de su mano empezó a empujar el mentón de Deckard con la sorprendente fuerza de un histérico. La cabeza impulsada hacia atrás, Deckard apenas si pudo entrever cómo la vida infundida en los maniquíes y los juguetes se iba disipando rápidamente. El payaso se quedó inmóvil, paralizado, la risa atrapada en su garganta recubierta de verrugas de goma. La bailarina se derrumbó, y las lentejuelas esparcidas sobre sus diminutos pechos se oscurecieron hasta convertirse en escamas de plomo. Las piezas de ajedrez desaparecieron por el oscuro relámpago de las grietas del suelo, como migajas bruscamente barridas de una de las mesas volcadas.

—No te me desmayes ahora, pequeño hijo de perra… —Deckard apartó la mano de Sebastian de su cara y, usando el mismo puño, le golpeó en la sien—. Todavía no he… acabado contigo. —El esfuerzo había convertido su respiración en un jadeo entrecortado. Deckard podía sentir cómo los planos y ángulos de la habitación se iban volviendo cada vez menos sustanciales a su alrededor a medida que la ilusión de su existencia se disipaba junto con la voluntad de preservarlas mediante la que Sebastian había mantenido su apariencia de realidad—. He venido aquí… para averiguar algo… —Deckard apretó los dientes, alzando el canto de la mano para asestar otro golpe—. Y no me iré… hasta que lo haya hecho…

—Me da igual —sollozó el hombrecillo. Los ojos de Sebastian se cerraron, y su rostro lleno de arrugas se volvió todavía más parecido al de un bebé prematuramente envejecido—. Adelante, máteme… No me importa.

—Si pudiera matarte lo haría, ¿de acuerdo? Pero no me tientes. —El oso de peluche uniformado le había soltado la pierna y se había desplomado sobre la espalda, los ojos de botón muertos y clavados en lo que quedaba del techo. A unos metros de distancia, el camarada de armas del oso se había derrumbado de bruces, la larga nariz doblada hacia un lado y el pincho del casco roto—. Y ahora, cierra el pico y escúchame. —El cerebro de Deckard estaba funcionando a toda velocidad, tratando de averiguar qué debía decirle a la figura sollozante—. Mira, el hecho de que Pris no esté aquí… no quiere decir que no esté en ningún sitio. Quizá lo único que ocurre es que no la has buscado en los lugares correctos.

—¿Eh? —Sebastian se frotó el rostro mojado con la mano libre. Deckard le soltó, y el hombrecillo retrocedió y se sentó en el suelo—. ¿Qué quiere decir?

—Oh, vamos. Entiéndelo de una vez, ¿quieres? —Deckard sabía que estaba diciendo tonterías, pero consiguió ocultar ese conocimiento—. Éste es el sitio donde murió, ¿verdad? Quiero decir que… Bueno, en el mundo real ella murió en este

mismo edificio. ¿Crees que querrá vivir aquí sólo porque hayas recreado todo este sitio? Intenta ser un poco más realista.

—Ah… —Sebastian se limpió la nariz enrojecida con una manga—. Nunca había pensado en eso.

—Es lo más natural. —Deckard no estaba muy seguro de que la palabra «natural» pudiera ser empleada en un universo privado como aquél. Levantó las rodillas y apoyó los antebrazos en ellas. Mirando por el rabillo del ojo, pudo ver que la rápida disolución de la sala había sido detenida, y quizá incluso invertida: las paredes, aunque todavía agrietadas y perdiendo escamas de yeso, parecían menos nebulosas. Ya no podía ver la otra habitación, aquella en la que su cuerpo real estaba sentado delante de una mesa encima de la que había un maletín—. Quizá todavía no has recreado el lugar en el que tendría que estar Pris. —Señaló uno de los ventanales destrozados y el cielo nocturno que se extendía más allá de él—. ¿Hasta dónde llega esto?

—¿Hasta dónde…? ¿Se refiere a la ciudad? ¿A Los Ángeles?

Deckard asintió.

—A todo. Estoy hablando de todas las cosas que has metido aquí… ¿Sólo creaste la calle de afuera, o el decorado se extiende más allá?

—Eh… Pues realmente no lo sé. —Sebastian alzó la mirada hacia el techo agrietado, intentando poner algo de orden en sus pensamientos—. Ahora ya nunca salgo de aquí. No desde que los simpreps me trajeron a este mundo, porque… Bueno, en realidad ya no me apetece pasear. Hice volver todo lo que podía ver desde la ventana… Ya sabe, ¿no? Todo lo que veía cuando vivía en el mundo real y miraba por la ventana, y veía esa calle y todo lo demás. —Se levantó y fue hasta la ventana más cercana—. Resulta difícil saberlo desde aquí —murmuró mientras apartaba los restos de la cortina con una mano—. Saber hasta dónde llegan las cosas, quiero decir… Todos los otros edificios de esta calle son mucho más altos. Desde aquí sólo hay un ángulo de visión que te permita ver un poco más de la ciudad. —Un dedo extendido, señalando la noche—. Y no parece demasiado… real. Más bien parece falso. —Sebastian se encogió de hombros, aparentemente avergonzado—. Supongo que hice un poco de trampa con toda esa parte. La verdad es que no le presté demasiada atención.

—Tendrías que salir más —dijo secamente Deckard—. Te sentaría bien.

La habitación parecía haber sido azotada por una tormenta que hubiera lanzado de un lado a otro todo cuanto contenía. Deckard se levantó y estiró el brazo para levantar una de las mesitas y el candelabro que había estado encima de ella. Entre la confusión de objetos esparcidos por el suelo había un viejo encendedor Zippo de la segunda guerra mundial, el metal deslustrado y lleno de rayas. Deckard prendió su delgada llama y la utilizó para encender las velas medio consumidas. La temblorosa claridad obligó a las sombras a retroceder hacia las esquinas.

—Quizá… Quizá tenga razón. —Sebastian, todavía inmóvil delante de la

ventana, se inclinó hacia la oscuridad para recorrer el pequeño panorama urbano con la mirada—. Acerca de Pris, quiero decir… ¡Sí, tiene razón! ¡Pris nunca volvería a este sitio! —Una creciente excitación se iba adueñando de su voz a cada palabra que pronunciaba, y el hombrecillo se volvió hacia Deckard—. Si ha vuelto…, y tiene que haber vuelto, porque yo quería que volviera… Bueno, entonces habría procurado alejarse lo más posible de un sitio como éste. Aquí le hicieron tanto, tanto daño… Incluso puede que se haya marchado para siempre antes de que tenga una oportunidad de volver a verla…

Deckard guardó silencio. No tenía nada más que decirle al hombrecillo, y ya no podía añadir ninguna mentira más a las que le había soltado. Deckard le había mentido y le había hecho concebir falsas esperanzas, ¿y para qué? Sólo para impedir que Sebastian disolviera por completo su universo privado, para nada más… «Pris no está ahí fuera —pensó—. De hecho, ni siquiera hay un ahí fuera».

El dirigible de las Naciones Unidas flotaba por el cielo en una lenta deriva más allá de los muros del edificio. La gigantesca pantalla de su costado se reflejaba en las hileras de cristales intactos esparcidos a lo largo de la calle desierta. Deckard vio una imagen fragmentada de la cara de geisha de la pantalla, la sonrisa sustituida por una melancólica compasión oscuramente llena de sabiduría.

—¡He de encontrarla! —Sebastian parecía dispuesto a salir a toda prisa del edificio para echar a correr calle abajo—. Quizá me está esperando… —Una frenética agitación estaba haciendo temblar todo su cuerpo—. Puede que esté sola en algún sitio, y quizá se esté preguntando por qué no estoy allí con ella…

—Eh, cálmate. —Deckard agarró al hombrecillo por el hombro cuando Sebastian dio el primer paso hacia la puerta—. Espera un momento, ¿de acuerdo? Todavía tenemos algunas cosas de que hablar.

La habitación y el edificio circundante, la textura del universo de bolsillo, se habían vuelto a solidificar, o por lo menos la ilusión —porque Deckard tenía que recordarse a sí mismo a cada momento que aquel lugar no era real— había recobrado su solidez anterior. Se preguntó cuánto tiempo podría permanecer allí, porque los efectos de la suspensión coloidal activada acabarían disipándose tarde o temprano, eliminados de su sistema perceptual por la lenta y continua infiltración de las sustancias que generaba la actividad bioquímica de su organismo. Por lo que sabía, la cucharada del paquete de Sebastian que había ingerido quizá ya hubiera pasado por sus riñones y, junto con los distintos subproductos resultado de su descomposición, podía estar a punto de ser orinada. En algún otro momento la idea de que podía tener una deidad residiendo en la vejiga le habría parecido sarcásticamente divertida, pero en ese instante sólo servía para decirle que se apresurase.

—¡Vayámonos! ¡Vayámonos! —El soldado de juguete, su nariz todavía doblada, empezó a tirar del mono de Sebastian—. ¡Ahora mismo! —Al otro lado de la habitación, el oso de peluche reanimado estaba rebuscando entre los objetos que se habían desprendido de las paredes o habían caído al suelo durante el terremoto, como

si estuviera reuniendo provisiones para el viaje—. ¡Venga!

—No, no, Chirriante… El señor Decker tiene razón. —Sebastian alargó la mano hacia el soldado y le dio unas palmaditas en el casco—. Ha venido desde muy lejos para hablar conmigo. Es nuestro invitado, así que deberíamos tratarle con amabilidad y cortesía. —Alzó la mirada, y una sonrisa avergonzada curvó sus labios—. Siento muchísimo lo que pasó. Me temo que…, que perdí el control de mí mismo durante unos momentos.

—No te preocupes. Lo entiendo, de veras. —La punzada de culpabilidad agazapada debajo del esternón de Deckard se volvió un poco más penetrante y afilada, aunque se aseguró de que su rostro no mostrara ninguna señal de lo que sentía. «Quizá… Quizá encontrará a Pris ahí fuera, o algo que se parezca a Pris». pensó, y un hálito de esperanza casi imperceptible se agitó en las profundidades de sus pensamientos—. Sé lo que se siente en esas circunstancias.

—Bueno, sí… Supongo que sí. —Sebastian ladeó la cabeza, y sus ojos humedecidos se entrecerraron mientras estudiaba a la figura inmóvil delante de él—. Pero… Quizá no fue con Pris con quien me equivoqué. Quizá fue con usted.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no debería haber podido entrar aquí y tratarme de la manera en que lo hizo. —Sebastian había hablado sin ningún rencor. Resultaba obvio que estaba acostumbrado a ser maltratado de una manera o de otra—. Éste es mi mundo, ¿recuerda? Mi pequeño universo privado… Se supone que aquí soy la deidad. Si quisiera que todo se derrumbara, entonces debería ser capaz de hacerlo. Y usted nunca habría podido detenerme, ¿verdad? O por lo menos se supone que así es como funcionan las cosas. No… Está ocurriendo algo muy raro, algo que no entiendo. —Enarcó una ceja—. Cuando estábamos luchando, intenté hacerle desaparecer y… Bueno, recuerde que estaba perdiendo, ¿no? En fin, el caso es que intenté hacerle desaparecer, y usted no desapareció. Sigue aquí. ¿No le parece que eso es realmente extraño?

Deckard se encogió de hombros.

—No soy ningún experto en esta clase de sitios. Ésta es la primera vez que estoy en uno de ellos.

—Sí, claro… Pero ahora yo vivo aquí. Éste es el único lugar que existe, así que debería conocer las reglas y saber cómo funciona. —Meneó la cabeza en una lenta sacudida—. No lo entiendo… ¿Qué es usted, Deckard?

—No lo sé. —«¿Qué demonios se supone que significa eso?» La pregunta no tenía ningún sentido—. ¿Es importante?

—Quizá no. —Sebastian se limpió las manos en el peto de su mono—. Bien, da igual… —Las grietas que habían aparecido en el yeso de las paredes estaban desapareciendo lentamente a su alrededor, cada reborde estirándose para unirse al que tenía más cerca. Sebastian se inclinó y sacó a la muñeca-bailarina de la hendidura del suelo antes de que ésta pudiera cerrarse sobre su pierna—. ¿Para qué ha venido aquí?

¿Qué es lo que quiere averiguar?

—Dímelo tú. Me enviaron aquí para que hablara contigo.

Sebastian asintió.

—Ah, sí… Es justo lo que le estaba diciendo, ¿comprende? Yo sabía que iba a venir aquí. Los simpreps me explicaron que acabaría apareciendo más tarde o más temprano. También me dijeron que eso formaba parte del plan, igual que la caja de Batty y todo lo demás…

—El maletín —dijo Deckard—. Porque supongo que te refieres al maletín, ¿no?

—Así es. Ya sabe que Batty está dentro de él, ¿no? Por supuesto que lo sabe… Después de todo, no es que Batty quiera mantenerlo en secreto. Batty es así…, y no estoy hablando del primero que conocí, el replicante que vino aquí, sino del otro. El Batty original, el moldeante humano, siempre está hablando por los codos.

—El maletín me dijo que debía venir aquí. Me dio el paquete con tu nombre escrito en él, y… Bueno, no es que me lo diera exactamente: el paquete estaba dentro de él, dentro del maletín. —Deckard lanzó una rápida mirada hacia uno de los ventanales, como si algún cambio producido en la oscuridad de la noche pudiera haber indicado el paso del tiempo—. Y también me explicó qué debía comprar para añadirlo al contenido del paquete. Se había aprendido de memoria todas las instrucciones, así que supongo que debieron de informarle muy bien.

—Oh, sí… En muchos aspectos, créame —admitió Sebastian—. Los simpreps son unos tipos muy agudos. Psicológicamente hablando, quiero decir… Sabían que usted es un tipo bastante difícil de convencer.

—Todavía no estoy convencido del todo.

—Pensaron que confiaría en mí. —La sonrisa de Sebastian, llena de inocencia y deseos de gustar, volvió a aparecer en sus labios—. ¿Confía en mí?

Deckard se encogió de hombros.

—Pues he de confesarte que no lo sé. Eso dependerá de lo que me digas.

—Sólo puedo decirle la verdad…, o por lo menos la parte de la verdad que conozco.

—Eso sí que sería una novedad. —Deckard no se molestó en sonreír—. Lo de la verdad, quiero decir.

—Bueno… —Sebastian escogió un destornillador de entre los varios que llevaba en el bolsillo de su mono y empezó a juguetear nerviosamente con él—. Puede empezar tratando de creer esto: Batty no estaba mintiendo, ¿entiende? Me refiero al Batty de la caja…, al del maletín, por supuesto… Cuando le describió la situación, Batty no mentía. Todo lo que le dijo sobre… ¿Cómo se llamaba ese tipo? ¿Holden?

—Holden. Dave Holden.

—Sí, exacto… Ahora probablemente estará muerto, ¿no?

Deckard asintió con una breve inclinación de la cabeza.

—Está muy muerto.

—La verdad es que le encargaron una misión bastante arriesgada. Eso de llevarle

la caja-Batty… Holden ya debía de saber que no tenía muchas probabilidades de salir con vida. —Una repentina preocupación ensombreció el rostro de Sebastian—. Conociendo a los simpreps, me imagino que no le mintieron acerca de eso.

—Suponiendo que realmente estuviera trabajando para ellos.

—Oh, no… —Los ojos eternamente llorosos se convirtieron en dos círculos llenos de sorpresa—. No albergue ninguna duda al respecto. Ésa es una de las verdades de las que se supone que debo hablarle, una de las cosas de las que debo convencerle… Porque ha venido aquí para eso, naturalmente. Ha venido aquí para oírmelo decir porque así sabrá que es verdad… Usted me cree, ¿no?

—No estoy muy seguro. —Deckard no estaba dispuesto a admitir nada más—. Podrías estar diciendo la verdad. Sencillamente no lo sé.

—¡Pero es que tiene que creerme! —Deckard percibió un repentino incremento en la voz de Sebastian, tanto en su agudeza como en el nervioso temblor que la hacía vibrar—. Su antiguo compañero, el señor Holden… Bien, decidió pasarse al bando de los simpreps y los insurgentes de las colonias, y de toda esa gente. Había decidido que era lo correcto, lo que debía hacer. De la misma manera en que lo hizo usted cuando decidió abandonar el departamento de policía, ¿comprende? Cuando dejó de ser un blade runner.

Deckard emitió una seca carcajada que más parecía un ladrido.

—Cuando dejé el departamento, una de las cosas que no hice fue unirme a una pandilla de psicóticos y traidores cuya única meta en la vida parece ser la de conseguir que las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas los frían a tiros.

—Quizá lo habría hecho…, si hubiera tenido la oportunidad.

Un encogimiento de hombros.

—Todo eso pertenece al pasado. Bien, ¿y qué me dices de Batty?

—¿Qué he de decirle de Batty?

Sebastian parecía perplejo.

—Supongo que él también está colaborando con los simpreps, ¿verdad?

—Bueno… Sí, obviamente. Quiero decir que todos estamos colaborando con ellos, ¿no? Dave Holden, su antiguo compañero, les estaba ayudando…, y le estoy diciendo la verdad. —Las manos de Sebastian se alzaron ante Deckard en un mudo gesto de súplica—. ¿Por qué iba a mentirle? Cristo, señor Decker… Ya no formo parte del equipo. Ni siquiera existo, o por lo menos no en el mundo en que existe usted. Eso quiere decir que no tengo ningún interés en engañarle o en conseguir que se crea lo que le estoy diciendo. Soy algo así como…, como un observador imparcial que no se juega nada en este asunto. O algo por el estilo, porque en realidad sí que me importa lo que ocurra. Después de todo… Sí, supongo que se podría decir que también estoy de parte de los simpreps.

—¿Sabes una cosa? —Deckard volvió a reírse, esta vez con más suavidad y sin tanto sarcasmo como antes—. Lo más gracioso es que en realidad me encantaría poder creerte.

—¡Y debería creerme! Le estoy diciendo la verdad. —Las manos de Sebastian temblaron en el aire—. Oiga, acaba de hacerme un gran favor. Cuando me explicó el porqué Pris no estaba aquí y dónde podía estar, quiero decir… Eso… Eso me ha dado nuevas esperanzas, señor Decker. Sí, usted me ha dado unas esperanzas que no tenía antes. Porque estaba a punto de darme por vencido, ¿sabe? Iba a permitir que todo este sitio desapareciera y yo habría desaparecido con él, porque… Bueno, porque si quiero puedo hacerlo. No estoy obligado a existir, ni aquí ni en ningún otro lugar. Pero he decidido seguir existiendo, seguir aguantando…, por lo que me ha dicho. —Dio un paso hacia Deckard y le cogió del brazo—. Eso quiere decir que le debo una, ¿no? Sí, de veras… Yo nunca le mentiría, especialmente sobre las cosas que ha venido a averiguar. David Holden le trajo la caja-Batty porque creía en la causa de los simpreps, y murió por ello. Ahora todo está en sus manos. Es usted quien tiene que decidir si debería encontrar una forma de entregar el maletín, y la información que contiene, a los replicantes que se han rebelado en las colonias exteriores.

Deckard contempló en silencio a Sebastian durante unos momentos antes de hablar.

—¿Qué sabes sobre los datos que contiene el maletín?

—Poca cosa. Sólo sé que es necesario que lleguen a manos de los insurgentes, porque de lo contrario no tienen ni una sola posibilidad de triunfar y de ser libres…, o incluso de que se les permita seguir viviendo.

—¿Me estás diciendo que las Naciones Unidas acabarían con ellos? ¿Que los exterminarían?

Sebastian asintió vigorosamente.

—Puede apostar a que lo harían. En un segundo, si pudieran. Y quizá lleguen a estar en condiciones de hacerlo, porque las cosas no les están yendo demasiado bien a los insurgentes… Por lo menos, eso es lo que me pareció entender por lo que dijeron los simpreps. Eso quiere decir que muchas cosas dependen del conseguir que usted entregue ese maletín a los replicantes. En ciertos aspectos… —Soltó el brazo de Deckard al mismo tiempo que bajaba la voz—. Hay en juego mucho más que el destino de los replicantes de las colonias y su rebelión. Eso sólo es… ¡Bueno, eso sólo es la parte menos importante de toda la cuestión! —Un brillo de fervor apareció en los ojos de Sebastian—. No se trata únicamente de los replicantes. Afecta a los humanos… Afecta a…, a todo el mundo…

El repentino apasionamiento que acababa de impregnar la voz de Sebastian hizo que Deckard retrocediera unos centímetros.

—¿De qué me estás hablando?

—Me dijeron que se suponía que no debía saberlo… —Sebastian empezó a retorcerse sus pálidas manos—. Se suponía que no debía decírselo…

—¿Qué es lo que no debías decirme?

—Les prometí que no lo haría…, pero… —El hombrecillo se estaba poniendo visiblemente más nervioso con cada palabra que salía de sus labios—. Bueno, ya le

he dicho que le debo una. En realidad se lo debo todo… —La voz de Sebastian empezó a debilitarse de repente—. Verá, el caso es que… Lo que los simpreps no querían que le dijera es… Se trata de la diferencia entre los humanos y los replicantes, y eso suponiendo que haya alguna. ¿Recuerda lo que solía decir el doctor Tyrell? —La voz había disminuido hasta el nivel del suspiro—. ¿Recuerda cuál era el lema de la Corporación Tyrell? «Más humano que lo humano». Bien, pues el doctor Tyrell nunca supo cuánta razón tenía…

—Eh, eh… ¿Qué estás haciendo? —Deckard se había inclinado hacia adelante para estar un poco más cerca del hombrecillo, tratando de oír lo que decía—. Sebastian… —Un instante después se dio cuenta de que podía ver a través de su imagen: los detalles de los muñecos y juguetes esparcidos por la habitación, e incluso el yeso agrietado de la pared del fondo, habían empezado a aparecer en su campo visual. Era como enfrentarse a un laberinto de distintas capas de transparencia, porque cada objeto, todo aquello que pertenecía al universo objetual de Sebastian, parecía estar convirtiéndose en una masa de cristal nublado, o en neblina contenida dentro de los contornos de lo que había sido sólido—. Te estás disipando…

—¿Eh? —La mirada de Sebastian volvió a centrarse en Deckard cuando se vio arrancado a su monólogo. Su imagen parcial parecía estar gritando, pero el sonido que emergía de su boca apenas si resultaba audible—. Señor Decker… ¿Adónde se está yendo? No puede irse ahora…

Deckard alargó la mano hacia el brazo del hombrecillo, como si pudiera tirar de Sebastian y devolverlo a la realidad percibida. Su puño se cerró sobre la nada. La imagen de Sebastian onduló y se volvió todavía más borrosa.

—No soy yo, señor Decker… ¡Es usted! —La voz cada vez más distante de Sebastian, chillando con un creciente frenesí—. La sustancia que ingirió, esa suspensión coloidal activada… Sus efectos se están desvaneciendo. Está siendo expulsada de su sistema. Usted ya no está aquí, señor Decker…

—Maldición…

Una oleada de vértigo envolvió a Deckard. Los muros nebulosos y el techo habían intercambiado sus posiciones.

La voz de Sebastian llegó hasta él desde algún lugar situado muy por encima de su cabeza.

—¡Espere! ¡Todavía he de decirle muchas cosas! —La silueta fantasmal agarró un objeto de la mesa y lo lanzó hacia las manos de Deckard—. Tenga… Coja esto…

El objeto era una cajita metálica. Parecía pesar muy poco y estar vacía, pero aun así logró mantener la sensación de realidad que producía sobre las palmas de las manos de Deckard mientras el resto del universo de bolsillo de Sebastian Perdía la poca sustancia que le quedaba. Un instante después Deckard se encontró desplomándose hacia atrás, el equilibrio súbitamente perdido cuando el suelo acabó de disiparse y dejó de existir debajo de él.

La distancia y la dirección se desvanecieron junto con los demás aspectos de



aquel mundo. Deckard cayó por entre los pliegues de la negrura, y éstos se apresuraron a engullirlo.

13

—¡Señorita Tyrell! —Una voz surgió de la oscuridad, las palabras apenas distinguibles entre el aullido del viento y el flagelo de la lluvia—. Ya vamos…

El agua, sal del Flow mezclada con los cristales de hielo expulsados de la oscura e hirviente masa de nubes que se agitaba por encima de ella, deslizó su escozor por debajo de los párpados de Sarah. Se protegió la cara con una mano mientras se agarraba al borde de la entrada del pozo con la otra. La estructura triangular temblaba y se sacudía sobre la superficie del agua, y las olas de la tormenta hacían que la plataforma bajara y subiera bajo los pies de Sarah. El pozo que descendía hacia el *Salander 3* se estaba viendo sacudido por la violencia de los movimientos hasta el punto de que parecía poder desprenderse en cualquier momento, como una cuerda tensada hasta el límite de su resistencia. Durante todo el viaje de subida desde la nave enterrada en el mar, mientras el diminuto ascensor la llevaba hacia la luz y el aire, Sarah se había estado preguntando si sería eso lo que iba a ocurrir. «Si ocurre —se había dicho a sí misma—, me ahogaré igual que un insecto atrapado dentro de una pajita para refrescos…»

El que alguna clase de turbulencia atmosférica estuviera azotando Scapa Flow no había supuesto ninguna sorpresa para Sarah. Las nubes se habían estado acumulando, volviéndose cada vez más ominosas y espesas, cuando puso los pies por primera vez en la tierra de las Orkney, justo delante de la vieja catedral de piedra repleta de falso equipo de observación. Y el que la furia de la tormenta hubiera sido liberada precisamente cuando ella se encontraba encerrada dentro de una burbuja de tiempo inmovilizado… Bueno, eso también tenía sentido. Teniendo en cuenta lo que acababa de presenciar y las cosas que había visto, el pasado vuelto visible y tangible, el que el sol y la luna hubieran chocado en los cielos y las estrellas se estuvieran precipitando al fondo del océano como ascuas ardientes para anunciar el apocalipsis final de aquel mundo, apenas la habría sorprendido.

—¡Aguante! —El grito venía del bote que oscilaba sobre la oscura y agitada superficie del Flow. Sarah apenas si pudo entrever la silueta de Wycliffe agarrado a la proa, con Zuinglio manejando los remos detrás de él—. ¡Estaremos allí dentro de un segundo!

Una ola tan alta que casi rebasaba el pecho de Wycliffe chocó con el bote y estuvo a punto de tirarlo por la borda. El frenético remar de Zuinglio arañaba infructuosamente la estruendosa superficie de las aguas.

«Típico de mi mala suerte —pensó Sarah, como si la frase se hubiera convertido en una especie de estribillo que acompañaba a todos los acontecimientos que tenían lugar a su alrededor—. Habría estado más segura ahí abajo…» Sabía que eso no era del todo verdad, porque había estado a punto de enloquecer dentro del *Salander 3*. Sarah no quería volver a ver nunca más a aquellas cosas. Una vez había sido más que suficiente.

Las olas coronadas de espuma golpeaban la plataforma, un martillo aparentemente más sólido que líquido. Los dedos de Sarah aferraron el borde de la puerta con más fuerza cuando el impacto cayó sobre ella para alejarse casi enseguida, y la tensión del pozo tiró del conducto hacia abajo para hundirlo en el repentino vacío de las aguas que siguió a la embestida del oleaje.

—¡Cójala!

Wycliffe había vuelto a subirse a la proa del bote, una gruesa soga enrollada alrededor del brazo y un extremo de ella asegurado al lado de Zuinglio. Wycliffe consiguió sincronizar su lanzamiento con el nuevo estallido de violencia del Flow, y un nudo y un aro de soga volaron a través de la lluvia.

Sarah apartó una mano de la entrada del pozo. Sus dedos no consiguieron alcanzar la soga, pero logró dejarla atrapada entre su costado y el brazo. La soga empezó a resbalar como una rugosa serpiente mojada, pero Sarah se aferró a ella, sujetándose y conservando el equilibrio mientras la plataforma ondulaba y se bamboleaba debajo de ella. Deslizó la soga por encima de la protuberancia que formaba la gruesa bisagra de la puerta, justo por encima de su hombro, y después usó su peso para tensar el cable entre ella y el bote.

—Muy bien…

Una hendidura acababa de abrirse en las nubes de tormenta que flotaban sobre el océano, lo suficiente para permitir que una delgada astilla de claridad lunar cayera sobre el rostro de Wycliffe. La lluvia chorreaba por su frente y las cuencas de sus ojos para acabar precipitándose dentro de su boca abierta mientras su pecho subía y bajaba velozmente a causa de todos aquellos esfuerzos, tan inusuales para él. Su fanática lealtad a la Tyrell y su emblema humano eran lo único que le mantenía de pie en el pequeño bote, las manos tirando frenéticamente de la soga. Detrás de él, Zuinglio había metido los remos dentro del bote y se había arrodillado sobre los tablones, dándose la vuelta para rodear la cintura de su compañero con los brazos en un intento de anclarlo contra el impacto de la próxima ola.

El bote giró de repente y su costado chocó con el borde de la plataforma. Wycliffe se estiró, inclinándose hacia abajo y hacia adelante, y logró agarrarse al reborde metálico con los dedos, esforzándose desesperadamente para mantener inmóvil el bote contra la fuerza del agua que intentaba hacerlo retroceder.

—Señorita Tyrell… —Su rostro empapado se alzó hacia Sarah—. Debe… —Las palabras surgían de la boca de Wycliffe bajo la forma de jadeos entrecortados—. Saltar…

Sarah soltó la soga y se puso de rodillas y después, medio cayendo y medio saltando, logró introducir un tercio del cuerpo en el bote. Una ola más pequeña golpeó la embarcación y la espalda de Sarah chocó con la borda opuesta en un impacto lo suficientemente violento para que sintiera cómo una punzada de dolor ascendía velozmente por su columna vertebral.

—¿Se encuentra bien?

Zuinglio la había agarrado del antebrazo y tiró de ella hasta dejarla sentada en el bote.

Sarah asintió.

—Estoy perfectamente —dijo, apartando mechones empapados de su cara—. Salgamos de…

—Espere un momento. —Wycliffe, arrodillado junto a la proa, seguía sosteniendo la cuerda en una mano. El nudo del otro extremo se había enganchado en la bisagra de la entrada del pozo—. Hay alguien más ahí abajo. ¡Mire!

Un rápido vistazo por encima del hombro, y por entre las cortinas de lluvia Sarah consiguió distinguir la pequeña figura inmóvil justo al otro lado del umbral del pozo que se aferraba al quicio de la puerta con las dos manos. En el rostro de la niña había tanto asombro maravillado como terror ante su primer vislumbre del tamaño y la violencia ilimitadas del mundo exterior.

—¿Quién es? —Wycliffe acababa de volver la cabeza hacia Sarah—. ¿Quién ha subido con usted?

—Eh, un momento. —Los ojos de Sarah se apartaron de la niña para posarse en el hombre del bote—. ¿Qué está diciendo? ¿Está intentando decirme que…, que usted también la ve?

—La tengo delante. —Una sombra de perplejidad cruzó por el rostro de Wycliffe antes de que extendiera la mano para señalar la entrada del pozo—. ¡Pues claro que la veo! Está ahí mismo…

—Yo también la veo —dijo Zuinglio, inclinándose hacia adelante desde su posición junto a Sarah—. Puedo verla. ¿Quién es?

Sarah se echó a reír, la cabeza echada hacia atrás y la garganta expuesta a la lluvia. Incluso después de todo lo que le había ocurrido dentro del *Salander 3*, las cosas que había visto tanto antes como después de la devastadora aparición de su padre convertido en un espectro asesino, seguía pareciéndole que aquél era el sitio menos indicado para estar manteniendo semejante clase de conversación. «Estamos atrapados en un bote en medio de una tormenta que va a ahogarnos a todos —pensó—. Y estos dos idiotas quieren discutir la existencia de una cosa irreal, de una imagen totalmente alucinatoria…» La risa murió de repente cuando un pensamiento repentino cruzó por su cabeza. Sarah, los ojos entrecerrados, miró primero al hombre que estaba inmóvil junto a ella y luego volvió la cabeza hacia el otro. Se preguntó qué clase de extraña manipulación estaban intentando llevar a cabo, qué oscuro plan podía verse beneficiado por su afirmación de que estaban viendo a la niña. «Esa niña es mi alucinación…» Wycliffe y Zuinglio no tenían ningún derecho a compartirla con ella.

—De acuerdo, se acabó. —Sarah hendió el aire con una mano—. Ya estoy más que harta de todo esto —el bote se bamboleó sobre el agua, ascendiendo hasta la cresta de otra ola para volver a caer inmediatamente después y chocar de nuevo con el borde de la plataforma. Sarah tuvo que levantar la voz todavía más que antes para

conseguir que sus palabras pudieran oírse por encima de las ráfagas de viento—. No sé si esto forma parte de alguno de sus retorcidos planes o qué demonios puede ser, pero no estoy de humor para este tipo de bromas. Si quieren afirmar que ven a una niña ahí, por mí estupendo. Adelante, repítanlo una y otra vez…, pero no van a lograr convencerme de que la están viendo. Porque sé que esa niña no es real y…

—Pero señorita Tyrell… —Wycliffe señaló la entrada del pozo—. ¡Si está ahí mismo!

Los ojos de Sarah se volvieron hacia el punto que estaba señalando y vieron a la Rachael niña, tal como ya sabía que ocurriría. La imagen de la niña —y el sonido de su respiración, e incluso el olor de sus oscuros cabellos, todo lo que se conjugaba para conseguir que la alucinación pareciese real— había salido del *Salander 3* junto con Sarah y había subido a lo largo del pozo abofeteado por la tormenta hasta llegar a la superficie de Scapa Flow. La niña no había dicho nada y se había limitado a alzar la mirada hacia Sarah, contemplándola con sus enormes ojos oscuros llenos de tristeza, aparentemente consciente de que alguna clase de cambio estaba a punto de introducirse en su existencia…, o en su no-existencia, como Sarah tenía que recordarse continuamente. Fuera cual fuese la parte de su subconsciente que era responsable de todo aquello, aliada con el influjo de material procedente del pasado embotellado de la nave, no cabía duda de que estaba haciendo un trabajo de lo más concienzudo. La niña ilusoria no había seguido siendo tal como Sarah la percibía en las profundidades del océano, sino que había adquirido el aspecto de estar atrapada en una galerna del Atlántico Norte: sus ropas, totalmente empapadas, se adherían a su pequeño cuerpo mientras que sus cabellos mojados se enredaban encima de su frente, la trenza todavía más pesada y oscura sobre su cuello. El agua que había goteado por sus piernas y sus tobillos formaba un charco alrededor de sus pies, un pequeño lago que ondulaba con un destello iridiscente a cada nueva ráfaga de viento.

—Olvídenlo, ¿de acuerdo? —Sarah habló con un repentino apasionamiento mientras se rodeaba el cuerpo con los brazos—. Tengo frío, estoy empapada y me muero de cansancio. Y puedo asegurarles que ya estoy harta de las cosas que no existen. Eso incluye a esta niña…, que ustedes no pueden ver, a menos que estén tan locos como yo. ¿Está claro? ¿Sí? Pues entonces volvamos inmediatamente a la orilla.

—No vamos a dejarla ahí. —Una mueca de obstinación ensombreció el rostro de Wycliffe—. No podemos hacerlo…

—Les estoy ordenando que lo hagan. ¿Qué me dice a eso? —Sarah meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más exasperada—. Luego ya tendremos tiempo de sobras para divertirnos con todos los jueguecitos que les apetezcan.

Wycliffe no dijo nada. La violencia del oleaje se había debilitado un poco, lo suficiente para permitirle apartar una mano del borde de la plataforma y extenderla hacia la imagen de la niña.

—Ven aquí —le dijo a la niña inexistente—. Te cogeré, no tengas miedo…

Unos segundos después, la aparición que decía llamarse Rachael estaba dentro del

bote al lado de Sarah. Wycliffe volvió a apostarse en la proa y se dedicó a observarlas, con el viento y la lluvia azotándole el rostro, como si temiese que Sarah pudiera hacerle alguna clase de daño imposible a la niña. Zuinglio volvió a empuñar los remos, y el bote empezó a alejarse de la plataforma triangular.

—Menudos seguidores están hechos —dijo Sarah, fulminando a los dos fanáticos con la mirada—. Creía que se suponía que debían hacer todo lo que les ordenara.

—Estoy seguro de que… —Wycliffe se removió nerviosamente—, de que luego estará de acuerdo con nosotros en que era lo que debíamos hacer. Cuando haya tenido una oportunidad de reflexionar, comprenderá que…

—Lo dudo. —La Rachael niña se pegó un poco más a ella en un intento de encontrar algo de calor, tomando la mano de Sarah entre las suyas y arrebujándose junto a sus costillas—. Bueno, espero que estarás satisfecha… —Sarah bajó la mirada hacia la imagen. La niña ignoró su ácido comentario y empezó a restregarse la cara con la manga de Sarah—. En realidad ni siquiera estás aquí, y a pesar de eso has conseguido salirte con la tuya.

Cuando llegaron a la orilla, Wycliffe y Zuinglio pasaron de largo por delante de la catedral a pesar de que se encontraba más cerca. Con la lluvia azotándoles las espaldas, los dos fanáticos llevaron a Sarah y a la niña al yate interplanetario de la corporación. Las brechas que se iban abriendo en las nubes de tormenta dejaban pasar la suficiente claridad procedente del yate para que su fría luz mostrara los límites rocosos del sendero. Delante de ellos, las luces y las pautas de las señales de atraque del yate relucían y parpadeaban en una secuencia impecablemente ordenada a lo largo de la circunferencia de la forma ovoide.

«Gracias a Dios…», pensó Sarah mientras el iris de la escotilla se abría ante ellos. Lo único que deseaba en aquellos momentos era otra ducha y cambiarse de ropa. Se había echado un vistazo mientras se alejaban del pequeño bote atracado en la orilla llena de guijarros del Flow. Las palmas de sus manos todavía estaban manchadas con la sangre de los cortes que se había hecho cuando tropezó y cayó mientras huía de todo lo que había visto y temido a bordo del *Salander 3*, y la lluvia no había conseguido limpiárselas. La lluvia tampoco había eliminado la sangre que manchaba la pernera de su pantalón o la parte de su caja torácica que quedó empapada cuando cayó de lado. Dentro de la nave había habido tanta sangre que parecía haberse infiltrado en la mismísima textura de su ser, impregnándola de la misma manera en que el aire enlatado y recirculado había entrado en sus pulmones.

Media hora después, Sarah se encontró preguntándose cuántos de aquellos negros trajes de enterrador se habrían traído consigo Wycliffe y Zuinglio a bordo de la nave de la corporación secreta. Mientras Sarah estaba muy ocupada en el área de aseo de la *suite* principal, mirando hacia abajo por entre nubecillas de vapor acogido con inmensa gratitud para ver cómo los hilillos de líquido rojizo iban desapareciendo de su cuerpo, volviéndose cada vez más rosados a medida que se perdían por el desagüe junto a sus pies descalzos, los dos hombres habían conseguido volver a transformarse

en las personalidades marchitas y opacas que los definían cuando los había visto por primera vez. Con el grueso albornoz ceñido alrededor de su cuerpo, el logotipo de la Corporación Tyrell sirviéndole de monograma encima de su pecho, Sarah tomó asiento en la sala central de la nave, ocupando el sillón más grande y más mullido disponible. Los dos hombres habían permanecido de pie —y Sarah se preguntó cuánto tiempo llevaban aguardando su reaparición—, pero ya había otra figura allí, sentada con las piernas dobladas debajo del cuerpo en uno de los pequeños sillones laterales. La imagen de la niña, sus enormes ojos llenos de solemnidad, observaba y esperaba.

—¿Sigues aquí? —Sarah sacó un cigarrillo de la cajita esmaltada que había encima de la mesita más cercana. Encendió el cigarrillo, inhaló y permitió que el humo grisáceo fuera absorbido por el sistema de ventilación del yate, inmensamente más silencioso y discreto que el viejo sistema con el que se había encontrado en el fondo de Scapa Flow—. Pensaba que… Bueno, quizá debería decir que albergaba la esperanza de que a estas alturas ya te habrías ido. —La ducha caliente, al eliminar el frío que los vientos de la tormenta habían infiltrado en sus huesos, había resultado tan terapéutica que el atribuirle un efecto de disminución de las alucinaciones no le había parecido una idea totalmente improbable—. ¿Sabes una cosa? Esta situación podría acabar volviéndose bastante molesta para todos, porque… Bueno, en realidad lo que ocurre es que ya no eres necesaria.

—No me voy a ir. —Un tozudo desafío ensombreció el rostro de la niña—. Y no puedes obligarme.

—Ya lo veremos. —Sarah contempló la punta reluciente de su cigarrillo—. Hay maneras, por supuesto… Este tipo de problemas siempre pueden ser resueltos de una manera o de otra. —Tendría que pensar en ello…, cuando dispusiera de un poco de tiempo, o si llegaba a disponer de él. Una calma llena de fatalismo se había adueñado de ella, en parte fatiga y en parte resignada aceptación del movimiento de los engranajes del universo—. Incluso suponiendo que la psicoterapia no diera resultado, las drogas podrían ser efectivas…, o la cirugía, quizá. —Sarah inclinó la cabeza muy lentamente, como si estuviera tomando en consideración esa posibilidad. Aunque meter y sacar material de los cerebros de los replicantes siempre resultaba más fácil (después de todo, el sistema de control mediante la implantación de recuerdos falsos había sido desarrollado por la Corporación Tyrell), eso también podía hacerse con los seres humanos, si bien en un grado limitado. Sarah suponía que un neurocirujano lo suficientemente hábil podría hurgar dentro de su cráneo con sus microescalpelos y diminutas sondas electrificadas hasta acabar extrayendo el trocito de materia gris que contuviera la imagen de la niña.

O quizá hubiera soluciones todavía más sencillas, como la cirugía definitiva.

—Siempre podría limitarme a pegarme un tiro. —Sarah pronunció las palabras con toda claridad, sin que hubiera ni el más leve titubeo adherido a ellas. Ya había examinado esa posibilidad las veces suficientes para que se volviera totalmente

indolora—. Y entonces desaparecerías, ¿verdad? Si me abro un agujero en la sien, estoy prácticamente segura de que te esfumarías entre un par de destellos luminosos…

—Por el amor del Cielo, señorita Tyrell… —Wycliffe había palidecido—. No diga esas cosas.

—¿Por qué no? ¿Teme que esta clase de comentarios sean perjudiciales para los beneficios o algo por el estilo? —Cuando todo lo demás había fallado, siempre podías seguir obteniendo un poco de placer sádico escandalizando a la pareja de fanáticos—. Oh, casi lo había olvidado… Sin mí, sus probabilidades de resucitar a la Corporación Tyrell quedan reducidas prácticamente a cero. Un suicidio supondría un grave inconveniente para sus planes, ¿verdad? Todo este trabajo para nada…

—Hay algo más que eso —insistió Wycliffe—. Existe una cierta cuestión de…, de lealtad personal.

—Tiene razón. —Zuinglio añadió su voz a las afirmaciones de su compañero—. Dado que en realidad no hay ninguna diferencia entre usted y la corporación, ¿comprende? Eso crea una especie de relación vasallo-señor.

—Pues cuando estábamos en el Flow nadie lo hubiera dicho. —Sarah dirigió una inclinación de cabeza hacia uno de los ventanales, a través del que se podían ver las aguas azotadas por la tormenta—. No me pareció que estuvieran muy dispuestos a obedecer mis órdenes, especialmente cuando les dije que dejáramos allí a esta… —señaló a Rachael—…, a esta niña, aparición o lo que quiera que sea que…, que ustedes afirman ver.

—No soy una aparición —anunció Rachael con voz hosca—. Sé lo que significa esa palabra.

—Señorita Tyrell, yo… La verdad es que no sé si serviría de algo, pero… —Wycliffe parecía estar cada vez más desesperado—. Nos encantaría fingir que no vemos a ninguna niña sentada aquí con nosotros. Podría ordenárnoslo.

—¿Una niña? ¿De qué niña están hablando? —exclamó Zuinglio, deseando ayudar y mirando fijamente a Sarah a la espera de una reacción aprobatoria.

—Pero en realidad eso no cambiaría nada. —Wycliffe separó las manos y encorvó los hombros—. Porque… Porque seguiríamos viéndola, ¿comprende? Y dado que la niña salió del *Salander 3* con usted, es vitalmente importante que obtengamos toda la información posible de ella. Tanto si es una aparición como si no…

—Todos ustedes tienen que estar locos. —La Rachael niña les fulminó con la mirada. Después se recostó en la silla y cruzó los brazos delante del pecho—. Una aparición es algo que no existe. La niñera me lo explicó porque allí abajo había montones de apariciones, y me dijo que debía tener mucho cuidado con ellas porque…, porque aunque no existan pueden seguir haciéndote daño.

—Jamás se pronunciaron palabras más llenas de verdad —dijo secamente Sarah mientras dejaba caer unas cuantas cenizas grises sobre la moqueta de la sala—.

Aunque en este caso, confieso que no estoy muy preocupada.

—Quizá podríamos hablar de todo esto más tarde, —dijo Wycliffe en un tono que combinaba el nerviosismo con el afán conciliatorio—. Cuando se haya recuperado un poco de sus esfuerzos, señorita Tyrell…

—Lo que quiere decir es que ya hablaremos de esto en cuanto se me haya pasado el mal humor, ¿verdad? Pues me parece que enfurecerme es una reacción muy lógica ante su afirmación de que pueden ver mis alucinaciones.

Todavía se estaba preguntando qué pretendían conseguir con ello…, y lo que era todavía peor, estaba a punto de llegar a ciertas conclusiones al respecto.

—Como usted diga. Pero le aseguro que el tiempo apremia, señorita Tyrell. Nos gustaría interrogarla acerca de lo que encontró a bordo del *Salander 3* mientras los recuerdos todavía están frescos en su memoria…

Sarah se echó a reír y sostuvo el cigarrillo medio consumido junto a su cara.

—Esos recuerdos no pertenecen a la variedad que se desvanece con el paso del tiempo, créame.

—Cualquier detalle puede ser importante —insistió Wycliffe—. Si la Corporación Tyrell ha de volver a ser lo que era antes, tenemos que saberlo todo.

—A veces tengo la impresión de que soy yo quien trabaja para ustedes en vez de al revés.

Wycliffe se envaró, poniendo repentinamente rígido hasta el último centímetro de su fúnebre estatura.

—Todos estamos al servicio de la Corporación Tyrell.

—¿De veras?

Sarah sonrió mientras le contemplaba y pensaba que en el fondo Wycliffe no era más que un imbécil lleno de pomposa solemnidad…, aunque enseguida se dijo que todos los fanáticos religiosos debían de ser más o menos parecidos. «No tienen el más mínimo sentido del humor…» Por suerte para Wycliffe, él no había tenido que entrar en el casco hundido del *Salander 3*. Nunca habría salido de allí con vida, o ni siquiera con el grado de cordura que Sarah había logrado mantener razonablemente intacto, porque de repente había llegado un momento —cuando estaba allí abajo, con toda la masa del océano encima de ella y el peso todavía más aplastante y falto de aire del pasado congelado a su alrededor— en el que por fin todo le había parecido una simple broma, infinitamente cruel y mezquina, sí, pero una broma a pesar de todo. En ese instante Sarah tuvo la impresión de que había logrado recorrer todo el círculo, como si hubiera viajado al lugar y el tiempo paralizados de su infancia iónica y exclusivamente para que quien había intentado matarla hacía tantos años pudiese disponer de otra oportunidad de acabar con ella…

«Un detalle muy de agradecer por mi parte —pensó Sarah—. Ésa soy yo, siempre dispuesta a colaborar…» Exhaló una nubecilla de humo, inclinando la cabeza hacia atrás para contemplar la forma insustancial y rápidamente disipada en que se convirtió. Todos los fantasmas asesinos del pasado… Si soñaban, sus sueños tendrían

que estar llenos de muerte. Los fantasmas no podían morir, no mientras el pasado siguiera imperturbablemente intacto, encerrado dentro de su botella, alejado del mundo real y del tiempo real. Pero la niña tenía razón después de todo, ¿verdad? Aunque no existieran, los fantasmas seguían siendo capaces de hacerte mucho daño.

—¿Señorita Tyrell?

La voz de Wycliffe, hurgando suavemente en el perímetro de su conciencia.

Sarah se obligó a salir de la réplica del mundo del *Salander 3* que había construido dentro de su cabeza.

—Muy bien. —Apagó la colilla en el cuenco de malaquita surcado por vetas verdosas que había junto a ella—. ¿Qué es lo que quieren saber? —Una sonrisa debajo de sus ojos entrecerrados, dirigida primero a Zuinglio y luego a Wycliffe—. ¿Qué es lo que quieren que les cuente?

—Nos basta con que nos cuente la verdad. —Wycliffe parecía haber acabado de alzarse con la victoria en alguna abstrusa discusión académica—. Lo que vio. Lo que le ocurrió. Queremos que nos cuente todo lo que ocurrió allí abajo.

«Matarlos a todos y dejar que Dios se encargue de clasificar a los cadáveres…», pensó Sarah mientras permitía que sus ojos se cerraran del todo.

Y entonces oyó la voz de la niña.

—Había cosas malas. Siempre están ahí, ¿saben? Eso es lo que vio.

—Sí —dijo Sarah, asintiendo. Abrió los ojos y contempló a los dos hombres que la estaban contemplando a su vez—. Eso es lo que vi. Las cosas que siempre están ahí… —Su leve sonrisa se convirtió en una carcajada incontenible, y Sarah no pudo evitar que la risa escapara de su garganta—. Discúlpenme, pero es realmente muy gracioso…

—¿Se encuentra bien? —preguntó Zuinglio, pareciendo sinceramente preocupado —. ¿Quiere que le traiga alguna cosa para…?

—No, no. Estoy bien. —Sarah agitó una mano en el aire—. Es sólo que acabo de comprender que he resuelto el misterio…

—¿El misterio? —Wycliffe, que había sacado un pequeño cuaderno de notas de un bolsillo interior de su chaqueta, levantó la mirada de las cuatro o cinco palabras que había garrapateado en él—. ¿A qué misterio se refiere?

—¿Acaso hay más de uno? —Sarah se quitó una lágrima del rabillo del ojo—. Pues al misterio del gato, naturalmente. Sé qué le ocurrió al gato.

—¿El gato?

La estilográfica permanecía suspendida sobre las anotaciones.

—El que mis padres se llevaron consigo, la mascota oficial de la expedición del *Salander 3*… Tienen que haberlo visto en las viejas fotos de los periódicos, en los archivos de la compañía. Un gato bastante grande de un color entre dorado y rojizo…

—Rojito —dijo la imagen de la niña, inclinándose hacia adelante en la silla—. Se llamaba Rojito. Así es como lo llamaba mi madre. La niñera me lo dijo.

—Señorita Tyrell… Cuando dije que todo podía ser importante, tal vez me haya

expresado mal. —Wycliffe golpeó suavemente el cuaderno con la punta de la pluma —. El gato… y, sí, recuerdo haberlo visto en las fotos de los periódicos… Bien, quizá no sea excesivamente importante de cara al éxito de nuestra misión. Si el gato está vivo, si está sano y salvo ahí abajo, pues…, pues me parece magnífico, pero realmente no…

—Oh, no creo que esté vivo. —Sarah le miró fijamente—. Y cuando murió probablemente tampoco se hallaba en muy buen estado, desde luego… Aunque a juzgar por el aspecto de lo que encontré, seguramente no tardó mucho en morir. —Su voz se volvió átona y lúgubre—. Cuando estaba vivo, ese gato no era muy grande. Cuando Anson y Ruth Tyrell lo subieron a bordo y todos pusieron rumbo hacia el sistema de Próxima, quiero decir… Pero resulta asombrosa la cantidad de terreno que puede llegar a cubrir un gato doméstico corriente…, cuando alguien le anima a explorar su territorio. —Bajó la mirada hacia sus manos, que había pasado tanto tiempo limpiando en la ducha y que había seguido limpiando un buen rato después de que las manchas rojas hubieran desaparecido por el desagüe—. Y en este caso, alguien lo hizo.

—Señorita Tyrell…

—Silencio —ordenó secamente Sarah—. Querían saberlo todo, ¿verdad? Pues ahora van a saberlo todo, y no tienen derecho a elegir lo que quieren oír y lo que no. —Sarah permitió que su voz se convirtiera en un susurro—. Estábamos huyendo… La niña y yo estábamos huyendo porque estábamos asustadas, y estábamos asustadas porque habíamos visto a las cosas malas. Habían surgido de entre las sombras y nos habían hablado, nos habían explicado lo que querían hacer… Por eso estábamos asustadas, ¿comprenden? Y todo estaba muy oscuro, porque ahí abajo hay algunos sitios que están realmente muy oscuros, y entonces tropecé y me caí. Tenía cogida a Rachael de la mano. Ella corría para no quedarse atrás, y también estuvo a punto de caerse.

—Pero no me llegué a caer —dijo la niña.

—Cierto. No te caíste. —Sarah asintió—. Porque sabías… —Durante un momento se preguntó cómo era posible que una parte de su subconsciente supiera cosas que ella no podía saber, pero enseguida permitió que el pensamiento se desvaneciera—. Sabías dónde estabas y sabías orientarte, y sabías qué más había ahí abajo. Yo no lo sabía, y por eso me caí… encima del gato. Me caí encima de lo que quedaba del gato…

Hizo una pausa y su mirada fue del rostro de Wycliffe al de Zuinglio, intentando evaluar sus reacciones. ¿Qué razón podían tener para mostrarse tan afectados por la muerte de un gato, que además había muerto hacía más de dos décadas? Sarah supuso que su reacción se debía a la proximidad de los detalles. Las muertes de tantas personas en el apocalipsis de los cuarteles generales de Los Ángeles de la Corporación Tyrell —¿centenares? ¿Millares? Sarah nunca se había tomado la molestia de averiguar el número exacto— carecían de importancia.

—La persona que hizo aquello debía de ser realmente concienzuda —siguió diciendo—. A juzgar por las evidencias, quiero decir… Limitarse a hacer pedazos algo es relativamente sencillo y todo el mundo puede hacerlo, pero poseer un cierto sentido artístico… Bueno, eso es casi tan admirable como horrible. —Debajo de su esternón tenía que haber una piedra muy dura y fría en el sitio que hubiera debido ocupar su corazón, porque de lo contrario Sarah sabía que no habría sido capaz de decir aquellas cosas. «Ni siquiera sería capaz de seguir viviendo. Ya no…»—. Supongo que el gato no debió de sufrir durante demasiado tiempo…, sencillamente porque no podía. Tuvo que morir durante alguna de las primeras fases del proceso. Eso significa que lo que se hizo no fue hecho en beneficio del gato…, o por lo menos no más de lo estrictamente necesario.

—¿En beneficio de quién se hizo entonces? —La voz de Wycliffe, hablando en un tono casi tan suave como el que había estado empleando Sarah—. ¿Y quién lo hizo?

—¿Que quién lo hizo? Mi padre, por supuesto. Anson Tyrell. —Un lento vaivén de su cabeza, como si estuviera riñendo a Wycliffe por haber hablado—. Y no finjan que eso supone una gran sorpresa para ustedes. Tengo el presentimiento de que los dos sabían qué ocurrió a bordo del *Salander 3*…, y de hecho puede que toda la corporación secreta lo sepa. Estoy hablando de la locura de mi padre y de su pequeña campaña de homicidios, Wycliffe. Todos lo sabían, e incluso puede que fueran ustedes quienes borraron todas las referencias a ella de los archivos de la compañía para que yo no llegara a enterarme.

Wycliffe y Zuinglio intercambiaron una rápida mirada, pero no dijeron nada.

Eso bastó para que Sarah supiera que no se había equivocado.

—Oh, no se preocupen —dijo, observando con sarcástica diversión el destello de pánico que había brillado en los ojos de los dos hombres—. Estoy segura de que obraron impulsados por la más elevada de las razones.

—Se hizo… para protegerla. —Zuinglio, las palabras casi un balbuceo—. De veras…

—Por supuesto que sí. Si ignoraba todo lo que había ocurrido cuando sólo era un bebé que mi madre llevaba en brazos, si desconocía todos esos acontecimientos sobre los que no podía haber formado recuerdos porque se suponía que era demasiado pequeña para ello… Entonces no tendría pesadillas, ¿verdad? Y, naturalmente, no mostraría tanta resistencia a sus planes para resucitar la Corporación Tyrell, cosa que quizá podría haber hecho en el caso de que ya supiera qué había a bordo del *Salander 3*. En ese caso, tal vez no habrían podido convencerme para que bajara ahí.

—Está siendo un poco injusta con nosotros —dijo Wycliffe—. Tal como ha dicho antes, sin usted no existe ninguna Corporación Tyrell. Pero también se podría decir lo contrario; usted no existe, o no podrá seguir existiendo durante mucho tiempo, a menos que la corporación vuelva a emerger de entre las sombras. Cualquier subterfugio que llegara a utilizarse fue empleado tanto en su beneficio como en el

nuestro. Y da la casualidad de que los registros de lo que podía haber ocurrido durante la última expedición del *Salander 3* que fueron conservados eran minúsculos, prácticamente inexistentes… Sólo disponíamos de unas cuantas transcripciones de las declaraciones prestadas por los empleados de la compañía que entraron en la nave después de que ésta hubiera vuelto a la Tierra, y la mayoría de ellas habían sido gravemente mutiladas o destruidas antes de que quienes trabajamos para la corporación secreta tuviéramos ocasión de acceder a ellas.

—No cabe duda de que mi tío era un hombre realmente meticuloso, desde luego. —Sarah percibió con toda claridad el repentino endurecimiento de su expresión—. Que Dios nos guarde de todo aquello que pueda manchar la imagen pública de la Corporación Tyrell, ¿verdad?

—Eldon Tyrell tal vez tuviera otras motivaciones aparte de ésa. —Wycliffe se encogió de hombros y separó sus manos de largos dedos y articulaciones nudosas—. Si la situación realmente es la que usted descubrió a bordo del *Salander 3*, y no tenemos ningún motivo para dudar de su palabra al respecto, entonces es posible que el doctor Tyrell no estuviera pensando en el bien de la compañía cuando actuó tal como lo hizo al suprimir la información. Quizá estaba pensando en la reputación de la familia…

—Oh. ¿Y existe alguna diferencia? —Sarah enarcó una ceja—. Entre la familia y la corporación, quiero decir…

—Admito que no mucha. Digamos que…, que obró de esa manera por su padre y porque le importaba mucho la manera en que sería recordado. Cuando partió en la expedición del *Salander 3*, Anson Tyrell no era un asesino psicópata: lo que le ocurrió a bordo de la nave, fuera lo que fuese, ocurrió ahí fuera. —Los huesudos dedos de Wycliffe señalaron hacia arriba, hacia el cielo nocturno que se extendía más allá de los pequeños recintos del yate—. Ahí fuera ocurrió algo que le obligó a hacer lo que hizo.

—Ha empleado la palabra «asesino». —Los ojos entrecerrados de Sarah se clavaron en el hombre—. Cuando se está hablando de un gato destripado y esparcido por toda una habitación como si fuera una guirnalda navideña, la gente no suele emplear esa palabra. —Una de sus manos tensada hasta formar un puño, los nudillos tan blancos como los que había visto a través de la sangre esparcida sobre la mano de su padre—. Puede que empleen la palabra «psicópata», sí…, pero no la otra.

La boca de Wycliffe se abrió, pero volvió a cerrarse con un chasquido claramente audible antes de que un solo sonido pudiera escapar de ella.

—Ah, veo que le he pillado —dijo Sarah con sombría satisfacción—. Todavía no le he hablado de las otras cosas que vi ahí abajo…

—Las cosas realmente malas —intervino la niña sentada en su silla—. Las cosas realmente horribles, mucho más horribles que lo que le ocurrió a un viejo gato tonto…

—Ah. Sí. Exactamente. —Wycliffe intentó sonreír sin mucho éxito—. Creo

que…, que me he anticipado de alguna manera a lo que se disponía a contarnos.

—No creo que se trate de eso. —Sarah levantó la tapa de la cajita recubierta de tallas que había en la mesita colocada junto a su sillón y guardó silencio durante unos momentos, contemplando cómo su mano deslizaba la punta de un dedo sobre el sedoso papel de los cigarrillos antes de volver a alzar la mirada hacia los dos hombres —. Me parece que ustedes ya sabían que mi padre no se conformó con el gato. Cuando padeció su colapso psicótico en algún punto del trayecto entre este lugar y el sistema de Próxima… Bueno, digamos que entonces hizo algo más que enloquecer un poquito. Mi padre llegó hasta el fondo de la locura.

—Había ciertas… indicaciones… al respecto.

Sarah bajó la tapa de la cajita de un manotazo.

—Encontré algo más que indicaciones, caballeros. Encontré el cadáver de mi madre…, o lo que quedaba de él. Puede que para mi padre el gato sólo fuera una especie de pequeño precalentamiento, una sesión de prácticas con vistas a prepararse para el gran acontecimiento…, consistente en mi madre. —La punta de un dedo repiqueteó sobre la tapa de la cajita—. Y en mí misma, claro.

—Esa hipótesis parece… encajar con los datos de que disponemos. —Las manos de Wycliffe se plegaron la una sobre la otra—. Con los informes fragmentarios proporcionados por los que subieron a bordo del *Salander 3* cuando la nave volvió a la Tierra, quiero decir… —Inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento casi imperceptible—. Naturalmente, es una suerte que Anson Tyrell no consiguiera alcanzar el último objetivo del plan que había concebido en su trastorno.

—Oh, estoy totalmente de acuerdo con usted. —Sarah no intentó ocultar su sarcasmo—. Dudo mucho que hubiera sabido disfrutar de esa variedad tan peculiar de atenciones paternas…, ni siquiera cuando era una niña. Porque… Verán, he estado dentro de su cabeza. Ahora el *Salander 3* se ha convertido exactamente en eso, ¿entienden? Con todo ese pasado tóxico atrapado e inmutable dentro del casco… Recuerda un poco a esa definición jungiana del estado psicótico como ese estado en el que nada nuevo aparece jamás en los pensamientos de la persona. Todo se reduce a lo mismo una y otra vez, como una cinta con los dos extremos pegados para formar un aro interminable…, y en el caso de mi padre, el contenido de la grabación era el asesinato. Y la sangre, claro. Montones de sangre, mucha más sangre que la que hay dentro de un gato o la que había dentro de mi madre… —La voz de Sarah se estaba volviendo un poco más ronca y tensa a cada momento que pasaba—. Todo un océano de sangre, oh, sí… Ése era el aspecto que debía de tener el interior de la cabeza de mi padre antes de que muriera: sólo inmensos espacios vacíos, como los que hay dentro del *Salander 3*, empapados de sangre.

—Y su…, su ma-madre… —Las palabras surgieron de los labios de Zuinglio bajo la forma de un tartamudeo—. ¿Le había hecho lo mismo a ella? ¿Le había hecho lo mismo que le hizo al gato?

—No. —Una sacudida de la cabeza—. Eso no llegó a ocurrir. Por lo que pude

ver… le rajó el cuello. Y luego… —Las palabras se volvían cada vez más y más lentas, y ya estaban a punto de detenerse del todo—. Ahí fue donde se paró.

—Pero ésa no es toda la historia. —La Rachael niña habló de repente, la voz endurecida por el desprecio—. ¡No lo está contando bien! —Agarrándose a los brazos del sillón de orejas, la niña volvió la cabeza primero hacia Wycliffe y luego hacia Zuinglio—. Y eso que ella vio lo que ocurrió… ¡Ella lo vio!

Los ojos de Wycliffe se apartaron de la niña para posarse en Sarah.

—Señorita Tyrell… ¿Qué es lo que vio? ¿Qué ocurrió?

La cinta que había estado girando dentro de la cabeza de Sarah, aquel segmento del pasado largamente enterrado que había logrado abrirse paso hasta el núcleo de sus recuerdos, volvió a hacerse visible en cuanto cerró los ojos. Nunca desaparecería. Una vez vista, era tan interminable como lo había sido dentro del casco del *Salander 3*.

—Lo que ocurrió… —Habló sin levantar los párpados para impedir el paso a la luz delicadamente filtrada de la sala, porque incluso esa suave claridad se había vuelto excesiva para ella—. La vi… Vi a mi madre, a Ruth Tyrell o como quieran llamarla. En realidad da igual cómo la llamemos, ¿verdad? Ella también corría. Corría con el bebé en brazos… Corría porque sabía qué era lo que quería hacer su marido.

—Ésa es la historia real. —La voz de la niña volvió a hablar desde algún lugar situado fuera de Sarah, pero esta vez con un tono de aprobación—. Eso es lo que realmente ocurrió. Lo sé porque la niñera me lo contó. Me lo contó porque cuando vi que esas cosas estaban ocurriendo una y otra vez me asusté muchísimo, y quise saber qué era lo que estaba viendo porque así dejaría de darme miedo. Y entonces la niñera me contó quiénes eran…

Sarah esperó hasta que la niña hubo acabado de hablar, y ni siquiera se preguntó si los dos hombres podían oír aquellas palabras o no.

—La niña… era yo. —Sarah habló muy despacio, intentando expresarse de la manera más exacta y correcta posible, como si aquello pudiera ayudarla de alguna manera inexplicable—. Y entonces… Y entonces él la alcanzó. Alcanzó a mi madre. A su esposa. Ruth y Anson…

Su voz se había ido debilitando con cada nueva palabra hasta que al final acabó desvaneciéndose en el silencio.

—Siga, señorita Tyrell. Debemos saberlo todo.

—Ya no queda mucho más, ¿verdad? —Sarah suspiró y se encogió de hombros, abriendo los ojos para alzar la mirada hacia el techo radiante—. Mi padre conocía el interior del *Salander 3* bastante mejor que mi madre, por lo que en realidad no había ningún sitio donde ella pudiera esconderse. Y además tenía que cargar con el bebé…, conmigo. Y además… Bueno, lo cierto es que nunca puedes huir de las cosas realmente malas. Tarde o temprano siempre acaban alcanzándote, ¿no? De la manera en que mi padre la alcanzó…

Silencio, únicamente silencio a su alrededor. Todos estaban esperando a que siguiera hablando.

«Esos pobres fantasmas…», pensó. Durante unos segundos no estuvo muy segura de qué quería decir con eso. Las personas que compartían la sala lujosamente amueblada del yate interplanetario de la corporación secreta con ella le parecían tan poco reales como las figuras que había visto en las profundidades de Scapa Flow, aquellas figuras que seguían enfrascadas en sus interminables rituales de miedo, locura y muerte congelados por la detención del tiempo. «Quizá ni siquiera sabían que estaban muertos…» Sarah supuso que esa posibilidad también podía aplicarse a las presencias que estaban compartiendo la sala con ella. En cierto sentido, la única que le parecía real era la Rachael niña fruto de sus alucinaciones. Por lo menos aquella niña había surgido del interior de su cabeza, de las profundidades de su subconsciente sumido en la oscuridad, de la misma manera en que Sarah había emergido del casco de la nave hundida. «Eso quiere decir que por lo menos es tan real como yo —pensó, aun siendo consciente de que ese grado de realidad no era gran cosa—. Quizá sea un poquitín real después de todo…»

Como obedeciendo a una señal invisible, la niña volvió a hablar.

—Le rajó el cuello. —La verdad, proclamada de la forma más sencilla y lacónica posible—. Eso es lo que hizo. Tenía un cuchillo y le rajó el cuello. Así, sin pensárselo dos veces… —La niña llevó a cabo un rápido gesto de barrido, una mano sosteniendo una hoja invisible—. Y después ella se murió.

Sarah no esperó a que los dos hombres preguntaran qué había ocurrido a continuación.

—Y luego él también murió —dijo—. Sí, mi padre murió… —La cinta interminable que giraba y giraba dentro de su cabeza había llegado a su fin y ya volvía a iniciar su rotación, un momento del pasado soldado inexorablemente a su antecedente—, Anson Tyrell tenía a su esposa muerta a sus pies y a una niña gimoteante que yacía en el charco de sangre del suelo.

Sarah había presenciado todo aquello, con la Rachael niña alucinatoria pegada a ella, la adulta y la niña escondidas entre las sombras de uno de los pasillos sumidos en las tinieblas de la nave mientras los fantasmas atrapados en el tiempo seguían celebrando sus rituales bajo la luz, como si fuesen los únicos que existían fuera de los confines de la memoria. Y también había algo más de lo que no habló, no porque no quisiera que Wycliffe y Zuinglio no llegaran a saberlo, sino sencillamente porque era demasiado doloroso para poder ser expresado con palabras…, y ese algo era que su madre había muerto sirviéndole de escudo, protegiendo a la pequeña con sus brazos. Incluso cuando la figura enloquecida que blandía el cuchillo había hecho que su madre cayera de rodillas, su otra mano retorciéndole los cabellos dentro de un puño implacable, tensando su garganta hasta dejarla repentinamente vulnerable, Ruth Tyrell no había gritado sino que había jadeado una súplica, y no por su propia vida sino por la existencia, mucho más pequeña, que estrechaba desesperadamente contra

su pecho.

Y la desesperación existía porque Ruth había sabido —como lo había sabido su hija Sarah en cuanto vio la locura que ardía en los ojos de su padre, muerto hacía ya mucho tiempo— que el bebé, la niña acunada en los brazos de su madre, era el verdadero blanco de su ira. Anson Tyrell había asesinado a su esposa, deslizando el cuchillo sobre su blanca garganta, únicamente para poder llegar hasta su propia hija…

—Pero no mató a la niña, —dijo Sarah, expresando sus pensamientos en voz alta porque en aquel momento no le importaba en lo más mínimo que pudieran ser escuchados por alguna otra persona—. Durante un momento… no estuvo loco. Y bastó con ese momento, desde luego. Anson Tyrell debió de oír lo que se le había dicho, lo que le había dicho Ruth…

Sarah, que los observaba desde el pasillo, no había podido oír las palabras que surgieron de los labios de su madre. Palabras en la boca de un fantasma, palabras que quizá ni siquiera habían sido palabras sino meramente alguna clase de grito inarticulado…, o quizá sí lo suficientemente articulado, porque en aquella corta sección del pasado —el pasado que había ocurrido hacía tanto tiempo y tan lejos de la Tierra, a una sexta parte de la distancia que separaba la Tierra del sistema de Próxima —, durante ese fugaz espacio de tiempo, cuestión de escasos segundos, Anson Tyrell recuperó la cordura. Lo que se había adueñado de él, fuera lo que fuese, había aflojado su presa, permitiendo que una racionalidad horrorizada volviera a establecer su dominio sobre Anson Tyrell.

Tenía a su esposa muerta a sus pies, con la sangre todavía brotando de su garganta acuchillada y acumulándose alrededor de los dos, formando un espejo rojamente reluciente hacia el que bajó la mirada para ver un rostro irreconocible que era el suyo. Y vio el cuchillo en su mano levantada que quizá, porque hasta ese extremo había sido profunda y absoluta su locura, ni siquiera supiese que estaba allí. Y vio su cara en el segundo y más pequeño de los dos espejos rojos, el que manchaba el metal reluciente de la hoja, y se reconoció.

Eso era lo que había creído ver Sarah mientras contemplaba a los fantasmas, los cuales estaban tan profundamente atrapados en su pasado que ella les habría parecido un fantasma si hubiera salido de la oscuridad del corredor…, y eso suponiendo que hubieran sido capaces de verla. El tiempo de Sarah, aquel en el que estaba prisionera y que había transportado alrededor de ella como si se tratara de alguna campana de inmersión invisible, se había separado del tiempo encerrado dentro del *Salander 3*, igual que los vestigios de los distintos elementos de una solución divididos por su gravedad específica. Esos elementos, el tiempo de Sarah y el tiempo de los fantasmas, se habían entremezclado durante un rato cuando Sarah descendió a las profundidades de Scapa Flow y entró en el transporte. Como consecuencia de ello, los elementos habían chocado entre sí, volviéndose visibles los unos para los otros, y los muertos habían mirado a los vivos, o por lo menos a los que no estaban tan

muertos como ellos. Su padre muerto había podido verla, y probablemente había pensado que era una parte más de la locura que chisporroteaba dentro de su cabeza. Sarah se preguntó si Anson Tyrell habría podido llegar a hacer algo más que mirarla fijamente mientras balbuceaba su locura asesina. No lo sabía, porque ése fue el momento en el que giró sobre sus talones y echó a correr, cogiendo a la Rachael niña de la mano y tirando de ella para obligarla a que la siguiese, sin importarle que la niña fuese todavía menos real que su padre muerto.

—Y después su padre se suicidó.

Sarah no sabía cuál de los dos hombres había hablado.

—Exacto. —Supuso que ésa era otra de las cosas que Wycliffe y Zuinglio habían sabido desde el principio, otro pequeño fragmento preservado en los archivos de la compañía, transcrito de la declaración de uno de los empleados que entraron en el *Salander 3* después de que volviese a la Tierra y en la que se relataba qué más habían encontrado: los dos cadáveres con los cuellos rajados, el cuchillo todavía en la mano de Anson Tyrell—. Cuando volvió a estar cuerdo y pudo ver lo que había hecho, se suicidó… Usó el mismo cuchillo sobre su cuello. —Porque esa clase de pena, y ella lo sabía muy bien, era otra clase de locura…, o en el fondo quizá fuese la cordura más auténtica y absoluta, la que carecía de límites. Después de todo, al final los resultados eran los mismos—, Anson Tyrell no prestó ninguna atención a la niña que yacía en el centro del charco de sangre, la niña que lloraba y agitaba sus piececitos. Sabía que el ordenador del *Salander 3* y toda su maquinaria autónoma incorporada cuidarían de mí, y que lo harían mucho mejor de lo que él hubiera sido capaz de hacerlo, porque habían sido diseñados para eso…, especialmente dado que no podía saber durante cuánto tiempo seguiría estando cuerdo. La locura había caído sobre él como una tempestad surgida de la nada y se había alejado, pero podía volver a aparecer. No, era preferible dejar que la nave bañara, alimentara y consolara a su hija…

—Y que la llevara de vuelta a la Tierra —dijo Wycliffe—. Porque eso fue lo que ocurrió, naturalmente… El programa de regreso del *Salander 3* nunca habría podido activarse mientras su padre siguiera con vida. El ordenador sólo pasó a la función de piloto automático cuando ya no pudo detectar ninguna presencia humana adulta a bordo de la nave.

Ese hecho todavía encerraba un pequeño consuelo. Sarah se sentía fría y vacía por dentro, y la fachada de dureza e impasibilidad con la que se había estado protegiendo parecía haberse disipado de repente, como si el calor de la sala del yate no hubiera conseguido infiltrarse hasta los huesos helados por la tormenta del océano. «Aun así… —pensó mientras contemplaba la complicada marquetería de la cajita de los cigarrillos sin llegar a verla—. Aun así… Mi padre estaba intentando protegerme de la única manera en que podía hacerlo. Quería protegerme de todas las cosas malas, de toda la locura…, y de sí mismo».

—Pero… No sabemos por qué lo hizo. No sabemos qué pudo haber causado la

locura de Anson Tyrell.

Sarah alzó la mirada y vio que los dos hombres estaban conferenciando entre sí, las cabezas inclinadas la una hacia la otra, hablando en voz baja pero sin llegar al susurro, como si sencillamente hubieran expulsado su presencia de sus mentes durante unos momentos. Entre ellos, sentada en el sillón, su alucinación de la Rachael niña también había álgido la mirada hacia ellos y seguía su conversación igual que una espectadora en un partido de tenis.

—Cierto —replicó Zuinglio, asintiendo con expresión pensativa—. Disponemos de más detalles…, pero en realidad no hemos obtenido ninguna información nueva. No hemos averiguado nada que pueda sernos de utilidad.

—Y eso nos crea un nuevo problema. —Los ojos de Wycliffe, inmóviles detrás de sus gafas de montura cuadrada, parecían absortos en sus profundas reflexiones—. Haber venido hasta aquí…

—Sí… —Como en un espejo ligeramente distorsionado, la mirada de Zuinglio parecía idéntica, incluyendo aquellas gafas que reproducían con toda exactitud las que había usado el difunto Eldon Tyrell—. Es una verdadera lástima, ¿no?

Wycliffe guardó silencio, los labios fruncidos en una mueca pensativa.

—¿Crees que podríamos? Quiero decir que… ¿Realmente piensas que podríamos pedirle que hiciera eso?

—¿Qué es lo que quieren pedirme que haga? —Sarah, experimentando la curiosa sensación de que estaba oyendo hablar a otra persona, escuchó cómo su voz atravesaba la sala del yate interplanetario—. ¿De qué están hablando?

—Si no fuera tan tremendamente importante para nuestra misión nunca se nos ocurriría pedírselo, señorita Tyrell, pero… —murmuró Wycliffe, extendiendo las manos hacia ella.

—Exacto. —Zuinglio asintió vigorosamente—. Le aseguro que sólo pensamos en el destino final de la Corporación Tyrell.

—Estoy totalmente segura de ello. —Una amargura surgida de la nada se fue extendiendo sobre la lengua de Sarah—. Quieren que vuelva a bajar ahí, ¿no? Quieren que vuelva a entrar en el *Salander 3*… No he traído la información suficiente, ¿verdad? No para ustedes, por lo menos…

—Como acabo de decir, se lo pedimos únicamente porque es algo crucial para el éxito de la misión. —Wycliffe estaba intentando emplear un tono de voz lo más afable posible, como si le estuviera pidiendo disculpas—. Es la única razón por la que se lo pedimos. Lo entiende, ¿verdad?

—Oh, por supuesto que lo entiendo. —Sarah se levantó del sillón. Tensó los pliegues del albornoz alrededor de su cuerpo, agarrando los extremos colgantes del cinturón y tirando de ellos para ceñirlo a su cintura—. Y como también acaba de decir… —Podía sentir la rigidez bordada del logotipo de la compañía sobre su piel, justo encima de su pulso—. Sin la Corporación Tyrell no soy nada, ¿eh? Supongo que eso significa que en realidad no tengo elección.

—Me parece una forma bastante… negativa de ver las cosas, aunque se podría decir que…

—Cállese. Se supone que trabajan para mí, y no necesito escuchar más sermones y conferencias. —Sarah extendió una mano con la palma vuelta hacia arriba—. Me hicieron una promesa. En Marte, ¿recuerdan? Y todavía no la han cumplido…

Wycliffe puso cara de perplejidad.

—¿Qué fue lo que le prometimos?

—Un arma. Otra arma para sustituir a la que tenía.

Los dos hombres intercambiaron una rápida mirada llena de nerviosismo.

—No se preocupen, por el amor de Dios. —Sarah meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más harta—. No voy a empezar a disparar contra lo primero que vea.

—Señorita Tyrell… Tal vez no sea una buena idea. No en estos momentos…

Sarah fulminó a Wycliffe con la mirada.

—No después de que haya estado hablando de suicidarme, ¿verdad?

—Bueno…

—Oiga, ¿quieren que vuelva a bajar ahí abajo? Pues entonces denme un arma, porque no voy a volver ahí sin una.

Una tenue sonrisa apareció en el rostro de Zuinglio.

—Un arma no le serviría de nada —dijo—. No ahí abajo. No contra esas cosas.

—Me da igual. —Sarah mantuvo la mano extendida en la misma posición—. O me dan el arma, o ya pueden olvidarse de obtener algo más del *Salander 3*.

La mirada de búho de Wycliffe siguió posada en ella durante unos instantes más. Después el fanático giró sobre sus talones y fue hasta los armaritos que ocupaban el otro extremo de la sala, sacando un anillo de llaves de uno de sus bolsillos mientras caminaba. Cuando volvió, traía consigo un gran objeto negro en una mano.

—Aquí la tiene —dijo secamente—. Su petición ha sido satisfecha.

Sarah examinó el arma, volviéndola de un lado a otro. Era más grande y más pesada que la que había tenido en Marte. «Supongo que debería bastar…»

—¿Cómo sé que está cargada? —Sarah sostuvo el arma con el brazo extendido, tomando puntería a lo largo de la muñeca y del enorme cañón—. ¿Cómo sé que funciona? Quizá sea un arma falsa, algún juguete que tenían preparado para mí.

Un suspiro de Wycliffe.

—Está cargada. Siempre las mantenemos cargadas.

—He de comprobarlo. Antes de volver a bajar…

Wycliffe volvió la mirada hacia uno de los ventanales llenos de oscuridad del salón.

—Quizá cuando la tormenta se haya calmado. Por la mañana, ¿eh? Entonces podría salir con el arma y…

—No. —Sarah meneó la cabeza—. No necesito salir. —El brazo todavía extendido, moviendo el arma en un gran arco—. No hay ninguna necesidad de ello, ¿verdad?

La bala se incrustó en el pecho de Wycliffe, levantándolo por los aires con los brazos repentinamente extendidos, como si se estuviera desplomando sobre una cama invisible preparada para acoger su cuerpo. Wycliffe, un fláccido montón de carne y ropa negra, aterrizó a los pies de Zuinglio. El otro hombre bajó la mirada hacia el cadáver de su compañero y después la alzó hacia Sarah, los ojos todavía más enormes de lo que jamás habían parecido detrás de las gafas de montura cuadrada.

«Esto es demasiado fácil… —El eco del primer disparo todavía estaba girando por el espacio cuando Sarah volvió a apretar el gatillo—. Debían de querer que todo terminara así». En realidad, a Sarah le daba absolutamente igual lo que Wycliffe y Zuinglio pudieran haber querido o dejado de querer.

—Oh, vaya… —La Rachael niña se levantó del sillón y fue a contemplar los dos cadáveres que yacían en el suelo, el uno encima del otro, las gafas conmemorativas del difunto Eldon Tyrell ciegamente alzadas hacia el techo del salón—. ¿Y ahora qué? —preguntó con voz impasible, volviéndose hacia Sarah.

Sarah dejó el arma encima de la mesita y sacó un cigarrillo de la cajita.

—Tengo otros asuntos que atender. —Se metió el encendedor en el bolsillo del albornoz—. Muy muy lejos de aquí… —Echó la cabeza había atrás y exhaló una nubecilla de humo—. Sí, todavía quedan algunos asuntos pendientes…

—¿Puedo ir contigo?

Un encogimiento de hombros. En realidad la niña no existía y, a todos los efectos prácticos, los dos fanáticos también habían dejado de existir. Eso quería decir que estaba sola.

—Claro. —Sarah giró sobre sus talones y echó a andar hacia la *suite* principal para vestirse antes de ir a fijar el curso del yate y volver a Marte…, y a Deckard. Se preguntó cómo reaccionaría Deckard cuando volviera a verla. «Bueno, pronto lo sabré»—. No te consideres obligada a esfumarte sólo porque sé que eres una alucinación. —Sarah volvió la cabeza para mirar a la niña por encima del hombro—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras…

14

Despertó y se preguntó dónde demonios estaba.

Durante un momento Deckard pensó que había vuelto a Los Ángeles, o que nunca se había ido de la ciudad y que todo lo que había ocurrido en otros lugares no había sido más que un sueño, la clase de fantasía onírica de la que emerges repentinamente cuando empiezas a caer de un acantilado o del tejado de uno de los edificios más altos para despertar con el cuerpo recubierto de sudor y el corazón latiéndote a toda velocidad dentro del pecho, los dedos buscando desesperadamente cualquier cosa a la que puedas asirte aunque sólo sea durante un segundo.

Se encontraba en un callejón —de eso no cabía duda, porque el lento regreso de la consciencia a su cabeza ya había alcanzado un nivel lo suficientemente elevado para que Deckard pudiese percibir lo que le rodeaba—, un callejón estrecho y oscuro que parecía agazaparse al final de largas paredes carentes de ventanas recubiertas por una gruesa capa de mugre y llenas de pintadas. Debajo de su cuerpo había un colchón semisólido de restos medio podridos, los desperdicios urbanos barridos, empujados o sencillamente arrastrados por el viento hasta el fondo de aquellos nichos olvidados de los que ya no saldrían jamás. El olor entre acre y dulzón de la basura y demás residuos humanos invadió las fosas nasales de Deckard y, acompañándolo, también pudo percibir su propio hedor, como si hubiera permanecido acostado allí durante una cantidad indeterminada de tiempo. Deslizó una mano a lo largo de su mentón y se encontró con los pelitos, rígidos y todavía bastante cortos, de una barba de dos días.

Había habido un callejón como aquél en Los Ángeles, o mejor dicho montones de ellos. Durante sus días de blade runner Deckard había estado en la mayoría de ellos, la mayoría de las veces con un replicante huido al final del callejón, en ese punto donde ya no les quedaba ningún sitio más al que huir, donde lo único que podían hacer era pegar sus columnas vertebrales a los ladrillos humeantes del edificio y a los conductos de ventilación improvisados y esperar a que la silueta oscura se aproximara y alzara la enorme pistola negra que empuñaba para apuntar y disparar, enviándoles ese rugido de luz que sería lo último que llegaran a ver sus ojos manufacturados. Deckard sabía que no iba armado —no podía sentir el tirón de aquel peso en ningún lugar de sus ropas llenas de mugre y suciedad—, por lo que estaba seguro de que no había vuelto a precipitarse dentro de aquel tiempo aniquilador de las almas.

¿Los estudios del Hollywood Exterior, entonces? Deckard se fue irguiendo hasta quedar sentado en el suelo y examinó la zona en busca de más pistas. Quizá se encontraba en aquel Los Ángeles perfectamente reconstruido, dentro de aquel falso paisaje urbano que orbitaba la atmósfera marrón de la Tierra. Unos segundos bastaron para convencerle de que no era así. «No hay extras», pensó mientras contemplaba la entrada del callejón. Eso significaba que aquel sitio no podía ser el Hollywood Exterior, porque allí el dinero siempre había sido gastado en una multitud de

peatones, expertamente manipulados y alterados para que imitasen la verdadera vida callejera, atestada y repleta de cultos, del Los Ángeles real. La zona que Deckard podía ver fuera del callejón estaba vacía, al menos por el momento.

—Eh. Eh, amigo… Deja que te ayude con eso…

Deckard oyó la voz en su oreja, un áspero susurro entrecortado. También sintió la presencia del otro, fuera quien fuese, lo suficientemente cercana para que pudiera ser tocado. «Mis viejas habilidades de policía tienen que estar realmente muy oxidadas», pensó, y no pudo evitar sentir una punzada de melancolía. Había permitido que alguien se le acercara lo suficiente para que pudiera ponerle las manos encima sin que eso provocara ninguna reacción instintiva de defensa.

Una mano empezó a hurgar en el sitio donde las manos de Deckard permanecían cruzadas delante de su chaqueta, aferrando algún objeto de muy poco peso como si fuera un recuerdo de sus sueños olvidados. El objeto parecía estar hecho de un metal bastante delgado y ser alguna especie de caja, lo suficientemente ligera como para poder estar vacía. Los pulgares de Deckard podían percibir la pequeña protuberancia del reborde de la tapa. Las manos del recién llegado tiraron de la cajita, intentando vencer la resistencia de la presa de Deckard para poder quitársela. Eso hizo que acabara de despertar del todo. Sus ojos se abrieron de golpe y vieron un rostro barbudo y cadavérico muy cerca del suyo. Una mano se apartó de la caja para abofetear al desconocido, y los nudillos hicieron brotar una salpicadura de sangre de una boca a la que le faltaban unos cuantos dientes.

—Cristo… No tenías por qué hacer eso… —El hombre retrocedió un par de metros y se acurrucó, limpiándose las manchas rojas de la cara mientras sus ojos amarillentos vigilaban a Deckard con hosco recelo—. Si quieres estar solo, basta con que lo digas…

El callejón tenía que estar en Marte, en el sector más lejano y miserable de la colonia de emigrantes, porque aquel aspirante a ladrón fracasado tenía el aspecto tembloroso y convulso de alguien que estaba empezando a sentir los efectos de la privación de estímulos aguda. La piel que podía entreverse debajo de los harapos y la suciedad rezumaba pus allí donde las uñas rotas del hombre habían desgarrado su propia carne. Deckard acabó de erguirse y apoyó la espalda en la pared que había detrás de él. Bajó la mirada hacia la caja que tenía en las manos —esmalte blanco lleno de desconchones sobre un metal muy delgado, con una cruz roja un tanto descolorida en el centro de la tapa— e intentó recordar qué significaba. Los confusos componentes de un sueño se agitaron dentro de su cabeza, avanzando los unos hacia los otros para empezar a interconectarse.

«Ya lo tengo…» Una imagen acababa de aparecer entre sus pensamientos: un rostro arrugado de ojos llorosos. Un instante después Deckard vio el resto, no bajo la forma de un sueño sino como un recuerdo, algo que no era totalmente real pero sí lo suficiente, algo que realmente había ocurrido. Una habitación con las grietas producidas por un terremoto surcando el yeso incluso en el techo, el polvo blanco

descendiendo lentamente sobre los juguetes y las muñecas, maniquíes muy grandes, una bailarina paralizada y un payaso gordo que reía en silencio. El rostro de aquel niño envejecido no pertenecía a ningún maniquí, sino que era un rostro humano o, como se dijo Deckard cuando se apresuró a corregirse a sí mismo, el rostro de algo que había sido humano y que había pasado a ser una deidad dentro de su propio universo de bolsillo. Ése era el sitio en el que acababa de estar y del que había sido expulsado hacía… ¿Cuánto hacía de eso?

Deckard estiró el brazo y agarró la delgada muñeca del hombre tembloroso para atraerlo hacia él.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—¿Eh? —Los ojos amarillos le contemplaron. Músculos delgados como cables resecos vibraban debajo de las mejillas hundidas del hombre—. ¿De qué estás hablando?

Deckard perdió los estribos y volvió a tirar del hombre hasta que su rostro quedó pegado al suyo.

—¿Cuánto tiempo llevo tirado en este callejón?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Venga, amigo… ¡Eh! —Las manos que parecían zarpas empujaron inútilmente el pecho de Deckard—. No tengo ni…

—¿Cuándo me viste aquí por primera vez? ¿Cuánto hace de eso?

—Quizá… Sí, puede que ayer. Sí, eso… —El hombre asintió con el vigor suficiente para que todo su cuerpo temblara—. Sí, había un montón de trastos y cosas viejas cuando pasé por aquí, y eso fue ayer, y luego volví para echarles un vistazo…, y eras tú. ¿De acuerdo? Ése es el tiempo que llevas aquí. Desde ayer, ¿eh? Y ahora suéltame, ¿quieres?

Deckard le soltó, impulsándolo hacia atrás con un violento empujón de su brazo mientras lo hacía.

—Piérdete.

El hombre se apresuró a huir hacia la calle, sus temblores levemente disminuidos gracias a la inyección de estímulos que acababa de recibir su sistema nervioso.

Un mínimo de un día yaciendo en aquel callejón… Deckard meneó la cabeza, intentando eliminar los últimos vestigios de la neblina. Incluso dejando aparte el hecho de que había estado inconsciente, su sentido del tiempo seguía acusando los efectos residuales de la estancia en el universo privado de Sebastian. Ése era uno de los problemas ampliamente documentados que traía consigo el mantener cualquier clase de contacto con las deidades deshidratadas: un auténtico síndrome de Rip van Winkle, sólo que al revés. Deckard probablemente había pasado menos de una hora de tiempo percibido allí dentro mientras que en el mundo real podían haber pasado años, y no tenía forma alguna de saber cuánto tiempo había transcurrido antes de que se precipitase sobre la basura y el barro del callejón.

El resto de sus recuerdos se solidificó de repente, mucho más nítidos que las imágenes y formas borrosas que dejaban los sueños. Deckard podía recordar todo lo

ocurrido desde el momento en que se encontró caminando por la calle del Los Ángeles recreado de Sebastian, con los neones del Millón de Dólares arrancando destellos al pavimento mojado por la lluvia hasta la fragilidad sísmica del escondite repleto de juguetes en lo alto del edificio Bradbury. «Pobre bastardo… Le mentí», pensó. Pero por el momento no estaba en condiciones de sentirse culpable por ello. Lo único que había querido era conseguir un poco más de lo que cumplía la función del tiempo en aquel mundo falso, el suficiente para que Sebastian le contara los grandes secretos. Por eso había engañado al ingeniero genético convertido en un dios a pequeña escala, y por eso le había soltado toda aquella sarta de mentiras y le había asegurado que Pris estaba en algún lugar de la periferia de aquel Los Ángeles improvisado, esperando a que Sebastian fuese en su busca y diera con ella. «Qué idiotez…» Después de todo, quizá era una suerte que se hubiera visto expulsado del universo de bolsillo y hubiese regresado a aquel cosmos mucho más grande antes de que Sebastian descubriera que le habían vuelto a estafar. Eso podía haber tenido efectos realmente devastadores para él, y en ese caso habría ocurrido algo bastante peor que una serie de terremotos y un edificio convertido en átomos de yeso.

Y también había algo más, y Deckard no lo había olvidado: la cajita, metal blanco lleno de arañazos y abolladuras con una cruz roja en la tapa. Sebastian se la había metido en las manos, casi obligándole a cogerla mientras le gritaba lo importante que era…

Deckard bajó la mirada hacia el objeto que tenía en las manos, exactamente el mismo que había visto y sostenido en el universo de bolsillo de la deidad deshidratada. «Esto no tiene ningún sentido», pensó. La caja parecía el recipiente estándar de alguna clase de botiquín de primeros auxilios reglamentario, e incluso disponía de unas pequeñas sujeciones metálicas en la parte de atrás para instalarlo en una pared o dentro de un armario. Su aspecto no podía ser más corriente, pero no hubiese debido estar ahí. La caja formaba parte del otro universo, el más pequeño, el que había sido creado a partir del contenido de su cabeza por un Sebastian misteriosamente metamorfoseado. Todo lo que Deckard había percibido allí, desde los resplandores serpentinos de los neones de la marquesina del cine que se deslizaban sobre la acera desierta hasta la risa enloquecida del maniquí-payaso, sólo existía dentro de aquel mundo, y no en éste. Incluso lo que sentía al tocar la tapa de la caja, lisura de esmalte y zonas más rugosas allí donde el metal había quedado al descubierto, tendría que haberse quedado atrás, confinado en el escondite ilusorio de Sebastian. Deckard sabía que hubiese tenido que despertar con las manos vacías, y el que un diminuto dios marchito hubiese tratado de poner algo en ellas no hubiera tenido que impedirlo.

La tentación de arrojar la caja de metal al fondo del callejón —porque la caja sólo era otro estorbo, y Deckard ya tenía más que suficientes— se agitó en su interior. Podía limitarse a arrojarla sobre la basura y los restos que formaban los estratos inferiores del callejón, y nunca la echaría de menos. La caja, botiquín de primeros

auxilios o lo que fuese, parecía prácticamente carente de peso. Deckard la sacudió y oyó un ruidito de objetos todavía más pequeños rodando de un lado a otro en su interior. Levantó la tapa y vio un par de botellitas marrones, líquidos antisépticos que se habían evaporado a pesar de sus tapones; un frasco de plástico de aspirinas de las que sólo quedaba un polvillo blanco; y unas cuantas vendas que, estériles en un lejano pasado, se hallaban sospechosamente manchadas por el paso de los años. Una etiqueta de papel había sido pegada de manera bastante inexperta al interior de la tapa: si había contenido instrucciones o algún tipo de consejos médicos, éstos se habían borrado ya hacía mucho tiempo.

«Tendría que haber dejado que ese tipo se lo llevara…», pensó. Eso habría sido infinitamente preferible a su patética exhibición de violencia ante el tembloroso caso de privación sensorial que había estado tratando de arrebatarle la pequeña caja metálica. De esa manera el problema de qué hacer con ella habría pasado a ser suyo.

Deckard tensó la muñeca, preparándose para lanzar el viejo botiquín de primeros auxilios hacia las sombras más oscuras del callejón, pero luego se quedó inmóvil. Por alguna razón desconocida, Sebastian había querido que lo tuviera y se había apresurado a entregárselo en cuanto el universo de bolsillo empezó a desvanecerse…, y además la caja había venido con él cuando Deckard volvió a su mundo. Aunque no significara nada más, por lo menos sería un extraño y melancólico recordatorio de aquella figura arrugada por la vejez y su séquito de hoscos juguetes.

Se metió la caja en el bolsillo de la chaqueta y se incorporó. Las botellitas y frasquitos vacíos tintinearon contra el metal, marcando un ritmo errático y curiosamente hueco en cuanto Deckard echó a andar hacia las calles de la colonia en las que había gente. Los instintos policiales habían sufrido una mutación hacia lo criminal: si alguien le estaba buscando, siempre le resultaría más fácil esconderse entre una multitud que en un callejón desierto.

La puerta del cubículo no estaba cerrada con llave, y el picaporte giró entre sus dedos sin ofrecer ninguna resistencia. Deckard había necesitado otra media hora, dando codazos y abriéndose paso a empujones con la cabeza inclinada a través de la parte más atestada de las multitudes que llenaban la zona, para poder llegar a la residencia de los Niemand. Los últimos diez metros, donde no había nadie salvo unos cuantos casos terminales que hurgaban a ciegas por entre los restos y la basura acumulada, habían sido los que le pusieron más nervioso. Deckard sabía que si le habían tendido cualquier clase de trampa, estaría justo en el peldaño de su entrada. Los viejos instintos, tan difíciles de extirpar como los tendones que envolvían sus huesos, hicieron que sus dedos volvieran a deslizarse por debajo de su chaqueta, buscando el arma que había llevado encima en su otra vida. Pero su mano emergió tan vacía como lo había hecho en la calle iluminada por los neones del universo privado de Sebastian.

Oscuridad en el interior. Deckard empujó la puerta hasta abrirla lo suficiente para poder accionar el interruptor de la pared. Una vez dentro de los diminutos espacios

del cubículo, vio que todo parecía estar tal como lo había dejado antes con la única excepción de su propia persona, inconsciente y encorvada delante de la mesa. El maletín seguía allí, con el asa vuelta hacia la puerta: Deckard pudo ver sus iniciales en la plaquita de latón atornillada debajo de ella. La parafernalia del viaje psíquico tampoco había cambiado. El vaso de laboratorio graduado, la varilla de cristal, el paquete abierto del que habían caído unos cuantos gránulos de polvo blanco y la cuchara que había cogido de la cocina formaban un cuadro que habría sido de más interés para un departamento policial antidrogas en el caso de que a alguno se le hubiera ocurrido dejarse caer por el cubículo.

Deckard cerró la puerta detrás de él. Apenas lo hubo hecho, supo que había alguien más en el cubículo. Pudo percibir la minúscula perturbación en el aire atrapado, distinta de las filtraciones que tenían lugar a través de los numerosos remiendos y parches de las paredes y los techos. Deckard se quedó inmóvil, aguzó el oído y no oyó nada. Después pasó rápidamente junto a la mesa, dio el par de pasos que lo separaban de la puerta del dormitorio y la abrió de un empujón.

—Señor Niemand… ¡Gracias a Dios que ha vuelto! —El calendario de la pared habló con su vocecilla aflautada y excesivamente nerviosa—. ¡Mientras usted estaba fuera han ocurrido cosas terribles! ¡Asesinato y catástrofe!

Deckard no le prestó ninguna atención. La luz que se filtraba desde la habitación de atrás le permitió ver una figura acostada sobre la cama. El humo de un tabaco bastante fuerte, mucho más caro que cualquiera de los disponibles en el mercado negro de la colonia, llegó a sus fosas nasales como un impalpable espectro grisáceo. La figura que yacía sobre la cama se llevó el cigarrillo a los labios e inhaló, y el tenue resplandor del fuego dibujó los familiares ángulos y sombras de la cara de Sarah Tyrell. La figura ni siquiera se molestó en mirar a Deckard, y siguió contemplando el techo manchado de humedad, sus oscuros cabellos sueltos y esparcidos sobre la almohada.

—Estás en casa, ¿eh? —dijo Deckard, sentándose en el borde de la cama—. ¿Adónde fuiste?

—Lejos, muy lejos… —Un poco de ceniza cayó sobre el dorso de su mano y sobre la manta, pero Sarah no pareció darse cuenta—. Si lo supieras, probablemente te asombrarías.

—Probablemente.

Deckard permitió que sus hombros se inclinaran hacia adelante y apoyó los antebrazos en las rodillas, sintiendo el lento deslizarse del cansancio a lo largo de la cadena de su espina dorsal doblada. El despertador de la mesilla de noche había desaparecido, sus fragmentos de metal y plástico esparcidos por el callejón. No era una gran pérdida, desde luego. Deckard había odiado al despertador y a su cháchara estúpida tanto como Sarah.

Sin reloj y llena de sombras, la habitación parecía existir fuera del tiempo. Si miraba por el rabillo del ojo, Deckard podía ver a Sarah sin ninguna dificultad. Capas

superpuestas de recuerdos empezaron a deslizarse por debajo de las nubecillas de humo. Aquella cara y la otra se parecían tanto… De hecho, y tal como había pretendido Eldon Tyrell, eran idénticas. Rodeado por aquella oscuridad, Deckard no necesitaba cerrar los ojos para ver a la otra, aquella a la que había amado, la muerta. Deckard tuvo que convertirse a sí mismo en una cosa muerta, un objeto carente de deseos.

Para no sucumbir a la tentación de acostarse junto a ella, tomarla en sus brazos y acercar su cara a la suya, humo y beso y la presencia de su cuerpo, vivo y real y una ilusión. De hecho, no le habría importado que…

El calendario de la pared percibió la profunda ensoñación en la que se había sumido.

—Señor Niemand… —susurró, como si temiera entrometerse en sus reflexiones—. Hay algo que debería saber.

Deckard no apartó la mirada de sus manos vacías suspendidas delante de él. Un suspiro, y una lenta inclinación de la cabeza.

—¿De qué se trata?

—Hay alguien más aquí. Aparte de usted y de la señora Niemand, quiero decir…

Deckard levantó la cabeza y permitió que su mirada fuera recorriendo lentamente la habitación. El giro de su cabeza se detuvo cuando se encontró con otro par de ojos que le devolvían la mirada.

—¿Quién eres?

Una niña de oscuros cabellos recogidos en una trenza le estaba contemplando con expresión sombría.

—¿No lo sabes? —Estaba sentada en una silla de la cocina que había sido colocada en el rincón del dormitorio. La niña movió la cabeza, y la trenza cayó sobre su hombro—. Ella sí lo sabe.

Deckard volvió los ojos hacia Sarah, que seguía inmóvil sobre la cama.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Quién es esta niña?

—Oh, por el amor de Cristo… —Sarah emitió un gemido de disgusto y se restregó la frente con una mano—. No empieces con eso. —Se incorporó, apoyando la espalda en la pared, y le fulminó con la mirada—. Sabes muy bien que aquí no hay nadie más. No finjas que estás viendo a alguien.

Deckard siguió contemplando los oscuros centros de los ojos de Sarah durante un instante más, y después se volvió hacia la nueva presencia que compartía la habitación con ellos.

La niña se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—Siempre está diciendo lo mismo. Cuando esos dos hombres dijeron que me veían, tampoco los creyó. —Levantó el mentón en un gesto de tozudo desafío—. Ella cree que no soy real, pero lo soy.

Deckard asintió.

—Siempre ha sido un poco… especial, ¿sabes? —Volvió la cabeza hacia Sarah—.

¿De dónde ha salido? ¿Por qué la has traído aquí?

—Ahora sí que estoy seriamente cabreada. —Con un solo y veloz movimiento, Sarah sacó las piernas de la cama e incrustó su cigarrillo en la mesilla de noche tan violentamente como si fuese un clavo y pudiera atravesar la seudomadera con él—. Sabes perfectamente bien de dónde ha salido, maldita sea. Ha salido del condenado plan que tú y esos fanáticos de la Corporación Tyrell habéis tramado. No sé qué clase de maquiavélicos objetivos ocultos habíais creído que podríais alcanzar con eso. —Volvió la cabeza hacia Deckard para fulminarle con una mirada salvajemente aniquiladora—. Quizá queríais volverme todavía más loca de lo que ya estoy, ¿eh? Aunque no consigo entender por qué os habéis tomado tantas molestias, desde luego… Ya he llegado al límite de mi resistencia. —Las palabras tenían que deslizarse por entre la barrera de sus dientes—. Yo puedo verla, claro, pero en mi caso se supone que he de verla. Es mi alucinación, ¿no?

Deckard consiguió resistir la tentación de inclinarse sobre ella, agarrarla por los hombros y sacudirla hasta meterle algo de sentido común en la cabeza.

—Oye —dijo, poniendo una mano plana sobre la cama—, no voy a entrar en detalles, pero acabo de volver de un sitio que sencillamente no existe, o no de la manera en que existen las cosas reales. Eso quiere decir que sé reconocer la diferencia, ¿no? Hay una niña sentada en esta habitación con nosotros, y quiero saber qué está haciendo aquí. Eso es todo, ¿entendido?

La radiación en la que se había convertido la mirada de Sarah, esa especie de luz láser orgánica que surgía de debajo de sus párpados, ascendió otro grado en la escala de letalidad.

—Que te jodan, Deckard.

Después se levantó y pasó junto a él para ir hacia la parte delantera del cubículo.

—Muy bien —murmuró Deckard. Cada nuevo enfrentamiento con Sarah Tyrell le dejaba agotado, y una parte muy significativa de aquel agotamiento procedía de la perturbación cognitiva que suponía ver el rostro de la mujer a la que había amado devolviéndole la mirada con el odio y el desprecio más absolutos que se pudieran imaginar. Deckard se inclinó hacia adelante y puso delicadamente su mano sobre la de la niña—. Entonces tendrás que decírmelo tú, ¿no? ¿Cómo te llamas?

—Ya sabes cómo me llamo…

—No, no lo sé. —Deckard intentó sonreírle con la mayor dulzura posible—. De veras, no lo sé.

—Soy Rachael. —La niña le estaba mirando a los ojos—. Me llamo Rachael.

Deckard sintió cómo el silencio y la inmovilidad se extendían por la habitación y los rodeaban a ambos, a él y a la niña de expresión solemne y oscuros cabellos. Era como estar en el centro de un momento de tiempo atrapado, como si el mismo mundo hubiera contenido el aliento, deteniendo su fluir de la misma manera en que había quedado detenido el de Deckard, atrapado exactamente junto a su corazón.

—Esto es alguna clase de broma, ¿verdad? —Deckard habló sin ninguna ira, con

toda la aspereza repentinamente esfumada de su voz. La mano de la niña, un objeto hecho de calor, carne y piel, era claramente tangible debajo de la suya—. Si lo es, no me…, no me enfadaré contigo. ¿Alguien te ha dicho que dijeras eso?

—Por supuesto que no. —La niña parecía sentirse muy ofendida—. Me llamo Rachael. Es mi nombre, mi verdadero nombre… —Una repentina compasión iluminó sus ojos—. No tengo ningún otro nombre.

El calendario agitó sus páginas en la pared.

—No creo que esté mintiendo, señor Niemand.

—No… Yo tampoco lo creo. —Deckard no alzó la mirada hacia el calendario y su fotogénica escena de unas tierras salvajes ya desaparecidas—. Ése no es el problema. —Los ojos de Deckard seguían atrapados por la mirada de la niña, que le contemplaba en silencio y sin parpadear. A veces las personas mentían y a veces no lo hacían, porque a veces sencillamente creían cosas que no eran verdad—. ¿Cómo te apellidas?

La niña meneó la cabeza, y la gruesa trenza oscura se balanceó detrás de ella.

—No lo sé. Nadie me lo ha dicho nunca.

—¿Quiénes son tus padres?

Una nube desfiló velozmente por detrás de los ojos de la niña.

—Están muertos. Llevan mucho mucho tiempo muertos.

Alrededor de ellos, en la habitación silenciosa y en el mundo que se extendía al otro lado de las delgadas paredes prefabricadas del cubículo, el tiempo ya se había vuelto a poner en marcha. Deckard pudo sentir cómo su corazón reiniciaba la secuencia de movimientos habitual. Sabía que había ocurrido algo: una puerta que daba a algún otro tiempo acababa de abrirse, y aquella niña había entrado por ella. «Es ella —pensó—. No está mintiendo. Rachael…»

Podía verlo en la cara de la niña, en la oscuridad de su cabellera recogida detrás de su cabeza, en los ojos abiertos, sinceros y libres de toda vergüenza, en el tranquilo dominio de sí misma que irradiaba de cada postura y cada movimiento de aquel cuerpecito. Deckard la había amado y besado y había permanecido inmóvil entre sus brazos, había dormido junto a una Rachael adulta, si es que una replicante que sólo podía vivir cuatro años podía ser llamada adulta. Rachael había sido creada de aquella manera, y su infancia no era más que un falso recuerdo robado a una mujer humana llamada Sarah Tyrell e implantado dentro de su cabeza. Deckard nunca había visto a Rachael de niña salvo por un momento, en la rebanada de tiempo deshidratado de las fotos que Rachael había traído consigo al apartamento de Deckard y que le había enseñado en un fútil intento de demostrar que era humana. Deckard sabía que las fotos eran de Sarah, o quizá sólo meras falsificaciones de una realidad inexistente, pruebas falsas concebidas y creadas en los laboratorios de Eldon Tyrell, tan falsas como las que obsesionaban al replicante Kowalski. Deckard no hubiera necesitado ver aquellas fotos falsas, las que la mano temblorosa de la Rachael adulta había empujado hacia él, para poder reconocer a la niña sentada delante de él. Podría haber

cerrado los ojos, o haber mantenido la habitación sumida en la oscuridad más absoluta, sin ni siquiera ver los ojos y la cara de la niña, y aun así habría sabido que Rachael —no la mujer a la que había amado como mujer, sino algún aspecto de ella— estaba allí con él.

Deckard rebuscó en su memoria y extrajo de ella otra pregunta que formular a la niña. Era algo que le habían dicho en el hospital veterinario Van Nuys, algo que recordaba de aquel santuario para replicantes huidos en el que Isidore se afanaba para convertirlos en criaturas que pudieran pasar por seres humanos. Allí había habido otra foto, un viejo recorte de periódico clavado con chinchetas en la pared del despacho de Isidore que había sido contemplado y que había provocado algunas reflexiones…, porque la mujer de esa vieja foto se parecía muchísimo a Rachael.

—Dime una cosa, pequeña. —Deckard se inclinó hacia adelante, dejando su mirada a la altura de la de la niña y a escasos centímetros de sus oscuras pupilas—. Tu madre… ¿Tu madre se llamaba Ruth?

El rostro de la niña se iluminó.

—¡Sí! —Un par de saltitos llenos de excitación, como si rebotara sobre la silla—. Eso es lo que me dijo la niñera, ¿sabes? La niñera me dijo que mi madre se llamaba Ruth.

Deckard inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿La niñera? ¿Qué niñera?

—Bueno, en realidad no era una auténtica niñera. No era como las niñeras que salen en los vídeos y los libros de cuentos, quiero decir… —La niña llamada Rachael se encogió de hombros, pareciendo sentirse un poquito avergonzada—. No era real, no como tú y yo. Sólo era el ordenador y las máquinas y todo lo demás, y entre todas cuidaban de mí. Tenían que hacerlo porque allí no había personas reales…, por lo menos hasta que llegó ella. —La niña señaló la puerta y a Sarah, que estaba en la otra habitación del cubículo—. Sólo había fantasmas y cosas que parecían personas, pero todas estaban muertas. Por eso la niñera tuvo que hablarme de todas esas cosas. —Le observó con más atención—. ¿Lo entiendes?

—Claro. —Deckard asintió. No necesitaba forzar demasiado la imaginación para hacerse una idea de qué clase de vida había sido aquélla—. Ese sitio, el de la niñera y los fantasmas… ¿Tenía un nombre? ¿No se llamaría *Salander 3*, quizá?

—¡Sí! —La niña parecía excitada y complacida, como si acabara de descubrir que podía sintonizar la longitud de onda de otro ser humano. Pero de repente puso cara de perplejidad y la frente se le llenó de arrugas—. ¿Cómo lo sabes? Tú no estabas allí.

—Oh… Bueno, sé muchas cosas.

Más recuerdos, nuevos destellos de memoria referentes a la conversación que había mantenido con Isidore e incluso de algo que había ocurrido antes, cuando Deckard se dedicó a rebuscar en lo que quedaba de los viejos ficheros sobre la Corporación Tyrell acumulados por el departamento de policía de Los Ángeles. Había encontrado toda clase de datos fragmentarios, y todos esos trocitos y briznas

habían sido transferidas de una manera u otra al banco de memoria personal que Deckard transportaba dentro de su cabeza. «El problema no estriba en enterarte de las cosas, sino en entenderlas», pensó.

Y una de las cosas que debía tratar de entender era cómo había llegado hasta allí aquella niña. No parecía tener más de diez años, y eso si llegaba a tenerlos: la mezcla de una sombría cualidad de adulta, el cauteloso recelo con que contemplaba las cosas que ocurrían a su alrededor y esas reacciones de chiquilla, cuando Deckard adivinó el nombre de su madre, hacían que resultara bastante difícil fijar su edad con precisión. Deckard sospechaba que si le formulaba esa pregunta, que después de todo era muy sencilla y fácil de responder, la contestación sería que la Rachael niña no sabía cuántos años tenía. ¿Cómo podía saberlo? El mero hecho de que la niña existiera ya indicaba que algo había ido seriamente mal en el flujo del tiempo. Si realmente era la hija de Ruth Tyrell —Deckard intentó recordar el nombre del padre y tuvo que concentrarse en el recuerdo del viejo recorte de periódico antes de que su mente le proporcionara el nombre de Anson, el hermano de Eldon Tyrell—, y en aquellos momentos Deckard estaba seguro de que lo era, eso significaba que…, que la niña había nacido después de que sus padres murieran a bordo del *Salander 3* durante la misión abortada al sistema de Próxima.

¿Y qué significaba todo lo demás? Deckard intentó poner algo de orden en el caos de piezas de aquel rompecabezas mientras estudiaba el rostro de la niña. Podía ver a la otra Rachael, la que llegaría a existir cuando la niña creciera, ya presente allí, como un embrión o, para usar una comparación más adecuada, como una flor que apenas hubiera empezado a mostrar el color de sus pétalos. La niña no despertaba ninguna clase de emoción o sentimiento sexual en él, aunque todo lo que conformaba su existencia física —el color de sus ojos, la manera de levantar el mentón y los contornos de las mandíbulas, incluso la apenas perceptible fragancia de sus oscuros cabellos— le recordaba a la Rachael adulta que había dormido entre sus brazos. No, lo que sentía al verla era más bien un asombro maravillado levemente teñido de tristeza, porque podría haber sido la niña que él y Rachael hubieran tenido si los replicantes pudieran tener hijos. Ésa era otra de las cosas de las que Eldon Tyrell les había privado. Pero la niña tenía exactamente ese aspecto, una retorcida herencia genética milagrosamente derivada de la belleza sonriente de Ruth tal como la había capturado la foto del viejo recorte de periódico…, ¿y hasta dónde habría que remontarse para encontrar el primer eslabón de esa cadena? La mujer con la que Anson Tyrell se había casado y a la que intentó llevar consigo a las estrellas quizá formaba parte de un largo linaje de destructoras de corazones, no tanto hermosas —aunque Rachael había sido hermosa, y Sarah Tyrell seguía siéndolo a pesar de todo lo ocurrido—, como dotadas de alguna otra cualidad, casi invisible pero aun así real, que era capaz de poner la punta de un dedo sobre los corazones de los hombres para detener el pulso de forma tan efectiva como una suave y delicada bala de carne.

«Y ella también llegará a ser así —pensó Deckard mientras contemplaba a la niña

sentada delante de él, aquella niña que esperaba que volviera a hablar—. Pero no para mí, sino para algún otro hombre…» Porque para él sólo habría Rachael, la Rachael a la que había amado y que le había sido arrebatada.

—¿Qué va a pasar ahora? —La Rachael niña señaló la puerta del dormitorio con una casi imperceptible inclinación de la cabeza. Una sombra pasó por delante de la luz que se filtraba desde la otra parte del cubículo—. Me parece que no le gusto mucho, ¿verdad? —Una nota de preocupación tembló en la voz de la niña—. Y no tengo ningún otro sitio al que ir… Estoy muy lejos de casa, y estoy segura de que me perdería.

—Bueno… No debes preocuparte. —Deckard le apretó suavemente la mano—. No te ocurrirá nada malo. Te lo prometo.

—Vaya, qué actuación tan maravillosa… —La temperatura del aire pareció descender varios grados de golpe cuando una voz llena de amargura habló desde el umbral. Deckard alzó la mirada y vio a Sarah inmóvil delante de la puerta del dormitorio, apoyada en el quicio de plástico con los brazos cruzados encima de los pechos—. He de admitirlo, desde luego… —Meneó lentamente la cabeza, y su mirada era una daga dirigida a los ojos de Deckard—. ¿Quién habría podido imaginarse que eras tan buen actor? Claro que a estas alturas ya debería saber que tienes un montón de talentos ocultos, ¿no?

—Oh, oh. —El calendario, presintiendo problemas, acababa de hablar en un susurro casi inaudible desde detrás de su escena de árboles y nieve—. Me parece que no…

—Silencio. —Deckard no había apartado la mirada de Sarah—. ¿De qué estás hablando?

—De la pequeña función que acabas de organizar. —Un veloz gesto de la mano, un arco vertiginoso que abarcó tanto a Deckard como a la niña—. He estado a punto de creer que realmente podías verla. De la manera en que puedo verla yo, quiero decir…

Deckard no sentía ningún deseo de seguir discutiendo aquel tema con ella.

—Saliste del planeta, ¿verdad? Tienes que haberlo hecho. —Era la única explicación posible, aunque Deckard todavía no tenía ni idea de cómo se las había arreglado para hacerlo. Pero el *Salander 3*, el transporte interestelar a bordo del que Ruth y Anson Tyrell habían iniciado su viaje al sistema de Próxima, no se encontraba en Marte. Si existía en algún lugar, tenía que ser en la Tierra, enterrado en algún sitio para evitar que los efectos notoriamente tóxicos de las viejas unidades de propulsión pudieran filtrarse al exterior—. ¿Adónde fuiste? ¿Quién te llevó a…?

—Pareces un policía —dijo Sarah, poniendo cara de disgusto—. Siempre estás preparado para interrogar a la gente, ¿eh? Quizá te gustaría llevarme a la comisaría y darme un buen repaso… Probablemente te serviría para recordar los viejos tiempos, ¿verdad? Oh, lo siento… —Alzó una mano—. Lo había olvidado. Con los blade runners, siempre se empieza disparando y luego ni siquiera hay que molestarse en

hacer preguntas. ¿No es así?

—Basta, ¿de acuerdo? —La aguja de las palabras de Sarah había logrado atravesar la piel de Deckard, exactamente como ella pretendía que ocurriera—. Escucha, me fui y regresé, y tú no estabas aquí. Me volví a marchar… —Deckard había calculado que el tiempo pasado en el universo de bolsillo de Sebastian tenía que ser aproximadamente ése—. Vuelvo y estás aquí. Estupendo, magnífico, lo que quieras… Pero resulta que las cosas han cambiado, ¿no? Me encuentro con una niña sentada en esta silla… —Señaló a la Rachael niña—. La veo, tú la ves… Es real. No quiero oír más chorradas sobre alucinaciones. Lo único que quiero saber es cómo conseguiste ir a la Tierra, cómo entraste en el *Salander 3*, donde demonios quiera que esté ahora, y por qué te trajiste a esta niña cuando volviste. —La ira que estaba creciendo en su interior le fue endureciendo la voz—. ¿Qué te parece si empiezas explicándome todo eso?

—No intentes jugar a los matones conmigo, Deckard. —Sarah se apartó del quicio de la puerta, impulsándose con un brazo. Después apoyó las manos en las caderas y se quedó inmóvil, mirándole fijamente—. Ni siquiera quiero hablar contigo, y tener que escucharte es algo que me apetece todavía menos. Lo único que estás consiguiendo con todo esto es hacer que me resulte más fácil seguir adelante con lo que ya había decidido hacer…, aunque en realidad tampoco me habría resultado demasiado difícil.

Un inmenso cansancio surgió de la nada para caer de repente sobre los hombros de Deckard, el resultado del encuentro entre su propia fatiga y la sensación de esperanzas perdidas y futilidad que la mera presencia de Sarah Tyrell bastaba para evocar en él. «El peor de todos los matrimonios posibles…», pensó, como si los alias del señor y la señora Niemand fueran los nombres de dos personas reales. Hubo un tiempo, cuando sacó por primera vez a Sarah de la Tierra, en el que Deckard creía que unir su destino al suyo le permitiría conseguir algo, aunque sólo fuera el alejarla hasta tal punto de cualquier fuente de poder que Sarah ya no estaría en condiciones de hacerle más daño a ningún replicante o ser humano. «Pero los locos son invencibles… —se repitió una vez más, siendo consciente de que eso era algo que había sabido desde el principio—. Ellos siempre están mucho más locos de lo que tú puedas llegar a estar cuerdo». Cuando clavaba la mirada en los ojos de Sarah, intentando ver más allá de la imagen del recuerdo de la Rachael a la que había amado, veía el negro agujero de una locura capaz de consumir toda razón y todo deseo, e incluso la misma vida, un lugar que no podía devolver absolutamente nada a los vivos porque estaba atrapado en la implosión inacabable causada por la densa gravedad de sus propias obsesiones. Tendría que haberlo sabido, y en realidad lo había sabido: luchar contra algo semejante equivalía a librar un combate perdido de antemano.

—Muy bien —dijo, irguiendo la curva saturada de agotamiento de su columna vertebral—. No sé qué es lo que puedes haber decidido hacer, pero por mí puedes

hacerlo. Tengo otros asuntos de los que ocuparme.

El maletín, la caja de falso cuero que hablaba con la voz de Roy Batty y que contenía la lista codificada de los replicantes disfrazados por Isidore, seguía estando encima de la mesa del cubículo. Deckard todavía no estaba muy seguro de poder entender todo lo que había ocurrido en el universo de bolsillo de Sebastian, pero por lo menos sí que estaba convencido de que esa parte era verdad. Tanto Batty como los simpreps que habían introducido el paquete de la deidad deshidratada dentro del maletín estaban en lo cierto: Deckard podía creer en Sebastian incluso cuando no estaba dispuesto a creer en nadie más y no debido a la transmutación sufrida por el diminuto ingeniero genético, esa nueva condición mejorada de dios a pequeña escala, sino sencillamente porque Sebastian era incapaz de mentir. Una naturaleza tan sencilla como la suya no cambiaba meramente por haber pasado de un mundo a otro. Deckard alzó la mirada hacia la mujer inmóvil en el umbral.

—Tengo cosas que hacer —murmuró.

Sarah se rio.

—¿Como cuáles?

—No es necesario que lo sepas.

Tenía que encontrar alguna manera de llevar el maletín hasta los replicantes insurgentes, allá entre las estrellas. Creer en el contenido del maletín y aceptar su misión habían pasado a ser una y la misma cosa, y Deckard ya no tenía elección.

La misión ya habría sido lo suficientemente difícil incluso suponiendo que las Naciones Unidas todavía estuvieran enviando nuevos emigrantes a sus colonias espaciales más lejanas…, pero en ese caso habría sido posible. La interrupción del programa de emigración, el surgimiento del cuello de botella insalvable que se había formado en Marte, suponían otros tantos problemas casi imposibles de resolver. «Me están buscando», pensó Deckard lúgubremente. Las personas que ya habían matado a Dave Holden, el primer mensajero asignado al maletín, podían estar justo delante del cubículo en aquel preciso instante, observando y esperando. En ese caso, el único misterio sería el de por qué no actuaban de una vez contra Deckard y lo liquidaban inmediatamente. Quizá eran unos exhibicionistas. Sí, quizá pertenecían a esa variedad de policías a los que les gustaba matar en público, allí donde todo el mundo pudiera verlo, porque ésa era la clase de hazaña que podía conseguir que un policía fuera ascendido y entrara a formar parte de la unidad de blade runners. Deckard pensó que el que un agente de a pie lograra acceder a las filas de la élite pasando por encima de su cadáver ventilado sería un acto de justicia irónica. «Pero no quiero formar parte de él», se recordó a sí mismo.

—¿Y yo? —La Rachael niña habló de repente, como si hubiera sido capaz de leer en el caos de sus pensamientos—. Dijiste… Me prometiste que…

—Claro que sí, cariño. Lo prometí. —Y de repente aquella nueva complicación. Deckard aún no sabía qué tendría que hacer para transportar el maletín y los datos de Isidore hasta los insurgentes, pero fuera lo que fuese estaba claro que tendría que

hacerlo cargando con la niña. «Y ni siquiera sé de dónde ha salido o cómo ha llegado hasta aquí». Aun así…—. No te dejaré abandonada.

—Cierto —dijo Sarah desde la puerta—. Y no la dejarás abandonada porque no vas a ir a ningún sitio, Deckard. He regresado únicamente para decírtelo.

Deckard se volvió hacia ella, pero otra voz habló antes de que pudiera abrir la boca.

—Señor Niemand… Tenga mucho cuidado —dijo el calendario mural—. La señora Niemand tiene un arma. Otra arma, quiero decir…

El calendario estaba diciendo la verdad. La evidencia estaba en la mano de Sarah, recién extraída del bolsillo de su abrigo. El metal negro se hallaba suspendido en el aire a muy poca distancia del rostro de Deckard, y el agujero del cañón parecía tan negro, profundo y definitivamente letal como los centros de los ojos de la mujer.

Deckard permitió que una de sus cejas subiera en un lento enarcamiento.

—Conque al final hemos acabado llegando a esto, ¿eh?

Lo único que realmente le sorprendía era que hubiese tardado tanto en ocurrir.

—Oh, en realidad el plan siempre había sido ése. —La mano que empuñaba el arma no mostraba el más mínimo temblor—. Es sólo que… Bueno, digamos que no lo he sabido hasta hace poco.

—Ya. Saber lo que quieres siempre es bueno, ¿no? —En aquellos momentos lo único que deseaba era conseguir que Sarah siguiera hablando mientras él intentaba pensar en qué debía o podía hacer. Sarah sabía cómo usar el arma, y Deckard era consciente de que podía apretar el gatillo sin pestañear. Tratar de lanzarse sobre ella para quitársela no le serviría de nada, porque Sarah se mantenía a una distancia cuidadosamente calculada de él, justo lo suficientemente lejos para que un salto quedara descartado, y especialmente teniendo en cuenta que Deckard se encontraba sentado. Aun así, Sarah estaba lo bastante cerca para poder dispararle todo el cargador del arma en el pecho, agrupando los agujeros de entrada en un círculo no más grande que su puño—. Bien… —Un hililllo de sudor empezó a deslizarse por uno de los lados de su cuello—. ¿Qué ha sido lo que ha acabado decidiéndote?

Sarah echó la cabeza hacia atrás. Los ojos entrecerrados y el arma siguieron apuntando a Deckard.

—Todo este numerito tuyo, toda esa farsa que has organizado junto con la corporación secreta, los malditos fanáticos de la Corporación Tyrell…

—No sé de qué estás hablando. ¿Qué es todo eso de la corporación secreta?

—Muy buena, Deckard… Oh, sí, realmente magnífica. —Una comisura de la boca de Sarah se elevó para formar una sonrisa en la que no había ni un átomo de buen humor—. Eres un auténtico profesional. Estás hecho todo un actor, ¿verdad? Vas a seguir interpretando tu papel hasta el último momento, ¿no?

—No estoy interpretando ningún papel. —Deckard se encogió de hombros—. Te vuelvo a repetir que no sé de qué demonios me estás hablando.

—Deckard… Hubo un tiempo en el que probablemente te habría creído. —Un

lento vaivén de la cabeza, y la expresión del rostro de Sarah se convirtió en una mezcla de pena y nostalgia—. Me habría gustado creerte, ¿comprendes? En ciertos aspectos, eso podría haber hecho que las cosas fueran más sencillas… Pero ahora ya es demasiado tarde para eso. —Un temblor del cañón del arma señaló a la niña sentada delante de Deckard—. Toda esta mascarada de…, de sentarte aquí y hablar y fingir, como si pudieras ver a alguien más aparte de nosotros, como si pudieras ver a una niña que dice llamarse Rachael… —Sarah respiró hondo y dejó escapar el aire a través de los dientes apretados, un siseo claramente audible—. Esos dos tipos… Me estoy refiriendo a Wycliffe y Zuinglio, y apuesto a que sus nombres deben de sonarte, también hacían exactamente lo mismo. Antes de que me ocupara de ellos, claro… Intentaban convencerme de que podían ver mis alucinaciones, e intentaban hacerme pensar que lo que veía era real. Condenados hijos de perra… Os debíais de creer muy listos, ¿eh?

—Nunca he oído hablar de dos tipos llamados Wycliffe y Zuinglio…, o por lo menos no fuera de los libros de historia. —Deckard separó las manos—. Y además, y aun suponiendo que esas dos personas, sean quienes sean, y yo estuviéramos metidos en alguna gigantesca conspiración contra ti, me pregunto qué íbamos a sacar de que fingiéramos ver cosas que no existen. No lo entiendo.

—¿Y por qué he de tratar de encontrar una razón para lo que habéis hecho? Quizá sencillamente estáis enfermos. —La ira oscureció el rostro de Sarah—. Puede que seáis unos pervertidos… Quizá estáis todos locos. —La misma tenue y horrenda no-sonrisa de antes volvió a aparecer en sus labios—, puede que incluso estéis tan locos como yo.

Deckard vio una abertura.

—¿Eso crees? Pues te aseguro que ahora no estoy intentando engañarte. —Deckard habló en voz baja, tratando de emplear un tono de voz lo más serio y solemne posible—. Pero me pregunto si realmente has llegado a tomar en consideración esa posibilidad. Lo de que yo esté tan loco como tú, quiero decir, y no meramente eso…, sino que además esté sufriendo el mismo tipo de locura.

Sin decir ni una palabra, Sarah le contempló por encima del cañón del arma. Después el cañón descendió medio centímetro, pero no más.

—Piensa en ello —insistió Deckard, intentando expandir la diminuta grieta que había creado—. ¿No crees que es justo lo que tendría que haberme ocurrido? Ya sabes hasta qué punto es contagiosa la locura, y cómo se difunde de una persona a otra… Y así la locura pasó de ti a mí. Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿cómo podría ser de otra manera?

—Cierra el pico. —El arma volvió a su posición anterior al mismo tiempo que Sarah se tensaba visiblemente—. No quiero escucharte. Esto no es más que otro de tus sucios trucos de policía, ¿verdad? Oh, sí, es justo el tipo de mentiras que los policías son capaces de llegar a emplear para salir de un apuro… Aunque debo confesar que pensaba que a estas alturas ya no resultarías tan convincente.

Deckard decidió cambiar el ángulo de ataque y seguir presionando desde otra perspectiva. «Tienes que trabajar deprisa», se dijo. Aunque no había ningún reloj en la habitación, sabía que se le estaba acabando el tiempo y que se aproximaba el momento en el que Sarah comprendería que todo había sido un engaño, ese momento en el que apretaría el gatillo.

—Hay una cosa que me gustaría saber —dijo—. Después de que me mates… ¿Qué vas a hacer con ella? —Una inclinación de cabeza dirigida a la niña sentada enfrente de él—. ¿Tienes alguna idea al respecto?

Sarah se encogió de hombros.

—No había pensado en ello. Quizá pruebe a pegarle un tiro también a ella.

La Rachael niña se encogió en su silla, los ojos desorbitados y llenos de temor.

—No creo que consigas gran cosa con ello. Si ni siquiera es real…

—Cierto —admitió Sarah—. Pero eso tal vez sirva para expulsarla de mi cabeza, ¿no? Y de todas maneras el que dé resultado o no carece de importancia, dado que ya he planeado suicidarme. Eso debería resolver todos mis problemas.

El dormitorio del cubículo se había convertido en un pequeño universo autónomo de locura, con Sarah como guardiana de las puertas, el peso metálico del negro báculo de su cargo en su mano. Durante un momento Deckard pensó que sus palabras quizá fueran más ciertas de lo que había pretendido. «Puede que realmente esté tan loco como ella…» Ser capaz de hablar con una calma absoluta acerca de la muerte, de cómo la deseabas y estabas dispuesto a hacer todo lo necesario para morir, perorando en una extraña parodia de la racionalidad, era un signo inequívoco de locura.

—Pero ¿y qué pasa si no te estoy engañando? —Deckard se obligó a permanecer inmóvil, sin presentar ninguna clase de amenaza—. No formo parte de ninguna conspiración contra ti, y no conozco a esos dos hombres de los que has estado hablando. Y además puedo demostrarlo…

—¿De veras? —Una mueca sarcástica deformó el rostro de Sarah durante una fracción de segundo—. ¿Cómo?

—Tú dices que no la veo. —Deckard señaló a la Rachael niña con el pulgar—. Afirmas que no puedo verla porque es una alucinación, ¿verdad? Es tu alucinación, ¿no? Bien, pues entonces pídele que te diga algo.

Sarah le contempló con los ojos llenos de suspicacia durante unos momentos y después volvió la cabeza hacia la niña.

—Cuando estábamos dentro del *Salander 3*… Cuando te encontré allí… ¿Qué había en el suelo entre nosotras?

—Qué pregunta más fácil —dijo la niña—. Un gran charco de sangre, eso era lo que había entre nosotras… Era tan grande que podías verte reflejada en él como si fuera un espejo. Eso fue lo que dijiste, ¿no?

—«Un gran charco de sangre, eso era lo que había entre nosotras…» —repitió Deckard. Alzó la cabeza y permitió que su mirada se encontrase con la de Sarah y la

sostuviera—. «Era tan grande que podías verte reflejada en él como si fuera un espejo». —Pronunció las palabras con áspera sequedad, pero hablando en un tono lo más tranquilo y despreocupado posible—. «Eso fue lo que dijiste, ¿no?» Bien, pues eso es lo que acaba de decir la niña.

—Imposible… —La perplejidad se extendió por el rostro de Sarah—. No deberías haber podido oírle decir eso. Esa niña no existe. Salvo dentro de mi cabeza…

—Pero la he oído. Eso significa que también está dentro de mi cabeza, ¿verdad?

El arma descendió unos centímetros más mientras Sarah intentaba encontrar alguna respuesta a lo que para ella era todo un enigma.

—La niña no es real… En realidad no está aquí…, pero tú has oído lo que decía…

Deckard era consciente de que la niña les estaba observando. «Tres personas en esta habitación, y puede que ella sea la única que no está loca…», pensó.

Una auténtica sonrisa, la sonrisa de la comprensión, apareció en el rostro de Sarah.

—Entonces tienes razón —dijo—. Estás loco. Igual que yo…

—Igual que tú.

Sarah se frotó la sien con la mano libre.

—Qué extraño. Verás, el caso es que eso casi…, casi es un alivio. Es como cuando entré en el *Salander 3* y la encontré. —Señaló a la niña con una inclinación de la cabeza—. A partir de entonces ya no me sentí tan sola, ¿entiendes? El que fuera real o no carecía de importancia.

—No estás sola. —«Tienes que conseguir que se lo crea…» Deckard suavizó la voz, como si estuviera hablando con una amante—. Tú y yo… Estamos juntos en esto. Tanto si lo queremos como si no.

—¿Es verdad eso, Deckard? —Sarah le estaba mirando, los ojos llenos de asombro—. ¿De veras estamos juntos en esto?

Deckard extrajo algo de la memoria, de sus recuerdos y los de ella.

—¿Sabes lo que me obligaste a decir hace mucho tiempo? ¿Lo recuerdas? Era lo que sabías que le había dicho a ella, a la otra Rachael…

Una lenta inclinación de la cabeza cuando aquel minúsculo fragmento del pasado volvió a aparecer con repentina claridad dentro de la mente de Sarah.

—Quería que me dijeras esas cosas…, de la misma manera en que se las habías dicho a ella.

El pasado que había sido suyo y de Rachael, y que se había convertido en suyo y de Sarah. Deckard volvió a pronunciar las palabras.

—¿Confías en mí?

Con el arma en la mano, Sarah cerró los ojos, oyéndole en ese tiempo y en aquel otro tiempo, y en aquel tiempo robado a la mujer que Deckard había amado.

—Confío en ti —dijo en voz baja y suave.

Deckard sabía que ya era suya. El arma seguía suspendida en el aire entre ellos, el dedo de Sarah sobre la negra curva del gatillo, pero no continuaría así durante mucho tiempo.

—Di… te quiero. —Más palabras del pasado—. Dilo.

—Te quiero…

Deckard se levantó y alargó los brazos hacia ella, no para tomar el arma de su mano temblorosa sino para abrazarla, para envolverla en sus brazos y atraerla hacia él de la misma manera en que había abrazado a Rachael y había atraído sus labios hacia los suyos, sintiendo cómo su pulso vacilaba primero para acelerarse después, en sincronía con el suyo. En aquel tiempo posterior, el arma quedó atrapada entre ellos, la mano de Sarah aprisionada sobre el pecho de Deckard, el negro metal como un segundo corazón compartido, un corazón que carecía de pulso y para el que no existía el tiempo, y que sólo conocía la muerte hacia la que los dos habían estado corriendo. Deckard la besó y durante ese momento Sarah no fue Sarah, sino Rachael. El recuerdo, el pasado, la locura… Todo se mezcló y se confundió alrededor de Deckard, y no le importó.

Habría dado cualquier cosa, todo, para que aquel momento perdurase.

La mujer inmóvil entre sus brazos —Sarah. Rachael. Ya no estaba seguro de cuál de las dos era— se entregó a él. Quizá ella misma tampoco sabía cuál de las dos mujeres era, si la viva o la muerta. «Todo esto es una locura», pensó Deckard mientras la llevaba hacia la cama, el brazo sobre sus hombros, y se sentaba junto a ella en el borde del colchón. Apartó su oscura y despeinada cabellera de su frente, y el rostro que había debajo de ella ardió con un calor febril cuando se inclinó hacia la copa de la palma de Deckard.

Durante unos segundos los dos estuvieron solos en la habitación, y la niña quedó completamente olvidada.

—Tienes razón —susurró Sarah—. Estás tan loco como yo. Pobre bastardo…

Deckard asintió.

—No podemos hacer gran cosa al respecto.

—Nada… salvo… —Sarah bajó la mirada hacia su mano, que seguía empuñando el arma apoyada en su regazo—. Salvo lo que ya había decidido hacer. —Su mirada, repentinamente desenmascarada y llena de desesperación, buscó algún signo en los ojos de Deckard—. Es lo que hay que hacer, ¿verdad? Es lo que quieres, ¿no?

Deckard casi hubiera podido sentir compasión por ella.

—Claro —dijo, y cuando volvió a mirarla ya sólo pudo ver a Sarah Tyrell. La mujer a la que había amado estaba muerta. Rachael llevaba mucho tiempo muerta—. En efecto, eso es lo que quiero.

—Lo sabía. —Una extraña felicidad, tan patéticamente rota como un cristal hecho añicos, resonó en su voz—. Tendría que haberlo sabido.

—Te diré lo que vamos a hacer. —Deckard le apretó el hombro, acercándola un poco más a él—. Yo… Yo lo haré, ¿de acuerdo? A mí me resulta fácil. Ya lo sabes,

¿verdad? Te mataré, y luego me mataré. —Bajó la cabeza para mirarla directamente a los ojos—. Es la mejor manera. Dará resultado, ya lo verás…

Una sonrisa entre tímida y picara apareció en los labios de Sarah mientras alzaba la mirada hacia él para contemplarle por entre sus pestañas.

—Confío en ti, Deckard…, pero no hasta ese punto. Y además… Si me fuera antes que tú, entonces nunca podría verte muerto. Y también quería verte muerto…

—Puedes tener todo lo que quieras. Cualquier cosa, lo que quieras… —Deckard volvió a acercar su rostro al de Sarah—. Te lo mereces.

Mientras la besaba, deslizó la mano libre por entre sus cuerpos hasta posarla sobre la mano con la que Sarah empuñaba el arma. Sus dedos se habían relajado, aflojando su presa sobre el frío metal…, tal como Deckard había esperado y sabido que ocurriría.

Moviendo la mano en un veloz arco, Deckard agarró el arma y tiró de ella, dejándola firmemente atrapada en su puño. El arco quedó completado cuando se echó hacia atrás para apartarse de Sarah y el peso negro del arma subió y chocó con el ángulo de su mentón. El impacto hizo que la cabeza de Sarah saliera despedida hacia atrás, levantando su cuerpo unos centímetros en el aire e impulsándolo en sentido contrario para que cayera sobre la cama mientras una mano vacía se extendía fútilmente hacia Deckard.

—Vamos… —Deckard se incorporó y agarró la mano de la Rachael niña, tirando de ella para levantarla. Se metió el arma debajo de la chaqueta, y la pistola produjo un hueco repiqueteo de metal chocando contra metal cuando el cañón golpeó el viejo botiquín de primeros auxilios que Deckard se había traído consigo al volver del universo de bolsillo de Sebastian. Ignorando el sonido, Deckard empezó a remolcar a la niña hacia la puerta—. Tenemos que salir de aquí.

—¡Señor Niemand! —Una voz que aullaba desde la pared—. ¡Ésta es su gran ocasión! —Las páginas del calendario aletearon—. No se limite a abandonarla… ¡Mátela! ¡Péguele un tiro! La señora Niemand es una persona malvada y perversa… ¡Hizo pedazos al despertador!

Deckard ya estaba deslizando la mano debajo de su chaqueta y sus dedos habían empezado a cerrarse alrededor del arma mientras volvía la mirada hacia la figura que yacía sobre la cama. «El calendario tiene razón —le decían sus pensamientos—. No seas idiota, hazlo…»

Y lo único que vio fue la masa oscura de los cabellos de la mujer, un ángulo de su cara ensombrecido tanto por la oscuridad como por las superposiciones de sus propios recuerdos.

—Maldición. —Volvió a hundir el arma en las profundidades de su chaqueta, sabiendo que el que llegara a lamentar aquello en el futuro tenía mucho más de certeza que de probabilidad—. Vámonos.

Una vez en la parte delantera del cubículo, Deckard soltó la mano de la Rachael niña el tiempo suficiente para levantar la tapa del maletín que había dejado encima de

la mesa.

—¿Qué está pasando? —preguntó la voz de Batty—. Pude oír cómo hablabais…

—Luego. —Deckard metió de un manotazo la parafernalia de Sebastian, el paquete y los demás objetos, dentro del maletín y luego cerró la tapa—. Tendrás que seguir callado durante un ratito más.

Salió del cubículo, el maletín en una mano mientras guiaba a la Rachael niña con la otra. No fue recibido por ningún diluvio de balas. «Buena señal…», pensó sarcásticamente. Después echó a andar con paso rápido y decidido, llevando consigo a sus dos cargas.

15

—El muy hijo de perra… —Sarah estaba echando agua fría sobre el morado que había empezado a formarse en un lado de su mandíbula. El morado era pequeño, pero magníficamente oscuro: parecía uno de los crepúsculos rojo humo de Los Angeles tal como se desplegaban ante la vista cuando eran contemplados desde los niveles superiores de los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, aquellas torres que ya no existían—. Sabía que no hubiera debido confiar en él.

Sarah clavó sus ojos llenos de irritación en su reflejo del espejo del cuarto de baño del cubículo. Estaba más furiosa consigo mismo que con Deckard: siempre había sabido con qué clase de cabrón estaba tratando, y aun así se había dejado engañar por él. «Te quiero…» El recuerdo de aquellas palabras en su boca llenó su lengua de sal, impregnándola con un sabor idéntico al del corte en el labio causado por el golpe de Deckard. La imagen perfecta de una mujer engañada e injustamente maltratada, desde luego. Sarah se contempló con desprecio. «Confío en ti…» Típico de los hombres, por supuesto. «Son capaces de decir cualquier cosa y pueden conseguir que llegues a decir cualquier cosa, y luego van y desaparecen». Pero siempre después de haberte obsequiado con una dosis de puño, naturalmente.

Salió del diminuto cuarto de baño del cubículo, frotándose el rostro con la toalla y castigándose a sí misma con las punzadas de dolor que irradiaban del morado. Por lo menos la silla colocada junto a la cama estaba vacía, lo cual parecía indicar que la alucinación de la Rachael niña se había desvanecido por el momento. Deckard, por cualesquiera que fuesen las retorcidas razones ocultas dentro de su cabeza, había seguido fingiendo que la niña era real hasta el momento en que hubo cruzado el umbral del cubículo y estuvo lo suficientemente lejos para no poder ser oído. Sarah ni siquiera quería especular acerca de sus motivos. «Probablemente sólo quiere que me vuelva un poquito más loca de lo que ya estoy…» Como si eso fuera posible.

—Señora Niemand… Ya sabe que todavía no es demasiado tarde, ¿verdad? —El calendario mural había detectado su presencia, y su voz de conferenciante presuntuoso había adoptado un tono de superioridad bastante irritante—. Siguen existiendo ciertas opciones viables.

—¿Qué? —Sarah contempló con el ceño fruncido al calendario y su escena excesivamente perfecta de árboles y lejanas montañas—. ¿De qué estás hablando?

—Todavía puede suicidarse. Este tipo de pequeños problemas siempre tienen alguna clase de solución. El mero hecho de que Deckard se haya marchado no quiere decir que usted deba alterar sus planes.

—Eh, eso me ha gustado mucho. —Sarah meneó la cabeza, sintiéndose cada vez más asombrada—. El suicidio como una opción viable… Magnífico, realmente magnífico.

—Bueno, o quizá como una terapia —dijo el calendario, deseoso de ayudar—. Otra clase de terapia, quiero decir… Usted misma estuvo hablando de ello. ¿Lo

recuerda? Respecto a esas alucinaciones que cree estar sufriendo últimamente… Verá, en mi opinión, y le aseguro que tiene un cierto peso, la cirugía debería ser la última opción a considerar. Es una solución un tanto extrema y…

—Oh, cállate. —Alargó el brazo y arrancó el calendario de la pared—. Bastardo traidor… Le dijiste a Deckard que me pegara un tiro, ¿eh? —Arrojó el calendario a un rincón de la habitación, donde aterrizó con un graznido y un aleteo de páginas—. Tienes suerte de que no disponga de un arma en este momento.

Ése era el gran problema. Mientras hurgaba en la alacena de encima del fregadero buscando las escasas provisiones de sustituto del café guardadas en la cocina del cubículo, Sarah sopesó sus opciones. «Si todavía tuviera el arma, probablemente lo haría», pensó lúgubremente. En ese caso se suicidaría, porque no había cambiado de parecer con respecto a eso. La pura y simple verdad era que no había ninguna forma de terminar con todo que le resultara más atractiva que el irrevocable punto final de una bala a través de la cabeza. Después de haber sido tan patéticamente humillada por Deckard, Sarah no quería emplear ningún método menos violento, y se negaba a recurrir a cualquier solución —como una sobredosis de droga o una genuflexión con la cabeza metida dentro del horno, al estilo Sylvia Plath— que sugiriese aunque sólo fuera una sombra de fragilidad femenina. Después de todo aquel tiempo, tenía que admitir que la sangre de Eldon Tyrell corría por sus venas en más de una manera. Si hubiera podido romperse la cabeza igual que un huevo, lo habría hecho.

Quitó unos gránulos de polvo blanco de la encimera y metió el seudocafé en una taza de borde desportillado. La mandíbula todavía le dolía, recordándole —como si pudiera olvidarle— a Deckard. «Probablemente disfrutó haciéndolo…» Sí, seguramente había disfrutado todavía más con eso que con la farsa, el engaño mental, el conseguir que creyera que estaba dispuesto a morir con ella. Abrió el grifo y sostuvo la mano debajo del hililllo de agua teñida por el óxido, esperando a que se calentara. «Bien —pensó, sintiendo cómo su sangre de Tyrell hacía que sus decisiones volvieran a adquirir la nitidez anterior—, si no quiere irse voluntariamente, entonces habrá que complacerle… —Sostuvo la taza debajo del grifo y contempló cómo se iba llenando lentamente—. Hay otras formas».

Apartó una silla de la mesa y se sentó, dejando el falso café delante de ella. El líquido oscuro sabía a plástico salado. «Tendría que haberme traído unas cuantas provisiones de verdad del yate…» Todo indicaba que la nave estaba llena a rebosar de los placeres caros de la vida, como sería lógico esperar de uno de los vehículos de la flota privada del difunto Eldon Tyrell. Por muy oscura que pudiera ser su situación en otros aspectos, lo cierto era que no carecía de recursos: Sarah supuso que podía encontrar una forma de introducir el contenido del yate —y el mismo yate— en el mercado negro de la colonia de emigrantes. Quizá pudiera establecer contacto con algún ejecutivo de alto nivel del monopolio del cable marciano que estuviera en condiciones de quedarse con todo, y eso le evitaría tener que ir vendiendo las distintas mercancías una por una. En cualquier caso, acabaría obteniendo un

considerable capital operativo, más que suficiente para pagar el asesinato de Deckard.

Tomó otro sorbo del repelente líquido oscuro, sosteniendo la taza entre las dos manos. En realidad no necesitaba hacerlo, porque los temblores musculares de su rabia ya se habían desvanecido, sustituidos por un cálculo gélido e implacable…, y por una cierta pena, porque estaba empezando a desear no haberse librado de Wycliffe y Zuinglio. Podrían haberle sido útiles. Aunque no sirvieran para nada más, habían sido su único medio de establecer contacto con el resto de la corporación secreta. Sarah suponía que habría otros fanáticos consagrados a la resurrección de la Tyrell, y entre ellos tenía que haber antiguos miembros del departamento de seguridad, tipos duros y mortíferos. Ésa era la clase de personas que realmente necesitaba en aquellos momentos. Sarah no estaba de humor para esperar a que comparecieran delante de su entrada de la forma en que había aparecido la primera pareja de fanáticos. Otro sorbo, lento y pensativo, su lengua casi lo suficientemente entumecida para que fuese incapaz de percibir el sabor. Tendría que encontrar alguna forma de establecer contacto con la corporación secreta…

Y de repente hubo un ruido, seco y corto, detrás de ella. Alguien acababa de llamar a la puerta delantera del cubículo.

«Demasiado maravilloso para que pueda ser verdad», pensó. Dejó cuidadosamente la taza sobre la mesa. O el universo, en su misterioso e infinito funcionamiento, había aprendido a leerle la mente, o sus alucinaciones se habían vuelto todavía más servicialmente convenientes. Lo único que tenía que hacer era pedir algo y le sería proporcionado. Con una pequeña condición…

Sarah giró sobre la silla hasta quedar de cara a la puerta.

—¡Si no existes, vete! —gritó—. No te necesito.

Una respuesta ahogada llegó hasta ella a través del delgado tablero de fibra.

—¿Oiga? —El picaporte crujió, como si la persona del otro lado hubiera intentado hacerlo girar y hubiese descubierto que la puerta estaba cerrada con llave —. ¿Hay alguien en casa?

«Si se tratara de una alucinación, mi subconsciente le habría proporcionado una llave», pensó Sarah. Se levantó, fue hasta la puerta y la abrió.

El hombre inmóvil delante de la entrada del cubículo era más bajo que ella y estaba empezando a engordar, como si antes hubiera sido más alto y lo hubiesen comprimido.

—Usted debe de ser Sarah… —Sonrió, parpadeando y contemplándola desde detrás de unos cristales aparentemente corrientes. Si formaba parte de la corporación secreta, aquel fanático no había adoptado las negras monturas cuadradas que utilizaban los ya fallecidos Wycliffe y Zuinglio—. ¿Es usted Sarah Tyrell? ¿He acertado?

Sarah estaba pensando que las alucinaciones no deberían necesitar presentaciones. «Quizá es real…»

—Puede que lo haya hecho. —Apoyó la mano en el quicio de la puerta—.

Depende de quién sea usted.

—Me llamo Urbenton, señorita Tyrell. Urbenton, sólo Urbenton… —Su sonrisa se volvió un poco más grande, creando más complejos detalles en las redondeces de sus mejillas. Urbenton metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó de él una tarjeta comercial y se la ofreció—. Así es como me conoce la gente.

Sarah examinó la tarjeta, sosteniéndola por una esquina. El nombre de su visitante aparecía debajo de PRODUCCIONES MUERTE VELOZ escrito en letras más grandes, junto al logotipo empresarial de una calavera estilizada y angulosa provista de alas.

—Encantador.

Intentó devolverle la tarjeta, pero Urbenton la rechazó alzando una palma ante ella.

—Quédesela. —Urbenton irradiaba una aceitosa untuosidad, como si el exceso de grasa de su cuerpo estuviera empezando a impregnar la atmósfera a su alrededor—. Sólo por si acaso no conseguimos llegar a un acuerdo ahora, ¿eh? Señorita Tyrell…

—¿Cómo sabe que me llamo Tyrell? —Sarah inclinó la cabeza hacia un lado, contemplándole con creciente suspicacia—. ¿Cómo ha averiguado mi verdadero nombre?

—Tengo montones de contactos —dijo Urbenton, guiñándole un ojo—. Los contactos son muy importantes en mi negocio. Dirijo vídeos, ¿sabe? También los produzco. De hecho, lo hago prácticamente todo.

Un fragmento de recuerdo flotó a través de la cabeza de Sarah. Los nombres, tanto del hombre como de la firma, le resultaban vagamente familiares. Deckard había dicho algo acerca de ellos, ya hacía bastante tiempo, antes de que se fuera del planeta por primera vez. ¿Qué era? Algo de que iba a hacer un trabajo para ellos, ¿no? «Por eso sabe cómo me llamo —pensó Sarah—. Gracias a Deckard…» Se guardó la tarjeta en el escote.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Urbenton recorrió con la mirada las angostas y oscuras calles de la colonia de emigrantes, y después volvió nuevamente los ojos hacia Sarah.

—¿Puedo entrar? Para que podamos hablar, quiero decir…

—Ya estamos hablando —Sarah cruzó los brazos encima de sus pechos—. Bien, le repito lo que dije antes… ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

La sonrisa de Urbenton pareció volverse un poco más forzada.

—Limitémonos a decir que…, que tal vez podamos hacer negocios juntos. Usted y yo, ¿comprende?

—Oh, ¿de veras? —Sarah enarcó escépticamente una ceja—. ¿Como cuáles?

—Señorita Tyrell, tengo buenas razones para creer que le gustaría que se ocuparan de un tal Rick Deckard. De hecho creo que le encantaría que lo asesinaran… —La sonrisa desapareció y fue sustituida por un duro destello en los ojos del hombre—. ¿Qué le parecería que yo lo hiciera posible?

Sarah contempló en silencio a su visitante durante unos segundos y después

retrocedió para dejarle pasar.

—Quizá sería mejor que entrara —dijo.

—Este sitio servirá, por lo menos de momento. —Deckard dirigió a la niña hacia una entrada sobre la que parpadeaban palabras delineadas por bombillas temblorosas, la mitad de las cuales ya habían muerto para siempre—. Entremos.

Detrás de la barra había un hombre sin afeitar que frotaba vasos con un trapo sucio. Sus ojos se posaron en Deckard y la niña apenas entraron en el interior tenuemente iluminado.

—Eh… —El encargado de la barra dirigió un dedo de uña negruzca hacia la niña —. Nada de menores.

Deckard llevó a la niña hacia un lado de la barra. Después, con el maletín colgando de una mano, apoyó un codo en ella.

—Permítame que le cuente una cosa. —Habló en voz baja, acercando su rostro al del encargado de la barra—. Acabo de hablar con alguien que afirmaba que no existe ninguna niña. Es una alucinación.

Una sonrisita bastante asquerosa curvó el labio superior del hombre.

—Oh, claro. Y ahora, sáquela de aquí.

Deckard se entreabrió la chaqueta y mostró el metal negro del arma que le había quitado a Sarah.

—Y hablando de esa alucinación…, algunas personas muy influyentes opinan lo mismo.

Los ojos del encargado de la barra se apartaron del arma para subir hasta el rostro de Deckard.

—Hay un reservado realmente magnífico en la parte de atrás. Es el sitio ideal para una fiesta con un solo invitado. —Intentó sonreír—. Es… Es su caso, ¿no?

—Gracias. —Deckard separó un billete del rollo en acelerado proceso de adelgazamiento que llevaba en el bolsillo y lo dejó encima de la barra—. Valoro muchísimo mi intimidad, ¿sabe?

El local estaba lo suficientemente oscuro y poco poblado para que Deckard pudiera llevar a la Rachael niña hasta la parte de atrás sin un excesivo temor a que su presencia fuera detectada. En cuanto se hubieron alejado de la barra y sus pálidos fluorescentes alineados detrás de las hileras de botellas, la única iluminación procedía de las pantallas de vídeo suspendidas del techo a intervalos estratégicos. Una parpadeante oleada de claridad azul teñía los rostros aislados alzados hacia ellas cuyas manos acunaban las bebidas, meticulosamente medidas y consumidas con todavía mayor parsimonia, que evitaban que los clientes fueran sumariamente expulsados del local. Ninguno de ellos volvió la cabeza para contemplar cómo Deckard y la niña se introducían en el reservado más alejado, y todos los ojos siguieron clavados en la dosis de estímulos que les suministraba el monopolio del

cable. Deckard dejó el maletín debajo de la mesa.

—¿No temes que ese hombre nos denuncie? —La Rachael niña ya había comprendido que Deckard estaba intentando evitar que fueran detectados y capturados por la policía de la colonia de emigrantes. La ruta evasiva que les había permitido llegar hasta allí dejaba muy pocas dudas al respecto—. No confías en él, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Deckard no miró a la niña, sentada en la parte más oscura del reservado y protegida por su propio cuerpo. Sus ojos ya se habían adaptado a la penumbra, y empezó a examinar el interior del bar en busca de cualquier indicador sospechoso. Por suerte Batty, o la parte de él introducida en el maletín, había hecho caso de su advertencia de que no hablara en público—. Pero de momento todavía no es necesario que empecemos a preocuparnos. El tipo de la barra seguirá con la boca cerrada durante un rato porque espera que así conseguirá que le dé algo más de dinero.

—¿Y sólo necesitamos un rato?

La voz de la niña poseía la extraña capacidad de ponerle muy nervioso, porque a veces parecía una adulta que formulaba preguntas con la agudeza de una niña. Deckard supuso que eso era otro resultado más de la nada usual educación, fuera cual fuese ésta, que había recibido a bordo del *Salander 3*.

—Necesito un poco de tiempo para pensar —dijo, volviendo nuevamente la mirada hacia ella—. Si consigo disponer de un poco de tiempo, entonces tal vez tengamos una posibilidad.

—Oh. —La Rachael niña, la frente repentinamente llena de arrugas, reflexionó sobre lo que acababa de oír— ¿Qué vas a hacer?

—He dicho que necesito tiempo para pensar, no para hablar.

Deckard fue recompensado con el silencio. Puso las manos encima de la mesa, echó la cabeza hacia atrás hasta dejarla apoyada en el falso cuero acolchado del reservado y cerró los ojos.

—No le interesa el espectáculo, ¿eh?

Deckard abrió los ojos de golpe al oír no la voz de la niña, sino la de un hombre. Antes de que su mirada acabara de centrarse en la figura que acababa de tomar asiento al otro lado de la mesa, su mano ya se había deslizado debajo de su chaqueta para cerrarse alrededor del arma.

Pero no fue lo bastante rápido. El hombre fue más veloz y su brazo se estiró y sujetó la muñeca de Deckard, dejándole inmovilizada la mano debajo de la chaqueta.

—No hay ninguna necesidad de hacer eso. —El hombre sonrió—. Piense en el jaleo que se armaría. Con lo bonito y tranquilo que es este local… Sería una lástima, ¿no? —Le apretó la muñeca con más fuerza, haciendo que las puntas de los dedos que Deckard había tensado sobre el frío metal del arma empezaran a perder la sensibilidad—. Es el sitio ideal para mantener una pequeña conversación.

La Rachael niña había retrocedido hacia la pared del reservado y estaba

observando a los dos hombres que la flanqueaban.

—Sí, es un sitio precioso. —La velocidad con que se había movido el hombre indicaba que se encontraba ante alguna clase de profesional, un policía u otra clase de especialista igualmente mortífero. Deckard asintió lentamente—. Muy íntimo, ¿eh?

—Sabía que estaría de acuerdo conmigo. —La tenue sonrisa había permanecido en la cara del hombre mientras hablaba—. Y ahora… voy a soltarle, y después podremos quedarnos sentaditos aquí mirándonos educadamente el uno al otro sin que las tensiones y las sospechas echen a perder el comienzo de nuestra relación. Voy a hacer lo que acabo de decir porque sé que realmente quiere hablar conmigo, Deckard. En cuanto a lo del arma… Bueno, lo atribuiré a una simple reacción nerviosa por su parte.

La mano del hombre seguía sujetando la muñeca de Deckard.

—No soy un gran conversador.

—Ya aprenderá. —El hombre aflojó ligeramente su presa—. ¿Sabe por qué? Pues porque o habla conmigo, o este bar se convertirá en la última etapa de su viaje. Está metido en un lío muy serio, Deckard, y yo puedo sacarle de él.

Deckard guardó silencio durante unos momentos y después asintió.

—Muy bien. Hablemos.

—Es usted un hombre inteligente, Deckard. —El hombre le soltó y tomó asiento en el reservado, cruzando los brazos encima de la mesa—. Lo suficiente, por lo menos…

—¿Quién es este hombre?

La Rachael niña, visiblemente disgustada, había fruncido el ceño y contemplaba a la figura de anchos hombros.

En vez de responder, Deckard observó con más atención al hombre, permitiendo que los ángulos de su cara se fueran uniendo entre sí y se relacionaran con los de un rostro archivado en su memoria.

—Yo le conozco —dijo por fin—. Estaba en la estación del Hollywood Exterior. Sí, ahora me acuerdo… —Toda la escena desfiló velozmente por el cerebro de Deckard, incluyendo el cadáver de Dave Holden yaciendo en el centro de una reproducción de la sala de entrevistas en lo que habían sido los cuarteles generales de la Corporación Tyrell en Los Ángeles—. Usted mató a ese replicante Kowalski delante de mis propios ojos.

—Exacto. —El hombre parecía complacido, como si el que Deckard se acordara de él fuera vagamente elogioso para su persona—. Y la verdad es que entonces no había tiempo para presentarse como es debido, ¿eh? Me llamo Marley. —Volvió a extender la mano por encima de la mesa, como si quisiera estrechar la de Deckard—. De momento creo que bastará con eso, ¿no?

Deckard contempló la mano con una expresión de disgusto.

—Debe de estar bromeando.

—No acerca de esto. —Marley se encogió de hombros y retiró la mano—.

Deckard, Deckard… Veo que es todo corazón y bondad, ¿eh? Un tipo como usted jamás se dedicaría a matar replicantes.

—Nunca fui por ahí alardeando de ello.

—Ah… Comprendo. Le bastaba con el dinero. —Marley parecía encontrar cada vez más gracioso todo aquello—. Bien, Deckard, no tengo por qué gustarle. Tendrá que aguantarse y… ¿Cómo decirlo? Sí, digamos que bastará con que haga negocios conmigo.

Aquella constante sonrisa tan llena de seguridad y confianza estaba empezando a irritar a Deckard.

—¿Qué clase de negocios?

En vez de responder, Marley alzó la mirada hacia la pantalla de vídeo más próxima.

—¿Sabe que tiene toda la razón? Esto no es demasiado interesante. —La pantalla estaba mostrando alguna clase de acontecimiento deportivo que requería el uso de máscaras de oxígeno y la presencia de dos equipos de selección médica estacionados a ambos extremos del campo de juego—. De todos modos, no importa. —Marley volvió a dirigir la sonrisa hacia Deckard—. Dentro de unos minutos podremos ver algo muchísimo mejor.

—La programación del monopolio del cable no me interesa en lo más mínimo —replicó secamente Deckard—. Dígame de una vez qué es lo que quiere de mí, ¿de acuerdo?

—No ha entendido nada, amigo. No se trata de lo que yo quiero de usted, sino de lo que usted quiere de mí. He invertido mucho tiempo y considerables esfuerzos en seguirle el rastro…, y sólo para poder ofrecerle mi ayuda.

Deckard no le devolvió la sonrisa.

—No la necesito.

—Oh, pues yo creo que tal vez sí que la necesite —dijo Marley—. Tiene que enfrentarse a un gran trabajo.

—¿Qué sabe acerca de eso?

Marley se encogió de hombros.

—Algunas cosillas…, o tal vez todo. Está intentando organizar alguna clase de planes de viaje, ¿verdad? Para usted y para la pequeña… y para alguien más. ¿O debería decir para algo más? Supongo que eso depende de qué concepto tenga de ese maletín con el que ha estado cargando de un lado a otro. ¿Le parece que su maletín es lo suficientemente humano para que se lo considere como una persona?

—¡Eh! —La voz de Batty habló de repente desde debajo de la mesa—. ¡Que te jodan, amigo!

Deckard le dio una patada al maletín.

—Cierra el pico. Deja que yo me ocupe de esto, ¿vale?

—Bien hecho —dijo Marley—. Ese viejo bastardo ha quedado totalmente fuera de la circulación. Ahora no es más que un poco de equipaje, ¿no? Es una lástima que

no pueda envolverlo en papel de embalar, pegarle unos cuantos sellos y enviarlo a las colonias exteriores por correo…

—¿Quién dice que es ahí adónde iremos? —Deckard se preguntó hasta qué punto estaría enterado de la situación el hombre sentado delante de él—. Podría estar planeando llevarme al maletín y a la niña a cualquier sitio. Por lo que usted sabe, quizá incluso podría llevármelos de vuelta a la Tierra…

—Pero no es eso lo que va a hacer, y yo lo sé. —La sonrisa de Marley se volvió un poco más ancha—. Lo sé todo sobre el trabajo que ha aceptado llevar a cabo. Sé qué es lo que le tiene tan preocupado, Deckard. Está intentando encontrar alguna forma de salir del planeta con esa cosa para poder entregársela a los replicantes insurgentes… Tiene muchas cosas en que pensar, ¿no?

Deckard contempló al hombre sin inmutarse.

—Sabe muchísimas cosas.

—Más que usted. Sé qué es lo que realmente contiene ese maletín. —La sonrisa se desvaneció, y el rostro del hombre se endureció de repente bajo una oleada de seriedad—. Y sé quién es esa niña en realidad.

—Alguien que sabe ese tipo de cosas, o incluso alguien que afirma saberlas… —Deckard clavó la mirada en los ojos de Marley—. Hay muchas probabilidades de que eso signifique que dicha persona es policía. ¿Para quién está trabajando? ¿Para las agencias de seguridad de las Naciones Unidas? ¿Para el departamento de policía de Los Ángeles?

—No trabajo para ese tipo de gente. —Marley alzó la mirada hacia la pantalla de vídeo—. Debería pensar en mí como en un amigo, Deckard. Ya le he dicho que he venido a ayudarle, ¿no?

—Y yo ya le he dicho que no quiero…

—Eh, un poco de calma. —Marley alzó la mano, elevándola lentamente con la palma vuelta hacia afuera—. Dentro de un rato podremos seguir hablando. Pero esto… —Señaló la pantalla de vídeo suspendida del techo a un par de metros de distancia de ellos—. Este programa va a ser realmente bueno, créame. Quiero que lo vea, porque pienso que lo encontrará fascinante.

La Rachael niña se había inclinado hacia adelante junto a él, intentando obtener un mejor ángulo de visión de la pantalla. Deckard alzó la mirada hacia el monitor. Al parecer el acontecimiento deportivo, fuera el que fuese, había terminado. El logotipo del monopolio del cable, una masa de colores giratorios y gráficos abstractos ultrasofisticados, danzó sobre la pantalla entre una temblorosa exhibición de píxeles. Deckard sabía que no iban a ver un noticiario, ya que sencillamente no había noticiarios. Las emisiones del monopolio del cable consistían única y exclusivamente en entretenimiento, o lo que pasaba por tal en aquel mercado cautivo.

—No sé a qué tipo de culebrones puede ser adicto, Marley, pero sean los que sean no me interesan —dijo Deckard—. Quizá debería verlo a solas. Así podría disfrutarlo al máximo… y además tengo asuntos más importantes de los que ocuparme en estos

momentos.

—Ningún asunto pendiente puede ser más importante que esto, créame. —Marley señaló la pantalla con una inclinación de la cabeza—. De hecho, para usted este vídeo es lo más importante que puede haber en todo el universo. Y ahora cállese y no se pierda ni una sola imagen, ¿de acuerdo?

El logotipo del monopolio del cable desapareció para ser sustituido por otro, un austero grafismo en blanco y negro que mostraba una estilizada calavera provista de alas. Deckard lo reconoció incluso antes de que las palabras PRODUCCIONES MUERTE VELOZ aparecieran en la pantalla entre una pulsación luminosa, porque la imagen de la calavera y el nombre de la productora de vídeos ya adornaban el cheque en concepto de adelanto que había recibido de aquel director sudoroso y regordete al que había dejado tirado en la estación del Hollywood Exterior. Su mente necesitó unos momentos más para recordar el nombre del director. «Urbenton…» El recuerdo hizo que Deckard inclinara la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

El silencio inmóvil del bar empezó a ser agitado por una banda de sonido sintetizado de no muy buena calidad, un amasijo de graves palpitantes y agrupaciones de cuerda inexistentes que brotó de los diminutos altavoces de la pantalla del monitor. Deckard se encontró observando la imagen con toda su atención, el cuerpo inclinado sobre la mesa a pesar de su despectivo sarcasmo anterior. En la pantalla, un negro panorama nocturno fue interrumpido bruscamente por una llamarada que saltaba hacia los cielos.

—Eso ha estado realmente muy bien. —Marley inclinó la cabeza con admiración —. Francamente aterrador, y muy espectacular.

El título apareció en la pantalla, ocultando cuanto contenía salvo la oscuridad que había detrás de él. Dos palabras: *Blade Runner*.

—Pero qué demonios…

Una hipótesis cargada de horror empezó a formarse dentro de la mente de Deckard.

Un lento arrastrarse de palabras, más pequeñas que el título del vídeo, fue ascendiendo a través de la pantalla. Las frases, rotas y fragmentadas, se incrustaron poco a poco en el corazón de Deckard —«basado en una historia real… de los archivos de casos resueltos del departamento de policía de Los Ángeles»— y fueron sumando sus significados hasta permitirle entender lo que estaba viendo. La última pieza del rompecabezas ocupó su lugar cuando Deckard vio su propio nombre figurando como asesor técnico en los títulos de crédito.

Marley señaló las palabras.

—Todo un detalle por parte de su amigo Urbenton, ¿no le parece? Especialmente teniendo en cuenta que usted no llegó a cumplir su contrato con él… Urbenton no tenía ninguna obligación de dejar su nombre en los títulos de crédito, ¿verdad?

—Éste… Éste es el vídeo que estaba rodando Urbenton. —Deckard, que había clavado los ojos en la pantalla, estaba empezando a sentir un horrible vacío en el

estómago—. La producción para la que me contrató porque quería contar con mi ayuda en el Hollywood Exterior…

—Vamos, vamos… Le contrató para algo más que eso —protestó Marley—, Urbenton compró la historia de su vida…, o por lo menos la de esa parte de ella que tuvo lugar en Los Ángeles cuando usted estaba persiguiendo a esa última remesa de replicantes huidos. Bien, pues aquí la tiene. —Su mano describió un arco que abarcó el monitor más cercano y el resto de pantallas idénticas instaladas en el bar—. Va a ser emitido por primera vez. Ahora mismo, y será proyectado en toda la red del cable de Marte… —Otra sonrisa—. ¿Ve? Ya sabía que le encantaría.

—Mierda… —Deckard siguió contemplando el monitor con cara de consternación. La furia de sus pensamientos ahogaba cuanto pudiera llegar a surgir de la banda de sonido—. Todo el mundo va a ver esto. ¡Todo el maldito planeta va a verlo!

—Exactamente, amigo. —Las manos de Marley describieron un gesto lleno de enérgico entusiasmo, como si estuviera felicitando a Deckard—. Sólo hay un canal, y usted es la estrella. Son sus quince minutos, Deckard, así que disfrútelos.

Deckard no tuvo tiempo para responder a los sarcasmos de Marley. Había algo más con lo que tampoco había contado. «Ahora sí que estoy perdido», pensó. Dentro de unos minutos, en cuanto el vídeo hubiera dejado atrás su secuencia de apertura, con todos los elegantes planos artísticos de exteriores de Los Ángeles que Urbenton había falsificado a partir de los decorados callejeros del Hollywood Exterior —en cuanto la historia, la historia de Deckard, iniciara su discurrir—, entonces sería su rostro el que aparecería en las pantallas de vídeo y no sólo en aquel bar, sino en todas partes y con una sucesión de magníficos y gigantescos primeros planos, lo más personales y amplificados posible. Deckard había observado a Urbenton mientras daba instrucciones a las cámaras durante el rodaje del vídeo, y ya se había dado cuenta de cómo las centraba sobre el actor envuelto en la inconfundible gabardina y armado con la pistola reglamentaria de la policía que deambulaba por las oscuras calles empapadas de la ciudad. Urbenton había rodado unos cuantos planos del rostro de Deckard encuadrándolo tan de cerca que sus facciones probablemente llenarían toda la pantalla del monitor. «Y será mi cara —pensó Deckard—. No será la cara del actor que me está interpretando, sino la mía…» Ésa era la otra cosa que Urbenton y sus Producciones Muerte Veloz habían comprado, el otro objeto sobre el que Deckard había vendido todos los derechos que poseía. Tal como lo expresaba el meticulosamente preciso lenguaje contractual, «… la parte contratante abajo firmante, como contrapartida a la remuneración financiera especificada anteriormente, también concede y transmite el derecho a usar una descripción facial completa y precisa de sí misma, junto con cualquier particularidad física asociada que permita establecer la identificación del individuo descrito como el ex agente especial del Departamento de Policía de Los Ángeles conocido como Rick Deckard».

Eso era lo que habían acordado, el contrato que Deckard había firmado cuando

todavía creía que el dinero que le iba a pagar Urbenton bastaría para que él y Sarah Tyrell pudieran salir de Marte y partir hacia las colonias estelares de las Naciones Unidas. Deckard no había previsto que tendría que salir huyendo, con sólo Dios sabía qué clase de agencias policiales echándole el aliento en la nuca. Lo asombroso era que aún no le hubieran capturado, y en realidad Deckard ya estaba empezando a sospechar que los policías habían decidido prolongar su huida para averiguar si alguien más podía acabar enredado en la larguísima correa invisible que le habían colocado antes de que le echaran el guante de una vez. Tarde o temprano acabarían hartándose de aquel juego y se cansarían de esperar que su presa estableciera contacto con esos cómplices inexistentes, y entonces Deckard descubriría que la correa estaba donde había estado siempre…, alrededor de su cuello.

Y en cuanto aquel vídeo hubiera acabado de ser emitido por todos los monitores conectados al monopolio del cable de la colonia de emigrantes, tensar ese lazo iba a resultarles mucho más fácil que antes. Durante su estancia en la estación del Hollywood Exterior que orbitaba la Tierra, Urbenton incluso le había mostrado cómo se las arreglarían los tipos de efectos especiales para digitalizar su rostro, ascendiendo poco a poco desde los huesos y a través de la red de los músculos hasta llegar a la piel y a cada pelito de la barba y peca que pudiera haber en ella, abarcando hasta el más minúsculo detalle que hacía de Deckard la *gestalt* cansada de matar y harta del mundo, pero todavía mortífera, que veía cada vez que se contemplaba en un espejo. Ése era el procedimiento habitual en todas las producciones de vídeo modernas, por supuesto: durante la etapa de posproducción y una vez terminado el rodaje propiamente dicho, los técnicos colocarían el rostro digital encima del del actor que hubiera deambulado por los decorados, ese tipo que había seguido las indicaciones del director y contra el que habían disparado los cartuchos de fogueo, el que había recibido los puñetazos de los otros actores y había hecho todas las cosas difíciles y arriesgadas…, y lo que contemplarían los espectadores en cuanto emitieran el vídeo sería a un Rick Deckard reconstituido volviendo a caminar por las agobiantes calles atestadas de gente teñidas por los neones de Los Ángeles, exactamente tal como lo había hecho el Deckard real cuando iba de un lado a otro, pistola en mano y los ojos bien abiertos en busca de su presa.

«Y eso es lo que van a ver dentro de unos momentos», pensó Deckard. La única posibilidad de huir que le quedaba se había basado en el anonimato, en que fuera capaz de moverse por entre las multitudes de la colonia de emigrantes sin ser detectado, escondiéndose en esas calles donde su rostro quedaría oculto en el torrente formado por miles de rostros…, y de repente le iban a arrebatar todo aquello. «Van a verme… Van a ver mi cara».

Los créditos iniciales del vídeo ya habían acabado de desfilar por las pantallas, y el ángulo de cámara había descendido desde los cielos adornados por bordados de fuego que se extendían sobre Los Ángeles, atravesados por los vertiginosos puntitos de luz de los rotadores policiales, hasta el nivel de la calle. El reflejo de un dragón de

neón, su roja lengua entrando y saliendo de su boca mediante una secuencia toscamente animada, relucía sobre el asfalto mojado con un sinfín de húmedas iridiscencias. Una silueta envuelta en una gabardina, los hombros encorvados por la fatiga, podía ser vista desde atrás. Mientras el Deckard real contemplaba la pantalla desde el reservado, el ojo capaz de verlo todo del vídeo fue avanzando hacia su doble.

Una veloz transición, con el punto de vista del plano pasando a un ángulo delantero, y la cámara se centró sobre el pecho de Deckard, justo debajo de las solapas abiertas de la gabardina, para mostrar la camisa abotonada hasta el cuello y el duplicado de su eterna corbata de lana de aquellos tiempos proporcionado por el departamento de vestuario. El encuadre fue ascendiendo hacia el rostro de la figura, disponiéndose a ofrecer un primer plano excelentemente iluminado en el que los neones de un puesto callejero de comida china harían huir a cualquier sombra que pudiera ocultarlo. El Deckard real se encogió sobre sí mismo, anticipándose a lo que estaba a punto de ver…

… y no vio. En el reservado, en un bar de mala muerte en algún lugar de la colonia de emigrantes marciana, Deckard siguió contemplando la pantalla sintiendo el asombro más absoluto imaginable —y un alivio mezclado a la incomprensión— ante lo que estaba viendo en el monitor, esa imagen cuyo eco simultáneo aparecía en todas las pantallas esparcidas por el local.

—Ése no eres tú —dijo una vocecita detrás de él. La mirada de la Rachael niña fue más allá de Deckard y Marley, los dos hombres que la flanqueaban, para clavarse en la pantalla más próxima—. Creía que iban a hacer un vídeo sobre ti y sobre las cosas que te habían ocurrido antes, pero ese hombre no se te parece en nada.

—No… —Deckard siguió contemplando la imagen del monitor. El Deckard de la pantalla, la figura que estaba volviendo a vivir la historia de aquellas noches en Los Ángeles, había dejado de ocupar toda la pantalla para pasar a ser mostrada en un plano medio. El rostro, aun así, continuaba siendo visible—. Ésa no es mi cara.

—Esto sí que es interesante. —La sorpresa estaba totalmente ausente de la voz de Marley—. No se lo esperaba, ¿eh? Debo confesar que lo he pasado en grande observándole, Deckard. Estaba realmente convencido de que ese vídeo iba a convertirle en el hombre más fácil de localizar de todo el planeta, ¿verdad?

Deckard no dijo nada y se limitó a asentir con una lenta inclinación de la cabeza, sin apartar la mirada de la imagen en la pantalla, de aquel Deckard que no se parecía a él.

—Tiene que haber ocurrido algo, por supuesto —dijo Marley—. De lo contrario, Urbenton nunca habría cambiado sus planes de esa manera. Sé que la idea original no era ésa, desde luego… Al principio pensaban colocar su cara encima de la de ese actor mediante unos cuantos efectos generados por ordenador, así que lo único que tendría que hacer el actor era moverse según lo acordado y recitar el diálogo, y luego parecería que era Rick Deckard quien estaba repitiendo todo lo que había hecho antes. Así Deckard habría vuelto a perseguir a esos replicantes tal como hacía el

terrible blade runner que había sido en el pasado, ¿no?

—Ya lo sé. —Deckard sintió cómo una parte de la tensión que le había puesto rígida la columna vertebral desaparecía de repente. La horrible perspectiva de que todos los rostros del bar se volverían hacia él, relacionándole con la imagen aparecida en los monitores de vídeo, se había esfumado. Si las agencias policiales iban a tender una red para capturarle, no podrían contar con la ventaja suplementaria de que todas las personas provistas de ojos se encargaran de hacer el trabajo de localización por ellas—. Siempre será una ayuda.

—¿Y piensa que ha sido meramente cuestión de suerte? ¿Cree que dio la casualidad de que Urbenton, el director de ese vídeo, cambió de parecer?

Deckard clavó la mirada en el rostro de Marley.

—No… —Meneó la cabeza—. Ya no tengo esa clase de suerte, suponiendo que alguna vez la tuviera. Nada ocurre sin que haya una razón para ello.

—En cualquier persona que no se hallara en su situación eso sería considerado como paranoia, Deckard. En su caso… En su caso es el comienzo de la sabiduría.

Fuera cual fuese el alivio que Deckard hubiera podido sentir ante la emisión del vídeo y la ausencia de su cara de él, ya había sido sustituido por las sospechas que le inspiraba aquel tipo tan incomprensible.

—No necesito ser ningún gran sabio para preguntarme qué es lo que quiere usted de mí, amigo.

—¿Que qué es lo que quiero? —Marley le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos y llenos de falsa inocencia—. Ya se lo he dicho, Deckard: quiero ayudarle. Y la forma en que puedo ayudarle es deteniéndole…

—¿Detenerme? ¿Qué es lo que va a impedirme hacer?

—Vamos, Deckard… Le llevo mucha ventaja. —La máscara de ingenuidad había desaparecido del rostro de Marley—. Sé qué está tramando. Ha aceptado un trabajito, ¿verdad? El hecho de que vaya por ahí con ese maletín parlante lo demuestra. Si tuviera aunque sólo fuese un átomo de sentido común, si todos ustedes estuvieran mínimamente interesados en salvar su pellejo… Bueno, a estas alturas ya se habría librado de él. —Marley inclinó la cabeza hacia la otra ocupante del reservado—. Y con la pequeña ocurre exactamente lo mismo. Es una niña preciosa, pero va a ser otra carga que le hará ir más despacio.

—Eso es problema mío —dijo Deckard.

—Oh, exactamente. —La tenue sonrisa de Marley volvió a aparecer en sus labios —. Es su problema porque es su trabajo, ¿no? El trabajo que ha aceptado llevar a cabo para los simpreps, y que consiste en conseguir que este maletín y los datos que contiene lleguen a manos de los replicantes insurgentes…

Deckard se envaró.

—Si sabe todo eso… y quiere detenerme…, entonces tiene que ser alguna clase de policía. Tiene que estar trabajando para las autoridades.

—En absoluto. —La sonrisa se volvió un poco más ancha—. Estoy con los

simpreps.

Deckard reflexionó durante unos segundos sobre lo que acababa de oír y luego inclinó lentamente la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Oh, claro. Se cargó a ese replicante Kowalski justo delante de mis narices, y luego aparece y me dice que está tratando de ayudar a los replicantes. ¿Realmente cree que me lo voy a tragar?

—Lo de pegarle un tiro al replicante Kowalski… —Marley se encogió de hombros—. Fue lamentable, desde luego, pero había que hacerlo. Y ni siquiera es algo que haya que lamentar excesivamente, porque aquel Kowalski ya estaba a punto de llegar al final de los cuatro años de vida que la Corporación Tyrell había incorporado en ese modelo. Eso quiere decir que en realidad no perdió gran cosa, ¿verdad? Y además, hay otros replicantes Kowalski…

—Una actitud bastante implacable, ¿no? —Deckard estudió el rostro del hombre sentado enfrente de él—. Por lo menos yo fui capaz de acabar sintiéndome culpable de lo que había hecho.

—Bien por usted. —Las palabras de Deckard no parecían haber impresionado en lo más mínimo a Marley—. Ésa debe de ser la razón por la que le eligieron para el trabajo que está haciendo. Las conciencias culpables tienen efectos terribles sobre las mentes de las personas, y hacen que resulten muy fáciles de manipular…, como le ha ocurrido a usted. Si fuera capaz de pensar con claridad, ya habría podido deducir unas cuantas cosas sobre la situación en la que está metido.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

—Haga trabajar el cerebro, Deckard. —Marley se inclinó sobre la mesa—. Piensa que el que haya dicho que quiero detenerle, que quiero asegurarme de que no consigue entregar ese maletín y sus datos a los replicantes, significa que he de estar de parte de las autoridades. ¿No se le ha ocurrido pensar que son precisamente las autoridades —la policía, las Naciones Unidas, los que sean— las que quieren que entregue ese maletín en el sitio donde se supone que ha de ser entregado?

—¡Eh! —La voz de Roy Batty brotó de debajo de la mesa—. ¡No escuches a este tipo! ¡Sólo te va a crear problemas!

Deckard volvió la mirada hacia el monitor de vídeo, en el que el Deckard del vídeo, todavía luciendo el rostro del actor, estaba hablando con alguien en un decorado que se suponía era las gigantescas salas abovedadas de los cuarteles generales de la policía de Los Ángeles. Deckard no oyó las palabras del personaje, porque toda su mente y su atención estaban concentradas en lo que le acababa de decir el hombre sentado enfrente de él.

—Intente verlo de esta forma —siguió diciendo Marley—. El monopolio del cable marciano hace todo lo que le dicen las autoridades, y ésa es la razón por la que continúa siendo un monopolio. Si las agencias de seguridad de las Naciones Unidas le dicen al monopolio que debe emitir tal vídeo, o tal otro, o ése de ahí… —y señaló la pantalla—, pues entonces el vídeo es emitido por toda la colonia. Lo mismo ocurre

con Urbenton y su modesta empresa, Producciones Muerte Veloz: incluso suponiendo que ese tipo no fuese uña y carne con la policía antes de todo esto, no haría falta emplear mucha presión, y eso suponiendo que se necesitara llegar a ejercerla, para que hiciera todo lo que le ordenaran…, especialmente teniendo en cuenta que Urbenton no le debe ningún favor a un tipo llamado Rick Deckard. Si le ordenaron que prescindiera de los efectos gráficos generados por ordenador, que se olvidara del doblaje visual que iban a extender sobre el rostro del actor que interpretaba a Rick Deckard…, entonces lo haría en un segundo. Que eso ayudara o perjudicara a Rick Deckard le importaría un comino, porque Urbenton sencillamente es esa clase de persona.

Deckard tuvo que admitir que Marley tenía razón, por lo menos en lo que concernía a aquella parte del análisis.

—Me parece que estoy empezando a entender adonde quiere ir a parar…

—Apuesto a que sí. No es usted tan rematadamente imbécil, ¿verdad, Deckard? Si la policía y las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas y el resto de agencias gubernamentales que deberían estar siguiéndole los pasos, si todas esas personas quisieran localizarle e impedir que llevara ese maletín a los insurgentes, nunca habrían permitido que el rostro de ese actor permaneciera en el vídeo que está siendo emitido por el monopolio del cable. Le habrían dicho a Urbenton que siguiera adelante con sus planes de producción originales y que doblara el rostro del actor en el vídeo. De esa manera toda la colonia de emigrantes habría sabido qué aspecto tiene, y eso les habría permitido publicar un boletín de búsqueda y ofrecer una pequeña recompensa…, y entonces ya no hubiese habido ningún sitio en el que pudiera esconderse. Y ahora no estaríamos sentados en este antro tan íntimo y encantador manteniendo esta conversación, porque a estas alturas la policía ya habría metido su tonto trasero entre rejas.

Tenía sentido o, para expresarlo de otra manera, la emisión del vídeo carecía de sentido. «Era su gran ocasión de asegurarse de que todo el mundo se enterara de qué aspecto tengo», pensó Deckard. El corolario del principio de que, para él, todo ocurría debido a una razón —lo cual no era paranoia sino sabiduría, la evaluación del funcionamiento del universo a la que había llegado un superviviente— consistía en que cuando las cosas no ocurrían, también era porque alguien lo había querido de aquella forma.

—Entonces eso significaría… —Deckard fue escogiendo las palabras muy despacio y con mucho cuidado—. Eso significaría que las autoridades no quieren detenerme. No quieren atraparme…

—Y que en realidad las autoridades quieren que consiga huir. —Marley le estaba contemplando con evidente satisfacción desde el otro lado de la mesa, muy complacido con el impacto que habían causado sus argumentos—. Eso significa que la pregunta que debe formularse ahora es… por qué.

—¿Por qué quieren que consiga salir de aquí? —Deckard se frotó la boca con un

nudillo—. Han de tener una razón…

—No tiene nada que ver con usted, amigo. —Marley parecía estar empezando a sentir una cierta compasión hacia él—. Por si le sirve de algún consuelo… Bueno, en realidad nadie ha considerado que usted sea tan importante, y eso significa que no hace falta que se moleste en empezar a desarrollar su concepto de lo que vale. No, es lo que está transportando, el trabajo que ha aceptado… ¿Lo entiende? —Sonrió—. Es el maletín. Quieren que lo entregue…, y no me estoy refiriendo a los simpreps, sino a las autoridades. La policía, las Naciones Unidas… Todos ellos. Los malos quieren que entregue ese maletín, ¿comprende?

—¡Ya te lo había dicho! —La voz de Batty, un grito surgido de debajo de la mesa. El maletín vibró sobre la pantorrilla de Deckard—. Ya te había dicho que este tipo nos traería problemas, ¿no? Está jugando contigo. ¡No le escuches!

La Rachael niña se inclinó hacia un lado para poder hablar con el maletín.

—Cálmate —le dijo en un tono tranquilizador—. No te va a pasar nada malo…

—Oh, Cristo —dijo Batty, audiblemente disgustado—. No tengo por qué aguantar esto. La estáis cagando a lo grande, ¿entendéis? Todos vosotros, desde el primero hasta el último… Ojalá tuviera piernas, porque si las tuviera saldría de aquí ahora mismo y correría el riesgo de arreglármelas por mi cuenta. Entonces podría dejaros sentados aquí hasta que os pudrierais.

—Cállate. —Deckard logró resistir el impulso de darle otra patada al maletín—. El problema está en que lo que dice este tipo tiene bastante sentido.

—Eso no es ningún problema. —Una sonrisa y una lenta sacudida de la cabeza de Marley—. Es su salvación, Deckard.

—Maldita sea, no le escuches…

El volumen de la voz de Batty había aumentado lo suficiente para que fuera necesario emprender alguna clase de acción. Deckard estiró el brazo hacia abajo con un movimiento lleno de irritación y agarró el asa, tirando del maletín para elevarlo y dejarlo caer sobre la mesa con una considerable violencia. Después miró a su alrededor para averiguar si alguien se había dado cuenta de sus actos, pero por lo que pudo ver tanto el encargado de la barra como los clientes esparcidos entre las mesas seguían contemplando las tenuemente iluminadas aventuras del Deckard recreado en el vídeo.

—Escúchame con mucha atención, ¿de acuerdo? —dijo Deckard, colocando la mano sobre la tapa del maletín—. Estás empezando a ponerme un poquito nervioso. Si continúas gritando de esa manera, alguien acabará dándose cuenta de que tu comportamiento es un tanto inusual y en estos momentos no siento ningún deseo de empezar a llamar la atención. ¿Ha quedado entendido?

—Eres tú quien no lo entiende. —La voz de Batty había adoptado un tono entre sombrío y malhumorado—. Tienes un trabajo que hacer, y este gilipollas se está interponiendo en tu camino.

—Lo que accedí a hacer o a dejar de hacer me trae sin cuidado. —Deckard apartó

la mano de la tapa del maletín—. Cierra el pico de una vez y deja que yo me ocupe de esto, o te juro que te dejaré tirado en la tienda de empeños más próxima y que luego me gastaré los dos billetes que me hayan dado por ti en aspirinas. Y no estoy bromeando.

El maletín no dijo nada, y se limitó a irradiar una hosca furia silenciosa.

—Muy bien hecho. —Marley asintió con expresión aprobadora—. Aquí sólo hay un jefe y es usted, Deckard. No lo olvide y…

—Estupendo. —La ira que ardía en el interior de Deckard no se había apaciguado —. Soy el que manda, ¿eh? Pues entonces quiero respuestas. Quiero saber qué está ocurriendo y quiero saberlo ahora mismo, sin más frases ingeniosas o chistes baratos.

—De acuerdo. —Marley se inclinó hacia adelante y apoyó sus robustas manos de grandes huesos sobre la mesa—. Voy a darle la versión corta-y-concentrada, y espero que su diminuto cerebro sea capaz de aguantarla. Este maletín que tenemos aquí… —golpeó suavemente la tapa con una uña—. Bueno, este maletín no es exactamente lo que usted cree que es. No es lo que le han dicho que era.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es entonces?

Marley le dirigió una sonrisa helada antes de responder.

—Está transportando una bomba, Deckard.

16

Deckard dejó escapar un suspiro lleno de cansancio.

—Y un cuerno. —Había estado esperando algo un poco más plausible que eso—. ¿Se supone que las autoridades quieren que entregue este maletín a los replicantes insurgentes… porque es alguna clase de bomba? Cómprese un billete de ida al mundo real y quédese en él, amigo.

—Ya vivo en el mundo real. —La sonrisa de Marley no se alteró en lo más mínimo—. Y este asunto forma parte de él, y no puede ser más real.

—Vamos, vamos… —Deckard señaló el maletín—. ¿Qué daños podría causar algo de ese tamaño? Y cuando llegó a mis manos estaba prácticamente vacío, por lo que aun suponiendo que estuviera repleto de explosivos de alta potencia —Cristo, incluso suponiendo que lo hubieran llenado de materiales fisionables—, ¿qué clase de explosión cree que produciría? No lo suficientemente grande para destruir una rebelión que se ha esparcido por todas las colonias estelares de las Naciones Unidas, ¿verdad? Está hablando de unas distancias francamente grandes, y de montones de replicantes. Si ese maletín que usted dice es una bomba mata a millares de ellos, o incluso a centenares de millares, eso no cambiaría nada. —Meneó la cabeza, visiblemente disgustado—. ¿Por qué no me da unas cuantas respuestas válidas a ciertas preguntas? Por ejemplo, podría explicarme por qué las autoridades se han tomado tantas molestias para conseguir que lleve una ridicula bombita insignificante hasta las colonias estelares… No tiene ningún sentido.

—Ah, claro. Bueno, pues el caso es que podría tenerlo. —Marley se encogió de hombros—. Todo depende de cuál sea el tipo de bomba de que se trate, ¿verdad? El problema con ustedes los policías es que sólo son capaces de pensar en artilugios que producen explosiones. Con una explosión pequeña matas a una persona, y con una explosión grande matas a montones de personas… Pero su imaginación nunca llega a ir más allá de eso, ¿eh? Hay algunas cosas que no producen ninguna explosión y que pueden matar a todas las personas de las que necesites librarte.

—Oh, por el amor de Cristo. —La voz de Batty, surgiendo del maletín—. Este tipo es un mentiroso, y además ni siquiera es un buen mentiroso.

Deckard ignoró aquellas palabras que no surgían de ningún cuerpo.

—Bueno, Marley, eso quiere decir que pretende hacerme creer que hay alguna clase de agente biológico escondido dentro de ese maletín, ¿no? Un virus, una bacteria…, alguna clase de vector de enfermedad. Y también quiere que crea que el que le lleve el maletín a los insurgentes introduciría de alguna manera esa enfermedad en su población y acabaría con ellos. Es eso, ¿verdad? —La precariedad y falta de lógica de toda aquella historia inventada hizo que se sintiera todavía más disgustado que hacía unos momentos—. Pues lo siento, pero no me lo trago. Eso todavía tiene menos sentido. Para empezar, la estructura genética de los replicantes está basada en la de sus originales humanos, de la misma manera en que el replicante

Roy Batty estaba basado en un ser humano llamado Batty que acabó metido dentro de esta caja. ESO quiere decir que la diversidad genética de la población replicante es tan elevada como la de la población humana, por lo que las posibilidades de encontrar una enfermedad capaz de causar un número lo suficientemente elevado de muertes entre los insurgentes son casi inexistentes. Y en segundo lugar, incluso si encontrara esa clase de enfermedad, alguna clase de supermicrobio asesino, lo más seguro es que fuera igual de letal para los humanos que hay en las colonias. Las autoridades de las Naciones Unidas no van a acabar con todos sus emigrantes para librarse de los insurgentes. ¿De qué demonios les serviría eso?

—¿Sabe una cosa, Deckard? Me parece que le encanta hablar. Para lo que es habitual entre los policías, quiero decir…

—El que alguien intente tomarme el pelo siempre es una gran fuente de inspiración para mí —replicó Deckard con amargura—. ¿Quiere una tercera razón? Pues se la voy a dar, y gratis. Los replicantes viven cuatro años, ¿recuerda? No es necesario hacer absolutamente nada para acabar con ellos, así que no entiendo por qué tenemos que empezar a hablar de introducir alguna clase de enfermedad creada mediante la ingeniería genética. Si lo único que quieren las Naciones Unidas es eliminarlos en masa, bastará con que se queden cruzadas de brazos mientras esperan a que se mueran. Cada replicante lleva su propia soga incorporada, y lo único que hay que hacer es esperar a que acabe ahorcándolo.

—Magnífico. —Marley sonrió e inclinó la cabeza en señal de admiración—. Unos argumentos bastante buenos, sobre todo teniendo en cuenta que vienen de alguien sometido a la clase de presión que usted está aguantando en estos momentos… Pero contienen unas cuantas presuposiciones, ¿no? Está subestimando a las Naciones Unidas, tanto en lo que respecta a lo asustados que pueden llegar a estar como en lo tocante a lo implacables que pueden llegar a ser. Los insurgentes han conseguido aterrorizarlos hasta tal punto que no vacilarían ni un solo instante en matar a toda la población humana si eso les permitiera acabar con los replicantes. Después de todo, siempre pueden conseguir más emigrantes. ¿Hasta qué punto tiene que seguir empeorando la vida en la Tierra antes de que todo el mundo se ponga en la cola de la emigración? Las Naciones Unidas ya tienen una preciosa madriguera repleta de emigrantes aquí, en Marte, donde la gente sólo está esperando su billete de salida. Y en cuanto a eso de los replicantes y sus cuatro años de vida… —Marley meneó la cabeza—. Puede que esa cuestión no tenga la importancia que usted le ha estado atribuyendo, Deckard. Pero lo realmente importante es, pura y simplemente, que está equivocado…, y me refiero a lo que cree que he estado intentando decirle. Yo nunca he dicho que el maletín contuviera alguna clase de agente biológico capaz de provocar una enfermedad. Se ha apresurado, Deckard, y al haber ido demasiado deprisa ha acabado llegando a toda una serie de conclusiones equivocadas. Quizá debería ir aprendiendo a tener un poco de paciencia y a escuchar antes de hablar, aunque sólo fuese para variar…

—De acuerdo. —Deckard apoyó los omóplatos en el acolchado del reservado—. Le escucho.

—Cuando le dije que estaba transportando una bomba, no me refería a la clase de bomba que estalla, o a alguna clase de contenedor repleto de pequeñas bacterias y virus temibles. —La sonrisa se había evaporado del rostro de Marley—. Estoy hablando de una bomba memética, Deckard. Estoy hablando de información pura que cambia lo que hacen las personas…, y en este caso, lo que hacen los replicantes. Cuando le dijeron que el maletín contenía datos muy importantes no le estaban mintiendo, porque eso es lo único que hay dentro de él…, y es más que suficiente. De hecho, bastará para resolver todo el problema de los replicantes insurgentes.

—¿Una bomba memética? ¿Qué se supone que significa eso? —Deckard le lanzó una mirada llena de incredulidad—. ¿Me está hablando de memes? ¿Meramente alguna clase de idea, y eso es todo? Supongo que debe de ser una idea francamente mala, algo del estilo de «Eh, ¿por qué no nos suicidamos todos? Suicidarse es fácil, y además resulta muy divertido». ¿Y esa idea realmente pésima va a conseguir infectar a toda la población de replicantes insurgentes, haciendo que se maten a sí mismos y acabando de una vez con todos los problemas de las Naciones Unidas? Tiene que estar bromeando. Oh, sí, tiene que estar bromeando…

—No… —Marley casi parecía sinceramente apenado—. Ojalá estuviera bromeando.

La repentina alteración de su rostro hizo que Deckard empezara a sentirse un poco nervioso.

—¿De qué se trata entonces? ¿De qué sirve emplear un meme como arma si los replicantes pueden limitarse a encontrar un contrameme que lo inutilice? Porque eso es lo único que haría falta, desde luego. Cualquier idea, mala o buena, no es algo a lo que las personas deban obedecer sin ni siquiera pensar en lo que están haciendo. No es como una bala…, o como una bomba de verdad. Con ellas nadie tiene ocasión de discutir o de ponerse a argumentar.

—Las armas poseen gatillos —dijo Marley—. Con las bombas ocurre exactamente lo mismo, porque sus gatillos son lo que hace que estallen. Ése es el aspecto del armamento con el que no puedes discutir. Cuando el meme es el gatillo, y estoy hablando de un gatillo activador para algo que ya existe dentro del blanco, entonces eso completa la bomba tan pronto como llegas a juntar las dos cosas…, y eso es lo que usted estaría haciendo en cuanto hubiera llevado ese maletín a los insurgentes. La bomba que estallaría no es meramente algún tipo de mala idea, alguna clase de pequeño concepto de autodestrucción con el que los replicantes podrían establecer una discusión lógica. Es algo que ha sido incorporado a los replicantes, algo que llevan metido dentro de la misma manera en que la Corporación Tyrell les implantó esos recuerdos falsos. Ya se encuentra dentro de sus cabezas, Deckard, escondido en un sitio al que no pueden llegar… Los replicantes ni siquiera saben que está ahí. Pero descubrirían su existencia tan pronto como usted apareciese con ese

maletín y los datos que hay dentro de él. Lo que los insurgentes de ahí fuera creen es una lista de los replicantes disfrazados que hay en la Tierra, esa quinta columna suya con la que podrían establecer contacto para que se pusiera de su parte, en realidad es otra cosa muy distinta. Oh, sí, no cabe duda de que se llevarían una gran sorpresa… Porque no se trata de ninguna lista, ¿entiende? Lo que les entregaría serían sus sentencias de muerte, y luego ellos mismos se ocuparían de las ejecuciones. —La sonrisa, cuando apareció esta vez, sólo era un retorcimiento sarcástico en una comisura de su boca—. ¿No le parece que es una bomba bastante buena?

Y ése no era el único cambio, porque la voz de Marley también acababa de volverse gélidamente impasible.

—¿Cómo funciona? —Deckard casi estaba dispuesto a creerlo—. ¿Qué hay dentro de las cabezas de los replicantes?

—¿Recuerda lo que le dije acerca de que los cuatro años de vida máxima de los replicantes habían dejado de ser un problema? Pues eso tiene mucho que ver con el cómo funciona. —Marley se inclinó sobre la mesa—. Los replicantes han cambiado. ¿Por qué? Pues meramente por el hecho de que están viviendo ahí fuera, entre las estrellas y tan lejos de la Tierra… Eso es lo que la Corporación Tyrell temía que podía acabar ocurriendo, y lo que las autoridades de las Naciones Unidas han descubierto que ha ocurrido. Eso es lo que originó la rebelión, lo que hizo que los replicantes pensaran que al fin tenían algo por lo que valía la pena luchar…, y ese algo era nada menos que sus propias vidas. Ah, y ahora ya no estamos hablando de un trocito insignificante de tiempo con una fecha de finalización incorporada, ¿verdad? Eso es lo que empezó a ocurrir en las colonias exteriores: de manera totalmente espontánea, los replicantes empezaron a vivir más que los cuatro años que se había pretendido que vivieran en un principio. Los replicantes cambiaron, Deckard. Y siguen cambiando.

—Si eso es verdad, entonces significa… todo —murmuró Deckard, hablando muy despacio—. Todo sería diferente, y no sólo para los replicantes.

—Veo que por fin lo ha entendido, amigo. Esa última remesa de replicantes que logró escapar y llegar a la Tierra, los replicantes a los que usted persiguió y localizó… Bueno, pues no formaban parte de los insurgentes. El replicante Batty y los otros no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo. La rebelión todavía no había conseguido llegar hasta ellos, y se lo perdieron. —Marley se encogió de hombros—. Resulta un tanto irónico, ¿verdad? Cruelmente irónico, desde luego… El replicante Batty y los que huyeron con él sólo querían algo más de vida. Querían vivir más tiempo que cuatro miserables años, y podrían haberlo conseguido con sólo haberse quedado allí donde estaban antes, entre las estrellas. En vez de eso vinieron a la Tierra, que era justo el sitio donde su muerte les había estado esperando desde el principio…, y esa muerte ni siquiera tenía nada que ver con usted.

—¿Qué quiere decir?

Deckard clavó la mirada en el hombre sentado delante de él, intentando entender

a qué venían aquellas palabras.

—La extensión espontánea de la vida es algo que sólo está ocurriendo ahí fuera. —Marley alzó un dedo hacia el techo del bar—. Sólo ocurre en las colonias exteriores, allí donde están los insurgentes. El fenómeno no se produce en ningún sitio cercano a la Tierra. De hecho, hay ciertas indicaciones de que replicantes que han cambiado, que han adquirido un lapso de vida superior a los cuatro años previstos, volverán a su estado original si entran dentro del radio de acción de los efectos biológicos de su planeta natal, el sitio en el que fueron creados por la Corporación Tyrell. Para ellos la Tierra es tóxica: de hecho, el planeta es el gatillo activador de esa bomba de duración de la existencia que Eldon Tyrell incluyó en cada uno de ellos.

—Ha dicho que los replicantes todavía estaban cambiando. Que ahí fuera aún…

—Exacto —dijo Marley—. Porque la vida es algo más que eso, ¿verdad? Oh, sí, la vida no se reduce a prolongar tu existencia. También está el ciclo, la forma en que una generación engendra a la siguiente… Eso es una parte muy importante de la vida.

Deckard ya podía ver adonde quería ir a parar Marley.

—Pero eso es algo que los replicantes no pueden hacer. Me refiero al dar a luz, a tener hijos… Los replicantes son estériles, y eso significa que no pueden reproducirse. Fueron diseñados de esa manera. La Corporación Tyrell los creó de esa manera, porque entonces la única forma de obtener otro replicante sería que Tyrell lo construyera para ti. —Deckard se contempló las manos en silencio durante unos momentos, y después volvió a alzar la mirada hacia Marley—. Siempre ha sido así…

—Pero ahora ya no. Ahora las cosas han cambiado. Los replicantes han empezado a reproducirse. Por su cuenta, sin la Corporación Tyrell: ahora hay madres y padres replicantes, y niños replicantes. —Marley inclinó la cabeza hacia la Rachael niña sentada junto a él—. ¿Y a que no lo adivina, Deckard? Bien, pues el caso es que esos niños replicantes parecen niños perfectamente humanos…, de la misma manera en que los replicantes adultos parecen adultos humanos. Y esos niños replicantes crecen y llegan a ser como sus padres, de la misma manera en que lo hacen los niños humanos.

—Y entonces ¿dónde está la diferencia? —Era la Rachael niña quien había hablado, los ojos clavados en Marley—. ¿Qué diferencia hay entre los humanos y esas otras personas?

—Ah. —Marley asintió—. Ésa es una buena pregunta. Sí, es una pregunta realmente magnífica…

—Pues entonces responda a ella —dijo Deckard—. Me gustaría conocer la respuesta.

—Muy bien. Aquí tiene una respuesta. —Marley contempló en silencio a la niña durante unos momentos, y después volvió a alzar la mirada hacia Deckard—. Los replicantes no son los únicos que están cambiando ahí fuera. Los seres humanos, o lo que solíamos conocer como seres humanos, también están cambiando. Esto es lo que

las Naciones Unidas no quieren que se llegue a saber en la Tierra, porque el que se hiciera público que ir a las estrellas produce unos efectos realmente considerables y muy complicados sobre la especie humana supondría un serio obstáculo para el programa de emigración.

—¿De qué clase de efectos está hablando?

—Para empezar, la esterilidad. Los colonos están en peligro de extinguirse meramente por falta de reproducción. Ya hace casi una década que no nace ni un solo bebé humano en las colonias exteriores. —Marley formó un cero con el pulgar y el índice—. Nada de nada, amigo… No hay crios. Es el final del trayecto, a menos que las Naciones Unidas empiecen a enviar más colonos…, los cuales, a su vez y a juzgar por todas las indicaciones disponibles, se volverán estériles. Nadie ha conseguido encontrar una cura para lo que está ocurriendo. Pero ése no es el único cambio. El fracaso reproductor a escala masiva sólo es la señal más obvia de que algo está yendo muy mal, por lo menos para los seres humanos de las colonias. También se están produciendo otros cambios, que son un poco más sutiles pero igual de malos.

—Y ahora va a hablarme de ellos. —Deckard se sintió invadido por un oscuro presentimiento—. Estoy empezando a lamentar haberle hecho todas esas preguntas.

—Ya es demasiado tarde para eso —replicó Marley—. Es la razón por la cual estoy aquí, ¿no? He venido a informarle, Deckard. Bien, voy a resumirle el resto de cosas que les están ocurriendo a los emigrantes de las colonias exteriores… Se trata de cambios psicológicos y, concretamente, de una disminución de la facultad normalmente conocida con el nombre de empatía. Supongo que la recordará de sus tiempos de blade runner, ¿no? La empatía es la capacidad de percibir lo que está sintiendo otra criatura: su dolor, su sufrimiento, su alegría… Bueno, pues los colonos están mostrando lecturas cada vez más y más reducidas en todas las pruebas estandarizadas que miden ese tipo de reacción, hasta el punto de que si se les sometiera a pruebas de empatía mediante las máquinas Voigt-Kampff, no conseguirían superarlas. Algunos de ellos ya han sido sometidos a las pruebas V-K y no consiguieron superarlas. La máquina declaró que se encontraban por debajo del punto de corte de la respuesta empática que caracteriza a los seres humanos.

—Entonces no son humanos. —Deckard podía ver la fría lógica de lo que se le estaba diciendo—. Ya no son humanos…

—Bien, ahí lo tiene. —Marley, las manos sujetando el borde de la mesa, se recostó en el reservado—. La vida es una auténtica zorra, ¿verdad? Las cosas ocurren porque sí, y luego tienes que vértelas con ellas. —Meneó la cabeza, como si todo aquello le pareciera muy divertido—. Las autoridades de las Naciones Unidas tienen su propia manera de enfrentarse a este tipo de situaciones, naturalmente. —Una mano dio unas palmaditas sobre la tapa del maletín—. ¿La consecuencia? Pues nada menos que usted y esta bomba que se le dijo debía entregar a los replicantes insurgentes.

—Pero si lo que me está diciendo es verdad… —Deckard ya no lo dudaba—. Entonces ya no son replicantes. Los antiguos replicantes son los nuevos seres

humanos de las estrellas.

—Todo se reduce a una cuestión de semántica, ¿verdad? Sí, todo depende de cómo defina la palabra… —La mano de Marley onduló lánguidamente ante el rostro de Deckard—. Usted, teniendo en cuenta su pasado y el hecho de que ha sido un blade runner y todo lo demás… Bueno, naturalmente tiende a pensar que cualquier criatura capaz de superar una prueba Voigt-Kampff es humana, y que cualquier criatura que no la supera no es humana. Pero lo que significa todo eso es que el programa de emigración de las Naciones Unidas ha tenido éxito, aunque no de la forma en que se pretendía inicialmente. Hay una presencia humana en las colonias exteriores, muy lejos, allá entre las estrellas…, pero no somos nosotros, Deckard. Los nuevos habitantes de las estrellas no son las criaturas que habían sido seres humanos, sino las otras, las que eran los replicantes. Ahora los replicantes son los humanos.

—¿Por qué…? ¿Por qué está ocurriendo todo eso?

—Hay distintas explicaciones. —Marley se encogió de hombros—. En estos momentos resulta un poco difícil dar una respuesta definitiva, desde luego, porque las autoridades de las Naciones Unidas quieren mantener en secreto todo lo que está sucediendo y porque los replicantes están muy ocupados luchando por sus vidas y su libertad. Ese tipo de cosas, ya sabe… Pero básicamente existen dos escuelas de pensamiento sobre la materia. Una es más o menos científica, y se basa en la hipótesis de que la Tierra se encuentra envuelta por un campo morfogenético que determina, junto al código genético incorporado a nuestro ADN, cuáles son las características esenciales de la especie humana. Las colonias exteriores se encuentran fuera del radio de alcance de ese campo morfogenético. En cuanto el campo deja de surtir efecto, tanto los humanos como los replicantes empiezan a sufrir una especie de regresión. Su apariencia física exterior tal vez no cambie, pero ocurrirán otras cosas, como las alteraciones en la fertilidad y la facultad empática. —Un segundo encogimiento de hombros—. Es una teoría tan buena como cualquier otra.

Gélidos panoramas desérticos se abrieron dentro de los pensamientos de Deckard.

—Nunca debimos marcharnos de casa… —murmuró.

Se encontraba dentro de un bar de mala muerte de la colonia de emigrantes de Marte, con la oscuridad extendiéndose a su alrededor, una imagen con su nombre pero sin su rostro en los monitores de vídeo esparcidos por el local, una imagen envuelta en una gabardina como la que él había solido llevar y que se movía a través de calles ribeteadas de neones y sombras interminablemente profundas, ninguna de las cuales era real porque todas eran simulaciones, lejos del hogar, lejos de Los Ángeles. «Y este sitio ni siquiera está tan lejos como aquellos a los que se han ido los otros», pensó. Habían ido tan lejos y habían llegado a estar tan terriblemente perdidos…, que habían acabado perdiéndose a sí mismos.

Se preguntó cómo serían aquellas cosas con rostros humanos que habían sido humanas. Un lúgubre recuerdo acudió a su mente, mostrándole el trayecto de vuelta a la colonia dentro de la lanzadera atestada de mineros nativos, los niños ya crecidos

que habían nacido en Marte. Deckard recordó lo solo que se había sentido entre ellos, mucho más de lo que jamás se había sentido antes, incluso en Los Ángeles, donde la soledad casi había definido la condición humana entre la más apretada de las multitudes. Durante ese viaje había llegado a la fase que se hallaba más allá de la soledad, la que se caracterizaba por el distanciamiento y la desconexión: Deckard había recorrido el interior de la lanzadera con la mirada y había visto rostros como el suyo, rostros humanos, pero no había sentido ninguna clase de parentesco con ellos. A su vez, las miradas insondables de aquellos rostros se habían deslizado sobre él sin un solo destello de reconocimiento. El mero hecho de haber llegado tan lejos los había cambiado. No se trataba tanto de que hubieran evolucionado, porque el evolucionar era algo que implicaba un estado mejor, sino de que al menos se habían adaptado. Se habían desprendido de sus pieles, de todo el exceso de equipaje que llevaba implícito el hecho de ser humano. Ya no necesitaban todas esas cosas.

—Puede que nadie las necesite…

—¿Qué ha dicho?

Marley se inclinó sobre la mesa, acercándose un poco más a Deckard para tratar de captar su murmullo.

—Nada. Sólo estaba pensando. —Deckard permitió que aquella oscura visión se disipara dentro de su mente, dejando que desapareciese como agua derramada sobre las rojas arenas del desierto—. Ha dicho que había otra explicación. ¿Cuál es esa otra explicación?

—Oh, es bastante sencilla. Algunos tipos con inclinaciones tirando a místicas creen que ser humano no es una condición inherente basada en la estructura genética. Los humanos no deciden quién es humano y quién no lo es, porque algo que está fuera de ellos se ocupa de tomar las decisiones en lo referente a esa clase de asuntos. Y ese algo está muy muy lejos… —Marley parecía sentirse un poco incómodo, como si estuviera hablando de cosas que no debían ser reveladas—. Se supone que existe un aspecto de Dios llamado el Ojo de la Compasión…, y que sólo puede ver el sufrimiento, porque es ciego a todo lo demás. Y las cosas que ve, las criaturas que sufren y padecen, son aquellas a las que podemos considerar como plenamente humanas. Todo lo demás es… un poquito menos que humano. Eso quiere decir que tal vez hubo un tiempo en el que las criaturas a las que consideramos humanas realmente eran humanas…, pero ya no. El Ojo no nos ve. Usted y yo, Deckard… Usted y yo formamos parte de lo que causa el sufrimiento. Aquellos que antes eran los replicantes, aquellos a los que creamos…, ahora sufren los padecimientos que les infligimos. Sufren, y el Ojo de la Compasión los ve y considera que son humanos. Se vuelven humanos. Lo que determina quién es humano y quién no es humano es precisamente la mirada del Ojo, su capacidad para empatizar con otras criaturas. Nada de lo que hacemos y nada de cuanto podamos hacer tiene la más mínima influencia sobre esa decisión. —Se encogió de hombros, visiblemente nervioso—. Bien, tanto da… Eso es lo que creen algunos.

—«Más humano que lo humano…»

—¿Cómo? —Marley le estaba mirando fijamente—. ¿Qué ha dicho?

Deckard, que había cerrado los ojos mientras le escuchaba hablar, volvió a abrirlos.

—Nada. Nada importante. Es sólo que… Bueno, estaba pensando en el lema publicitario que usaba la Corporación Tyrell. «Más humano que lo humano». —Una sombría media sonrisa apareció en el rostro de Deckard—. Eldon Tyrell nunca supo hasta qué punto llegaría a ser verdad.

Marley le estudió en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Pero usted sí lo sabe. Usted sabe que es verdad, ¿no?

Deckard no dijo nada. Contempló la imagen de sí mismo en el monitor más cercano, aquel Deckard que empuñaba un arma y que estaba avanzando cautelosamente por entre una pequeña llanura de trozos de cristal.

—Me da igual —dijo por fin, y bajó los ojos hacia el hombre que estaba sentado enfrente de él—. Supongo que en realidad ser humano sencillamente significa hacer lo que hacen los seres humanos, ¿no? En realidad todo eso no me importa demasiado. Hace tiempo me enamoré de una replicante, y el que fuera humana o no lo fuera nunca me importó en lo más mínimo. Como usted mismo ha dicho, no soy el que toma las decisiones respecto a esa clase de asuntos.

—Tal vez, Deckard. Pero sigue habiendo otros temas sobre los que tendrá que tomar una decisión, y se trata de unas decisiones que sólo usted puede llegar a tomar. —Marley golpeó suavemente la tapa del maletín con la punta de un dedo—. Como por ejemplo qué va a hacer con esta cosa, ¿eh? Tiene que decidir si va a seguir adelante e intenta entregársela a los replicantes insurgentes, o si se olvida de toda esa idea porque ahora ya sabe qué clase de arma es.

—Pero es que no lo sé. —Deckard clavó la mirada en el hombre sentado delante de él—. Le he estado oyendo hablar durante un buen rato sobre lo que les está ocurriendo a los humanos y a los replicantes en las estrellas, y puede que incluso me haya creído algunas de las cosas que ha dicho. Pero aun suponiendo que sea verdad que los replicantes han empezado a volverse humanos, y me refiero a todo eso de que pueden vivir tanto tiempo como los seres humanos y a que tienen niños, igual que los seres humanos… Bueno, eso sigue sin decirme nada sobre lo que hay dentro de esa caja y sobre el porqué debería ser tan mortífera para los replicantes.

—Exacto. —La voz de Batty se añadió a la conversación, surgiendo del maletín —. No olvides eso, Deckard. Este tipo no te ha dado ninguna prueba. Lo único que sabes es que quiere detenerte, de la misma manera en que querrían hacerlo las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas y el resto de policías del universo…, con la única diferencia de que su historia es mucho más imaginativa.

—Sí, desde luego —admitió Deckard—. Lo cual le convierte en un policía bastante especial, ¿no? Estoy acostumbrado a la clase de policías que resuelven los problemas con una bala… —Estudió en silencio al hombre sentado delante de él

buscando la pista que necesitaba—. Esa era la clase de policía que fui. Y hablemos claro de una vez, Marley: a usted tampoco le cuesta demasiado emplear esa clase de soluciones ¿verdad? Cuando creyó que tenía que hacerlo, fue capaz de matar al replicante Kowalski sin pensárselo dos veces. Me pregunto por qué se está tomando tantas molestias conmigo.

—No lo estoy haciendo. —Marley le sonrió—. De hecho, lo que pueda ocurrirle me importa un comino. Soy concienzudo, nada más. Tengo un trabajo que hacer, exactamente igual que usted. Eso quiere decir que he recibido órdenes, y esas órdenes dejaban muy claro que no debía matarle. Dado que estoy trabajando para los simpreps —y me refiero a los verdaderos simpreps, no a esos colaboradores de las Naciones Unidas que le tendieron una trampa—, me imagino que deben de saber lo que quieren…, porque de lo contrario ya habría resuelto todo este problema a mi manera. ¿Cómo, se preguntará? Pues exactamente de la misma manera en que me ocupé de ese replicante Kowalski en el Hollywood Exterior. —La sonrisa se volvió un poco más ancha y malévola—. ¿Sabe una cosa, Deckard? Ustedes los policías tiene muchísima razón: una bala es la mejor solución, de veras… Sencilla y efectiva. Si no estuviera trabajando bajo ciertas restricciones, usted nunca habría visto venir la bala que le habría quitado de en medio, y ese maletín habría sido desmantelado y convertido en átomos. En cuanto a mí, ya me habría largado de esta ratonera hace mucho tiempo.

—¡Eh! ¡Que te jodan, amigo! —La voz de Batty volvió a surgir de debajo de la mesa—. Te rompería el culo a patadas…, si pudiera llegar hasta él.

Los dos hombres ignoraron la furia del maletín.

—Bien, ¿cuál es el trato? —Deckard señaló el maletín—. Me refiero a todo lo que ha dicho sobre una bomba memética consistente en alguna clase de datos, en esa información pura que las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas quieren que llegue a manos de los insurgentes. ¿Qué clase de datos podrían causar unos daños lo suficientemente enormes para que todo esto valiera la pena?

—No puede haberlo olvidado —dijo Marley—. La Corporación Tyrell tuvo muchas ideas brillantes. Eldon Tyrell poseía el don de saber mirar hacia adelante e imaginarse las peores posibilidades, como por ejemplo la de que los replicantes lograran escapar a su control y al de las Naciones Unidas, y por eso incluyó características como los cuatro años de vida máxima en el diseño. Pero ése no era el único mecanismo de seguridad que Tyrell incluyó en el diseño de los replicantes. Existe otro específicamente relacionado con todo el asunto de la reproducción. Funciona por la sencilla razón de que consiste en una variación sobre un instinto mamífero profundamente enterrado, alguna clase de oscuro código oculto en las capas más primitivas del sistema nervioso humano…, que después de todo fue la base utilizada para crear el sistema nervioso de los replicantes, lo cual quiere decir que también está presente en él. Eldon Tyrell se limitó a invertir una parte de dicho instinto, y luego incluyó esa pequeña variación del diseño concebida por él en los

replicantes. —Marley respiró hondo antes de seguir hablando—. La conducta instintiva original es la que hace que los animales adultos sientan el impulso de matar a la progenie de otros machos adultos de la misma especie, con lo cual incrementan el porcentaje de representantes de su progenie presente en el grupo reproductivo. En ocasiones se la conoce como «el síndrome del padrastro», y en realidad no es más que uno de esos pequeños y altamente desagradables aspectos de la conducta regulados por la estructura genética en los que la supervivencia y propagación de los genes son lo único que es considerado como realmente importante. La moralidad no entra en la ecuación. Bien, pues lo que hizo Eldon Tyrell con los replicantes que diseñó fue programar un par de aberraciones dentro de ese instinto básico primitivo. La primera consistió en conseguir que se volviera mucho más potente, haciendo que quedara reforzado hasta el punto de convertirse en una auténtica obsesión homicida: la conducta del asesinato infantil se adueña de todo el organismo, y se impone incluso al instinto de conservación. La otra aberración introducida en el instinto básico dirige la conducta hacia la progenie del organismo en cuestión. ¿Me va siguiendo, Deckard? El organismo, y en este caso el replicante, asesina a sus propios hijos. Es como un colapso repentino dentro de un sistema inmunitario, y en este caso se trata de un colapso que se extiende más allá de la piel del replicante. El impulso primitivo queda invertido, de tal manera que el individuo ataca y destruye precisamente a aquello que se supone debe proteger.

—Me parece que no lo entiendo —dijo Deckard—. Si ésa es la conducta que ha sido programada dentro de los replicantes, entonces no puede haber enfrentamiento posible. Los replicantes nunca podrán vencer en ninguna clase de lucha contra los colonos de las Naciones Unidas, y eso por la sencilla razón de que se destruirán a sí mismos: se reproducirán, desde luego, pero después matarán a sus propios hijos. Eso significará el fin para ellos. Biológicamente hablando, son un callejón sin salida.

—No del todo. La conducta del «síndrome del padrastro» fue incorporada a su diseño, pero se encuentra enterrada. No será activada hasta que el gatillo así lo ordene. Ahí es donde entra usted, Deckard; usted y ese trabajito que accedió a llevar a cabo para los policías y las fuerzas de seguridad de las Naciones Unidas que han conseguido infiltrarse en la organización clandestina de los simpreps… Está transportando el gatillo activador dentro de ese maletín. Los datos que han sido introducidos en él no son ninguna lista de replicantes disfrazados ocultos en la Tierra, porque eso no fue más que la historia-tapadera que emplearon para conseguir que aceptara el trabajo. Lo que hicieron las personas que han urdido todo este plan fue codificar la bomba memética, el gatillo activador de la pauta de conducta enterrada, e introducirla en esta caja. Después lo envolvieron todo, de una manera bastante parecida a poner un lazo en un regalo de cumpleaños, con el contenido del cerebro de Roy Batty…, más para inducirle a que aceptara ese trabajo de mensajero que para ayudarle a llegar hasta su destino. Porque en realidad usted no necesita ninguna ayuda, Deckard, ya que las autoridades no están haciendo ningún auténtico esfuerzo

para detenerle. Las Naciones Unidas, la policía, todos ellos… Todos quieren que llegue hasta allí. Todo su gran plan depende de que entregue ese maletín a los replicantes insurgentes, porque entonces lo que estaría haciendo en realidad sería presentarse delante de la puerta principal de los replicantes con el gatillo activador de la bomba que ya ha sido introducida en ellos. La pauta de conducta enterrada quedaría activada, y los replicantes no podrían hacer nada para evitarlo…, y ése sería el fin de los replicantes. Cuando mueran, ya no habrá replicantes niños para sustituirlos.

—Todo eso no son más que chorradas —gruñó la voz de Batty—. No escuches a este imbécil. Está intentando liarte, Deckard. Él es quien está trabajando para las autoridades.

—Me temo que nuestro amigo protesta demasiado. —Marley golpeó la tapa del maletín con los nudillos—. Aunque eso resulta comprensible, puesto que tiene ciertos intereses particulares que defender en todo este asunto… Dado que toda su existencia está unida a lo que les han dicho acerca del contenido del maletín y el porqué Rick Deckard debería seguir adelante con la misión y entregárselo a los replicantes, el comportamiento de nuestro cuadrado amigo me parece bastante lógico.

—Hay alguien más —dijo Deckard—, Batty no es el único. Alguien más me convenció de que debería hacerlo.

—Ah, sí. Nuestra autoridad trascendente en todo lo relacionado con este tipo de asuntos… —Marley asintió—. El bueno de Sebastian, que ha abandonado este reino mortal para ascender a otro reino más elevado, aunque quizá ligeramente más reducido. Eso sólo demuestra que una deidad, si bien deshidratada, puede equivocarse.

—¿Sabía que fui a verle a su pequeño universo de bolsillo?

—Por supuesto. —Un despreocupado encogimiento de hombros—. Las personas para las que estoy trabajando, los verdaderos simpreps, están enteradas de muchas cosas. Los otros simpreps tal vez hayan sido infiltrados y controlados por la policía, pero ese tipo de arma siempre puede ser utilizada a la inversa. Mi grupo tiene sus propios contactos y topos en el otro bando. Saben qué clase de datos fueron introducidos en el maletín, y qué otras cosas pusieron dentro de él…, y también están al corriente de lo que le ordenaron decir a Batty para que le convenciera de que tenía que ir a ese pequeño universo de bolsillo, porque esperaban que a su vez Sebastian conseguiría convencerle de que debía llevar a cabo su sagrada misión, ese pequeño trabajito de entrega. El problema está en que Sebastian sólo puede decirle lo que él cree es la verdad. No es omnisciente, por lo menos en lo que respecta a este mundo.

Si no podía creer en Sebastian —y Deckard tenía que admitir que Marley tal vez tuviera razón en ese punto, ya que el diminuto ingeniero genético podía haber sido engañado y manipulado incluso en su nueva encarnación transfigurada—, entonces todo volvía a reducirse a la gran pregunta de si realmente había alguien en quien pudiera confiar. Marley por lo menos contaba con la ventaja que le daba el tener de su

parte cierta fría lógica para que apoyara sus argumentos. «Me lo han puesto muy fácil», pensó Deckard. Alzó la mirada hacia el monitor de vídeo. Lo único que habrían tenido que hacer, y realmente no les hubiera resultado excesivamente complicado, era permitir que Urbenton, el director y productor de vídeos, siguiera adelante con sus planes originales y colocara el rostro de Deckard sobre el actor que interpretaba su papel. Después de todo, ésa era la técnica de producción habitual. «Y entonces me habría convertido en un hombre marcado…» Cualquier habitante de la colonia de emigrantes podría haberle reconocido y entregado… si es que las autoridades realmente le habían estado persiguiendo, por supuesto. Pero en vez de eso…

—Me está pidiendo que me crea muchas cosas —dijo, mirando fijamente a Marley—. Aunque eso es justo lo que me piden todas las personas con las que me tropiezo últimamente, desde luego… Pero todo este asunto del «síndrome del padrastro», esa bomba memética que se supone estoy transportando… Bueno, la verdad es que me parece un poquito increíble. ¿Por qué debería creerle? ¿Dispone de alguna prueba?

—Las pruebas circunstanciales no le bastan, ¿eh? —La sonrisa volvió a aparecer en el rostro de Marley—. Ni la lógica, lo que puede deducir e inferir sobre lo que está ocurriendo a su alrededor…

—No se trata de eso. —Deckard ni siquiera se molestó en sonreír—. Es sólo que… Bueno, digamos que no confío en los asesinos.

Una de las cejas de Marley se elevó hacia su frente.

—¿Quiere decir que ni siquiera confía en sí mismo?

—Especialmente no en mí mismo.

—De acuerdo —dijo Marley, exudando una afable tranquilidad—. ¿Quiere una prueba? O por lo menos lo más parecido a una prueba que se puede encontrar en este universo falible… Muy bien, Deckard: la ha estado llevando de un lado a otro con usted.

—¿Se refiere al maletín? —Deckard puso una mano sobre la tapa—. Creía que el maletín era el problema, no la respuesta.

—Bueno, puede que usted haya estado metiendo unas cuantas cosas extra dentro. Y puede que se trate de cosas que nos ayudarán a aclarar un poquito toda esta situación…

Marley sacó el maletín de debajo de la palma de Deckard y lo hizo girar hasta que las cerraduras quedaron dirigidas hacia él.

—Quítame las manos de encima…

Marley ignoró la protesta que contenía la voz de Batty, y sus pulgares hicieron retroceder los botones de cierre que flanqueaban el asa. Un segundo después ya había levantado la tapa, revelando el interior forrado.

—No es que haya gran cosa. —Alzó la mirada hacia Deckard—. Podría haberle sacado más provecho, ¿eh? No sé, haber metido dentro un poco de ropa limpia…

Bueno, da igual. Con esto será suficiente, al menos por ahora.

Deckard apoyó la espalda en el acolchado del reservado y contempló a Marley mientras éste examinaba el maletín. Un paquetito rectangular, con un extremo arrancado y doblado para preservar su contenido, fue sostenido delante de su rostro.

—¿Ha decidido conservarlo? —Marley contempló el nombre escrito en el paquete—. SEBASTIAN, ¿eh? Bien, supongo que pensó que podía serle de utilidad. Por si quería volver a hablar con él, ¿no? Aunque no tengo ni idea de qué más habría podido decirle… Aun así, quizá podría quedárselo como un pequeño recuerdo de sus viajes. —Dejó el paquetito encima de la mesa del reservado. La tapa del maletín ocultaba sus manos, impidiendo que Deckard pudiera ver cómo hurgaban entre su contenido—. O quizá sólo quería conservar el paquete original, con todos los trocitos y fragmentos. Dado que los simpreps colaboracionistas, los que han sido infiltrados y controlados por la policía, metieron esto aquí dentro, era preferible que todo siguiera tal como estaba cuando se lo entregaron. Pero esto es algo nuevo. —Marley alzó otro objeto—. Sé cuál era el contenido original del maletín, y esto no formaba parte de él. Lo ha metido aquí dentro después de haber vuelto del universo de bolsillo de Sebastian, ¿verdad, Deckard?

La mirada de Deckard atravesó la mesa y vio un cuadrado de metal recubierto de esmalte blanco en las manos de Marley. El hombre sentado enfrente de él lo hizo girar unos centímetros, revelando la cruz roja que adornaba la tapa de la cajita. Era el viejo botiquín de primeros auxilios y, a juzgar por la cantidad de abolladuras y arañazos que había en él, quizá debería empezar a considerarlo como una verdadera antigüedad. Deckard casi se había olvidado de él. Cuando salió del cubículo, remolcando a la Rachael niña con una mano mientras sostenía el maletín con la otra, se había detenido al sentir que la cajita de metal estaba a punto de salirse de su chaqueta. Entonces había abierto el maletín y había metido la cajita dentro de él para no perderla, sin ni siquiera tratar de entender por qué quería conservarla en vez de arrojarla a lo lejos como el trozo de chatarra inútil que era.

—Todavía recuerda de dónde lo ha sacado, ¿verdad? —Marley estaba sosteniendo la cajita de metal blanco delante de su sonrisa—. No hace tanto de eso.

—¿Qué sabe sobre esa caja? —La pregunta de hasta dónde llegaba la aparente omnisciencia de las fuentes de información de Marley volvió a inquietar a Deckard —. Usted no se encontraba allí cuando ocurrió.

—No —admitió Marley—. Pero sabía que estaba en manos de Sebastian. Aunque no lo parezca, es un objeto bastante importante…, y eso significa que merece que se le siga la pista. Si antes la tenía Sebastian y ahora la tiene usted, hay muchas probabilidades de que la recibiera de él. Lógico, ¿eh? Y además he acertado, ¿verdad?

Un asentimiento de Deckard.

—¿Y qué tiene de importante ese viejo botiquín?

—Bueno, ¿por qué no le echamos un vistazo? —Marley le guiñó un ojo—. Un

par de genios como nosotros no deberían tener demasiadas dificultades para averiguar en qué consiste su importancia, ¿eh? Vamos a ver… —Levantó la tapa con el pulgar. El óxido acumulado en la bisagra crujió cuando el metal fue impulsado hacia arriba por la punta de un dedo—. No tiene un aspecto excesivamente prometedor, y menos cuando estás intentando encontrar los secretos del universo. —Alzó la mirada hacia Deckard—. Vendas viejas y desinfectante evaporado. —La punta del dedo había empezado a desplazar de un lado a otro los distintos objetos que contenía la vieja caja de metal—. ¿Qué me dice de esta aspirina? —Cuando Marley sacó el tapón de una de las diminutas botellas, un olor a vinagre rancio se expandió por el reservado—. Hmmm. Me parece que la fecha de caducidad ya ha pasado de sobras…

—Déjese de bromas. —Deckard frunció el ceño, sintiéndose cada vez más irritado—. Vayamos al grano, ¿de acuerdo?

Marley le ignoró y siguió con su numerito cómico.

—Aparte de eso, no hay gran cosa más. No parece el tipo de objeto merecedor de que se tomaran tantas molestias por él, desde luego… Una vez visto lo que contiene, resulta difícil imaginarse por qué alguien podía estar tan interesado en esta cajita.

—Yo sé qué es. —La Rachael niña se había inclinado hacia adelante, las manos apoyadas sobre la mesa del reservado para poder ver mejor—. Había cosas como ésa en el sitio del que vengo. Eran iguales que esa caja, y también tenían cosas parecidas dentro.

—Por supuesto que las había. —Marley volvió su sonrisa hacia la niña—. Tienes toda la razón del mundo, cariño. —Volvió nuevamente la mirada hacia Deckard—. Ella sabe qué es lo que está en juego…, o por lo menos tiene cierta idea. Porque esta caja forma parte de un equipo estándar reglamentario, y es algo que se hallaba presente en todos los transportes que abandonaban la órbita terrestre. Oh, no estamos hablando de nada terriblemente importante, por supuesto: sólo es el pequeño botiquín básico para las pequeñas emergencias, para ese tipo de incidentes que no te obligan a ir a la enfermería… Probablemente había docenas de botiquines como éste a bordo del *Salander 3*. Pero este botiquín en particular… es muy especial. No por las vendas y la aspirina caducada, sino por otra cosa…

—Todo es viejo. —La frente de la Rachael niña se llenó de arrugas mientras contemplaba la caja que Marley sostenía en sus manos—. Los que teníamos nosotros eran nuevos. Bueno, quiero decir que no estaban sucios y abollados…

—Claro, claro. —Marley asintió—. Eso se debe a que los otros botiquines se habían quedado contigo en el sitio donde no había tiempo. Pero éste se cayó… Bueno, en realidad se lo llevaron. Alguien lo sacó del *Salander 3*. ¿Y por qué? Pues porque habían descubierto lo importante que era. Por eso ha estado fuera del *Salander 3*, en el tiempo real, y ahí es donde las cosas se van volviendo viejas y se llenan de abolladuras y arañazos. Como le ha ocurrido a este botiquín… —Volvió a mirar a Deckard—. Todavía no sabe de qué le estoy hablando, pero no tardará en saberlo.

—No estoy muy seguro de querer saberlo.

—No tiene elección, Deckard. Ya no. Aunque en realidad nunca la tuvo, naturalmente… —Marley dejó el botiquín de primeros auxilios encima de la mesa—. Si no se trata del contenido, que no es más que basura vieja y caducada, entonces quizá sea la misma caja. ¿Cree que puede tratarse de eso? —Marley no esperó una respuesta—. ¿Ve el interior de la tapa? ¿Qué le parece que es esto?

—Papel. —Manchado y amarronado por el mismo paso del tiempo que había arañado y abollado el exterior de la cajita. Deckard no pudo ver nada digno de atención en aquel delgado recubrimiento—. Eso es todo. Probablemente eran algunas instrucciones, o una lista del contenido. —El papel estaba en blanco, y cualquier palabra que hubiera podido escribirse sobre él había desaparecido hacía ya mucho tiempo—. El equipo habitual, como acaba de decir.

—Ahí es donde se equivoca, amigo. —Marley clavó la mirada en el punto donde una de sus uñas estaba intentando desprender el borde del papel—. En estos equipos lo habitual era que el contenido estuviera impreso encima del metal. ¿Ve? Así. —Una esquina había quedado lo suficientemente desprendida para revelar las letras negras que había debajo de ella—. Así pues, alguien tuvo que poner esto aquí por alguna razón. —Cogió el papel arrugado entre el índice y el pulgar y lo desprendió de la tapa del botiquín—. Como va a ver dentro de un momento…

Había algo más debajo del papel, un rectángulo igual de delgado pero más rígido. Marley lo sacó de su escondite y lo contempló durante unos segundos antes de ofrecérselo a Deckard a través de la mesa.

Era una foto. Deckard la sostuvo por el borde y contempló la sección congelada del pasado que había quedado atrapada en ella.

Todavía estaba contemplándola y escuchando cómo Marley le explicaba lo que significaba, lo que mostraba —escuchando y entendiendo por fin—, cuando llegó la primera bala.

Durante un momento Deckard pensó que el proyectil pertenecía al monitor de vídeo, algo que le estaba ocurriendo a aquel otro Deckard, el actor que interpretaba su vida en el pasado nuevamente representado. El ruido del disparo fue tan potente que apartó su mirada de la vieja foto largamente escondida y la dirigió hacia el monitor. Aquel Deckard, con su larga gabardina pero sin su cara, estaba siendo incrustado en el costado de una unidad de recuperación de basura urbana motorizada. El arma era un resplandor de metal negro que giraba en el aire alejándose de él, arrancada de su mano por la figura más alta y robusta que se inclinaba sobre su cabeza…

Un grito de pánico surgido de los labios de la Rachael niña, y Deckard comprendió que el disparo se había producido en aquel mundo y no en el que encerraba el monitor. La bala había desgarrado el techo de tableros de fibra por encima del reservado, abriendo una pequeña trinchera de bordes irregulares de la que un aro de cable eléctrico colgaba como un intestino plateado.

La segunda bala destrozó el monitor de vídeo suspendido a un par de metros de

ellos, esparciendo un diluvio de relucientes motitas de cristal sobre el suelo y la mesa, como si aquel otro Deckard y su pequeño mundo hubieran quedado todavía más reducidos a los átomos que los componían, propulsados desde una realidad a otra mucho más grande por un torrente de furiosa energía.

La mano de Deckard, guiada por sus propios instintos, ya estaba sacando el arma de su chaqueta mientras su mirada se volvía hacia la entrada del bar. Figuras vestidas con uniformes negros se interponían entre la oscuridad del local y la luz del exterior, sus armas alzadas y apuntándole.

Sarah vio todo lo que ocurrió.

Le habían dicho que se mantuviera detrás de ellos, alejada del peligro, y que ellos se ocuparían de todo. Dadas las circunstancias, lo único que tendría que hacer sería mirar.

—Estos tipos son auténticos profesionales —dijo Urbenton, colocándose junto a ella en la calle delante del bar. La zona no había sido acordonada (no había necesidad de hacerlo, ya que la operación sólo iba a durar unos minutos), por lo que ya se había formado una pequeña multitud procedente de los callejones y madrigueras circundantes de la colonia, atraída por el estímulo claramente audible de los disparos y las voces que gritaban—. Quería utilizar a algunos de los chicos de mi equipo de vídeo. Pensé que si son lo bastante buenos para fingir esta clase de ataque, también deberían ser capaces de llevarlo a cabo en la realidad, con fusiles y pistolas de verdad. Pero no me autorizaron a hacerlo, así que ahora tenemos a los verdaderos pesos pesados de nuestro lado.

Una mirada por encima del hombro, y Sarah vio a unos cuantos hombres de uniforme más que estaban manteniendo a raya a los mirones con bien dirigidos golpes de las culatas de sus rifles. Volvió nuevamente la mirada hacia la entrada del mísero bar, por donde el resto de los agentes antidisturbios de las Naciones Unidas habían desaparecido en su violento asalto hacía tan sólo unos segundos.

—Voy a entrar —dijo, yendo hacia la escena del ataque sin apresurarse.

—¡Eh! —El director de vídeos bajito y regordete la había agarrado del brazo y estaba intentando hacerla retroceder—. No puede hacer eso…

Sarah se quitó de encima la mano de Urbenton y siguió andando.

Las predicciones demostraron ser correctas, porque la extracción se estaba llevando a cabo tan deprisa que Sarah sólo consiguió presenciar los últimos momentos de la acción. Estar rodeada por los miembros de aquel grupo de élite de las Naciones Unidas no la inquietaba en lo más mínimo.

Con su silenciosa eficiencia y sus gélidas miradas los agentes le recordaban a algunos de los hombres que habían trabajado para ella cuando asumió el control de la Corporación Tyrell. Esa clase de hombres se enfrentaban a su trabajo y lo hacían, y luego volvían a esfumarse entre las sombras, dejando como único rastro de su presencia a los integrantes de sus grupos de acción que habían cruzado la frontera y se habían convertido en cadáveres.

Sarah, inmóvil en la entrada del bar, bajó la mirada hacia el corto tramo de escalones que conducía al local y pudo ver mesas y sillas volcadas, las escasas figuras innecesarias de los otros clientes apartadas a empujones y acurrucadas contra las paredes, con las pantallas suspendidas del techo hechas añicos o todavía mostrando la última secuencia de las penalidades nuevamente representadas por las que Deckard había pasado en Los Ángeles. Y al otro extremo del local…, los objetivos, la razón por la que había llegado a aquel acuerdo con Urbenton y sus mecenas.

Un último estallido de actividad, que Sarah pudo presenciar por encima de los hombros uniformados de tela oscura. Deckard, sentado en un lado de un reservado, había sacado un arma de su chaqueta, la misma que le había quitado a Sarah en el cubículo. Antes de que pudiera alzarla y disparar, el otro hombre —Sarah había sido informada de que estaría allí, así como de para quién trabajaba— estiró el brazo y le arrancó el arma de entre los dedos. El otro hombre tenía un objetivo más apremiante y una probabilidad de alcanzarlo: una fracción de segundo después ya había vaciado el cargador del arma sobre el maletín que había encima de la mesa. A tan poca distancia, los chorros de llamas alargadas que brotaron del cañón del arma rozaron el falso cuero del maletín como veloces lenguas de fuego. Los proyectiles de gran calibre convirtieron el maletín en una masa de tiras y fragmentos destrozados que se alzó por los aires para quedar suspendida durante unos momentos más allá de los bordes de la mesa. Un grito, no de dolor sino de rabia y furia, surgió de los fragmentos antes de que se esparcieran sobre el suelo recubierto de cristales bajo la forma de una pequeña lluvia de restos chamuscados.

Eso fue lo único que consiguió hacer el hombre sentado enfrente de Deckard. Los agentes antidisturbios de las Naciones Unidas habían recibido órdenes muy precisas, y un instante después el hombre fue empujado hacia atrás por el impacto de las balas de los rifles de asalto, su pecho destrozado hasta la columna vertebral. Deckard ya había logrado salir del reservado, y su brazo se estaba estirando para agarrar el cañón del arma más cercana. El agente antidisturbios hizo girar expertamente el rifle y éste golpeó a Deckard en el ángulo de la mandíbula, haciendo que quedara inconsciente y cayera al suelo. Otro agente antidisturbios metió medio cuerpo en el reservado y agarró la muñeca de la niña que se había encogido dentro de él para sacarla de un tirón.

La operación había terminado, y el silencio llenó el bar medio destrozado.

—Vamos —dijo Urbenton, tomando a Sarah del codo y apartándola de la entrada —. Aquí ya no va a ocurrir nada más.

Los agentes antidisturbios que habían permanecido inmóviles detrás de ellos hicieron girar sus rifles, abriéndoles un camino hasta el vehículo de superficie que los llevaría a las pistas espaciales de la colonia de emigrantes.

—Tendrían que haberlo matado —dijo Sarah cuando los dos hubieron vuelto al yate interplanetario de la corporación secreta. Hasta entonces no había abierto la boca —. Cuando tuvieron la oportunidad, quiero decir…

—Pero ése no era el acuerdo al que habíamos llegado. —Urbenton alzó la mirada hacia ella y después volvió a concentrar su atención en los botones del intercomunicador instalado en el escritorio de la sala—. Usted aceptó mi ayuda, ¿no? Aceptó toda la ayuda que fuera necesaria para poder hacer lo que queríamos, pero ya sabía que habría que respetar ciertas condiciones a cambio. Debería estar contenta de que las autoridades me debieran un favor después de que hice todo lo que me pidieron respecto a ese vídeo que acaban de emitir.

Sarah se instaló en su sillón favorito.

—Oyéndole se diría que ni siquiera quiere ver muerto a Deckard —dijo.

—Porque su muerte no es algo que me interese particularmente. Es sólo que… Bueno, creo que cuando ocurra se podrá sacar un gran vídeo de ella. Será un auténtico espectáculo, todavía mejor que el último vídeo que acabo de rodar. —La gruesa punta de su dedo descendió sobre otro botón—. Lo único que quiero es exprimir la imagen al máximo. El ambiente adecuado, la atmósfera adecuada… Será maravilloso. —Otra voz habló de repente, sin que los jugueteos con los botones del intercomunicador a que se había entregado Urbenton tuvieran nada que ver con su intervención. Cuando acabó de hablar y hubo cortado la comunicación con un último chasquido, Urbenton se volvió hacia Sarah—. Eso es todo —anunció—. La niña ya se encuentra a bordo. Estamos listos para partir.

«Por fin…», pensó Sarah. El momento del fin se estaba aproximando, y Sarah ya podía percibirlo en lo más profundo de su ser. El que Urbenton y los demás siguieran comportándose y hablando como si también pudieran percibir sus alucinaciones no le importaba en lo más mínimo.

Ni siquiera le importaba hacia cuál de los dos Los Ángeles se dirigirían. Mientras estuviera segura de que Deckard no tardaría mucho en llegar allí, todo lo demás carecía de importancia.

17

Deckard se llevó el arma consigo aunque sabía que Marley había disparado hasta la última bala que contenía el cargador. Aunque pesaba mucho menos que antes, el arma quizá aún pudiera serle de utilidad.

—Así que ha vuelto, ¿eh? —El hombre inmóvil al otro lado del mostrador contempló a Deckard con una sonrisita burlona en los labios—. Y yo que creía que no había quedado nada satisfecho de nuestros servicios… Pensaba que le habíamos perdido como cliente.

Deckard no sentía el más mínimo deseo de enzarzarse en otra discusión con aquel tipo. La última, cuando devolvió el esquife al garaje de alquileres después de haber regresado de la estación del Hollywood Exterior, ya había sido lo suficientemente inútil e irritante. Metió la mano en el bolsillo y extrajo de él todo el dinero que le quedaba, un amasijo de billetes calientes y empapados de sudor, y lo dejó encima del mostrador.

—Quiero que me dé el mismo vehículo que me llevé antes —dijo—. Suponiendo que tenga combustible y esté preparado para despegar, naturalmente.

Deckard apoyó el peso de su cuerpo en el borde del mostrador y no se molestó en observar al hombre mientras éste iba clasificando los billetes. Se sentía cansado y dolorido, la inevitable consecuencia física del ataque al bar en el que había estado sentado oyendo hablar al difunto Marley. La pechera de su chaqueta todavía estaba manchada con la sangre de Marley, una evidencia conmemorativa del diluvio de balas surgidas de los rifles de asalto que había caído sobre el reservado. «Y todavía puedo considerarme afortunado…», pensó mientras bajaba la cabeza para echarse un vistazo. La mandíbula le dolía a causa del culatazo de rifle que le había asestado el agente antidisturbios de las Naciones Unidas. Cuando recobró el conocimiento en el suelo del bar, Deckard necesitó varios minutos para dejar de ver doble o, por lo menos, para que sus problemas de visión se redujeran hasta el punto de permitirle salir tambaleándose del bar y echar a andar por las calles de la colonia de emigrantes.

—No tiene suficiente dinero —anunció el hombre inmóvil detrás del mostrador del garaje de alquiler, removiendo los billetes con la yema grasienta de su dedo índice—. Aquí no hay suficiente para el depósito.

Deckard se obligó a emerger de sus lúgubres pensamientos y clavó sus ojos en los del hombre.

—Pues entonces me llevaré la nave a crédito.

El hombre dejó escapar una carcajada tan seca como un ladrido.

—Ésa no es nuestra forma habitual de hacer negocios, amigo.

Deckard dejó escapar un suspiro lleno de cansancio y metió la mano en su chaqueta.

—Oh, pues claro que lo es —dijo, y colocó el frío cañón del arma sobre la frente del hombre.

Unos minutos después, mientras el esquife atravesaba las órbitas de Fobos y Deimos —el tipo del garaje le había dicho que se quedara con el esquife, y que no se molestara en devolverlo—. Deckard pegó su cuerpo dolorido al asiento de la cabina y empezó a evaluar la situación. «Existe un límite a lo que puedes llegar a hacer con un arma descargada», se dijo. Especialmente teniendo en cuenta que quienes le estaban esperando en el sitio al que iba probablemente sabrían que la pistola estaba descargada, y que Deckard se hallaba esencialmente desarmado. En ciertos aspectos eso no tenía ninguna importancia, ya que Deckard ni siquiera estaba muy seguro de por qué iba hacia allí.

«Para que me maten, únicamente para eso…» De todas las respuestas que acudían a su mente, ésa era la que tenía más probabilidades de ser la correcta. ¿Acaso podía haber una razón mejor? Antes de que perdiera el conocimiento después de haberse desplomado sobre el suelo del bar, Deckard había podido entrever a la figura inmóvil en la entrada, una silueta borrosa apenas discernible más allá de los agentes antidisturbios de las Naciones Unidas ocupados en hacer su trabajo. Incluso sin esa fugaz imagen, Deckard ya habría sabido que Sarah Tyrell era el motivador principal de todo lo que había ocurrido. Un toque melodramático muy típico de ella, desde luego: era como si Sarah se hubiese asegurado de que la iluminación sería tan impecablemente perfecta como lo era en aquellos momentos, con los rayos de luz pasando junto a ella para adentrarse en la oscuridad del bar, silueteándola igual que a un ángel envuelto en sombras, implacable e inescapable.

Después hubo otro fugaz atisbo, percibido mientras Deckard giraba para quedar acostado sobre la espalda y los últimos vestigios de su consciencia se escurrían por el agujero que el golpe asestado con la culata del rifle había abierto en su mundo, e incluso había extendido el brazo, el gesto patéticamente inútil de su mano rápidamente engullido por la ola negra que lo estaba envolviendo. Deckard había estirado el brazo para detener a los hombres que sacaban a la Rachael niña del reservado, los hombres que se la llevaban…

Eso era todo lo que había visto. El recuerdo se había precipitado velozmente a través de su cráneo dolorido apenas pudo levantar la cabeza del suelo del bar. Deckard había apartado trocitos de cristal de su cara mientras se retorcía hasta quedar sentado y volvía la cabeza de un lado a otro para contemplar el espacio vacío. Estaba solo, ya que los clientes y el encargado de la barra habían sido lo suficientemente inteligentes para huir. La presencia de los muertos había estado junto a él, tanto en el cadáver de Marley, derrumbado sobre la mesa manchada de sangre, como en el maletín, convertido en un amasijo de fragmentos mudos. Deckard había empujado con un dedo el trozo más grande, una esquina a la que aún seguía adherida una de las bisagras de la tapa, y no había obtenido ninguna respuesta. Fuera cual fuese la parte de Roy Batty, el original humano, introducida en el maletín, resultaba obvio que había desaparecido, dispersada en átomos tan fríos e impalpables como el polvo blanco irremediablemente desparramado del paquetito vacío identificado con el

nombre de Sebastian. Las paredes del bar parecieron retroceder ante él cuando Deckard dejó caer los restos muertos de sus manos, como si el espacio tenuemente iluminado se hubiera vuelto tan hueco y vacío como el que se agazapaba dentro de su pecho.

Antes de ponerse en pie, para lo que tuvo que apoyarse en la mesa del reservado con una mano, Deckard había encontrado otra cosa entre los restos, algo obviamente dejado allí para él y colocado justo junto a las yemas de sus dedos. Deckard se había inclinado y había cogido el rectángulo blanco de una tarjeta comercial, y después le había dado la vuelta para ver las palabras PRODUCCIONES MUERTE VELOZ y el nombre de Urbenton debajo de ellas.

«Estoy haciendo justo lo que quieren que haga», pensó mientras contemplaba el lento girar de las estrellas por las ventanillas de la cabina del esquife. Los engranajes que se movían a su alrededor estaban siendo empujados tanto por los vivos como por los muertos, sin que hubiera ninguna gran distinción entre una categoría y otra. Incluso Marley había conspirado, a su manera, para limitar todas las posibilidades de acción hasta dejarlas reducidas a una sola trayectoria inevitable. Marley había sabido pensar y actuar deprisa, desde luego: cuando los agentes antidisturbios de las Naciones Unidas irrumpieron en el bar, había utilizado el arma para eliminar al maletín y, con él, cualquier posibilidad de que Deckard llevara a cabo el trabajo que había aceptado. El transporte de Batty y de cualquier otra información que hubiera sido codificada dentro de la caja —la lista de replicantes disfrazados redactada por Isidore o la bomba memética, y ya nunca habría forma alguna de saberlo— hasta los insurgentes de las colonias exteriores jamás tendría lugar. Antes de morir, Marley tal vez hubiera tenido el consuelo de saber que su misión, el trabajo de impedir que Deckard entregara el maletín que le había sido encomendado, acababa de ser cumplida.

Lo cual dejaba los dientes de los otros engranajes. Sarah Tyrell y Urbenton, y las fuerzas alineadas con ellos, habían sabido leer correctamente los pensamientos de Deckard y habían predecido lo que haría cuando recuperase el conocimiento y descubriera la desaparición de la Rachael niña y la sencilla tarjeta que indicaba adonde había ido, la tarjeta de Urbenton con una única dirección correspondiente a un punto de contacto de los estudios de la estación del Hollywood Exterior. Ése era el mundo de Urbenton, el universo dentro del que operaba con plácida comodidad. Ése era el destino para el que Deckard había programado los sistemas de dirección del esquife, de manera tan inevitable como el deslizarse de la cinta en algún lejano monitor de vídeo.

Sabían que Deckard iría allí, con el arma cargada o no y tanto si sus probabilidades de supervivencia habían llegado al cero como si se encontraban en cualquier lectura situada por encima de él. Y no sólo por la pequeña, por la niña llamada Rachael, sino también por Sarah. Fuera adonde fuese ella, allí tendría que ir también él de manera inevitable. El destino de Sarah había llegado a estar tan

estrechamente entrelazado con el suyo que ya no había forma de escapar a él. «Debería haberla matado cuando tuve ocasión de hacerlo…» Deckard contempló el espacio desde el interior de la cabina, observándolo tan distraídamente que ni siquiera veía las estrellas. Ya era demasiado tarde para el arrepentimiento o las lamentaciones. Había esperado demasiado tiempo, su mano frenada por el recuerdo de otro rostro de mujer, el rostro que había amado, aquel que era idéntico en todos los aspectos al de Sarah. El gran plan que había guiado sus pasos, el que había concebido hacía ya tanto tiempo en la Tierra, había sido la excusa para no colocar el cañón de una pistola sobre la sien de Sarah y apretar el gatillo. Deckard por fin lo sabía. «Tendría que haberla matado, pero no era capaz de hacerlo…»

Y sin embargo las cosas habían cambiado, y Deckard se preguntó si habrían cambiado lo suficiente. Quizá por fin fuera capaz de matarla a pesar de su parecido especular con la Rachael muerta. «Si he de hacerlo…», acabó decidiendo. Si Sarah contaba con eso, con su incapacidad para matar a nada que se pareciese tanto a la mujer que había dormido dentro de un ataúd con tapa de cristal y que ya sólo dormía y se despertaba dentro de las cámaras selladas de los recuerdos de Deckard, quizá se llevaría una gran sorpresa.

De hecho, quizá todos se llevarían una gran sorpresa. En su mano, cuando recobró el conocimiento, estaba lo último que le había dado Marley, la vieja foto que había permanecido escondida dentro de la tapa del botiquín de primeros auxilios del *Salander 3*. Esa foto había pasado a estar a buen recaudo dentro de su chaqueta. Y en otro compartimiento de su memoria estaban las palabras de Marley, las que le habían explicado lo que mostraba la foto, lo que significaba la imagen…, todo. Por mucho que supieran los otros y por muy numerosos que fueran los hilos de los que podían llegar a tirar Sarah, Urbenton y los que se ocultaban detrás de ellos, aún había unas cuantas cosas que ignoraban…, y que Deckard sabía.

Puso las yemas de los dedos sobre la solapa de su chaqueta y percibió la tenue sustancia inmóvil de la foto, calentada por su piel y su pulso, debajo de ella. Pensó que ya no tardaría mucho en llegar. La esfera lunar en miniatura de la estación del Hollywood Exterior se estaba aproximando rápidamente a la parte delantera de la cabina. Una ondulación se deslizó a través de las estrellas cuando las unidades impulsoras del esquife redujeron su modulación para adaptarse al espacio no comprimido.

El siseo de serpientes no era más que el sonido de las puertas de atraque de la estación sellándose detrás del esquife, seguido por el chasquido del desbloqueo de los cierres de la cabina. Deckard salió de la pequeña nave para encontrarse con una oscuridad casi total: unos cuantos diodos relucían sobre el panel de control instalado en un mamparo cercano, y las luces de navegación del casco del esquife proyectaban sombras de bordes azulados que se confundían con el espacio vacío.

Los pasos de Deckard resonaron sobre el suelo metálico mientras echaba a andar hacia un pasadizo tenuemente recordado. Tratar de ocultar su presencia o su avance

hacia el centro de la estación no habría tenido ningún sentido, porque ya sabían que estaba allí. O… O quizá no, dependiendo de si había alguien más en la estación. La última vez que estuvo en el Hollywood Exterior, la subestructura había vibrado con los ecos de la actividad que se estaba desarrollando en los distintos platós y estudios, y el aire recirculado desplazaba de un lado a otro las moléculas subliminales del sudor y el aliento exhalado por los técnicos y los extras. Esta vez, y Deckard fue consciente de ello apenas hubo salido del esquife, estaba percibiendo la estación como un lugar vacío y muerto, como si el Hollywood Exterior hubiera sido abandonado por todos los humanos y las formas cuasihumanas que habían estado allí antes.

Resistió el impulso de gritar, de tratar de provocar una respuesta. No había ninguna necesidad de hacerlo, porque cuando llegó a los límites del muelle de atraque de la estación puso la mano sobre el borde del umbral apenas percibido y su gesto activó la seudovida con un repentino crujido. Un haz de luz surgió de la nada y cayó sobre él, dándole de lleno en la cara. En el mismo instante en que Deckard torcía el gesto y se protegía los ojos, otra sección de la maquinaria se agitó ante su presencia. Deckard vio el ojo reluciente del objetivo de una cámara, suspendido a unos metros por encima de su cabeza, mientras se ponía en movimiento para enfocarle. La abertura del artefacto ensanchó un poco más su mecanismo de iris y después lo estrechó, como si las hojas superpuestas estuvieran mordiendo el reflejo curvado de Deckard.

Unas cuantas luces más se encendieron delante de él, no las suficientes para disipar la oscuridad, pero sí lo bastante numerosas como para dividirla en crecientes lunares de sombras y rincones ciegos. Las cámaras flexionaron sus engranajes y se agitaron como pájaros posados en las viguetas metálicas de las alturas, con los cables de control y los conductos de los alimentadores-mezcladores de vídeo extendiéndose en grandes aros igual que zarcillos perdidos en una jungla de neopreno negro. Todos los ojos vacíos y vidriosos de los mecanismos ópticos se volvieron hacia él, algunos retrocediendo para registrar planos de gran angular mientras que otros ejecutaban *zooms* sobre su cara. Deckard pudo verse a sí mismo, sus ojos convertidos en espejos todavía más pequeños dentro de los que se podía discernir todo el complejo de seguimiento visual de la estación.

Pero no había ninguna presencia humana detrás de los objetivos. Deckard ya se había dado cuenta de que estaban funcionando en la modalidad automática, programados para detectar su cuerpo, enfocarlo y registrar cada paso que diera. Las máquinas llevaron a cabo la tarea que se les había encomendado con la ciega concentración de otros tantos idiotas, y sus inmensos ojos paralizados por la obsesión contemplaron a Deckard en un perfecto silencio extasiado.

Mientras se internaba por el perímetro exterior de los decorados del falso Los Ángeles, abriéndose paso por entre el amasijo de cables y patas tan gruesas como troncos de los gigantescos trípodes, un sonido gorgoteante surgió de los espacios

oscuros que se extendían sobre su cabeza. Deckard alzó la mirada y no vio ni estrellas ni nubes: las cámaras de vídeo giraban debajo de una red de conductos de policloruro de vinilo blanco interconectados. Las primeras gotas de agua chocaron con la frente de Deckard y en cuestión de segundos ya había todo un torrente monzónico cayendo sobre él y sobre la desierta calle simulada, con la tempestad surgida de los aspersores metálicos impulsada en sentido horizontal por la rotación plateada de las palas instaladas alrededor del decorado.

—¡Oh, magnífico! —Deckard no pudo resistir el deseo de gritar, de echar la cabeza hacia atrás para que la lluvia artificial (tan caliente como su sangre, como si hubiera llegado hasta allí después de atravesar un sinfín de desiertos orientales) se colara por debajo del cuello de su camisa y resbalase a lo largo de su pecho—. ¡Estupendo, de veras! ¡Me encanta! —La voz de Deckard retumbó contra las paredes invisibles que se alzaban más allá de las falsas fachadas de los edificios erigidos a su alrededor. La lluvia le pegó los cabellos a la frente, se acumuló en las palmas de sus manos y goteó de su chaqueta. La piel mojada del pavimento se estremeció a su alrededor mientras los tubos fluorescentes instalados en las esquinas y encima de las entradas vacías de las tiendas chisporroteaban y parpadeaban para cobrar una nueva y repentina vida de neones azules y rojizos. Otro interruptor acababa de ser accionado, y un nuevo circuito se había completado en algún lugar de los cielos artificiales de aquel mundo—. ¡Vamos, seguid! ¡No os dejéis nada!

Como en contestación a su grito, el viento se intensificó hasta alcanzar el nivel de la tormenta, y el agua acumulada junto a sus pies se convirtió en un mar de olas en miniatura antes de ser absorbida por el sistema de desagües disimulados en las cunetas. Deckard estuvo a punto de perder el equilibrio y sólo consiguió mantenerse erguido porque se agarró al poste metálico de un farol recubierto por varias capas de carteles *kanji* empapados. La espesa tinta de los papeles le manchó las manos y el extremo del hombro. La lengua roja de un dragón parpadeó por encima de su cabeza, y el animal fluorescente desplegó la gracia serpentina de un sinfín de anillos iluminados por un estallido de gélidos azules eléctricos.

«Está aquí… Ella está aquí», pensó Deckard. Su mirada recorrió el paisaje urbano empapado y acabó posándose en la realidad delimitatoria de las cámaras y las luces apagadas instaladas en las alturas. Los demás —Urbenton y su equipo— podían haber abandonado el Hollywood Exterior, pero Sarah Tyrell seguía allí. Deckard estaba totalmente seguro de su presencia, como si alguna parte de ella se hubiera infiltrado en la textura de lo irreal. Los objetivos que le observaban podrían haber sido sus ojos, y la lluvia torrencial la furia de su beso. Deckard había ido hasta allí porque quería representar su última confrontación y porque estaba destinado a ello, y de repente se encontraba envuelto en su abrazo dentro de una zona de la que no había escapatoria posible.

La lluvia amainó un poco, calmándose levemente en lo que casi habría podido ser una invitación. Deckard se apartó del farol y echó a andar, con la falsa tormenta en su

cara, para internarse en el corazón artificial de la ciudad.

—¡Espabila! Es hora de morir…

Deckard oyó la voz antes de ver las figuras inmóviles delante de él. Dos hombres, o lo que podían haber sido hombres. Deckard veía a uno de ellos únicamente desde atrás mientras la figura de la gabardina era alzada en vilo, elevada lentamente hasta que sus pies casi dejaban de tocar el suelo, por los puños que la otra figura tensaba alrededor de su garganta. Deckard reconoció a uno de los replicantes Kowalski, pero no podía saber cuál de ellos era o con qué segmento de tiempo repetido se había tropezado. «Entonces el otro debo de ser yo…», pensó, y su mirada se dirigió hacia la figura que estaba siendo atravesada por la furia llameante de los ojos del replicante Kowalski. Un repentino estallido de estática visual se deslizó a través de las imágenes. Deckard extendió la mano, y la palma y las yemas de sus dedos tocaron el frío y liso cristal de una pantalla de alta resolución que tenía las dimensiones de una valla publicitaria y era más alta que él. El Kowalski y el Deckard atrapados en la ilusión de profundidad de la pantalla eran tan grandes como lo habían sido en la vida real, en la realidad del otro lado. Un mundo abarcaba al otro, y los dos eran igualmente falsos. Deckard apartó la mirada de la imagen que había ante él y vio las paredes del mismo callejón, el enorme flanco metálico del vehículo autónomo de recogida de la basura contra el que había sido aprisionado por el primer Kowalski, el del Los Ángeles real de la Tierra, con todos los detalles que habían sido recreados en el plató del Hollywood Exterior. Volvió nuevamente la mirada hacia la pantalla gigante y vio, apenas ligeramente enturbiadas por las hileras de píxeles amplificados, los confines del mismo callejón, como una fotocopia repentinamente avanzada en una generación.

El ángulo de filmación cambió de repente, pasando a una cámara directamente situada encima del hombro del replicante Kowalski. Deckard vio su propio rostro luchando por tragar aire contra la opresión del enorme nudo formado por el puño de nudillos blancos colocado debajo de su mandíbula. «Por fin han usado sus trucos…», comprendió. El vídeo que estaba mostrando la pantalla era el que Urbenton había imaginado en un principio, con la simulación generada por ordenador del rostro de Deckard colocada encima de las facciones del actor que le interpretaba.

«Es hora de morir…»

La frase de Kowalski, el eco del tiempo real y del recuerdo de Deckard, ya había sido pronunciada. Al otro lado de la pantalla, Deckard contempló cómo los dedos de gruesas yemas romas del replicante se elevaban hacia las órbitas de su doble. Se preparó para escuchar el sonido del disparo, de la bala llegada desde atrás que haría añicos la frente de Kowalski, haciendo que el replicante muerto cayera al suelo…

No hubo ningún disparo. Ningún arma rugió desde la entrada de aquel otro callejón, el que se escondía dentro del mundo doblemente falso de la pantalla. La escena siguió desarrollándose hasta aquel final que dejaba a su Deckard convertido en un cadáver de rostro ensangrentado fláccidamente derrumbado a los pies de

Kowalski. Desde el exterior de aquel mundo, Deckard había presenciado su propia muerte con una mezcla de miedo y asombro maravillado. Durante un momento se había preguntado qué lado de la pantalla era real, si la cosa muerta que tenía su rostro era la que había vivido y muerto en Los Ángeles y si la que la contemplaba era su fantasma carente de sustancia. Bajó la mirada hacia sus manos, casi esperando ver el suelo cubierto de basura y restos del callejón a través de ellas, como si estuvieran hechas de neblina y lluvia.

Y entonces oyó el disparo, no en la entrada del callejón sino en el angosto espacio en el que se encontraba. La detonación aulló detrás de él, y el fogonazo surgido del cañón tiñó su sombra con una lengua de fuego. En el mismo instante, la pantalla se hizo añicos bajo el impacto de la bala. El otro callejón, con su Deckard cadáver y su Kowalski de manos manchadas de sangre, estalló en una erupción de oscuridad y astillas de cristal que giraron por los aires. Deckard se encogió sobre sí mismo, dirigiendo el hombro hacia la tormenta de bordes afilados como navajas de afeitar, protegiéndose el rostro con las manos levantadas mientras sentía la mordedura de los fragmentos en sus muñecas.

Unos segundos después las astillas de cristal ya habían acabado de caer al suelo entre el tintineo de las veloces notas agudas del hielo que se rompe. Deckard bajó las manos. El metal retorcido del marco de la pantalla se alzaba ante él, doblado y deformado por la explosión de la bala. Esparcidos a su alrededor estaban los cables y restos del mecanismo, reducidos a irreconocibles trozos opacados de silicio y fósforos apagados. El mundo contenido dentro de la pantalla había desaparecido, bruscamente sustituido por aquel en el que se encontraba Deckard, la simulación de un callejón de Los Ángeles. Esta vez no había ningún cadáver, ni el suyo ni el de Kowalski, yaciendo sobre el concreto empapado por la lluvia.

Giró sobre sus talones, sabiendo lo que vería detrás de él. Inmóvil a su espalda, tal como había estado Rachael hacía ya tanto tiempo, el cuello de piel de su abrigo rozándole la cabellera meticulosamente recogida…, Sarah Tyrell estaba bajando el arma que empuñaba con las dos manos. Los neones del paisaje urbano desierto silueteaban su figura, y la claridad que lograba superar aquel obstáculo seguía siendo lo bastante potente para mostrar la gélida frialdad de su mirada y la casi imperceptible elevación de una de las comisuras de su boca.

—No tendrías que estar sonriendo —dijo Deckard—. Suponiendo que queráis volver a hacerlo todo tal como ocurrió antes, naturalmente. Porque Rachael no estaba sonriendo, ¿sabes? Después de que hubiera matado a Kowalski, quiero decir… No le resultó tan fácil.

Sarah permitió que el arma colgara junto a su costado.

—No necesitamos una recreación exacta —replicó, contemplándole a través de sus párpados entornados—. De hecho, podríamos decir que…, que estamos reescribiendo la historia. Estamos cambiando las cosas para que todo ocurra tal como habría tenido que ocurrir en un principio. —Alzó el arma para señalar el callejón,

como si las otras figuras todavía fuesen visibles allí—. Después de todo… Bueno, si Rachael no hubiera aparecido de repente para salvarte, un montón de personas se habrían ahorrado muchísimas complicaciones. En ese caso… —Sus ojos volvieron a posarse en Deckard—. Dejando aparte el resto de cosas que pudieran haber ocurrido, tú habrías muerto antes de que hubiera tenido ocasión de conocerte, ¿no? —Y en su voz había una sombra de melancolía casi imperceptible—. Todo habría resultado mucho más sencillo, desde luego…, pero en realidad prefiero que no haya sido así.

Deckard se quitó unos cuantos trocitos de cristal más de la pechera de la camisa.

—¿Dónde está la niña? —Ése era el asunto más importante de todos los que tenía pendientes—. ¿Adonde la has llevado?

—¿La niña? —Sarah pareció perpleja durante un momento y después asintió—. Ah, sí, ahora lo recuerdo… La dejaron conmigo. Urbenton y los demás, ¿comprendes? Pensaron que de lo contrario no vendrías. Pero eso no era verdad, ¿eh? —Sonrió, dando a entender que le conocía muy bien—. Habrías venido igual… sólo por mí.

—Cierto. —Los dorsos de las manos de Deckard estaban manchados de sangre allí donde los fragmentos de la pantalla se habían hundido en ellos—. No me lo habría perdido por nada del mundo. —Contempló cómo una gotita roja se desprendía de la punta de su meñique y después volvió a alzar la mirada hacia Sarah—. Pero lo único que me interesa es saber si se encuentra bien. ¿Dónde está?

—Oh… Está a salvo. —Sarah no parecía muy interesada en la niña—. Está todo lo a salvo que se puede estar en este mundo. —Alzó el arma, elevándola al final de su brazo estirado—. Deberías estar más preocupado por ti. —El negro cañón del arma apuntaba a Deckard—. Eres tú quien corre peligro.

Deckard no se molestó en sacar el arma descargada que había debajo de su chaqueta, sabiendo que Sarah no se dejaría engañar por ella. Lo que hizo fue alzar la mirada hacia las cámaras de vídeo instaladas en la estructura de sustentación.

—¿Y qué me dices de todo eso? —Algunas de las lentes permanecían centradas en él mientras que otras enfocaban a Sarah, con unas cuantas replegadas hacia atrás para registrar un encuadre general que abarcara toda la escena—. Debes de haber llegado a alguna clase de acuerdo con Urbenton, ¿no? Supongo que vas a proporcionarle el tipo de metraje que le gusta… —Señaló el arma que le apuntaba—. ¿Con qué vas a hacerlo? ¿Con eso?

—Eres realmente listo, Deckard. —Sarah asintió, como felicitándole. El cuello de piel de su abrigo estaba salpicado de gotitas de lluvia que relucían como joyas en miniatura—. El policía que llevas dentro siempre está analizando la situación, ¿verdad? Pero tienes razón. Querían más…, tanto Urbenton como los otros. Organizaron todo esto… —Señaló las luces y las cámaras de vídeo que registraban sus imágenes—. Sólo para nosotros dos. Después de todo, aún hay ciertas cosas que los efectos especiales y las imágenes generadas por ordenador son incapaces de hacer. —Un encogimiento de hombros—. Nada puede sustituir a la acción real, ¿verdad?

Deckard meneó la cabeza.

—No… Nada puede sustituirla.

—Ni a la muerte, claro. Fingir la muerte resulta tan insatisfactorio… Es como… ¿Qué fue lo que te dijo aquel replicante? Lo leí en el guión. No sé qué de un picor que nunca te puedes llegar a rascar… —Sarah le sonrió—. Por eso me alegro tanto de que hayas podido venir, Deckard. Hemos pasado por tantas cosas juntos… Ahora que ya casi hemos llegado al final, sería una pena no hacerlo como es debido.

—Oh, claro. Estoy totalmente de acuerdo contigo. —Deckard se preguntó cómo se las iba a arreglar para quitarle el arma. La locura que ya había percibido antes en ella se había vuelto todavía más salvajemente profunda, pero eso no quería decir que fuera estúpida. Sarah se había asegurado de que mantenía una distancia lo suficientemente grande entre sus cuerpos para que Deckard no tuviera ocasión de saltar de repente sobre ella, agarrar el arma y quitársela de entre los dedos a menos que la dejara caer. Sarah tendría tiempo de sobras para disparar antes de que Deckard hubiera conseguido recorrer la mitad del camino, y después Deckard aterrizaría a sus pies con la parte de atrás de su cráneo esparcida por todo el extremo cerrado del callejón—. Quizá deberíamos ir a algún sitio y hablar de ello.

—Hablaremos, por supuesto. Pero no en este momento. —Sarah le dio la espalda y después le lanzó una maliciosa mirada de invitación por encima del hombro—. Me parece que sabrás dónde encontrarme…

Deckard contempló cómo se alejaba hasta que salió a la calle desierta, donde los charcos de lluvia reflejaron su imagen como círculos de obsidiana pulimentada. Una hilera de cámaras de vídeo la siguió también, los objetivos relucientes girando sobre sus monturas pivotantes para mantenerla dentro del encuadre hasta que hubo desaparecido.

Deckard no se había equivocado. Antes de llegar a la entrada del plató en el que habían construido la réplica del Bradbury ya pudo ver el brillo húmedo de las pisadas en el espacio protegido entre las columnas barrocas: eran pisadas pequeñas, obviamente dejadas por una mujer, y no se había hecho ningún intento de borrarlas. Tenían que ser de Sarah, porque no había nadie más a bordo de la estación. Los observadores que pudieran haber estado siguiendo el lento progreso de Deckard ya habían abandonado el Hollywood Exterior. Supuso que Urbenton estaría cómodamente sentado dentro de algún transporte situado en la misma órbita, contemplando los resultados de sus laboriosos preparativos de producción a través de un monitor de larga distancia. Mientras Deckard avanzaba sobre los charcos que llevaban de una zona lluviosa del decorado de Los Ángeles a la siguiente, la certeza de que se hallaba aislado en aquel pequeño mundo se había ido incrementando, como si la mismísima ciudad hubiera sido vaciada de cualquier rostro que no fuera el suyo.

Las lluvias artificiales azotaban la calle detrás de él, la marquesina del Millón de Dólares iba dejando caer sus letras de plástico una por una, los vientos deletreaban algún sustantivo indescifrable en las aguas que se acumulaban sobre las aceras.

Deckard empujó la puerta chirriante que daba acceso a aquella oscuridad catedralicia, y después siguió el giro del panel y entró en ella. Las cámaras clavadas en su espalda quedaron repentinamente inactivas, como pájaros en invierno, cuando las que habían sido instaladas dentro del edificio reaccionaron a su presencia y empezaron a funcionar.

Haces de nebulosa claridad giraron a través del complicado interior del decorado mientras Deckard ponía la mano sobre la barandilla de la escalera y miraba hacia arriba. No había ningún dirigible de las Naciones Unidas yendo lentamente de un lado a otro en el exterior —el entrelazamiento de conductos y viguetas no dejaba lugar ni siquiera para una simulación—, pero un despliegue de luces meticulosamente sincronizadas producía el mismo efecto. «Este sitio ni siquiera es tan real como el mundo de Sebastian», pensó Deckard. En aquel pequeño universo de bolsillo, por lo menos había algo parecido a un cielo y cierta distancia entre un punto y otro. El pequeño ingeniero genético transmutado en deidad tendría que recorrer varios kilómetros antes de encontrar a su amada. Pero allí, en aquel falso Los Ángeles…

Todo había sido comprimido y reducido hasta dejar únicamente lo esencial, de la misma manera en que los locos iban eliminando los distintos aspectos del universo hasta dejar únicamente los fragmentos de sus obsesiones. Mientras ascendía por los largos tramos de escalones, con la frialdad helada del hierro forjado deslizándose bajo su mano y los delgados haces de luz revelando los restos destrozados de unas esperanzas rotas que tanto podían pertenecerle a él como a Sarah, Deckard se preguntó si acababa de entrar en su cabeza o en la de Sarah.

Cuando llegó al final del corredor de circunvalación, con la lluvia goteando de las vigas y los paneles de yeso medio podrido que se extendían por encima de su cabeza, el espacio vacío y lleno de oscuridad atravesado por el largo conducto vertical del ascensor, Deckard abrió la puerta. Era la misma puerta que había abierto en el pasado, en el recuerdo, en un Los Ángeles real, y en sus sueños y en un universo de bolsillo. La puerta giró sobre sus bisagras, alejándose de la mano de Deckard para revelar la gran sala de techos abovedados que había al otro lado del umbral. Durante una fracción de segundo casi estuvo convencido de que vería ocurrir exactamente lo mismo que la primera vez, cuando los dos diminutos amigos de Sebastian —el oso de peluche animado y el soldado de juguete del casco adornado por un pincho— habían surgido de entre las sombras para darle la bienvenida.

Pero lo que vio fue a la Rachael niña sentada junto a la gigantesca mesa de patas terminadas en garras, sus piernecitas colgando delante de la silla con el oscuro respaldo de madera de roble repleta de tallas estirándose por encima de su cabeza. Cuando Deckard entró en la habitación, la niña —la curva de oscuros cabellos de su trenza desplegada por encima del hombro mientras inclinaba la cabeza sobre las ilustraciones de tonos sepia de un manual de jardinería victoriana— no se dio cuenta de su presencia. Alguien había dejado una rosa entre dos páginas. La niña cogió la vieja flor amarronada y se la llevó a la nariz, intentando percibir los vestigios de olor

que pudieran haber perdurado en ella. Entonces fue cuando por fin vio a Deckard, que la estaba contemplando en silencio.

—Ah, ya estás aquí. —La Rachael niña habló sin inmutarse, y se echó a la espalda la trenza envuelta en la cinta. Después colocó cuidadosamente la rosa, tan delgada como una hoja de papel, dentro del libro y cerró las rígidas cubiertas de cuero—. Sabía que vendrías. No sabía cuándo, claro, pero estaba segura de que acabarías viniendo.

—¿Estás bien? —Deckard examinó cautelosamente la habitación mientras daba un paso hacia la mesa. La habitación tenía el mismo aspecto que cuando había estado en el mundo privado de Sebastian, una enorme estancia llena de polvo y repleta de muñecos de relojería y maniquíes. El payaso que se carcajeaba alzaba su rígida silueta sobre un extremo de la mesa, su sonrisa de loco congelada sobre el hosco rostro blanco—. ¿Te ha ocurrido algo?

—Estoy perfectamente —anunció la niña—. Bueno… La verdad es que me aburro. No entiendo cómo puede haber sitios así. Todo está roto, o no funciona. —Un dedo rozó la muñeca-novia inmóvil junto a su silla y el velo de organdí aleteó cuando la muñeca se desplomó, sus brazos y manos delicadamente elevadas apuntando hacia el techo—. Pero esas personas, las que me trajeron aquí… No me hicieron ningún daño, ¿sabes? Supongo que se portaron bastante bien.

—Oh, claro. —Deckard apenas la estaba escuchando. Los ecos del estrépito de la caída de la muñeca-novia repentinamente derribada habían resonado por toda la habitación, removiendo las capas blanquecinas de polvo de yeso que se habían ido acumulando sobre los juguetes y los viejos muebles aparatosamente acolchados. Cuando el polvo volvió a quedarse inmóvil sobre todas aquellas superficies, Deckard aguzó el oído en un intento de percibir si había algo más moviéndose cerca de ellos. Los objetivos relucieron cuando las cámaras de vídeo, más cuidadosamente disimuladas en aquel decorado que en el exterior, giraron silenciosamente sobre sus monturas para seguir el lento giro de su cabeza—. ¿Hay alguien más contigo? —Observó a la niña por el rabillo del ojo—. ¿Estás sola?

—Está esa mujer… —La Rachael niña puso las manos encima del libro—. Ya sabes, la mujer a la que tú llamas Sarah, la que se me parece. —Una fugaz sombra de irritación cruzó el rostro de la niña—. La que no pensaba que yo fuera real, ¿recuerdas? Bueno, pues está aquí.

—¿Dónde?

—Ahí arriba. —Una breve inclinación de cabeza para señalar el techo de la habitación y lo que había más allá de él—. Eso es lo que me dijo. Acababa de volver hacía un rato y se había estado mojando con la lluvia, igual que tú. ¿Ves? —La niña señaló una de las sillas, donde el abrigo de cuello de piel de Sarah había sido arrojado sobre los brazos recubiertos de tallas. Debajo de la silla, el suelo estaba manchado por las gotitas de lluvia que se habían desprendido del cuello de piel—. Dijo que iba a subir arriba para esperarte.

—Ah, ya…

Deckard comprendió que se estaba comportando como un idiota. Sabía qué hubiese debido hacer: habría tenido que coger a la Rachael niña y sacarla del edificio y de todo el decorado del falso Los Ángeles, y marcharse muy lejos de allí. El esquife estaba esperando en el muelle de atraque de la estación, y podía sacarlos del Hollywood Exterior y llevarlos lejos. ¿Qué iba a conseguir yendo en busca de Sarah para encararse con ella, con su arma cargada y su locura igualmente letal? Sarah estaba firmemente decidida a matarle, y se estaba limitando a retrasar el momento a la espera de la oportunidad perfecta para las cámaras. En el tejado del edificio —el decorado erigido por los técnicos de Urbenton, la detallada reproducción del tejado del Bradbury que había existido en el Los Ángeles real— los dos volverían a encontrarse bajo el ojo de múltiples objetivos de las cámaras de vídeo y las luces instaladas en las pasarelas superiores y, cinematográficamente hablando, ese tejado resultaría infinitamente preferible al decorado relativamente pequeño y opresivo de las estancias que había debajo de él. «Supongo que eso también debe de formar parte del acuerdo —pensó Deckard—, Sarah tiene que llevarme hasta el sitio en el que se puedan obtener los mejores ángulos de cámara…» Eso completaría el arco narrativo, proporcionando una hermosa sensación de estructura cuidadosamente buscada y construida por el director: morir allí donde no había muerto antes, donde había sido salvado de la muerte por el replicante que tenía el rostro de Roy Batty…

—Sí, claro —murmuró—. Estoy seguro de que quiere que suba ahí arriba.

—Eso fue lo que ella dijo. —La Rachael niña se encogió de hombros, lanzando una penetrante mirada a Deckard—. Si no quieres subir, no tienes por qué hacerlo.

La niña era increíblemente lista —por razones sobre las que Deckard sabía unas cuantas cosas: en la colonia de emigrantes marciana, Marley le había hablado de la solitaria y excéntrica educación que había recibido a bordo del casco hundido del *Salander 3*, y también le había hablado de otras cosas—, pero esta vez se equivocaba. Deckard tenía que hacerlo. Tenía que subir ahí arriba y enfrentarse a Sarah sobre el tejado barrido por la lluvia, bajo la silenciosa vigilancia de las cámaras.

—Nunca podríamos escapar —le dijo a la niña sentada a la mesa—. No habría ningún sitio al que pudiéramos ir…, ningún sitio al que pudiera llevarte. La Tierra, Marte, cualquier otro lugar… Fuéramos adonde fuéramos, ella volvería a encontrarnos. Eso quiere decir que tarde o temprano tendré que hacerlo, ¿comprendes? He de acabar de una vez por todas con este asunto pendiente, aquí o en otro lugar, ahora o en algún otro momento… Pero tiene que ocurrir.

—Yo no sé nada sobre esas cosas. —La Rachael niña le estaba mirando fijamente, los ojos inocentes y límpidos—. A mí me da igual, pero tú… Tú tienes que hacer lo que creas que es mejor.

—Muy bien. —Deckard asintió solemnemente—. Es justo lo que voy a hacer. —Sacó el arma de debajo de su chaqueta y la puso encima de la mesa—. No sirve de nada, ¿sabes? No está cargada, así que voy a olvidarme de ella. Es sólo que… Bueno,

ya no quiero llevarla encima. Si ocurre alguna cosa… Si no vuelvo, o si Sarah baja sin mí, o si esas otras personas vienen aquí… —Se encogió de hombros—. Bueno, en realidad no hay nada que puedas hacer, ¿verdad? Y además no tendrías que hacer nada.

—¿Crees que debería esconderme? Si ocurre algo de lo que has dicho, quiero decir…

Deckard le sonrió.

—¿Y adonde irías?

—No lo sé. —La Rachael niña volvió a encogerse de hombros—. A algún sitio. Ahí fuera hay toda una ciudad, con gente y montones de cosas… —Señaló uno de los ventanales arqueados—. Podría encontrar algún sitio en el que a nadie se le ocurriría buscarme.

Deckard volvió la cabeza para contemplar el ventanal, una rápida mirada por encima del hombro para mostrarle la lluvia artificial que golpeaba los cristales y las cortinas de gasa agitadas por las ráfagas de viento que habían logrado abrirse paso hasta el corazón de la decadencia meticulosamente elaborada y construida del decorado interior. «Ella cree que todo esto es real…», pensó. Los que la habían traído hasta allí —Urbenton y los demás— habían permitido que la niña pensara que la habían dejado en el centro de una ciudad real, de un Los Ángeles real. Deckard no sabía si eso había sido un acto más de crueldad o un gesto de bondad por su parte, o si el que se tratara de una cosa o de otra suponía alguna diferencia. Tal como había crecido la niña, atendida y educada por la maquinaria autónoma del *Salander 3*, la ciudad que se extendía al otro lado de aquellos ventanales, aun siendo falsa, probablemente le parecía tan real como podía habérselo parecido cualquier otra.

—No —dijo pasados unos momentos—. No es una buena idea. No intentes esconderte, ¿de acuerdo? No creo que te hagan daño. Si no vuelvo… Si no vuelvo, deja que te lleven adonde quieran. Quizá te lleven de vuelta a casa. Ya sabes, al sitio del que viniste… Podrías quedarte allí durante mucho tiempo, y no te ocurriría nada.

—Pero es que no quiero… —Una lágrima temblaba en las oscuras pestañas de la Rachael niña—. No quiero volver ahí. Prefiero quedarme contigo. —La silla se volcó y cayó al suelo con un gran estrépito cuando la niña se apartó de la mesa para correr hacia él y rodearle la cintura con los brazos, pegando la mejilla a su chaqueta—. Me iré contigo.

—No, no irás conmigo. No puedes…

La misma sensación protectora, casi paternal, atravesó silenciosamente los pensamientos de Deckard igual que lo había hecho antes. La niña se parecía tanto a Rachael, a la mujer que había amado… Habría podido ser su hija, una niña que nunca hubiera podido llegar a existir. «No aquí —pensó Deckard—. Tal vez ahí fuera, entre las estrellas…» Rachael quizá habría sido uno de los replicantes que cambiaban, que se volvían humanos, y entonces ella y Deckard habrían podido tener una vida juntos…

Pero Deckard sabía que ya era demasiado tarde para eso. Su vida había quedado reducida a trocitos y fragmentos, y lo único que le quedaba por hacer era recogerlos y clasificarlos, ordenarlos para tratar de crear algo con ellos. Algo que no fuera matar, por supuesto. Ésa era la razón por la que había dejado de ser un blade runner hacía ya tanto tiempo, pero eso no había sido suficiente. Ésa era la razón por la que accedió a aceptar el otro trabajo que le ofrecieron, la entrega del maletín que contenía la voz de Batty y la lista de Isidore. Pero también era demasiado tarde para eso. Y en cuanto al enigma de si el maletín habría supuesto la salvación o la muerte para los replicantes insurgentes… Bueno, en realidad todo eso ya no tenía ninguna importancia.

Lo único que le quedaba era la niña y lo que Marley le había dicho acerca de ella, acerca de quién era en realidad. Sólo eso, y la prueba casi inexistente —ni siquiera una auténtica prueba, sino meramente un indicio que debía ser aceptado mediante un acto de fe en cuanto a lo que significaba— que Marley le había entregado cuando se hallaba a dos minutos de distancia de la muerte. Deckard se llevó la mano a la pechera de su chaqueta para tocarla, a un dedo de distancia de donde había estado llevando el arma descargada, y pudo percibir la delgada rigidez del rectángulo de la vieja foto, la que había estado escondida dentro del botiquín de primeros auxilios del *Salander 3*. Eso era todo lo que había conseguido, y lo único de que dispondría cuando tuviera que enfrentarse con Sarah. De una manera o de otra, sería suficiente.

—Oye… —Con cierta dificultad, consiguió apartar a la niña de él—. Quédate aquí abajo y todo irá bien. Te lo prometo. —Durante un momento se preguntó por qué la niña había desarrollado un vínculo tan repentino e intenso con él. «Porque no hay nadie más…», pensó un instante después. La niña estaba completamente sola, tanto en aquel universo como en cualquier otro. Y además (aunque eso era imposible saberlo), tal vez hubiera percibido los fragmentos del pasado de Deckard, los recuerdos de aquella persona que también se había llamado Rachael que los ojos oscuros y la solemne seriedad de la niña conjuraban tan dolorosamente en el interior de Deckard. Quizá fuera eso, incluso si la niña todavía no entendía cómo habían llegado a ocurrir todas aquellas cosas. Quizá sencillamente sentía pena por él—. ¿De acuerdo? —Deckard le puso las manos sobre los hombros y se inclinó hacia adelante para mirarla a los ojos, e incluso aquel fugaz atisbo de ellos se abrió paso hasta su corazón como una daga de hielo y plata—. Las cosas malas ya han ocurrido —le dijo —. Ahora ya nada más puede salir mal, así que no tienes que preocuparte por mí — añadió, siendo muy consciente de que estaba mintiendo.

Dejó a la niña nuevamente sentada a la mesa, rodeada por el mutismo de las muñecas incapaces de consolarla. La Rachael niña cruzó los brazos encima del grueso volumen encuadernado en cuero y apoyó la cabeza en ellos, ocultándole su rostro. Deckard salió al pasillo y cerró la puerta detrás de él sin hacer ningún ruido.

18

Durante su visita anterior —cuando Deckard estuvo por primera vez en aquel edificio, con la forma original que tenía en Los Ángeles— había tenido que ascender laboriosamente hasta el tejado, con su lento y torpe avance a través del yeso empapado que se desmigajaba bajo sus dedos y las vigas que amenazaban con derrumbarse obstaculizado por una mano vendada a toda prisa, los dedos que le había roto el replicante Batty inservibles y torturados por el dolor. Por aquel entonces Deckard estaba tratando de escapar de la muerte, y el miedo había bastado para impulsarle a seguir adelante. Esta vez, iba hacia la muerte. «Usaré la escalera», pensó sarcásticamente.

El edificio contaba con un interminable tramo de escaleras de servicio en la parte de atrás, e indudablemente Sarah habría utilizado esa misma ruta. Mientras estiraba el cuello para mirar hacia arriba, Deckard captó un vestigio de perfume suspendido en la atmósfera saturada de humedad, uno de los aromas florales intensamente opiados que sus sentidos habían aprendido a asociar primero con Rachael y luego con Sarah. Las moléculas invisibles estaban unidas a un olor un poco más acre, pero igualmente inconfundible y evocador: humo de cigarrillos, el tipo de tabaco oscuro y muy caro que podía esperarse consumiría una heredera de la Corporación Tyrell. Deckard bajó los ojos y vio trocitos de sedoso papel blanco y hebras de tabaco marrón aplastadas sobre la rugosa superficie de cemento del descansillo, los restos de una colilla que Sarah había extinguido bajo la suela de su zapato.

Los peldaños metálicos temblaban entre los ecos que se esparcían por el angosto pozo de la escalera, estremeciéndose con una vibración lo suficientemente intensa para evocar la sombra de un temblor en los objetivos de las cámaras de vídeo que le observaban desde sus huecos en las paredes inacabadas. Arriba, todavía bastante por encima de él, Deckard vio una puerta salpicada por manchas de óxido. La puerta había quedado abierta y oscilaba sobre sus bisagras, chirriando con cada una de las ráfagas de los vendavales de la tormenta que la impulsaban hacia adelante y hacia atrás. Deckard se detuvo, y la lluvia cayó sobre su rostro mientras intentaba ver si había alguien esperándole entre la oscuridad. Nada. Deckard cerró la mano sobre el frío tubo de la barandilla y siguió subiendo.

—¿Sarah? —Abrió del todo la puerta con un empujón, produciendo un tintineo metálico cuando el panel chocó con la estructura lateral de la entrada, y salió al tejado. Hilillos de líquido caliente se deslizaron a lo largo de su garganta cuando volvió a llamarla—. ¿Dónde estás, Sarah?

No hubo ninguna respuesta. Deckard se alejó un poco más de la puerta, dejando atrás la escalera y su única ruta de huida. Cuando miró hacia arriba no vio estrellas sino los puntos de luz, bastante más gruesos, esparcidos por las estructuras de sustentación del estudio, suspendidos a escasos metros de distancia de él como si —en un concepto infantil del mundo— hubiera ascendido hasta los oscuros cielos,

llegando así hasta el límite sostenido por soldaduras en el que terminaba el universo. El espectro lumínico había sido reducido a un azul gélido, bastante más frío que el de las venas de neones de la calle. Las sombras revolotearon sobre Deckard como las alas de lo invisible, pájaros imposibles de tocar que se deslizaban de un lado a otro mientras hileras de viejas turbinas de viento, ventiladores de largas palas curvadas como cimitarras, giraban lentamente bajo el impulso de la brisa húmeda que soplaba desde los límites del decorado.

Deckard avanzó por entre los pequeños molinos, esquivando el ir y venir de sus guadañas metálicas, y acabó llegando al parapeto del tejado. Cuando se cerraron sobre los viejos ladrillos y las gruesas tiras de recubrimiento asfáltico que empezaban a desprenderse de ellos, sus manos adquirieron un aspecto tan pálido y falto de sangre como la carne de un cadáver. De hecho apenas parecían pertenecerle, y Deckard experimentó una sensación muy extraña que recorrió todo su cuerpo desde la cabeza hasta los pies para esfumarse casi al instante: era como si estuviera viendo a otra persona, un desconocido que se había deslizado dentro de su cuerpo y su cara. Las manos, y el cuerpo que apoyaba su peso insustancial en ellas, podrían haber pertenecido al actor que interpretaba su papel en el vídeo de las pantallas del bar marciano. La sensación de desorientación volvió para hacerse aún más intensa que antes, alejándole todavía más del lugar en el que estaba. Durante un vertiginoso instante de confusión, Deckard se preguntó si todavía estaba contemplando la representación de su historia en el vídeo, ese mundo artificial en el que se había transformado su vida.

Cerró los ojos y, aferrándose a la frágil piedra con todas sus fuerzas, intentó volver a sentirse real, o por lo menos lo más real posible. «Me he convertido en mi propio fantasma…», pensó. La sensación de ser una cosa muerta que contemplaba el pasado y lloraba su pérdida no era totalmente nueva para él. Ya se había sentido así antes, cuando estaba sentado junto a un ataúd de tapa de cristal, inclinado hacia adelante con el mentón apoyado en los puños para contemplar a la mujer que dormía y agonizaba, la mujer a la que amaba. Deckard había mantenido esa vigilia durante una noche de insomnio tras otra mientras el tiempo se iba disipando bajo las estrellas reales y la lluvia era engullida por la tierra y las hojas muertas que se acumulaban debajo de los árboles. Después de todo, el rostro que veía debajo del cristal muy bien habría podido ser el suyo, y en el fondo daba igual que ese rostro apareciese en un monitor de vídeo o dentro de un ataúd. Antes de que Rachael muriese Deckard ya había muerto o, y eso venía a ser lo mismo, se comportaba como si hubiese muerto. La única diferencia era que él había tenido el privilegio de poder contemplar su propia muerte una y otra vez, en un mundo helado detrás de otro.

La lúgubre meditación no terminó, pero acabó volviéndose lo suficientemente familiar, una vieja herida, para que la maquinaria de su cuerpo fuera capaz de volver a funcionar. Deckard abrió los ojos y volvió la cabeza para contemplar el complejo decorado del techo por encima del hombro, y tuvo que admitir que habían hecho un

buen trabajo. Urbenton y su equipo de técnicos, las personas que habían construido el decorado, conocían muy bien su oficio. Bajo la tenue luz fragmentada, Deckard podía ver lo mucho que se habían aproximado al original y hasta qué punto resultaba difícil distinguir la falsificación de lo auténtico. Las turbinas giraban sin moverse del sitio, como derviches idiotas presa de un ataque de nervios, encima de un campo ondulado salpicado de excrementos de paloma. ¿Habrían raspado esas deyecciones de un auténtico tejado de Los Ángeles y luego las habían transportado hasta allí, o habría quizá una bandada de palomas disponible en alguna remota zona-aviario de la estación? Todos los olores parecían ser lo suficientemente reales, una mezcla de vapores de los monzones y de arqueología guanoide, y el resultado bastaba para engañar a algunos de los sentidos de Deckard.

Se inclinó sobre el parapeto para contemplar la ciudad de imitación que rodeaba el edificio. Urbenton y sus técnicos habían utilizado todos los pequeños trucos del negocio del vídeo, desde las perspectivas acortadas hasta las hileras de fibras ópticas para obtener un panorama de lucecitas tan minúsculas como alfileres que se desplegaban hacia la lejanía, perdiéndose de vista en un horizonte imaginario. Había secciones enteras vacías o recubiertas con fondos cromatizados que luego permitirían añadir transparencias digitalizadas durante la fase de posproducción. La ciudad en miniatura parecía estar atrapada entre distintos niveles de realidad, paralizada en algún punto difícil de precisar de la línea que unía el sueño con algo que podía llegar a ser tocado. En algunos aspectos, eso hacía que la oscura ciudad nocturna que estaba viendo fuese tan real como el Los Ángeles que recordaba de la Tierra. «Es más real que la realidad», pensó Deckard, inmóvil en el centro de la noche formada por la misma sustancia de la que estaban hechos los replicantes, sueños y miedos y un desesperado anhelo de existir. Deckard había vivido en aquella ciudad peculiarmente inexistente y había formado parte de ella, pero —y por fin lo sabía— nunca había conseguido hacerse un hueco en su textura. «Este mundo les pertenece…» Inclinó la cabeza en un lento asentimiento, y las gotas de lluvia se deslizaron por el dorso de sus manos. También era su noche, una noche en la que Deckard no era más que una sombra, una cosa que ni siquiera sería recordada después de que el sol hubiera empezado a subir por el cielo.

—Hola, Deckard. —La voz, la que había sabido que oiría, procedía de detrás de él—. Te estaba esperando.

Deckard miró por encima del hombro y vio a Sarah inmóvil a unos metros de él, en el centro del tejado, con las turbinas de viento girando y alejándose entre la oscuridad. Se volvió y se apoyó en el parapeto, las manos agarrándose al borde a cada lado.

—Tenía algunos asuntos pendientes que atender antes de venir —dijo—. Cosas relacionadas con la niña, ¿sabes? He estado hablando con ella.

—Qué conmovedor. —Sarah dio un paso hacia adelante y entró en la luz parcial que se filtraba desde arriba. La piel de su cara y de su garganta había adquirido un

aspecto extrañamente gélido, como si se hubiera quedado sin sangre—. Supongo que has hecho bien. Tanto si la niña es real como si no lo es, quiero decir… De hecho, ya no me importa. —El arma que sostenía en la mano brillaba, como si un fragmento de la oscuridad se hubiera congelado entre sus dedos—. Ya no tiene ninguna importancia, ¿verdad?

—Tal vez no. —El corazón de Deckard había acelerado sus latidos durante un momento al ver un arma en la mano de otra persona y saber que él estaba desarmado —. Todo depende de lo que quieras obtener.

—Ah. —Sarah asintió y sonrió—. Es verdad. Antes quería cosas. Oh, sí, antes quería muchas cosas distintas… —Alzó el arma hasta la altura de sus ojos, el brazo estirado, y le contempló a lo largo del cañón como en un juego cruel—. Y ahora… Ahora sólo quiero una cosa. Adivina qué es lo que quiero, Deckard.

—Tengo una idea bastante clara. —El pulso se fue tranquilizando de nuevo a medida que una calma resignada se iba extendiendo por su sangre. Deckard no sabía qué iba a ocurrir, pero fuera lo que fuese ya se había preparado para ello—. Si no lo supiera, nunca habría venido aquí.

El rostro de la mujer a la que amaba le estudió por encima del metal negro del arma.

—En realidad no eres humano, ¿verdad, Deckard? —El rostro de Rachael, que Sarah llevaba como si fuese una máscara aunque siempre le había pertenecido—. Si lo fuiste alguna vez, has conseguido superarlo. De la misma manera en que yo también lo he superado… Eso quiere decir que se trata de algo más que de una simple característica policial, y me refiero a lo de tener agua helada entrando y saliendo de tu corazón. De hecho, sólo es una de las cosas que les ocurren a las personas que son como nosotros.

Deckard asintió.

—El Ojo de la Compasión…

—¿Qué has dicho?

—Nada —respondió Deckard—. Algo… Alguien me habló de él. Decidir quién es humano y quién no lo es… Bueno, eso es algo que no está en nuestras manos. No es una decisión que nos corresponda tomar a nosotros, ¿comprendes? —Alzó los ojos hacia el falso horizonte urbano que rodeaba el edificio y luego volvió a mirar a Sarah —. No hay nada que podamos hacer al respecto.

—Sí que lo hay. Siempre se puede hacer algo. —La voz de la mujer no contenía el más mínimo rastro de ironía o sarcasmo—. No tendrías que renunciar a las esperanzas de esa manera. —Su mano apretó el arma con más fuerza, sosteniéndola en una presa temblorosa—. Siempre puedes matar. Eso da resultado. Especialmente si matas a las cosas que amas. Entonces… Entonces tienes una posibilidad.

—¿Una posibilidad de qué? ¿De ser humano?

—No… —Sarah meneó la cabeza—. De conseguir que ya nada te importe. Y así cuando mueres, cuando por fin te quitas de enmedio… Entonces ya no te resulta tan

difícil.

La voz de la locura, pronunciando las mismas palabras dentro de su cabeza… Deckard la escuchó hablar y comprendió que resultaría muy fácil estar de acuerdo con ella o, incluso, ir todavía más lejos, ahondar un poco más en tu propia locura. Siempre había llevado dentro de él la tentación de aceptar únicamente lo que veía, lo que una parte de su ser quería ver y creer. Como por ejemplo que Rachael estaba inmóvil delante de él, viva de nuevo, sin haber cambiado en lo más mínimo. Que la otra mujer que tenía la misma cara, la que se llamaba Sarah, era tan irreal como ella había creído que era la niña que esperaba abajo, dentro del edificio. Un recuerdo, un mal sueño, una alucinación…, nada más que eso. En tal caso, el que ella le estuviera apuntando con un arma y apretara el gatillo ya no habría supuesto ningún problema para Deckard. Todo eso era un precio muy pequeño que pagar a cambio de volver a ver a Rachael, aunque sólo fuese durante el momento que se interpondría entre el disparo de la bala y su entrada en su pobre corazón engañado.

Deckard había cerrado los ojos, aunque aún podía verla. El recuerdo era más que suficiente para permitírselo, y además resultaba más fácil, porque le permitía usar la sala de montaje mental para eliminar las diferencias infinitesimales —la frialdad agazapada en los oscuros centros de sus ojos, la dura curva que tensaba una de las comisuras de su boca— que hacían que la mujer fuese Sarah en vez de Rachael. Pero en realidad no servía de mucho, porque cuando Deckard volvió a abrir los ojos, la visión de la mujer le desgarró las entrañas como un golpe horriblemente afilado, mucho más doloroso que si Sarah hubiese llegado a apretar el gatillo del arma.

—¿Es eso lo que vas a hacer? —Deckard la había observado en silencio mientras el temblor momentáneo se desvanecía de la mano levantada de Sarah—. ¿Piensas matarte?

—¿Y por qué no? —Los ojos de Sarah, fijos en el rostro de Deckard, casi parecían estar buscando un poco de simpatía—. ¿Por qué debes ser el único que tenga la suerte de morir?

Deckard continuó observándola mientras Sarah echaba a andar y caminaba lentamente hasta llegar al final del edificio. Después giró sobre sus talones y se apoyó en el parapeto a una distancia cuidadosamente calculada de él, justo lo bastante lejos para que no hubiera ninguna posibilidad de que Deckard pudiera coger el arma antes de que ella disparase.

—¿Sabes una cosa, Deckard? —Sarah parecía estar pensando en voz alta—. Éste es el punto en el que la ilusión se disipa. —Volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada a la calle que se extendía por debajo de ella—. En realidad no estamos muy arriba, ¿verdad? —Sus ojos volvieron a posarse en Deckard—. No como en el Bradbury de verdad, allá en Los Ángeles… He visto ese edificio, y he estado allí. —Inclinó la cabeza hacia un lado y le sonrió maliciosamente—. Fui allí cuando estaba empezando a averiguar todo lo que necesitaba saber sobre ti, Deckard. Oh, sí, fui allí y eché un vistazo a los sitios en los que habías estado, los sitios en los que te habían

ocurrido cosas… —Una inclinación de cabeza dirigida hacia el vacío que se abría al otro lado del parapeto—. Supongo que debiste de pasar bastante miedo, ¿no? Si te hubieras caído del Bradbury real, habrían tenido que recogerte del pavimento con una esponja. Mientras que aquí… —Sarah se encogió de hombros, como si todo aquello no consiguiera impresionarla demasiado—. Me parece que no estamos lo bastante arriba para que la caída resulte mortal. De hecho, incluso podrías sobrevivir.

—Quizá. —Deckard volvió la cabeza para contemplar el abismo. Sarah tenía razón, porque aquel ángulo de visión conseguía disipar la ilusión de que la ciudad era real. La maquinaria y los cables entrelazados del plató eran fácilmente detectables, como si fueran los engranajes secretos del mundo revelados por una visión paranoide que finalmente había resultado ser cierta—. ¿Ése es el trato que hiciste con Urbenton? Siempre quiere el mejor metraje que pueda llegar a obtener, así que un plano de mi caída al vacío… Supongo que sería casi perfecto, ¿no? Luego podría cambiar el montaje del vídeo que rodó sobre mí y añadirle un nuevo final en el que muero. Puede que eso sea justo lo que desean tanto él como las personas para las que está trabajando.

—Oh, desde luego. Has dado en el blanco, Deckard. —Sarah asintió, como si admirase su manera de enfrentarse a la situación—. Básicamente, los objetivos de las Naciones Unidas son más o menos esos… La primera versión del vídeo, la que viste, sólo se ha emitido en la colonia de emigrantes marciana. —Le señaló con el arma—. Les encantaría poder rodar otra versión destinada a ser emitida en la Tierra que demostrara sin lugar a dudas lo peligrosos que son los replicantes huidos. Sólo por si a alguien se le ocurre empezar a compadecerse de ellos, ¿comprendes? Urbenton siempre podría fingir tu muerte y rodarla mediante efectos especiales, usando todas las clases de trucos de que disponen para ese tipo de cosas… Pero no hay nada tan convincente como la realidad, ¿verdad? Por mucho que tengas que falsearla, la realidad sigue siendo lo más convincente que puede haber. Y además, de esta manera no habrá ningún blade runner vivo llamado Rick Deckard que pueda surgir de la nada después para crearle problemas a todo el mundo. En cuanto a los pequeños detalles, como por ejemplo el que no murieras a causa de la caída, sino de un tiro… —Sarah volvió a encogerse de hombros—. Bueno, Urbenton puede arreglarlo durante la posproducción. O no. Eso es asunto suyo, no mío. —Sarah contempló durante unos momentos el arma que empuñaba, y después volvió a alzar la mirada hacia Deckard —. He cumplido con mi parte del trato.

—Sabes hacer honor a tu palabra. A tu manera, claro…

—Lo intento. —El tono de Sarah no era más irónico que antes—. Sólo he mentido cuando tenía que hacerlo, cuando había algo que necesitaba conseguir… ¿Y qué he obtenido con ello? —Meneó la cabeza—. Nada. Bien, pues por fin he aprendido la lección. —Una repentina amargura impregnó su voz—. Tendría que haberme conformado con mi destino y haber seguido siendo lo que era. Nunca debí tratar de ser otra cosa. Nunca debí tratar de convertirme en tu queridísima Rachael…

No sirve de nada, Deckard. En este mundo, los muertos siempre tienen todas las ventajas de su parte.

La lluvia artificial había amainado un poco. Deckard alzó la mirada hacia el lugar en el que tendrían que haber estado las nubes y las estrellas, permitiendo que las gotas de líquido caliente cayeran sobre su cara y su garganta.

—Pero… ¿Lo sabes? —Las palabras fueron pronunciadas en un tono muy suave, casi un susurro—. ¿Realmente sabes quién eres?

—Oh, vamos… —Una respuesta irritada, llena de amargura—. No estoy de humor para tus jueguecitos mentales de costumbre, Deckard. Pero si incluso me he cansado de los míos… Eso quiere decir que no hay muchas probabilidades de que me deje engañar por tus pequeños discursos. Si eso es lo que piensas tratar de hacer, entonces dejaré de perder el tiempo y te mataré ahora mismo. Mi capacidad para el sentimentalismo tiene un límite.

Deckard no dijo nada. Lo que hizo fue meter la mano dentro de la chaqueta y sacar de ella el delgado rectángulo de la foto, la que le entregó el hombre que había muerto en Marte. Deckard la sostuvo por una esquina y contempló la escena de un pasado muy lejano que revelaba. Después se la ofreció a Sarah.

—¿Qué se supone que es eso? —Sarah se echó hacia atrás, contemplando el objeto con suspicacia—. ¿Alguna falsificación que has urdido con tus amigos los simpreps?

—No… —Deckard meneó la cabeza—. No es ninguna falsificación. Vamos, cógela.

Sin dejar de apuntarle con el arma, Sarah estiró el brazo y cogió la foto entre el pulgar y el índice. Después le dio la vuelta y la estudió.

—No lo entiendo —anunció pasados unos segundos mientras su frente se llenaba de arrugas—. ¿Quiénes son?

—Vamos, Sarah… Tú ya sabes quiénes son, ¿verdad? —Deckard intentó hablar en un tono lo más afable y bondadoso posible—. Ya los has visto antes. Has visto otras fotos, ¿no? Son tus padres.

Sarah no dijo nada. Deckard la observó mientras contemplaba la foto. La imagen que contenía también estaba dentro de su cabeza, grabada allí desde el momento en que la había visto por primera vez. Y la voz de Marley, diciéndole lo que significaba, también estaba presente junto a ella porque la foto y la voz se habían fundido la una con la otra, volviéndose indisolubles. Deckard sabía qué estaba contemplando Sarah: la foto de una cama, la colcha y las sábanas de una blancura total, con una mujer sentada delante de las almohadas que formaban un montículo detrás de ella. La mujer sonreía, al igual que el hombre que estaba de pie junto a la cama, inclinándose para acercar su rostro al de la mujer mientras los dos volvían la mirada hacia el objetivo de la cámara. La cámara tenía que haber estado instalada encima de un trípode o en algún estante situado bastante arriba, y el control remoto apenas era visible entre los dedos del hombre mientras su pulgar presionaba el botón que había activado el

obturador de la cámara.

Las dos personas eran Ruth y Anson Tyrell, las mismas dos personas, la pareja, que Deckard había visto en otra vieja foto, un recorte de periódico en la pared de un diminuto despacho lleno de cosas y de desorden en el hospital veterinario Van Nuys, en el Los Ángeles real de la Tierra. Un momento del pasado, una sección de tiempo congelada, capturada y preservada… Aquellas personas habían estado vivas, y luego se habían convertido en recuerdos.

—¿Cuándo…? —Una nueva inquietud había aparecido en el rostro de Sarah—. ¿Cuándo se tomó esta foto?

—Puedes averiguarlo por ti misma —dijo Deckard. No se apartó del parapeto en el que se había apoyado, pero señaló la foto que Sarah seguía sosteniendo en la mano —. Fíjate en las ropas que lleva el hombre. —Eran las mismas ropas que Anson Tyrell llevaba en el recorte de periódico de la pared del despacho de Isidore—. Echa un vistazo al emblema del bolsillo del pecho. Es el mono de vuelo de la expedición. La foto fue tomada a bordo del *Salander 3*.

Sólo con mirarla, Deckard ya pudo ver que Sarah estaba empezando a entender el significado de la foto. Fragmento a fragmento, como si la imagen se estuviera volviendo gradualmente más nítida, el pasado que contenía volvía a hacerse real.

—Esta foto no fue tomada en la Tierra. —Sarah alzó un poco más la foto, y unas cuantas gotas de lluvia cayeron sobre la blancura vacía del reverso—. Tuvieron que tomarla cuando la expedición todavía estaba avanzando hacia el sistema de Próxima…

—Exacto. —Deckard asintió—. Antes… Antes de que ocurrieran esas otras cosas.

En la noche artificial, el resplandor de las luces suspendidas sobre ellos era lo bastante potente para que Sarah pudiese distinguir todos los detalles de la vieja foto. La imagen contenía algo más que a esas dos personas, los adultos llamados Ruth y Anson Tyrell.

—Si son mis padres… —Sarah habló muy despacio y en un tono curiosamente titubeante—. Entonces… Entonces ésa debo de ser yo. —Utilizó el cañón del arma para señalar—. Una de las dos…

Eso era lo que Deckard había querido que viera, y eso era lo que Sarah necesitaba ver. La imagen de la foto estaba igual de clara en los pensamientos de Deckard, tan clara como lo había estado cuando Marley la había sacado de su escondite en el botiquín de primeros auxilios del *Salander 3* y se la había enseñado.

Había dos niñas acunadas junto al seno de la madre que acababa de dar a luz, una en el hueco de cada brazo.

—Tu madre tuvo gemelas —se limitó a decir Deckard. En aquel tiempo lejano, a bordo del galeón, en algún punto del trayecto entre la Tierra y las estrellas, Ruth Tyrell parecía exhausta pero feliz mientras sonreía a la cámara. En la foto, Anson Tyrell mostraba la tradicional sonrisa de perplejidad—. Tu padre las trajo al mundo

con la ayuda de los circuitos médicos incorporados a la maquinaria del *Salander 3*.

—Gemelas… —La voz de Sarah era un murmullo—. Éramos dos…

Deckard siguió inmóvil junto al borde del edificio.

—Dos niñas… —Estaba repitiendo palabra por palabra lo que le había dicho Marley—. Dos niñas en perfecto estado de salud. Tú y tu hermana. Sarah… y Rachael.

Sarah alzó la mirada hacia Deckard en cuanto pronunció el segundo nombre.

—¿Mi hermana? —Sarah meneó la cabeza, los ojos llenos de incredulidad—. Eso es imposible.

—Es verdad —dijo Deckard—. Y hay pruebas. La niña que está esperando abajo, dentro de este edificio… Realmente se llama Rachael. No es una alucinación, Sarah. Es tu hermana gemela.

—Oh, por supuesto. —Sarah dejó escapar una corta y áspera carcajada—. A pesar de que sólo tiene… ¿Cuántos años tiene? ¿Diez? Hay un pequeño problema con toda esa teoría, Deckard, y estoy segura de que eres capaz de percibirlo.

—No hay ningún problema. Tú y la niña nacisteis en el mismo instante…, o con unos minutos de diferencia, tanto da. Sois gemelas. Pero ya sabes que a bordo del *Salander 3* ocurrieron cosas bastante horribles, ¿no? Lo sabes porque las viste cuando volviste a la nave… Después de que tú y Rachael nacierais ocurrió algo. Primero le ocurrió algo a tu padre, y después ocurrieron un montón de cosas horribles. Tu madre consiguió salvarte no sólo a ti, sino también a tu hermana gemela. Oh, sí, tu madre también consiguió salvar a Rachael…, pero murió en el proceso. Fue asesinada por el hombre que la amaba. Cuando la mató. Anson Tyrell estaba loco, y cuando se suicidó estaba cuerdo…, o le faltaba muy poco para estarlo.

—Sigue habiendo un problema, Deckard. Aun suponiendo que todo lo que has dicho sea verdad… —Sarah sostenía la foto en una mano y el arma, que seguía apuntando a Deckard, en la otra—. Cuando el *Salander 3* volvió a la Tierra sólo sacaron a una niña de la nave, y esa niña era yo.

—Exacto. —Deckard le devolvió la mirada sin inmutarse, permitiendo que sus ojos se clavaran en los de Sarah—. Tu hermana se quedó a bordo del *Salander 3*. En la cámara de transporte de sueño que formaba parte del equipamiento de la nave, para ser exactos… —Cuando Marley se lo había explicado, Deckard tuvo una repentina visión de la niña, una criatura pequeña e indefensa encerrada en el ataúd de tapa de cristal, otro de los artefactos de animación suspendida, como aquel dentro del que había dormido y muerto su Rachael—. Ahí fue donde la escondió tu madre para salvarla de tu padre. Cuando tu padre mató a tu madre, tú todavía estabas en sus brazos. Después los circuitos autónomos de la nave cuidaron de ti durante el viaje de vuelta a la Tierra. Y durante todo ese tiempo Rachael, tu hermana gemela, dormía dentro de la cámara de transporte. Dormía y no envejecía…, ni siquiera después de que el *Salander 3* hubiera vuelto a casa y de que te sacaran de la nave. Tienes razón: sólo una niña salió de la nave. Rachael, tu hermana gemela, o no fue descubierta allí

donde dormía dentro de la cámara de transporte —teniendo en cuenta las cosas con las que se encontraron dentro del *Salander 3*, puede que los empleados de la Corporación Tyrell que subieron a bordo no llevaran a cabo un registro demasiado concienzudo—, o es posible que fuera dejada allí deliberadamente. Por órdenes de Eldon Tyrell o por órdenes de otra persona, no lo sé… Esa parte continúa siendo un misterio, de la misma manera en que seguimos sin saber quién sacó a tu hermana Rachael de la cámara de transporte hace diez años y la dejó fuera de ella para que los circuitos autónomos del *Salander 3* se encargaran de criarla y educarla. Puede que eso también se hiciese siguiendo órdenes de tu tío. —Deckard podía oír la sombra de un áspero rechinar en su voz—. Eldon Tyrell ya había empezado a permitir que algunas de sus…, de sus obsesiones personales, por llamarlas de alguna manera, se adueñaran de él. Eso fue lo que le impulsó a crear una segunda Rachael, una replicante basada en ti. —Un cuchillo invisible cortó otra sección del corazón de Deckard cuando se encontró hablando tan impasiblemente de los orígenes de la mujer de la que se había enamorado—. Puede que Eldon Tyrell no tuviera la paciencia necesaria para esperar a que la verdadera Rachael, la niña que seguía encerrada dentro del *Salander 3*, creciese. En consecuencia, encontró otra forma de obtener lo que quería.

—No seas demasiado duro con él. —Sarah volvió a contemplar la foto—. Yo le odiaba y cuando me enteré de que había muerto no lo lamenté en lo más mínimo, pero… Yo tengo derecho a sentir esas emociones y tú no. Mi tío sólo era otro pobre bastardo que amó demasiado a algo que no podía ser suyo. Tuvo que querer muchísimo a…, a Ruth. —Su voz se había vuelto repentinamente más suave—. Pero no podía tenerla. Ruth no podía ser suya porque amaba a su hermano Anson, a mi padre. Y se fue con él. Muy muy lejos… —Sarah meneó la cabeza en una lenta sacudida—. Y eso es lo que le impulsó a hacer las cosas que hizo tanto conmigo como con Rachael, la replicante a la que había creado. Hizo todo eso porque la amaba…, porque amaba a Ruth.

—Pigmalión.

Deckard sólo pronunció esa palabra.

—¿Qué quieres decir?

Aún había cosas que Sarah necesitaba saber, y Deckard tendría que contárselas.

—Es una historia muy muy vieja sobre alguien que se enamoró de su propia creación —murmuró.

Los ojos de Sarah se entrecerraron sobre el arma.

—No sé de qué me estás hablando.

—Es muy sencillo. —Deckard se quitó la lluvia de la mejilla con una mano—. Cuando el *Salander 3* abandonó la Tierra para iniciar su misión al sistema de Próxima…, no había seres humanos a bordo. Ruth y Anson Tyrell, tus padres y los padres de Rachael, tu hermana gemela… no eran humanos. Eran replicantes.

Una sombra de pánico aleteó detrás de los ojos desorbitados de Sarah.

—Eso… Eso es imposible.

—Nada es imposible. —Deckard la contempló con tristeza, como si lamentara el tener que hablar de aquellas cosas—. Especialmente no cuando forma parte de la historia secreta de la Corporación Tyrell… Hay cosas que sencillamente no sabes, Sarah. Eldon Tyrell tenía un hermano… pero ese hermano murió cuando él era un niño. El Anson Tyrell que partió hacia el sistema de Próxima a bordo del *Salander 3* era un replicante que había sido creado en los laboratorios de la Corporación Tyrell como un proyecto especial de alto secreto, al igual que la replicante a la que llamaron Ruth. Ni Anson ni Ruth sabían que eran replicantes: al igual que la Rachael adulta cuando la vi por primera vez en los cuarteles generales de la Corporación Tyrell, los dos creían que eran humanos…, y subieron al *Salander 3* creyéndolo. Fueron engañados acerca de su propia naturaleza y de qué clase de criaturas eran en realidad, por lo que no tiene nada de sorprendente que no supieran cuál era la auténtica razón por la que se había organizado lo que fue conocido como misión al sistema de Próxima del *Salander 3*.

—¿Que era…? Según tú, quiero decir.

Deckard meneó la cabeza.

—No soy el único que piensa así. No he averiguado todas estas cosas por mi cuenta, Sarah. Nunca habría podido hacerlo…

—¿Alguien te ha contado todo esto? —Una furia helada entrecerró los ojos de Sarah—. ¿Quién ha sido?

—Nadie a quien puedas tocar. Ya está muerto.

Deckard todavía podía oír la voz de Marley dentro de su cabeza, aquella voz que iba desgranando los secretos que Marley le había impartido. Todos los secretos del mundo en el que vivía Sarah Tyrell, el mundo del que nunca podría escapar por mucho que lo intentara; los secretos que nunca había llegado a conocer, que su tío nunca le había revelado, que Eldon Tyrell había hecho cuanto estaba en sus manos para asegurarse de que nunca llegaría a descubrir… Deckard podía ver a Marley inclinándose sobre la mesa en el pequeño reservado del bar y aún recordaba cómo había clavado la mirada en los ojos de Marley…, y cómo había visto la realidad en ellos, cómo había comprendido que todas las palabras que salían de sus labios, todos los fragmentos interconectados que habían sido eliminados de los archivos de la Corporación Tyrell, eran verdad. Eldon Tyrell intentó asesinar el pasado, hacer que dejara de existir…, pero no lo consiguió.

El pasado aún existía. Su registro, la historia de la expedición del *Salander 3*, no había desaparecido del todo. Eldon Tyrell pudo hacer cuanto quiso con los archivos de su corporación, pero ni siquiera él había sido capaz de acceder a las bases de datos de alto secreto de las Naciones Unidas. Los simpreps para los que había trabajado Marley lograron infiltrarse en la agencia de emigración de las Naciones Unidas, y encontraron la verdad, las evidencias de lo que ya habían llegado a sospechar.

Marley se lo había explicado…, y Deckard le dijo las mismas palabras a la mujer

que permanecía inmóvil delante de él.

—El *Salander 3* nunca fue diseñado para que llegara al sistema de Próxima. —Observó la reacción de Sarah a lo que acababa de decirle—. Lo que Eldon Tyrell quería averiguar no requería que la nave llegara allí. —Eran las cosas que Marley le había dicho en el bar de la colonia de emigrantes marciana, y Deckard empezó a recitarlas en voz alta, una lección perfectamente aprendida de memoria—. Lo único que se le pedía a la misión era que rebasase los límites del campo morfogenético de la Tierra. Ese campo es lo que hace que los humanos, y los replicantes, sigan siendo lo que son. En la Tierra los replicantes no se reproducen, no tienen hijos… No pueden hacerlo, porque es fisiológicamente imposible para ellos. Pero lo que demostró la misión del *Salander 3* fue que todo eso cambia cuando estás entre las estrellas. Antes ya había habido ciertas indicaciones de ello, pero Eldon Tyrell necesitaba pruebas. Y las obtuvo, desde luego… —Deckard inclinó la cabeza hacia la figura inmóvil delante de él—. Tú eres la prueba que el *Salander 3* trajo consigo a su regreso… tú y Rachael, tu hermana gemela, esa niña que está esperando debajo de nosotros… La nave volvió trayendo a bordo la primera progenie de los replicantes, las dos niñas, las hijas de los replicantes que Eldon Tyrell había enviado al espacio.

La lluvia había oscurecido los cabellos de Sarah y una reluciente curva negra se había desprendido del punto en el que se hallaba recogida para colgar a lo largo de su garganta.

—Eso es imposible… —El arma que sostenía en la mano estaba tachonada de gotas de agua, lentejuelas negras que adquirían la forma de pequeñas cúpulas—. Estás mintiendo…

Deckard señaló la foto que Sarah sostenía en la otra mano.

—Ahí está la prueba. Eso prueba que lo que estoy diciendo es verdad.

Un chispazo de ira ardió en los oscuros ojos de Sarah.

—¡Esto no es nada! —Arrojó la foto a lo lejos y el rectángulo de papel cayó sobre el tejado empapado, quedando boca abajo—. No sé de dónde la has sacado, y no me importa…

—Fue tu madre quien me la proporcionó —dijo Deckard—. La replicante Ruth Tyrell, tu madre… En cierta forma, naturalmente, porque la había escondido a bordo del *Salander 3*. La foto estaba escondida dentro de uno de los botiquines de primeros auxilios de la nave. Fue lo único que Ruth Tyrell tuvo tiempo de hacer antes de que tu padre la persiguiera y la matara.

—¿De veras? —Una mueca llena de desprecio—. ¿Y qué razón podía tener mi madre para querer hacer eso?

—No lo sé. —Deckard bajó la mirada hacia sus manos mojadas por la lluvia y se las contempló durante un momento—. Quizá había descubierto algo. Quizá… Quizá sospechaba la verdad sobre ella misma y sobre sus hijas. Puede que alguien cometiera alguna clase de descuido, que los ordenadores del *Salander 3* todavía contuvieran algún dato que había sido dejado allí por Eldon Tyrell sin que se diera cuenta de lo

que hacía…, alguna pequeña pista acerca de la misión de la nave, quizá. —Deckard se encogió de hombros—. O tal vez no. Quizá sólo era algo que Ruth sabía… en lo más profundo de su ser. Y entonces se dio cuenta de que tenía que dejar un mensaje, alguna clase de prueba. Para que se llegara a saber lo que había ocurrido, ¿comprendes? Y se llegó a saber, por supuesto. Encontraron la foto y luego volvieron a esconderla, todavía mejor que antes. El botiquín se convirtió en un pequeño objeto sagrado, una reliquia. Pero en realidad no estaba destinada a ellos, y no fue por eso por lo que Ruth la escondió allí. Era para ti. —Deckard volvió a alzar la mirada hacia los ojos de Sarah—. Para que vosotras… Para que sus hijas pudieran llegar a saber lo que había ocurrido.

La mueca despectiva del rostro de Sarah se había convertido en un rictus de desesperación.

—Sigo sin creerlo —dijo—. Esa foto puede ser una mera falsificación…

—Quizá. Pero las cosas que ocurrieron a bordo del *Salander 3*, las cosas que viste cuando volviste a entrar en la nave, cuando viste el pasado… Esas cosas tienen que haber sido reales, Sarah. Todo eso ocurrió, ¿no? El que tu padre mató a Ruth, el que también os habría matado a ti y a tu hermana, a Rachael, si vuestra madre no hubiera conseguido protegeros… Todo eso es cierto. —Deckard cruzó los brazos delante del pecho—. Sólo hay una explicación posible para todo lo que sucedió. El replicante llamado Anson Tyrell nunca habría enloquecido, y menos con esa clase de locura asesina, sin que hubiera alguna razón para ello. Pero la razón existía, y había sido programada en su interior por…, por Eldon Tyrell. Como protección de última instancia en el caso de que la hipótesis de que los replicantes eran capaces de reproducirse a sí mismos acabara quedando confirmada por los hechos, ¿comprendes? Eldon Tyrell quería asegurarse de que ese conocimiento era suprimido, y por eso introdujo toda una secuencia destructiva en el cerebro de Anson, un «síndrome del padrastro» basado en pautas de conducta primitivas. Y el truco dio resultado: si hubiera podido llegar hasta vosotras, tu padre os habría matado a las dos, y a ti y a tu hermana Rachael. Tal como fueron las cosas, la secuencia bastó para destruir a vuestros padres. Eso era más que suficiente, por supuesto. Eldon Tyrell podía ocultar o eliminar el resto de evidencias de lo que había ocurrido ahí fuera, de lo que significaba… Lo único que no hizo fue llegar hasta el final y ordenar que las dos niñas, las hijas de los replicantes a los que había enviado a las estrellas a bordo del *Salander 3*, fueran destruidas. Quizá se sentía culpable, quizá fue por alguna otra causa… Pero el caso es que os dejó vivir. Rachael siguió durmiendo en la cámara de tránsito a bordo de la nave, y tú te convertiste en su sobrina. Incluso tú creíste que eras su sobrina…, ¿y por qué no ibas a creerlo después de todo? Pensabas que eras humana, que eras el original, el moldeante a partir del que posteriormente Eldon Tyrell creó a una replicante llamada Rachael. —Deckard inclinó la cabeza hacia atrás, permitiendo que la lluvia cayera sobre sus párpados, y después volvió a mirar a Sarah —. No sabías que Rachael, la Rachael adulta, era la copia de una copia, una

replicante obtenida a partir de otra replicante. El mero hecho de que ella no fuese humana… no significa que tú sí lo seas.

La mirada de Sarah se había clavado en su mano extendida, la que empuñaba el arma, como si la estuviera viendo por primera vez.

—¿Quién…? —Un balbuceo entrecortado—. ¿Quién te ha contado… todo eso…?

—¿Acaso importa?

—Fuera quien fuese… —Los dientes apretados en una mueca llena de ira—. Estaba mintiendo.

—Sarah… —El nombre de la mujer pronunciado en voz baja y suave, las sílabas articuladas con la máxima delicadeza posible—. Sabes que es verdad. Quizá no conocieras todos los detalles, pero la verdad… Eso lo has sabido desde el primer momento, o por lo menos desde que volviste a entrar en el *Salander 3* y encontraste a la niña, a tu hermana…, a la primera Rachael. La niña era real, y tú lo sabías. Sabías que no estabas loca, que no estabas sufriendo ninguna alucinación. Y sin embargo seguiste repitiendo una y otra vez que estabas loca, que la niña no era real, que no existía. A pesar de que sabías que era real, que existía… —Deckard respiró hondo, y el aire húmedo llenó sus pulmones—. Nunca habrías hecho eso si no hubieras comprendido lo que significaba el que la niña estuviera allí. Y de alguna manera inexplicable, supiste que era tu hermana… Lo percibiste, ¿verdad? Te diste cuenta de que era exactamente como tú.

Las palabras habían producido un considerable impacto sobre Sarah. Deckard vio cómo cerraba los ojos y se bamboleaba ligeramente de un lado a otro, el peso del arma temblando en su mano. Pasados unos instantes, Sarah inclinó la cabeza en un lento gesto de asentimiento.

—Sí… —Su voz era un susurro apenas audible—. Lo sabía…

—Lo sabías —dijo Deckard—, pero no lo creíste. No lo creíste porque no querías creerlo…

Sarah no dijo nada. Ya no le quedaba nada más que decir.

—¿Y qué es lo que quieres ahora? —preguntó Deckard, contemplándola sin apartarse del parapeto mientras empezaba a sentir una extraña compasión hacia ella.

—No lo sé. —Sarah bajó la mirada hacia el arma que tenía en la mano—. Supongo que podría limitarme a seguir adelante y matarte. —Parecía estar a punto de echarse a llorar, un objeto destrozado—. Dado que no me amas, quiero decir… Nunca me amaste.

—Nunca te amé. No podía amarte.

Sarah le miró, una súplica muda en los ojos.

—¿Es eso lo que debería hacer?

—Tal vez. —Deckard se encogió de hombros. Se sentía terriblemente cansado, como si estuviera a punto de quedarse sin palabras—. Pero si lo haces…, entonces recuerda que… —Alzó los ojos hacia las cámaras de vídeo que los observaban—.

Recuerda que eso es lo que ellos quieren que hagas.

—Tienes razón. —Sarah asintió, la mirada centrada en algún oscuro paisaje interior—. Eso es lo que he hecho siempre… Ni siquiéra he sido capaz de llegar a saber qué era lo que quería. —Alzó los ojos hacia él—. Pero ahora lo sé.

Deckard ya sabía a qué se refería. Sabía qué era lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Estás segura?

Sarah asintió.

—El final estaba escrito desde el principio —dijo—. Tú ganas, Deckard.

—No… —Deckard meneó la cabeza—. Tú ganas, porque ahora consigues lo que querías.

—Supongo que tienes razón. —El agotamiento vibraba en su voz, como si llegar hasta aquel sitio la hubiera obligado a emprender un largo viaje. Sarah consiguió sonreír, un frágil curvarse de sus labios—. ¿Podrías…? —Bajó la mano, permitiendo que el arma colgara junto a su costado—. ¿Podrías besarme? ¿Podrías besarme de la forma en que la besaste a ella…?

No hubo más palabras. Deckard la tomó en sus brazos, sintiendo el calor del cuerpo de Sarah a través de su ropa empapada por la lluvia, y Sarah, los ojos cerrados, alzó el rostro hacia el suyo.

El tiempo se detuvo y el recuerdo ocupó su lugar. Pero incluso eso tenía que terminar.

Y Sarah, finalmente y por una sola vez, supo ser buena con él y se ocupó de sí misma.

El arma cayó sobre el tejado, una forma negra rodeada por un delgado espejo ondulante, en el mismo instante en que el eco del disparo se deslizaba sobre las paredes del estudio, el falso horizonte de la noche de la ciudad. Sarah cayó después, y seguía siendo hermosa. Deckard bajó la mirada hacia aquel cuerpo desmadejado, algo que quizá hubiera sido humano en el pasado. La sangre que brotaba de su sien destrozada fluyó por el suelo y se fue mezclando con los charcos de lluvia.

Deckard alzó los ojos hacia las cámaras.

—¿Qué os ha parecido eso? —Su grito lleno de furia golpeó los objetivos vacíos —. ¿Ha quedado lo bastante bien? ¿Habéis conseguido lo que queríais?

Como respondiéndole, la chispa observadora murió dentro de todas las cámaras. La lluvia artificial ya había dejado de caer y las luces se encendieron de repente, disipando la falsa noche. La sesión de grabación había terminado. Deckard permaneció inmóvil en el centro del tejado del decorado que reproducía un edificio con una mujer muerta a sus pies, una mujer que tenía la cara de alguien a quien había amado y que por fin estaba envuelta en el mismo sueño, aquel sueño del que no había despertar posible y que tanto había envidiado desde el primer momento.

Pero Deckard aún tenía un trabajo que hacer. Dejó el arma allí donde había caído, a unos centímetros de la mano de Sarah Tyrell, y echó a andar hacia la escalera.

La Rachael niña se había quedado dormida encima de la mesa, con la cabeza apoyada sobre el viejo volumen encuadernado en cuero. Deckard le tocó el hombro y la niña se irguió, parpadeando y frunciendo el ceño.

—Tengo un poco de hambre —anunció mientras se frotaba los ojos con los nudillos.

—¿Sí? Bueno, enseguida comeremos. —Deckard tomó la mano de la niña y la ayudó a levantarse de la silla—. Nos vamos a casa.

La niña alzó la mirada hacia él mientras Deckard la llevaba hasta la puerta, pasando junto a los juguetes silenciosos.

—¿Dónde está ese sitio?

—No lo sé —dijo Deckard—. Pero supongo que tarde o temprano daremos con él.

Después

—Sus documentos son un auténtico desastre, señor Niemand. —El burócrata de las Naciones Unidas contempló los documentos esparcidos sobre su escritorio y meneó la cabeza—. ¿Realmente piensa que puede abandonar el planeta cuando sus asuntos se encuentran en un estado tan lamentable?

—Pues no lo sé —dijo Deckard, recostándose en la no demasiado cómoda silla que le habían proporcionado—. Y la verdad es que tampoco me importa demasiado.

El burócrata alzó sus ojillos hacia él para lanzarle una mirada llena de venenoso odio oficial.

—Veo que también tiene un pequeño problema de modales. —Su voz estaba impregnada por toda la autoridad del programa de emigración de las Naciones Unidas —. No sabe comportarse con la debida educación, ¿verdad?

Deckard no dijo nada. El despacho, un diminuto cubículo situado en el edificio administrativo central de la colonia de emigrantes marciana, olía a *toner* de fotocopiadora y a la adrenalina de los matones de segunda división. Deckard hubiese preferido estar en cualquier otro sitio, pero le habían obligado a ir allí. El anuncio de que los viajes a las colonias exteriores estaban a punto de reanudarse había sido difundido hacía un par de semanas, pero Deckard ni siquiera se había molestado en presentar una solicitud. «Que vengan a buscarme si quieren», decidió.

Y así lo habían hecho. Los agentes de seguridad uniformados se presentaron en el cubículo y preguntaron por él usando su seudónimo. Deckard le había dicho a la Rachael niña que le esperase, que no tardaría mucho en volver. Después cerró la puerta y se fue, con un hombre de rostro hosco y ceñudo a cada lado.

—Su visado de entrada original… —El burócrata estaba pasando las páginas del pasaporte—. Ese visado indica que llegó a Marte acompañado por su esposa. —Los malévolos ojillos del burócrata se apartaron del librito encuadernado en falso cuero —. ¿Dónde está la señora Niemand?

Deckard ni tan sólo se tomó la molestia de encogerse de hombros.

—¿Por qué no nos limitamos a decir que…, que ella y yo tuvimos ciertos problemas domésticos?

El burócrata dejó el pasaporte encima de la mesa.

—Los documentos familiares de los Niemand tampoco mencionan a ninguna niña. Cuando llegaron a Marte no había niños, ¿verdad?

Esta vez Deckard sí se encogió de hombros.

—Los problemas domésticos no surgieron inmediatamente.

—Oh, eso resulta obvio. A juzgar por lo que nos han dicho nuestras fuentes de información, esta niña… —Los ojillos se posaron sobre otra hoja de papel—. Esta niña, que al parecer se llama Rachael, tiene… diez años.

—Sus fuentes de información no se han equivocado.

—Señor Niemand… —El burócrata juntó las puntas de los dedos, formando una

especie de jaula con ellas—. Usted no lleva diez años en Marte.

—Entonces nos encontramos ante un misterio, ¿no? —Deckard alzó la cabeza y clavó la mirada en los ojos del burócrata—. Hay cosas que resultan sencillamente incomprensibles, y…

—Nada de eso. —El burócrata contempló a la figura sentada delante de él a través de sus dedos entrelazados—. ¿Por qué no nos dejamos de tonterías? Conocemos su verdadera identidad, señor Niemand.

Otro encogimiento de hombros.

—Bien por ustedes.

—Hemos recibido ciertas órdenes…, señor Niemand. —El labio superior del burócrata se curvó en una mueca sarcástica mientras pronunciaba el alias—. Esas órdenes proceden de los niveles más altos de la jerarquía, ¿comprende? Bien, el caso es que usted y la niña deberán subir al próximo transporte que se dirija hacia las colonias exteriores. ¿Quería emigrar? —El burócrata cogió el pasaporte y los otros documentos y formó un montoncito con ellos—. Pues entonces ya está listo para partir. Aprobado, autorizado y expedido… Puede salir de Marte.

Deckard cogió el pasaporte que coronaba el pequeño montón de documentos, lo abrió y contempló las marcas que los sellos de goma habían dejado en las páginas.

—¿Y qué ocurre si ahora no quiero irme? ¿Y si he cambiado de parecer?

Los ojillos se entrecerraron hasta quedar convertidos en dos puntas de alfiler.

—Tomar ese tipo de decisiones no es algo que esté en sus manos.

Deckard contempló la foto holográfica de su rostro en la tapa del pasaporte y después volvió a dejarlo encima de la mesa.

—Antes ha dicho que sabe quién soy. —Deckard habló en un tono impasible y totalmente desprovisto de emociones—. Pero ¿qué hay de usted? ¿Quién es usted?

La mirada del burócrata fue de un lado a otro en un nervioso vaivén.

—Eso no importa, señor Niemand.

—A mí sí me importa. —Deckard se inclinó hacia adelante—. No sé quién demonios es usted. Podría ser cualquiera. —Su voz se endureció de repente—. Podría ser las Naciones Unidas. Podría ser la policía, y puede que en realidad esté trabajando para el departamento de policía de Los Ángeles. Podría haber sido enviado por los simpreps, porque tampoco sé hasta dónde han logrado infiltrarse entre las autoridades. Quizá… —Estudió el rostro rechoncho e insignificante del burócrata—. Quizá esté trabajando para la Corporación Tyrell…, para la corporación secreta, quiero decir. Sencillamente no lo sé.

—Bueno, quizá deberíamos hablar con franqueza. —El burócrata le obsequió con una sonrisa bastante desagradable—. Su historial en esta clase de asuntos no es precisamente de los mejores, ¿verdad? Ni siquiera sabe si soy humano o no.

—Tiene razón. De hecho, ya ni siquiera sé si yo mismo soy humano o no… —Deckard meneó la cabeza en una lenta negativa—. Y tampoco sé por qué quieren que vaya a las estrellas.

—Usted carece de importancia —dijo el burócrata, o lo que quiera que fuese—. Lo que pueda ocurrirle no importa en lo más mínimo. Es la niña. Supongo que por lo menos eso sí lo sabe, ¿verdad?

Deckard no dijo nada. El burócrata volvía a tener razón. Eso era lo único de lo que estaba seguro. Lo había sabido desde que volvió de la estación del Hollywood Exterior con la niña. La Rachael niña había nacido allí fuera, entre las estrellas. «Muy lejos de aquí y en un lugar muy extraño», pensó. Había sido la primera progenie de los replicantes, el comienzo de la herencia de aquella otra especie, el inicio de su conquista de todo lo que antes había sido considerado como dominio único y exclusivo de los seres humanos.

Había otras cosas que había accedido a llevar a aquel sitio que nunca había visto…, y las había perdido, no sabía si para bien o para mal. Pero todavía conservaba a la niña, una niña que llevaba el nombre de su amor muerto y que tenía su rostro, con aquellos ojos oscuros silenciosamente atentos y vigilantes. «Rachael…»

Eso también formaba parte de sus escasas certezas. Deckard sabía que la llevaría allí sin importar lo que pudiera suceder, porque lo que tuviera que hacer, el cómo llegara a ser posible ese viaje y lo que sucedería cuando llegaran a ese destino carecían de importancia. Ése era el trabajo que tenía que llevar a cabo, el trabajo que había aceptado.

—Muy bien —dijo. Recogió los documentos y los sostuvo en sus manos junto con el pasaporte—. Me iré. —Echó la silla hacia atrás y se levantó—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

El burócrata alzó la mirada hacia él.

—El transporte despegará dentro de doce horas. —Sus ojillos le estaban observando con algo que casi parecía compasión—. Está haciendo lo correcto, señor Niemand.

—No sé si estoy haciendo lo correcto. —Deckard se guardó los documentos dentro de la chaqueta. Después giró sobre sus talones, puso la mano sobre el picaporte de la delgada puerta del despacho y volvió la cabeza para contemplar al burócrata por encima del hombro—. Y usted tampoco lo sabe.

—Esa clase de asuntos no son de nuestra incumbencia, señor Niemand.

—Probablemente no. —Deckard abrió la puerta—. Puede que cuando esté ahí fuera consiga encontrar a quien se encarga de decidir estas cosas…, y entonces lo sabré.

El burócrata asintió.

—Quizá.

Deckard cerró la puerta detrás de él y echó a andar por el estrecho pasillo. No había ninguna necesidad de apresurarse, porque no necesitaría mucho tiempo para hacer su escaso equipaje y el de la niña.

Y si necesitaban alguna otra cosa, fuera lo que fuese, Deckard suponía que les

estaría esperando al final de su viaje.

Notas

[1] «Flow» significa «flujo». <<